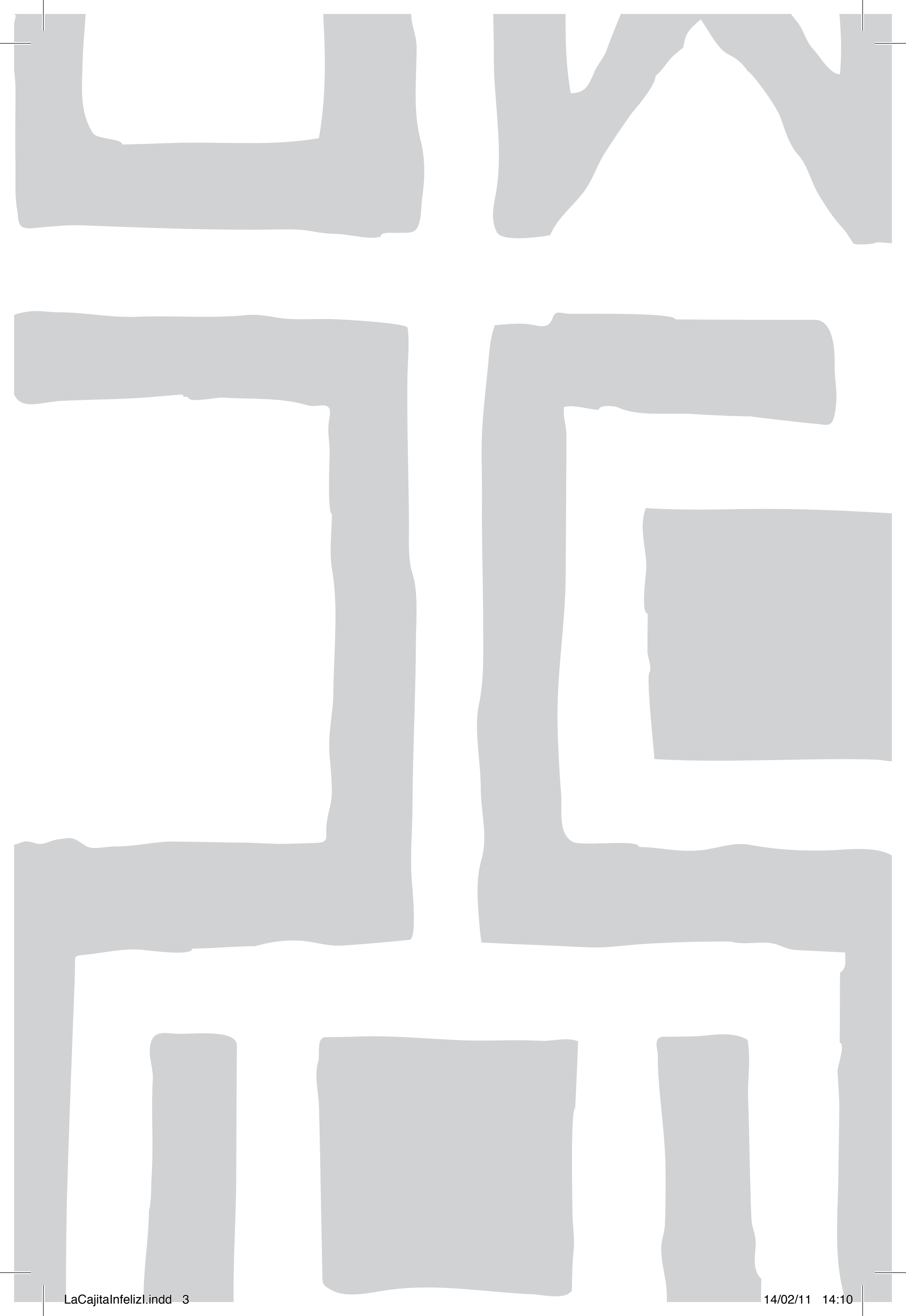


La cajita infeliz

Un viaje a través de la sociedad capitalista

Parte I. Hacia abajo: la economía

Eduardo Sartelli

C O L E C C I ó N
alfredo maneiro
Serie
Pensamiento Social

Caracas, Venezuela 2010





Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela / 1010
Teléfonos: 0212-7688300 / 7688399
Correos electrónicos:
elperroylaranacomunicaciones@yahoo.es
atencionalescritor@yahoo.es

Páginas web:
www.elperroylarana.gob.ve
www.ministeriodelacultura.gob.ve

Diseño de la colección
Kevin Vargas
Dileny Jiménez

Edición al cuidado de
Darlene Bolívar
Oleno León
Katia Piñango
José Jenaro Rueda

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal lf 4022010800852
ISBN 978-980-14-0936-6
Impreso en Venezuela



BICENTENARIO

La Colección Alfredo Maneiro, *Política y sociedad, publica obras puntuales, urgentes, necesarias, capaces de desentrañar el significado de los procesos sociales que dictaminan el curso del mundo actual. Venezuela integra ese mundo en formación, de allí la importancia del pensamiento, la investigación, la crítica, la reflexión, y por ende, de las soluciones surgidas del análisis y la comprensión de nuestra realidad.*
Firmes propósitos animan a esta colección: por una parte, rendir homenaje a la figura de Alfredo Maneiro, uno de los principales protagonistas de los movimientos sociales y políticos que tuvieron lugar en Venezuela durante los duros y conflictivos años sesenta, y por la otra, difundir ediciones de libros en los cuales se abordan temas medulares de nuestro tiempo.
Pensamiento Social: *es un espacio para el debate teórico en torno al ideario económico, político y social que ha perfilado el devenir histórico latinoamericano y caribeño. Igualmente sirve para la exposición y profundización del espíritu emancipador de nuestro continente..*

Dedicatorias y...

Ciertos tristes eventos en mi vida reciente me han enseñado que la vida es frágil y que tal vez mañana sea tarde. No quiero, entonces, dejar pasar la ocasión para dedicar este libro a todos los que me ayudaron a transitar mejor el duro camino de la vida. La suerte quiso regalarme lo más hermoso que pudiera haberle pedido jamás: mi hija Laura, a quien no podría separar de mis otras niñas, que ya no están y a las que quise cuanto pude el breve tiempo en que estuvimos juntos: Carla y Clarita, dulcecitos, papá las querría a su lado siempre. Por ellas, lo mejor que me dio y me quitó la vida, seguiré haciendo lo posible por un mundo más humano. A Papá, por la cuchara y la cal, a Mamá, por las escaleras blancas, a la Lola, por tantas incontables cosas. A los amigos. A mis compañeros de Razón y Revolución*, por la lucha y el cariño. Al abuelo Ernesto, por la guitarra. A mis alumnos, la fuerza y la fe. A la inmensa mayoría, a los hijos de la mala suerte, a los solos, a los tristes, a los pobres, a la sal de la tierra: venceremos a pesar de todo.*

Agradecimientos

Como "yo soy como soy y a casi todo el mundo le pedí prestado", no podría dejar esta página sin recordar a todos los que hicieron su parte en este libro, aunque ni siquiera lo sospechen. El grupo Encuentro por la memoria*, de San Telmo, "escuchó" por primera vez el contenido de este texto, hace ya unos cinco años, cuando todavía era proyecto y poca cosa más. Los compañeros docentes de Villa Ballester debieron hacer frente al segundo experimento. La misma valentía y paciencia tuvieron los compañeros de las asambleas de Ciudadela, Congreso, Floresta, Villa Pueyrredón y Parque Saavedra. Un agradecimiento parecido les debo a los compañeros del Suteba Matanza y a las enfermeras del Centro Gallego. Algunos amigos y amigas leyeron versiones preliminares y aportaron más que sugerencias; en particular, Alberto Prando y Gabriela Poggi. A los estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de La Plata, contra cuya fe "cavalliana" (por suerte hoy perdida) fue pensado este libro, a los de la cátedra de Economía para historiadores, de la Facultad de Filosofía y Letras y a los de Economía II de la Facultad de Ciencias Sociales, ambas de la Universidad de Buenos Aires, a todos ellos les adeudo preguntas incisivas y desconfianzas enriquecedoras. A mis alumnos de los cinco colegios secundarios privados de los que me han echado, les debo las preguntas más difíciles, que son, como todo el mundo sabe, las más sencillas. Señalar a cada uno de los que me han enseñado algo sería largo y agotador, pero vaya mi agradecimiento aquí a Pablo Rieznik. Termino, querido lector,*

termino: a Rosana, que me devolvió el calor de la vida y me hace feliz aun en los días tristes, se debe el que este libro pueda tener algo del limpio color de la pasión y la esperanza. De esas cosas que se le ocurren a uno cuando el futuro se abre, al mismo tiempo, como un abismo sobrecogedor y como la más bella de las aventuras.

Prólogo a la primera edición venezolana

Por un socialismo revolucionario, por el fin de la sociedad de explotación

Me parece improbable que *La cajita infeliz* no vaya a ser considerada un "libro de culto" en pocos años. *La cajita* funge como la corporización de magníficas ideas acerca de la vida, que todo aquel que se dedique a cambiar el mundo, alguna vez quiso escribir. Quienes se acerquen a esta maravillosa obra podrán notar que el socialismo científico sí puede ser un método que permite elaborar explicaciones sencillas de la realidad, que nos facilite el proceso de transformación social. Los que afortunadamente disfruten de esta prolífica investigación notarán la manera profundamente didáctica de su escritura, y un esfuerzo sin igual de hacer comprensible lo que algunos "pensadores" escriben de manera deliberadamente abstrusa. En mi mente no hay algún otro trabajo que haya logrado casar la ciencia con un lenguaje tan afable y jacarandoso. Mérito que hace posible la lectura jovial, aunque sea de un tema tan complejo como es el estudio inmanente del desarrollo de la sociedad capitalista, desde la perspectiva que mejor la explica: el marxismo.

Esta inmensa investigación gaucha no tiene atisbos de pretensiones cobardes que añoran una objetividad pueril. La obra discurre en una completa crítica a las concepciones burguesas del

mundo, su ideología y comportamiento cotidiano. La detracción parte desde la ciencia obrera y termina con la necesidad de toma de conciencia socialista de quienes laboran a sol y sombra. Es necesario destacar que en el libro no se despliega una alegoría populista a los saberes infinitos del pueblo, ni a su infalibilidad o a alguna noción mágica de omnisciencia. Desde un análisis científico, se demuestra el estado *real* de la sociedad capitalista: el incremento de la explotación, la alienación, las derrotas de la clase, la miseria y las ingentes posibilidades de revertir esta pesadilla opresora. Así, se hace transversal al texto la necesidad de construir un mundo lleno de espacios para realizar los más hermosos sueños de auténtica libertad y desarrollo polifacético del hombre y la mujer.

La búsqueda profunda de la verdad histórica no se oscurece con palabras esotéricas

El libro no está hecho para lucir en las academias, que suelen premiar lenguajes ampulosos en los que se manifiesta el deseo de no decir nada y empujar a la gente a la pereza. Cada línea está pensada como pertrecho en la barricada, como fusil en contra de la sociedad de los miedos y frustraciones. Cada párrafo tiene la intención de mover, de despertar del marasmo y el pesimismo de: la academia, la escuela, la calle y los mal-educadores-informales (los aparatos de propaganda ideológica burguesa, mal llamados medios de comunicación). Cada palabra está diseñada para empuñarse valientemente contra el orden burgués que, como un horrible Goliat de miles de cabezas, nos oprime y extingue la vida en el planeta. *La cajita* es un arma científica contra el capitalismo. Es una obra que nos acaricia por su estética y arquitectura cordial y comprensiva. Una herramienta para convertir a la *clase en sí,* en *clase para sí.*

El adentrarse en esta grandiosa investigación nos ha permitido no solamente autoformarnos, aprender y corregir algunas ominosas confusiones; también nos ha servido para, desde la Asociación Latinoamericana de Economía Política Marxista (ALEM), poder transversalizar sus contenidos en nuestras investigaciones, cursos,

talleres y cátedras. Así, *La cajita* funciona como un valioso material de formación política, indispensable para la toma de conciencia de las bases y de los líderes del movimiento obrero, en una época en la cual nuestra Venezuela es permeada por una tenaz lucha de clases que nos hace indispensable conocer el mundo que queremos reconstruir. De esa forma, el autor nos ha ayudado a direccionar los procesos de formación socialista, con los que la gente empieza a reconocerse como víctimas de la explotación del sistema y como productor de todas las cosas que en él subsisten. En nuestro país, este libro, pleno de cariño hacia la revolución, es una provisión que nos ha permitido desde nuestros espacios colaborar para que más compañeros y compañeras se sensibilicen con la clase obrera a la que pertenecen, y puedan reconocerse a sí mismos como sujetos históricos del cambio y como constructores de los caminos de su propia liberación. Desde acá, estamos muy agradecidos.

Una hermosa analogía literaria, para contar un terrible presente que debe quedar en el ayer

El largo viaje histórico hacia la dominación plena del capital generalmente se nos cuenta con un pesado fardo de hechos azarosos. Sartelli prefiere recordarlos comparativamente con una serie episódica de elementos de aquella fabulosa novela de Bram Stocker, *Drácula*, en la cual ese corredor inmobiliario inglés se topa de lleno con la feudalidad de Transilvania: castillos, condes, comidas raras, trenes con retraso, etcétera. En la ficción, el autor se decide a darle muerte para imponer un sistema más productivo que en el que rigen los "señores" y obedecen los siervos. Así, poco a poco se construyen hermosas metáforas que, contrariamente a su edificación, nos muestran los horrores del castillo, la sangre y el hedor de un sistema que se presenta como el último escalón de la barbarie humana, al convertir lo que toca en lujos para unos (burgueses) y en miseria para millones (proletarios).

En decenas de pasajes, Eduardo nos invita a vivir, a disfrutar de las cosas hermosas que podríamos realizar si tuviéramos el tiempo

libre para hacerlas. Pero ese tiempo sólo se puede recuperar dándole la estocada profunda que amerita el gran "conde burgués" en su ataúd. No podemos patear, cachetear o disfrazar al "patrón" con reformismo, populismo, democracia social, etcétera. Deber es exterminarlo de raíz, con una revolución socialista que aproveche la crisis en las relaciones sociales y deponga a la clase capitalista dirigente. Un acto revolucionario que construya el porvenir comunista en un evento de transformación profunda y determinante. Dentro de *La cajita* se aprecian una estaca, una ristra de ajos y algunas cruces que en Venezuela ameritamos en cantidades industriales.

Los disfraces de la realidad y la necesaria lucha para encontrarla

Eduardo también nos comenta que: "La realidad no es inmediatamente visible a los ojos". No es lo que parece. O como decía *El Principito*: "Lo esencial es invisible a los ojos". Así, es menester entender que no se puede cambiar lo que no se comprende. El desconocimiento de la totalidad es la clave del asunto; no es sólo que en el mundo existan profesionales de la mentira como los políticos, periodistas o académicos burgueses, no. No basta con que la educación formal desde preescolar hasta la universidad sea dirigida por apologistas del capital, que nos *inculcan* valores burgueses, haciéndolos pasar como valores universales humanísticos, no. Aunado a la gran cantidad de distorsiones anteriores, la realidad se hace cada vez más compleja, tiene más aristas y relaciones sociales que, como un sólido pegamento, la articulan en redes de difícil penetración. Justamente, Sartelli nos explica, con el maravilloso ejemplo del ladrillo y su relativa solidez, cómo en la sociedad en que vivimos, todas y todos estamos sumergidos en un sistema omniabarcante cuyo engranaje es necesario *conocer* mediante el método dialéctico, para poder transformarlo. Como Sartelli nos recuerda: "Cada nuevo triunfo del capital es un nuevo paso hacia la barbarie". Ahora más que nunca ese gran cambio para los comunistas no puede ser parcial; debemos subvertirlo todo, en forma y esencia.

Un mundo sobrante en riquezas… y en miserias. Un "aparente" absurdo a desentrañar

Millones de personas fallecen de hambre o mueren por no tener una vacuna de 0,50 centavos de dólar, pero el mundo revienta en riquezas. En efecto, en el planeta se pudiera producir, con una biogenética responsable orientada a la satisfacción de las necesidades radicales, unas diez veces todo lo que se consume en alimentos, teniendo en cuenta una dieta de 2.700 Kcj al día (FAO). Sin embargo, el drama del fenecimiento por inanición es una realidad terrible que sólo azota y amarga a una delgada capa de la sociedad, que escapa a la molicie y el individualismo impuesto por el capital. Eduardo nos explica que el hambre, como condición social, es absolutamente evitable y tiene como responsable de su recrudecimiento a la burguesía, como clase rectora de los destinos de la población. Así, lo que ganan unos (capitalistas), lo pierden otros (trabajadores); la riqueza de unos es la metamorfosis de la pobreza de otros (ya sabemos quiénes). Asimismo, esta profunda interrelación, que los postmodernos y socialdemócratas niegan, o relativizan, es explicitada en el libro de forma meridiana permitiéndonos hacer análisis más objetivos de realidades como la venezolana, donde a pesar de esfuerzos redistributivos del gobierno bolivariano, el aumento de la riqueza de las clases dominantes sigue en franco ascenso. Y esa riqueza de los venezolanos y extranjeros explotadores se halla en relación directamente proporcional a la pobreza de millones.

Al oír nosotros hablar de *La cajita* nos llega a la mente la infame y frecuentemente desabrida hamburguesa con muñequitos, despachada en un tugurio de colores estridentes. Sartelli, en varias partes de la investigación, nos comenta las asquerosas maneras de alimentar (incluso, con sus propias heces) a los pollos encerrados en diminutas jaulas donde no se pueden mover ni un centímetro, lo que les acarrea la flacidez y enfermedades que los antibióticos suelen mal remediar. Pero también, nos explica esa singular forma de zombie-esclavo-insensible-robótico de atender y trabajar de los

pobres chicos (y chicas también), que son sometidos a la cruenta explotación en los *fast food*. Una perla que el autor nos entrega explica, en parte, ese comportamiento tan alienado: "El desarrollo de una *moral de autoimplicación:* las empresas de *fast food* han desarrollado un denso entramado ideológico tendiente a identificar al obrero con la empresa". Por ello es natural ver placas del "esclavo del mes", y franelas decoradas con cientos de pines, relacionadas con quién sirve el refresco más rápido o quién pasa coleto con mayor precisión. Es doloroso que el capital trasnacional, en alianza con nuestra burguesía, esté emprendiendo un proceso de lumpenización laboral tan avanzado con nuestros jóvenes, ante la vista indolente de personas que sin decoro alguno se arrogan dotes supremas de revolución. El insólito auge de apertura de bingos, casinos, loterías y burdeles en Venezuela ya resulta poco menos que alarmante. No puede haber liberación y desarrollo multifacético del ser humano, mientras el florecimiento de estas malandanzas sea exponencial y descarnado.

Viene de nuevo el prehistórico desatino del romanticismo antitecnológico

Otros de los abalorios que nos deja Eduardo se refiere a los delirios prehistóricos de algunos autores que en Venezuela prosperan diciendo como Edgardo Lander: "La propuesta socialista no es una alternativa radical al desarrollo capitalista, sino la continuidad histórica de los principales planteamientos de éste". O de otros, como César Villalona, quien nos dice que: "Es innecesario socializar los grandes medios de comunicación privados". Nuestro amigo gaucho desmonta las falaces y luddistas afirmaciones que nos tratan de convencer de que las máquinas son malas (una especie de esencia perversa), y que la tecnología es hija de la modernidad progresista que destroza al ser humano. Esta imbecilidad antitecnológica es aplastada en un acápite estupendo que coloca a la tenencia de la tecnología, sus fines y la organización racional del trabajo en las manos de la clase obrera, como herramienta fundamental para

el desarrollo polifacético de la clase trabajadora, liberándola de las tareas más duras y agotadoras del trabajo. Es vital el uso y disfrute de la tecnología por quienes queremos emanciparnos del trabajo y no pasar 14 horas al día arrancando la yuca con las manos.

Muy ligado al romanticismo anticiencia está la defensa idealizada al capital chico que, como Eduardo nos explica, es más agresivo y enemigo de la clase obrera que el capital grande; debido a que las pequeñas unidades de producción manejan menor tecnología, no tienen economías a escala (son más ineficaces) y suelen maltratar con mayor fiereza a la clase obrera por sus limitaciones técnicas, las cuales les hace producir a mayores costos. En fin, para nuestra Venezuela esa sección del libro vendría de perlas, para abandonar esperanzas infundadas de desarrollo socioeconómico basado en la pequeña propiedad mercantil. Es imposible satisfacer las necesidades fundamentales de la población con conucos, mini huertos o mini fundos. Se necesita producir más y con menor gasto de fuerza de trabajo y de insumos.

La perfecta antítesis de Marx y Engels, o el intento de disgregar y "marear" a la clase obrera

Eduardo también dedica decenas de páginas a explicar: ¿por qué esa cruzada ideológica que reza: antiorganización y movimientismo que buscan separarnos en nuestra lucha contra el enemigo común? Aquí, el autor se da un paseo profundo por las más conocidas teorías que tratan de explicar el mundo —sin amague alguno de transformación—. Entre los autores que Eduardo nos trae se encuentran los que dominan "el pensamiento crítico" académico, quienes siendo furibundamente anticomunistas confesos son las guías explicativas (para la izquierda de cafetín) de por qué el mundo está tan mal. Eduardo nos comenta muy en serio la idiotez del "pensamiento crítico" académico de asignarle a la ideología un papel supremo, absoluto e invencible en la sociedad actual: "No vamos a decir que los que disparataban de esta manera, verdaderos ignorantes, formaron parte de la escuela de Frankfurt (Adorno,

Horkheimer, Marcuse, Habermas, con sus diferencias), célebre por su pesimismo y su inutilidad política… Tampoco voy a decir que Foucault y sus epígonos son todavía peores, más brutos y más ignorantes, por las mismas razones antedichas. Lo cierto es que para esta cofradía de desahuciados la gente es tonta o le lavaron el cerebro." Sartelli, en el acápite que dedica a la ideología, se esmera en refutar la falacia argumentativa basada en la inmersión total de los trabajadores en redes ideológicas imposibles de romper, que no nos permitirían actuar revolucionariamente. Así, Eduardo nos relata acerca del peso efectivo de atrocidades ideológicas como la patria, la raza, etcétera. Pero con ideas concretas de lucha y transformación, que en los "intelectuales" de la pequeña-burguesía no se ven en ninguna parte.

La realidad (ya lo hemos dicho), se nos vende como todas las mercancías del sistema, en infinitas fracciones de perenne divisibilidad y de mística desconexión. Así, todo parece estar desvinculado en un devenir desordenado, donde el azar y la providencia individual rigen de manera acumulativa el destino de todos (entendidos como inmensa sumatoria de individualidades). Eso no es sólo teoría liberal, neoliberal o el humanismo barato que exalta la individualidad *per se*, o el centro del universo en el Yo, copiando opiniones reaccionarias como las de Max Stirner, Nietzsche, Kundera, o las remozadas de Foucault, Negri, Hart, Virno, Attali, etcétera.

No solamente la derecha *formal* toma como dirección la individualidad más reduccionista, Sartelli se explaya en la asociación de esas teorías y el movimiento antiglobalización, y toda una serie de sectas que "luchan" por reivindicaciones tan puntuales, que desprecian todo el sistema de elementos que permiten las miserias de la clase explotada. En esa línea, Eduardo sarcásticamente habla de los Movimientos de Hombres Blancos Gays Maltratados por Mujeres Homofóbicas (el MHBGMM); o nos cuenta sobre el Colectivo de Ecologistas en Defensa de las Plantas Originarias de Níspero en Islas Lluviosas Recónditas (el CEDPONILLR); criticando la vista corta de estos movimientos parciales que atacan fragmentos dolorosos de la opresión capitalista, pero que se niegan

a reconocer la necesidad de luchar contra el mal que abriga el resto de los trastornos puntuales: el capitalismo.

De esa misma forma, los apuntes de Sartelli nos sirven como herramienta teórica de combate contra todas esas teorías, las cuales fundamentan el egoísmo como premisa para la no organización (el antipartido, el autonomismo, el movimientismo, etcétera); teorías que argumentan la acción pura sin programa ni identificación con la clase clave en el proceso de producción: el proletariado, que para ellos se extinguió desde la visión de sus claustros universitarios. Desde esta perspectiva, se trata de hacer *desde la izquierda* lo que el capital hace *desde la derecha*, es decir, sembrar pesimismo, desorganización, confusión y desunión entre los trabajadores para hacer imposible la lucha por sus reivindicaciones económico-políticas.

La lucha contra el reformismo y la socialdemocracia, como enemigos de la revolución

La socialdemocracia y sus vertientes anticomunistas niegan o difuminan en palabreríos inocuos el acto revolucionario inicial, que Sartelli resume como génesis del fenecimiento de la burguesía: "la expropiación de los expropiadores de expropiadores por los expropiados". Ese acto, que tanto se posterga, no va a ser realizado por figurines abstractos de fantasías anárquicas como la *Multitud,* de Negri, no. Esa acción de legítima justicia será llevada a cabo por un proletariado en contra de sus opresores, que como nos cuenta el autor: "(el capital) tiende a amontonar a la población en dos polos: el de la burguesía, cada vez más concentrada, reducida y poderosa, y un proletariado cada vez más vasto y numeroso".

Ese proletariado existe; no es un fantasma ni fruto de un sueño de una noche de verano, como la burguesía y la izquierda claudicante tratan de hacer ver. Para Sartelli, un obrero es: "Alguien que carece de medios de producción y de vida, razón por la cual debe vender su única mercancía, su fuerza de trabajo, al capitalista." Tan simple y tan concreto como eso. Así, estudiando el modo de producción capitalista, Sartelli deduce que la idiotez de la extinción de

la clase obrera es una falacia del tamaño de la Catedral de Santa Teresa –ojo, soy ateo pero me gusta esa comparación–. Eduardo cuenta que: "El proceso de producción capitalista tiende a proletarizar a la masa de la población, al mismo tiempo que mercantilizar el conjunto de la vida, de modo que no hay otro resultado posible que la expansión permanente de la clase obrera". Los números que sustentan esta afirmación en el texto son abundantes.

¡Qué falta hace prender en las bases la teoría que Sartelli desarrolla! Más aún cuando en Venezuela las universidades han sido tomadas por la plaga neoliberal, populista, postmoderna y rabiosamente anticomunista. Incluso, en la Universidad Bolivariana de Venezuela, donde se trata de cambiar algunos de los paradigmas burgueses más antiobreros, es lamentable ver en sus currículos y bibliografías sugeridas toneladas de esta alienación caótica y pesimista (la burguesa y la veladamente crítica: postmoderna). Urge un cambio de paradigmas y *La cajita* es de gran utilidad en ese aspecto.

¿Qué hacer: el fin de la historia, el fracaso y la muerte indigna o un mundo nuevo por conquistar y amar?

Nuestro amigo argentino suele ser lapidario pero correcto: "Deberíamos hacer algo ya, porque este maravilloso vehículo que es el planeta Tierra, marcha con los ojos vendados hacia un abismo sin fondo. Está en nuestras manos cambiar el conductor". No hay más esperas, el estallido de la depresión dentro de la crisis sistémica del capital (que Eduardo pronosticó de manera casi profética en el año 2004) nos anuncia dos cosas: que el hambre y la miseria van a ser mucho peor, que el imperialismo se tornará más agresivo y la burguesía —como clase rectora— no pensará alejarse del poder de forma pacífica; hará todo lo posible —mediante agresiones— para sostenerse a través del tiempo. En ese proceso de aferrarse al crimen, destruye nuestro planeta y lumpeniza a la población para hacerla insensible y egoísta, a pesar de ver cómo ella misma se hunde en el infortunio y la indigencia. Es por todo ello que en el libro se transversaliza la necesidad de luchar contra la opresión. Se argumenta

a favor de la esperanza de organizarse en torno de la superación del crimen organizado (capitalismo) y por la construcción de una sociedad donde el bienestar sea la norma y la inequidad motivo de asombro. No podemos postergar nuestra lucha, no podemos delegar nuestra responsabilidad con la historia. Enterremos de una vez la última pesadilla de la Prehistoria: el capitalismo.

Aclaratoria:

Querido y querida lector y lectora: antes de adentrarte en la lectura de *La cajita infeliz*, es necesario advertir que esta obra que tienes en tus manos es la primera parte de una trilogía dedicada a explicar el funcionamiento de la sociedad capitalista (tomo I), la historia de la sociedad argentina (tomo II) y la trayectoria histórica y perspectivas actuales del socialismo (tomo III). Cada uno de ellos constituye una unidad inteligible en sí misma y, de hecho, un libro independiente, con su propio título (*La cajita infeliz, Adiós a la Argentina y El sueño escondido,* tomos I, II y III respectivamente). De estos tres tomos, solo el primero ha sido publicado. Para comodidad del lector, esta edición venezolana desdobla el tomo I en dos volúmenes.

Manuel Sutherland
Coordinador de Formación e Investigación
Asociación Latinoamericana de Economía Política Marxista (ALEM)

Anarquistas, hamburguesas y vampiros (¿De qué trata este libro?)

La fuerza del vampiro está en el hecho de que nadie cree en su existencia.
Bram Stocker, *Drácula*

A lo que estos fanáticos realmente se oponen es al sistema capitalista.
Ray Kroc

El capital es trabajo muerto que sólo se reanima, a la manera de un vampiro, al chupar trabajo vivo, y que vive más cuanto más trabajo vivo chupa.
Carlos Marx, *El Capital*

Un hombre desconocido pronuncia su nombre: "¿Helen?" La mujer, pequeña y de edad mediana, mira con sorpresa mientras el extraño personaje arroja a sus pies un sobre y se retira rápidamente. El misterioso individuo es un enviado de los abogados de McDonald`s y Helen es Helen Steel, militante del grupo anarquista London Greenpeace. El sobre contiene un *statement of claim*, un documento que intima judicialmente a quien lo recibe. Cada uno de los otros cuatro miembros del grupo se encuentra con un sobre idéntico, con el mismo contenido. McDonald`s los conmina a

retractarse del contenido del panfleto que London Greenpeace ha distribuido en acciones contra la empresa. ¿Qué dice el panfleto? Que McDonald`s vende alimentos nocivos para la salud (tanto por su contenido graso, poco nutritivo, bajo en fibras, excedido en azúcar, etcétera, etcétera, como por la presencia de químicos, bacterias, pesticidas y otros elementos por el estilo), que manipula a los niños (y sus padres) con publicidad obsesiva, que es responsable de la destrucción de bosques y selvas en todo el mundo a medida que se expande la ganadería vacuna que constituye su materia prima, que tiene prácticas crueles con los animales que ofrece como alimento, que paga a sus empleados salarios bajos por trabajo excesivo. Dos de los cinco intimados se niegan a retractarse y la empresa procede a iniciarles acciones legales por "calumnias e injurias". Así empieza el juicio más largo de la historia inglesa y uno de los episodios más interesantes (y absurdos) de la historia de la sociedad capitalista: durante siete años la empresa de comidas rápidas más grande del mundo, y una de las multinacionales más poderosas (y conocidas) del siglo XX, se empeña en demostrar que dos ignotos anarquistas, desocupados, carentes de toda propiedad y que ni siquiera han escrito el panfleto, la han dañado material y moralmente.

Siete años, una corte de abogados experimentados, uno de los mejores *libel lawyers* (especialista en juicios por injurias) de Gran Bretaña, costos promedio de £6.000 por día, uso de detectives privados, transporte de testigos desde el exterior, liberalidad en gastos para transcripciones de datos, todo para demostrar que una jardinera (nuestra ya conocida Helen) y un cartero (Dave Morris, el otro miembro de London Greenpeace que se negó a retractarse), mentían acerca de la realidad de McDonald`s. Acusados que debían defenderse a sí mismos porque las leyes inglesas excluyen de la ayuda judicial a los casos de delito contra la dignidad. Ni siquiera contaban con el apoyo de una organización importante, porque London Greenpeace no tiene ninguna vinculación con la conocida organización ecologista (es, en realidad, anterior). La pregunta inmediata es: ¿por qué la empresa, cuyos referentes publicitarios (el payaso Ronald y los arcos dorados) son casi tan conocidos como Papá

Noel y la cruz cristiana, que ha vendido tanto que las hamburguesas colocadas una sobre otra podrían perderse en el espacio, se enreda en un juicio como éste, donde no tiene nada que ganar y mucho que perder? Si *What`s Wrong with McDonald`s?* (algo así como: *¿Cuál es el problema con McDonald's?*) era un panfleto injurioso, está claro que su efecto no podía sobrepasar el de los *graffiti* de los baños públicos, dada la escasa capacidad de la organización anarquista para imprimirlos y distribuirlos, aun cuando fuera auxiliada por otras por el estilo, como los ignotos "Veggies" de Nothingham.

Se podrían imaginar dos explicaciones, según uno manifieste mayor o menor simpatía hacia la empresa o los acusados: a) McDonald`s es una empresa particularmente autoritaria y soberbia que no puede soportar las críticas; b) McDonald`s, autodefinida como *a good corporate citizen* (o sea, "un buen ciudadano corporativo") se toma en serio, a diferencia de otras, la imagen que intenta dar a sus clientes y es, por eso, celosa de su reputación. Pero en cualquier caso siempre parecerá una exageración. Sobre todo cuando se compara con el resultado final del juicio: mientras la empresa salió victoriosa en una serie de ítems importantes, fue encontrada "culpable responsable" de crueldad con los animales y fueron comprobados como hechos la explotación de los niños a partir de su estilo publicitario, el perfil "anti-sindical" de su forma de relación con el mundo del trabajo, los salarios bajos que contribuyeron a deprimir los de toda la industria de la provisión de alimentos, que el alimento que vende no es "nutritivo" y que engaña a los consumidores cuando lo promueve como tal y, por último, que existe riesgo para la salud de los clientes muy frecuentes. Los acusados, condenados a pagar una suma de dinero despreciable para los montos que maneja la creadora de la "cajita feliz", apelaron el fallo en las partes adversas y se propusieron llevar al gobierno británico a la Corte Europea de Derechos Humanos, a fin de cuestionar las leyes sobre calumnias e injurias (en especial, la negación de ayuda legal gratuita y de juicio por jurado). Por si fuera poco, no sólo parecen haberse transformado en héroes populares, sino que se constituyeron en el centro de un movimiento anti-McDonald`s en varios

países y obligaron a la empresa a entregar una enorme cantidad de información (que puede verse en McSpotligh, un sitio donde se acumulan datos de todo tipo). Y, por supuesto, *What`s Wrong*... ha superado por lejos el nivel de lectura de los *graffiti* de baño público.

Mientras nuestros héroes festejan este resultado como una victoria, porque de hecho lo es (la actitud de McDonald`s les dió una oportunidad brillante para elevar el nivel de su actividad política), a mí me queda la sensación, un tanto amarga, de que algo falló. No sólo porque la empresa no perdió un solo peso, sino porque aunque hubiera ido a la quiebra, el resultado no habría sido mucho mejor. "¡Eh! ¿Cómo que no?" dirá el lector. Imaginemos los titulares: "¡Gigante de los negocios muerde el polvo por culpa de dos anarquistas desocupados!" Y sí, por supuesto, el impacto hubiera sido mayúsculo: obligaría a las empresas a comportarse con más cuidado en muchos aspectos importantes, daría coraje y valor a los ciudadanos comunes y corrientes en sus acciones contra los abusos corporativos, reivindicaría a los sindicatos repudiados por el *big business,* etcétera. Sin embargo, los efectos podrían ser perjudiciales también. Podemos imaginar otros titulares: "McQuiebra: ¡2.000.000 de obreros en la calle!" ¿Cuánto habría que esperar para ver manifestaciones pro-McDonald's? Además, ¿qué impediría el crecimiento exponencial de los competidores de Mc, que no tardarían en auto promocionarse subiéndose a la ola victoriosa que barrió con la cajita feliz, como hacen Adidas y Reebok a costa de Nike? Es más, ahora tendrían la excusa perfecta para subir los precios amparándose en la necesidad de "calidad", lo que dejaría muy contentos a los pudientes que pueden comprar "alimentos orgánicos", pero alejaría del consumo a los millones que recorren las góndolas en busca de números pequeños más que de promesas de vida sana. Porque, hay que decirlo, las hamburguesas de McDonald's, Wendy's o Burger King pueden parecernos una porquería, pero son baratas, al menos para ciertos segmentos de la población; para muchos obreros y sus hijos, por unos pocos pesos se puede comer en un restaurante limpio, con aire acondicionado y tratado como un señor.

Tengo para mí que es ilusorio creer que se puede causar un gran daño al sistema en que vivimos con medidas de este tipo, ni siquiera que se pueda causar grandes problemas a una sola gran empresa. Por crímenes infinitamente peores que maltratar un pollo; por usar mano de obra esclava de los campos de exterminio judío en la Alemania nazi, por ejemplo, ninguno de los grandes consorcios alemanes fue ni va a ser destruido. Ni hablar de la complicidad de las empresas americanas con los golpes de Estado y las dictaduras en todo el mundo, que no verán jamás a sus directivos sentarse en ningún banquillo de acusados. En suma, más que preocuparme *What's wrong with McDonald's*?, me intriga *What`s wrong with Helen and Dave?* (o sea, en lugar de ¿Cuál es el problema con McDonald's?, ¿cuál es el problema con Helen y Dave?, dicho en criollo).O, si se quiere, ¿por qué es tan inútil una consigna como *No logo*?

Detrás de la respuesta a esta última pregunta se encuentra el secreto de un problema que sólo ha sido rozado a lo largo de siete años de valiente y dura batalla. Aclaremos: nuestros compañeros han hecho un servicio enorme a la dignidad humana y a todos los que luchamos por una sociedad mejor. Eso no está en discusión. Ni su coraje ni su honestidad. Es un gran acierto haber atrapado en más de una falta a una multinacional. Pero lo que no parece muy acertado, más bien parece un error importante, es tomar a una empresa aislada e individual como enemigo principal. Ni siquiera a varias, como hacen los que luchan contra las "marcas", la globalización y otras tonterías. Como argumentaremos más adelante, su estrategia se parece mucho a la idea de eliminar la viruela pinchando los granos en la piel en lugar de matar el virus. El resultado puede arrojar victorias parciales, pero asegura la derrota final. Es en este sentido que intentaremos probar que la frase de Ray Kroc, el padre de McDonald's, que encabeza este capítulo, es incorrecta en relación a nuestros compañeros ingleses, pero perfectamente pertinente a lo que nosotros nos proponemos. Por eso, éste no es un libro contra McDonald's, aunque su título (cuyo sentido explicaremos hacia el final) alude metafóricamente a su creación más famosa. No tiene tampoco ninguna relación importante con

el conjunto de las empresas *fast food* ni con ninguna empresa en particular. No. Éste es un libro contra el sistema capitalista como tipo de sociedad humana.

Como veremos, esta posición depende de una concepción particular del mundo en la cual la totalidad es mayor y más importante que la suma de las partes. Preste atención querido lector, porque ésta es la idea más importante del libro: queremos entender el conjunto de problemas que tratamos, no como consecuencias de actos de maldad de esta o aquella compañía, esta o aquella política económica, este o aquel político, sino como contradicciones propias de un tipo de sociedad. No es esto o aquello lo que está mal, sino todo. Por eso el sistema no puede reformarse; ha de ser demolido por completo. Lo que queremos probar es que es al capitalismo a quien debe culparse por todos los males que aquejan la vida humana contemporánea. Y por eso debe ser destruido.

Pero si uno quiere destruir algo debe entender cómo funciona. Entender implica realizar un trabajo, cumplir una tarea, desplazarse, caminar, ir hacia. ¿Y por qué tenemos que realizar ese trabajo, ese viaje? Porque, y ésta es la segunda idea importante para lo que en este libro vamos a examinar: la realidad no se ve a simple vista. O mejor dicho, lo que se ve a simple vista no es toda la realidad. Hay que hacer un esfuerzo, trabajar duro para encontrar la verdad. Es necesario partir de la superficie y adentrarse en la oscuridad de las profundidades en busca del elemento que constituya la base de la explicación. Por eso, este libro fue concebido como un relato de viajeros: iremos de viaje de la mano tanto de Ray Kroc como de Bill Gates, Sam Walton, la General Motors y una larga lista de personajes por el estilo, sin despreciar la colaboración local de los Pérez Companc, Macri o Fortabat. Nos acompañarán también algunos señores más agradables, en especial dos amigos míos que saben mucho, dos alemanes muy simpáticos (o muy odiosos, según se los mire): los compañeros Carlos Marx y Federico Engels. Como verán en las páginas que siguen, tengo muchos más "amigos" que nos ayudarán a comprender quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos.

Podríamos tomar cualquier ejemplo de viaje tal, pero la elección de *Drácula* no sólo guarda relación con mis predilecciones mitológico-cinéfilas, y con la iconografía obrera que siempre describió al patrón como un chupasangre, sino que nos permitirá entender la tercera idea importante de este libro: que en las sombras, ocultándose, existe el poder que mantiene con vida a este sistema. No "poderes" múltiples y dispersos, sino uno y concentrado: el poder del capital. Un poder impersonal, muerto, que se alimenta de la vida del conjunto de la humanidad. Cuando entendamos que es él el que está detrás de todo comprenderemos por qué es necesario clavarle la estaca y hacerlo desaparecer de una buena vez. Por eso, otra vez, este libro puede ser considerado no sólo como un viaje imaginario, como ya dijimos, sino también como un relato de terror. Un viaje que comienza, como en cualquier cuento fantástico, por el simple expediente de atravesar una zona prohibida: una puerta cerrada, un espejo, un pasadizo extraño, una región desconocida. O unos "arcos dorados", que es de donde partiremos nosotros. Es un viaje a lo más oscuro de la sociedad, hacia lo que no se ve, otra vez, *a simple vista*. Se trata, entonces, de una aventura iniciática. Como todo viaje iniciático, el objeto que se busca finalmente resulta ser uno mismo, en este caso, nuestro lugar en la sociedad que construimos y nos construye: la búsqueda de la conciencia de nuestro ser en el mundo. Sin esa conciencia resulta imposible la libertad. Por eso, luego de este viaje, no podremos volver a ser los mismos.

Empezaremos como se empieza toda travesía: acumulando los pertrechos necesarios. Primero, el pacto que nos permitirá sabernos compañeros aun en las situaciones más peligrosas: la idea de totalidad como clave explicativa, el que los seres humanos vivimos en sociedad, que nuestros problemas más importantes sólo se explican a partir de la sociedad en la que vivimos y no por el mero capricho individual. Después las herramientas: poleas, cuerdas, clavos, luces y todo lo que demanda el partir hacia parajes extraños, es decir, algunos conceptos básicos elementales. Tampoco podemos partir sin un mapa, aunque sea aproximado: una primera mirada de conjunto sobre la realidad. **En el capítulo I**, entonces, mostraremos

someramente en qué consiste esta sociedad específica en la que vivimos, cómo llegó a ser y por qué pensamos que morirá algún día.

Terminada esta etapa preparatoria, comienza la aventura propiamente dicha. **En el capítulo II** cumpliremos con la primera parada antes de seguir más al Oriente, tras las huellas del protagonista del clásico del vampirismo, acercándonos al mundo de los señores de la noche, los que mandan, la clase dominante de la sociedad capitalista: la burguesía. A las puertas del mercado, atravesaremos el espejo mágico de la mercancía y preguntaremos por el déspota (el capitalista) y sus dominios (el capital), a fin de comprender (superficialmente todavía) en qué consiste eso que le confiere tanto poder. Una vez zanjado este obstáculo, verdaderamente riesgoso pero necesario, nos adentraremos en las entrañas del castillo, en el mundo del trabajo capitalista. **El capítulo III**, trata de explicar la razón por la cual los seres humanos tienen tan diferentes disposiciones vitales, tan diferente suerte en el mundo cotidiano, tan disímil perspectiva de vida. En suma, veremos qué significa ser un obrero, qué es la explotación. Entramos, por lo tanto, a la fábrica misma para mirar más de cerca ese mundo del trabajo alienado, del trabajo para otros: nos meteremos (sin permiso, por supuesto) allí donde reina el despotismo del capital.

Intentando salir del castillo, continuaremos nuestro viaje rumbo a una zona particularmente peligrosa, llena de trampas, pasadizos y soluciones engañosas. **En el capítulo IV** nos acercamos al mundo en perpetua conmoción del capitalismo, el de las turbulencias permanentes, donde todo se desvanece en el aire: la acumulación y la crisis. Si sobrevivimos a este verdadero mar eternamente embravecido, seguiremos adelante, alejándonos cada vez más de la tumba (es decir, de la empresa capitalista) y haremos un alto en cierto barrio suburbano, en el que comprobaremos que todo aquello que creemos haber dejado atrás nos persigue implacablemente bajo la forma de la miseria, la enfermedad y la desesperanza. **En el capítulo V** hablaremos, entonces, de la pobreza, la salud y la locura. Como a esta altura ya habremos llegado a la mitad de nuestro viaje, descansaremos brevemente en la primera posada

que encontremos, a la luz del fuego de la chimenea, buen vino y queso mediante.

Repuesta la energía y con las ideas centrales claras y distintas, comenzamos el viaje de regreso, dispuestos ahora a cuestionar todo lo que se nos inculcó durante años por la escuela o los medios de comunicación. El camino nos llevará a la entrada de un edificio pintado a tres colores, donde deberemos comparecer ante un extraño tribunal compuesto por una señora con gorro frigio, túnica blanca y un pecho al aire, y otros dos caballeros no menos particulares. Uno de ellos estará armado de una vara con la que intentará reducir todo a la misma medida, mientras el otro declarará amarnos todo el tiempo de una manera que no parecerá muy sincera. **Los capítulos VI y VII** hablan, entonces, de la libertad y la igualdad, o más bien de lo que quedó de ellas luego de que el Conde las sometiera al lecho de Procusto del orden burgués. Examinaremos allí al Estado (capitalista) y la justicia (capitalista). **En el capítulo VIII** trataremos de entender por qué nos peleamos continuamente por lo que nos corresponde, mientras abandonamos el campo de batalla real. Es decir, criticaremos aquí el sexismo, el racismo y el nacionalismo, interrogándonos en dónde quedó aquello de la fraternidad. Sobre esa base comprenderemos mejor por qué se nos intenta hacer creer, y cómo, que el culpable real no tiene ninguna culpa: hablaremos, **en el capítulo IX**, del mundo de la ideología. Con todo lo que hemos acumulado hasta aquí, pondremos en la picota las principales explicaciones actuales sobre la sociedad en que vivimos y trataremos de dar una interpretación propia acerca de hacia dónde va el mundo actual. Luego de este capítulo X, nos sentaremos, ya de regreso a casa, a realizar un **balance final** de este largo pero, espero, fructífero itinerario.

Alguna que otra aclaración más, antes de partir. Primero, en cuanto a las fuentes de información, quisiera explicitar lo siguiente: Aunque el conocimiento social es remiso a mostrarse a simple vista, me gustaría demostrar que los materiales necesarios para construir una comprensión cabal del mundo en el que vivimos están, casi todos, al alcance de la mano. No hemos extraído, a propósito,

nada que no esté en libros que se consiguen en librerías "de viejo" a precios absurdos por lo bajos. Creo que ninguno de los que cito o tomo como referencia a lo largo de toda *La cajita* me costó más de 20 pesos, la gran mayoría no supera los 10 y una proporción importante pueden adquirirse por 1 ó 2. El resto de los datos proviene de diarios y revistas de circulación nacional como *Clarín, La Nación, El Cronista Comercial, Ámbito Financiero,* cuyo precio no supera los 2,5 pesos cuando vienen con revista y suplementos, e incluso, hasta pueden conseguirse gratis como *La Razón*. Si el lector tiene cable descubrirá que *Discovery Channel*, *National Geographic* o *History Channel* me ayudaron mucho. Internet no está al alcance de todos, pero el que pueda pagar un par de pesos la hora, tendrá ante sí un archivo gigantesco de todo lo que se pueda imaginar; archivo que no dejé de consultar. Más a mano todavía están mis propios recuerdos personales, que no me han costado más que vivirlos. Seguramente el lector tendrá tantos recuerdos significativos como yo, simplemente porque ha vivido en la misma sociedad. Úselos, son la mejor fuente de información y la más barata. Si tiene televisión se dará cuenta de que este libro ha sido construido, adrede, con lo que puede encontrarse cotidianamente en cualquier telenovela o película de cine estadounidense, de esas que me fascinaban en las tardes de *Sábados de super acción* y *Hollywood en castellano,* y que ahora pueden sacarse de cualquier videoclub.

En segundo lugar, este libro pone énfasis en la explicación de los fenómenos. No es un libro que busque describir hechos o contar la historia con detalle. Eso puede conseguirse en otro lado e insisto en que todos los materiales necesarios para entender el mundo están a mano. Yo no he descubierto nada, no he hecho ninguna investigación espectacular, ni he arriesgado la vida tratando de dar a conocer cuestiones que el mundo ignore. Entonces, ¿por qué asimilo conocimiento con misterio, oscuridad, peligro, cuando todo está allí al alcance de quien quiera tomarlo? Porque el problema no es la información, sino la clave de interpretación. El problema no son los datos, sino cómo interpretarlos. Por eso, la intención principal detrás del uso de material casi de descarte es remarcar que

el problema no radica en el conocimiento de los hechos, sino en la clave interpretativa. El problema no son los datos sino la teoría, los anteojos con los cuales se mira el mundo. Por eso mismo, quiero poner todo el énfasis posible en que el núcleo de este libro es un ejercicio de *explicación*, no de información. Intento que el lector pueda, luego de culminar este ejercicio, no tener más información sino mayor capacidad de *análisis* de la realidad en la que vive. No se trata de dar pescado sino de enseñar a pescar... No soy Jesús (¡válgame Dios!), pero me interesa que los lectores tengan a mano tanto las fuentes como la experiencia personal de todo lo que aquí se dice, porque eso facilita enormemente la comprensión de procesos complejos y problemas en apariencia abstractos. Por eso mismo es que se ilustra todo dos y tres veces, con ejemplos tomados de la cultura popular (y de la no tanto también, que para eso uno fue a la facultad...) a fin de que se entienda, es decir, se pueda explicar.

En tercer lugar, este libro está pensado como la primera parte de una trilogía. Le debiera continuar *Adiós a la Argentina*, donde me propongo utilizar como base los conceptos ya desarrollados aquí para analizar las transformaciones, a mi juicio, tristes y definitivas, que ha sufrido nuestro país en los últimos veinte años. El tercero debiera ser, si todo sale según lo esperado, *El sueño escondido*, una defensa del socialismo como la solución más adecuada a los problemas más importantes de la humanidad. El lector juzgará (y me lo hará saber, espero), por la experiencia que hará con *La cajita infeliz*, si estos otros libros merecen ver la luz del día. Esperaré ansioso la orden de largada...

Me gustaría terminar esta introducción señalando para quién fue pensado *La cajita infeliz*. Éste es un libro de divulgación que intenta abarcar una problemática muy extensa, tanto como lo es la sociedad capitalista. De modo que no es una "reducción" o un "resumen" de *El Capital* como los que se confeccionaron durante los primeros y gloriosos años de la lucha socialista. No intenta, por lo tanto, emular ni a Gabriel Deville ni a Karl Kautski. Se parece más, guardando las gigantescas distancias, a los grandes panfletos que jalonaron la historia de la lucha por el progreso y la igualdad.

Aunque lejos, muy lejos, de la eficiencia, la claridad y la inteligencia de un Bebel o un Lafargue, me gusta pensar que tiene algún resto de esa voluntad de confrontar y explicar, de trazar zanjas y marcar territorios, que hacen tan apreciados a *La mujer y el socialismo* o *El derecho a la pereza*. Muchos lectores verán que su lectura puede ser difícil, un tanto críptica, y creo que tiene que ver con que he tratado de juntar la gris teoría con el verde de la vida y no me ha salido del todo bien. Pero también tiene que ver con que no quise escribir un libro fácil. No está, en principio, dedicado a especialistas. Tampoco a quienes este libro debería acusar como los principales responsables por los problemas que sufrimos: no es éste un tratado reconfortante para burgueses. Allá ellos si los domina el masoquismo. Es un trabajo hecho (vale más que nunca la redundancia) para trabajadores. Sobre todo, para los trabajadores más jóvenes, para aquellos que comienzan a peregrinar cotidianamente ese mundo subterráneo del trabajo capitalista. Por supuesto, me gustaría que pudiera ser leído por todos los obreros, incluso por los que viven en las peores condiciones. Pero en esta sociedad no sólo aprender a leer es un privilegio, sino más lo es aún el tener un libro entre manos y entenderlo. De modo que sé que muchos no podrán hacer solos esta experiencia. Pero hay cosas que no son fáciles, y entender la sociedad en la que vivimos no figura entre ellas. Aún así habrá que esforzarse. No hay otra forma.

Por eso, compañero, compañera: si no entiendes algo, pregunta, júntate, discútelo, llámame. Si no sabes qué es tal o cuál palabra, usa el diccionario. Si no reconoces algún concepto, hecho o cosa, revuelve otros libros, enciclopedias, atlas. Al final de cada capítulo un resumen te ayudará a repasar, y un listado de bibliografía te orientará para profundizar cada tema. Pero no esperes todo servido, todo masticado. Parafraseando al poeta: "lo que no aprendes por ti mismo, no lo sabes". Pero no renuncies: "estás llamado a ser un dirigente". No esperes que me haga pueblo: lucha, lucha con bronca por hacerte artista. Aprieta los dientes, róbale tiempo a la dictadura de la necesidad, a la codicia de los patrones y amasa esa violenta dulzura con la que cambiaremos el mundo. Esto que pongo aquí,

este libro, es mi pequeña y modesta colaboración en la dura tarea de aprehender la realidad, entenderla y, por sobre todo, cambiarla. Espero que leerlo te sirva tanto como a mí me sirvió escribirlo.

Resumen

Este libro examina, a partir de materiales de fácil acceso, las **características**, la **dinámica** y las **consecuencias** de un tipo específico de sociedad, la **sociedad capitalista**, la sociedad en la que vivimos. Las premisas de las que parte son tres: 1) que nada se entiende si no se lo ubica en la **totalidad** que le da sentido; 2) que la realidad es mucho más que lo que se ve en la superficie; 3) que este mundo no es como es porque sí, sino que hay interesados en que así sea y así se quede. A lo largo del texto, concebido como un **viaje** a la manera del *Drácula* de Bram Stocker, entraremos al mundo del capital, al dominio del **trabajo** alienado, examinaremos la forma de **funcionamiento** del sistema y sus consecuencias sobre la vida y la cultura humanas. Terminaremos con una idea de hacia dónde está caminando el mundo hoy y cuáles son las **perspectivas** más probables para la población mundial bajo este tipo civilizatorio.

Bibliografía

Los datos sobre el Mcjuicio han sido tomados de Vidal, John: *McLibel. Burguer Culture on Trial*. La bibliografía sobre McDonald's es interminable, pero resultará útil leer el libro de George Ritzer, *La McDonalización de la sociedad*, sobre todo porque en el último capítulo intentaremos refutar sus tesis centrales, profundamente erróneas. En el mismo sentido, puede ir ganando tiempo leyendo *No logo*, de Naomi Klein, y *El libro negro de las marcas*, de Klaus Werner y Hans Weiss. Si usted tiene preocupaciones culinarias y sabe leer francés, métale con Ariès, Paul: *Les fils de McDo*. Ahora, si lo suyo es más prosaico y quiere saber si es cierto el mito de la lombriz (no lo es, pero mire usted mismo), consiga el siguiente libro de Grefe, Christiane, Peter Heller, Martin Herbst y Siegfried Pater, *El imperio de la hamburguesa*. Como no descarto que haya lectores que no puedan creer lo que un zurdito prejuicioso como yo pueda decir sobre

capitalistas exitosos, recomendaría una visión simpática para con la empresa: Love, John, *McDonald's. La empresa que cambió la forma de hacer negocios en el mundo*. Para datos sobre la Argentina, el número 221 de *Prensa Económica*. ¿Se dió cuenta ya de que no se puede leer este libro sin ir al cine (o al menos pasar por el videoclub)? Entonces, no se pierda *Super size me*. La entenderá mejor si comprende la razón por la cual la carne nos resulta tan atractiva. Lea, para eso, *Bueno para comer*, de Marvin Harris; especialmente el capítulo dedicado a las hamburguesas: "San Vacuno, EE.UU.". Y esto es todo (por ahora).

PARTE I

HACIA ABAJO: LA ECONOMÍA

En esta primera parte haremos el tramo "económico" de nuestro viaje. Ya sabe que primero deberemos adquirir una serie de herramientas, aparejos y vituallas. Concentraremos todo en una posada cercana a las tierras del Conde y, una vez preparados, partiremos. Iremos adentrándonos en las profundidades de la vida capitalista, empezando por el mercado. Seguiremos por el camino que lleva al castillo, pasaremos de largo por sus brillantes salones hacia las mazmorras, llegaremos a las catacumbas e intentaremos salir por las cloacas, sucios pero indemnes. A la salida haremos un alto, encenderemos el fuego y descansaremos antes de emprender la segunda parte del camino, el que nos llevará de vuelta a casa.

Bien. Coraje. Ya no podemos dilatar más el asunto. Si llegamos hasta aquí no es para volvernos atrás ahora. Estamos en las fronteras de Transilvania y nos disponemos a entrar en las tierras de los emperadores invisibles, esos que no se ven pero son los que realmente mandan. Esos que se ocultan tras una fachada de benefactores de la humanidad, de agentes del progreso. Nos acercamos: bullicio, gritos, colores chillones, niños por todos lados y un payaso feo que nos recibe a la entrada de un templo, cuya forma remite vagamente a unos extraños arcos dorados. Todo parece alegría y, sin embargo, huele a muerte. Algunas personas vestidas como *hippies* protestan en la vereda y nos piden que no entremos. El portal que habremos de cruzar en breve tiene en su dintel tres palabras grabadas en oro y plata (sobre todo plata…): **libertad**, **igualdad** y **fraternidad**. No es extraño, porque se supone que en la sociedad en

que vivimos todos somos libres e iguales y nos relacionamos como hermanos. Veremos.

Capítulo I
PERTRECHOS NECESARIOS PARA VIAJAR A TRANSILVANIA (¿CÓMO FUNCIONA LA REALIDAD?)

Cuando oscureció, los pasajeros se pusieron nerviosos y, uno tras otro, empezaron a decirle cosas al cochero, como instándole a que fuese más de prisa. Él hostigaba despiadadamente a los caballos con su gran látigo, y les animaba a correr más con gritos furiosos de aliento. Entonces, en medio de la oscuridad, distinguí una especie de claridad grisácea delante de nosotros, como si se tratase de una grieta entre los montes. El nerviosismo de los viajeros aumentó; la loca diligencia se cimbraba sobre las grandes ballestas de cuero, y se escoraba como un barco sacudido por un mar tempestuoso. Tuve que agarrarme. La carretera se hizo más llana, y pareció que volábamos. Luego, las montañas se fueron acercando a uno y otro lado, ciñéndose amenazadoras a nosotros: estábamos entrando en el desfiladero de Borgo.

Del diario de Jonathan Harker, en *Drácula*, de Bram Stoker

Si hay algo que nos salva en este mundo... es la incapacidad de la mente humana para correlacionar todos sus contenidos. Vivimos en una isla de ignorancia en medio de los mares negros del infinito, y no estamos hechos para viajar lejos...

H. P. Lovecraft

No muestres lo que hay detrás de aquel espejo,
no tendrás poder, ni abogados, ni testigos.
Charly García

…toda ciencia sería superflua si la forma de manifestación
y la esencia de las cosas coincidiesen directamente.
Carlos Marx

La primera escala, dijimos, comienza antes de abandonar Londres, siguiendo nuestra novela de vampiros, al sólo efecto de recoger los pertrechos necesarios. ¿Qué aprenderemos en este capítulo? Algo en principio muy sencillo y al mismo tiempo complejo y difícil de entender, pero que es clave para poder avanzar. Primero: que la realidad no es fácil de percibir porque nunca es lo que **parece.** Segundo: que el conocimiento es conocimiento de la **totalidad** y de sus **leyes de movimiento**. Tercero: que el conocimiento es social, es decir, político y, por ende, **peligroso**. Cuarto: que una sociedad es una totalidad estructurada por **relaciones** jerárquicamente ordenadas. Quinto: que la sociedad que intentamos conocer, ésta en que vivimos, es un tipo de sociedad específica: el **capitalismo**, una de las tantas posibles, que funciona como todas, según una **legalidad inmanente**. Sexto, que es un fenómeno histórico y, por ende, transitorio.

1. La isla de la ignorancia

La realidad no es inmediatamente visible a los ojos. No es lo que parece. O como decía el Principito, "lo esencial es invisible a los ojos". Si usted abandona por un momento la lectura y mira a la pared de ladrillos que tiene cerca, tendrá la sensación visual de algo denso. Porque las paredes de ladrillos tienen esa costumbre, el ser densas. A nadie se le ocurriría que podría atravesarla caminando sin más (aunque David Copperfield se jacta de haberlo hecho con la Muralla China, que es algo así como el *non plus ultra* de las paredes). Yo no se lo aconsejo: la experiencia nos ha enseñado que una pared de ladrillos no es cualquier superficie, como la del agua, que puede

atravesarse con la mano. Pero aun con este conocimiento, producto de la experiencia, no "vemos" toda la realidad contenida en la pared. Porque si pudiéramos mirar más de cerca veríamos que el material de la pared es granulado y que, si prestamos mucha atención, la pared está surcada de grietas. De modo que esa cosa densa que suelen ser las paredes de ladrillos, además de materia aparentemente impenetrable, contiene espacios vacíos. Si ampliáramos aún más nuestra capacidad de visión, observaríamos que esos mismos gránulos se componen ellos mismos de partículas más pequeñas, moléculas, entre las cuales descubriríamos ya bastante más espacio vacío. Con microscopios más poderosos aún (no sé si existen, le aclaro), encontraríamos que las mismas moléculas se componen de partículas más pequeñas, los átomos, entre los cuales se extiende una enorme cantidad de espacio vacío. Y si penetráramos en el interior de un átomo (otra vez, no sé si se puede, mis conocimientos sobre física son muy rudimentarios), veríamos una porción de materia amontonada en el centro (el núcleo) y pequeñas porciones girando en derredor, muy a la distancia (los electrones). Y notaríamos que la inmensa mayoría del espacio que ocupa un átomo, es espacio vacío. De modo que esta tan densa pared de ladrillos, impenetrable a simple vista, no es más que espacio vacío acompañado de una misérrima porción de materia. Y que por ella circulan todo el tiempo innumerables cantidades de partículas que nos atraviesan permanentemente sin notar nuestra presencia. Porque para ellas, nuestro cuerpo, esta realidad tan palpable y tan densa que no puede atravesar la pared, es espacio vacío. La pared era impenetrable para nosotros, pero tanto ella como nosotros mismos somos perfectamente penetrables para otros niveles de la realidad material. Es más, si volvemos por un momento a las primeras grietas que descubrimos en la pared y que las tomamos como primeros indicios de espacio vacío, notaremos que la "apariencia" nos jugó otra pasada, porque eso que tomamos como espacio "vacío" era en realidad aire, compuesto como toda materia por átomos, moléculas y un montón más de pequeñas cosas extrañas que van de aquí para allá. "Las apariencias engañan", dice el dicho, y tiene razón. Descubrir esto

le llevó milenios a la humanidad, porque no se ve a simple vista y porque producir este conocimiento exige una masa gigantesca de trabajo colectivo.

Pero, entonces, si la pared es mayormente espacio vacío, ¿por qué la vemos allí, de pie y no más bien en el piso? Porque la realidad, toda realidad, es una totalidad estructurada. Es decir, consta de elementos unidos por relaciones. Y las relaciones tienen la dificultad de ser más difíciles de percibir que los elementos. Las relaciones son algo así como el "pegamento" que une y da sentido a las cosas. Es esta característica de la realidad la que hace que el conocer requiera algo más que abrir los ojos, como una voz susurra al oído de Tom Cruise en *Vanilla Sky*. Y la sociedad no escapa a estas características generales de la realidad: no alcanza con abrir los ojos para verla.

Efectivamente, la sociedad es tan opaca como cualquier otra porción de la realidad. Lo que aparece en la superficie es muy distinto de lo que se obtiene cuando se profundiza en el análisis. ¿Cómo se nos aparece la realidad de la sociedad? Bajo la forma de individuos aislados. Deje el libro, por favor, y prenda la televisión. Verá que las telenovelas románticas, los programas de chismes y otros por el estilo, tienden a mostrarnos la vida como una serie de encuentros y desencuentros individuales. Los medios de comunicación le escapan a los problemas sociales, salvo que estallen reiteradamente y haya que tomar alguna medida. Y aún en esos casos, tratarán de reducirlos a problemas individuales: droga, alcoholismo, "malas compañías". Lo normal es que el mundo de la pantalla se pueble de individuos y sus problemas (obvio) individuales (sobre todo de esos individuos que insisten en llamarse "artistas"; uno no sabe bien por qué). Ya sea que Fulano se peleó con Mengana porque una tercera en discordia ha venido a perturbar lo que Dios unió santamente, o que Zutana abandonó a Perengano no sin antes ayudarle a desarrollar la cornamenta del alce más robusto, la imagen de la sociedad que estas personas nos proponen no consiste más que en la sumatoria de vicisitudes individuales. Para peor, de una banalidad sorprendente, si hemos de juzgar desde el ángulo de los grandes problemas sociales (y un desperdicio

gigantesco si recordamos lo que vale un segundo televisivo). Algo parecido sucede con los programas deportivos donde, a falta de análisis serios sobre táctica y estrategia o las condiciones sociales del mundo del deporte, se nos aturde con altercados permanentes entre individuos, cuya mayor preocupación consiste en las peripecias de un cuero inflado.

Esta concepción del mundo que campea en los medios masivos, donde sólo los individuos y sus problemas —valga la redundancia, otra vez— *individuales*, son lo único importante. Este individualismo que se muestra, digo, corre parejo con uno más anónimo, más solapado, más prosaico. Es un hecho común el que, a pesar de vivir varios años en el mismo edificio, dos personas pueden no haber cruzado jamás palabra alguna, incluso aunque compartan una enorme cantidad de intereses y gustos. Del mismo modo, puede uno ir de compras a lugares donde no sólo no conoce a quien lo atiende, sino donde no lo atiende nadie y todo el trato humano se reduce a un simple intercambio monetario frente a una caja registradora. En un ámbito aún más importante, el del trabajo, encontraremos que resulta difícil tener amigos entre compañeros que rotan permanentemente. Ni hablar del jefe, entidad mítica que se pierde en las alturas de la jerarquía empresaria.

Ésta no es una realidad nueva, pero a medida que crecen los grandes sistemas de producción y comercialización, más anónima se vuelve la vida cotidiana. Al punto que cada dos por tres vemos aparecer en el periódico el caso típico del anciano muerto en su departamento, sin que nadie se haya enterado de nada. Hasta el momento en que el cadáver empezó a llamar la atención a su manera… Hace poco vi un documental por televisión de una empresa en EE.UU., dónde si no, que se especializaba en limpiar departamentos ocupados de una manera tan macabra. El asunto ya ni siquiera es sorpresa: el cadáver molesta porque no se puede vender (por ahora, supongo) una casa con un cadáver adentro. Así que, a limpiar y chau. Hay una escena de *American Psycho,* una novela de Brett Easton Ellis que en su momento causó mucho escándalo, en la cual se narra un episodio similar: el *yuppie* asesino

vuelve a la escena del crimen, donde ha masacrado a una mujer reduciéndola a pedacitos y, para su sorpresa, encuentra a la empleada de la inmobiliaria mostrando a potenciales inquilinos el departamento completamente reluciente. Que, para colmo, le pide que se vaya y no haga escándalo. ¿Y la muerta? La habrán limpiado los obreros de la empresa de la que hablábamos…

También habría que preguntarse si la fascinación por la mutilación, propia de las películas de terror norteamericanas, no tiene que ver con esta profunda tendencia a la fragmentación, a la mutilación social. Cortes, tajos, pedazos: la vida social fragmentada, la realidad a porciones. Hay muchos ejemplos en su video-club amigo, desde la serie de Jason a la de Freddy (ahora multiplicada por *Jason vs. Freddy*). Pero, la película en la que este asunto llega a su cenit, en clave de solfa, es la neocelandesa *Muertos de miedo*, donde la mutilación adquiere ribetes delirantes. En la escena culminante, ante el ataque de muertos-vivos que amenazan con transformar al protagonista en uno de ellos, el muchachito de la película se defiende con una máquina de cortar césped y procede a triturar a los atacantes. Una verdadera orgía de pedacitos sangrantes. Una parodia, obviamente, de *El loco de la motosierra*. Por el costado dramático, *8mm* muestra a Nicolas Cage buscando desentrañar el misterio de las películas *snuff*, esas donde la violencia y la mutilación no reflejan una buena actuación sino, supuestamente, un hecho real. Tengo para mí que estos "productos de la imaginación" reflejan alguna tendencia profunda del capitalismo a fragmentar, dividir, individualizar la vida humana.

En efecto, el individualismo es la marca de nacimiento de la sociedad en que vivimos. Incluso los problemas más acuciantes aparecen como fuerzas misteriosas que se ciernen sobre individuos indefensos: las crisis económicas, por dar un ejemplo, son explicadas como la consecuencia lógica de las acciones racionales de otros individuos (los inversores) que por alguna razón pierden la "confianza" y "se van". La historia misma es comprendida también por remisión a caracteres individuales excepcionales. Así, revoluciones enteras, grandes procesos históricos y fenómenos de masas

surgen como un rayo en cielo sereno, de la voluntad majestuosa de tal o cual personaje: Lenin o Castro dan cuenta de Rusia y Cuba, como Roosevelt de los EE.UU. y Hitler del nazismo y el Holocausto. No debiera resultar extraño, entonces, que la sociedad se desvanezca, que en la vida cotidiana, en los libros de historia, en los noticieros y las telenovelas, tanto como en la prensa de negocios o el deporte, la vida humana pareciera descansar en una sumatoria de individuos sin ninguna conexión profunda entre sí. La sociedad se ha diluido en sus fragmentos. Y surge otra vez la pregunta obvia: ¿cómo es que este caos se mantiene unido? Por la misma razón que la pared se mantiene erguida: porque es una realidad estructurada, como toda realidad. Porque tiene un "cemento" que une y da sentido a esos fragmentos: **las relaciones sociales**.

De modo que a nadie debería llamarle la atención que haya querido comenzar este libro partiendo de una afirmación extraña: la realidad no es como se ve a simple vista. Los ejemplos que acabo de dar deberían resultar elocuentes acerca de cuán difícil es percibir su esencia profunda. No se trata de ignorancia o superficialidad, sino de que la estructura misma de la realidad es remisa a mostrarse a simple vista. Por eso hace falta la **ciencia**, es decir, esa actividad que consiste en adentrarse en la profundidad de las cosas para encontrar las claves explicativas.

2. ¿Los vampiros existen?

Cualquier conocimiento, por novedoso que parezca, es el resultado de milenios de trabajo humano. Estas palabras que escribo en mi computadora, por ejemplo, son posibles (no importa cuán originales sean) sólo porque una gigantesca cantidad de conocimiento ha sido acumulada por la humanidad entera: la capacidad del lenguaje, la escritura, por no hablar de su soporte material, esta máquina de organizar haces de luz, varios miles de años de conocimiento sobre la sociedad, etcétera. No podría estar escribiendo esto si no existiera el chip, esa casi tontería que condensa en sí milenios de experimentación sobre el mundo físico y sus leyes. Ni qué hablar de esos códigos de órdenes secuenciales que llamamos *software*,

que están suspendidos de un esfuerzo de pensamiento lógico-matemático tan antiguo como la vida humana misma. La idea del genio es otra perversión del individualismo contemporáneo: nadie crea nada desde la nada. Ni siquiera Dios, que no existe. Edison, de quien hablaremos más adelante, definía el genio como el 1% de inteligencia y 99% de sudor. Somos un pequeño eslabón en la enorme cadena de la vida y nuestros conocimientos acerca de todo no son más que una recapitulación permanente con pequeños agregados de tiempo en tiempo, aunque algunos sean tan poderosos como para desencadenar verdaderas revoluciones. El conocimiento es social porque depende de la acumulación de la experiencia humana, que es una experiencia social.

Pero, la experiencia humana en las sociedades en las que vivimos desde hace al menos 6.000 años, es una experiencia de clase. No existen, desde entonces, sociedades homogéneas en las que las personas no se opongan como **clases**, algo que desarrollaremos más adelante. Como no hay sociedades homogéneas (por ahora), cada grupo social, cada clase conoce a su manera y según sus posibilidades. Como se hallan en lucha conocen como producto de su disputa. El conocimiento es, por lo tanto, objeto de disputa. Las clases dominantes lo son, entre otras cosas, porque conocen, porque producen conocimiento. Y a las clases subordinadas el saber les cuesta sangre. Aparece aquí un segundo obstáculo al conocimiento que se suma a la complejidad misma de la realidad: los intereses de la clase dominante. Este segundo obstáculo suele hacerse sentir, aunque no siempre, con más fuerza en las ciencias sociales, porque el saber de lo social es **político**, porque es saber sobre la dominación. Por lo tanto es **peligroso**. No debe extrañar que entre los muertos y desaparecidos, luego de cada gran guerra de clases, quede el tendal de intelectuales por el camino. El conocimiento avanza y retrocede, entonces, con la **lucha de clases**.

Como fatalmente el carácter social de la vida humana se impone, como tarde o temprano los individuos deben enfrentarse a problemas comunes, es inevitable que las personas tomen conciencia de la realidad, desarrollen sus propias ideas acerca

del mundo en el que viven y lleguen a comprenderlo con absoluta precisión. Tales momentos son breves y brillantes, como cuando una estrella lejana estalla y su luz llega a mostrarse en pleno día, a la vez rara y potente. En esos momentos florecen todas las artes y el pueblo se vuelve artista. El triunfo del capital suele devolvernos a la medianía ramplona que caracteriza la vida humana bajo su régimen. La violencia, pues, produce ignorancia y lo hace adrede. Esta "isla de ignorancia en medio de los mares negros del infinito", a la que tanto temía ese maestro del terror que era Lovecraft, no es sólo el resultado de la estructura misma de la realidad, sino también del conflicto social. La aparente seguridad que da la ignorancia sólo "nos salva" mientras el resultado nos parezca soportable, mientras la realidad no venga a golpearnos brutalmente a la cara. Pero, igual que los monstruos, los vampiros y los fantasmas de las películas de terror, es inevitable que reaparezca continuamente.

Efectivamente, dado que el conocimiento es algo peligroso, uno anda por el mundo tratando de esquivar aquello que todos saben que es mejor no recordar. Llega el momento en que esa ceguera voluntaria se transforma en ceguera real, aunque siempre queda algo de aquella vieja sospecha. Cuando se llega a esa situación, algo que más adelante vamos a explicar con más detalle, el mundo se nos aparece "naturalmente" como lo describe la clase dominante. Nuestra mirada se vuelve superficial, "fetichista", sin que nadie nos obligue. Como vamos a hablar de esto más adelante, baste con decir ahora que el "fetichismo" brota del desconocimiento de las verdaderas causas de los fenómenos (sociales o naturales, lo mismo da), otorgándole el poder de producirlos a objetos equivocados —como el creyente supone que su estampita de San Cayetano le ha conseguido trabajo; a pesar de que, con cerca de cuatro millones de desempleados, el hombre de Liniers debe figurar entre los santos más ineficientes—. Cuando hablamos del poder social, el desconocimiento de las causas de los fenómenos tiene consecuencias políticas graves. En particular, no puede comprenderse en dónde radica el poder dominante que debe ser destruido. Como el poder no quiere que lo destruyan, sanciona al que intenta descubrirlo. El protagonista de *Drácula*,

Jonathan Harker, llega a la conclusión adecuada: "la fuerza del vampiro está en el hecho de que nadie cree en su existencia." Efectivamente, el poder trata siempre de pasar desapercibido, de presentarse de otra manera, de mostrar un rostro "humano" detrás del cual se esconde la realidad. Por eso es que tenemos la sensación de que el mundo visible oculta uno invisible, más poderoso, en el que suceden las cosas importantes. De esa secreta intuición que cada uno de nosotros tiene sobre esta característica de la realidad brota, creo, el placer que encontramos en las películas de terror o en seguir las desgracias de David Vincent en *Los invasores* (o su versión moderna, el Mulder de *Expedientes Secretos X*).

Este reconocimiento de que el mundo no es como parece no es exclusivo del terror o la ciencia ficción. Puede verse también en muchos policiales. En *JFK*, por ejemplo, la realidad superficial (un loco suelto mató al presidente) oculta un golpe de Estado (según la opinión del director, Oliver Stone) en el que están implicados desde la mafia al complejo militar industrial, pasando por los anticastristas de Miami. Es decir: por detrás de las leyes y la estructura jurídica de la realidad se extiende la estructura del poder verdadero, del poder económico y militar, del poder mafioso. Jim Garrison, el fiscal protagonista, se lo cuenta a todo el mundo pero nadie le cree. La fuerza del golpe de Estado en EE.UU. consiste en que nadie lo cree posible. ¿Quiere un ejemplo argentino? Ahí tiene *Operación masacre*, de Rodolfo Walsh, que demuestra que los "libertadores" asesinan por la espalda. En última instancia, el itinerario del padre de Charles Horman en *Missing*, la excelente película de Costa Gavras, es similar al de Jonathan Harker en *Drácula*, sólo que su viaje no es a la Transilvania del Conde sino al Chile de Pinochet (que, de todos modos, es más o menos lo mismo…).

¿No nos estremece pensar acerca de hechos recientes a la luz de estas breves postales del lado oscuro? ¿Qué verdades se ocultan detrás de hechos que ocupan brevemente el primer plano de las noticias para luego desaparecer sin rastro, verdades que aterrorizarían a la sociedad toda por el simple expediente de dejarse ver un instante? Por ejemplo: ¿cuál es la verdad del caso Yabrán? ¿Qué

trama de poder se esconde tras la muerte de Carlos Menem jr.? ¿De la de María Marta García Belsunce? Tal vez no lo sepamos nunca, pero hay algo que queda claro: el mundo no es como parece ni los seres que se ven a la luz del día son los únicos que existen. Porque ya no se trata sólo de que la realidad es, en sí misma, difícil de conocer. Además, hay interesados en que las cosas no se sepan (o, lo que es lo mismo, que se entiendan mal).

3. Leyes y relaciones en el conocimiento de lo social

Volvamos un poco atrás y discutamos un poco esta idea de la primacía de la **totalidad**. Porque la ignorancia del tejido en el cual todos estamos insertos ocupando algún lugar en la trama, es decir, el desconocimiento de la **totalidad**, es la clave de todo el asunto. Insistimos: la totalidad siempre es difícil de percibir, aunque ya sabemos que hay interesados en que sea más difícil todavía. De modo que hay que rescatar el concepto de totalidad de la barbarie capitalista. ¿Cuál es la característica básica de toda "totalidad"? Que es mucho más que la suma de sus partes. Veamos un ejemplo. Hay una canción muy extraña de Serrat que tiene como estribillo la frase "me gusta todo de ti, pero tú no". Es el ejemplo perfecto de la fragmentación de la vida humana: todo en la mujer que la canción describe es perfecto: "el lunar de tu cuello", "tus pezones como lilas, tu alcancía carmesí". Me gustas, pero a pedazos, dice Joan Manuel. Parece que la chica era muy "linda por fuera", pero hubo que rescatar el corazón "del cubo de la basura" y usarlo como "bisutería fina". La fragmentación impide la coherencia del conjunto: el "todo de ti" como adición, como sumatoria, no equivale al "tú", simplemente porque el todo no es igual a la suma de las partes. Ésa es la razón por la cual esa idea que reaparece cada tanto en las revistas cholulas, según la cual uno puede armar con pedazos a la mujer perfecta, es una tontería. Una nariz linda, lo es sólo en determinada cara. Es por eso que aquellas muchachas (los muchachos también, supongo, pero de eso no puedo opinar demasiado…), que no poseen nada especialmente rescatable, pueden ser particularmente bonitas si el cuadro general encaja bien.

¿Por qué hay que prestar atención a la totalidad? Porque lo que sucede con las partes no puede entenderse si no se entiende el todo. Usted puede creer que si no gasta dinero en exceso, cuida las cosas y no dilapida los ahorros, nada puede pasarle. Pero si vive en una ciudad donde el intendente corrupto exprime a la población con impuestos, y permite todo tipo de abusos a comerciantes y todo tipo de "aves negras", de poco le servirá. Puede usted creer que si echa al intendente todo volverá a la normalidad, pero si vive en una provincia donde reina la corrupción política más extrema, difícilmente obtendrá resultados duraderos en su parroquia. ¿Reemplazamos al gobernador? Bueno, pero con el tiempo descubrirá que el país entero funciona así y que no alcanza con lo hecho hasta ahora, hay que llegar hasta el presidente. Incluso, alcanzado ese nivel, usted se dará cuenta de que en realidad el problema es mucho más general, porque verá a países vecinos atravesar las mismas vicisitudes. Llega el momento de pensar, entonces, que el mal no está en esta o aquella persona, sino en la sociedad misma. En este momento, usted ha comenzado a cobrar conciencia de que su suerte depende más de la totalidad del sistema que de su habilidad individual para manejar la economía doméstica.

Uno puede hacerse el tonto, creer que vive aislado del mundo y nada le va a pasar, como Homero, que cruza la calle con los ojos cerrados repitiéndose "si no miro, no me pisan". Pero la totalidad (el capitalismo, para nuestra desgracia) reaparece todo el tiempo bajo las formas más extrañas. La idea de que el batido de las alas de una mariposa provoca huracanes del otro lado del mundo es, indudablemente, una exageración, puesto que toda fuerza tiene efectos que se agotan en virtud de la potencia que los pone en juego. Pero trasladada al mundo social, en particular, al momento en que se producen las crisis capitalistas a gran escala, la metáfora no carece de sentido. Es más, se le ha dado un nombre particular: son los llamados "efectos" ("tequila", "caipirinha", "arroz", "vodka", "tango", por las crisis mexicana, brasileña, del sudeste asiático, Rusia y Argentina, que, con epicentro en esos lugares, tuvieron repercusión mundial). Expresan un hecho real: que el mundo tiene un grado de

interconexión tan elevada que es imposible hoy explicar la situación concreta de una persona sin entender lo que ocurre en el resto del mundo. La medida en que la sociedad como totalidad ha venido a imponerse a los individuos es tan alta, que sólo puede entenderse la obsesión individualista de este fin de milenio como un gigantesco retroceso en el conocimiento social de la sociedad. Como este resultado ha sido conseguido a sangre y fuego, no es de extrañar que nos resulte aterrorizante intentar "correlacionar todos sus contenidos".

De modo que el conocimiento es siempre, insistamos, conocimiento de la totalidad. Nuestra totalidad es la sociedad en que vivimos. De modo que el conocimiento social es conocimiento de la totalidad social. Pero conocer la totalidad no equivale a conocer todo, como quien recuerda todas las cosas, como Funes, el memorioso personaje de Borges. No. Conocer la totalidad significa conocer las leyes que rigen su movimiento. Porque si la realidad es una totalidad estructurada, su movimiento no es azaroso, sino que sigue un determinado patrón. Es decir, es, hasta cierto punto, predecible. Si yo conozco cómo funciona la totalidad, puedo entender hacia dónde va y qué suerte le tocará a sus partes. Conocer la sociedad en que vivimos quiere decir saber qué puede pasarnos. Pero para conocer las leyes que rigen el movimiento de la sociedad tengo que conocer las relaciones que unen a sus partes. De modo que el estudio de la realidad social es, en última instancia, el conocimiento de las relaciones sociales. De las relaciones sociales reales que unen a los seres humanos que conforman una sociedad y le imponen a ésta un movimiento determinado. Por eso, el conocimiento de la sociedad es muy útil en política.

4. ¿Cómo y por qué se mueve la realidad?

La idea de que la sociedad puede cambiarse depende de una certeza más general: que la realidad puede cambiarse. Vamos a ser lo más explícitos posibles: la realidad cambia necesariamente. La realidad se mueve. Es más: el **movimiento** es su forma de existencia. Nada en el universo está quieto. No existe el estado de reposo perfecto. Tomemos como ejemplo un edificio: Las torres Petronas

de Kuala Lumpur, por tomar un edificio gigantesco, durante cierto tiempo el más alto del mundo. Construido además por un argentino, César Pelli. Es interesante el caso porque se trata de una construcción imponente. Varios centenares de metros de altura crearon un problema que los albañiles de ladrillo y cuchara nunca se plantearon: el viento. Sucede que un edificio tan alto indefectiblemente sufre gigantescas presiones por el viento. Sus paredes se transforman en velas que, como todas las velas, se curvan, empujan y obligan a toda la estructura a oscilar. Parece increíble pero, aunque no se observe a simple vista, una construcción caracterizada por la *solidez*, se mueve, oscila permanentemente. Si miramos en forma adecuada, notaremos que todo se mueve: cambios en tamaño, en calor, de posición, de color. Todo implica transformación permanente. Eso es el tiempo: el movimiento de la realidad.

Pero, ¿por qué existe el movimiento? Porque la realidad es contradictoria, es decir, se constituye por pares de opuestos. Un árbol y la tierra sobre la que se asienta, por ejemplo. El árbol brota de la tierra oponiéndose a ella, a su presión sofocante. El árbol es, entonces, la negación de la tierra. Pero el árbol, sin embargo, vive de su negación: sin los nutrientes y el agua que extrae de la tierra estaría muerto. La tierra misma sufre los efectos del crecimiento del árbol: la sombra y sus ramas dan pie al surgimiento de otras formas de vida que cambian la composición química del terreno en cuestión. La tierra con el árbol es otra tierra, distinta de la que comenzó la historia. Precisamente, la historia es el proceso mismo del movimiento de la realidad. Ésta es la primera ley de la ciencia que describe ese movimiento, la dialéctica: la **unidad y lucha de los opuestos**.

Pero ahí no termina la cosa. Porque el triunfo de la negación (el árbol) es a su vez negado por la realidad que él mismo ha creado: el surgimiento de otros árboles crea un bosque. Ahora su tamaño, su desarrollo, su futuro, dependerán de la interacción que supone ser parte de una totalidad mayor. La **negación de la negación** describe el movimiento continuo de la realidad.

Si la realidad se mueve, no lo hace de cualquier manera. No se desencadenan revoluciones a cada segundo. El cambio procede

primero por cantidad: la realidad se desenvuelve dentro de ciertas líneas que no alteran el patrón general. Así, pequeños cambios, a veces imperceptibles, parecen decir que nada ha cambiado o que la magnitud de los cambios es tal que no amerita hablar de cambios propiamente dichos. Se trata de transformaciones en cantidad. Pero todos los cambios en cantidad arrastran, tarde o temprano, cambios en calidad: juegue con los niños en la playa a quedarse quieto mientras ellos simulan enterrarlo en la arena. Al principio nada le impedirá moverse, hablar y respirar. Pero en algún punto notará el peso de la arena y, si no se apura, le costará salir de debajo de la incipiente montaña. El punto final llegará cuando la presión sobre el pecho le impida respirar. Un baldecito más y habrá muerto. Entender la ley de la **transformación de cantidad en calidad** ayuda a elegir amiguitos adecuados para su hijo y pasar vacaciones más seguras.

La realidad se mueve. Se mueve dialécticamente. La dialéctica es la ciencia del movimiento. La defensa del movimiento no es sólo la defensa de la ciencia, sino de la posibilidad misma de la transformación revolucionaria. Por eso, todas las clases dominantes han negado siempre la posibilidad del movimiento. Verá que apelaremos muchas veces a la dialéctica para explicar la realidad. Es que queremos transformarla.

5. ¿Qué es una sociedad?

Vamos directamente al grano. Hay por lo menos dos tipos de sociedades: las sociedades sin clases y las sociedades de clases. Aquí hablaremos centralmente de estas últimas, aunque muchas de las cosas que diremos valen también para las primeras. ¿Qué es una sociedad? Tal vez sea más fácil empezar por lo que no es. Una sociedad no es, simplemente, la sumatoria de un conjunto de personas. Ni siquiera si esa sumatoria reúne a gente con algunas características comunes muy visibles o destacadas. No. Una sociedad es mucho más que una suma. Es, antes que nada, ese conjunto de personas unidas por relaciones. Por relaciones sociales. De modo que el mismo número de personas, incluso, las mismas exactas personas, unidas por relaciones diferentes, da por resultado sociedades

diferentes. Esto no significa que toda la realidad de una sociedad sean las relaciones y no las personas. Eso sería absurdo porque arrojaría como conclusión que una sociedad humana no se basa en seres humanos. No. Una sociedad es un conjunto de seres humanos organizados según una serie de relaciones: **relaciones sociales**. No hay, en sentido estricto, sociedades de una persona (como Robinson Crusoe, que no podría ser Robinson Crusoe sin toda la civilización capitalista detrás —o en su cerebro, como cultura adquirida— y sin Viernes, que no se sabe por qué aceptó ser su sirviente). Los seres humanos no pueden sobrevivir solos; son seres necesariamente sociales, igual que sus primos más cercanos, los simios superiores (y muchos otros seres vivos).

De modo que no hay seres humanos que estén fuera de toda relación social. Nunca ha sido así. Thalía o Natalia Oreiro pueden cantar que hacen lo que se les da la gana, que no dependen de nadie, que son independientes de todo (es el *leivmotiv* de las canciones de este tipo de gente, tan dada al individualismo feroz), pero no es cierto. Por empezar, dependen del público; pero para llegar hasta él dependen también del aparato de comercialización gigantesco del mundo de la música basura. Y de todo un ejército de tipos que realmente saben de qué se trata el asunto, que les enseñan a bailar, a cantar, cómo poner la cara o mover cierta parte de su anatomía (perdón, pero me viene a la mente Shakira…). Por eso la vida de estos "artistas" suele comenzar con una serie de humillaciones (como las de los chicos de los concursos estilo Popstar) o cosas peores, sobre todo con las muchachitas. Recién cuando consiguen un lugar "en el salón de la fama", pueden darse el lujo de cantar "Que digan lo que quieran, yo soy feliz a mi manera", como hace esta chica uruguaya que cree que domina el arte de la modulación de la voz. Y eso mientras les dura el cuarto de fama. Luego… otra vez a las humillaciones y las pleitesías. Un pequeño grupo logra ubicarse más allá del bien y del mal y se transforma en intocable, como Madonna o Luis Miguel (que cantan mejor, la verdad sea dicha). Pero aún en estos casos, su vida depende de la existencia de una sociedad que permite que alguien no sólo se gane la

vida haciendo llorar con historias tristes, sino que encima amase fortunas aun ladrando como perro enfermo (como Enrique Iglesias, que ha logrado demostrar que hay un ser humano capaz de cantar peor que el padre). En la sociedad medieval, con suerte les tirarían un hueso en la calle o lamerían los platos de algún noble gustoso de escuchar berridos mientras almuerza o cena. Incluso mucho tiempo después, un genio de la música como Haydn comía con los criados, aunque era el músico más admirado de Europa. Beethoven, que ya vivía de su público, nunca pudo dejar de depender de ciertos mecenas que lo idolatraban. Ninguno de los cantantes de moda hoy, de esos que ya están más allá del bien y del mal, sería quien es sin la sociedad capitalista; una sociedad donde la vulgaridad genera millones y el genio rinde poco. De modo que si hay alguien "dependiente", es el "artista" de moda.

Pero para todos es igual, no vaya a creer que si usted es un Baremboim o una Martha Argerich es más independiente que Emanuel de Mambrú. Porque si hay algo que significa vivir en sociedad, es que nadie es libre, entendiendo libertad como ejercicio de la voluntad sin límites. No. Si eso es libertad, nadie es libre. Volveremos más adelante sobre este punto para demostrar que hay otra forma posible de concebir esa cosa tan apreciada y tan poco comprendida. Digamos por ahora que la esencia de vivir en sociedad consiste en que uno no hace "lo que se le da la gana". En efecto, vivir en sociedad significa aceptar límites, los límites que son fijados por esas relaciones en las que cada uno entra con otros seres humanos. Doy un ejemplo sencillo: si usted vive en una sociedad de base agraria, que depende de la producción agrícola en pequeña escala y que carece de abonos en abundancia, es probable que mire a sus propias heces con más simpatía y ni loco se le ocurra tirar la cadena, porque tendrá que recogerlas y almacenarlas cuidadosamente. Para abono. Lógico. Y si alguien se negara a hacerlo, sería castigado por ello, porque el conjunto de la vida social depende de una abundante provisión de abono. Y si viviera en una sociedad donde tener una vaca lo ayuda a tener bueyes para arar la tierra, muy probablemente trataría a esos animales todos forrados de

cuero con una devoción santa. Y castigaría a quien se atreviera a amagar con proveerse de materia prima para un asadito. Porque de eso depende la reproducción social. De manera que no se puede hacer cualquier cosa. En eso consiste vivir en sociedad.

De todos modos, la vida en sociedad no es una simple cárcel. Porque, que no se puedan hacer ciertas cosas no quiere decir que no se pueda hacer nada. Algunas sí y otras no. Pero lo que debe quedar claro es que si no se prohibieran determinado tipo de acciones, la sociedad no podría existir. Ese conjunto de prohibiciones es el fundamento de lo no prohibido. En otras palabras, la sociedad prohíbe un conjunto de acciones para permitir otras. La libertad requiere, entonces, de no libertad. De la misma manera, la no libertad que una sociedad sanciona para algunos actos, explica el contenido y el significado de la libertad que permite para otros. La prohibición del incesto es un ejemplo que viene muy al caso: la sociedad que prohíbe el incesto no está adaptando la norma social a la realidad de la naturaleza. La prohibición del incesto no nace de una necesidad biológica ni los seres humanos suelen repudiar el incesto porque esté genéticamente ordenado que sea así. Si tal cosa fuera cierta, deberían explicarme por qué las sociedades suelen aceptar el incesto en ciertos casos muy importantes (como el matrimonio real entre los faraones egipcios o los incas), o por qué las páginas porno en Internet tienen largas secciones de fotos y películas de "incestos reales" (aunque más no sea de una realidad imposible de verificar). Por una razón sencilla: la prohibición del incesto no nace de una obligación biológica, como respirar o transpirar. No. Es una cuestión social: una sociedad que no prohíbe el casamiento entre parientes cercanos no puede establecer alianzas con otras. El intercambio de una mujer (lo lamento, feministas) o la retención de una mujer es una cuestión muy importante para toda sociedad agraria, porque una mujer no sólo produce ella misma, sino además produce productores; de modo tal que prohibición del incesto y subordinación de la mujer van de la mano: no quiero que se case con su hermano porque la necesito para una alianza con otros patriarcas. Una sociedad que puede actuar de esa manera, multiplica su capacidad de crecimiento ya que no depende sólo del aumento biológico generacional, sino de incorporaciones masivas

de nuevos contingentes por medio de acuerdos y pactos codificados por las reglas de parentesco. Estas reglas no son más que el contrato de la alianza: en esta generación una hija va para allá, pero en la siguiente otra viene para acá y así generación tras generación. El asunto es mucho más complejo, pero en lo sustantivo es así. Estas prohibiciones, que para nuestra cultura amorosa actual parecen repudiables (¡que a uno le digan con quién tiene que casarse!), permiten a la sociedad que las practica multiplicar su capacidad productiva y de defensa. Si no lo hiciera, la vida misma se vería en peligro y con ella cualquier tipo de libertad. Una sociedad está constituida por un conjunto de personas a las que una serie de obligaciones (relaciones) les permite obtener una serie de libertades (relaciones).

Ahora bien: ¿quién determina cuáles son esas obligaciones y libertades? Es una pregunta que las sociedades suelen responder en forma más o menos mitológica, adjudicándoselas a un dios (como en la antigua Sumeria, en Egipto o en la Edad Media europea), a un legislador más o menos histórico (como el Solón ateniense o el Licurgo espartano), o a un conjunto de personajes particularmente astutos, normalmente conocidos como "padres de la patria" (San Martín o Washington, por ejemplo). Sin embargo, esas restricciones y libertades tienen dos orígenes generales distintos. El primero tiene que ver con las posibilidades que ofrece la realidad a una sociedad determinada. O lo que los marxistas llamamos **fuerzas productivas**. El segundo es el resultado de la acción humana en torno de los intereses relacionados con las fuerzas productivas. Otra vez, lo que los marxistas llamamos **lucha de clases** (siempre que hablemos de una sociedad de clases). Me explico mejor:

¿Qué son las fuerzas productivas? El conjunto de las potencias productivas humanas disponibles en un momento dado de la historia. Incluye tanto los conocimientos productivos (la ciencia, la tecnología) y los elementos materiales en los que ellos se corporizan (las herramientas) como las condiciones de producción (la tierra, por ejemplo) y los portadores activos de dichas potencias (la población). Toda sociedad tiene a su disposición una cantidad limitada de fuerzas productivas. Cuanto más desarrollada es una

sociedad, mayor es la magnitud de las fuerzas productivas de la que dispone. Y por lo tanto, mayor es el rango de posibilidades de acción que se puede permitir. Por ejemplo, en las sociedades que identificamos como de la "era de las cavernas" (las hordas de cazadores recolectores, científicamente hablando) no podían darse el lujo de tener "Bandanas". Porque una sociedad en la que todo el mundo tiene que estar pensando todo el tiempo qué va a comer, difícilmente puede mantener a un conjunto de muchachitas cantarinas como éstas (lo que para mí, mal que le pese a mi adorada hija, sería toda una bendición). Todo el mundo tiene que dedicarse a buscar comida y a evitar transformarse en comida. De modo que mal podrían mantener a alguien cuya única actividad consistiera en cantar (si es que estas niñas hacen algo parecido a eso). Para darse tales "gustos", es necesario que la humanidad tenga una capacidad productiva tan elevada que le permita gastar energías en alimentar personas cuya actividad no "produce" nada esencial. Es necesario que las fuerzas productivas hayan crecido. A medida que aumentan las fuerzas productivas, más y más actividades que antes eran imposibles ahora se vuelven practicables. De modo que buena parte de lo que se puede o no se puede hacer simplemente lo dicta la realidad material de una sociedad: el grado de desarrollo de las fuerzas productivas.

Pero las sociedades pueden poseer esas fuerzas productivas colectivamente, siempre y cuando no se efective un proceso de división social por el cual algunas personas van acaparando funciones que implican mando y otras son relegadas a funciones de obediencia. El poder social tiene su origen en la función social. No es necesario que el desempeño de una función lleve a la concentración del poder, pero si no se dan ciertas condiciones (como la abundancia de los bienes necesarios a la reproducción de la vida, lo que supone un elevadísimo nivel de fuerzas productivas), no es fácil frenar el desarrollo de la transformación de funciones en autoridad política y enajenación de las voluntades individuales. De modo que lo posible y lo imposible no está **determinado** sólo por el nivel de las fuerzas productivas, sino también por los intereses

de las clases que resultan de esas relaciones sociales. Lo que pueda o no pueda hacerse dependerá de los intereses de la clase dominante. Un ejemplo que repetiremos varias veces a lo largo de este libro: en la sociedad en la que vivimos suelen sobrar los alimentos y sin embargo los muertos de hambre se cuentan por millones. Sería fácil solucionar el asunto, dándole lo que sobra a los que necesitan. Sin embargo, no se puede. ¿Por qué? Porque el alimento es propiedad privada, de modo que sus dueños no van a entregar sus propiedades a cambio de nada. Pero los hambrientos no tienen nada, porque si no, no lo serían. Resultado: la muerte por hambre. De modo que las relaciones sociales son otro límite a la acción posible: en toda sociedad de clases lo que puede hacerse está limitado por el carácter de las relaciones sociales dominantes. Como lo que quieren los que se benefician de esas relaciones sociales dominantes es explotar a los dominados, las prohibiciones principales son aquellas que impiden a estos últimos sacudirse la dominación o, incluso, hacerla más soportable. Por esa razón, toda sociedad de clase está atravesada por una lucha violenta y permanente, una guerra civil más o menos abierta o más o menos larvada, eso que llamamos, otra vez, **lucha de clases**.

Hasta aquí tenemos que toda sociedad se constituye a partir de un grupo humano que mantiene relaciones de producción entre sí y que se asienta sobre una determinada potencia productiva, las fuerzas productivas. Lo que cada individuo puede o no hacer depende del nivel general de las fuerzas productivas de su sociedad y del lugar que ocupe en las relaciones sociales. Las relaciones sociales de producción construidas para la explotación (no todas lo son) separan a los individuos en **clases**, de modo que la suerte de un individuo coincide más o menos con el conjunto de los individuos que se encuentran del mismo lado en las mismas relaciones sociales. Dicho en criollo, las posibilidades vitales de un esclavo no son excepcionales, sino que se corresponden, más o menos, con las de todos los esclavos. Normalmente, las potencialidades vitales que un nivel determinado de fuerzas productivas permite a una sociedad se reparten según líneas de clase. Es decir, la clase

dominante tenderá a beneficiarse del máximo de potencialidades vitales que una sociedad puede ofrecer. Si una sociedad puede ofrecer tiempo libre, serán los dominadores los que tenderán a aprovecharlo. Si permite la construcción de palacios, no serán habitados por los pobres. Si permite una educación sofisticada, no estará al alcance de los dominados. Si los alimentos no abundan, serán los dominadores los que lucirán gordura (y ésta será no sólo un índice de salud, sino también de belleza, como en el Renacimiento). La máxima libertad permitida por una época la disfrutarán los que la dominan. Todo lo contrario sucederá con los dominados y eso no depende de una decisión individual, de que uno sea astuto, lindo o inteligente. No. Es un destino colectivo, afecta a todos los miembros de una clase. Por eso el estilo de vida de los obreros es homogéneo, dentro de ciertos límites, como lo es el de la burguesía.

De tal manera que las clases se componen de individuos que tienen intereses comunes. Esos intereses comunes surgen del hecho de encontrarse en una situación parecida. Pero abundemos un poco más sobre la naturaleza de las relaciones sociales. Veamos qué consecuencias tiene el asociarse para producir. La necesidad de hacerlo ya la explicamos: la lucha por la vida impone la asociación como necesidad. Los seres humanos deben asociarse para producir y reproducir la vida, entrar en relaciones. Esas relaciones se trazan en todos los órdenes de la vida, por lo que existen muchos tipos distintos (de parentesco, de amistad, económicas). Pero existe un tipo de relaciones que son más importantes (en relación a la organización de la vida social) que las otras: las relaciones a través de las cuales los seres humanos reproducen su vida. El que sean más importantes que las demás está dado precisamente por el hecho de que sólo a través de ellas es posible "vivir". Los seres humanos necesitan intercambiar con la naturaleza, desde el aire hasta los alimentos, para sobrevivir. En la medida en que se asocian la relación con la naturaleza se torna menos hostil y dependiente. La dependencia de la naturaleza empieza a estar mediada por esas relaciones que se trazan a la hora de lograr la reproducción de la vida. Pero esta creciente independencia de la naturaleza

lograda por la asociación, por la **cooperación**, es la causa, a su vez, de una creciente dependencia de los individuos, de esas relaciones sociales. Demos un ejemplo: una horda de cazadores recolectores, una sociedad sin clases, puede mantenerse unida muy laxamente. Cada individuo depende, en última instancia, de sí mismo. Se enfrenta solo a la naturaleza, de la que se apropia de una manera directa: toma de las plantas materias vegetales, mientras que obtiene recursos animales por el arte de una caza primitiva. No hay muchas posibilidades de cooperación. La mayor libertad de los individuos está dada porque no dependen unos de otros para reproducirse, más que de una forma muy precaria. Pero el costo de esta "libertad" es el enfrentar a la naturaleza con el único concurso de sus propias fuerzas. La naturaleza tiene frente a él o ella un poder máximo.

Si nos desplazamos ahora hacia una sociedad agrícola, notaremos que los individuos están mejor pertrechados contra esa fuerza hostil. Pueden evitar las épocas de sequía construyendo acequias y pozos de agua; pueden evitar el hambre ante la falta de animales o de plantas por la vía de producir ellos mismos su propio alimento y almacenarlo; pueden rodearse de resguardo seguro construyendo poblados con empalizadas. El individuo ya no se enfrenta solo a la naturaleza, lo hace en cooperación con otros seres humanos, lo que lo fortalece y disminuye su indefensión. Pero a cambio ha debido entrar en relaciones complejas con otros seres humanos; relaciones necesarias para producir los bienes necesarios para la vida, como ya dijimos, las **relaciones de producción**. El conjunto de relaciones de producción forma la **base económica** de la sociedad, su **modo de producción**. El precio a pagar es el riesgo de que algunos monopolicen estos medios y transformen esas relaciones igualitarias en su contrario. Y es un riesgo importante porque ya no puede abandonar fácilmente su "sociedad", en la medida en que hacerlo significa renunciar a las fuerzas colectivas conseguidas por la cooperación. No es un fenómeno necesario, no es una fatalidad, pero sí una posibilidad muy real.

Si esa posibilidad se realiza entramos en el reino de las sociedades de clase, es decir, de sociedades divididas en grupos antagónicos. La clase dominante dominará gracias al acaparamiento de ciertas funciones que le permiten ejercer el poder. Pero ese poder se asienta en la posesión de ciertos medios con los cuales se puede producir y reproducir la vida, los **medios de producción**. Los poseedores de los medios de producción (las fábricas o la tierra, por ejemplo) serán miembros de la clase dominante. Los que no los posean serán relegados al campo de los dominados. Para poder reproducir su vida, el dominado deberá entrar en relación con el poseedor de esos medios, quien aprovechará para subordinarlo y **explotarlo**, es decir, hacerlo producir para él. El elemento clave, el que decide la suerte de cada individuo en una sociedad de clases, es la propiedad. Pero no cualquier propiedad, sino la de los medios de producción. La historia de la sociedad humana es, entonces, la historia de la propiedad o no propiedad de los medios de producción.

La naturaleza de las relaciones de producción nos devela, entonces, las características básicas de cada sociedad. Los intereses de las clases son antagónicos porque unos, los poseedores de los medios de producción, tienen recursos vitales superiores a los otros, logrados a costa de que éstos trabajen para ellos. Como parece ser que la humanidad repele la explotación de la misma manera y con la misma intensidad con la que a la naturaleza le repugna el vacío, la clase **explotadora** deberá acaparar ciertas funciones subordinantes (la magia, la violencia militar, el comando administrativo, es decir, los instrumentos del poder), mientras relega a la clase **explotada** las funciones subordinadas (centralmente, trabajar). Nacen así la **familia** (el control de la transmisión del poder y su permanencia en el núcleo privilegiado), el **Estado** (el monopolio de la violencia legal y el derecho) y la **ideología** (las ideas con las cuales se educa, es decir, se reproduce en la cabeza de los explotados la necesidad e inviolabilidad del orden existente, entre las cuales la religión es una de las más importantes). Es decir, la estructura social sólo se mantendrá en su lugar (los dominadores seguirán siendo dominadores y los dominados, dominados), si se

garantiza —por el uso de la fuerza material y la fuerza simbólica, es decir, por la violencia— la **hegemonía** de la clase dominante. Volveremos más adelante sobre este asunto de la hegemonía, pero baste decir ahora que como las cosas no se quedan en su sitio por sí mismas, hay que sostenerlas a la fuerza: la estructura social exige, entonces, una **superestructura** que contribuya a su reproducción.

Entonces, si recapitulamos, toda sociedad está formada por un conjunto de relaciones sociales de producción que separa a la población en clases sociales. Ese conjunto se asienta sobre un determinado grado de desarrollo de las potencias humanas, las fuerzas productivas. Como el conjunto no se mantiene naturalmente, ya sea porque hay que sostener con violencia relaciones que provocan una lucha permanente entre las clases, o porque hay que evitar que surja y se desarrolle la división en clases, en toda estructura social se da una superestructura, un conjunto de relaciones sociales accesorias cuya función es asegurar que todo se mantenga donde debe estar. Lo que voy a hacer ahora le pondría los pelos de punta a más de un marxista amigo, pero la metáfora del edificio como descripción de la sociedad es particularmente útil (aunque un análisis más sutil mostraría una serie de peligros). Como a esta altura el peligro mayor es que nada de lo que hayamos dicho se entienda, prefiero dejar a un lado ciertos pruritos un tanto ridículos. "Dibujemos", entonces, el "edificio" social:

Superestructura
[Estado, familia, ideología, arte, religión, etcétera]

Estructura económica
[relaciones sociales de producción]

Fuerzas productivas
[ciencia, tecnología, herramientas, población]

Quedan dos puntos más antes de dejar este acápite. El primero es el de la **correspondencia**. El segundo es el problema de la

determinación, otro rompedero de cabeza para marxistas. ¿A dónde vamos con esto? Sencillo: a explicar las relaciones entre los diferentes niveles de la vida social o, siguiendo la metáfora del edificio, de sus diferentes "pisos". Porque existen entre ellos relaciones necesarias de correspondencia y determinación. Vamos de a una.

Correspondencia quiere decir que cada uno de los niveles debe "encajar" en el otro, "corresponderle" como una tuerca le corresponde a un tornillo y no a otro. Quiere decir que a cada nivel de fuerzas productivas le "corresponde" un conjunto limitado de relaciones de producción y a cada conjunto de relaciones de producción le "corresponde" un conjunto limitado de superestructuras. Una sociedad cuyas fuerzas productivas son muy escasas y sólo permiten relaciones de producción rudimentarias y una superestructura casi inexistente. Veamos un ejemplo, volviendo al mundo "de las cavernas". En la horda de cazadores-recolectores no existe el excedente económico. Es decir, no existe posibilidad de producir por encima de las necesidades ni, en caso de poder hacerlo (cazar o recolectar más), de almacenarlo. De modo tal que esa sociedad no podía mantener a nadie sin trabajar, ya lo dijimos al hablar acerca de la imposibilidad de una "Bandana" prehistórica. Como no hay excedente, entonces, no puede existir una clase de no trabajadores que se dedique a dar órdenes y hacerse mantener por los demás. La ausencia de excedente es síntoma de un nivel de fuerzas productivas realmente paupérrimo. De modo que las laxas relaciones que unen a la horda se corresponden con las bajas fuerzas productivas. Como no hay quien mande ni quien obedezca, no hay relaciones de explotación. No hace falta, entonces, mantener en caja a rebeldes y descontentos: no hace falta Estado. Como no hay Estado, no hay que explicar por qué unos tienen derecho a mandar y otros la obligación de obedecer. No hace falta, entonces, ni ideología ni religión. Como no tiene sentido apropiarse de lo que no puede monopolizarse porque no hay fuerza organizada para defenderlo, no hay propiedad. Y como no hay propiedad, no hace falta ninguna

institución que garantice su transmisión a las generaciones futuras: no hay familia. En resumen: no hay superestructuras.

Cada nivel de fuerzas productivas requiere un tipo de relaciones de producción, las que a su vez exigen un determinado tipo de Estado y no otro. El Estado de la sociedad feudal debía impedir que la propiedad fuera de libre disponibilidad, es decir, se comprara y se vendiera libremente. ¿Por qué? Porque los señores feudales vivían de ella, de modo que el endeudamiento con comerciantes y banqueros podría expropiarlos. También debía evitar que la mano de obra pudiera moverse libremente, porque se quedaría sin campesinos para explotar si éstos encontraran una oportunidad mejor. Pero el capitalismo requiere la máxima libertad de movimientos para el capital y la mano de obra, de modo que su Estado busca garantizar la ausencia de monopolios jurídicos y el máximo de "flexibilidad" laboral. Cuando la clase dominante del capitalismo, la burguesía (de la que hablaremos en el capítulo siguiente), tuvo que asegurar sus intereses, organizó un Estado que "correspondiera" con ellos, destruyendo el Estado feudal, que garantizaba los intereses de los señores feudales.

Determinación, por su parte, quiere decir que algo depende, para su existencia o para alguna modalidad de su existencia, de la presencia de otra instancia anterior. Digamos: la madre determina al hijo, porque si ella no existiera el otro tampoco tendría oportunidad alguna de hacerlo. Otra: el agua determina la posibilidad de la vida. Nótese que ni la madre ni el agua son el hijo o la vida; sólo determinan la posibilidad de la existencia de ambos. Una mujer puede no tener hijos o, de tenerlos, no ser responsable de la continuidad de su existencia (algo que las madres suelen rechazar cuando el niño o la niña cruzan la barrera de la adolescencia y demandan el fin de ciertos "cuidados" molestos a esa edad). Una vez crecido, la existencia del niño (y del adulto que llegará a ser) no depende sólo, o no depende ya en lo absoluto de la madre. Y sin embargo, no podría estar aquí ni tendría las características físicas que tiene de no ser por la madre (y el padre, claro, estoy simplificando aunque no mucho). En modo similar, agua es vida (por lo menos en ciertas formas, en especial, la humana). Pero puede existir agua sin vida. Y

la vida no depende sólo del agua. Pero una innumerable cantidad de características de muchos organismos vivos depende de su relación con el agua. En ambos ejemplos, determinación significa condición necesaria pero no suficiente.

Pero esta condición no es sólo necesaria; también es un agente activo en la creación de nuevas realidades. Porque las fuerzas productivas hacen posible un tipo de relaciones de producción. Pero esas relaciones de producción hacen crecer, por su propia acción, a las fuerzas productivas. Llega un punto, en este crecimiento, que las fuerzas productivas, para ser mantenidas y desarrolladas, exigen otras relaciones de producción. Imaginemos una sociedad con una estructura agraria de pequeños productores independientes. Durante un cierto tiempo estos productores han hecho crecer la producción con una tecnología adaptada a sus posibilidades. El crecimiento de la población genera nuevas actividades, el comercio, por ejemplo, o la aparición de un estrato de especialistas en determinados trabajos: los artesanos. El crecimiento de la población lleva también a una demanda creciente de alimentos. En condiciones de pequeña propiedad independiente resulta imposible producir a gran escala, con técnicas apropiadas, porque eso implica eliminar a los pequeños propietarios que, lógicamente, resistirán cualquier transformación en ese sentido. Eso quiere decir que, en algún punto, la población hambrienta exigirá la expropiación de los pequeños propietarios o su absorción por grandes productores que puedan garantizar alta productividad y bajos precios. Es decir, en algún momento el tamaño de las fuerzas productivas alcanzadas (sintetizado en el tamaño de la población) comenzará a exigir la transformación de las relaciones sociales de producción, comenzará a determinar la aparición de una nueva realidad. Esto sucedió en el origen del capitalismo en el campo inglés en un fenómeno conocido como "cercamiento", que en el siglo XVIII expropió a millones de campesinos, los transformó en trabajadores asalariados y formó grandes unidades productivas con tecnología moderna, preparando la Revolución Industrial.

De manera que determinación quiere decir que el movimiento de los niveles más bajos gobierna a largo plazo el de los más elevados. Por eso, si el cambio de las fuerzas productivas impulsa la transformación de las relaciones de producción, el de éstas últimas hace lo propio con la superestructura. Relaciones de producción pujantes, que empujan hacia adelante las fuerzas productivas y aumentan las potencialidades humanas, tendrán recursos para financiar superestructuras fuertes, que además serán creíbles a los ojos de los dominados en tanto aseguran la expansión de la vida humana. Relaciones de producción que han cesado de corresponder a las fuerzas productivas, por el contrario, debilitan la superestructura que debiera garantizar su reproducción. Superestructuras débiles preanuncian relaciones sociales en peligro, lo que no hace más que agravar el obstáculo que las relaciones atrasadas significan para las crecientes fuerzas productivas. Esta situación constituye lo que los marxistas llamamos una **crisis orgánica** de la sociedad. Una transformación gigantesca está en el aire y la revolución está a la orden del día. No es necesario que la crisis se resuelva a favor de las fuerzas productivas, pero si no hay transformación progresiva de las relaciones sociales el resultado puede ser un derrumbe completo de la sociedad como aconteció con el Imperio Romano. Sea como sea, la determinación y la correspondencia necesaria de las fuerzas productivas, las relaciones de producción y las superestructuras son las claves de la explicación de los mecanismos de transformación social. Dicho en términos científicos: una **revolución** acontece cuando hay una contradicción irresoluble entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción; choque que se evidencia primero que nada con la disolución general de las superestructuras. En criollo: nadie hace una revolución cuando quiere, es necesario que haya ciertas condiciones presentes. A la inversa, con la crisis sobre las cabezas, todo el mundo se vuelve revolucionario (o contra revolucionario).

En resumen, una sociedad (de clases) es una totalidad humana estructurada por relaciones sociales de producción, dividida por ellas en clases, una de las cuales domina y explota a la otra a los efectos de garantizarse el disfrute de las mayores potencialidades

humanas, que hace posible el nivel general de las fuerzas productivas alcanzadas. Para ello se da un conjunto de relaciones políticas (instituciones) y simbólicas (ideologías) que garantizan que el conjunto se reproduzca sin sobresaltos mayores. Mientras las relaciones de producción impulsan a las fuerzas productivas, la sociedad crece y se reproduce en amplitud (cambio en cantidad). Pero a resultas de ese mismo éxito, las fuerzas productivas tienden a desbordar ese marco de relaciones sociales y exigir su transformación (cambio en calidad). A ese momento se lo conoce como crisis orgánica, una crisis en la que está en juego la existencia del conjunto de la sociedad. Es por esto que toda sociedad tiene un límite más allá del cual necesariamente perece, para mejor o para peor. El capitalismo, de quien hablaremos a continuación, ha hecho de la negación de esta verdad tan sencilla uno de sus mejores instrumentos ideológicos.

Robó, huyó y no lo pescaron (por ahora): qué es y qué no es el capitalismo

La sociedad en la que vivimos hoy es el capitalismo. El capitalismo no es una conducta, ni un espíritu, sino un tipo de sociedad. Tampoco es el mundo de la libertad ni de la posibilidad de elección infinita. Todo lo contrario, es una dictadura donde las elecciones están acotadas a un rango mínimo de posibilidades. Esto puede sonar extraño, porque superficialmente pareciera ser al revés. Si se recuerda lo dicho en los apartados anteriores acerca de la esencia de las cosas y su apariencia, no sorprenderá a nadie que nos empeñemos en demostrar lo contrario. Comencemos, entonces, por desentrañar la "esencia" del capitalismo.

En principio, digamos que la idea de que el capitalismo es una conducta, un espíritu o actitud ante la realidad es casi la reproducción del sentido común, lo que no le agrega una pizca de verdad. Como veremos, aquí también bajo la apariencia se encuentra una realidad distinta. Normalmente el capitalismo se define, en boca de sus apologistas, como una actitud o una conducta cuyas características son la capacidad de innovación, la obsesión por la eficiencia,

el espíritu de aventura, la vocación por tomar riesgos o la capacidad de transformar el mundo. Sin embargo, resulta fácil de ver que estas actitudes o habilidades se encuentran en muchas sociedades no capitalistas o en muchas personas dentro de la sociedad capitalista que, sin embargo, no son empresarios; o, peor aún, se ofenderían si se los comparara con ellos. Por ejemplo, la capacidad de innovación es visible en cualquier sociedad humana. Sería difícil creer que los burócratas de la ex Unión Soviética eran capitalistas cuando transformaron un país del Tercer Mundo en la segunda potencia mundial, en menos de un tercio del tiempo que le llevó a los EE.UU. llegar al podio. Todavía hoy admiramos la maravillosa construcción de las pirámides egipcias, de más de 4.000 años, pero a nadie seriamente podría ocurrírsele que Keops, Kefrén y Micerino constituían algo así como los más lejanos precedentes de Rockefeller, Bill Gates y Ted Turner. Porque si la capacidad de innovación es la marca de fábrica del capitalismo —sociedad que, como quieren sus apologistas, es "natural" y "eterna"—, concluiremos que no es un hecho social sino biológico. Y como gracias a Darwin conocemos que nuestra realidad biológica es producto de la evolución, entonces podríamos descender un escalón más y encontrar el capitalismo en algunos animales superiores, como los monos de un lugar llamado Gombe, cuya capacidad de innovación no deja de sorprender. Parece que estos animales eran capaces de separar el grano de trigo de la arena por un procedimiento que no se le hubiera ocurrido a muchos *yuppies*. Según cuentan los científicos que los estudiaron, enfrentados a la situación de recoger grano por grano de entre la arena, una de las monas del grupo en cuestión (¡atención feministas!) ideó el método de arrojar el trigo al agua. Como la arena es más pesada, se hunde. El trigo, en cambio, flota y se lo puede recolectar fácilmente. Si capacidad de innovación es capitalismo, entonces estos monos tan astutos son, sin duda alguna, no sólo nuestros parientes más cercanos, sino también serios competidores en el mercado mundial. Les faltaría sólo la ayuda inicial necesaria a todo *entrepreneur* (que seguramente no les fue ofrecida nunca ni por el Banco Mundial ni el FMI, confabulados en

secreto luego de advertir los padecimientos de Charlton Heston en *El planeta de los simios*).

El "espíritu de innovación" no sólo no es exclusivo del capitalismo ni de los seres humanos. Es también propio de personas que nunca pensaron en hacerse ricos ni nada parecido y que gastan su vida inventando, descubriendo e innovando por valores como la solidaridad o el deseo de mitigar el dolor humano. Qué sería de la humanidad si sólo dependiéramos de industriales, banqueros y comerciantes, y no contáramos con individuos como los médicos que, sin recursos y abandonados por las empresas y los Estados, dedican su vida a cuidar la salud de las personas, inventando todos los días soluciones para salir del paso y evitar la muerte de sus pacientes. Salud normalmente en ruinas por el sistema que comandan, precisamente, industriales, banqueros y comerciantes. Siguiendo en este campo, podemos anotar algo más pernicioso aún, pero muy propio del "espíritu capitalista". Nos referimos a sus efectos nocivos gigantescos contra innovaciones verdaderamente útiles, que son descartadas porque no constituyen un negocio suficiente. Es sabido que la problemática del SIDA recibe más atención de parte de los laboratorios que los tratamientos que atacan otras enfermedades propias de países subdesarrollados. Está claro por qué: el SIDA afecta a países pobres, pero también a países ricos donde una enorme población con capacidad de consumo elevado puede pagar carísimos tratamientos. En Argentina y en otros lugares de América Latina, el "Chagas" es una epidemia mucho más extendida que el SIDA y, sin embargo, no ocupa el lugar que ocupa el SIDA en prevención, publicidad y, sobre todo, gastos en investigación e innovación.

Esto último, de paso, dice mucho acerca de la voluntad de transformación, el espíritu de aventura o la toma de riesgos, actitudes que suelen asociarse al "espíritu capitalista". ¿Qué podemos decir, entonces, de la relación entre la voluntad de asumir riesgos y el capitalismo? Que es mentira. Todo capitalista elude los riesgos siempre que puede y va a lo seguro. Sólo se arriesga cuando no le queda otra. Y la mayoría de los que se arriesgan, pierden. Como de

vez en cuando alguno gana, los apologistas del capitalismo realzan su figura y lo convierten en "padre fundador" y representante del "verdadero espíritu capitalista". Pero la verdad de su "espíritu" es todo lo contrario de lo que los capitalistas hacen todos los días. El deseo de "aventura" de los capitalistas se limita a las películas de Indiana Jones. Y si "Indy" tiene éxito, ya aparecerá el banquero o la gran multinacional que, cuando el negocio sea seguro, copiarán el descubrimiento, comprarán la patente o ahogarán al arriesgado innovador, si no lo transforman en su empleado. Vean como ejemplo la historia de Tucker, un yanqui que en los ´50 quiso revolucionar la industria automotriz y fue hundido por los grandes fabricantes; historia que se cuenta en la película homónima.

En cuanto a la obsesión por la eficiencia, se restringe a las actividades que al capitalista le convienen, es decir, a las que producen ganancias. Como veremos, la actividad general del capitalismo produce un gigantesco derroche, que asume la forma de destrucciones masivas de trabajo acumulado por generaciones enteras. Un ejemplo muy a mano lo constituye el sistema de transporte de las grandes ciudades. La mayor eficiencia se lograría con transportes colectivos, operados con electricidad porque se gasta menos energía para una masa mayor de pasajeros, contamina menos, genera menos polución sonora, es más rápido, provoca menos accidentes, etcétera... Piense el lector que cada automóvil, que sólo puede llevar a cuatro o cinco personas al trabajo, normalmente viaja ocupado por una o, a lo sumo dos, después hay que dejarlo durante horas estacionado en algún lugar, inútilmente paralizado, etcétera. ¿Por qué estas cuestiones elementales que demuestran la baja eficiencia del automóvil no llevan a su limitación y a la expansión del transporte público? Porque el transporte público no es un buen negocio y porque a los fabricantes de autos y a las petroleras no les interesa ni les conviene. Si estuvieran guiados por el afán de eficiencia, presentarían todos los días proyectos a los gobiernos acerca de cómo mejorar el transporte público. Pero están preocupados por la ganancia, por eso estimulan a los gobiernos a que

gasten en ensanchamiento de calles y autopistas (con peaje, por supuesto), en lugar de construir subterráneos.

El mejor argumento contra todas estas ideas disparatadas es esta: si todo es una cuestión de "actitud", si todos podemos ser capitalistas con sólo quererlo, ¿por qué hay individuos que persisten en vivir en la miseria en lugar de "progresar"? Como los apologistas más decididos no retroceden ni siquiera ante verdades tan obvias, el resultado es que terminan encontrando justificaciones cada vez más miserables: será que hay individuos "naturalmente" dotados y otros no. Nacen así el racismo (los negros se parecen a los monos, ¿vio?) y el darwinismo social (los villeros son como animalitos, ¿no es cierto?). Volveremos sobre este punto reiteradas veces a lo largo del libro.

El capitalismo también ha sido caracterizado como una determinada política económica, como el liberalismo, el librecambio o, actualmente, el neoliberalismo, al que se lo adjetiva por izquierda como "capitalismo salvaje" (como si existiera otro). Esta forma de ver el asunto pierde de vista el que los mismos empresarios que ganan con políticas tales, suelen exigir cambios a gritos en la política económica y pasan sucesivamente, y sin ruborizarse en lo más mínimo, a defender el keynesianismo, el proteccionismo, el dependentismo, el corporativismo nazi-fascista o cualquier otra cosa que les venga bien para mantener sus ganancias. Porque todas ellas son políticas económicas capitalistas aplicadas por gobiernos capitalistas, con el beneplácito de los capitalistas (porque han llegado al poder gracias al sostén financiero de los capitalistas, entre otras cosas). Por la misma razón, asociar al capitalismo con una determinada filosofía "de vida", como el liberalismo político, es completamente arbitrario. Por dar un ejemplo concreto, en la Alemania del siglo XX las mismas empresas y los mismos empresarios pasaron sin mayores problemas de la monarquía a la democracia liberal, de la democracia liberal al nazismo y del nazismo, otra vez, a la democracia liberal, entre 1918 y 1945.

Pero si el capitalismo no es un "espíritu", ni una política, ni una filosofía, ¿qué es? ¿Qué lo distingue de otras sociedades? En principio, las relaciones que las personas establecen entre sí, relaciones

que no se encuentran en otras sociedades. Porque, como ya vimos, cada sociedad se caracteriza por un conjunto de relaciones básicas que las distingue de otras. En consecuencia, el capitalismo es un **tipo** de sociedad, específico e histórico, caracterizado por algo más que por un "espíritu". Ese algo más son las relaciones en las que las personas viven. El **modo de producción capitalista** se caracteriza por las relaciones asalariadas, lo que quiere decir que los seres humanos en la sociedad capitalista se enfrentan a la naturaleza a la hora de reproducir su propia vida, a través de relaciones que implican, por un lado, la **apropiación** y, por otro, la **expropiación**. Los medios indispensables para reproducir la vida (las fábricas, el campo, etcétera) son apropiados en pocas manos, mientras por el mismo movimiento son expropiados a la inmensa mayoría. Esta mayoría desposeída de los medios de producción **y de vida** sólo posee su capacidad de trabajar, es decir, su **fuerza de trabajo**. Para poder sobrevivir deberá venderla a cambio de los bienes necesarios para reproducirla. La suma de esos bienes es su salario. El capitalista, poseedor de los **medios de producción**, compra esa capacidad por un tiempo determinado, durante el cual la hará producir todo lo posible. A eso llamamos los marxistas **explotación** de la fuerza de trabajo: hacer que el trabajador produzca más bienes de los que necesita él para sobrevivir, quedando el resto para el explotador. Ese resto se denomina **plusvalía**. La función de la explotación es, entonces, producir plusvalía. Cada capitalista estará interesado en la explotación del trabajo puesto que de allí extraerá sus medios de vida. Cuantos más obreros explote, mayores serán los bienes a su disposición.

Enfocando el problema ahora desde el lado del capitalista, la propiedad de los medios de producción le permite tener acceso a bienes que de otra manera le resultarían imposibles de obtener. Pero su permanencia como capitalista no está asegurada por ninguna regla jurídica: su suerte dependerá de cómo le vaya en el mercado. La legalidad capitalista sólo reconoce el derecho individual a la propiedad, con lo que cada capitalista es un soberano absoluto de sus posesiones. Entonces, ¿qué es lo que dirime el conflicto entre capitalistas que producen lo mismo? ¿Quién determina que

tal capitalista tiene más derecho que otros para fabricar eso que varios fabrican? No hay ninguna regla legal en tal sentido. Todo lo contrario: el capitalismo se ha desarrollado específicamente contra todo tipo de "privilegios" sobre la riqueza social que no emane de la dinámica misma de la economía. Fijaciones de precios, mercados cautivos, monopolios, todo ha sido derrumbado por las revoluciones burguesas y es norma implícita que esas condensaciones de poder, jurídicamente sancionadas, no pueden (o no deben) existir en la sociedad capitalista. Entonces, ¿quién decide, quién se queda y quién se va? El mercado. Como empresario, el capitalista sólo podrá sobrevivir si asegura posiciones en el mercado. De donde surge la competencia como relación básica entre capitalistas. La competencia es el único regulador del capitalismo. De allí la **destrucción creativa permanente** que el capitalismo arrastra consigo a lo largo de toda su historia. Como bien señalaron Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*, el capitalismo es el mundo en el que "todo lo sólido se desvanece en el aire".

Dado que la producción de plusvalía, es decir, de ganancia (no es lo mismo, pero por ahora sirve), es la que empuja a los capitalistas a poner en juego las riquezas sociales, la conclusión lógica es que todos los miembros de la sociedad se ven arrastrados por ella; la mayoría sin poder incidir de ninguna manera en el proceso. Un sistema social construido sobre la explotación del trabajo asalariado, y cuyos titulares se oponen entre sí por la supervivencia mediante la competición permanente, sólo puede marchar a los tumbos: los capitalistas necesitan ganancias; para ello tratan de explotar al máximo a sus trabajadores. Pero todos los capitalistas hacen lo mismo, de modo que esta competencia se transforma en la razón de ser del sistema mismo. El instrumento preferido de los capitalistas es la innovación tecnológica, arma con la que el mejor dotado desplazará a los demás. Pero tener tecnología significa poder comprarla o producirla, de modo que los capitalistas más grandes tenderán a desplazar a los más pequeños: el pez grande se come al chico. No sólo de tecnología se trata, porque los grandes capitales tienen ventajas derivadas específicamente de su tamaño:

cumplir reglamentaciones y pagar impuestos (o no cumplirlas y no pagarlos), por dar algunos ejemplos, siempre resulta más fácil para las empresas grandes que para las chicas, condenadas a vivir al borde de la ilegalidad permanente (evadiendo impuestos o incumpliendo normas y regulaciones). Así las cosas, la competencia entre capitales los llevará a reducir sus costos tanto en "capital" como en "trabajo". Pero los primeros tienden a aumentar gracias a la competencia, mientras los segundos son objeto de recorte perpetuo.

Dado que son los trabajadores los que producen la plusvalía, ésta tiende a disminuir por efecto de la competencia. Lo que equivale a decir que la competencia lleva a la disminución de la **tasa de ganancia**. Cuando esto sucede todo el sistema entra en crisis. Como no hay ningún mecanismo regulador más que la competencia misma, el resultado es que la crisis constituye la exacerbación de la "normalidad" capitalista. El sistema, regido por la competencia, tiene una conducta "naturalmente" depredadora: cualquier cosa vale para mantenerse a flote. En la crisis, esta conducta se torna más aguda y alcanza niveles más elevados. Es esta presión la que produce la capacidad notable para expandir la productividad del trabajo que caracteriza al capitalismo. La supervivencia de cada capitalista (y a la postre, del capital como totalidad) depende de eso. Es por eso que la sociedad capitalista, para la inmensa mayoría, parece una maquinaria ciega que escapa a la voluntad de los individuos que la componen. Como los propios capitalistas sólo pueden actuar individualmente, ellos también se ven arrastrados por el movimiento general, de modo tal que el movimiento del conjunto de la sociedad resulta una incógnita, un misterio que opera a espaldas de las personas. ¿Muy apretado todo? Volveremos a estos temas más adelante, con más detalle.

Cuando uno señala las características destructivas e irracionales del capitalismo, algunos de sus apologistas suelen reconocerlo. Cuando uno recuerda que es una sociedad que estimula los peores vicios de la humanidad, como el egoísmo, también puede encontrar defensores del capital que lo reconozcan. Sí, es así, señalan, pero no hay otra forma de organizar la vida porque los seres humanos son

así: egoístas por naturaleza. Aunque volveremos sobre este punto, la naturalización de las relaciones sociales, el transformarlas en un producto "natural", espontáneo, que está en los genes, es una de las defensas más poderosas del capital. Primero, porque no oculta nada: y sí, el capitalismo es así pero no se puede cambiar porque sería ir en contra de la naturaleza humana… Es una versión laica de la justificación divina de la realidad: esto es así porque Dios (ahora la "naturaleza") lo quiso. Pero el problema, para los perpetradores de esta operación deshistorizadora (es decir, que busca sacar los problemas de la historia humana y colocarlos en una supuesta naturaleza inmutable), es que la historia no los ayuda. Y por eso tratan de evadirla. En cuanto uno hace un poco de historia, todo se desvanece. Para probarlo, basta con revisar unas pocas cifras.

El origen más lejano de la sociedad capitalista, es decir, la aparición en forma dominante de las relaciones sociales que la caracterizan, no puede remontarse más allá del siglo XVI. Antes de eso, la humanidad vivía bajo otras relaciones (y lo seguirá haciendo, en su mayoría, por mucho tiempo más). En sentido estricto, la sociedad capitalista no puede ofrecer de sí muchas noticias antes del siglo XVIII. Su extensión más allá de Inglaterra, el primer lugar en la historia de la humanidad en que surgió el capitalismo, llevó mucho más tiempo. Hay que esperar hasta el siglo siguiente para verlo desarrollarse en casi toda Europa y extenderse a otros lugares del mundo. Y hacia fines del siglo XX es posible hablar de un sistema omnipresente. Con lo que, aun dando toda la ventaja que haga falta, la sociedad en que vivimos no tiene más de 300 años de vida. Si seguimos la costumbre de tomar a Europa como el eje de la historia mundial, aun en épocas en que no existía el mundo, una cifra como ésta puede considerarse poco menos que despreciable. La sociedad feudal, por ejemplo, duró unos 1.000 años (entre los Bárbaros del siglo V y la barbarie europea sobre América, Africa y Asia, a lo largo del XV dC), un período similar que el que puede reconocerse a la sociedad esclavista (del siglo VI aC al V dC). Las sociedades tributarias (el Egipto de los faraones, por ejemplo) han sido más longevas: desde el 4.000 aC hasta la llegada de Alejandro Magno, allá por

el 330 aC. Lo que significa que por lo menos unos 6.000 años de historia humana han pasado sin conocer el capitalismo; con apenas un 5% del tiempo total. Poca cosa para una sociedad que se pretende eterna. Pero la vida humana actual, el *homo sapiens sapiens*, aparece en la Tierra hace más o menos 200.000 años (hay quien dice más, quien dice menos). Lo que significa que unos 199.700 años han transcurrido sin conocer el capitalismo. Es más, durante aproximadamente unos 194.000 años la humanidad ha vivido bajo el estadio de horda cazadora-recolectora (lo que Marx denominaba "comunismo primitivo" porque no hay propiedad de nada: es la simple apropiación individual inmediata de los medios necesarios para subsistir). Lo que significa que un pobre infeliz cavernario reclamando para sí el don de la eternidad podría presentar mejores pergaminos que el más encumbrado economista de la Escuela de Chicago. Y que el "comunismo" tiene más presencia sobre la tierra de lo que cualquiera sospecha.

El capitalismo es, entonces, una novedad histórica. Ninguna sociedad ha conocido nada parecido, ni siquiera remotamente, a lo que significa la vida bajo las condiciones de la sociedad capitalista, que ha procedido a destruir y reconstruir a su imagen y semejanza la base biológica misma de la humanidad. Durante milenios, el ritmo de la vida humana ha sido regido por su base agraria, es decir, por los ritmos de la naturaleza: la gente trabajaba mucho durante la siembra y la cosecha y se descansaba en el interín, o se construían pirámides y cosas por el estilo. El día comenzaba con el sol y culminaba con las estrellas. El mundo parecía una eterna repetición. Todo estaba codificado en la mayor hazaña, en el control del tiempo del mundo pre-capitalista: el calendario. Pero el calendario no hacía más que recoger ritmos naturales, ya fueran reales o aparentes. Aunque el reloj comenzó a marcar la vida humana a fines de la Edad Media y en relación a las obligaciones de los monjes, la idea de un aparato que regula la vida humana con precisión es inescindible de la historia del capitalismo, de una forma de civilización que rompe radicalmente el ritmo natural de las cosas y su forma pausada. La civilización capitalista parcela el tiempo en forma abstracta y regula la vida ya no por

pedazos del día (la mañana, el mediodía, la tarde o la noche), sino por horas, minutos y segundos. De allí que la gloria de un reloj es la precisión. El reloj consagra su lugar social con la fábrica, para que el patrón pueda controlar el esfuerzo de los obreros. No por casualidad Inglaterra, la primera sociedad capitalista como ya lo sabemos, hizo un culto de la puntualidad. Ni que hablar de la primera república burguesa, Suiza. La puntualidad es la aceptación de un ritmo de vida completamente desgajado de cualquier necesidad natural, porque este tipo de sociedad está ligada a una forma productiva que no sigue el ritmo de la naturaleza. La diferencia entre el trabajo rural y la fábrica es que el primero tiene un comienzo y un fin, es cíclico, mientras que en una fábrica el trabajo es lineal e infinito: la persona se inserta en algo que ya estaba en acción y que seguirá su marcha cuando se vaya.

Siendo extremadamente reciente y novedoso, el capitalismo es capaz de expandirse y destruir cualquier otro tipo de sociedad. Mientras que hacia el 1600 no había sociedades capitalistas en Europa (quizás sí, hacia el 1700, en Inglaterra), para 1900 una porción relativamente grande de la humanidad vivía ya bajo la tiranía del salario: despotismo del cual ningún lugar del planeta está a salvo hoy. El capitalismo ha destruido toda otra forma de sociedad, para bien o para mal, y ha convertido por primera vez a la historia humana en historia mundial. Es el capitalismo el que crea una civilización planetaria. Antes de 1500 no existía *un* mundo sino muchos mundos; muchas formas civilizatorias que vivían en completo aislamiento o en una forma de relación tan vaga que no implicaba ninguna influencia recíproca importante. No sorprende, entonces, que cuando los españoles llegaran a América, dando con ello y sin saberlo uno de los primeros y más importantes pasos hacia el capitalismo, los aztecas y los incas supusieran que eran dioses (tenían barba –la población americana es lampiña- portaban vestimenta de un metal desconocido -el acero-, perros, caballos y armas de fuego).

La capacidad del capitalismo para expandir el dominio humano sobre la naturaleza es incomparable. Ninguna otra sociedad ha logrado, en este sentido, algo remotamente parecido. Veamos el

siguiente ejemplo. La primera "vuelta al mundo" de la que se tiene noticia, la que empieza Magallanes y termina Elcano, data de fechas cercanas a la conquista de América —al parecer hubo otras, aunque su realidad se pierde entre las brumas de la leyenda—. De aquella tenemos la suerte de poder seguirla con cierto detalle a partir del relato de uno de sus protagonistas, Antonio Pigafetta. En busca de un paso transoceánico que le dé a España una ruta propia hacia la India, Magallanes parte de Sevilla con cinco barcos y 237 hombres. Es el año del Señor de 1519, 10 de agosto, lunes en la mañana para más datos. La narración contiene una enorme riqueza de detalles exóticos, por lo que su lectura se hace muy amena: los fuegos de San Telmo; los pájaros sin patas que empollan sus huevos en medio del mar, vaya paradoja, en la espalda del macho; los que no tenían cola y los que, detalle desagradable, vivían de los excrementos de otros pájaros, cazando, por así decirlo, sus alimentos al vuelo... Hay otros "detalles" que no resultan precisamente "exóticos", pero prueban que efectivamente estos tipos eran representantes de las "naciones cultas": en las costas de la Patagonia, Magallanes manda descuartizar a un capitán traidor, hace apuñalar a otro y a dos más los abandona a su suerte. En esa misma costa patagónica, donde el jefe de la expedición ejerciera tan magistralmente las dotes civilizatorias de las que los europeos harán gala durante los próximos cuatrocientos años, se hunde el primer navío. Lo que no le impide "tomar posesión en nombre del rey de España" de todo lo que va encontrando. Tomar posesión quiere decir algo así como "esto es mío, carajo, porque se me da la gana" (ponga el lector cara de borracho enojado, cuchillo en mano). Cruzando el estrecho (de Magallanes, obviamente) se escapó uno de los cuatro barcos restantes, capitaneado por un personaje cuyas ambiciones habían quedado relegadas por la mayor habilidad de su patrón para el *marketing*. Atraviesa el Pacífico airoso no sin tener que comerse el cuero de los mástiles y el aserrín del barco, luego de hacer lo mismo con las ratas (que llegaron a pagarse a razón de medio ducado —mucha plata— por cabeza). El escorbuto (que causa, entre otras cosas, anemia, depresión, ulceraciones en las encías y hemorragias, un asco),

producto de la falta de vitamina C, y otras enfermedades, provocan ahí nomás 19 muertos. Lo peor se produce en las islas a las que él mismo bautiza Filipinas en honor de Felipe II: baja a escarmentar tribus díscolas, pero los filipinos (si se me permite el disparate), mostrando poco sentido del humor, atacan y lo matan. A esta altura la tripulación sólo alcanzaba para cubrir dos barcos, así que se ven obligados a quemar uno. Estamos a fines de 1521, en Malucco (o sea, en Indonesia). Luego de nuevos episodios de saqueo y raterías de diverso tipo, deben sacrificar otro barco ya a punto de abandonar las "Indias" y retornar a España. Unos 50 se quedan por temor a no poder completar el viaje, demostrando que aún las bestias saben que el miedo no es sonso. Sólo 47 siguen, pero unos 29 más morirán dando la vuelta al África. Llegan a Cabo Verde un jueves pensando que era miércoles: los dieciocho sobrevivientes habían ganado un día. El 8 de septiembre de 1522 arriban definitivamente al punto de partida, Sevilla, en la mayor hazaña viajera que pueda recordar la humanidad. Hazaña superior a la del primer viaje a la Luna, porque Magallanes y sus compañeros no sabían adónde iban mientras que los astronautas sí, además de que tenían la ventaja de varios ensayos previos. De modo que los tres años de Elcano son una marca histórica en más de un sentido.

La navegación avanza mucho luego de estos viajes pioneros, pero aún en 1800 el más veloz barco de vela, el Clípper, necesitaba para dar la "vuelta" unos 11 meses, claro que con 300 años de conocimiento náutico-geográfico-técnico sobre las espaldas. Setenta años después, tanto la construcción de los grandes canales transoceánicos (el de Panamá, el de Suez y el de Corinto), como la invención del ferrocarril y el barco a vapor permiten a Julio Verne pensar en una vuelta de "80 días". Ya a poco de transformado en *best seller*, *La vuelta al mundo en 80 días* generó un negocio turístico para agencias que proponían a los aventureros realizar la misma proeza por poca plata. En 1958, el primer submarino nuclear —cuyo nombre, Nautilus, fue un homenaje a Julio Verne— demostró que debajo de los hielos del ártico no había nada más que agua, atravesándolo. De paso, acortó el viaje a Japón en 13 días o, lo que era lo mismo,

4.900 millas. Pero hoy, la empresa de viajes juveniles Asatej ofrece el mismo servicio en un mes, visitando varias ciudades importantes de pasada y, por unos pocos miles de dólares, transformarlo a uno en un Elcano bastante menos sanguinario. Un mes es, sin embargo, demasiado tiempo para las pocas decenas de horas que insumiría un viajero actual en un avión moderno de línea, volando en forma ininterrumpida. Ni qué hablar de un astronauta que flota en el espacio exterior mientras la Tierra gira a sus pies, que con sólo esperar 24 horas volvería al punto de partida… Qué decir de esas extrañísimas naves propulsadas a luz de láser, las velas de luz, los motores de propulsión iónica o los aún más fantásticos impulsados por antimateria, que se suponen van a llevarnos a las estrellas en poco menos de un par de décadas, viajando a centenares de miles de kilómetros por hora.

Pero el "progreso" capitalista no se caracteriza sólo por esta fabulosa capacidad creativa. El capitalismo posee, paralelamente, una no menos fabulosa capacidad destructiva. Cuando yo era chico, tenía un perro que se llamaba "Cacique". El nombre se lo puso mi padre, que no sé por qué insistía en ponerle apelativos poco amables a los animales (como "Cuchillero" y otros por el estilo). Pero este perro, uno de los que más quise, tenía un nombre apropiado a su porte porque era un "mantonegro" o perro de policía —aunque siempre se portó mejor de lo que cabía esperarse de él—. Lo cierto es que la expresión "cacique" proviene del "taino", una lengua hablada por aborígenes de las Antillas. Los españoles la popularizaron en toda América como sinónimo de "jefe", superando incluso a voces más cercanas como el quechua "curaca", que quiere decir más o menos lo mismo.

Uno de los problemas más importantes de los viajeros del siglo XVI era no contar con "lenguaraces", es decir, individuos capaces de descifrar la multitud de lenguas habladas en los territorios por los que pasaban. No importa cuán voluntariosa y capaz fuera Pocahontas, Malinche o cualquier otro traductor nativo, resultaba imposible conocer todos los idiomas hablados incluso de una región relativamente pequeña como cualquier isla del Caribe. La lingüística recibió de este hecho su primer gran impulso, al menos

en términos de recolección empírica, diccionarios mediante. Fueron los hombres de la Iglesia, sobre todo, quienes mayores servicios prestaron en la confección de esos tesoros inapreciables que permitían la comunicación entre realidades tan disímiles. La medida en que el capitalismo ha unificado el mundo puede verse en la enorme reducción cultural que ha operado, transformando en "muertas" (muchas veces junto con sus hablantes, como los tainos que tuvieron a bien legar a la posteridad el nombre de mi perro y alguna que otra palabra más) muchas lenguas, y dando al inglés una influencia sólo disputable más bien a desgano por algún dialecto chino o hindú. No se pueden negar, sin embargo, las ventajas que reporta el poder viajar por todo el mundo con sólo manejar este esperanto de facto que es, no casualidad, la lengua de la nación que dio vida al capitalismo…

El capital está manchado de sangre desde sus inicios (y, como veremos más adelante, no termina nunca de limpiarse que ya se ensucia de nuevo). La **acumulación originaria**, es decir, el proceso que da inicio a la sociedad capitalista, comienza en Inglaterra hacia el siglo XVII. Es el fenómeno por el cual se separa al productor de los medios de producción. Lo que significa que hubo un momento en el cual el productor poseía los medios de producción: masas de campesinos expropiados de la tierra por un fenómeno que ya mencionamos, los **cercamientos**. Valiéndose del aparato del Estado, los terratenientes expropian a los campesinos la tierra por la violencia y los transforman en proletarios. Estos últimos pasan a depender de los capitalistas porque sólo pueden vender su fuerza de trabajo, que es lo único que les queda. Este mismo movimiento se da en las ciudades con la expropiación de los artesanos. Quedan así formadas, por el mismo proceso, las dos clases características de la sociedad capitalista, burgueses y obreros. Prepara también la revolución industrial, un momento de aceleración del desarrollo capitalista. Así contado, el proceso parece sencillo, rápido e incruento. Todo lo contrario, tuvo un largo período de gestación y fue una de las más sangrientas experiencias que haya vivido la humanidad. Nacido como hubo en Inglaterra, el niño se caracteriza por una

enorme hambre de mercados; ésta es la base de la fuerte expansión de la industria inglesa y la clave del creciente imperialismo inglés. De ahí que los siglos XVIII y XIX son testigos de grandes guerras cuyo objeto no es otro que el de crear mercados. Esta pasión por los mercados estuvo presente incluso como precondición del desarrollo capitalista, puesto que no puede aumentarse la escala de la producción sin ampliación del mercado. Así es que una serie de sucesos, en apariencia sin conexión —como las Cruzadas, la reconquista española, la colonización de África y la apertura de las rutas comerciales hacia Oriente—, prepararon, junto con el "descubrimiento" de América, el advenimiento del capitalismo al dilatar las fronteras comerciales a disposición de los Estados europeos. Allí donde el nivel civilizatorio era demasiado elevado, casi tanto como en Europa (o más), como en la India y China, la relación se estableció casi de igual a igual. Donde existía cierta disparidad a favor "de los blancos" se formaron "virreinatos", sojuzgando a la población local, como en América. Donde la correlación era mucho más dispar, el resultado fue la esclavitud, como en África. Se observan ya en este momento tan temprano, las líneas que iban a formar parte del futuro del mundo capitalista, racismo incluido.

A medida que el capital se expande, nos prepara para presenciar nuevas masacres que estarán en el origen de casi todas las naciones modernas, pero que fueron prolijamente borradas de la historia oficial. Por dar un ejemplo cercano, recordemos que mientras en el Río de la Plata los estancieros empujan la frontera llenando la tierra de vacas u ovejas, la van vaciando de personas. Como los indígenas se defienden, la "frontera" es un problema que se soluciona cuando Roca mata a todos los que puede, esclaviza a los que consigue esclavizar y condena al resto a una vida de parias en su propia tierra. Lo mismo pasa en Estados Unidos, con la diferencia de que en lugar de usar el Remington, preferían el Winchester. En los dos casos, la historia oficial hace alarde de hipocresía: nadie mató a nadie ni le robó nada porque en Argentina se conquistó "el desierto" y en los Estados Unidos, el "oeste". Que conquistar un lugar "vacío" es un absurdo tan grande como hacerlo con un punto cardinal, a

los apologistas del capitalismo no parece moverles un pelo. Pero presentar las cosas así es la mejor manera de evitar la verdad: el "desierto" estaba lleno de araucanos y mapuches y fue Roca el que lo vació. Lo vació de personas y lo llenó de ovejas y vacas. El "oeste" no lo era para pieles rojas y cherokees, que lo creían el centro del mundo, de *su* mundo. Se transformó en el "oeste" porque el "este", el capitalismo, lo anexó al suyo quitando del centro a las personas que lo habitaban y llenándolo de vacas e inmigrantes. En Australia el resultado fue idéntico. En Nueva Zelanda lo poco que queda de los maoríes es el baile ritual que ejecutan los All Blacks antes de cada partido, olvidando que sus autores son hoy la parte más pobre del país que alguna vez fue suyo. Lenin mismo narra la tragedia de los "salvajes bashkirios", borrados de las estepas rusas cuando la expansión triguera llevó el capitalismo a las tierras negras. Todavía a comienzos del siglo XX se pagaba en la Patagonia argentina (es decir, en ese territorio robado a los aborígenes patagónicos) una libra por cada indio muerto. La prueba del servicio prestado era una oreja. Como comenzaron a verse indios sin orejas, se exigió como prueba los testículos. Hace poco parece que murió la última ona, una anciana de quién sabe cuántos años. Trate el lector de sentir que es el último representante de un pueblo, el argentino, por elegir uno al azar… Luego imagine que se está muriendo solo y que, tras su muerte, todo será leyenda, pasado, adiós. Nada habrá quedado: ni la lengua, ni la imaginación, ni los cuentos al calor del fogón en una noche de frío y estrellas, ni nuevos niños que fomenten la continuidad de la vida. Nunca más. Tal vez así se tenga una leve, levísima idea de lo que ha significado la aparición del capitalismo para buena parte de la humanidad.

El capitalismo es, entonces, ambas cosas: la capacidad inigualada de desarrollar el dominio humano sobre la naturaleza y la también inigualada potencia destructiva que se aplica contra propios y extraños. El progreso capitalista tiene este carácter contradictorio e inescindible. Sólo destruyendo el capital se podrá organizar una sociedad en que cada avance no sea para unos pocos,

ni requiera de gigantescos océanos de sangre e incontables cantidades de dolor inútil.

Resumen

La realidad es una **totalidad** compleja y estructurada. Conocerla implica desentrañar sus partes constituyentes, entender las **relaciones** que las unen y comprender el funcionamiento de conjunto. La realidad social no es, en este aspecto, diferente de cualquier otra realidad. Una **sociedad** está también compuesta de relaciones jerárquicamente estructuradas: las **relaciones sociales**. Esas relaciones se asientan sobre un conjunto de potencias humanas, las **fuerzas productivas**, al mismo tiempo que necesitan ser reproducidas por otras relaciones, políticas e ideológicas, que ocupan la **superestructura** de toda sociedad. Han existido muchos tipos de sociedad, conformadas por diferentes relaciones sociales de producción. El **capitalismo** es un tipo específico de sociedad de clases. Se caracteriza por el predominio de relaciones **asalariadas** que implican la **expropiación** de los productores directos y la **apropiación**, por unos pocos, de los **medios de producción**. El **capitalista**, el dueño de los medios de producción, extrae **plusvalía** a los obreros explotando su **fuerza de trabajo**. El capital se expande permanentemente. Por esa capacidad de expansión es que ha logrado conquistar el mundo entero. Nació hacia el siglo XVII en Inglaterra, lo que significa que no tiene más de 300 años de vida, aunque ha trastornado todas las condiciones en las que se desenvuelve la existencia humana. El **progreso** que el capitalismo ofrece a la humanidad es **contradictorio**, ya que se hace a costa del derroche inútil de la riqueza, construida con esfuerzo y el sufrimiento, también inútil, de la masa de la población mundial.

Bibliografía

Sobre el problema del conocimiento, el lector especializado tiene toda la obra de Hegel para divertirse, en especial *La fenomenología del espíritu* y *Ciencia de la Lógica*. También para el mismo tipo de lectores están *La sagrada familia, La ideología alemana* y la

Introducción general a la *Contribución a la crítica de la economía política*, todos de Marx (y Engels, aquí y allá). De su fiel compañero, lecturas más populares son el *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, el *Anti-Düring* y la *Dialéctica de la naturaleza*. Más popular aún, véase *Razón y Revolución*, de Alan Woods y Ted Grant. Si quiere empezar de más abajo, tiene a cuatro pesos *Principios elementales de filosofía*, de Georges Politzer e *Introducción a la lógica*, de George Novack. ¿Un poquito menos sencillo?: *La lógica dialéctica y las ciencias*, de Athanase Joja, *Dialéctica de lo concreto*, de Karen Kósik e *Introducción a la dialéctica*, de Alfredo Llanos. Para encararse al problema del conocimiento de las estructuras sociales y el movimiento de la historia, nada más sintético que el *Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política*, de Marx. Sobre la historia del capitalismo pueden revisarse con utilidad la saga de Eric Hobsbawn: *Las revoluciones burguesas*, *La era del capitalismo*, *La era del imperialismo* y la *Historia del siglo XX*. Pero de ninguna manera se pierda el *Manifiesto comunista*, de Marx y Engels, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, de Lenin y la *Historia de la Revolución Rusa*, de Trotsky. Para conceptos tales como fuerzas productivas y relaciones de producción, Gerald Cohen: *La teoría de la historia de Marx*. Sobre las "vueltas" al mundo, el diario de Pigafetta es la lectura más amena, así que métale con el *Primer viaje alrededor del globo*. Para un relato magnífico del viaje más apasionante de la historia humana (que a mi imaginación de adolescente le pegó mal, como dicen los chicos) léase el *Magallanes* de Stefan Zweig, una maravilla que me devoré con las patas metidas dentro del horno de la estufa a leña que había en mi casa, bien acompañado con mate y tortas fritas. No se pierda, por supuesto, la *Vuelta al mundo en ochenta días*, de Julio Verne. Otro sobre grandes viajes: *Vasco de Gama*, de Sanjay Subrahmanyam. Sobre Colón y el impacto de la conquista sobre los taínos, véase, de Frank Moya Pons, *Después de Colón*. También sobre los taínos anda por allí muy barata una edición de la revista mexicana *Saber ver lo contemporáneo del arte*, con fotos muy bonitas. Para los viajes interestelares, búsquese cualquier *National Geographic* en castellano o, en su defecto, una

revista que se llama *Scientific American* (o su edición española, *Investigación y ciencia*) que se puede encontrar a un peso en cualquier librería de saldos de la Avenida Corrientes. Allí, si lo suyo son las crónicas marcianas, encontrará un bello volumen titulado *Historia de Marte. Mito, exploración, futuro*, de Francisco Anguita. Como usted ya sabe que no se puede leer este libro sin pasar antes por el video club, véase la mejor película sobre la paranoia social en que vivimos, la primera versión de *La invasión de los usurpadores de cuerpos*, que relata magistralmente la locura norteamericana durante la Guerra Fría. Hubo un par de versiones posteriores, una con Jeff Goldblum y otra de Abel Ferrara. A mí me gusta más la primera, aunque la de Ferrara no está nada mal. Y ya que de Ferrara hablamos, no se pierda, por favor, *Un maldito policía*, con Harvey Keitel. Ya que se vio *Vanilla Sky*, que es una *remake* mala, encárese con la original, la española *Abre los ojos*, de Alejandro Amenábar, que no está tan mal. ¿Sobre las alas de la mariposa? En un cuento de Ray Bradbury, el protagonista viaja al pasado a cazar dinosaurios, pisa una mariposa y, al volver, el mundo ha cambiado. Todas las versiones de *Volver al futuro* no han hecho más que jugar con esta idea, de la que *Terminator I* es, sin duda alguna, la expresión más lograda: el padre, entrenado por su hijo, vuelve al pasado a engendrarlo y hacer posible un futuro para la raza humana. Le ayudarán a pensar el problema de la totalidad y las partes, igual que el del individualismo en la concepción de la sociedad.

CAPÍTULO II

Los emperadores invisibles (¿Quién domina el mundo?)

Tenía un rostro fuertemente aguileño, con el puente de su delgada nariz muy alto y las aletas arqueadas de forma peculiar, la frente alta y abombada, y el pelo ralo en las sienes, aunque abundante en el resto de la cabeza. Sus cejas, muy espesas, casi se juntaban en el ceño y estaban formadas por un pelo tupido que parecía curvarse por su misma profusión. La boca, o lo que se veía de ella por debajo del bigote, era firme y algo cruel, con unos dientes singularmente afilados y blancos; le salían por encima del labio, cuyo notable color rojo denotaba una vitalidad asombrosa en un hombre de sus años. Por lo demás, sus orejas eran pálidas y extremadamente puntiagudas en la parte superior; tenía la barbilla ancha y fuerte y las mejillas firmes, aunque delgadas. La impresión general que producía era de una extraordinaria palidez.

Bram Stocker, *Drácula*

El primer indicio que tuvo Anson de su superioridad provino del hecho de advertir el respeto norteamericano que, de no muy buena gana, se le tributaba en el pueblito de Connecticut. Los padres de los muchachos con los que jugaba siempre le preguntaban por su padre y su madre, y eran presa de una vaga excitación cuando sus hijos eran invitados a la casa de los Hunter. Anson lo aceptaba como algo natural, y nació en él una especie de fastidio hacia todos los

grupos en los cuales no constituía el centro —ya sea con respecto al dinero, a la posición o a la autoridad— que lo acompañó el resto de su vida. (…) Su familia era suficiente, ya que en el Este de Estados Unidos el dinero sigue siendo algo así como un elemento feudal, con espíritu de clan.

Francis Scott Fitzgerald, *Niño bien*

La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario. Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Las abigarradas ligaduras feudales, que ataban al hombre a sus "superiores naturales", las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel "pago al contado". Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y adquiridas por la única y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal.

Marx y Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*

Libertad, igualdad, fraternidad. Bellas palabras. En este capítulo veremos que no hay sociedad que esté más alejada de tan bellos ideales, que aquella que los sacó a la luz de la historia: la sociedad capitalista. Por el contrario, entramos ahora en el mundo en el que reinan la esclavitud asalariada, la división en clases y la más feroz lucha que haya conocido la humanidad. El castillo del Conde, la empresa capitalista, se encuentra al final de un trayecto relativamente importante. Antes de arribar a él es necesario pasar por sus posesiones más lejanas, en los bordes exteriores de las moradas diabólicas: el mercado. Es aquí donde recibimos las primeras noticias de sus poderes malvados; todos se persignan cuando escuchan su nombre y corren a esconderse cuando cae la noche. En el mercado, el Conde se hace presente mediante sus efectos: las mercancías. Vamos camino, entonces, de ese mar de fuego que es el mercado (capitalista), tras el cual encontraremos la empresa

(capitalista) y, dentro de ella, al poder dominante, la clase de los señores que viven de la vida ajena: la burguesía. Este capítulo está destinado, entonces, a entender de dónde viene y sobre qué bases asienta su poder la burguesía.

1. A las puertas del mal: el mercado

¿Qué es el **mercado**? Un sistema de relaciones sociales: alguien va a comprar y alguien va a vender. Se encuentran como iguales, es decir, como *propietarios*. ¿Propietarios de qué? De **mercancías**, cosas que sirven para algo, que van a ser consumidas en algún proceso físico-sico-fisiológico, que van a producir un efecto real. No tiene ninguna importancia el contenido concreto de una mercancía,puede ser lo más elemental y necesario (alimento, por ejemplo) como lo más absurdo y superfluo (como, espero no ofender a nadie, un servicio de sicología para perros. Esta mercancía existe, no se ría). Siempre es necesario que tenga un **valor de uso**, es decir, que tenga cualidades tales que le permitan satisfacer alguna necesidad, resultar útil para alguien, directa o indirectamente. Un valor de uso es un bien. Los propietarios se enfrentan en el mercado blandiendo cada uno sus mercancías. Unos son propietarios de un tipo de mercancías, mientras otros lo son de otro tipo, pero todos son propietarios de algo que representa valores sociales aceptados, cosas a las que la sociedad les asigna un valor de uso.

Pero para que se puedan intercambiar cosas diferentes es necesario que ese valor de uso pueda expresarse de alguna manera cuantitativa, es decir, que pueda expresarse según una relación universal, una regla común: que pueda transformarse en **valor de cambio**. El valor de cambio es la proporción en que un bien se cambiará por otro: una vaca vale dos ovejas, un caballo dos vacas, de donde, un caballo igual a cuatro ovejas. Digo, por dar un ejemplo tonto. Pero, tonto y todo, ¿cómo se sabe que un caballo vale dos vacas y una vaca dos ovejas? No tiene que ver con la utilidad que representan, pues para ambos participantes, lo que reciben y, por lo tanto, lo que dan, tienen la misma utilidad. Lo necesitan y por eso lo cambian. ¿Pero por qué lo cambian a esas cantidades específicas

y no a otras? Es necesario reconocer entonces que ambas mercancías, que tienen valor de uso diverso, deben tener algo en común, algo que puede medirse de alguna manera. ¿Y qué es eso que tienen todas las mercancías en común? Trabajo humano. Todas han sido hechas por el trabajo humano. Es precisamente el trabajo humano el que le da su valor a las mercancías. Y el trabajo humano puede medirse. Puede medirse en tiempo de trabajo. El tiempo para cuidar una oveja desde que nace hasta que se vende, por ejemplo. El valor de cambio de una mercancía no es más que la forma en que aparece el valor de una mercancía, la cantidad de trabajo humano incorporado en ella, su **valor**.

Esta última afirmación implica una toma de posición en torno a dos teorías rivales acerca de lo que le da valor a una mercancía. Hemos tomado posición, entonces, por la **teoría del valor-trabajo**. Hay otra: la **teoría subjetiva del valor**. ¿Qué dice la teoría subjetiva? Que el valor de las cosas (estoy simplificando, pero es así) no está en el objeto, sino en el sujeto. Es éste quien le otorga el valor. Por eso se llama "subjetiva". Por el contrario, la teoría del valor trabajo es una teoría objetiva: el valor está en el objeto. ¿Cómo puede saberse el valor de una mercancía desde el punto de vista de la teoría subjetiva? Sencillo: surge de una compulsa entre la utilidad que tiene un bien para el sujeto y la abundancia o escasez del objeto deseado. Ahora bien, ¿cómo se mide el valor subjetivo? Hay que medir el grado de deseo que el objeto provoca en el individuo. Pero, una vez más: ¿cómo se mide el deseo? ¿Usted se imagina diciéndole a su pareja: "hoy te deseo cinco"? El deseo no puede medirse, por eso los economistas de la escuela subjetiva tuvieron que abandonar la pretensión de medir precios absolutos y contentarse con precios relativos. Medir precios relativos implica un aparataje matemático importante, una sofisticación matemática que caracteriza al "marginalismo", la maduración de la teoría subjetiva. ¿Qué es el marginalismo? Confíe en mí, no tiene importancia. Lo que sí tiene importancia es que la idea de que el valor lo pone el sujeto lleva a la economía burguesa a abandonar el camino de la ciencia, colocando el origen del valor en la demanda y no en la oferta; las

preocupaciones de los economistas se desplazan desde la producción al mercado. El análisis económico se confunde con la sicología y todo se vuelve charlatanería pura. El problema mayor, para la teoría subjetiva, es su incoherencia: el sujeto puede indicar qué objeto desea, pero no puede explicar por qué lo intercambia a los valores a los que lo hace. En la teoría del valor-trabajo, la utilidad también está presente, recuerde lo del valor de uso. El deseo (o la utilidad) constituye algo en mercancía potencial, pero no indica su valor. La teoría subjetiva apela a la escasez, pero, ¿qué significa que algo es escaso? Que cuesta mucho esfuerzo (trabajo) encontrarlo, producirlo, transportarlo, etcétera. Detrás de algo muy escaso se esconde una masa importante de trabajo humano. Eso es todo. Para poder darle algún contenido al valor, después de haber expulsado el trabajo por la puerta, la teoría subjetiva lo reintroduce por la ventana.

No hay vuelta: todo lo que tiene valor es producto del trabajo humano. El lector me objetará que cada mercancía contiene trabajos diferentes, sencillamente porque ésta —un par de zapatos, por ejemplo— requiere un trabajo distinto de esta otra, una silla. En la primera interviene un zapatero y en la segunda un carpintero. Pero, sea como sea, el valor de una mercancía, digo, no contempla el carácter particular de los trabajos contenidos, el **trabajo concreto**, sino un **trabajo abstracto**. Mide sencillamente la cantidad de energía humana utilizada en la confección de la mercancía, sin importar la forma específica en que ella se haya corporizado. Bueno, insiste el lector, pero para que eso fuera así, sería necesario que todos los trabajos fueran cualitativamente idénticos, algo que resulta fácil de rechazar. Hay trabajos más complejos y trabajos más simples. Y unos cuestan más que otros como puede comprobar cualquiera que recuerde cuánto vale la hora de trabajo de un médico y la de un peón de albañil. Cierto, pero en el cálculo de valor de una mercancía esa dificultad se supera sencillamente, separando el **trabajo simple** del **trabajo complejo** y asignándole a éste un valor superior. Se puede reconocer la existencia de esa diferencia al asignarle al trabajo complejo una proporción determinada de trabajo simple, por ejemplo 4 a 1. Así, si tenemos una

hora de trabajo complejo y diez de trabajo simple, no tenemos once horas de trabajo, sino 14: cuatro de trabajo complejo más diez de trabajo simple. Esto no es un simple artilugio discursivo; la sociedad hace esto cuando le paga más a un médico que a un peón de albañil.

Bueno, bueno, insiste el lector. Pero si la sociedad paga la cantidad de trabajo incorporada a una mercancía, entonces, cuanto más tarde yo en hacer una silla o una mesa, más gano. Es decir, si en vez de utilizar dos horas de trabajo utilizo diez, gano más. Si eso fuera así, concluye mi lector, conviene tirar las máquinas y volver a la Edad de Piedra. No. Buen intento, pero no. Siga participando. La sociedad no reconoce la magnitud de **trabajo individual** contenido en cada mercancía, sino un promedio. ¿Promedio de qué? De las diferentes productividades de trabajo existentes, es decir, del **trabajo socialmente necesario** para hacer la mercancía. Si alguien hiciera una mesa en diez horas y pretendiera en el mercado hacerlas valer contra otro que hubiera gastado en ella cinco horas, vería cómo los compradores se amontonan en la puerta de su competidor. Como resultado, debería cambiar sus condiciones de producción para acercarse a las cinco horas o perecer. La **competencia** regula los valores de cambio al establecer el valor de las mercancías según la **productividad media del trabajo**.

Bueno, bueno, otra vez insiste el lector escéptico, al que comienzo a notarle unos incisivos sobresalientes... Pero si lo que se paga es el trabajo humano, quiere decir que la sociedad no paga por las materias primas y las máquinas utilizadas en el proceso productivo. No, todo lo contrario, porque esas materias primas y esas máquinas (y todo lo que haya intervenido en la producción) son también frutos del trabajo humano, de modo que entran en la cuenta como **trabajo muerto**, es decir, como trabajo pasado que entra indirectamente, a través de la acción del **trabajo vivo**, en el valor de la mercancía. El valor de una mercancía es la suma del trabajo humano directo e indirecto utilizado en su producción.

Pero, pero… de nuevo el escepticismo. Hay cosas que tienen valor de uso y no son mercancías, dice mi lector. El aire, por ejemplo. Lógico, contesto. Porque no contienen trabajo humano… Hay otras,

agrego, como la tierra inculta, es decir, no trabajada. No tiene valor, pero tiene precio porque es monopolizable. ¿? Sí. En la sociedad capitalista se le puede poner precio a algo útil, simplemente porque alguien ha logrado apropiárselo de alguna manera. Basta que uno pueda reivindicarlo con exclusividad, es decir, tener un monopolio sobre el objeto. La tierra es un caso típico. Los derechos sobre minas y pozos, son otro ejemplo. Dan lugar a un ingreso pasivo, la renta. Pasivo porque no hay que hacer nada para percibirlo.

Resumiendo, una mercancía es un objeto útil, corpóreo o incorpóreo, un valor de uso que se intercambia por otros valores de uso según su valor; es decir, la suma de trabajo humano directo e indirecto, abstracto y socialmente necesario, simple y complejo, suma que se expresa como valor de cambio, es una determinada proporción de un bien contra otro.

Cualquiera puede darse cuenta de que si esas mercancías tienen un elemento en común, cuantificable y distinguible, entonces es posible hacer abstracción del valor de uso de cada mercancía. Cuando dos propietarios se encuentran en el mercado saben esto, al menos intuitivamente, y lo expresan en el regateo. Cada uno con su mercancía, agitándola frente a las narices del otro, esperando que alguno afloje en algún punto, tratando de fijar el **precio**. El precio no es más que la **expresión monetaria** del valor, eso en común que tienen las mercancías y cuya sustancia es el trabajo humano. La aparición de precio y de moneda es síntoma de que la economía en cuestión ha superado la etapa de mero intercambio y ha desarrollado la circulación de la mercancía. Una economía tal produce automáticamente un sistema monetario porque si no los complejos intercambios de la circulación serían imposibles. Porque la moneda no es más que el equivalente del valor de cambio de la mercancía que se le opone. Por eso, cuando digo que una vaca vale dos ovejas, estoy diciendo que dos ovejas son el equivalente de la vaca. Cada mercancía se convierte, momentáneamente, en el equivalente, es decir, en la moneda de cualquiera otra que se le oponga. Resulta lógico que el lector piense que utilizar ovejas como monedas puede resultar un tanto incómodo. Menudo

bolsillo habría que tener… Cuando una mercancía determinada ha asumido la función de moneda en forma permanente, no en forma casual, decimos que se ha convertido en un equivalente general, el equivalente de todas las demás mercancías. Es una mercancía que funciona como **dinero**, como mercancía-dinero. No deja de ser una mercancía, si no, no podría funcionar como equivalente. Pero ha acaparado la función del dinero. Históricamente se han utilizado los objetos más diversos para fungir como moneda: pedazos de metal, sobre todo el hierro, anzuelos, bolsas de cereales, sal (de donde viene "salario"), especias, animales… Pero hay una materia que se ha consagrado como mercancía-dinero: el metal "precioso". En especial, el oro y la plata para las monedas de gran valor, el cobre para las de menor. ¿Por qué? Porque el oro y la plata son metales escasos. Es decir, hace falta una enorme cantidad de trabajo para producirlos. De modo que en poco espacio condensan una gran cantidad de trabajo humano, es decir, de valor. Se resuelve así el dilema de las ovejas y el tamaño de los bolsillos. Además de otros problemas que no vienen al caso, pero que son importantes para la circulación mercantil, como el siguiente: la mercancía que funcione como dinero debe ser infinitamente divisible, sin perder sus cualidades materiales. Me explico; si tuviéramos que pagar por una vaca no habría problema porque ponemos dos ovejas sobre la mesa (sobre una mesa que resista, por supuesto). Es un tanto engorroso, pero qué se le va a hacer. El problema surge cuando quiero utilizar las ovejas como moneda frente a, por ejemplo, una gallina ponedora. Porque es obvio que por "ponedora" que sea, no puede valer lo mismo que una oveja. Valdrá a lo sumo, con generosidad, media oveja. ¿Qué hacemos? ¿Partimos la oveja? ¿Y si no podemos usar la otra mitad como moneda frente a otra mercancía en forma inmediata, la dejamos podrir? Toda una complicación. En cambio, un kilo de oro, si hubiera una moneda tal, puede fragmentarse en medio kilo, en un cuarto de kilo, en cien gramos, en cincuenta, en diez, en … hasta que sea visualmente imperceptible.

Como la moneda metálica se puede adulterar y, además, en grandes cantidades, no deja de presentar un problema similar al de

las ovejas, aparece el **papel moneda**. El papel moneda no contiene en sí una cantidad de trabajo incorporada a la altura de lo que el billete dice valer. Un billete de 100 pesos no contiene en sí esa cantidad de energía humana equivalente gastada en su confección. Producir un billete de 100 pesos lleva el mismo tiempo de trabajo que uno de 2 pesos. ¿De dónde viene su valor? De que hay una institución que garantiza que puede ofrecer, en cualquier momento, la cantidad de trabajo humano correspondiente si se lo piden. El Estado, de él hablamos, garantiza que por cada peso en circulación hay un equivalente en energía humana almacenada bajo la forma de oro o plata u otros valores. A veces esos valores se constituyen con una cierta cantidad de moneda extranjera de valor universal, divisas, porque en todo el mundo es reconocida como el equivalente general de cualquier mercancía. Ayer, la libra esterlina, hoy el dólar. Pero eso significa que existe un Estado que respalda esa moneda por el mismo mecanismo: tiene la suficiente cantidad de oro, o sea, de trabajo humano corporizado de esa manera, para respaldar su moneda ante cualquier eventualidad. Pero, poseer esa masa de trabajo humano corporizado en barras de metal precioso implica tener una economía que sea capaz de producirla bajo la forma de valores de uso, objetos útiles que serán vendidos, valores de cambio. De modo que el respaldo último de la moneda es la potencia de la economía que la sustenta, de su capacidad para sostener en forma permanente un gasto determinado de energía humana en determinadas condiciones técnicas, es decir, de productividad del trabajo. En última instancia, la potencia de una moneda no hace más que reflejar la productividad del trabajo que la sustenta. El dólar es poderoso porque la productividad del trabajo norteamericano es la más elevada del mundo. De donde se deduce que podríamos bombardear con misiles nucleares las reservas de oro americanas y reducirlas a polvo y ello no afectaría sustancialmente el lugar del dólar en la economía mundial a mediano plazo.

Volvamos un poco al lugar donde todos estos fenómenos toman cuerpo, el mercado. El mercado no es un lugar físico en sentido estricto, sino ese sistema de relaciones que asegura que todo aquel

que tenga un papelito con ciertas carácterísticas (o reluciente moneda o fría tarjetita plástica) encontrará una mercancía (es decir, algo capaz de ser usado con utilidad). Pero el mercado es también un lugar físico, un lugar donde se encuentran personas reales, ya sea "en persona" (para explicarlo en un lenguaje híper simplificado, tarzanizado casi: cara a cara, yo comprador, tu vendedora, ella Chita), a través de "interpósita persona" (cara a otra cara, yo comprador, tu empleado de la vendedora, ella Chita), de "interpósitas personas" (otra cara a otra cara, yo empleado del comprador, tu empleado de la vendedora, ella Chita) o mediante simples luminiscencias en pantallas de computador (se complica demasiado ahora, aunque ella sigue siendo Chita…). Nuestras imágenes más comunes del mercado son el "hipermercado" y el *shopping* con sus omnipresentes mercancías. ¿Dónde está el mercado, entonces? En todos lados: en mi bolsillo, en el kiosco de la esquina, en la bolsa de valores de Wall Street, en la panadería de "a la vuelta", en el banco donde me depositan el sueldo, etcétera. En la sociedad capitalista, el mercado omnipresente es el regulador general de la vida, humana y no humana. Por eso, para nosotros, educados en la civilización capitalista, mercado y mercancía son sinónimos de capitalismo. Pero el capitalismo es muy posterior al mercado y las mercancías son tan antiguas como el mercado y, por lo tanto, tan anteriores al primero como lo es el segundo. Vamos a ver que lo que caracteriza al capitalismo, y por ende, al mercado capitalista, es algo que no está en ninguna otra sociedad anterior. Digamos ahora, como para empezar, que si lo que caracteriza al capitalismo es la presencia de la relación asalariada en forma dominante, entonces la peculiaridad del mercado capitalista, ésa que lo transforma en único en su clase, es la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía. Es esta característica la que echa por tierra la "igualdad" del mercado (y, como veremos, también la "libertad" de mercado). Aunque los participantes del mercado parecen iguales, en realidad no lo son. Lo que unos compran no es lo mismo que lo que otros tienen para vender. Detrás (o debajo) de la igualdad de la propiedad en general (el hecho de que todos son propietarios de algo) se esconde la desigualdad de clase: unos

sólo pueden vender su fuerza de trabajo, mientras que otros viven de explotarla (y con eso les alcanza para una vida regalada). Este sencillo hecho separa a dos tipos de personas: los compradores de la fuerza de trabajo (los capitalistas) y los vendedores de fuerza de trabajo (los obreros). Veremos que esta diferencia tiene consecuencias importantísimas. Para poder entenderlas tenemos que dar un paso más: abandonar la cómoda posada en que nos hallamos, desoír a la campesina asustada que nos ofrece la cadenita con la cruz y acercarnos al Castillo, a la empresa capitalista.

2. El castillo

Las mercancías llegan al mercado ya producidas, listas para consumir. Para entender cómo es que han llegado hasta allí hay que meterse en un tipo específico de organizaciones donde ellas se producen, comercializan y financian: la **empresa** capitalista. ¿Qué es una empresa capitalista, es decir, la base material sobre la que surge esa clase particular de personas que llamamos **burguesía**? En principio, una empresa es cualquier asociación de personas que busca realizar un fin cualquiera y las relaciones que establezcan pueden ser de cualquier tipo. En este sentido es empresario todo aquel que "emprende" algo. Una empresa capitalista, sin embargo, tiene un fin preciso: obtener una ganancia. Y está constituida también por un tipo de relaciones diferentes; relaciones que son, por supuesto, asalariadas. En una empresa capitalista existe un centro de poder efectivo —la propiedad—, poder que se ejerce sobre quienes son los productores directos, es decir, sobre los trabajadores, en forma inmediata o en forma mediatizada. Cuando la empresa tiene poco volumen, los patrones están presentes, como sucede con todo negocio familiar, una panadería de barrio (de un barrio grande, claro), por ejemplo. Su poder es directo y por lo general se expresa no sólo como propiedad, sino también como superioridad técnico-industrial: toda la familia trabaja allí, los empleados son pocos y el que sabe cómo se hace todo lo que se hace (todas las variantes infinitas del buen pan, como corresponde a una buena panadería) es el padre de la familia. Si bien se trata de una

empresa pequeña, este tipo de estructura suele mantenerse cuando el negocio ha tomado un volumen aún mayor; cuando, por ejemplo, la familia del patrón ya no trabaja y el número de empleados ha aumentado notablemente, algo así como una panadería casi industrial que ya no vende al público sino a otras panaderías.

A medida que el tamaño crece, el patrón comienza a desarrollar actividades más y más alejadas de la producción, tornándose su presencia algo aleatorio, perdido en la cima de una jerarquía burocrática que debe construirse para poder mantener el control del gigante en desarrollo. Ya estamos en una panificadora hecha y derecha y es probable que su dueño ni sepa cómo se hace el pan, aunque se empeñe en garantizar con su nombre la calidad del producto. Esta parte de la empresa, esta ala del castillo —digamos, la administración—, es la que más se ve: los oficinistas, las secretarias, los gerentes y, detrás de todos, el jefe. Si la empresa es realmente grande, este jefe no es todavía el dueño mismo de la empresa sino un empleado con tareas de mando y administración; un gerente. Habrá que ir a la cabecera del directorio para encontrar al titular de la propiedad. Aquí, en este punto, nos encontramos con empresas "de verdad", es decir, aquellas que constituyen realmente el corazón del sistema capitalista. Estas empresas son hoy entidades gigantescas. Pequeñas, grandes o muy grandes, todas las empresas capitalistas deben regular el tamaño de su aparato administrativo (el mecanismo a través del cual se ejerce el poder de la propiedad), al del sistema productivo sobre el cual descansa. El tamaño de la administración depende, entonces, del tamaño de la producción. Un panadero de barrio se contentará con una libreta y un lápiz en la oreja, mientras una multinacional requerirá ejércitos de empleados y complejos e informatizados sistemas contables. Como del mundo de la producción, o sea de las mazmorras del castillo del Conde, hablaremos más adelante, sigamos aquí describiendo otros aspectos de esta extraña institución que es la empresa capitalista.

En principio, ¿qué hacen, concretamente, las empresas? Una sola cosa y de todo al mismo tiempo. El único motivo de una empresa (capitalista) es obtener ganancias. Eso es lo único que realmente hace

una empresa (capitalista). Pero la enumeración de las actividades concretas a las que esta vocación devoradora se aplica generaría una lista poco menos que infinita. El sistema capitalista se caracteriza por mercantilizar absolutamente todo, por lo que se pueden encontrar empresas dedicadas a las cosas más absurdas. Yo mismo trabajé (en realidad, sólo duré un par de días) en una empresa que vendía medicina pre-paga para perros. Iba casa por casa señalando los servicios que se dispensaban por una módica cuota mensual: vacunas, servicio de urgencias, lavado, cuidado durante las vacaciones, etcétera .La carta ganadora, el punto con el cual rematábamos a los indecisos, era el servicio de *book*: si un dueño de perro cariñoso y en edad de merecer, como decía mi abuela, quería ayudar a que su mascota desarrollara su pasión erótica con algún pichicho que considerara a su altura, la empresa le acercaba un álbum con fotos de galanes y/o divas del universo canino a disposición. Los fines debían ser serios, por supuesto. Algún lector objetará que no tiene nada de absurdo, pero recuerde primero que estamos en un mundo en el que la inmensa mayoría de los seres humanos vive al filo de sus condiciones de vida, alimentándose con las sobras de lo que ningún dueño de perro cariñoso y en edad de merecer, como diría mi abuela, daría de comer a su "Colita", "Frufrú", "Titán" o "Chuleta" (no se rían, mi perra se llamaba Chuleta). Seamos honestos también: esta empresa no le hacía mal a nadie… Las hay dedicadas a muchas peores cosas como la compra-venta de bebés, el turismo sexual con prostitución infantil incluido, el tráfico de armas, los laboratorios farmacéuticos… (ponga el lector todos los etcétera que quiera). Todo lo que pueda dar ganancias da lugar a una empresa (capitalista).

No obstante la inmensa variedad de empresas existentes, se puede intentar una clasificación según actividades generales, es decir, según se dediquen a la producción, a la circulación, a las finanzas o las rentas. Vamos una a una.

Las empresas dedicadas a la **producción** pueden especializarse en cualquier tipo de producto, pero siempre se trata de "fabricar" algo: un bien físico, material o inmaterial, un objeto, o un servicio. Todo lo que se "produce" implica la creación de un valor.

Una automotriz es una empresa productiva porque produce autos. Un circo es una empresa productiva, produce "diversión" (por lo menos para mi hija, porque lo que es a mí los circos siempre me han "producido" una desagradable sensación de decadencia). Pero producir algo en condiciones capitalistas implica ponerlo en el mercado, es decir, al alcance del consumidor. En consecuencia, la creación de una mercancía no termina hasta que está en la góndola, con lo cual, una empresa de transporte es una empresa productiva, produce traslación. Un prostíbulo con prostitutas o prostitutos asalariados es una empresa productiva, produce placer sexual (si es que eso se consigue en un lugar así, dinero mediante…). Pero ninguna empresa capitalista puede dar por terminada la cuestión cuando ha colocado en la góndola la mercancía. Todavía hay que hacerla circular, es decir, debe cambiar de propietario. Cuando la propia empresa productiva no tiene un sector comercial propio, debe conciliar con alguna otra especializada en esa función, la de la **circulación** de la mercancía.

Es así como aparecen las empresas mercantiles, es decir, dedicadas al comercio. Son empresas que no tienen por función crear valor sino hacerlo, una vez más, circular: una cantidad de valor bajo la forma mercancía debe pasar al comprador, que entregará bajo otra forma, bajo la forma de dinero (ya sea moneda reluciente, etcétera, etcétera), una proporción de valor equivalente, porque las mercancías se intercambian siempre por su valor. Las empresas comerciales, entonces, no producen valor alguno, sino que gastan, consumen una parte del valor producido por las empresas productoras. Gran galimatías, porque esto parece contradecir el sentido común acerca del mundo empresario donde todo "negocio" es producción. ¿No?

Pero aún no termina el arco de las posibilidades empresarias bajo el capitalismo. Todo capitalista precisa créditos. Pedir un crédito significa hacer una promesa: dame valor que yo lo pondré en producción (si es una empresa productiva la que pide) o en consumo de valor producido (si el que pide es un comerciante). En cualquier caso, la promesa incluye una perspectiva de futuro: con lo que me prestaste, crearé (o consumiré) suficiente, valor como

para devolverte lo prestado con un plus, un **interés**. Dicho en un lenguaje que todavía no dominamos lo suficiente, pero al que hay que ir acostumbrándose: el crédito es una promesa de producción (directa o indirecta) de plusvalía futura. En consecuencia, el sector financiero cumple la función, absolutamente necesaria, de adelantar la plusvalía a unos (los que prometen, a cambio, producir más valor), tomada a otros (a los que a su vez se les prometió que si entregaban su plusvalía sobrante, es decir, no puesta en producción, se les devolvería a su debido tiempo con un plus, un interés). El sector financiero es un reciclador de plusvalía: se la toma a los que les "sobra", y se la entrega a quienes les "falta". Entre ambas transacciones hay "plus": el que el banco le promete al que le "sobra", y el que le promete al banco. Va de suyo que el chiste de todo banco es darle al primero una promesa menor que la que recibe del segundo: al primero le ofrece un interés más bajo que el que le exige al segundo. Los bancos tampoco "producen" nada, sino que se limitan a reciclar el valor excedente del sistema, quedándose con una porción como retribución (que los bancos, igual que las empresas comerciales, no "producen" nada es hasta cierto punto falso, pero no es este el lugar para tales sutilezas).

Pero aquí no termina la cosa. Porque todavía falta hablar del rentismo. Para muchos autores, incluso para algunos marxistas, el rentismo es un fenómeno externo al capitalismo, una especie de rémora feudal. Sin embargo, el rentismo es una consecuencia lógica de la mercantilización general de la vida humana, o sea, del hecho que todo se compra y se vende y todo es, por lo tanto, pasible de ser "privatizado", transformado en propiedad privada. Y todo lo que puede ser transformado en propiedad privada sólo será de acceso público, es decir, sólo podrá ser utilizado por otros que no sean su dueño, si éste lo permite, si algo es recibido a cambio. Ese "algo" es la **renta**, el pago por el permiso de utilizar lo que pertenece a otro, que no cede su propiedad en forma absoluta sino en forma relativa, para su uso temporalmente limitado. Un rentista es, entonces, no alguien que crea valor sino que se lo apropia en virtud del derecho que funda la sociedad burguesa, el derecho de propiedad. En última

instancia, el rentista es el resultado de una contradicción propia de la sociedad capitalista; la contradicción entre la acumulación de capital y la propiedad privada. ¿Por qué contradicción? Porque el capitalista productivo, aquél que crea el valor con el que se sostiene todo el edificio burgués, debe entregar parte del valor producido a alguien que no produjo nada —y que es, en sentido estricto, un parásito—. Veamos el ejemplo siguiente: alguien que posee un terreno fértil. La tierra, como medio de producción, carece de valor. No tiene valor porque no fue hecha por trabajo humano. Estaba allí y alguien, por algún medio se la apropió. Ahora llega el capitalista productivo y pretende arar y sembrar. El dueño, paradito en la tranquera le dirá: nones… vale tanto por tanto tiempo. Es una actitud legal y perfectamente comprensible: ¿por qué voy a ceder mi propiedad a cambio de nada? El capitalista productivo dirá: porque vos no hacés nada con ella. ¡La sociedad puede morirse de hambre y vos muy campante, tranquera en mano! El terrateniente, sueltísimo de cuerpo, contestará que de todos modos la tierra es suya y punto. Atrapado por la institución que lo creó —la propiedad privada—, el capitalista productivo tendrá que ceder si quiere iniciar la acumulación de capital. Pero la inicia regalando al parásito algo que no se merece.

Este principio es válido para cualquier cosa que sea monopolizable, es decir, que no pueda reproducirse *ad infinitum*. Nadie puede monopolizar las empanadas porque cualquier persona puede hacerlas en su casa. La empanada, con todo lo rica que es, sobre todo si es salteña, no es una buena fuente de renta. Pero sí la tierra, las localizaciones (todo aquello que actúe como lugar físico o virtual, desde un terreno bien ubicado, un departamento cercano al centro o un sitio en Internet), las fuentes petrolíferas y las cuencas mineras en general, el agua (sí, hay una "renta acuática"), el espacio aéreo (los "caminos" del transporte aéreo), etcétera. Y, por supuesto, hay empresas dedicadas a la obtención de rentas; las inmobiliarias son un ejemplo obvio. Pero uno un poco más curioso lo constituyen los *shoppings* e hipermercados. Efectivamente: muchos hipermercados viven de alquilar las góndolas a las empresas productoras, cobrando según la ubicación y el tamaño del exhibidor.

Todas estas actividades, la producción, la circulación, las finanzas o el rentismo, pueden dar lugar a la creación de empresas, instituciones dedicadas a generar, distribuir o apropiarse parcialmente del valor. Como ya dijimos, existen empresas para todo; empresas de empresas (como las "incubadoras" de emprendedores) y empresas que asesoran, vigilan, espían o califican a empresas de empresas. Todo lo que puede ser producido y/o apropiado es objeto de acción empresaria capitalista. Pero, se dedique a lo que sea, toda empresa requiere la existencia de un dueño, un propietario, patrón o jefe, y de obreros asalariados. De modo que cualquier quiosquito, no atendido por su dueño sino por un empleado, es una empresa capitalista. Va de suyo, sin embargo, que no son estas empresas las que nos preocupan, por muy interesantes que puedan ser o importantes para otro tipo de análisis. Lo que atrapa nuestra atención no son estos reductos de vampiritos inofensivos (mosquitos, en realidad), sino los grandes castillos donde moran los señores de la noche.

Vayamos al grano, entonces. ¿Cómo son las grandes empresas capitalistas actuales? Para empezar, son **grandes**, muy mucho (como decía mi hija cuando era niña). Veamos algunos ejemplos sencillos. Si usted se lava con jabón (tenía una tía que usaba siempre detergente), probablemente tendrá entre sus manos ese con el cual se aseaban "nueve de cada diez estrellas": Lux. O tal vez prefiere Dove, si la capturó la publicidad esa donde varias mujeres cuentan cuán seguras se sienten ahora gracias al producto que lleva este nombre. Tal vez utilice los resultados del Elida Pond's Institute para lucir más bella, o los "verdes" de Granby para lavar la ropa (nunca supe bien para qué servían esos triangulitos ridículos que hablaban con voz de niño engripado). En este último ramo tiene para elegir todavía Ala (¡qué blancura!) o Skip (¡cuánta ciencia!). Probablemente esos jabones en polvo le sirvan para limpiar las manchas de tomate Cica o las de las hamburguesas Good Mark. Haga lo que haga, sin embargo, usted estará comprándole siempre a la misma empresa: Unilever, la octava empresa europea en facturación, y la número 38 a nivel mundial. Según datos de 1997, ahora quién sabe si este ejemplo sirve, Unilever facturaba cerca de 50.000 millones de dólares (lo anoto así

porque resulta tedioso escribir diez ceros). Cincuenta mil millones es una cifra equivalente a cerca de un tercio de la deuda externa argentina. Es decir, si la empresa que ocupa el lugar 38 en el mundo donara toda su facturación de un solo año a nuestro país, la deuda externa se reduciría a un 60%, más o menos. Y dado que podríamos exigir una pequeña quita, virtualmente estaríamos a mano.

Supongamos que usted no quiere lavar la ropa y ya se bañó. Cuando yo era chico, tenía asociada la idea de que bañarse era una obligación que uno tenía cuando iba a San Miguel, que es la ciudad a cuya vera yo me crié. "¿Para qué me voy a bañar si no vamos a ir a San Miguel?", le preguntaba a mi mamá quien, invariablemente, me mandaba bajo la ducha, no sin gritos de por medio. Pues bien, si usted es como yo; es decir, si se baña para salir, estará ya preparadito, llave en mano, para partir a un *fast-food*, porque los chicos hoy deciden todo, qué se le va a hacer. Entra a Burger King, come lo que puede y cuando sale, camina por Florida o Lavalle y se compra, como para resarcirse un Johnnie Walker o un vodka Smirnoff. Como usted se parece a mí, compra también un Cinzano para tomárselo con su padre el fin de semana, con una picadita. Vuelve a su casa, enchufa a su hijo al chupete eléctrico (el televisor), convence a su madre de que lo aguante un rato y vuelve a salir con su mujer, esperando ahora algo de tranquilidad y ese poco de intimidad que da caminar despacio, tomados de la cintura por la ciudad que se duerme. Entra entonces en el Guinness Pub y charla de esto y aquello, mientras toma cerveza (Guinnes, por supuesto). ¿Y a la salida? usted se mira la pancita pero, y bueno, un día de vida es vida: volvamos comiendo un Häagen Dazs… ¿Le espera un fin de semana con empanadas La Salteña? ¿Algún vinito, un Navarro Correas puede ser? Peso más peso menos… Mire que ya gastó bastante. Sin embargo, todo lo que gastó fue al mismo bolsillo (por lo menos al momento de escribir esto), el de Diageo, la compañía británica que es la primera empresa de bebidas alcohólicas del mundo y la séptima de la industria de la alimentación. Factura por año una cifra equivalente al presupuesto nacional argentino, o sea, 22.000 millones de dólares. Digamos que si Diageo regalara un año de facturación, desaparece el déficit fiscal por varios años. No le pidamos tanto; con las ganancias de un año de Diageo

(3.000 millones de dólares) alcanzaría para cubrir las necesidades elementales de varios millones de compatriotas y sobraría plata.

Mire que todavía no dijimos nada. Hacia 1996 el PBI de Argentina se acercaba a los 300.000 millones de dólares. De dólares uno a uno. Hoy día mucho menos. Todo lo que hacíamos los argentinos en un año como 1996 alcanzaba apenas a igualar a un par de multinacionales: General Motors y Ford sumaron ese año una facturación de 305.000 millones de billetes verdes. IBM facturó el mismo año cerca de 72.000 millones, o sea, un 25% del PBI argentino con ese dólar a precio ficticio. A octubre de 1998, Microsoft tenía una valuación de mercado de 260 mil millones de dólares, es decir, casi tan grande como nuestro producto bruto interno. Otra vez, a precio de dólar ficticio, convertibilidad mediante. Así que si usted quiere obtener cifras más realistas y actualizadas, multiplique o divida, según corresponda, por 3, según el cambio post-devaluación. Si Wall Mart pusiera todos sus locales en Rosario, La Plata o Córdoba, tendría que emplear a todos los habitantes de la ciudad, aun a los recién nacidos, porque su nómina salarial monta un millón de empleados en todo el mundo. Y su facturación anual supera la deuda externa argentina. Tenga en cuenta que el país de los adoradores de Maradona no es precisamente uno de los pequeños. No. Las grandes empresas actuales son grandes, muy grandes; no tiene sentido abrumar al lector con cifras y datos que quedarían siempre atrasados, porque la oleada de fusiones de la última década se acelera todos los días, haciendo que el tamaño de las empresas gigantes hoy, parezca pigmeo mañana. Es más, dados los cambios permanentes de propiedades entre empresas y grupos, es casi seguro que todos los ejemplos que acabo de darle estén atrasados. ¿Un último datito? De las 100 mayores economías del globo, 51 son corporaciones y 49, países.

Además de grandes (nunca se enfatizará lo suficiente cuánto lo son) son internacionales, muy internacionales, **multinacionales**. Veamos Toyota, la empresa que protagonizó el *boom* japonés de los 70 y que llegó a estar tercera en el *ranking* mundial de las automotrices, tenía, a octubre de 1996, tres veces más plantas en

el resto del mundo que en Japón (36 contra 12). Fabricaba dos millones de unidades en su país de origen, un millón en América del Norte, unos cuatrocientos mil en Europa y otro tanto en el resto de Asia. En América Latina, Medio Oriente y África promediaba 130 mil autos por región. Un total de 48 plantas de producción en 27 países distintos. Sin embargo, si hemos de hablar de "globalización", ningún ejemplo es mejor que McDonald's. Hacia 1997 el payaso Ronald atendía a más de 35 millones de personas por día en sus más de 21.000 locales en 101 países. Semejante presencia le ha permitido convertirse en índice de la inflación mundial: en la medida en que una hamburguesa se hace más o menos en idénticas condiciones técnicas en todo el mundo, tenemos por fin un denominador común, un patrón de medida para la evolución universal de los precios. ¿Diremos algo más sobre la internacionalización de las empresas si diéramos algún dato, siempre atrasado, sobre la cantidad de computadoras en el mundo que corren bajo Windows?

Por lo mismo que son grandes (otra vez, nunca se enfatizará lo suficiente cuánto lo son) y multinacionales (enfatice el lector, por favor), dominan porciones enormes de mercado; son verdaderos **ejes** de la producción mundial. La tecnología de una sola empresa de informática, Sun Microsystems, da curso al 80% del tráfico por Internet, según cuenta ella misma en avisos publicitarios. Piense el lector sobre la importancia que se le asigna a la red y tendrá una idea del poder que esto significa. ¿No le dice mucho porque a la computación no le da ni la hora? Bueno, hay para usted también: el 60% del mercado mundial de neumáticos estaba en manos de 3 compañías (y no hace falta que las nombre porque las conoce cualquiera que sepa lo que es un auto). Pero yo soy argentino… también tengo. La mayor productora mundial de caños para petróleo es hija del río de la Plata: Techint. Muchas veces, las empresas dominan un mercado no por la vía simple de producir mucho en un solo lugar, sino por reunir en un solo producto lo producido en muchos lugares. Robert Reich, de quien hablaremos más adelante, da el siguiente ejemplo: cuando un norteamericano compra un Pontiac Le Mans, paga unos 10.000 dólares. De los cuales 3.000 van a Corea del Sur, donde se monta el automóvil;

1750 van a Japón, por los motores y los instrumentos electrónicos; 750 terminan en Alemania, en concepto de diseño y proyecto; 400, a Taiwán, Singapur y Japón por los componentes más pequeños; 250 a Gran Bretaña por *marketing* y publicidad y unos 4.000 a los funcionarios del capital en Detroit, los abogados y banqueros de Nueva York, a los *lobbistas* en Washington, las aseguradoras y los accionistas. Lo que esto significa, si es que es necesario aclararlo (aunque usted ya se dio cuenta de que soy de hablar mucho), es que cualquiera de estas empresas constituye una columna que sostiene la producción mundial o, lo que es casi lo mismo, la vida sobre el planeta.

Para controlar semejante conjunto han desarrollado una gigantesca burocracia interna, son fenómenos altamente **burocratizados**. Esa estructura está al servicio de un doble flujo vital: hacia arriba, la información; hacia abajo, las órdenes. Cualquiera de las empresas de las que venimos hablando tiene un organigrama complejo que se extiende desde la cúpula, donde normalmente se encuentra el directorio de la empresa. El directorio suele reflejar la estructura de la propiedad; en cada uno de sus asientos se ubican, según un orden dado por la importancia en la participación accionaria, desde los accionistas individuales más importantes (o lo que es más común, un delegado), hasta los representantes de los grupos de inversión que detentan la representación de sus miembros, pasando por los funcionarios de los bancos que tienen fuertes acreencias en la empresa. También se sientan allí una serie de personajes extraños, como ex miembros de gobiernos o de las fuerzas armadas (algo muy común en empresas que hacen negocios con el Estado), e incluso los representantes sindicales, cuando la empresa tiene un porcentaje de acciones en manos de sus empleados. Aun las empresas más personalizadas y donde el principal accionista (identificado popularmente como "el dueño") detenta casi o más del 50% tienen una estructura directorial de este tipo.

Esta mayor o menor diversificación de las formas de propiedad da lugar a verdaderas batallas en los directorios e, incluso, a la aparición de fulanos que son capaces de chantajear a grandes magnates con la sola amenaza de boicotear una reunión y hacer públicas

informaciones inconvenientes, como sucede con los *sokaiya* japoneses. Esta situación, que no es la que el público imagina (se supone que *una* empresa tiene *un* dueño), da lugar a hechos de lo más extraños, como que el propio fundador de la empresa sea expulsado de su directorio, como ocurrió con Steve Job, de Apple (lo que parece que le dio tiempo para fundar otra empresa, Pixar, y hacer "dibujitos" geniales como *Toy Story* I y II). También ha alimentado ilusiones acerca del poder de los "gerentes" y de la menor importancia de la "propiedad", algo que discutiremos más adelante. Lo cierto es que acá no termina, sino que empieza la estructura jerárquica. El que normalmente preside el directorio es el responsable mayor, el CEO, el número 1 de la empresa, secundado por un selecto grupo de gerentes de los cuales dependen funciones específicas (finanzas, ventas, relaciones públicas, producto, investigaciones, etcétera), que tienen bajo su mando porciones enteras de la empresa. Si es, como sucede con el grupo que venimos estudiando, una empresa multinacional, normalmente hay jefaturas regionales (la "división Europa" o "América Latina" o "Asia-Pacífico", etcétera) y seguramente por países (al menos para los grandes y medianos). Como ya se habrá dado cuenta el lector, esto varía mucho de empresa a empresa. A medida que se desciende en la escala las funciones se especifican aún más, dando lugar a gerencias cada vez más localizadas, de "fidelización", por ejemplo. ¿Qué es esa palabra tan horrible? Elemental, como en realidad nunca dijo el drogadicto Sherlock Holmes (era drogadicto, sí; vea, si no, la aventura del "tres cuartos desaparecido" en *Sherlock Holmes no ha muerto,* o también, *El signo de los cuatro*). Elemental, digo, porque viene de "fiel": "fidelizar" es hacer "fiel" a un cliente. ¿Qué tal? Y usted que pensaba que era crear adictos a la Revolución Cubana. Y esa actividad, lógicamente, necesita de un encargado, un gerente. Y así seguimos hacia abajo, hacia los "gerentitos" encargados de pequeños negocios, "gerente de cuenta" (un ejemplo bancario), de planta (fabril), de local (ventas), etcétera. Poco a poco nos vamos acercando al más pobre funcionario del capital, aquél que está ahí cara a cara con los obreros (el capataz, como se decía antes) o que maneja la plétora de empleados administrativos (desde contadores,

a secretarias y cadetes). Hay algunos empleados, como las secretarias, que se distribuyen a lo largo de toda la jerarquía; desde la pobre infeliz —casi siempre medio histérica a fuerza de atender llamadas—, hasta la "secretaria ejecutiva", que según las películas americanas aspira siempre a casarse con un pez gordo.

El tamaño de esta estructura, en su mayor parte destinada a garantizar el poder de la propiedad, puede llegar a proporciones titánicas; lo que provoca, vuelta a vuelta, purgas de proporciones cuasi genocidas, con expulsión de miles y miles de gerentes y personal administrativo: durante los años 80, las 500 empresas industriales del índice Fortune despidieron 3,2 millones de empleados. En especial, las grandes fusiones de empresas dan lugar a despidos en masa en el seno de la estructura de mando. Como veremos más adelante, esas reestructuraciones tienen una función política siempre, porque una nueva conducción imprime nuevas orientaciones que atacan posiciones en el seno de la estructura burocrática, lo que no deja de generar resistencias, porque cada burócrata tiene sus propios intereses. Eliminar esas resistencias es la única forma de poner en práctica las nuevas orientaciones. A ese miserable jueguito con codos y susurros a las espaldas se lo suele llamar "política" en la empresa. Cualquier película yanqui puede ilustrar sobre esto, pero puede ver *Acoso sexual* si quiere fantasear con que alguna Demi Moore vernácula lo persiga con ánimo *non sancto*.

Por la misma magnitud de lo que ponen en juego, las grandes empresas no juegan a los dados con su propio universo. Todo lo contrario, son los entes de **planificación** privada más enormes que jamás hayan existido, lo que significa muchas cosas. En primer lugar, que malgrado el odio que despierta el comunismo en los capitalistas, la planificación de cada actividad es una pasión que persigue a toda empresa no importa lo que haga. Y esa pasión crece a medida que crece el tamaño de los capitales puestos en juego. La preparación de un nuevo modelo de automóvil (no de la variación anual de un modelo establecido) puede llevar años, dependiendo de cuán revolucionario sea. Desde detectar las nuevas tendencias estéticas del mercado y espiar los planes de la competencia, hasta

lograr una forma que logre incorporar los avances tecnológicos. Y todavía falta el diagrama constructivo: cómo se va a hacer el nuevo automóvil, qué mano de obra demandará, las herramientas, etcétera. Como veremos, la planificación detallada de cada movimiento de cada obrero lleva a la empresa a enormes estudios y cálculos sobre gastos y tiempos. Y aún resta incorporar a los contratistas y proveedores, es decir, a aquellos que hacen partes del vehículo y que deben reacondicionar todo su funcionamiento a los requerimientos de la armadora (lo que conocemos como "fábrica de autos"). Habrá que buscar una línea de comercialización acorde, una imagen que comulgue con las características reales o ficticias del modelo y que lo ligue al segmento del mercado al que va dirigido. También habrá que preocuparse por planes de financiación, sistemas de garantías y ofertas y problemas minúsculos de todo tipo (como la disposición de los repuestos de cada uno de los centenares de aparatitos que lleva el vehículo). Reproduzcamos todo este movimiento por cada una de las empresas que participa en la fabricación de un automóvil y tendremos una primera idea de cuánto se necesita preparar y tener a punto *antes* de que el vehículo salga a la calle. Pero hoy día la fabricación de un automóvil es un hecho mundial: cada parte se hace en un lugar distinto del planeta, de modo que la planificación se transforma en un problema geográfico, geo-estratégico.

Unir en tiempo y forma cada componente resulta ser, entonces, un problema de logística planetaria. La sincronización se vuelve una manía; la coordinación, una locura permanente. Y, a pesar de todo este esfuerzo, puede fracasar. La historia de la General Motors durante los años 80 es un ejemplo de este tipo de esfuerzos inútiles, sobre todo su súper modelo híper automatizado de fábrica, la Hamtramck. General Motors deseaba eliminar los problemas de calidad con sus modelos de Cadillacs. Levantó una fábrica nueva en un lugar llamado Poletown que, como su nombre puede indicarlo (yo no me di cuenta), quiere decir "Villa Polaca". La cosa ya empezó mal porque GM desplazó a los habitantes y, aunque parece que les pagó bien, generó un escándalo de publicidad adversa. Centenares de robots para hacer de todo (pintar, colocar vidrios, soldar,

etcétera.) dieron como resultado un desastre económico, con innumerables detenciones en la línea de montaje (cada segundo de detención de la línea significa una pérdida de 200 dólares). Para colmo, los autos (Eldorado y Seville) resultaron chicos y caros, y de figurar entre los más rentables de la compañía, pasaron a ser fuente de pérdidas enormes. Un desastre, todo mal.

Supongamos, sin embargo, que el modelo resulta un éxito y que todo salió bien o que se han corregido los errores sobre la marcha. Aún no terminan los problemas de planificación de una gran empresa. Ninguna armadora mundial (las únicas que quedan) aspira a vender menos de dos o tres millones de autos al año, sumando todos sus modelos. Y un modelo exitoso, como el Corolla, de Toyota; el Golf ,de Volkswagen; o el Focus, de Ford, debe sobrepasar lejos el millón de unidades vendidas antes de salir del mercado. El negocio automotriz no es, como se ve, uno de hoy para mañana. De modo que todo debe planificarse con cuidado a lo largo de los años en que el modelo se mantenga en línea, en especial porque la competencia no se quedará quieta. Y toda esta actividad constante debe estar preparada para los cambios del mercado, las crisis, etcétera.

Podríamos estar horas contando detalles de las gigantescas magnitudes de planificación que se necesitan para hacer un auto. Imagínese el lector ahora al conjunto de los fabricantes de automóviles y tendrá una vaga idea de lo que queremos decir con que los capitalistas "planifican". Multiplíquelo por la cantidad de bienes que se producen a gran escala (casi todo) y tendrá (si puede sacar la cuenta) una idea más aproximada de la montaña de "planificación" que han erigido los capitalistas. Y, a pesar de todo, el capitalismo *como sistema*, funciona mal. Muy mal. Ya veremos por qué.

Para mantener la empresa en marcha es necesario garantizar que la plusvalía fluya desde la base. Como eso no es algo que se obtenga fácilmente ni por la voluntad feliz de los explotados, las grandes empresas actuales (es decir, *muy grandes*, *multinacionales*, *ejes* de la producción mundial, *burocráticas* y *planificadoras*) han desarrollado al máximo el **despotismo** que caracteriza a toda

empresa capitalista, no importa su tamaño. Despotismo es una palabra que puede sonar raro en una sociedad que, como la nuestra (o de ellos, mejor dicho), hace gala de democracia y libertad. Palabras que, ciertamente, le quedan grandes. Pero una estructura, tal como una empresa capitalista, depende de que todo esté en su lugar y a tiempo. ¿Eso requiere "despotismo"? No, no necesariamente; no en un sentido universal. Sí, por supuesto, en una empresa capitalista. Porque lo que caracteriza a una entidad como ésa es la extracción de plusvalía a productores sometidos. La "gente" no está allí ante su máquina o su torno por su voluntad. Lo hace contra su voluntad. Pero como esto es válido sólo para los obreros, volveremos por ello más adelante.

¿Qué tal, entonces, para el personal gerencial? Distingamos "personal gerencial" de "empleado administrativo". Aunque algún bancario se me enoje, son tan obreros como el que más. Cuando decimos personal "gerencial" hablamos de aquellos que tienen como funciones "gerenciar" el capital. Lo que quiere decir que tienen que hacer "cosas" que debiera hacer el dueño, por aquello de que "el ojo del amo engorda el ganado". ¿Y por qué no lo hace el dueño? Compañero, ¿esa pregunta a esta altura?

Debiendo actuar como dueño sin serlo, hay que convencerlo de que de alguna manera lo es. De allí todo un sistema extremadamente codificado de "distinciones", grados, jerarquías y premios. El "salario" de un gerente de los grandes no tiene nada que ver con algo parecido al valor de su fuerza de trabajo, sino con la "fidelidad" a la empresa, es decir, la pasión con la cual abrazará un objetivo ajeno: extraer plusvalía para el capital. Así, los grandes gerentes (y los no tan grandes) son "incentivados" con premios que van desde la participación en acciones y ganancias, hasta prebendas tales como viajes (en *Business Class*, claro), autos (último modelo, ¿qué se cree?) o prostitutas (obviamente, las llaman "acompañantes" o *escorts*). Ahora bien, esto es sólo una parte de la historia. Porque la contracara es la exigencia y las obligaciones. Y aquí vuelve la cuestión del despotismo que se ejerce sobre todos los miembros de la gerencia, en especial cuanto más

abajo se está en la escala. Y la tiranía puede ser terrible: larguísimas horas, dedicación total (o *full time*, que parece sonar mejor y es la misma porquería) y humillaciones de todo tipo. Los empleados y gerentes de IBM cantaban canciones de alabanza al fundador de la empresa: "ese hombre entre los hombres", según reza una de ellas. Watson padre, de él estamos hablando, llegó a encargar a su hijo una "sinfonía IBM". Eso no es nada. En las fábricas de Toyota, los directores de planta comen con los obreros y cada dos horas escuchan por altavoz la canción de la empresa. El gerente estrella de la General Motors, Iñaki López, tenía una ideología estilo "ninja". A los 52 años se levantaba temprano (5 ó 6 de la mañana), corría, desayunaba con frutas y trabajaba 15 horas diarias. En las reuniones con subordinados no permitía el consumo de sustancias "tóxicas" (¿cocaína?, ¿marihuana?, ¿alcohol?, ¿cigarrillo? No, no, no: café, azúcar…). Sus dos hijas eran criadas por un cura en Estados Unidos. Prefería a los empleados flacos, porque un cuerpo obeso da por resultado un cerebro lento. Parece que "dieta" era una palabra que se tomaba muy en serio, porque logró bajar de la noche a la mañana el costo del Corsa en forma dramática. Pero eso no es nada. Encargado de las compras mundiales de GM, sometió a los proveedores a una verdadera dictadura que le valió, a él, varios apelativos ("Huracán López", "Vlad, el Empalador" o "Iñaki, el Terrible") y a la GM una lluvia de dólares. Puso a dieta, digamos, a una inmensa estructura, lo que implica un despotismo generalizado, hacia adentro y hacia fuera. Lo que lo hacía convincente es que, como vimos, aplicaba sus métodos a sí mismo. Cualquiera diría que sus "sacrificios" bien recompensados estaban, y que cualquier obrero de José C. Paz, La Matanza o el Gran Rosario hace mucho más que eso y apenas sobrevive. Y aunque tenga sus hijas en casa, no las ve nunca. Cierto, muy cierto. Pero se supone que uno tiene dinero para disfrutarlo, no que vive para conseguirlo. Pero así es el capitalismo: un sistema despótico destinado a la creación de ganancias. Y como la actividad dentro de la empresa tiende necesariamente a desbordarla, el despotismo interno tiende, también, a extenderse por el resto de la sociedad. Horarios, vacaciones, días de

descanso, posibilidades vitales de los trabajadores y sus hijos, todo termina subordinado a las necesidades de la empresa.

El gran déspota, el hermano mayor, vigila dentro y fuera: un obrero de *fast food* no puede usar barba porque la empresa no se lo permite. Y la barba, se sabe, es algo que no crece ni decrece según horario. Cuando uno sube al subte., vaya la contradicción, en la mañana temprano, ve un montón de mujeres hermosas y bien vestidas que terminan de pintarse en el viaje. Coquetas, arregladas, impecables, faldas cortas, tacos altos, medias negras. ¿Vestidas para matar? No, para trabajar. O para conseguir empleo. La tiranía se expresa como "buena presencia", lo que para las mujeres (las compañeras, quiero decir) significa algo así como "prostituta"; un objeto a disposición de la vista del patrón y de los clientes, quienes obtienen así un plus de "servicio", el retintín erótico que produce observar a una mujer hermosa y vestida sugerentemente —y de paso olvidarse de las torturas de la cola del banco, del comercio o de lo que sea—. Todo eso tiene un nombre, que no es "buena presencia" sino explotación. Igual que la sonrisa obligada de los "empleados que atienden al público", o el culo parado a fuerza de calzas apretadas de las empleadas de estaciones de servicio son el resultado del despotismo del capital. Más adelante veremos que la manifestación más importante de este despotismo culmina con el dominio completo de la vida de sus empleados por los requerimientos de las empresas. No por casualidad la Royal Militar Academy de Sandhurst, donde se entrena a los jefes del ejército británico, da cursos de liderazgo para empresarios. Lo que no sorprende, dado que su lema es "hechos para mandar". Y que una empresa capitalista es lo más parecido a un ejército, ya no hace falta decirlo.

La fuerza es la carta de ciudadanía de las bestias. Y tamaño es fuerza, sobre todo, fuerza política. De modo que estas *grandes multinacionales*, *ejes* de la producción mundial, *burocráticas* y *planificadoras déspotas*, son también las **ciudadanas exclusivas** del mundo. Como veremos (sí, ya sé, dice el atribulado lector) más adelante, la democracia capitalista incluye sólo a un número muy reducido de ciudadanos. Unos 200 ó 300 en todo el mundo. Digo esto, exagerando un poco (pero sólo un poco) tal vez, porque si ser "ciudadano" es

sinónimo de derecho a participar en las decisiones políticas reales, estos señores son los verdaderos ciudadanos del mundo (capitalista). Los argentinos sabemos bastante de esto: 7 u 8 millones de "ciudadanos" votaron "revolución productiva" y "salariazo" en la persona de Carlos Menem. Quien apenas llegado al sillón de Rivadavia aplicó un programa que poco tenía que ver con cuestiones por el estilo y que pasó a la posteridad como "plan BB", por su creador, la multinacional Bunge y Born. De modo que el voto fuera de hora y de cualquier formalidad, de un reducido grupo de capitalistas que se pueden contar con los dedos de una mano, pudo más que 7 u 8 millones de personas. ¿Chile quiso ser socialista? Ahí tienen a la ITT complotando con la CIA contra Allende. Ah, ¡pero son países del Tercer Mundo! ¿Seguro? ¿Se anima a decir quién mató a Kennedy? Oliver Stone arriesga una respuesta, en una película que transforma a un imperialista convencido en un pobre pacifista: el complejo militar-industrial. ¿No le cree? No importa; las películas sobre empresas que extorsionan gobiernos cometen todo tipo de actos ilegales y nunca son siquiera investigadas, se han transformado en un género cinematográfico en sí mismo (al final del capítulo le recomiendo varias). Cuesta creer que se trate sólo de un fantasma.

Hace poco, un "salario" desató una polémica en EE.UU. Parece ser que en dos meses de trabajo para el Citigroup, James Rubin ganó unos 21 millones de dólares. El Citigroup no es más que la firma controlante de nuestro conocido Citibank y la corporación financiera más grande de Estados Unidos. Y el fulano en cuestión era, ni más ni menos, que el número dos de la economía mundial. Rubin acompañó al ministro de economía del mundo, Alan Greenspan, en la Reserva Federal, y es considerado co-responsable de los años de bonanza de la administración Clinton, una de las más "exitosas" de la historia estadounidense. Según el *Washington Post*, citado por *Ámbito Financiero*, "todo lo que Rubin tiene para hacer en el Citigroup es ocupar la butaca de presidente del Comité Ejecutivo y ser miembro de la oficina de la presidencia". En realidad, las tareas reales recaen en John Reed (a quien Di Tella, ministro de Menem, sugirió colocar como negociador de la deuda externa argentina).

¿Hace falta que le explique algo? Esto, en lenguaje marxista, se llama "teoría instrumental del Estado" (después se lo cuento). Ser ciudadano significa tener capacidad de decisión sobre problemas reales e importantes. ¿Usted todavía se siente ciudadano? Piense entonces en las consultoras que le ponen "nota" a cada país y determinan de esa manera si recibe créditos y a qué tasa o no (y, por lo tanto, si usted pierde su empleo o no). O recuerde el nazismo y trate de pensar qué lo une con las modernas escaleras mecánicas de los subterráneos de Buenos Aires. O revise ejemplares de revistas "del corazón y la farándula" en la Argentina del Proceso, y verá a muchos señores empresarios que participaban de las grandes decisiones "nacionales" con el asesino de turno, es decir, que habían logrado el milagro de seguir siendo "ciudadanos" en una sociedad gobernada por el despotismo más sangriento de su historia. Es que ellos son los que realmente mandan, con gobiernos "democráticos" o dictatoriales: son los únicos que tienen ciudadanía plena, aquí y en cualquier parte del mundo.

Después de todo esto, debería quedar claro por qué afirmamos que, a pesar de ser burgueses, no nos interesan ni el "maxikiosco" de la esquina ni el supermercado de coreanos de "acá a la vuelta". Ni siquiera los pequeños y medianos productores industriales y agropecuarios. Todos tienen algún grado de subordinación con el gran capital (lo que no los transforma en socialistas). La historia no pasa por ellos. La vida de la humanidad presente está en manos de ese reducido grupo de 200 ó 300 *grandes, déspotas, burocráticas y planificadoras ciudadanas exclusivas,* que son el soporte material de la cúpula dominante, esa clase que llamamos **burguesía**.

3. La antorcha cambia de mano (o de dónde viene la burguesía)

Examinemos el mito del Conde más de cerca. Drácula, ya lo dijimos, era (tanto el personaje real como el literario) un terrateniente feudal. Jonathan Harker, el antagonista, como una especie de Marco Polo se lanza a recorrer mundos poco conocidos. Pero, a diferencia del italiano (si se me permite el anacronismo) es un viaje al pasado de la propia sociedad europea, un viaje del capitalismo

al feudalismo. La travesía es, al mismo tiempo, el pasaje por la geografía social europea de fines del siglo XIX. Partiendo desde Londres en moderno barco de vapor, una vez en el continente lo vemos montado en ese símbolo supremo del progreso capitalista decimonónico, el ferrocarril, penetrando las regiones "bárbaras" del Este europeo, con rumbo a Transilvania. Ya al cruzar el río que separa las dos partes de Budapest, las diferencias entre Oriente y Occidente se tornan tan palpables que el puente que los une podría tranquilamente ser considerado una barca de Caronte. Habiendo cruzado la Estigia-Danubio, el dominio turco se presenta en el tono general de la vida. La barbarie se expresa de varias maneras: el tren atrasa, la comida es decididamente exótica, la ropa es digna de la recopilación folclórica que anota con paciencia, los castillos y pequeños pueblos resultan encantadores (como "en los viejos misales") y las ciudades atraen por su antigüedad. No hay mapas, la población es "supersticiosa" y el país se mantiene agreste y "pintoresco". El itinerario de Jonathan Harker —un burgués a través de Europa, desde Inglaterra hasta Transilvania— es un pasaje del capitalismo hacia el feudalismo, un viaje al pasado. En última instancia, la estaca justiciera con la que morirá el Conde expresa el triunfo del capital sobre la propiedad feudal, que es la forma en que nace el capitalismo, liquidando a los señores feudales (la **revolución burguesa**) y reconstruyendo el mundo a su imagen y semejanza (la **acumulación originaria**). De eso vamos a hablar ahora.

La burguesía nace mucho antes de que las hostias, el agua bendita y el ajo vengan en su ayuda. Su poder comienza a gestarse allá por el siglo XIII, en el mundo del comercio y las finanzas. De ahí que la voz "burguesía" alude a aquella clase de personas que vivía en el "burgo", es decir, en la ciudad; lugar donde se desarrollaban esas actividades. Sus parientes más lejanos se criaron en las comunas italianas de los siglos XIII al XV o en la Liga Hanseática; una coalición de ciudades alemanas que dominó durante siglos el comercio del norte de Europa. Siempre en evolución, su principal antagonista fue, por mucho tiempo, no una inexistente clase obrera sino la clase dominante del modo de producción

anterior, el terrateniente feudal. Los señores feudales dominaban una sociedad en la cual el excedente era producido por campesinos sojuzgados. El "contrato" feudal implicaba una "entrega" de la tierra a cambio del pago de una renta (una especie de alquiler), que podía saldarse con una parte de los productos de la cosecha de papas o cereales y/o granja, en trabajo en las tierras que el señor se reservaba para sí o en dinero. Su dominio se asentaba, entonces, en la propiedad de la tierra; propiedad que el señor feudal se atribuía por herencia y, en última instancia, por una supuesta voluntad "divina". En realidad, la propiedad feudal se fundaba en la violencia de las armas, en la guerra. De allí que el atributo fundamental del señor feudal era el militar. Reunía también en torno de sí las funciones judiciales y administrativas; es decir, era el poder mismo corporizado con todos sus atributos. Recibía también ingresos de otro tipo de población a través de impuestos y peajes, o tributos de burgos enteros.

Era éste uno de los puntos en los cuales el señor feudal chocaba con la burguesía, por ahora dedicada al comercio y a las finanzas. La burguesía tenía prohibida la propiedad de la tierra, en tanto no era de libre disposición, regulada por leyes y normas que la hacían inexpugnable a la expropiación por deudas. Dentro de la ciudad, el burgués encontraba nuevos límites a su acción en los gremios artesanales, que controlaban las normas laborales, los precios, las cantidades producidas y la forma de acceso a los medios de producción. De modo que, ya fuera por la vía del control de la tierra o de la producción artesanal el mundo feudal sólo otorgaba a la burguesía la posibilidad de ganancias por enajenación: comprar barato y vender caro, especulando con las diferencias de precios entre mercados distantes. La actividad de la burguesía se limitaba a estafar a los participantes del mercado mundial en formación. De ahí que la aventura colonial fuera su principal fuente de ingresos. Como a medida que este mercado mundial crecía, la burguesía comercial se hacía más rica en dinero que no podía colocar en ninguna actividad productiva, comenzó a desarrollar un importante papel como prestamista del Estado. Los Fugger se hicieron famosos en estas actividades especulativas a

gran escala, financiando al imperialismo español. Pero este tipo de actividades tenían un límite preciso: el conjunto de regulaciones del orden feudal. Y el principal problema para la burguesía radicaba en la imposibilidad de penetrar en el plano de la producción, debiendo limitarse al estrecho corredor del comercio, donde sólo podía apropiarse de una porción menor de la riqueza social. Incluso la actividad financiera tenía sus límites, porque si hay algo que caracterizaba a los señores feudales era su escaso respeto de la propiedad no feudal: prestarle a un noble era cosa fácil, cobrarle… De modo que el burgués se hallaba "comprimido", limitado en su accionar por un conjunto de leyes, reglamentos y costumbres que impedían transformar el poder del dinero en poder social y político. Mientras su tamaño no le permitió otra cosa, la burguesía evolucionó en esos marcos, se adaptó a ellos y disfrutó de las migajas de las correrías feudales: las cruzadas, la expansión portuguesa en África, la colonización alemana del Este europeo y la conquista de América fueron importantísimas oportunidades mercantiles. Pero cuando su tamaño excedió los límites que podía tolerar el sistema feudal, sus trabas le resultaron insoportables. Fue entonces cuando comenzó a pensar en sacudirlas de sus hombros definitivamente. Fue allí cuando comenzó a soñar en modelar el mundo a su imagen y semejanza. Necesitaba una oportunidad.

Terratenientes feudales y burgueses se enfrentaron, se aliaron, volvieron a enfrentarse y hasta se destruyeron varias veces a lo largo de trescientos años; desde el siglo XVI al XIX inclusive. Durante años, la burguesía acumuló fuerzas, se "traicionó", volvió a la carga, cobró conciencia de sus intereses y se transformó en actor político de primer orden. Era fatal que algún día pensara en el poder como algo que merecía con exclusividad, es decir, sin compartirlo. Pero, dijimos, necesitaba una oportunidad. Los marxistas tenemos una fórmula para retratar ese momento; fórmula que ya explicamos pero que repetiremos para asegurarnos de que se entienda: la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Como el lector ya sabe, cuando la capacidad productiva de la humanidad se ha desarrollado hasta un cierto punto, las relaciones

sociales en las que ese desarrollo tuvo lugar entran en contradicción con su base material. Lo que quiere decir que las relaciones sociales de producción deben cambiar, para mejor o para peor, en medio de una crisis que adaptará las fuerzas a las relaciones o las relaciones a las fuerzas. Concretamente, el mundo feudal europeo había avanzado a lo largo de setecientos o mil años, había hecho crecer su población, había desarrollado un sistema de intercambio, se había conectado con el resto del mundo. Con las relaciones feudales predominantes eso tenía un límite; para hacer avanzar la agricultura (y poder mantener una población acrecida) o las manufacturas (y desarrollar la división del trabajo, trasladando parte de la población a nuevas actividades) era necesario un cambio social. Entre los siglos XVI y XVII el aire se carga de revolución. Precisamente, la **revolución burguesa** es ese momento de pasaje de un modo de producción a otro, el punto en el cual la burguesía elimina o subordina definitivamente a los señores feudales. La revolución inglesa de 1640 fue la primera revolución burguesa importante en la historia mundial y creó la única república que ha existido en Inglaterra en toda su historia —se dice que siempre habrá cinco reyes en el mundo: los cuatro de la baraja y el de Inglaterra, aunque la muerte de Lady Di hizo tambalear el trono—. La Revolución Francesa de 1789 aceleró un proceso que había comenzado en las ciudades italianas y holandesas trescientos años antes. Lo que conocemos como la Independencia de los Estados Unidos, las Guerras de Independencia en América Latina, la Unificación Alemana e Italiana, o la Revolución Meiji en Japón no son sino las formas que adopta la revolución burguesa en cada sitio en que tuvo lugar. En todos los casos, o la burguesía toma el poder, o se crean las condiciones para que lo haga.

¿En qué consiste la revolución burguesa? En la eliminación de todas las regulaciones sociales que garantizaban el poder de los señores feudales, que se sintetizaban en la propiedad feudal. La propiedad feudal se transfería por herencia o por donación. Daba además, como ya dijimos, derechos sobre otras personas; los lazos serviles que hacían que campesinos y no campesinos tuvieran que

entregarle, por diferentes medios, un excedente de su trabajo. Todo ese mundo jurídico y los privilegios políticos que le correspondían, ligados a la "sangre" y al "linaje", fueron barridos por la revolución burguesa. Ahora el único regulador de la vida humana sería el mercado. El que va al mercado y gana, sobrevive. El que no, no. Esta "desregulación" general, vivida como "liberación", instalaba en realidad una nueva regulación acorde con las necesidades de la producción burguesa. Su fuente era una nueva forma de propiedad, la propiedad capitalista, despojada de cualquier consideración que no fuera sancionada por el mercado. Queda así abierto para la burguesía, el mundo de la producción. Artesanos y campesinos, que colaboraron con ella para destruir el orden feudal que se había vuelto intolerable porque obstaculizaba el desarrollo de las fuerzas productivas, se veían ahora avasallados por el poder del dinero. Estas ganancias obtenidas en el comercio iban ahora a revolucionar la producción. Liberada de las trabas feudales, la burguesía desarrolla aceleradamente las fuerzas productivas. En el campo se apropia de la tierra de la Iglesia y de los señores feudales, buena parte de la cual pasa a manos campesinas, que se transforman ahora en propietarias. Se trata de la **liberación** de los siervos. Pero estos nuevos propietarios deben ahora sobrevivir en el mercado frente a productores más eficientes, los propios burgueses que implementan sobre la tierra nuevos métodos productivos y tecnologías. Los campesinos se endeudan, se empobrecen y son expulsados finalmente de sus tierras, que son concentradas en pocas manos: la **expropiación** del productor directo, de los medios de producción. El campesino resulta proletarizado, transformado en obrero para un patrón burgués que, habiéndolo expulsado como productor independiente, lo toma como esclavo asalariado. En la ciudad, el mismo proceso proletariza al artesano. Primero, escapando de las regulaciones urbanas, la burguesía organiza la manufactura rural. Luego, entra en el mismo mundo urbano con la manufactura, la moderniza incorporándole principios mecánicos elementales hasta que, finalmente, introduce la máquina a gran escala: la **revolución industrial**. La proletarización del artesanado se produce,

no sin convulsiones, con prisa y sin pausas, mientras la burguesía completa su dominio del mundo de la producción.

Como resultado de este proceso, durante todo el siglo XIX, Europa occidental, los EE.UU. y Japón marchan hacia el capitalismo industrial. La revolución industrial constituye el momento culminante en la evolución de la burguesía como clase, incrementando su dominio sobre el mundo material y terminando la reconstrucción de la sociedad humana a su imagen y semejanza. Es el momento en que "todo lo sólido se desvanece en el aire", se consolida el poder de las burguesías nacionales y surgen los Estados capitalistas tal cual los conocemos hoy. Pero el Este de Europa (como el resto del mundo) se debatía todavía en modos de producción precapitalistas que sólo podían ofrecer, ahora, figuras misteriosas para los cuentos de terror. Ha llegado el fin de Drácula y su mundo. *El fantasma de Canterville*, el célebre cuento de Oscar Wilde, podría servir como síntoma del agotamiento de la hegemonía feudal, especialmente resumida en esa formidable escena en que un vulgar industrial yanqui elimina centenarias manchas de sangre de la alfombra de su castillo recién adquirido con ... quitamanchas "Pinkerton". Efectivamente, en el Occidente de fines del siglo XIX los terratenientes feudales sólo podían provocar miedo en la literatura, donde rápidamente se convirtieron en personajes siniestros. El momento culminante llega con el *best seller* victoriano, nuestro muy citado *Drácula*, que a partir de allí se convierte en el símbolo de todas las clases decadentes (véase, si no, el *Drácula* de Andy Warhol, donde el Conde personifica ahora a la burguesía agonizante que muere víctima de los hachazos y la estaca de un jardinero musculoso, al estilo de la iconografía proletaria soviética). El Conde constituía una entidad proveniente de los arrabales de Europa, allí donde los ferrocarriles llegaban a destiempo y sólo el alemán podía servir de lengua turística entre eslavos y magiares, que llegaba a Londres para ser perseguido por su álter ego y sucesor, Jonathan Harker, correcto joven inglés a punto de contraer matrimonio. Hijo digno, además, del capitalismo británico, empleado de una empresa dedicada a las transacciones de bienes raíces, una inmobiliaria... La propiedad fundada en la violencia de las armas, enfrentada a la

propiedad fundada en la violencia del capital. El terrateniente feudal derrotado por un burgués de la primera nación industrial del mundo.

El valor del mito vampírico original residía en el poder oculto y misterioso de esa clase: el terrateniente feudal. La leyenda de Drácula esconde la voluntad de una clase; la voluntad de aterrar y, por ende, controlar, subordinar. Pero la muerte del terrateniente feudal no significó la de Drácula, es decir, del terror. Sólo transfirió el protagonismo a otro actor. Como en las películas norteamericanas, el monstruo nunca muere. Quien se encuentra ahora en el comando del castillo de acero, cemento y vidrio, reluciente y poderoso, es la burguesía. Es la clase que, persiguiendo sus intereses, nos aterroriza de otro modo: los pasajeros-alimento del "Nostromo", la nave en el que la empresa propietaria planea traer a la tierra a *Alien*; o los desesperados personajes de *La noche de los muertos vivos*, en el que George Romero retrató la guerra de Vietnam y el racismo en la crisis norteamericana de los 70. Se trata ahora del horror de la mercantilización general de la vida humana y sus consecuencias.

4. ¿Qué es la burguesía?: las nuevas ropas del Conde

Me ha pasado siempre cuando doy clase y digo, ante un auditorio no socialista, que pertenezco a ese grupo de gente que sueña con eliminar el capitalismo, que algún muchachito o muchachita bien intencionados se alarman y se ponen a la defensiva. Él, ella, su padre o su novio, madre o novia tiene un quiosco o algún negocio de magnitud similar, que peligra por culpa del intolerante profesor de historia que quiere arrebatarles el fruto legítimo de su trabajo. Lleva tiempo explicar que un burgués es otra cosa. Y que aunque lo fuera, el problema no es él o ella sino EL OTRO, a saber, aquél cuyo tamaño equivale a varios centenares de millones de ellos o ellas. El almacenero de la esquina no tiene, en sentido estricto, capital alguno, no es un capitalista porque no contrata personal asalariado. Si no hay obrero, no hay burgués, le haremos decir a Escher, ese extraño dibujante que construía no menos extrañas escaleras que suben por donde deben bajar y bajan por donde uno espera que suban. No hay burgués sin obrero. Y viceversa, nos recuerda Escher, ya

completamente mimetizado en teórico marxista. Pero mi papá tiene varios empleados, me recuerdan él y ella, preguntando aterrorizados: entonces, ¿es un burgués? Lo que me gusta contestar en estos casos es: ¡Ah! (cara seria y terminante) Entonces ¡Sí! (enfatizo con gestos abundantes), sí, sí, ¡Sí! Y sentencio, como quien remarca al desfalleciente que se va a morir indefectiblemente: nunca es triste la verdad… (el lector ya sabe cómo sigue). Pero entonces, ¡mi padre es un monstruo! (tensión en el rostro, ojos desorbitados, expresión de desesperación) ¡Sí, sí, sí y vos también! (gritos, gritos y más gritos, manos que arrancan cabellos, ropas desgarradas, todo un espectáculo). Cuando ya temo que cual Edipos del siglo XXI se arranquen los ojos al no poder soportar la verdad, intervengo como un Jesús que, posando la mano sobre el desquiciado poseído por los demonios multitudinarios, obra el milagro de expulsarlos con un solo gesto: "Sí, es así, pero no tiene ninguna importancia...". ¿Cómo? (miradas perplejas mientras cesa, abruptamente, todo movimiento) ¿Cómo dijo? (balbuceantes) Y Jesús repite: lo que habéis oído (los grandes personajes siempre hablan distinto del común de los mortales, como los futbolistas, que hablan de sí mismos en tercera persona). Si recordáis —sigue el muchacho de barba— lo dicho un poco más arriba, el reino de este mundo —si es que hay otro— está dominado por los gigantes, no por los enanos. Estos señores son el problema. Los demás no tienen ninguna importancia. Y mientras compruebo que la sangre les vuelve al cuerpo, me dispongo a explicar qué es un burgués (uno de "verdad, verdad", como decía mi Laurita).

Cuando uno es inquilino, sabe que su techo tiene plazo y que puede perderlo en cuanto no pueda pagar el alquiler. En la época de la Convertibilidad, un departamento común y corriente, de los baratos, costaba en un barrio de la zona sur de Buenos Aires unos 30.000 pesos. No se alquilaba por menos de 300 pesos por mes, peso más, peso menos. Si sacamos la cuenta, en un año el inquilino habrá abonado 3.600 dólares por el derecho a residir entre sus paredes. En ocho años y unos meses el departamento estaría pago. Si no tuviéramos metidas en la cabeza las ideas que los propios capitalistas se encargan de meternos, uno debería creer que lo lógico

sería que en ese momento el departamento pasase a propiedad del inquilino. Sin embargo, nunca se ha visto cosa tal (no confundir con el *leasing*). El inquilino seguirá pagando hasta que el departamento no pueda sostenerse sobre sí. Como el dueño dice que hizo una inversión, no es justo, insiste, que haya trabajado tanto para no obtener una ganancia. En consecuencia, ¡a pagar! Como todo el mundo sabe, el capitalista hace una inversión no precisamente para perder plata. Sin embargo, y siguiendo una lógica elemental que parte del supuesto de que nadie tiene derecho a medrar con el esfuerzo ajeno, uno esperaría que luego de obtenida esa ganancia el capitalista se diera por satisfecho y entregara al inquilino la propiedad: luego de 16 años si la ganancia fuera del 100%, de 24 si del 200 ó de 32 si 300. Pero podríamos esperar 60, 70 y hasta 100 años que, si el departamento aguanta, seguirá dando una renta al dueño aunque su valor ya se haya cubierto con creces 5, 10, 20 ó 100 veces. Es más, morirán inquilino y dueño pero sus hijos, en la misma posición, seguirán jugando al mismo juego, con una perinola que dice: yo siempre cobro, vos siempre pagás. ¿Cuál es la fuerza mágica que transforma a alguien en dador eterno a un receptor también eterno? Respuesta: la propiedad. Estamos en este caso dando el ejemplo de un rentista, pero podemos tomar un industrial y el resultado será el mismo. La propiedad de algo transforma a su dueño en una clase especial de personas: los propietarios.

La propiedad que otorga al capitalista toda su importancia no es, sin embargo, cualquier propiedad. En primer lugar, es una propiedad individual y, por ende, privada. Pero no cualquier propiedad individual tiene la virtud de "crear" a la burguesía o transformar a alguien en un burgués. La propiedad que tiene esa virtud mágica es la propiedad de los medios de producción. La propiedad capitalista, aquella que caracteriza a la burguesía, es la propiedad privada de los **medios de producción**. El burgués es un propietario individual de medios de producción. ¿Por qué son tan importantes los medios de producción? Porque son los medios con los que es posible producir y reproducir la vida: la tierra, las fábricas, las materias primas, etcétera. Ahora, ¿cómo fue que los

seres humanos se dividieron en propietarios y no propietarios de los medios de producción? Ya lo dijimos: acumulación originaria. Este proceso crea a los protagonistas centrales de la sociedad capitalista a sangre y fuego. De modo que al final del viaje, la clase que ha hecho de la defensa de la propiedad privada una cuestión de vida o muerte —la burguesía— llega al mundo, negándole a la inmensa mayoría de la humanidad cualquier tipo de propiedad. El momento histórico en el que se consolida es, ya lo sabe, dígalo usted, sí, la revolución burguesa.

Sin embargo, esta afirmación debe ser relativizada, aunque de una manera que puede mover a risa. Pero es muy serio; los capitalistas dicen muy sueltos de cuerpo que los obreros también son propietarios de algo importante. Son propietarios de su fuerza de trabajo. Hemos definido al proletariado como esa clase de personas que "carece de medios de producción y de vida y, por esta razón, sólo puede sobrevivir vendiendo su fuerza de trabajo". Su fuerza de trabajo es su propiedad. Deviene del hecho de que todo individuo tiene, bajo el capitalismo, una propiedad inalienable, la propiedad de sí (a eso le llaman "libertad"). Pero resulta fácil de ver que la fuerza de trabajo no es un medio de producción, sino el principio energético de los medios de producción. De modo tal que burguesía y proletariado son clases en relación de oposición simétrica. Como clase, la burguesía es la inversión del proletariado: es esa clase de personas que "posee los medios de producción y de vida y, por esta razón, puede sobrevivir explotando obreros asalariados". Si la clase obrera es la clase de los explotados, la burguesía es la de los explotadores. Si la clase obrera es la clase de los expropiados, la burguesía es la de los expropiadores. Si la clase obrera es la clase de los pobres, la burguesía es la de los ricos. Si la clase obrera es la clase de los mandados, la burguesía es la de los que mandan. La relación entre ambas es de antagonismo irreconciliable. Antagonismo porque lo que a unos perjudica a otros beneficia. Irreconciliable porque no hay forma de arreglar a unos sin desarreglar a otros.

La burguesía es, entonces, una clase de personas, una clase social. Los individuos que la forman se agrupan a su vez en

"fracciones" y "capas", porque los burgueses no son todos iguales. Las fracciones de la burguesía se distinguen entre sí como las especies de un género: hay burgueses comerciales y burgueses industriales, burgueses terratenientes y burgueses financieros, según se trate de posesión de actividades comerciales o industriales, exploten la tierra o tomen como eje de su acción las finanzas. Desde hace mucho ya, desde comienzos de siglo por lo menos (del siglo XX, quiero decir, todavía no me acostumbro al XXI), muchos burgueses —incluso algunos de los más importantes— son burgueses "de todo", "de mucho", o incluso de "nada" o burgueses "abstractos". Es decir, existen los "monopolios", palabra que ha generado mucha confusión porque expresa mal la realidad: un monopolio es una posición dominante al menos en mercados específicos. Digamos, una sola empresa que maneja más del 60 o 70% del sector en que opera. Lo que Lenin (y algunos antes que él, por razones comprensibles, y otros después que él, por razones no tanto) quería describir era la nueva realidad de empresas gigantescas de comienzos del siglo pasado (del siglo XX, claro), muy alejadas del modelo familiar propio de los orígenes del capitalismo. Estas empresas eran el resultado de un proceso que vamos a describir después (dentro de poco, ¡no desesperéis!), pero cuyo nombre ya conocemos: **concentración** y **centralización**, o como lo diremos en el acápite correspondiente, la **expropiación de los expropiadores por los expropiadores** (si esto suena atravesado, espere al apartado **expropiación de los expropiadores de expropiadores por los expropiados**).

El desarrollo de los grandes grupos económicos provoca la "abstracción" de la burguesía, la tendencia a hacerse cada vez más "burguesía" que "burguesía comercial", "burguesía industrial" o "burguesía financiera". Es, para decirlo sencillo, un proceso por el cual, paradójicamente, la burguesía tiende a "secarse", o sea, a transformarse en "burguesía a secas", sin ningún adjetivo. Esto tiene que ver con que el capital es libre de desplazarse por toda la economía, cambiando de sector u ocupando varios. Claro que no es gratuito salir de un lugar y entrar en otros. Siempre implica costos. Pero si el capital es móvil, la burguesía lo es más aún, puesto que

poseyendo grandes activos líquidos (mucho papel, *money*, plata) se pueden comprar grupos económicos enteros que, en cuanto descienden en su rentabilidad pueden venderse con la misma facilidad. Es así como vemos a burgueses entrar y salir de negocios enteros sin saber gran cosa del asunto en cuestión, que permanecerá más o menos inalterado mientras en las alturas la propiedad cambia de manos.

Esta "evaporación" del burgués se produce por dos vías: el desarrollo de las sociedades por acciones y la diversificación de los grupos económicos. Cuando se adquiere una acción, se compra una pequeña parte de una empresa. Lo que lo transforma a uno en un propietario, es decir, alguien que tiene derecho a mandar sobre los demás, aunque más no sea al comité de accionistas y, a su vez y a través de éste, a los directores de la empresa. La situación puede ser tal, que los directores sean simples empleados responsables ante el comité. Los accionistas pueden, incluso, no comprar las acciones directamente, sino a través de un fondo de inversión, que compra a su vez un conjunto de acciones de diversas empresas, caracterizadas como rentables. Cada fondo de inversión busca ofrecer un paquete de acciones que ofrecen seguridad o rentabilidad, cuando no, mejor aún, ambas cosas. De modo tal que, a lo largo de la cadena, el dueño real de la empresa —el burgués— no es dueño de una compañía particular sino de pedazos de muchas de diversas actividades, incluso, de actividades contradictorias o aun de empresas que disputan el mismo mercado. Este proceso es tan espantoso que el burgués, dueño de una parte de un fondo de inversión, no es sino dueño de acciones que significan una propiedad parcial de propiedades parciales de múltiples empresas. Como las empresas mismas pueden diversificarse para transformarse en conglomerados de empresas que cubren diferentes actividades, la distancia entre lo que finalmente se produce y su "dueño" es sideral. Como uno puede tener partes de diferentes fondos de inversión, la trama se vuelve tan caótica que se parece a las cárceles de Piranesi o a los inverosímiles cuadros de, otra vez, Escher, donde lo que va viene y lo que viene va.

Pero el asunto es sencillo y sólo significa que se terminaron los tiempos en los que el burgués era necesariamente un "hacedor" de algo. Se acabaron los tiempos del *entrepreneur* que trabajaba en su taller con sus herramientas. ¡Ah! Mirá vos, me dice Bill Gates un tanto enojado (¿o serán los colmillos?). Que él también espere, como cualquier hijo de vecino. Más adelante le explicaremos, *nosotros, sí,* el secreto de *su* éxito. El burgués común y corriente puede no tener la menor idea de lo que se hace en su empresa, aunque debiéramos decir, mejor, que no sabe parte de qué es lo que tiene. Por supuesto que sabe qué partes de qué fondos accionarios le pertenecen, pero no necesariamente qué grupos económicos son los que forman parte de ese paquete de acciones. Ni qué empresas forman parte de ese grupo, ni qué productos son producidos por ellas. Porque incluso cuando no se trata de accionistas anónimos, sino de los mismos directivos de la empresa, resulta difícil para el burgués saber qué se hace en un grupo diversificado. Veamos un par de ejemplos que aclaren el panorama.

La ITT, empresa sobre la que volveremos varias veces a lo largo del libro porque parece que da ejemplo para todo, era, hacia 1969, dueña de 27 fábricas repartidas en todo el mundo, que incluían, además de teléfonos, la cadena de hoteles Sheraton, Avis, Rent a Car, Constructora de viviendas Levitt, Bobbs-Merrill, la mayor productora de vidrio y cerámica de EE.UU. ; Pennsylvania Glass&Sand; la de celulosa química, Rayonier; la de pan, Continental Barking, varias escuelas de negocios, compañías de inversión, de seguros, de estacionamiento de automóviles, fábricas de lámparas y varios etcétera. Otro ejemplo, la empresa británica B.A.T. (British American Tobacco), que desarrolló en los 80 una estrategia de diversificación para contrarrestar las fluctuaciones violentas del mercado mundial. Originalmente una tabacalera que en los EE.UU. fabricaba cigarrillos Kool, Raleigh, Barclay y otros, controlaba allí Appleton Paper (papel), Hardee's (una cadena de *fast food*) y People's Drug Store (farmacias), además de un conjunto de empresas que en todo el mundo controlaban a 300.000

empleados desde su sede en Londres, manejada por una gerencia superior compuesta por unas 100 personas.

Glickman y Woodward, los autores que estamos citando, señalan algo que resulta un tanto obvio: estos individuos poco o nada pueden saber de las acciones cotidianas de sus filiales. Lo más gracioso de todo es el episodio de la compra por B.A.T. de una empresa de seguros: la Farmers Group; mientras el cigarrillo acorta la vida (de modo que la fortuna de las tabacaleras va en relación inversa a la duración de la vida de sus consumidores), las empresas de seguros apilan dinero apostando a la longevidad de sus clientes. Así, mientras las tabacaleras de B.A.T. le vendían cigarrillos a un quinto de la población fumadora del mundo —entonces no comunista—, la Farmers Group, propiedad de la misma empresa británica, ofrecía descuentos a los no fumadores. No es, sin embargo, la contradicción más flagrante. Cuando yo era chico, la propaganda de Eveready trataba de convencernos de que la suya era "una pila de vida"; muchos años después, vine a enterarme que la misma empresa había ganado 500 millones de dólares en la fabricación de la bomba atómica que quitó la vida a centenares de miles de japoneses en Hiroshima, en menos tiempo del que lleva cambiarle las pilas a una radio común y corriente. Cuando después me enteré de que Kodak —cuyas películas guardan casi siempre nuestros mejores recuerdos familiares— había participado del mismo negocio que Eveready, me convencí de que el marxismo tenía mucho para enseñarme.

Que existan burgueses "abstractos" no significa que hayan desaparecido los otros, los que conocen a la perfección su negocio (¡Yo, yo, yo!, diría Bill, levantando las manos como buen alumno chupamedias), sino que el burgués no tiene por qué conocerlo y que puede, perfectamente, no tener más idea que del control de las ganancias que produce su propiedad. De hecho, buena parte de las fortunas más importantes de la actualidad, gente como Sam Walton, Ray Kroc o el propio Gates, desmienten la idea de que ningún burgués sabe nada de su negocio. Lo más común es una combinación de ambas situaciones. Pero lo importante para el argumento

que aquí manejamos es que no es necesario saber de qué se trata para ser burgués. Basta con la propiedad.

Los burgueses no son todos iguales, además de porque se agrupan en fracciones, porque se diferencian por "capas" según tamaño. Hay, entonces, grandes burgueses y pequeños burgueses. Obviamente, se pueden hacer todos los cortes intermedios que se quieran, pero parece claro que existen no más de tres capas que pueden distinguirse con cierta utilidad: aquellos que han escapado muy lejos en la carrera de la acumulación, la élite concentrada del capital, los "super ricos", "capitanes de la industria", "dueños del país", etcétera; los que están en el borde de la clase, o bien entrando o bien saliendo: lo que llamamos pequeña burguesía, mitad capital, mitad trabajo; una situación muy ambigua en la que dos almas moran en un mismo pecho; la de la "burguesía media", aquellos firmemente anclados en el mundo burgués pero que no tienen, ni por asomo, el poder y la influencia de los primeros.

Como veremos más adelante, el sentido del desarrollo social del capitalismo tiende a polarizar a la burguesía, seleccionando un pequeño grupo de individuos cada vez más poderosos por un lado, y otro que crece sin cesar en la base de la clase, nutrido de ese estrato intermedio. La burguesía tiende a achicarse en número, al tiempo que los pocos burgueses que sobreviven son cada vez más importantes. Mientras tanto, la burguesía media tiende a decantarse hacia la pequeña burguesía, que por esto tiende a crecer en número y decrecer en poder. Hay muchos "tiende", habrá notado el lector. Es cierto, pero es que los marxistas cuando formulamos leyes (y esto que acabo de explicar es una ley), siempre insistimos que se trata de "tendencias", cosas que "es más probable que pasen", "a la corta o a la larga" (digo yo, porque un marxista en regla, todo serio, diría: "en última instancia").

Este proceso de polarización —que no es más que una "tendencia"—, no sólo opera en el interior de la burguesía, sino que actúa aun con más fuerza en el conjunto de la sociedad. Por esta razón, la pequeña burguesía, que engrosa permanentemente recibiendo en su seno burgueses de mayor tamaño, adelgaza también

permanentemente expulsando proletarios, convirtiéndose en un lugar de paso. Como no se excluye el que haya obreros que se transformen en pequeños burgueses para continuar cuesta arriba, la pequeña burguesía es una situación inestable, una vía de dos carriles permanentemente transitada. Aun así, el proceso en el largo plazo tiende a amontonar a la población en dos polos: el de la burguesía —cada vez más concentrada, reducida y poderosa— y un proletariado —cada vez más vasto y numeroso. Éstas son las clases fundamentales.

5. ¿Qué hice yo para merecer esto?

La sociedad burguesa ha nacido atada a una serie de prejuicios de los que le cuesta desprenderse. Entre otras cosas porque, aunque más no sea para dormir bien por las noches, todo miembro de la élite del poder (aquí y en cualquier otra sociedad), ha necesitado justificar su "derecho de mando". Además de que hay que tratar de convencer a los dominados de que el que manda es el único que puede hacerlo. La **justificación del poder** es una necesidad de toda sociedad de clases. Todos los seres humanos se preguntan alguna vez por qué su lugar en la sociedad es el que es y no otro. ¿Iba a ser Drácula la excepción? La clase dominante *quiere* pensar ciertas cosas y no otras (para dormir bien) y que el resto también lo piense (para que no duerman mal y se rebelen a la mañana siguiente). La gestación de un "consenso" acerca del derecho de los dominantes a dominar es lo que los marxistas llamamos **hegemonía**. A lo largo de la historia humana han existido numerosas **formaciones hegemónicas**; construcciones sociales de naturaleza ideológica, encarnadas en prácticas, instituciones y creencias, que expresan el resultado histórico de una **relación de fuerzas sociales**. ¿No se entendió? No desesperar, volveremos luego…

Nosotros, que ya sabemos cuál es el secreto del burgués (la propiedad de los medios de producción, conseguida a partir de la revolución burguesa, claro), vamos a sentarnos a escuchar al buen señor que se empeña en convencernos de lo contrario o, al menos, de justificarlo. La primera justificación de la burguesía, su primer

porqué, fue relativamente fácil: nosotros somos productores. La idea de que el burgués "produce" algo, que también trabaja, es muy poderosa, por más que haya sido la primera mentira que pudo rivalizar en ingenio y tamaño con la Anunciación de María. María quedó embarazada cuando no debía y le dijo a José: "¡Fue el Espíritu Santo!". Genial. Ni modo tenía de saber lo que se iba a desencadenar después, pero en el momento fue una excusa sin par. La burguesía tenía modo, pero igual mintió: "¡Fueron los señores feudales!". Efectivamente, la burguesía en ascenso podía decir —no había todavía nadie en condiciones de desmentirla— que ella pertenecía, con los campesinos, los artesanos y los obreros, a la población "laboriosa".

Que los campesinos trabajaban era bastante visible, no más asomar a las almenas del castillo. Que los artesanos y obreros también lo hacían implicaba estirar aún más el cogote, porque había que pispear allá lejos, en la ciudad, el burgo (de ahí burgués, usted ya sabe). Que a la burguesía podía vérsela ocupada en algo, tampoco requería mucho esfuerzo: los muchachos llevaban cuentas, trayendo telas de aquí para allá, prestando plata, comprando campos, alquilándolos, organizando la producción en las minas, contratando obreros, peléandose con artesanos y aldeanos remisos a la disciplina, etcétera; y además, vivía ahorrando. Se notaba hasta cuando realmente se decidían a gastar: en pintura, ¿gigantescos cuadros de batallas, coronaciones, escenas de corte? No. Retratos. Como quien se saca una foto carnet para la cédula, el arte pictórico burgués por excelencia, sobre todo en la primera época, era el retrato.

En arquitectura no pasaba de ser un modesto habitante urbano, comparado con los fastuosos castillos de sus señores. La arquitectura burguesa se resuelve por la "casa", a lo sumo, la "torre", si el fulano tenía lo suyo, como el pobre que hizo una en Pisa y se le inclinó (debe ser difícil vivir en una casa donde todo el tiempo hay que estar calculando para embocar cosas elementales). Lo mejor del arte arquitectónico burgués llega con las cosas "útiles", con la arquitectura fabril. Ni hablemos de la música: un burgués de los comienzos no podría haber financiado ni siquiera una orquesta respetable, que era cosa de príncipes (ya les voy a hablar del

compañero Beethoven). No. La música de cámara, eso era la música para el burgués: un clave (como un piano que no puede sonar ni *piano* ni *forte*), más un par de violas y violines. La literatura sí que es bien burguesa, sobre todo la novela. Un libro es algo chico aunque en la época, muy caro. En consecuencia, si uno quería fiesta, lo que se dice fiesta, tenía que ir de castillo en castillo. No quiere decir que no hubiera grandes burgueses, sobre todo los dedicados a las finanzas (los Fugger, por ejemplo, a quienes usted ya conoce), sino que como clase, la burguesía era pequeña y poco poderosa. De ahí que no podía desperdiciar nada, todo estaba al servicio de la acumulación. "Dos almas hay en mi pecho", decía Goethe. "Y una dice, ¡acumula!, y la otra, ¡gasta!", chanceaba Marx. Efectivamente, toda la historia de la burguesía está atravesada por esta tensión entre ahorrar y consumir. En la época de la que hablamos, el alma burguesa sólo ahorraba. De allí las permanentes alusiones al burgués como tacaño, como incapaz de disfrutar de la vida, carente de buen gusto, ignorante, etcétera. Véase, si no, *El burgués gentilhombre, El avaro* o *El mercader de Venecia*.

Todo lo contrario de lo que hacía el señor feudal. Los señores feudales justificaron su poder a partir de una ideología elaborada por la Iglesia (¿cuándo no?): la ideología de los "tres órdenes". Según esta pícara concepción del mundo, Dios (¿cuándo no?) había dividido el universo humano en tres partes u "órdenes" jerárquicamente relacionadas: los que luchan (sí, claro, los señores feudales), los que oran (sí, adivinó, los curas) y los que trabajan (todo el resto). Se suponía, entonces, que los señores feudales defendían la tierra de Dios, los curas le pedían favores, y los campesinos, artesanos y burgueses mantenían al resto. Y al que no le gustara, a la hoguera, porque si Dios lo quiso… Esto es lo que técnicamente se llama **fundamentación religiosa** del poder. Si alguien le preguntara al señor feudal (o al cura) con qué derecho vivían mejor que el resto sin mover un dedo, le contestaran, muy serenamente y como quien dice algo obvio: *porque Dios lo quiso*. Puede parecer una estupidez, pero así era. Que haya gente que siga creyendo esto debería alertarnos, acerca de creer idiotas a los que dicen cosas que a uno le

suenan a idiotez. ¿Y usted qué piensa, eh, vamos, qué piensa?, me patotea el lector. Que es una idiotez, claro, pero espere el capítulo sobre democracia antes de opinar demasiado.

Pues bien, el señor feudal (y el cura) no vivían del aire. Del aire habrá venido el mandato divino, pero comer se come otra cosa. Esa "otra cosa", usted ya lo sabe, se llamaba **renta**, el derecho del señor feudal a una parte de la cosecha, a trabajo campesino gratuito, a cobrar peajes y gabelas, etcétera. Claro que el campesino que no creyera la ideología de los tres órdenes podía rebelarse y no pagar, pero allí aparecía la verdadera divinidad protectora del señor (feudal), su señoría "La espada". ¿Por qué creen que los señores feudales usaban armadura? Que los campesinos no creían a rajatabla tonterías como las mencionadas más arriba, lo demuestra la frecuencia enorme de rebeliones y aun revoluciones campesinas que dejaban el tendal de castillos quemados y señores degollados. La función del señor no era "proteger" sino "protegerse": de otros señores feudales, obvio, pero sobre todo de sus campesinos. Su derecho era la capacidad de ejercer violencia en una magnitud cuya importancia se nos ha perdido, de tanto mirar Ivanhoe o Robin Hood en "Sábados de Súper Acción" (¡qué viejo estoy!), o de observar acríticamente cómo los ridículos Darth Vader y Obi Wan Kenobi se pelean con linternitas. Tener una espada, una armadura, un caballo, en una época en que los asaltantes se robaban, primero que nada, las bisagras de metal de las puertas y en que las palas eran de madera, era el equivalente del pertrecho más completo del mejor *Robocop*. De modo tal que la renta la obtenía el señor feudal (y el cura) a cambio de nada, a cambio de amenaza: dame o te pego. Veremos más adelante que esto se llama **coerción extra-económica**.

Así las cosas, no es extraño que la burguesía se encontrara en la posición de decirle al señor feudal (previa escapada y puesta a resguardo): vos sos un parásito; yo no, yo trabajo. *Yo, el productor*, éste fue el grito de guerra con el que los intelectuales de la burguesía atacaron a los señores feudales (y a la Iglesia). Obviamente, implicaba un cambio valorativo profundo el hecho de considerar como más positivo el trabajo, es decir, una tarea *humana*, que

la *voluntad* de Dios; constituía una verdadera revolución intelectual. Por supuesto, la valoración del trabajo puede encontrarse en más de una religión (incluso en la católica, el mayor parásito en la historia del mundo), pero resulta incuestionable que una cosa es decir *porque Dios lo quiso*, y otra *porque yo lo hice*. No es casualidad que, aún deformadamente, sigamos considerando al Humanismo y al Renacimiento como grandes episodios en la historia de la humanidad, al menos de la europea. Pueden darse muchas explicaciones, pero una es, indudablemente, que ese período en el cual el mundo (europeo primero, el resto después) comenzó a cambiar radicalmente, estaba lleno de promesas más humanas que celestiales. Un Galileo, un Giordano Bruno, un Tomás Moro o un Erasmo no eran esos insípidos bonachones de los manuales de secundario. Con las contradicciones y vacilaciones propias de los pioneros, eran parte de esa revolución intelectual que trajo a tierra las llaves del Reino. Mucho más adelante Smith, Ricardo, Saint Simon y Proudhon transformarían al trabajo en la justificación única de la existencia de la vida sobre la tierra. Que esto le traería complicaciones a la propia burguesía era algo que a los dos primeros no se les ocurrió, y que los dos últimos alcanzaron a entender aunque fuese rudimentariamente. Marx, obvio, sacará las conclusiones revolucionarias de una idea en apariencia simple, pero extremadamente compleja: *porque yo lo hice*…

Ahora bien, recuerde el lector lo que hemos dicho sobre lo que es la burguesía hoy y concluirá que resulta difícil utilizar esta justificación. ¿Cómo puede, un accionista que no-sabe-él-mismo-qué-fábrica-de-qué-empresa, decir *yo lo hice,* si no sabe ni de qué es dueño, más allá de los cupones que le permiten obtener un ingreso que, para él como para los señores feudales, no puede menos que caer del cielo? Bueno, está bien, dice mi lector, pero hay burgueses más activos. Veamos. ¿Cómo puede decir Bill Gates, muchacho hiperactivo si los hay, *yo lo hice*? El Windows que cada uno de nosotros usa (por desgracia, aunque cada vez me tienta más el Linux) no fue *hecho* por él. El disco fue hecho en una fábrica donde obreros realizaron las actividades productivas correspondientes.

La grabación en el disco fue hecha en la misma u en otra fábrica donde usted ya verá lo que pasa. Y lo compré en un local donde un empleado (un obrero, vamos…) me lo entregó a cambio de unos cuantos morlacos. Guillermito Puertas (o sea, Bill Gates) no hizo nada de eso, no realizó ningún *trabajo*. Ah, ¡pero él lo *inventó*! No, tampoco, pero aunque lo hubiera hecho, no es lo mismo *inventar un programa* que *hacer este programa* con el que yo estoy trabajando ahora (por desgracia). Hacer este programa es un proceso productivo repetitivo, en serie, el resultado de un trabajo fabril, bajo relaciones capitalistas, el producto de obreros, no del señor Puertas. Ah, ¡pero él lo *inventó*!, me repiten. Como ésta es otra de las excusas de la burguesía, tal vez la más famosa hoy día, examinémosla con detalle. Quede sentado, sin embargo, que no es lo mismo ser el dueño de una empresa donde *se producen* cosas, que ser el *productor* de esas cosas. El primero es el empresario, que no produce nada. El segundo es el obrero, que lo produce todo. Hay que remachar sobre esto porque el lenguaje cotidiano reproduce la confusión en forma permanente, como cuando los diarios anuncian cosas como "los productores agrarios se entrevistaron con el Presidente". Y por más que uno se esfuerza, no encuentra en la fotografía a ningún individuo con aspecto de obrero, ni siquiera asomado tras los hombros de sonrientes empresarios rodeando a su excelencia…

Yo, el inventor, es un grito de guerra que suena más convincente en apariencia. Habiendo hecho un enorme servicio a la humanidad, el inventor resulta ser un personaje mágico, normalmente asimilado a Prometeo, que realiza la tarea heroica de robar el fuego a los dioses para entregarlo a las hombres (a las mujeres las obligó a cocinar). Merece, entonces, un premio extra. Hay, sin embargo, dos problemas que discutir: primero, ¿qué es "descubrir" o "inventar"?; segundo, ¿todos los ricos inventaron o descubrieron algo? Empecemos por esta última pregunta.

Hasta mediados del siglo XIX, cuando alguien quería pasar a la posteridad tenía que hacerse un retrato. Ya sea porque pensaba demasiado bien de sí y creía que era una vergüenza que el mundo no tuviera una imagen adecuada a la que reverenciar; sea porque, todo

lo contrario, se pensaba demasiado mal y resultaba un consuelo saber que algo quedaría luego de una vida más bien gris; sea por lo que sea, había que hacerse un retrato. Lo que implicaba pagarle a un pintor, que no era algo al alcance de cualquiera. Y si uno quería que todo el mundo tuviera esa imagen no había más remedio que exponerla en algún lugar muy visible, un palacio, por ejemplo. Algo sólo al alcance de unos pocos magnates. Porque no había modo de reproducir mecánicamente el retrato, como quien le manda una foto a un amigo/a. De eso, de la fotografía, estamos hablando. Hoy por hoy, un retrato es lo más común del mundo, al punto que uno pone unas monedas en una máquina y se lleva cuatro copias idénticas en cuestión de segundos. ¿Quién no ha sacado una foto alguna vez? ¿Quién no tiene una máquina de fotos? Hay algunas que son de cartón, se usan y se tiran. Hay fotos híper microscópicas y fotos gigantescas de varios metros cuadrados de superficie. Se pueden fotografiar células, bacterias, microbios, estructuras moleculares, estrellas que probablemente no existen ya, constelaciones, etcétera. Pues bien, hacia 1820, fecha de la fotografía más temprana conocida —una "heliografía" , o sea, un dibujo hecho por el sol—, lo que se buscaba era la forma de hacer grabados baratos (o sea, dibujos que se trasladaban a un material duro, piedra o metal, lo que permitía reproducir la figura como si fuera un sello de goma). Es decir, ahorrar en dibujantes. El inventor del procedimiento por el cual el sol podía "dibujar" más barato que el más económico de los artistas del lápiz, fue un tal Niepce. Casi nadie lo conoce, porque el origen de la fotografía suele remontarse al "daguerrotipo", invento de, claro, Daguerre. Este Daguerre se hizo mundialmente famoso; un héroe cultural de la civilización francesa por haber popularizado algo que inventó otro. Sucede que Niepce carecía de espíritu mercantil desarrollado y terminó asociándose con Daguerre, quien, tras la muerte del inventor, acabó por apropiarse del invento y de la fortuna correspondiente. Daguerre vendió los derechos al Estado francés, que liberó la patente (algo de lo que hablaremos más adelante cuando discutamos acerca de la capacidad de innovación del capitalismo) y permitió que el procedimiento pudiera

ser utilizado por cualquiera. Daguerre murió sin conocer apremios económicos y gozando de fama mundial, y Niepce sólo recibe justo homenaje en los libros especializados de historia de la fotografía. Más que Yo, el inventor, *Yo, el apropiador de invento ajeno*.

Y no es el primer ni el último ejemplo de un inventor muerto pobre y de un aprovechador enriquecido. Pocas veces uno y otro coinciden en un mismo caso: el del que inventa algo que luego logra comercializar y obtener los beneficios económicos. Es decir, no siempre el inventor es a la vez empresario. La diferencia es importante porque el primero es un intelectual y el segundo un capitalista. Esto significa muchas cosas. Una de ellas es que la suerte de un capitalista puede radicar en la habilidad para defender un invento y explotarlo, monopolizando sus virtudes. De modo que la mayor habilidad de un empresario, o como se dice ahora, un *entrepreneur*, radica más en su capacidad para los negocios que para la creación intelectual.

Bueno, casos hay pero… Si no se convence, le cuento más. Edison ha pasado a la historia como un moderno Leonardo. Vaya, si no, a Plaza Congreso y vea la placa en las columnas de alumbrado en los que se lo festeja como héroe de la humanidad. Es cierto que Edison está más cerca de Prometeo que Daguerre, ya que no sólo atrapa la luz sino que la lleva donde uno quiera… El "Mago de Menlo Park", que reunía en sí las virtudes del empresario y del inventor, era famoso por la saña con la que perseguía judicialmente a sus competidores. La clave es la "patente", es decir, el derecho de todo inventor de apropiarse de las ventajas de su invento. Edison se especializaba en la creación y defensa de patentes. No hace falta decir que el monopolio que crea una patente confiere una ventaja crucial y que eso está detrás de genios *de los negocios* como Bill Gates. Como veremos, Gates no es un genio de la computación ni el Windows una maravilla tecnológica, sino un programa que se "cuelga" todo el tiempo y un soporte que constituye todo un monopolio (y que entrega un margen de 85% de ganancia a Microsoft). Pero volvamos a Thomas Alva. Parece que el bueno de Tomás tenía un carácter muy especial, que recuerda mucho al científico loco de *Flubber*, protagonizado por

Robin Williams; era un solitario que se la pasaba en el sótano de su casa y nunca jugaba con los niños de su edad, dedicándose a los once años a construir telégrafos caseros y tonterías por el estilo. Casado ya con la pobre Mary, el día de la boda se encerró en el laboratorio hasta que vinieron a buscarlo para recordarle su nuevo estado civil y consolar a la muchacha que lloraba, lógicamente, desconcertada; veía a sus hijos en contadas ocasiones y los llamaba de una manera extraña, sólo para quienes no recuerdan el papel de Edison en el desarrollo de las comunicaciones telegráficas: la niña era *Dot* (punto) y el niño *Dash* (raya). El hombre, que creía que las mujeres "como clase, tienden a la terquedad", estaba siempre tan ocupado que cortejó a su segunda esposa por telégrafo y continuó comunicándose con ella con "golpecitos en las manos"; era tan obsesivo que, cuando inventó el fonógrafo, se encerró con sus colaboradores durante cinco días, pasando setenta y dos horas sin dormir, hasta quedar satisfecho con el resultado. Una foto justamente famosa lo muestra exhausto junto al producto de sus afanes, constituyéndose en una de las imágenes más contundentes de la ideología *Yo el inventor,* y que le sirvió personalmente para publicitarse como el "Napoleón de los inventores"; tenía tal compulsión al trabajo, que no dormía sino que daba "cabezaditas" sentado en una silla, y no volvía a su casa sino los fines de semana, completamente sucio y cansado. Tal vez pueda considerarse todas estas actitudes como dignas de elogio, pero difícilmente como formas de fomentar la sociabilidad humana. Individuos de este tipo son, por lo general, incapaces de mantener relaciones humanas profundas; entre otras cosas porque éstas requieren mucho tiempo. Pero no desesperéis, porque el hombre era ateo, lo que significa que en todos lados se encuentra algo bueno.

Edison tenía un sentido empresarial muy agudo, además de una obsesión por el trabajo a prueba de cualquier cosa. Carecía de educación formal (y la consideraba más bien perniciosa). Era, no obstante, un individuo brillante, no caben dudas, aunque como él mismo decía: "El genio es una mezcla de un 99% de sudor y 1% de inspiración". Pero toda su capacidad creativa estaba al servicio de actividades rentables. Edison, que comprendió "enseguida el valor

del dinero" desde su experiencia de niño pobre, nunca emprendió una actividad que no tuviera por finalidad inmediata saciar esta angustia infantil. Pasó su vida organizando empresas que le rindieran a él, no a otros, los frutos económicos de sus inventos. Su existencia fue, entonces, una lucha permanente por la propiedad (es decir, el derecho de uso exclusivo) de sus inventos. Desde una primitiva empresa para producir artículos eléctricos y luego *stock tickers* (unas maquinitas que transmitían desde las bolsas la evolución de las acciones, de las que puede verse un ejemplo famoso en *Los Locos Addams*), hasta empresas de fonógrafos, de producción de electricidad, de aparatos eléctricos (y la legendaria "bombita" de luz), de tratamiento de mineral, de kinetoscopios (un antecedente del cine), etcétera. El Edison empresario no fue tan brillante como el inventor, aunque hay que reconocer que tenía que batallar con gigantes frente a los cuales sólo poseía su capacidad creativa y algunos millones. Veamos, por dar un ejemplo, la historia de la empresa que todavía hoy concentra buena parte de la imaginería mundial en materia de rayos y centellas, la General Electric.

Lenin dijo alguna vez que el socialismo era el soviet más la electricidad. Edison, que a juzgar por esto sería responsable por la mitad del capital del futuro paraíso humano, llevó adelante una batalla gigantesca por la producción de la electricidad, su transporte y su aprovechamiento. El proceso de creación de la lámpara incandescente, por ejemplo, fue una de esas hazañas en las que, como la conquista del espacio, el gran público se vio involucrado. Tuvo, efectivamente, la dramaticidad de una novela de Julio Verne. Pues bien, con todos y cada uno de sus inventos Edison fundó empresas, buena parte de ellas con fondos aportados por banqueros de Wall Street. La Edison General Electric nació como fusión de varias de estas empresas. En el proceso de fusión, los banqueros (Morgan y Vanderbilt, sobre todo) se quedaron con el grueso de las acciones, reduciendo al fundador a un magro 10% del total. No sólo eso. Luego de años de batallar contra los que usufructuaban sus inventos sin pagar patente (entre ellos, el más famoso era Westinghouse, no sé si le suena), la Edison General Electric iba a ser objeto de una nueva

fusión contra su voluntad (y, obviamente, licuando su participación en el nuevo trust) con el segundo fabricante de artefactos eléctricos y afines, el consorcio Thomson-Houston, que había crecido a la sombra de los inventos del "Mago". En la nueva empresa, hasta el nombre del creador fue borrado, entre otras cosas porque la mayoría accionaria estaba en manos de sus enemigos. Así, la Edison General Electric pasó a llamarse simplemente General Electric. Tomasito se enteró por los periódicos del resultado final, dimitió finalmente a su asiento en el consejo de dirección y terminó vendiendo lo que le quedaba. El inventor, el intelectual, sometido por el capital.

Los problemas de Edison con sus financistas nacieron junto con sus inventos. Uno de ellos, a cambio de un préstamo de ochocientos dólares, pretendía la mitad de los beneficios sobre cualquier cosa que Edison inventara en el ramo de telégrafos. Del *stock ticker* perfeccionado no obtuvo casi nada, esquilmado por sus socios financieros. Estafado por el dueño del imperio telegráfico, Jay Gould, no obtuvo nada por haberle dado la clave que le permitió vencer la competencia de la Western Union, con la que estaba trabada en juicio a muerte por la patente de los sistemas telegráficos. Edison llevó a Gould a los estrados, proceso que terminó ganando treinta años después y le dejó un rédito de… un dólar. El capital es el capital, no importa que uno sea un Edison…

Sin embargo, no hay que verlo sólo como un pobre niño genial explotado por ricos banqueros. El propio Edison atormentó a medio mundo con juicios por patentes, al punto que quienes quisieron verse libres de su persecución en el mundo naciente del cine hubieron de mudarse a la costa oeste, dando lugar a Hollywood . Y eso que nuestro Tomasito no creyó mucho en el mundo de las imágenes en movimiento. Tampoco supo ver claramente el futuro de la radio ni el de la corriente alterna de alto voltaje (a la que combatió electrificando en público perros y gatos), con lo que no deberíamos creer que era un visionario al que no se le escapaba nada. Pero Edison no murió pobre; todo lo contrario: a los sesenta y cuatro años había formado un imperio personal de unas treinta empresas con veintisiete millones de dólares de ventas anuales,

lo que le permitía participar de la élite de multimillonarios americanos. Pero no hizo esos millones con sus inventos, sino a partir de ellos; porque una cosa es inventar y otra obtener ganancias. Edison llegó a millonario porque, a diferencia de Niepce, supo transformarse al mismo tiempo en empresario. O sea, en un explotador de obreros que "producían" los objetos que él había inventado.

No hizo plata con patentes que nunca le pagaban, eran copiadas descaradamente o con la venta de los inventos. Incluso, muchos de estos aparecían como creación y propiedad del "Mago", aunque emergían de la tarea colectiva de una suma de colaboradores (entre cuarenta y sesenta personas) que trabajaban con él en el laboratorio de Menlo Park. La hizo con la explotación de empresas. Es decir, la hizo con plusvalía extraída a los obreros de sus empresas. No casualmente, y como casi todo empresario que se precie de serlo, carecía de toda simpatía para con los sindicatos y pensaba que siempre existirían capitalistas y trabajadores, y que los primeros simplemente administraban la riqueza para bien de la humanidad. Edison supo hacer lo que su muy admirado Faraday no quiso: dinero con trabajo ajeno. Igual que el "Mago", el físico inglés nació pobre y se abrió paso en el mundo del conocimiento sin educación formal. Pero, al contrario que Thomas Alva, el dinero le resultaba poco importante: es la diferencia entre un intelectual y un capitalista.

Ahora, vayamos por Bill (Gates, que es más peligroso que el otro, hombre ducho en la confraternidad con el personal administrativo). Hoy por hoy, nadie como el dueño de Microsoft para ejemplificar el mito del inventor exitoso, que acumula fortunas gigantescas gracias al poder de su mente. Sobre todo porque Guillermito llegó a ser uno de los individuos más ricos del mundo, totalizando 63.000 millones de dólares de fortuna personal. En apariencia, Gates sería, al igual que Niepce y Edison, un inventor genial. Y, en apariencia, al igual que éste último, Gates sería un inventor-empresario. Sin embargo, la clave de la evolución patrimonial de Gates tiene muy poco que ver con invento alguno y muchísimo con una habilidad empresarial notable. Si Faraday era un intelectual que despreciaba el dinero y Niepce un artesano con muy poco talento para los negocios, Edison aceptó jugar

su suerte en el mundo de las finanzas y no le fue tan mal. A Bill Gates no sólo no le fue mal, sino espectacularmente bien. Tiene que ver con un desplazamiento casi completo al mundo de los negocios y un abandono paralelo del universo de la investigación y la innovación.

Quienes no se cansan de describir la personalidad de Gates tienen muchas anécdotas que contar, todas las cuales remiten a una estructura sicológica muy similar a la de Edison. Los apologistas remarcan su inteligencia "sobrenatural", como cuando a los once años recitó de memoria el Sermón de la montaña, algo que pareció al narrador de la anécdota un ejemplo irrefutable de una precocidad fuera de lo común —y yo que me recitaba los poemas de Gagliardi de memoria a los siete u ocho años—. Estos escritores, muchas veces a sueldo del personaje al que alaban hasta que la miel impide seguir abriendo las páginas del libro, suelen buscar anécdotas ridículas en las que ya desde la cuna el fulano estaba predestinado a un futuro de grandeza. "Puedo lograr cualquier cosa que me proponga", parece que dijo el muchachito. Así que, ¡padres, educad a vuestros hijos en el delirio de grandeza y solucionaréis vuestros problemas económicos de por vida! Guillermito, de bebé, era tan activo que, ¡aprendió a mover la cuna por su cuenta! ¡Eso es un bebé, carajo! De muchachito ya era competitivo en extremo, detallista y obsesivo, características que lo harían famoso. Había jurado, parece, que sería millonario a los 30 años y que tendría su primer millón a los 25. ¿Hace falta aclarar que Gates parecía no estar interesado en perseguir muchachas? Según se dice, la primera pregunta que le hizo a una señorita, en aparente tren de conquista, fue cuánto había sacado en un examen de aptitud universitaria.

Resulta interesante notar que en su adolescencia hace una amistad que terminaría siendo clave, un muchacho llamado Paul Allen. Ambos estaban interesados en el naciente mundo de la computación, pero mientras Allen leía revistas de electrónica, Gates se daba, a los 13 años, con las de negocios. Formaban los dos parte de un grupo de programadores cuya finalidad era obtener productos rentables en un ámbito que, todavía a fines de los 60, no ofrecía más que gastos gigantescos y resultados ridículos. Esta presencia de

Paul Allen es remarcable porque remite de nuevo al problema del inventor-empresario: dos almas hay en mi pecho, repetiría Goethe. Una le dice: ¡investiga!, ¡investiga! Y la otra: ¡acumula!, ¡acumula! Digo yo, claro, una dualidad que tiende a escindirse más a medida que la acumulación crece y que está presente siempre en la historia del capitalismo. Niepce tuvo su par en Daguerre; Gould y Morgan aprovecharon la capacidad creativa de Edison; Gates tuvo su Paul Allen igual que Steve Jobs sólo pudo comer su Apple gracias a Steve Wozniak, y Jim Clark pudo navegar gracias a Marc Andreessen. Lo que no debiera resultar curioso a esta altura del asunto es que los segundos, los que menos fortuna acumularon, fueron los verdaderos inventores, los más orientados a la investigación. Y que los primeros, en los que primaron los componentes capitalistas, aparecen como los héroes de la historia y los que encabezan los *rankings* de millonarios.

En toda industria naciente hay lugar para los creativos, porque el negocio todavía no existe, es chico y las ganancias no se ven a simple vista. De allí que en esos nichos los inventores tengan todavía un lugar importante aunque subordinado. A medida que crece la acumulación y que los grandes capitales perciben las posibilidades abiertas, ocupan esos nichos y someten a los "creativos" a su disciplina. El inventor individual termina incorporado a grandes equipos de desarrollo de productos, asalariado como el que más, parte de un engranaje que funciona a sus espaldas. Esta subordinación ya era visible en Menlo Park y es realidad cotidiana hoy en todas las ramas de la industria. Igual que las de *Edison* en Menlo Park, las innovaciones de Microsoft en Redmond le deben infinitamente más a miles de personajes desconocidos que al ultrafamoso señor Gates.

De modo que resulta difícil aceptar la idea de que la fortuna de Gates se deba a su capacidad inventiva. ¿A qué se debe, entonces? Primero, a haber entendido que el mundo de la computación es un negocio y luego, a un monopolio resultado de un doble acierto empresarial y dos errores fatales. Lo primero parece obvio y sin embargo no lo es. El mundo de la computación estaba, en los 60, escindido en dos: los grandes sistemas de uso militar y las empresas más grandes del mundo. En los dos casos, sólo los grandes operadores a escala

gigantesca podían obtener un servicio redituable de lo que costaba un sistema de computación. Como veremos más adelante, el ENIAC, la primera computadora, ocupaba un edificio entero y costaba fortunas (para algo parecido, vea nuestro amigo lector en *Uniseries* cómo se controlaban —mal— los viajes a través de la historia de *El túnel del tiempo*). Fuera de este ámbito y hasta que se desarrolle el mercado de PCs (o sea, de las computadoras personales, no del Partido Comunista), los únicos que se interesaban por estos problemas eran personajes incluso más extraños que Gates y Allen; cuasi *hippies* que creían que la computación debía estar al alcance de todos, que no debían ensuciarse con el dinero, que la información y los programas eran propiedad colectiva. Algo de eso todavía subsiste, pero a medida que crece la acumulación de capital todo termina transformado en negocio; Linus Torvalds, el creador del Linux, el rival de Windows, es ahora asalariado de una gran multinacional.

De la juventud *hippie* de Steve Jobs sólo quedan los colores translúcidos (horribles) de la Mac y su *leivmotiv* "Think different; Napster", el sitio de donde podía extraerse gratis la música del mundo; fue acorralada judicialmente por la industria musical y acaba se ser comprada por Berstelman —el súper grupo editorial alemán—, dejando a su creador con una parva de millones en la mano y con imitadores que intentan repetir la experiencia, como KaZaA (probablemente para terminar con otra parva de millones en sus manos).

El aspecto clave a recordar es que estos personajes se desarrollaron en el universo del *software*, es decir, de los programas de computación, no en la construcción de computadoras, es decir, el *hardware*, el aparato. Esto último ya resultaba prohibitivo para muchos y sólo al alcance de grandes inversiones. La producción de *software* requiere de inversiones iniciales muy bajas y, por lo tanto, con muy poco riesgo. Por eso mismo se podía, en este mundo, jugar a la utopía *hippie*. Por eso también, estos señores consideraban completamente lícito copiar programas sin pagar derechos de patente ni nada parecido. Pues bien, lo primero que hizo Gates fue

explicarles a todos estos chicos tontos que la computación era un negocio y que el *software* no era una excepción.

Uno de los episodios cruciales de la historia del *software* es el debate que Gates mantuvo en la revista de aficionados *Computer Notes,* con los usuarios del primer programa para uso de una PC que el dúo Allen-Gates dio a luz, el Basic para las computadoras Altair. ¿Qué posición defendía el Señor de los Programas? Que no podría desarrollarse buen *software* si los usuarios no pagaban por él. Que él y Allen habían trabajado mucho por el desarrollo del Basic y que los resultados económicos daban la magra suma de dos dólares la hora. Así nadie iba a trabajar en el asunto y nunca habría buen *software* por la falta de incentivos (económicos) para los profesionales. Muchos usuarios amenazaron con demandarlo por haberlos acusado de ladrones, y otros le recordaron que el Basic había sido desarrollado a partir del PDP 30 de Harvard, o sea, gratuitamente a partir de propiedad estatal. Lo crucial es esta idea de que el *software* era un negocio y que el programador tenía derecho a la patente y a cobrar a todos los usuarios. Que el Linux existe prueba que no hace falta lo que exige Gates. Que hay un montón de programas gratuitos, también. Pero la clave radica en que un derecho de patente no es el equivalente por el pago de un trabajo realizado; Gates no está exigiendo que se le pague por su trabajo, sino que se le reconozca el monopolio de su invento. Es decir, que se le siga pagando por el uso de cada ejemplar de su programa aun después de que el trabajo contenido en él ya haya sido remunerado, incluso con ganancia. Es decir, un monopolio *ad eternum* como la renta de la tierra. Ésta es la clave de la fortuna de Gates: ha logrado construir un monopolio por el cual, hoy por hoy, la humanidad entera debe tributarle.

El Basic, el antecedente del DOS y del Windows, es un programa que habilita al *hardware* de la computadora; algo así como la llave que enciende el motor. Lo mismo sucede con el DOS y el Windows: son programas habilitantes, programas de programas, es decir, llaves de llaves. Lo que hace útil y permite el máximo despliegue del potencial de la computación es la conectividad y compatibilidad de los sistemas, el hecho de que todos los aparatos hablen el mismo

lenguaje. Un ejemplo sencillo: el primer procesador de textos que yo aprendí a usar, es (creo que ya fue) el Word Perfect. Lo tenía "perfectamente" estudiado y durante un cierto tiempo resolvió todos mis problemas. Menos uno: Microsoft reventó al WP adjuntando a su Windows su propio procesador, el Word, programa en el que estoy escribiendo ahora. ¿Por qué cambié un procesador que conocía a la perfección por este otro, que no termino de aprender y ya me lo cambian, muchas veces para peor? Porque cada vez que tenía que pasar un archivo a un amigo tenía que convertirlo a Word o a algún formato compatible (RTF, por ejemplo). Y a la inversa. O sea, aunque sea peor, mejor Word. Algo similar les ocurre a los fanáticos de la Macintosh con todo lo "IBM compatible". Buena parte de la fortuna de Gates deriva de la obligación de los usuarios de Windows y sus componentes, de "actualizarse" permanentemente so pena de quedarse incomunicados. Pues bien, lo que Gates logró, con una habilidad empresarial que no nos cansaremos de reconocerle, es el monopolio del lenguaje que sirve de base a casi todas las computadoras del mundo.

Una vez establecido ese monopolio, primero con Basic y luego con DOS y Windows, Microsoft estuvo en condiciones de desplazar del mercado a todos los creadores de aplicaciones especiales con el simple expediente de incluir con sus programas base una variante de dicha aplicación. La variante llega gratis con el paquete o puede resultar más compatible que los programas de la competencia y, por lo tanto, funcionar mejor por el simple hecho de que son producidos por la misma empresa. Así, cayeron derrotados el Dbase y el Lotus 1-2-3 frente al Excel, y el Word Perfect y el WordStar frente al Word. Otras veces se decidió por comprar la empresa que desarrolló un *software* especial (Fox, Softimage, Vermeer) o que le hacía una competencia demasiado dura (como Intuit, cuyo Quicken para finanzas personales finalmente derrotó con Money). El caso más escandaloso, porque incluyó un megajuicio por monopolio, es el de Netscape Navigator (que iba a ser destruido por el Explorer luego de una larga batalla). Netscape resultó creación de Marc Andreessen, un joven "genio" apoyado financieramente por Jim

Clark. Tuvo un nacimiento espectacular y en poco tiempo pasó de la nada a valer miles de millones de dólares (como nota aparte, recordemos que al inventor, al muchachito, le tocó una enorme fortuna que era, sin embargo, apenas el 10% de lo que le correspondió al adulto financista). Llegó, incluso, a amenazar a Microsoft. Lo que quedó claro es que el poder monopólico yace en el sistema operativo, es decir, en la llave de las llaves, el Windows. Es lo que le otorgó (y le otorga, todavía) a Microsoft una ventaja crucial frente a cualquier competencia. La pregunta a responder es, entonces, ¿cómo consiguió Gates ese monopolio?

Primer error: IBM no creyó en el mercado de las PCs (ya sabe, nada de comunismo). Como consecuencia, otras empresas tomaron la punta y ocuparon un mercado que crecía sin parar, entre ellas, Apple. En consecuencia, cuando la *Big Blue* (así la llamamos los amigos) decidió que era hora de quedarse con una parte de la torta, desarrolló un proyecto súper secreto para colocarse a la cabeza de todo: una PC revolucionaria (otra vez, comunismo no), poderosa y barata. Y verdaderamente lo consiguió inaugurando la era en la que las máquinas se dividirían entre Apple y las IBM compatibles. La máquina de la grandota azul se constituyó rápidamente en el estándar de la industria, es decir, el modelo básico. Cometió dos errores: el primero, que no es el que nos interesa ahora, fue no desarrollar un modelo de componentes propios, sino uno ensamblado; lo que dio pie para todas las copias habidas y por haber (como IBM no había hecho más que unir partes existentes, no tenía patente de nada, lo que permitió la existencia de empresas como Compaq o Dell y todos los clones que uno conoce y, si se anima, arma uno mismo). El segundo es el que viene al caso: la máquina necesitaba un sistema operativo, o sea, una llave de llaves. ¿Qué hizo? Se lo encargó a Gates, quien le entregó el DOS. Pero se olvidó de quedarse con la patente, que permaneció en manos del muchachito de Seattle. De modo que a medida que IBM se apropiaba del mercado, imponiendo su máquina como estándar de la industria, el DOS se transformaba en el estándar de los sistemas operativos. Cualquier empresa podía desafiar a IBM fabricando clones, pero

no podía desafiar a Gates. Para colmo, el DOS, como antes el Basic, no eran productos salidos de la mente exclusiva de El Señor de los Programas. El Basic, según coinciden muchos analistas de la historia de la industria, le debe mucho más a Paul Allen que a Gates.

El DOS resultó ser un desarrollo del CP/M, el programa operativo más popular antes del DOS. Su creador, Gary Kildall, cometió el otro error que le resultó fatal. IBM intentó comprar su programa; Kildall no acordó, demostrando no entender en qué consistía el negocio. Gates se adelantó, cerró trato con mamá grande, fue y compró en 75.000 dólares un programa —el Q-DOS— que era casi una copia del CP/M, y se lo encajó a los muchachos de las tres letras. Había nacido el DOS. Y la fortuna de Gates, que sabe que este momento decidió la historia y lo transformó en multimillonario. De modo que, en toda esta historia no hay un ápice de capacidad inventiva y sí una tremenda capacidad para los negocios. Gates no sólo entendió que el *software* era un negocio sino que la industria, según sus propias palabras, "tiende al monopolio", y que el mercado de sistemas operativos no tiene valor económico en sí, sino como herramienta estratégica; otra vez, según sus propias palabras. Gates será un genio de los negocios, pero no debe su fortuna a su inteligencia aplicada al servicio de la invención de cosas útiles para la humanidad. Kildall, considerado un verdadero genio de la computación y cuya capacidad inventiva parece haber sido varias veces superior a la de Gates, terminó sus días como un fracasado, objeto de todas las burlas imaginables, alcohólico y víctima de un accidente tonto que cortó su vida a los 52 años. Parece que Gates ni siquiera concurrió al velorio del pobre Gary, a pesar de haber sido invitado.

Un punto más antes de dejar este problema. ¿Qué es inventar? La invención, como el descubrimiento, no es más que la concreción de lo buscado. Es el resultado de un trabajo. Como todo trabajo, significa un esfuerzo; no sólo de encontrar aquello que se busca, sino también de prepararse para encontrarlo, es decir, educarse. Puedo ser brillante, pero sólo seré capaz de descubrir y/o inventar algo si poseo conocimientos adecuados para emprender la tarea. Incluso los descubrimientos casuales son cualquier cosa, menos

casuales: si el que los encontró no sabe leerlos, pasarán desapercibidos, como pasan delante nuestro millones de respuestas a problemas que ignoramos y que, por lo tanto, no significan nada para nosotros. Hace falta un buen lector. Un programador brillante tiene que saber mucho antes de inventar algo. Es decir, tiene que resumir en sí buena parte del conocimiento existente. Eso es lo que llamamos educación. Pero la educación no es más que conocimiento acumulado, que no es más que trabajo realizado por otros y que nos llega a nosotros ya listo. Nadie inventa nada de la nada.

Como lo decíamos en el capítulo inicial, somos parte de una infinita cadena de conocimientos (es decir, de trabajo acumulado) y agregamos algo de tanto en tanto, pero siempre parados sobre las espaldas de la humanidad pretérita. Los "geniales" inventos de los personajes de los que aquí hablamos, como Andreessen (ya lo conocen) o Yang (¡el creador de Yahoo!), simplemente han agregado un pequeño tramo a la cadena. Lo han hecho trabajando, por supuesto. Primero, asimilando el conocimiento existente, luego desarrollando uno nuevo. Ese trabajo tiene un valor —lo veremos en los capítulos que siguen—, pero cuando uno paga una copia del Office de Windows, no paga un trabajo hecho por Gates sino por sus obreros (sí, sus obreros). Y no está pagando ninguna propiedad mágica, sino una cantidad determinada de esfuerzo humano: las horas concretas que lleva desarrollar ese producto, más la educación de los trabajadores (¿qué, usted es de los que cree que los marxistas le pagamos a todos el mismo sueldo? No sea tonto). El valor de la copia de Office lo conoce cualquiera que pirateó el programa alguna vez; unos cuantos CD a un peso valor de mercado, un ratito de electricidad y uso de computadora. Si uno lo bajara de Internet, ahorraría en CD pero gastaría más en teléfono. El valor del trabajo de los programadores, dividido por los millones de usuarios del mundo, no podría superar algunos centavos por copia y, aun así sería una exageración. No, la clave del Windows es la renta que genera tener el lugar donde debe instalarse cualquiera que quiera producir algo con su PC. Cuando un inventor cobra por su patente, más allá del trabajo que le costó el invento, está extorsionando a la

sociedad. Cuando esa patente, es la llave de las llaves de la comunicación mundial, la estafa es planetaria. Como en última instancia no hace más que ejercer su derecho de propietario, el principal derecho humano en la sociedad burguesa, ni Gates ni ningún otro fulano por el estilo cometen ningún delito. Todo lo contrario, es un ejemplo del tipo humano que promueve la sociedad capitalista. Por eso hay muchos competidores tratando de imitarlo, tratando de apoderarse de un sector tan rentable. Si se les hace difícil es porque Gates reduce el peso de su monopolio como instrumento de competencia, es decir, no cobra lo que se le da la gana sino lo que puede. De no ser así, Gates sería hoy dueño del mundo. O habría sido colgado ya de algún poste. No descartemos esa posibilidad en un país como EE.UU., que de tanto en tanto se toma en serio los derechos del consumidor como en *Un día de furia*.

Yo, el organizador. Está bien. No produzco nada (o casi), no invento nada (o casi), pero yo *organizo*, dice nuestro querido amigo burgués, tratando de ocultar los dientes. Es decir, cumplo un rol en el desarrollo de la productividad humana. Gracias a que yo soy un ambicioso sin par; gracias a que yo me preocupo por la eficiencia, aunque más no sea porque no hay plata que alcance a llenar mi bolsillo sin fin; gracias a mi conducta depredadora, la creación de riqueza adquiere un ritmo veloz y un sentido racional. Así han justificado su vida y su obra burgueses como Henry Ford, Ray Kroc o Sam Walton. El más interesante de todos es, sin embargo, alguien desconocido para el público común, aunque muy conocido para el especialista laboral: Frederick Winslow Taylor, el padre del llamado, lógicamente, *taylorismo*.

En efecto, como el japonés Ohno, Taylor es desconocido para el público en general. La gente asume a Ford como el fundador de Ford Motor Company. A Ray Kroc pueden llegar a asociarlo con McDonald's y a Sam Walton con Wal Mart, pero a Ohno resulta difícil ligarlo con Toyota y a Taylor, con casi todo el mundo. Porque Taylor es el que mejor ha sintetizado, en su vida y en su obra, la revolución que significó el desarrollo de la Administración Científica del Trabajo. ¿Y qué es la Administración Científica? Un movimiento

de fines del siglo XIX, liderado por Taylor, que buscaba implantar formas de organización del trabajo y la empresa que dejaran atrás los métodos artesanales y se adaptaran al tamaño colosal de los nuevos conglomerados económicos. Se trataba —lo vamos a ver con más detalle en el capítulo que viene— de lograr un uso más eficiente del tiempo, siguiendo esa idea tan capitalista de que el tiempo es oro. El taylorismo fue un gran proceso de racionalización de la producción que tuvo por finalidad incrementar las ganancias de los capitalistas. Estos procesos de racionalización elevan la fuerza productiva del trabajo y, aunque recorren permanentemente la historia cotidiana del capital, han quedado asociados a los nombres que aquí traemos a cuenta porque en determinados momentos históricos sintetizaron grandes revoluciones organizacionales y, por ende, elevaciones gigantescas de la productividad.

Taylor, un yanqui neurótico igual que Edison, igual que Gates, estaba obsesionado por el tiempo. Se dice que caminaba contando los pasos que daba para llegar a tal o cual lugar y tonterías por el estilo. Se hizo famoso por ser lo que, en la jerga del obrero argentino, llamaríamos un "buchón". Observaba minuciosamente el trabajo de los obreros (para lo cual él mismo llegó a trabajar como tal) con la finalidad de descubrir los tiempos muertos, los momentos en que consciente o inconscientemente los muchachos dejaban descansar el cuerpo sin producir nada (para el capitalista). De esa manera, el estudio del proceso de trabajo servía para desarmar a la clase obrera de sus conocimientos artesanales, el saber que "esto se hace así o asá", y a partir de allí reformularlo en beneficio de la patronal.

Un ejemplo nunca viene mal: Taylor hizo buena parte de su fama trabajando para la Bethlehem Steel, una empresa dedicada al acero. Allí había que transportar miles de toneladas de acero en barras de 45 kg. El sistema implicaba cuadrillas que trabajaban por su cuenta, por un sueldo consuetudinariamente establecido, acarreando 12 ½ toneladas al día cada hombre. Taylor estudia el proceso y decide que hay que cambiar los movimientos, los períodos de descanso y hasta los obreros que hay que usar. Selecciona a un obrero particularmente fornido, carente de toda ambición y cuyo único interés

es ganar un 30% más de sueldo. Schmidt, tal el nombre del obrero en cuestión, ha pasado a ser el sinónimo del burro que trabaja y trabaja sin chistar. El propio Taylor no ahorra ningún apelativo para el que le sirvió de puntal para su fama futura. Pues bien, Schmidt realiza todo lo que "la administración" le dice que tiene que hacer y el resultado no se deja esperar: 47 toneladas por día/hombre. El truco se basa en dos aspectos del trabajo íntimamente ligados: el técnico, por un lado; el político, por el otro. Taylor oscila entre reconocer cómo los obreros saben lo que tienen que hacer pero no lo hacen porque no les conviene, y afirmar que no tienen modo de saber la forma más eficiente de hacer el trabajo. En realidad se trata de las dos cosas: los obreros regulan su esfuerzo en función de sus intereses y no desarrollarán métodos más eficientes que signifiquen un gasto no remunerado de energías o una rebaja salarial. Y el desarrollo de un método científico de producción es un trabajo que requiere mucho tiempo e investigación. Taylor se hace cargo de los dos aspectos: políticamente, rompe con la agrupación en cuadrillas con su propio capataz, discute y organiza a los obreros en términos individuales y los tienta con aumentos salariales. Y desarrolla un método de investigación para cada tipo de trabajo, lo que el llama pomposamente una "teoría científica" para cada producto buscado.

Esto que Taylor está tratando de imponer es un paso necesario en lo que más adelante explicaremos como **subsunción real del trabajo al capital**. Taylor critica a la burguesía: la administración de la fábrica le presenta al obrero el problema y, en el mejor de los casos, lo incentiva para que lo resuelva. El método de Taylor consiste exactamente en lo contrario: es la "administración" la que debe resolver el problema. La eficiencia es, entonces, una tarea de la "administración", no de los obreros. De hecho, toda la tarea filosófica de Taylor fue convencer a los patrones de la necesidad de una dirección científica, es decir, de una dirección que no depende simplemente de dar órdenes, sino de saber qué órdenes dar. Eso llevó a una nueva división del trabajo dentro del taller, a la aparición de un departamento especializado en el diseño de la producción. Entiéndase, no el diseño de los productos, sino el diseño de

cómo se produce. Nace así la separación entre ejecución y concepción, que veremos (sí, ya sé) más adelante. Ahora unos piensan y otros ejecutan. Esos que "piensan" son lo que Taylor llama "la administración", y nosotros, "los organizadores". La burguesía sostiene que es ella la que desarrolla la organización del trabajo, es decir, el desarrollo de la productividad del trabajo. Sin embargo, este desarrollo no es realizado por la burguesía, sino por "la administración". El propio Taylor demostró que su sistema no podía ponerse en marcha si no se le garantizaba al burgués que sus ganancias irían en ascenso. El taylorismo es, primero que nada, una reforma de la propia burguesía que debe comprender el rol activo que le toca en la producción. La burguesía lo comprendió (porque el taylorismo resultó en una lluvia de dólares) y entonces, ¿se dedicó a la "administración científica del trabajo"? No. Contrató técnicos, a la postre tan obreros como los obreros ejecutantes, y creó un nuevo departamento en la fábrica. Así, fue el propio cerebro del obrero el que se desdobló: una parte siguió guiando sus manos, la otra se dedicó a pensar cómo debían moverse las manos.

Otro héroe de la productividad capitalista es Henry Ford. Autoritario, filonazi, neurótico también, Ford llegó a organizar una fundación —la Fundación Ford, obvio— para desviar impuestos y evitar que fueran a parar al New Deal, el programa económico más progresista que tuvieron los EE.UU. y al que odiaba con toda la fuerza de un antiobrerismo notable. Ha pasado a la historia como el inventor de la producción en serie, cuyo símbolo máximo es la cadena de montaje y cuya crítica más profunda (y divertida) puede verse en *Tiempos Modernos*. Las escenas de un Chaplin desesperado por mantener la cadencia de la cadena, alimentado por la cadena, tragado por la cadena y, finalmente, transformado en pieza de la cadena, forman parte de lo mejor de la historia del cine inteligente.

Ford también ha dado su nombre al "fordismo", un supuesto pacto entre capital y trabajo que habría inaugurado una etapa feliz de la humanidad, en la que el capitalista entiende que los aumentos de salarios no son una desgracia sino una bendición. Así que, pagando salarios cada vez más altos, Ford habría inaugurado

la sociedad de consumo. Que con sus transformaciones (nada originales) Ford logró una altísima productividad, no hay ninguna duda. Que con dicha productividad se pueden aumentar los salarios sin afectar la masa de ganancia, tampoco. Que esos salarios no son más que la expresión de un aumento fabuloso de la tasa de explotación, a muchos se les olvida. Que dicho proceso sea generalizable es un macanazo cuya realidad develaremos más adelante.

El japonés Ohno es, tal vez, el último de estos grandes personajes y seguramente el menos conocido del gran público. Es el padre del "toyotismo"; una revolución tan radical de los principios taylorianos que, según Benjamin Coriat —un intelectual de izquierda tan corrido a la derecha, que ya no se sabe en dónde está parado—, obligó a todo el mundo a "pensar al revés". Algo que parece que Coriat aplicó a sí mismo, porque pasó de defender a los obreros a defender a la burguesía… Como del toyotismo hablaremos más adelante, nos abstendremos aquí de mayores comentarios. No podemos abandonar este punto, sin embargo, sin hacer referencia a nuestros queridos Ray Kroc y Sam Walton. Es difícil no reconocer que una organización que es capaz de alimentar a millones de personas por día, no le haya hecho un bien a la humanidad, al menos en este aspecto de la organización productiva racional. Igualmente, la capacidad de Wal Mart para estructurar cadenas logísticas de distribución de alimentos no puede echarse por la borda así nomás. Quede aquí planteada nuestra admiración (en este aspecto del asunto, claro).

El lector creerá que quien esto escribe, un marxista contumaz, se ha vuelto loco súbitamente o está borracho. Puede ser cierto, sobre todo lo segundo. Pero le resultará más difícil de entender cuando le recuerde que Ford era un héroe no sólo para la burguesía, sino también para muchos partidos socialistas del mundo (en Argentina, el de Juan B. Justo entre los primeros), y que Lenin, sí, el compañero Lenin, el rojo y bolchevique compañero Lenin, deseaba con fervor imitar e importar el taylorismo en la Rusia Soviética (algo que luego se hizo, deformadamente, bajo el nombre de Stajanovismo). Podríamos retroceder más todavía, hacia el éxtasis de Marx frente a la maquinaria moderna y su capacidad revolucionaria.

Aunque no sería muy difícil de probar que, salvo Juan B. Justo y los suyos, que eran insoportablemente puritanos, casi todo marxista que se precie, de Engels para acá, tiene cierta pasión desvergonzada por las bebidas alcohólicas, la admiración socialista por la capacidad productiva humana tiene otros orígenes. Lo que ha fascinado siempre a los socialistas (y a mí sobre todo) es, precisamente, esa potencialidad humana de dominio sobre la naturaleza (¡irritaos, ecologistas, y aguantad al capítulo correspondiente!), que le ha permitido a nuestra especie descender de los árboles y llegar al cielo, literalmente hablando. Por mucho que se quejen los románticos (y allí tienen a Kurosawa haciendo la apología de la naturaleza intacta, en el arte tecnológico por excelencia: el cine) no habría romanticismo sin tecnología. Individuos indudablemente neuróticos como los que aquí mencionamos hacen avanzar la capacidad productiva humana, como bien lo recalca con fuerza Marx en el *Manifiesto Comunista*. El problema es que ser un organizador racional de la producción no equivale a ser burgués. Se puede serlo y, sin embargo, pertenecer a un mundo alejado de los negocios, como sucede con cualquier campo a mitad de camino entre lo artístico y lo utilitario, como la arquitectura, el diseño industrial, los partidos políticos, los ejércitos, los grandes hospitales, etcétera. El talento organizativo no define a un burgués, salvo que ese talento esté al servicio de incrementar las ganancias. Aún así, el talentoso organizador puede no ser un burgués: Taylor no lo era, como tampoco Ohno. Lo que define al burgués es, sí, otra vez, la propiedad de los medios de producción, a partir de la cual puede contratar a un buen organizador.

Yo, el administrador. Si no merece lo que tiene porque lo produjo, lo inventó o lo organizó, el burgués suele decir: "Bueno, al menos lo administro". Así, si no puede justificar su existencia como fuente de la riqueza social, la burguesía pretende disimular su ganancia detrás de un sueldo de gerente. Primera cuestión: un gerente no es un burgués. Se pueden gerenciar entidades sin fines de lucro (un club de fútbol —de los de antes, al menos—, entidades públicas, un presupuesto familiar, etcétera), y el solo hecho de hacerlo no

lo transforma a uno en un burgués, es decir, alguien que acumula capital. Es más, se puede ser gerente de una empresa capitalista, lo que a cierto nivel lo transforma a uno en un burgués y , sin embargo, no ser exactamente un burgués.

Hubo una época en la que se creyó que los gerentes eran los verdaderos dueños de la empresa y que ellos podían "guiarla" hacia fines más humanitarios, más allá de los intereses del capital, es decir, de la propiedad. Esta teoría se llamó de la "tecnoestructura" y a la política propuesta, revolución "managerial" (por *manager*, es decir, gerente). La teoría de la tecnoestructura es antigua, tanto como los años 20 y 30 del siglo XX, y resultó ser la expresión burguesa de lo que en lenguaje marxista se llamó imperialismo o capital monopolista. El tamaño de las empresas resulta ser tal que escapan al control de un individuo; son ahora vastas organizaciones de carácter impersonal que requieren del desarrollo de una burocracia permanente semiautónoma. Es obvio que tiene una raíz fuertemente weberiana, algo que no resulta extraño habida cuenta de que uno de los capitalismos más concentrados era el alemán. (¿Que quién es Weber? Al final le explico). La cuestión clave aquí es si el empresario ha muerto y su lugar lo ocupa ahora una "nueva clase media", como sostenían los teóricos Berle y Means en los años 30, en tesis que defendían la idea de una nueva clase dominante mundial, la burocracia, que controlaba las estructuras tanto de las grandes empresas como de los Estados socialistas. Así, en lugar de sociedades capitalistas y socialistas, tendríamos sociedades "industriales", constituidas por los requerimientos tecnológicos de los grandes mecanismos productivos. Estos requerimientos, sólo al alcance de los "técnicos", habrían generado una sociedad y una nueva clase dominante, que se impondrían silenciosamente a través de la aparente batalla permanente entre los dos sistemas mundiales. La prueba más evidente de esta tendencia era la similitud de la vida humana en sistemas aparentemente tan diversos como los fundados en la Revolución Francesa y la Rusa. La idea de que el Estado, como encarnación máxima de la burocracia, termina dominando más allá de las relaciones sociales básicas de la

sociedad, es algo que sigue vivo, como veremos en el último capítulo (nuestro lector puede ir adelantándose y repasar películas como *Brazil*). El que le dio forma perdurable, en su libro *El nuevo estado industrial*, fue John Kenneth Galbraith, un keynesiano reformista, simpatizante de Kennedy y del New Deal. Galbraith creía que el empresario había muerto y que la tecnoestructura dominaba la vida de las grandes corporaciones. Discutiremos con profundidad la idea en el último capítulo, aquí simplemente diremos que los últimos años han visto transformaciones en el seno de la estructura de las corporaciones, que dan por tierra con esta teoría basada en la separación entre propiedad y control.

En efecto, tal como con mucho detalle lo examina Anthony Sampson en *Hombres de empresa*, una contrarrevolución ha asolado el mundo de las grandes corporaciones. Capas enteras de gerencia han sido despedidas y estructuras densas han sido aligeradas en grado sumo (y algunas de sus víctimas se transformaron en villanos, como el Duende Verde de *El hombre araña* I). Se trata de un movimiento que tiene diferentes orígenes (desde las tendencias "orientalizantes", producto del impacto de la cultura Toyota, hasta la transformación "New Age", versión monetizada de la crítica *hippie* de los sesenta), pero una sola causa. Como veremos más adelante, la crisis capitalista que arranca en los años 70 lleva a la necesidad de bajar costos y agilizar el funcionamiento de las empresas. Lo que significa borrar estamentos enteros y polarizar más la estructura gerencial, entre un grupo reducido de grandes gerentes y una amplia base de gerentes "proletarizados". Por otra parte, la presencia de directores propietarios, al estilo del viejo Ford, es claramente visible en las empresas más importantes de la actualidad, como Microsoft, Dell, Oracle, McDonald's o Wal Mart. Lo que está claro, sin embargo, es que la administración puede estar en manos de empleados, coparticipando o no de la propiedad. En última instancia, es esta la que determina el ser o no ser de la burguesía.

Yo, el visionario. Dijimos que ya no es época de *entrepreneurs*. Primero, expliquemos qué significa esto y luego veamos por qué el enemigo de todos los que manejamos ese programa que se cuelga

cada dos por tres, el Windows, es un caso excepcional. Y veremos también, ¡oh, paradoja!, por qué esa excepción es una norma recurrente en la historia del capitalismo. Decíamos que el capitalismo actual eliminó al *entrepreneur*. En efecto, la mayoría de los "innovadores" se han transformado o bien en empleados o bien en gerentes de las grandes empresas. La razón concreta es que cualquier nuevo emprendimiento exige capitales fabulosos. Los "héroes" de la revolución industrial (Fulton, Davy, Cartwright, Stephenson) no precisaban gran cosa para poner en marcha una empresa. Cualquier dueño de un taller de reparaciones de maquinaria rural, un chatarrero, podía poner en marcha una fábrica de autos. Hoy día, uno de los empresarios más grandes de Argentina como Macri, cuyas empresas montan varios miles de millones de dólares, no puede fabricar autos porque sus competidores manejan valores de 140.000 millones, como Toyota, o 250.000 millones, como General Motors.

Sin embargo, no hay ninguna ley que impida que un "entrepreneur" surja de la nada porque en el capitalismo es burgués quien tiene capital y a nadie se le impide que lo tenga (mientras que no sea violando la propiedad, al menos en forma evidente). Pero la aparición de los "Bill Gates" es excepcional. Siempre lo fue, por la naturaleza competitiva del capitalismo y el propio proceso de acumulación de capital. Y sin embargo, es un fenómeno normal, recurrente. Es una excepción (y cada vez más) porque el capitalismo es competitivo y el capital se concentra. De modo que cuando surge algún competidor peligroso, a una gran empresa, le alcanza con comprarlo o presionarlo de diferentes maneras para sacarlo del negocio. En un capítulo de *Los Simpson* en el que Homero había desarrollado un sitio en Internet, aparece Bill Gates con unos patoteros que le destruyen la computadora. Pero puede ser que a las grandes empresas un determinado negocio no les interese porque no le ven futuro. Edison decía que el cine no lo tenía y se despreocupó del asunto y del aparato que había inventado, el kinetoscopio. Sus rivales se mudaron al Oeste para escapar de las patentes y fue así como nació Hollywood, una verdadera máquina de producir dinero con basura. En consecuencia, el negocio crece, resulta ser clave y aquél que apostó allí

cuando nadie la veía, termina convirtiéndose en rey. Mientras las grandes cadenas de comercialización no querían intervenir en el mundo de los pequeños pueblos rurales, porque implicaba gastos en gestión y logística muy elevados en comparación con los grandes mercados urbanos, Sam Walton creaba Wal Mart, descubriendo algo que fue la clave de su éxito y la ruina de los demás: que cuando un local grande se establece en un pueblo pequeño, no sólo elimina a los que ya estaban, sino que impide la llegada de otros. O sea, el que pega primero pega para siempre. Cuando los demás se "avivaron" fue tarde. El misterio de McDonald's es bastante similar: Ray Kroc, el creador de la empresa, no fue sin embargo el del sistema, producto de la imaginación de los hermanos cuyo apellido identifica a la multinacional. Pero sí es evidente que logró ver la relación entre cierto segmento de consumo y el sistema de franquicias.

Hay otros *Yo, el…* que no son tan importantes o no nos interesan ahora. *Yo, el católico* (o *el protestante*, o *el musulmán*, es decir, *Yo, el elegido de Dios*) sigue muy vivito y coleando, pero hay poca gente que se lo crea, salvo entre los fundamentalistas musulmanes y los norteamericanos (que son más religiosos y fundamentalistas todavía). La corriente de ateísmo general encabezada por la propia burguesía desde fines del siglo XVIII (y que tiene como punto culminante, de la mano de la clase obrera, el período que va desde Darwin a la Guerra Civil Española) nos exime de darle demasiado espacio a este tema, por lo menos aquí (sí claro, volveremos). Otra justificación muy importante, pero que tampoco trataremos hasta más adelante, es *Yo, el supremo*; una ideología relacionada con el racismo, el machismo, los test de inteligencia y el genoma humano.

Todos estos argumentos se pueden reducir a uno: *Yo hago algo* (y merezco por ello la mayor parte de la torta). Sin embargo, hemos tratado de probar que ser burgués no implica necesariamente hacer algo, sino simplemente ser el dueño de los medios de producción. Es decir, de los medios necesarios para hacer algo. Está claro que el burgués inteligente que conoce su negocio, que está al tanto de todas las innovaciones y las fomenta con su propia actividad, que desarrolla la organización del trabajo y la administración de

su empresa y que, además, es capaz de preveer los cambios futuros, será un burgués muy eficiente y tendrá más oportunidades que el resto para llenarse de oro (¡Yo!, dice otra vez Guillermito Puertas… sí, sí, vos pibe, bajá la mano). Pero también queda claro que un burgués puede prescindir de todas estas funciones y seguir siéndolo con el único elemento no renunciable: la propiedad de los medios de producción. Aún así, los grandes personajes que hemos analizado no sólo no producen nada, no inventaron gran cosa; si lo hicieron, no revolucionaron la productividad del trabajo ni la administración de las empresas, sino que su mayor habilidad pasó, en el mejor de los casos, por contratar a quienes sabían hacerlo.

Un ejemplo-resumen lo tiene, querido lector, si vuelve a mirar (descuento que ya lo ha hecho), la película *Parque Jurásico*. El hilo conductor yace en la viabilidad económica de un parque que en lugar de monitos simpáticos ofrece Tiranosaurus Rex como fuente de diversión. Tenemos allí al visionario que repite todo el tiempo que no "reparó en gastos", porque en última instancia no es el dinero lo que le interesa a los científicos e inventores, incapaces de determinar el destino final de aquello que han creado y a los organizadores del parque que no pueden controlar el sistema. Todos dependen, en última instancia, del abogado representante de los accionistas que decidirá si todo ese esfuerzo sirve o no, es útil socialmente o no. Ése es el corazón de la burguesía: la propiedad.

En conclusión, la inmensa mayoría de la burguesía no hace nada productivo. Y a los que sí lo hacen, se les paga demasiado y la forma en que lo hacen es terriblemente costosa para el conjunto de la sociedad. Pero para entender esto en profundidad hay que esperar un poco (y seguir leyendo).

6. La vida, esa cosa tan despareja…

Antes de irnos, un párrafo más sobre las consecuencias que tiene ser propietario de medios de producción, es decir, toquemos (de pasada) un tema sobre el que hablaremos más adelante: la libertad. En efecto, si hay alguien que puede disfrutar de algo parecido a la libertad, al menos tanto como puede ofrecerlo el capital, ese alguien

es la burguesía. El lector me entenderá si sigue la vida cotidiana de los empresarios en las revistas tipo *Caras* u otras por el estilo. Todo lo que usted desea y no puede, todo eso lo hacen ellos o lo tienen ellos o lo disfrutan ellos. Usted quisiera tener hijos, pero los niños son caros; así que aunque nadie lo prohíbe, se limitará a tener uno o ninguno. Una casa es una necesidad y, aunque nadie le prohíbe comprarse una, usted deberá aceptar un departamento de un ambiente o dos alquilado. Querrá tiempo para disfrutar la vida con su esposa/o y sus hijos, pero deberá contentarse con los fines de semana (y no enteros, ni todos los fines de semana del año). ¿Qué cosa hace mejor a una familia que tener experiencias en común, como un viaje o unas vacaciones? Usted tendrá que darse por hecho si puede juntar una semana sin trabajo, aprovechando las plazas y parques públicos, porque Mar del Plata está muy lejos, monetariamente hablando. Querría reirse saltando entre las olas junto a los suyos, pero a gatas logra llenar la pelopincho, si la tiene. Usted quisiera que sus hijos estudien. Y nadie se lo prohíbe, ni a usted ni a sus hijos; es más, se lo acusará de mal padre o mala madre si no los manda a la escuela. Pero el lugar al cual usted puede mandarlos es casi un aguantadero, donde la mayoría de los chicos va a comer y nada más. ¿Usted cree que puede elegir las películas que quiere ver, la música que le gusta? Mentira. Con la educación que tuvo (todavía mejor que la que van a recibir sus hijos y sus nietos), ¿tiene idea de cuántas cosas podrían gustarle si las conociera? Yo me crié con Rafaela Carrá, Elvis Presley, Palito Ortega y otros personajes patéticos por el estilo. Me tomó mucho tiempo llegar a disfrutar a Beethoven y la música clásica, el buen *jazz* y las guitarras españolas. ¿Cómo iba a poder "elegirlos", si ni siquiera sospechaba que existían o tenía una idea equivocada de lo que eran? No tenía opción y lo peor es que ignoraba que no la tenía. El mar de ignorancia en el que uno se cría le hace creer que "elige", cuando en realidad está condenado a la más absoluta mediocridad. Piense, si no, en *Corréla que va en chancleta*, de unos muchachitos simpáticos autotitulados los "Gedientos del rock".

Todo esto y mucho más está a disposición de la burguesía: tiempo, recursos, cultura. Todo ello está a mano del buen burgués,

que puede hasta darse el lujo de despreciarlo. Este pequeño puñado de personas, no más del 5, o a lo sumo el 10% de la población mundial, acapara para sí lo mejor que el capitalismo ha creado. Y la inmensa mayoría de las veces lo gasta en tonterías superfluas. Tome una revista *Hola* y verá todo un compendio de mal gusto y del gasto inútil. Compre *Clarín* un domingo de estos y fíjese en *Viva* la sección moda o ésa en la que se muestran objetos de "estilo", para enterarse que un estúpido cenicero mal hecho puede llegar a costar 200 dólares si es *fashion*. Vaya a Patio Bullrich y tendrá otro muestrario semejante de tilinguería cara. Obviamente, estamos hablando de pelagatos. Los que tienen unos cuantos pesos tienen cancha de golf propia, ocupando terrenos en los que entraría un barrio entero con plaza, escuela y todo. Y, por supuesto, gastan fortunas en clases ridículas de ikebana, reiki, masaje capilar y sobre cómo parecer estúpido además de serlo. Tendrá también una cuenta abierta a favor de tal o cual iglesia en la que se casará, tomarán la comunión sus hijos y repartirá a los pobres ropa que ya no le sirva. No se privará tampoco de tener un cura al que confesará, tarde o temprano, que le mete los cuernos a su mujer porque se hizo lesbiana y lo engaña con una vecina. Y hasta podrá pagarle a un asesino para que la mate. Aún es poco, comparado con las posibilidades de un gran burgués de verdad (¿Yo?, dice Guillermito), que puede darse el lujo de viajar por el mundo en yate (de lujo) propio o en jet (de lujo) también propio. Hasta puede tomarse unas vacaciones en el espacio exterior por una módica decena de millones de dólares.

El resto, el 90% que se reparte entre una masa siempre creciente de obreros y una decreciente de pequeña burguesía y campesinado cuyo destino es la proletarización, respira el aire viciado de las villas, de los campos atestados; se revuelca en la mugre de las barriadas miserables. El aire puro se encuentra en otro lado: en los *countries*, en Puerto Madero. Aunque, como veremos más adelante, el mal olor llega tarde o temprano a todos lados. Esa porción de libertad que provee el capitalismo está al servicio de ese "puñado", de esa minoría de la población (no sólo humana, piense en el

"Jazmín" de Susana Giménez, con cuyo presupuesto se podría mantener una familia entera) que la disfruta a costa del enorme sufrimiento que es su contracara. A por eso vamos, en el siguiente capítulo.

Resumen

El mundo capitalista es el mundo de las **mercancías**. Una mercancía es un objeto corpóreo o incorpóreo al que se le atribuye un **valor de uso**; se le reconoce una utilidad. Las mercancías se intercambian siempre a su valor, según una magnitud dada por la cantidad de **trabajo** humano incorporado, medido en **tiempo** de trabajo. La proporción en que se intercambian diferentes valores de uso constituye su **valor de cambio**, que se manifiesta a través de los **precios**. El precio de una mercancía no es más que una medida de la cantidad de energía humana que ha sido gastada bajo la forma de trabajo. Dicha cantidad no puede ser cualquiera: la sociedad sólo reconoce el **trabajo abstracto** y **socialmente necesario**, es decir, una determinada **productividad** del trabajo. Tras una apariencia de igualdad, una ilusión creada por el **mercado**, la sociedad capitalista se divide en **clases**. Una de esas clases, la **burguesía**, es la que domina el modo de producción capitalista. Se divide en **fracciones** y **capas** según especialización y tamaño. En particular, hay que distinguirla de la **pequeña burguesía**, que no puede explotar obreros por su escaso desarrollo. La burguesía creó el capitalismo a partir de la **acumulación originaria** y lo transformó en el modo de producción dominante, destruyendo a todos los otros. El nivel de vida del que disfruta un burgués no está al alcance de las grandes masas, y no se debe a nada que él aporte a la creación de la riqueza social (inventiva, capacidad de innovación, de organización, etcétera, etcétera), sino a la **propiedad** de los medios de producción.

Bibliografía

Sobre el punto mercancía, mercado, valor, precio, no pierda el tiempo y encárese a *El Capital*. Si no, tiene muchos textos de divulgación, desde *El capital resumido* por Gabriel Deville, un clásico de

la literatura socialista, hasta Pierre Salama y Jacques Valier, *Una introducción a la economía política*. En el medio, *La doctrina económica de Carlos Marx*, de Kaustky y el *Tratado de economía marxista* de Ernest Mandel. La historia de la burguesía es pródiga en material de lectura, desde un librito divertido y accesible como *Mercaderes y banqueros de la Edad Media*, de Jacques Le Goff, hasta la saga de Hobsbawn ya citada. No se pierda, por supuesto, el *Manifiesto comunista*, se lo repito. Sobre la revolución burguesa hay parvas de textos, pero recomiendo *La Revolución Francesa*, de George Rudé y *El siglo de la revolución*, de Christopher Hill. Obviamente, más fácil de encontrar le va a resultar *La era de las revoluciones*, el texto ya citado de Hobsbawn. Una parva no menor se podría formar con los libros sobre la revolución industrial. *Industria e imperio*, de Hobsbawn, es el trabajo más accesible; pero si puede, consígase; de Maurice Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, un verdadero clásico. La trilogía de Inmanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial,* puede resultarle útil, aunque no reúne mis simpatías. Otros libros interesantes para adentrarse al asunto revolución industrial son: de Maxime Berg, *La era de las manufacturas*; Mori, Giorgio, *La revolución industrial*; Tom Kemp, *La revolución industrial en la Europa del siglo XIX*. Las historias de empresas y empresarios son particularmente sabrosas en anécdotas que ayudan a comprender, si es que uno ya comprendió lo esencial. De lo contrario, no son más que reservorios de historias insulsas y datos inútiles. Yo utilicé con provecho *Los silicon boys*, de David Kaplan, bastante bueno aunque más bien superficial, como todos los que siguen sobre don Guillermo Puertas: *A toda máquina. Bill Gates y la creación del imperio Microsoft*, de James Wallace y Jim Erikson, una apología; *El estilo Microsoft*, de Randall Stross, otra apología; *Los negocios en la era digital*, del propio Gates… ¿qué le puedo decir? En el mismo tono, sobre el mundo empresarial de las automotrices, tiene *¡Choque!,* de Maryann Kelly, donde podrá disfrutar de las aventuras del "Huracán" López. Más interesante y crítico es el de Anthony Sampson, *Hombres de empresa*. Para comprender la relación entre la burguesía y la gerencia me parece

que lo mejor sigue siendo el librito de Maurice Zeitlin: *Propiedad y control: la gran corporación y la clase capitalista*. Sobre la vida de inventores y personajes por el estilo hay mucho por allí dando vueltas, pero yo usé para Edison un librito de título obvio: *Edison*, de Fritz Vögtle, que me costó cuatro pesos. Más caro (y más interesante) es la *Historia de la fotografía*, de Marie-Loup Sougez, de donde saqué la información sobre Niepce y Daguerre. Si va a Wal Mart, no se olvide antes de leer *Wall Mart. Una historia del fenómeno de retail de Sam Walton*, toda una apología. ¿Usted quiere ir al cine? Sepa primero qué meticulosamente se planifica una película (y con cuán poco cerebro se deciden los títulos triunfadores), leyendo *El dinero de Hollywood*, de Joël Augros.

CAPÍTULO III

Mazmorras, catacumbas y otros lugares subterráneos (¿Quién es el que hace todas las cosas?)

Abajo había un pasadizo oscuro en forma de túnel, a través del cual me llegó un olor nauseabundo, como de tierra vieja recién removida. A medida que se avanzaba por ese pasadizo, el olor se fue haciendo más definido e intenso. Por último, tiré de una puerta pesada.

Bram Stocker, *Drácula*

Muchos de los que nos critican son verdaderos maestros en el juego de la gallina ciega. No se toman la molestia de indagar como es debido, y menos aún de echar una ojeada a lo que hay entre bastidores en McDonald's. Quien no se preocupa por mirar, se vuelve ciego a la verdad.

Aviso de McDonald's en *Die Zeit,*
citado por *Gunther Wallraff en Cabeza de Turco*

¿Qué es un hombre, si su mayor bien y el sentido de su vida
no es más que comer y dormir? Una bestia, nada más.

Shakespeare, *Hamlet*

Un obrero es un esclavo que debe buscar su amo.

Carlos Marx

Habiendo superado ya una primera etapa en nuestro viaje, etapa importante y peligrosa (piense usted que acabamos de discutir bastante feo con el Señor de las Tinieblas), vamos a ir todavía más abajo. La parte del viaje que emprendemos nos llevará hacia las catacumbas del castillo, allí donde hombres y mujeres, oscuros y tristes, se encuentran aherrojados a los más extraños adminículos y se afanan en una actividad incesante y sin mucho sentido. No se engañe el lector: aunque algunos ambientes laborales puedan parecer menos tétricos, aunque los colores chillones de ciertos espacios que ofrecen "diversión" junto con el almuerzo parecieran hablarnos de alegría y felicidad, la realidad de los trabajadores en cualquiera de estos lugares es algo muy distinto y muy desagradable…

En efecto, en este capítulo veremos que si en las habitaciones más amplias y espaciosas del castillo burgués la libertad y la fraternidad no tenían mucho sentido, el mundo de la fábrica es el del *despotismo* más crudo del capital. Y que quienes llegan allí no lo hacen por su voluntad, sino forzados por una ley de hierro. Veremos también que la función de ese despotismo es asegurar la *explotación* de los trabajadores. Y también veremos que la forma de esa explotación cambia, atraviesa diversas etapas de *subordinación* del trabajo al capital; etapas en las cuales el contenido del trabajo y de las habilidades del trabajador sufren una *degradación* permanente. Como esa degradación cumple un rol en la expansión de la plusvalía, el capitalismo tiende a embrutecer la masa de la población, no importa lo que digan sus apologistas sobre las virtudes de la tecnología: en esta sociedad, las máquinas por estar en manos del capital son enemigas del proletariado, el único y verdadero productor de la sociedad capitalista. Pero para entenderlo (y comenzar ya esta nueva etapa del viaje) es necesario preguntarse por la naturaleza del trabajo mismo; esa actividad tan menospreciada por los que gobiernan pero que parece ser tan importante para la vida humana.

1. Con el sudor de tu frente

En un sentido muy general, el trabajo es una actividad humana por excelencia. Los animales no "trabajan" en el sentido en el que

aquí definimos ese acto, porque él implica la concepción y la ejecución como actividades separadas. El actuar de acuerdo con un plan, siempre modificable y perfectible, distingue el trabajo humano de la actividad animal: una abeja hace siempre lo mismo, igual que un hornero, porque están instintivamente condicionados. Aunque a medida que se asciende en la escala animal parece que este condicionamiento se hace más laxo y aparecen actitudes muy cercanas a las humanas (como nuestros amigos de Gombe); la diferencia que separa a los animales más astutos del más tonto de los seres humanos es tan visible, que no hace falta seguir argumentando. La capacidad de pensar, es decir, construir una imagen mental de lo que se hará luego, ha sido desarrollada por los seres humanos hasta un nivel incomparable con cualquier otro ser vivo: pueden construirse en la imaginación universos enteros que luego serán llevados a la materia concreta por quien los ideó o por otros.

Así descrito, parecería que "trabajar" es toda actividad humana consciente. Y en algún sentido es efectivamente así. Sin embargo, una definición de este tipo le quita toda especificidad al concepto. Porque hay muchos tipos de actividades humanas conscientes y no todas son trabajo. Trabajo, en sentido más específico, es el proceso por el cual el ser humano reproduce su vida intercambiando con la naturaleza. Es una actividad necesaria, no importa la forma social en que se desarrolle, porque de no realizarse no tendría lugar la vida humana misma, esa cosa primordial. Es, por ende, el reino de la necesidad; es la negación de la libertad, insisto, sin importar la forma social bajo la que se desarrolle. Por lo tanto, si trabajar es una actividad necesaria, obligatoria para reproducir la vida, significa que hay actividades que no son "trabajo"; no habitan en ese mundo tan desagradable en el cual las cosas deben hacerse sí o sí, sino que, por el contrario, se constituyen en el ámbito de la "libertad": el deporte (*amateur*), el amor (por amor), el arte (no mercantil), etcétera. Estas actividades no son "necesarias" si se entiende por tal la producción material de la vida. La vida podría continuar su marcha sin ellas. Sería muy aburrida, pero no dejaría de ser vida. Estas actividades no son trabajo, porque el trabajo está constituido por todas aquellas

actividades conscientes cuya finalidad es la producción y reproducción de la vida humana. ¿Eso quiere decir que lo que yo hago no tiene valor, no tiene utilidad, no sirve?, podrían preguntar azorados mis amigos artistas, ya prontos a retirarme el saludo. No para producir y reproducir la vida, sí para hacerla más específicamente humana, es decir, para construir el reino de la libertad, de todas aquellas acciones que no tienen otra finalidad que arrancarnos de las funciones meramente animales, naturales. Si esto no les parece importante…

Pero, ¿es *necesario* que siempre exista esa actividad *necesaria* que nos despoja *necesariamente* de nuestra libertad? No, no es necesario. De hecho, la humanidad ha venido luchando contra ese reino de la necesidad con una estrategia que se ha manifestado más que eficiente: el aumento de la productividad del trabajo. En efecto, a medida que aumenta la capacidad de la humanidad para actuar sobre la naturaleza y someterla a sus intereses, aumenta el reino de la libertad. Ese aumento se manifiesta en el desarrollo del tiempo libre, frente al tiempo de trabajo. Sin tiempo libre no puede haber libertad. La expansión del tiempo libre es, entonces, una función de la tecnología. El lector me mira con cara de extrañeza y se larga: ¿Ah, sí? ¿Y por qué en este último siglo, tan pletórico de resultados tecnológicos, la jornada laboral se alarga en vez de achicarse? Por una razón sencilla: porque el trabajo no se presenta en la sociedad humana en su forma abstracta, sino en una forma concreta, es decir, organizado por relaciones sociales. En lo que llamamos "edad de piedra", las relaciones sociales igualitarias no ponían ningún límite al tiempo libre disponible de ningún miembro de la comunidad, pero ese tiempo libre era escaso porque la productividad del trabajo era baja. Aunque había mucho tiempo libre en épocas de caza abundante, la vida humana no superaba en promedio los treinta años, de modo que la suma total era más bien exigua. La aparición de las sociedades de clase, basadas en una productividad del trabajo mayor, expanden la frontera del tiempo libre pero no para todos, sino siguiendo líneas de clase. El faraón y la nobleza egipcia disponían de abundante tiempo libre a costa del trabajo de los campesinos. Sin esclavitud no hay filosofía, porque filosofar requiere mucho tiempo libre, sostenía

Aristóteles, ese esclavista tan consecuente. Una sociedad donde la productividad del trabajo es baja sólo puede incrementar el tiempo libre para algunos a costa del trabajo de la mayoría.

Hoy día el capitalismo podría ofrecer muchísimo tiempo libre (porque ha multiplicado la productividad del trabajo de una manera exponencial), reduciendo la jornada de trabajo mundial a menos de cuatro horas diarias. ¿Cómo? Con sólo poner a trabajar a la población inútil (curas de todo credo, policías, fuerzas armadas), a las que realizan trabajo improductivo (todo el sector mercantil y financiero), a los que trabajan para apropiarse del trabajo ajeno (la burguesía) y a los desocupados, en general (que suman un par de miles de millones en todo el mundo). Si a eso se le suma la potencia de la tecnología que no es puesta en funciones por razones económicas y políticas, ¡bingo! A descansar. En lugar de eso, el capitalismo ofrece una vida libre de preocupaciones para un pequeño porcentaje de la población y largas horas de tediosa y embrutecedora tarea para las mayorías. A lo que hay que sumarle las no menos largas horas de los millones de desocupados, cuyo tiempo libre no es libertad sino angustia, miedo y desesperación. Si algo ha hecho bien el capitalismo es el gigantesco avance de la productividad del trabajo, que va aboliendo la necesidad misma del trabajo. Si queremos recibir los beneficios de semejante avance, es necesario abolir el capitalismo. Pero eso no debe hacernos olvidar que la base de la libertad es la expansión de la productividad del trabajo, la reducción de la jornada laboral, no la justicia con la que se distribuyan penas y alegrías. Por eso los socialistas insistimos en que lo que queremos hacer es abolir el trabajo mismo, no sólo su forma capitalista (le aclaro que para develar este misterio hay que esperar al tercer tomo de la trilogía…).

Volvamos al trabajo, al concepto, quiero decir. La actividad de trabajar se plasma en un proceso por el cual la naturaleza es transformada a los efectos de producir y reproducir la vida. El *proceso de trabajo* es "una actividad orientada a un fin, el de la producción de valores de uso, apropiación de lo natural para las necesidades humanas, condición general del metabolismo entre el hombre y la

naturaleza, eterna condición natural de la vida humana y por tanto independiente de toda forma de esa vida, y común, por el contrario, a todas sus formas de sociedad", Marx *dixit*. Como ya dijimos, todo proceso de trabajo está inserto en un *proceso de producción* cuya naturaleza específica depende de las relaciones sociales que lo constituyen. De modo tal que, estrictamente hablando, todo proceso de trabajo junto con todo proceso de producción es siempre expresión de la relación que los seres humanos establecen con la naturaleza, con el fin de transformarla para reproducir su vida, mediada por las relaciones que tejen entre ellos mismos. Esas relaciones constituyen a esos seres humanos en otra cosa: ya no simples seres humanos, sino individuos de carne y hueso históricamente situados, es decir, en clases sociales (si es que se trata de sociedades de clase). En el caso del capitalismo, una más de las muchas sociedades de clase que han existido, como ya sabemos, se trata de dueños de los medios con los cuales se produce la vida —*medios de producción*— y dueños de la capacidad de trabajar —de *la fuerza de trabajo*—. El proceso de producción *en su forma capitalista* resulta de la unidad del *proceso de trabajo* y del *proceso de valorización*.

¿Qué es este proceso de *valorización*? Es el proceso por el cual se produce valor, es decir, por el cual no se crean simplemente bienes de *uso*, cosas "útiles", sino cosas útiles para vender, valores de *cambio*. El objeto de la producción capitalista no es producir cosas, sino producirlas para venderlas y así obtener, claro, una ganancia. Es más, la ganancia es el fin real de la producción capitalista; se produce para la ganancia. *Valorizar* un trabajo significa realizar una ganancia para el capitalista. El obrero, el productor no se enfrenta a sus necesidades en forma directa ni intermediada simplemente por el mercado; no produce directamente para sí (como lo haría un campesino) ni para el mercado (como lo haría un artesano), sino para un capitalista. Y no produce valores de uso para el capitalista (como lo haría un campesino para el señor feudal), sino valores de cambio, productos para ser vendidos en el mercado. En el precio que finalmente se fije en el mercado estará incorporada una parte de valor que el obrero produjo y del cual se

apropiará el capitalista. De modo que, ¿cómo produce el obrero sus medios de vida? Trabajando para el capitalista, produciendo una ganancia para él (para el capitalista). ¿Cómo "produce" el capitalista sus medios de vida? No los produce, los hace producir por el obrero. Adivinó: la ganancia. De modo que en la sociedad capitalista, trabajar quiere decir producir ganancia. Sólo a través de producir ganancia se puede aspirar a producir y reproducir la vida.

Esta conclusión tiene derivaciones insospechadas, pero que explican el secreto de la existencia humana en la sociedad capitalista. El obrero que cree (usted, compañero, por ejemplo) que el principal motivo por el cual trabaja es mantener a su familia, se equivoca; el principal motivo por el cual trabaja es producir ganancia para el capitalista. Usted que cree que daría su vida por evitar que a su familia le falte algo, se equivoca: está dando su vida por la felicidad del capitalista, para que a su familia (la del capitalista) no le falte nada y a la suya (compañero) le falte de todo. Trabajar en la sociedad capitalista no es simplemente producir y reproducir la vida. ¿Existe algo más hermoso que eso, que ver el torrente inmenso de la vida llenándolo todo? No, yo creo que no. Pero en la sociedad en que vivimos, la sociedad capitalista, el espectáculo maravilloso de la vida no constituye su finalidad. No. La ganancia sí. Por eso trabajar, esa actividad tan humana, tan específicamente humana, tan bellamente humana, es en esta sociedad sinónimo de dolor, de pena, de sufrimiento. No casualmente el trabajo —la actividad que ha creado a la humanidad misma— ha venido a identificarse con los valores cristianos: trabajar viene de tripaliare, que en latín quiere decir "torturar". El tripalium era un instrumento de tortura, y la tortura fue el instrumento judicial por excelencia de la Inquisión. Así, laborar, trabajar, se transforma en sinónimo de sufrimiento, de dolor. La Iglesia Católica, el peor engendro de las sociedades de clase, se ha encargado de repetirlo hasta el hartazgo: parirás con dolor —dolor es el amor— adorarás con dolor la imagen de un hombre eternamente torturado, es decir, clavado al dolor. No extraña, entonces, que haya logrado aclimatarse tan bien en una sociedad donde crear y recrear la vida, esa maravilla, es un acto doloroso.

2. El tiempo es oro

"El tiempo es oro", como esa otra audacia literaria de la imaginación radio-televisiva: "el tiempo es tirano", es una frase vulgar y corriente, de las más vulgares y corrientes. Y, sin embargo, entraña una gran sabiduría, propia de la sociedad capitalista; el tiempo es la medida de la ganancia, sangre y vida de los capitalistas. Julio Cortázar, en una narración muy angustiante, señala que cuando a uno le regalan un reloj, ha sido aherrojado al artefacto en lugar de transformarse en su propietario. Julio (perdónenme que lo llame así, tan querido que me resulta) cometía, en términos estrictamente filosóficos, un error. Un error grave en un filósofo o un economista, aunque perfectamente perdonable en un escritor; error que en la literatura marxista se conoce como "fetichismo" y cuya naturaleza usted ya conoce: atribuirles a los objetos una potencia que no tienen, que en realidad deriva de las relaciones según las cuales viven los seres humanos usuarios de esos objetos. No es el reloj el que nos esclaviza, aunque es inevitable que lo pensemos a poco que notamos que toda nuestra vida está ritmada severamente, y que es este aparatito el que nos lo recuerda con cruel precisión y con una efectividad variable, según la calidad que posea. No es lo mismo, claro está, un reloj de "afamada marca suiza", que uno comprado en el Once, marca "súper guoch" o algo así. La "calidad" también varía según quien lo maneje: el reloj de los patrones, por ejemplo, siempre adelanta para entrar y siempre atrasa para salir. Pero, con o sin fetichismo, Julio tiene razón en algo: ninguna otra sociedad ha tenido tal pasión por la medición del tiempo; pasión que puede verse en el poder de las máquinas que compramos, capaces de soportar sumersiones profundas sin alterarse o de contar por milésimas de milésimas de milésimas de segundos. Que es una obsesión que tiene mucho de ridículo, se aprecia al percatarse uno de la cantidad de gente que es incapaz de correr cinco metros sin jadear, y de nadar siquiera en una palangana y que, sin embargo, se compra "cronómetros de precisión", sumergibles a "30 metros de profundidad". Efectivamente, el tiempo es una obsesión, como el oro, y es parte del disciplinamiento de nuestra vida, comparable a cualquier tiranía.

Pero esta obsesión por el tiempo no es pareja ni es sentida por todos igual: para los obreros es un síntoma de la tiranía del salario, para los patrones es uno de los instrumentos de la tiranía que ejercen sobre el trabajo. Ahora bien, ¿por qué los capitalistas están obsesionados con el tiempo? Volvamos a los fundamentos. La pregunta del millón es la siguiente: ¿qué es lo que hace que las cosas valgan, que tengan un valor? La causa del valor de las cosas, el secreto de la riqueza, es el trabajo humano. Usted ya lo sabe porque lo vimos en el capítulo anterior. Sigamos repasando: si todo es trabajo, el contenido de la riqueza es el trabajo. ¿Y cuál es la medida del trabajo? El tiempo. El valor de algo se mide a partir de la cantidad de trabajo incorporado al producto. Esa cantidad se mide en tiempo, en tiempo de trabajo. En consecuencia, las cosas tienen el valor que equivale a la cantidad de trabajo que se les ha incorporado, medido en tiempo. Algún lector astuto (pero despistado, porque ya lo vimos) objetará que no es lo mismo el tiempo de trabajo de un ingeniero, que el de un simple peón, pero resulta una objeción débil que podemos evacuar repitiendo lo que ya dijimos: se puede reducir el trabajo complejo a trabajo simple. ¿Tengo que recordarle lo del trabajo necesario?

Si esto es así, de nuevo, todo lo que es en el mundo de la economía, es decir, todo lo que vale es trabajo y se mide en tiempo, en trabajo incorporado expresado en unidades de tiempo. En el mercado, el *precio* (repito: la expresión monetaria del valor, la expresión en unidades de moneda del valor) equivaldrá a la suma de esas unidades de tiempo. Ahora bien, lo que el obrero hace es trabajar, es decir, crear valor; pero no trabaja en el vacío social, sino en una sociedad concreta: el capitalismo. Y como ya vimos, los obreros se caracterizan por su carencia de medios de producción, de los medios que sirven para producir y reproducir la vida. Pero para trabajar, para poder crear valor, es necesario entrar en relación con los medios de producción. ¿Cómo puede, quien no los posee, entrar en relación con medios de producción de los que carece? Por otra parte, el capitalista se caracteriza por poseer los medios de producción pero, constatación elemental que ya hicimos en el capítulo anterior, no

es él quien los utiliza (puede que doña Amalia Lacroze de Fortabat trabaje mucho como gerente de sus empresas; lo que está claro es que resulta un tanto difícil imaginarla pala en mano embolsando cemento, tanto como a Macri ajustando tuercas o a Pérez Companc sucio de petróleo en pleno campo). Tenemos, entonces, a quien desempeña una actividad pero que carece de los elementos (vamos todos: los medios de producción), y a quienes aspiran a no hacerlo pero tienen con qué (tranquilo, no hace falta ya repetirlo). ¿Cómo se resuelve esta contradicción? Fácil: el obrero trabajará con los medios del capitalista. El capitalista contratará al obrero para realizar su actividad (trabajar) con sus (del capitalista) medios de producción. Ese contrato incluye una compra-venta: el obrero vende al capitalista una cantidad determinada de su *capacidad de trabajar*, no su trabajo, que es el resultado de la actividad de trabajar y que pertenece al capitalista porque compró todos los elementos necesarios, los medios de producción, pero también la capacidad para trabajar. El obrero vende, entonces, no su trabajo sino su *fuerza de trabajo*, que no es otra cosa que su capacidad para trabajar. La vende por un tiempo determinado durante el cual deberá producir valor.

¿Por qué esta diferencia entre trabajo y fuerza de trabajo, sobre la que insistimos ya varias veces, es tan importante? Porque ocultar esa diferencia es la forma que tiene la burguesía de ocultar la explotación del trabajo. En efecto, cuando se demanda a la burguesía por la forma en que trata a los trabajadores, suele contestar, suelta de cuerpo, que cada uno se lleva lo que puso. Lo dice en otros términos, pero lo dice. En sus palabras, el producto social es resultado del aporte de tres "socios": el capital, el trabajo y la tierra. El capitalista pone el capital, el terrateniente pone la tierra, y el obrero el trabajo. Lógico es, en consecuencia, que se lleven lo que corresponde: el capital, la ganancia; el terrateniente, la renta; el obrero, el salario. Así, cada forma de ingreso (ganancia, renta, salario) corresponde a un aporte determinado al proceso productivo. Entonces, los obreros "aportan" su trabajo y se les paga por ello. La propia burguesía se encargó de demostrar que los terratenientes eran parásitos, puesto que la tierra está allí desde que el mundo existe y no le costó trabajo

a nadie. No tiene, por consiguiente, valor alguno y su precio es una simple extorsión del terrateniente sobre el conjunto de la sociedad. De modo que nos queda por aclarar el origen de la ganancia y del salario. Empecemos por este último.

¿Qué hace el obrero todos los días al despertar? Marcha a la fábrica, al comercio, al banco, donde sea, a trabajar. ¿Lleva algo consigo? No mucho más que su cuerpo, alguna ropa de fajina y un sanguchito. Si el obrero aportara su trabajo, uno esperaría que partiera con algo más. En efecto, ¿qué es el trabajo? El trabajo como tal no existe como algo distinto de las cosas en que se corporiza. El trabajo correspondiente a un auto está corporizado en el auto mismo. De modo tal que si un obrero de la Ford vendiera "trabajo", tendría que salir de su casa con el auto terminado, llegar a la fábrica y entregarlo. Y la fábrica, en vez de ser el ámbito donde se trabaja, sería el lugar donde se recibe el trabajo ya hecho. Cualquiera sabe que las cosas no funcionan así. Porque para poder hacerlo de esta manera, cada obrero debería tener en su casa las herramientas, las materias primas y el espacio físico para fabricar el auto; debería ser dueño de los medios de producción. Y ya sabemos que así no es.

En realidad, la imagen de la sociedad capitalista que la burguesía quiere que aceptemos no describe a una donde dominan las relaciones asalariadas, sino donde el obrero es en realidad otra cosa: un artesano. Los artesanos, efectivamente, venden trabajo. Tienen en su casa herramientas, materias primas, condiciones de trabajo adecuadas (un "tallercito"), y confeccionan allí sus productos. Luego, toman su "trabajo" corporizado en lo que hayan hecho, y lo llevan al mercado (que puede ser su propia casa, como los zapateros o las costureras). Los artesanos venden "trabajo". Hacia fines de la Edad Media el artesanado era una clase muy numerosa y siguió siéndolo, aunque en forma menguante, durante los siglos XVI a XIX, cuando el capitalismo comenzó a atacarla política (con la eliminación de los privilegios gremiales) y económicamente (con la manufactura primero y la gran industria después). Hoy día, lo más parecido a esa clase artesanal, que proveía de todos los bienes no agrarios necesarios para la vida cotidiana, es el artesano de feria,

que sólo puede sobrevivir a partir de la producción de artículos de lujo (aunque en muchos casos sean simples aros de alambre de cobre). Es decir, como clase necesaria, el artesano ha desaparecido hace rato ya. Pues bien, cuando Smith, Ricardo y otros clásicos de la economía política sostenían que el obrero vendía "trabajo", en realidad estaban haciendo alusión a una realidad pasada, a la producción artesanal. El obrero, cuando va a la fábrica, lo que lleva consigo no es su trabajo, sino su capacidad para trabajar, eso que hemos denominado *fuerza de trabajo*.

Entonces, si lo que el capitalista compra (y el obrero vende) no es trabajo, sino fuerza de trabajo, el salario no es, como ya lo adelantamos, el precio del trabajo sino de la fuerza de trabajo. Es aquí donde el asunto se pone interesante. Porque si el obrero cobrara por su trabajo, ¿de dónde sale la ganancia del capitalista? Recuerde lo que hablamos en el capítulo anterior sobre las justificaciones que la burguesía ha elaborado acerca de su derecho a gobernar el mundo. La primera de todas esas justificaciones consistía en defenderse como clase productiva. La burguesía pretendía "producir" ella una parte de la riqueza social. Esa "producción" se corporizaba en el capital. En términos que luego se iban a identificar con la Escuela Neoclásica, la burguesía sostenía que ella se "abstenía" de consumir el producto de su trabajo, esa abstención permitía formar un fondo de capital que, una vez puesto en marcha, podía tomar al trabajo como uno de sus componentes. La ganancia era entonces el premio a esa abstención que, acumulada, se llamaba capital. El capital creaba valor en la medida de su magnitud y ese valor nuevo creado retornaba al capitalista bajo la forma de ganancia. Pero el capital no produce valor nuevo, simplemente transfiere el viejo a una nueva forma: tengo una botella de agua y diez vasos, reparto el agua y tengo ahora un producto nuevo, a saber, diez vasos de agua. El capitalista pretende que el agua y los vasos han "producido" valor nuevo, pero es fácil de ver que no; simplemente repartí el valor existente, no tengo ni un mililitro más de agua ni un pedacito más de vidrio. Tengo exactamente lo mismo que antes, lo que puede probarse por el simple expediente de volver el agua a la botella.

La diferencia, el valor nuevo, el que ahora tenga el agua repartida, no brotó espontáneamente de la botella y los vasos. Fue necesario que interviniera trabajo humano en la persona del obrero. Si hay algo nuevo en todo este asunto, ha sido introducido por el trabajo, no por el capital. De modo que la ganancia no pudo salir de nada producido (o "aportado") por el capitalista. Los medios de producción (las máquinas, materias primas, etcétera) se recuperan automáticamente porque pasan al precio como *trabajo muerto*: en el precio de cada producto hay una parte que corresponde al valor de las máquinas, las materias primas y todo otro componente del proceso productivo. Las máquinas, las materias primas, todo lo que se usa en la producción, a excepción de la fuerza de trabajo, carecen de la capacidad de producir valor excedente. Simplemente transmiten su valor al producto como la botella, el agua y los vasos. La contabilidad y sus esclavos, los contadores, reconocen este fenómeno a través de la cuenta "amortización", que va descontando ejercicio a ejercicio el desgaste de la maquinaria. Bueno, dirá el compañero, pero ese trabajo muerto es propiedad del capitalista… No, si el obrero expande la masa de capital con nuevo trabajo, con trabajo excedente, crea entonces nuevos medios de producción que van a parar a manos del capital. Es decir, a la corta o a la larga lo que "pone" el capitalista se compone simplemente de puro trabajo ajeno, de trabajo de los obreros. En resumidas cuentas, el capitalista no aporta nada. El capital no es más que plusvalía capitalizada, es decir, trabajo excedente del cual se ha apropiado el capitalista.

Insistamos con la pregunta: si al obrero se le paga su trabajo, y las materias primas y máquinas simplemente transmiten el valor viejo, ¿de dónde sale la ganancia del capitalista? Antes de reconocer que al obrero no se le paga por su trabajo, sino por la fuerza de trabajo, los capitalistas han intentado demostrar que sale de otro lado, que sale, por ejemplo, del comercio: al precio de costo se le agrega un porcentaje que es la ganancia. Pero, si eso fuera así, significaría que las mercancías no se venden a su valor, sino por encima. Lo que quiere decir que si A le vende a B una mercancía por encima de su valor, B tiene que comprársela con otra mercancía

por debajo de su valor. Así, A tendría una ganancia y B una pérdida. Porque si B vendiera su mercancía por encima de su valor, igual que A, ninguno de los dos tendría ganancia porque se estarían estafando mutuamente. Dado que una economía de intercambios generalizados tendría tantos estafadores como estafados, el resultado general sería la desaparición de la ganancia. Y una economía de intercambios generalizados no puede funcionar sobre la base de la estafa de una pequeña minoría sobre las mayorías, porque además dichas mayorías tarde o temprano se fundirían de tanto vender sus mercancías por debajo de su valor.

No. Una economía desarrollada solo puede funcionar a través del intercambio de equivalentes, es decir, de intercambiar mercancías a su valor. De modo que, no saliendo del capital mismo ni de la venta, si el capitalista le paga al obrero su trabajo no hay ganancia. Pero dado que el capitalismo no puede vivir sin ganancias, o el capitalismo ya desapareció y no nos dimos cuenta, o la ganancia surge de otro lado. Como el capital, mal que nos pese a los marxistas, está vivito y coleando; la ganancia debe tener otra explicación. Revisemos una vez más qué es lo que hace el obrero cuando sale de su casa.

Dijimos que el obrero parte de su hogar llevando su capacidad para trabajar, que es lo que vende al capitalista. Ahora bien, ¿cuál es el valor de la *fuerza de trabajo*? Igual que cualquier mercancía, su valor se determina por la cantidad de bienes necesarios para que ella exista: los alimentos que el obrero come, la ropa con la que se viste, la habitación que lo cobija, pero también los gastos en educación y, aún más, los gastos en esparcimiento, comodidades, etcétera. Existe, pues, un componente biológico en el valor de la fuerza de trabajo (que si no se cubre, algo que suele ocurrir demasiado a menudo, provoca la desaparición física del obrero) y un componente "moral", "espiritual", "cultural", que depende de lo que los obreros piensan que es un derecho adquirido por ellos (ir a la cancha todos los domingos, tener un auto, comprar ropa de marca, etcétera), y que fue logrado (y perdido) luego de arduos combates. Ese valor de la fuerza de trabajo también se expresa en un precio, el precio de la fuerza de trabajo, el *salario*. El salario, entonces, no

es el precio de todo el valor que el obrero produce, sino sólo de una parte: la parte que corresponde al valor necesario para reproducir su propia fuerza de trabajo. El capitalista se encuentra en posesión de todos los elementos necesarios para producir: los medios de producción y la capacidad de transformarlos. ¿Cuál es el problema? El capitalista debe asegurarse de que el obrero trabaje, que realice esa actividad que crea valor. Y en una medida que sea suficiente para: a) recuperar el valor gastado en fuerza de trabajo; b) obtener una ganancia, es decir, su propia fortuna. Que se dividirá en una mayor expansión del capital y en sus gastos personales. El obrero debe producir una ganancia para el capitalista, además de producir una cantidad de valor suficiente para recuperar el valor consumido de la fuerza de trabajo, para recuperarse a sí mismo como trabajador, para poder seguir vivo y estar al otro día nuevamente de pie junto al cañón. ¿Cómo se hace esto? Sencillo: para reproducir la fuerza de trabajo hay que gastar una cantidad de energía en producir los bienes con los que ella se nutre. Es decir, para producir la fuerza de trabajo, como para producir cualquier mercancía, hace falta una cierta cantidad de trabajo. El salario no es más que una cantidad de trabajo bajo la forma de moneda, que servirá para intercambiarse por una cantidad igual de trabajo bajo la forma de mercancías necesarias para reproducir la fuerza de trabajo —desde papas a vestidos, transporte, una cama para dormir y todas las cosas que uno consume diariamente—. De modo tal que la jornada de trabajo de todo obrero contendrá necesariamente una cantidad de tiempo de trabajo, que sea suficiente para generar tanto valor como el que cuesta la fuerza de trabajo. Llamamos a esa parte de la jornada *tiempo de trabajo necesario* y podemos graficarla como sigue:



Ya sé que no se trata de ningún prodigio de la representación gráfica, pero verá que la cosa se complica. Porque esa simple línea representa el tiempo de trabajo necesario que será remunerado por

el salario. Como los obreros suelen ser egoístas, tienen la pretensión de marcharse del trabajo si bien pueden. Por lo tanto, terminadas esas cuatro horas se pararán en la puerta de la fábrica y dirán: "He hecho mi parte en el asunto, te vendí mi fuerza de trabajo; el trabajo que he realizado ya alcanza al valor necesario para reproducirla y, como vos decís que las máquinas y las materias primas producen el valor excedente que es tu ganancia, no tiene objeto que aquí me quede". El capitalista, que habrá leído todos los teóricos de la burguesía que sea, que incluso habrá defendido tales teorías a voz en cuello, no tendrá empacho sin embargo en prohibirle la salida al obrero, porque sabe que a esta altura de la jornada, si el trabajo realizado equivale al valor de la fuerza de trabajo, todavía no existe ganancia alguna. Por lo tanto, ni loco se moverá de la puerta ni dejará salir al trabajador, quien deberá volver a lucir su *overall* y pararse frente al torno una vez más.

Supongamos que el capitalista es humano, después de todo, y sólo lo obliga a quedarse cuatro horas más. Notaremos que la jornada estará dividida en dos:

a_________4hs________b________4hs__________c
1 2

La parte 1 corresponderá al tiempo de trabajo necesario para la producción de la fuerza de trabajo. Pero a ella se ha añadido un tiempo suplementario, excedente en relación a las necesidades de la fuerza de trabajo. La parte 2 será para la producción de la ganancia. Esto es lo que los marxistas llamamos explotación: el capitalista no roba al obrero puesto que le paga el valor de su fuerza de trabajo, que el obrero vendió voluntariamente (puesto que tenía la libertad de morirse de hambre), y se la paga a su valor. Una vez vendida la fuerza de trabajo, la obsesión del capitalista es explotarla, es decir, hacerla trabajar más tiempo del necesario, de hacerla producir más valor (la plusvalía, ¡sí!) del necesario para reponer el valor que ella ha costado.

Revisemos un poco más la idea de explotación. Según cuenta John Vidal, uno de los puntos que McDonald`s discute con nuestros amigos anarquistas es la idea de que sus empleados son "explotados".

En la sesión final, el abogado de la empresa habría señalado que la afirmación de Morris y Steel, de que los salarios de McDonald`s eran bajos y las condiciones de trabajo malas, debían considerarse como parte de la difamación. Parece evidente —debiera parecerlo ya para nuestro lector— que lo que Mc llama "explotación" no es lo mismo que lo que nosotros hemos designado con esa palabra. Pareciera que, para los creadores de la mayor columna de carne cocida de la historia de la humanidad, "explotación" quiere decir "maltrato" o "pago por debajo de la norma legal". Es probable que McDonald's tenga razón y que ni maltrate a sus empleados (no más, al menos, que el común de los burgueses) ni pague por debajo de la norma legal. Y sin embargo, eso no libra al payaso Ronald de ser uno de los símbolos máximos de la explotación del trabajo y de la dictadura del capital en la sociedad contemporánea. Una crítica superficial del capitalismo consiste en describir situaciones de miseria y las malas condiciones laborales. ¿Por qué es una crítica débil? El lector ya debiera haberse dado cuenta: cualquier obrero, sea su salario más alto (o más bajo) que el promedio y sus condiciones laborales las mejores (o las peores), por el sólo hecho de ser obrero es explotado. No hay salario justo (en el sentido de que excluya la explotación), porque en el salario ya está incorporada la explotación. Aclaremos, para la justicia burguesa el obrero ha vendido algo y se le pagó a su valor. Pero por algo se representa a dicha señora con los ojos vendados: lo que no ve, lo que no quiere ver, es la explotación, la extorsión con la que los capitalistas obligan al obrero a trabajar más allá de lo necesario. Esto nos permite remarcar que la explotación no es una categoría moral, sino técnico-económica: describe la realidad del mundo de la economía con una precisión que se les escapa a todos los economistas burgueses. La clave de la crítica al capitalismo no es llorar por el monto del salario, sino poner en primer plano la extracción de plusvalía sobre la base del trabajo forzado. No se trata de la crítica al salario "bajo", sino al salario mismo. Veamos si con el siguiente cuadro nos queda más claro:

Precio = Valor de los materiales	utilizados y de las condiciones e instrumentos de producción (edificios, herramientas, etcétera) (capital constante)	valor de la fuerza de trabajo (capital variable)	plusvalía

Trabajo indirecto Trabajo directo

En el precio de toda mercancía concurre una suma de valores. Valores preexistentes, es decir, que ya están antes del proceso productivo: las materias primas, las condiciones e instrumentos de producción, todo lo que llamamos capital constante; más el capital variable, la fuerza de trabajo. Ahora bien, el capital constante, que se llama así porque no crea valor nuevo, pasará al precio de la mercancía en la magnitud en que haya sido consumido en ella. Si una máquina puede fabricar mil pares de zapatos, su valor en cada par será equivalente a la milésima parte de su valor total, igual que en cada vaso había un décimo de agua. Este trabajo ya viene dado, por eso se lo llama también trabajo "muerto" o indirecto, porque pasará a la mercancía a través de otra mercancía. La fuerza de trabajo se gastará en el proceso y su valor pasará a la mercancía, corporizándose en un trabajo directamente aplicado durante el proceso. Ahora bien, si la fuerza de trabajo no pudiera producir más valor que el que ella representa, no podría haber explotación. La fuerza de trabajo tiene la cualidad, que no tiene ninguna otra mercancía, de producir más valor que el que ella misma cuesta. Por eso, en el tiempo de trabajo incorporado a toda mercancía hay una masa de valor que excede al necesario a la fuerza de trabajo; un plusvalor, la plusvalía. Cuando el capitalista vende en el mercado su mercancía, no precisa agregarle ningún porcentaje por encima de su valor: con sólo venderla a su valor obtendrá la plusvalía, que es la fuente de su ganancia. No necesitará estafar al consumidor porque

ya ha explotado al obrero: la fuerza de trabajo es trabajo a cambio de salario; la plusvalía es trabajo gratuito, trabajo a cambio de nada.

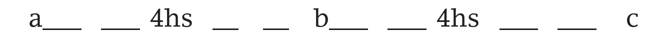
Como el lector es inteligente, se dará cuenta inmediatamente de que cuanto más se extienda la parte 2 de la jornada, mayor será la ganancia. Podemos representarlo de la siguiente manera:



A las cuatro horas de trabajo necesario (fuerza de trabajo, salario) y a las cuatro de trabajo excedente (plusvalía, ganancia) se le agregan cuatro más, que constituyen un nuevo excedente. Ahora la jornada de trabajo se compone de cuatro horas de trabajo necesario y ocho de trabajo excedente, de plusvalía. Por eso los capitalistas siempre están desesperados por alargar la jornada de trabajo. A este método se lo denomina plusvalía absoluta, porque consiste en alargar en forma absoluta la jornada de trabajo. ¿Se empieza a entender ahora el porqué de la obsesión capitalista por el tiempo? Espere que hay más.

Si prestamos atención a toda jornada de trabajo, notaremos que no está compuesta por trabajo puro, que todo el tiempo de la jornada está compuesto por momentos de trabajo y momentos de no-trabajo. No sólo porque el obrero —egoísta como siempre— se va al baño a cada rato, holgazanea y comete otras maldades por el estilo, sino porque el mismo proceso de trabajo genera huecos de no-trabajo. Veamos un ejemplo: si uno tiene que atornillar motores, tendrá que ir a buscar el motor, poner el tornillo y darle con la llave. El trabajo consiste en "darle con la llave", ésees el momento en el que se agrega valor; ésees el tiempo de trabajo real cuando la fuerza de trabajo actúa sobre la materia. El tiempo de desplazamiento es un tiempo que para el capitalista está "muerto", porque no es tiempo de producción de valor. De modo que una obsesión del capitalista es reducir esos tiempos muertos. Por ejemplo, puede destacar a un obrero para que acerque los motores a los que atornillan, quienes ahora no perderán tiempo. Y como su obsesión no tiene límites, inventará una cadena que transportará automáticamente los motores para que ni siquiera

haga falta un obrero suplementario. Y como su obsesión poco límite tiene, acelerará el paso de la cadencia para que los motores se sucedan uno tras otro y el obrero no tenga tiempo ni para respirar. ¿Ya le hablé de *Tiempos modernos*, donde Chaplin, a fuerza de seguir una cadencia cada vez mayor, termina tragado por la máquina? Esto se llama también plusvalía absoluta, pero no se obtiene alargando la jornada de trabajo en extensión sino por intensidad. Veamos otro logro de la técnica de la representación gráfica:



Lo que vemos ahora es la representación más fiel de una jornada de trabajo, es decir, donde hay tiempo de trabajo y tiempos muertos que se corresponden con espacios vacíos. Si prestamos atención, hay cuatro secciones llenas y cuatro vacías en cada una de las partes de la jornada, o mejor, que hay cuatro medias horas de tiempo de trabajo intercaladas con cuatro medias horas de tiempo muerto. La jornada real de trabajo es diferente de la que marca el reloj; en lugar de las ocho horas de trabajo hay cuatro de trabajo y cuatro de no-trabajo. La jornada real es de cuatro horas. Pero como el capitalista ha pagado por ocho, puede decidir llenar esos espacios vacíos con trabajo. Para llenar esos poros de no-trabajo, el capital inventa todas las porquerías que puede a fin de intensificar el trabajo. La representación sería la siguiente:

a____________ 4hs b___________ 4hs c

En esta nueva versión, tenemos siempre la misma jornada según reloj, ocho horas, pero en lugar de una jornada real de cuatro horas tenemos una de seis, porque se han llenado dos horas de trabajo muerto con trabajo productivo. La intensificación del trabajo, entonces, alarga la jornada real de trabajo sin alterar su duración horaria. ¿Se entiende un poquito más por qué los capitalistas están obsesionados con el tiempo? Espere que todavía falta.

Plusvalía relativa. ¿Que qué es? Una vuelta de tuerca en la explotación del trabajo. La plusvalía absoluta consistía en aumentar la jornada de trabajo, ya sea alargándola o intensificándola. La plusvalía relativa procede por alterar las proporciones relativas de las dos partes de la jornada, reduciendo el tamaño del tiempo necesario, es decir, rebajando el valor de la fuerza de trabajo. No hay que confundir, como dice Joan Manuel, valor y precio: una rebaja salarial es una rebaja del precio de la fuerza de trabajo, pero eso no quiere decir que el valor se haya reducido. Me explico: el valor de la fuerza de trabajo, como el de toda mercancía, es igual a la cantidad de trabajo incorporado que tiene, desde los alimentos a la educación. El salario (como cualquier precio puede ser igual, inferior o superior al valor de la fuerza de trabajo) algo que pasa con cualquier mercancía. De modo que la relación valor-precio es elástica, no es fija, depende de las circunstancias. El lector ya se imaginará que cuando hay desocupación el precio de la fuerza de trabajo debe estar por debajo de su valor, mientras que en épocas de escasez debe ser al revés. A largo plazo, el promedio encaja valor y precio. Pero esto significa que una baja de salarios no equivale a una caída en el valor de la fuerza de trabajo. Un capitalista puede ser astuto y estafar a sus obreros por circunstancias favorables, pero difícilmente pueda sostenerlo una vez que cambien dichas circunstancias. Igual que cualquier mercancía, una baja sostenida del precio sólo puede darse si hay una caída del valor de la mercancía, es decir, si se utiliza menos trabajo para producirla. Y ello sólo puede suceder si se aumenta la productividad del trabajo en las ramas de la producción que concurren a su formación. Si en la fabricación de camisas ha habido una revolución técnica que hace que las camisas bajen de precio, porque ha bajado la cantidad de trabajo con la que se las confecciona, entonces, en el costo de producción de la fuerza de trabajo, el ítem "camisas" aportará menos trabajo. En consecuencia, el valor total de la fuerza de trabajo habrá bajado en la misma medida en que bajó el valor de las camisas. Lógicamente, la magnitud será muy pequeña, porque el valor de las camisas no representa un monto importante en la formación de la fuerza

de trabajo. Pero si el mismo movimiento se repite en cada uno de los ítems que concurren a la formación de la fuerza de trabajo, el fenómeno se hace importante. El resultado será que en la jornada de trabajo de cada obrero, el tiempo necesario para reproducir la fuerza de trabajo se reducirá:

a___2hs__b________6hs_______c
1 2

Ahora, la parte 2 de la jornada ha crecido a expensas de la 1, lo que es lo mismo que decir que el tiempo excedente, la plusvalía, ha crecido a expensas del tiempo necesario, la fuerza de trabajo. Por esta vía se ha incrementado la plusvalía sin alterar la jornada ni en intensidad ni en extensión. Este método de ampliación de la *plusvalía* se llama, ya lo dijimos, *relativa*.

Aunque ambos métodos, plusvalía absoluta y relativa, pueden separarse porque obedecen a causas distintas, normalmente el desarrollo de una estimula el de la otra. Así, la plusvalía relativa, basada en un aumento de la productividad del trabajo, suele dar por resultado población sobrante, lo que recrea la desocupación, instrumento que sirve a los capitalistas para incrementar la presión sobre los trabajadores y forzarlos a que acepten jornadas más largas e intensas. ¿Se da cuenta, por fin, por qué los capitalistas consideran que el tiempo es oro? Porque todo el secreto del capitalismo consiste en la administración del tiempo.

El lector se habrá percatado de que los obreros trabajan más de lo necesario. De lo necesario para ellos, que es como decir de lo necesario para la sociedad, en tanto los obreros son la mayoría absoluta de la población de cualquier país capitalista más o menos avanzado, como Argentina, para dar un ejemplo cercano. De la masa de plusvalía —es decir, de trabajo sobrante— se debe sacar una parte para la expansión de los medios de producción, el renglón destinado a "crecimiento". Pero otra parte va al consumo personal de los capitalistas. Piense el lector lo que esto significa (y cuyo desarrollo haremos en el tomo tres): si una casa común y corriente para

una familia obrera, descontado el precio del terreno (en el socialismo se acaba la renta), no sale en más de 10 mil dólares, ¿cuántas casas se pueden construir con lo que cuesta un *loft* en Puerto Madero? Yo le cuento: unas 100 como mínimo. ¿Se da cuenta de que con unos mil pisos exclusivos de 1 millón de dólares se pueden construir 100 mil casas para obreros? Cavallo, recordado ministro de economía argentino (digo, por si este libro se leyera en el extranjero; en Uruguay, por ejemplo), dijo cierta vez que su familia no podía vivir con menos de 10 mil dólares por mes. Lo que da unos 30 mil pesos al cambio actual. Es algo así como 100 jubilados con la jubilación mínima o con dos planes Trabajar. No seamos miserables: 50 personas a un salario de 600 pesos, que es mucho más de lo que gana la inmensa mayoría de los profesores universitarios argentinos. Se entiende por qué mandó a los investigadores del Conicet a lavar los platos... Y eso que Cavallo es un pobre pelagatos al lado de las grandes fortunas de Argentina; que son, a su vez, pelagatos al lado de las grandes fortunas del mundo.

La pregunta que uno se hace inmediatamente es: ¿por qué el obrero no cesa de trabajar cuando ya ha producido el valor suficiente para la reproducción de la fuerza de trabajo, es decir, de sí mismo? ¿Por qué acepta trabajar un tiempo de trabajo excedente? ¿Por qué acepta regalar su trabajo a su patrón? Si el lector prestó atención, se habrá dado cuenta de que la vida del obrero consiste en construir la vida de otros. ¿Por qué lo hace? Porque no es libre de elegir su propia vida. Veremos a continuación que la libertad del obrero consiste en crear la libertad de la burguesía.

3. Donde quiera que vayas...

La historia que les voy a contar la leí hace muchos años, más de veinte, de modo que no estoy seguro de que sea así. Pero me gusta como la recuerdo; ya más un resultado de mi imaginación, que de la realidad concreta. Así que tomen lo que les voy a decir con pinzas, y presten más atención al sentido que a los hechos que se cuentan. Hacia los años sesenta, Howard Hughes era uno de los individuos más ricos del mundo. Parece que cuando comenzó a

envejecer, algo se le soltó en la cabeza. Digo esto porque no habría otra forma de explicar cómo el fulano se encierra en una habitación, deja de asearse, de cortarse el cabello y las uñas, y pasa horas mirando la misma película (*Estación Polar Zebra*, una manifestación del macartismo americano de los cincuenta). La sensación de que el personaje en cuestión debe haber perdido un tornillo se refuerza, cuando nos enteramos de que no sólo no salía nunca de la habitación y miraba siempre la misma película, sino que tenía la misma obsesión por los helados de una fábrica que, cuando cerró, fue comprada para que siguiera produciendo para él. Parece que, además, los frascos en los que venían esos helados eran utilizados por Hughes para hacer sus necesidades, en lugar de hacerlo en un baño, como todo el mundo. Como si fuera poco, en vez de tirar los frascos, los amontonaba en una habitación contigua; de modo que cuando murió supo dejar importantes recuerdos a toda su familia, además del testamento que fue objeto de una disputa singular.

Esa disputa fue singular porque opuso, de un lado, a los herederos de don Howard y, por el otro, a un ignoto personaje de cuya vida tuve noticia a través de una película cuyo título no recuerdo. El protagonista de la película de marras atendía una "gasolinera" en medio de una ruta despoblada. Un día, de tantos iguales, un automóvil se detiene y su anciano ocupante aprovecha el momento en el que el personaje llena el tanque, para dejarle en el escritorio de la oficina un sobre cerrado. El anciano no era otro que Howard Hughes y el sobre contenía su testamento, dejándole al "gasolinero" toda su fortuna. Imagino que no debe haber resultado difícil para los familiares del anciano probar que un individuo que no se baña y hace sus necesidades en los mismos frascos en los que come helado, no está en su "sano juicio" en el momento de regalar su fortuna a un desconocido. Imagino que el juez debió haber anulado el testamento con sólo presenciar el espectáculo de los frascos, amontonados en el cuarto contiguo a la habitación en la que Hughes miraba siempre *Estación Polar Zebra*. La película sobre la vida del "gasolinero" estaba llena de peripecias entre sórdidas y graciosas. En una de ellas nos lo muestran como empleado de un reparto de leche. Las escenas son las

típicas que uno espera encontrar en la vida de un "lechero"; aquellas que también se imputan a los soderos o al panadero de la esquina y que provocan la suspicacia de todo marido ante hijos que no se le parecen en nada. La escena más fuerte de la película, al menos para lo que aquí nos interesa, es una en la que el protagonista grita que se irá de la empresa mientras su patrón le recrimina su ineficiencia. El jefe, sin inmutarse, le contesta con una frase que esconde el secreto de este capítulo y del capitalismo mismo: " Donde quiera que vayas, trabajarás para mí". Y digo que esta frase esconde el secreto de la vida de millones de personas —en realidad de miles de millones—, de la inmensa mayoría de la población mundial que vive y muere bajo el capitalismo, porque en sus dominios la mano de obra es libre, pero sólo puede sobrevivir trabajando para otros. Aunque volveremos sobre este tema cuando discutamos el problema de la libertad y el Estado en la sociedad capitalista, vamos a adelantarnos un poco a fin de poder entender algunas cuestiones importantes.

Como ya vimos, el capitalismo surge cuando se separa al productor de los medios de producción. Estos son apropiados por un puñado de personas, quedando así conformados los dos polos de la sociedad sobre los que tiende a acumularse la población. Así, la sociedad capitalista resulta estar dividida profundamente en dos grandes sectores: los obreros y los capitalistas. Sin embargo, todo miembro de la sociedad capitalista tiene los mismos derechos y, en particular, son todos personalmente libres. Quienes cuando deban ejercer su libertad de comer, vestirse, obtener un refugio, es decir, que cuando deban ejercer su derecho a la vida —viviéndola— necesiten dinero, no signifique que no tengan derecho a hacerlo. Que puedan o no es otro problema. Pero, en la sociedad capitalista la única demanda que existe es la demanda solvente, la que puede pagar. Esto parece una obviedad, pero sólo puede resultar así a quien no puede concebir otra forma de resolver las demandas de la sociedad de otra manera, que no sea por la compraventa, es decir, por medio del dinero y la propiedad. Se podría dar una enorme cantidad de ejemplos de resolución de necesidades no intermediadas por el beneficio personal: desde buena parte de los actos que

corresponden al amor y la solidaridad, hasta los intercambios en el seno de una familia o en un grupo de amigos. No volveremos sobre el "comunismo primitivo", cuando un cazador comparte la presa con el resto sin retribución alguna, porque nos llevaría a largas disquisiciones sobre antropología y otras ciencias por el estilo.

Lo cierto es que en nuestra sociedad —dada esta realidad que se impone a las voluntades individuales— nada garantiza la supervivencia personal. La lucha por la vida se impone como una necesidad elemental. En la sociedad capitalista "el hombre es lobo del hombre" (y la mujer también…). El capitalista debe disputar con otros capitalistas su derecho a la supervivencia; en eso consiste la naturaleza "competitiva" del capital. Pero esa competencia entre capitalistas se resuelve a favor del capitalista que mejor ha sabido hacer pagar el costo a sus propios obreros. La indefensión de estos se debe a su carencia de medios de producción. Puede no trabajar para este o aquel patrón, pero si ha de sobrevivir ha de hacerlo con alguno. "Donde quiera que vayas, trabajarás para mí" significa que siempre ha de vivir bajo el dominio de algún capitalista. Es en este sentido, no como esclavo individual sino como "clase de los esclavos de clase", que Marx señalaba que el obrero era un esclavo que debía buscar su amo. Es necesario tomar muy en serio lo que esta frase significa: el esclavo era cazado, expuesto en una feria y luego comprado por quien sería su amo, previa revisión dental y otras precauciones propias de un adquirente prudente y experimentado. Pero un obrero no es buscado por su patrón: todo lo contrario, él debe ofrecerse, él debe encontrar quien lo explote. "Donde quiera que vayas trabajarás para mí" quiere decir: si querés trabajar, tenés que reconocer tu "naturaleza" explotable, es decir, inferior, esclava, y someterte voluntariamente a tus superiores, los que tienen los medios con los que se produce y se reproduce la vida. Esta subordinación en el mundo de la economía, de la vida real, se lleva de patadas con la igualdad en el mundo jurídico y tiene enormes consecuencias para la vida cotidiana; desde las condiciones elementales de la justicia penal, hasta las alturas del constitucionalismo y la democracia. Cualquiera sabe que sólo van presos los ladrones de

gallinas y que el voto de un Macri o una Fortabat no vale lo mismo que el de los hombres y mujeres comunes y corrientes, aunque la ley diga lo contrario. Volveremos sobre esto más adelante.

De modo que la pregunta que quedó picando en el acápite anterior se resuelve fácilmente si se recuerda que el obrero es un *expropiado*, es decir, alguien a quien no se le ha dejado otra opción que trabajar en forma asalariada. Eso es lo que se llama *coerción económica*. La coerción económica es una de las formas por las cuales se obliga a algunos seres humanos a hacer lo que no quieren. En las sociedades pre-capitalistas la forma de coerción dominante era la *extra-económica*. En la medida en que, o el productor directo poseía los medios de producción o de vida (como el campesino o el cazador recolector) o podía hacerse de ellos con sólo fugarse (como el esclavo), no podía ser obligado a entregar su trabajo excedente sino por la fuerza. El señor feudal, el amo esclavista, resultaban una autoridad externa que sólo intervenía por la amenaza: dame o te pego. En el capitalismo eso no hace falta: el obrero tiene que "elegir" lo que elige porque no tiene otra elección posible. El látigo es invisible: se llama necesidad. Es la propia economía la que lo obliga a entregarse: ¿querés comer? Pagá. ¿No tenés plata? Andá a trabajar. Entonces, ¿por qué el obrero no abandona la fábrica una vez cumplido el tiempo de trabajo necesario y marcha a casa? Porque su patrón no se lo permite. ¿Y por qué acepta el obrero esa imposición, acaso no es libre, no tiene el derecho de abandonar su trabajo cuando quiere? Sí, puede hacerlo, pero la pregunta que él deberá responderse a sí mismo será: ¿y ahora qué? ¿De dónde saco el dinero para la comida, para los niños, para la vida? Si mirara a su patrón, éste podría contestarle: "Adonde quiera que vayas, trabajarás para mí, porque careces de medios de producción, que son míos y con cuyo monopolio, yo y todos los que son como yo, los capitalistas, te obligaremos a optar entre aceptar esta imposición o morirte de hambre; porque el obrero es un esclavo que debe buscar su amo". Y estas palabras, probablemente demasiado rebuscadas para un capitalista común y corriente, suenan más convincentes cuando una larga cola de desocupados observa la escena, prontos a intervenir, ofreciéndose ellos como carne dócil.

4. Subordinación y valor: la explotación del trabajo

La pregunta que el lector se estará haciendo es: si ser obrero es ser esclavo, ¿por qué no nos convertimos todos en capitalistas? Esta idea, muy burguesa (puesto que según la burguesía cada uno es libre de hacer lo que quiere), es una imposibilidad lógica. Si todos fuéramos propietarios de medios de producción o de vida, nadie sería obrero, no existiría la plusvalía y, por ende, tampoco el capital. Es imposible que todos seamos "ricos", pero eso no excluye que algunos puedan serlo. No es fácil, pero se puede: una herencia imprevista, la lotería, el Quini 6, Maradona, Tyson. Pero entender por qué Barrionuevo estaba en lo cierto cuando decía que nadie hace la plata trabajando, implica comprender con detalle la profundidad de la subordinación del obrero al capitalista. Sólo cuando se examina exhaustivamente este fenómeno, se puede responder a la pregunta que nos hacemos en este acápite: ¿Por qué resulta algo excepcional ser capitalista? Veamos.

El capitalismo sólo llegó a ser tal, luego de un largo proceso de lucha a través del cual fue sometiendo primero a otras clases dominantes (los terratenientes feudales, sobre todo), y luego a las clases dominadas. Estas últimas no llegaron a ser tales por nacimiento. Todo lo contrario, fue necesario un larguísimo combate cuerpo a cuerpo contra campesinos y artesanos. A estos, sobre todo, tuvo que arrinconarlos contra sus condiciones de existencia, hecho que requirió una batalla que se prolongó por varios siglos. No alcanzó con privarlos de sus medios de producción, fue necesario expropiarlos de sus conocimientos y saberes. Hasta que el capital no reconstituyó el proceso de trabajo mismo hasta convertirlo a su imagen y semejanza, no pudo sentirse seguro de sí, dueño de la capacidad de explotar en una escala jamás conocida por la humanidad.

En efecto, mientras los obreros carezcan de los medios de producción, pero todavía el conocimiento y el control sobre el proceso de trabajo está en sus manos (y en su cerebro), el capitalista tiene problemas a la hora de obligarlo a producir más y dificultades no menores a la hora de retener al trabajador. Los trabajadores pueden, entonces, controlar el ritmo de la producción

mediante muchos mecanismos que, a los ojos de la patronal, son simples “robos” de tiempo, es decir, de su fortuna (de la del capitalista). Pero aún más, pueden adquirir los medios de producción y transformarse ellos mismos en capitalistas. Esta posibilidad existe siempre en la sociedad capitalista: cualquiera que haya amasado un cierto monto de dinero, bien o mal, de manera confesable o mejor hablemos de otra cosa, tendrá derecho a pertenecer a la cofradía burguesa. La sociedad capitalista, a diferencia de otras sociedades de clase, sólo acepta y respeta los privilegios en la economía y le repugna cualquier manifestación de “señorío” en el resto de la vida social. Más adelante veremos que no es tan así como se quiere la cosa, pero en general de esto se trata.

De esta manera queda establecido, nadie le impide a uno transformarse en un buen burgués. Sólo hace falta plata. Es un detalle, pero importante. Muchas veces el obrero ahorra —si puede— o recibe un plus inesperado, como una buena indemnización, algo que ya no abunda porque es uno de los objetivos claves de todos los procesos de *desregulación* del trabajo: que echar a alguien no cueste nada. No sólo porque en lo inmediato es un gasto menos (para el capitalista), sino porque además se le impide al obrero transformar ese ahorro en capital y escapar así a la tiranía del capitalista. Pero, supongamos que nuestro compañero ha tenido esa suerte. Entonces, abre un pequeño negocio, a veces ligado a su experiencia laboral (un taller mecánico, por ejemplo), aunque lo más común es el “quiosquito”. Si tiene suerte —que no abunda— crecerá, empleará primero a su familia, luego a verdaderos obreros y, con el tiempo, se transformará en otro: un buen burgués. Habrá escapado a la obligación cotidiana de obedecer y habrá adquirido ya la confianza suficiente como para mandar: un patrón. Sus ideas habrán cambiado: ahora todos los que hacen huelga son vagos, las villas están llenas de ladrones, todo pobre es negro y todo negro un delincuente nato. La mano debe ser dura, porque los negros te toman el codo cuando te descuidás y no te juntes con esas putitas, ¿me entendistesss, Yessssica? Yohnahthan, quedate quieto, ¿me oístesss? No hay peor burgués que el piojo resucitado.

Años después veremos al estúpido de Yohnahthan ya crecidito en un "Gol", un "Fiesta", un "Clío" o un "Palio", típica montura para el lucimiento del adolescente canchero, que gasta fortunas en ponerle a su máquina carísimos parlantes hiperpotentes, gracias a los cuales se lo oirá llegar una o dos cuadras antes al son de Celia Cruz: *La vida es una hermosura*, cuando no alguna otra porquería bolichera. Con ese auto se hará el rebelde sin causa, detalle que acentuará con la típica gorrita de los Chicagobul, loco (con la visera para atrás, en un alarde de personalidad) y calcomanías con leyendas del estilo "subite, sentate, callate y agarrate". Muy machito el Yohnahthan. El resultado también típico es el pobre anciano atropellado en la esquina, cuando no cosas peores, ¡porque el pibe me salió un tigre, me salió! No hay peor individuo que el hijo de un piojo resucitado, que se cree superior porque ya no pisa el barro, aunque ahora tenga mierda en el corazón. Volvamos a lo nuestro porque esta gente, una minoría, por suerte, me da asco. Tengo para mí, tal vez sea una ilusión obrerista, que la mayor parte de los obreros que intentan salir de pobres no pertenece a esta fauna. Y aunque la fortuna le sonría sabrá trasmitir a sus hijos la dureza de la vida, el dolor y la miseria inútil de la que está compuesta, las injusticias sin par que hay que combatir. "Las flores que nacen en el barro son las más hermosas", le dice el personaje de Franklin Caicedo al hijo del protagonista que acaba de perder su trabajo y debe emigrar a una villa, en una de las escenas más hermosas de la hermosa *Después de la tormenta*, de Tristán Bauer. Cierto, muy cierto es.

En consecuencia, hasta cierto estadio del desarrollo capitalista el obrero puede resistirse a seguir los ritmos que el patrón le imponga, después de todo él es quien sabe cómo se hacen las cosas y, si se pone pesado, se va y pone un taller. Cuando el capital se enfrenta a un obrero en estas condiciones, su dominio es débil. Debe pactar y más le vale no estirar demasiado la cuerda. El obrero carece de medios de producción, pero estos no necesariamente son imposibles de conseguir ni el conocimiento del trabajo a realizar es algo que pueda despegarse él. En este punto, el obrero es la base técnica de la producción, dice Marx. El trabajo tiene una

base subjetiva. Esto es así porque el capital toma al trabajo como lo encuentra en modos de producción anteriores. Lo primero que hace es reunir bajo su mando un grupo de artesanos que siguen haciendo más o menos lo mismo que antes, aunque ahora el capitalista provee las materias primas y/o el local donde se realizan las tareas. La realidad del trabajo no ha cambiado, sigue siendo igual que antes, sólo que ahora ha cambiado la *forma social*. De artesanos independientes hemos pasado a obreros asalariados. A esta subordinación que sólo cambia la forma social del proceso de trabajo, pero no el proceso mismo, los marxistas la llamamos *subsunción formal*. Subsunción es una palabreja que quiere decir, simplemente, subordinación. El obrero ya ha caído bajo el dominio del capital, pero el proceso de trabajo, la productividad, la tecnología y hasta los medios de producción están todavía a su alcance. Transformarse en pequeño patrón, independizándose, no es imposible. No obstante, la subsunción formal tiene modos de perfeccionarse y hacer más difícil esa posibilidad. Porque comienza reuniendo a los obreros de una manera débil, con una coordinación elemental de las tareas, pero procede a reforzar cada vez más esa interconexión y a aumentar la escala de dicha colaboración. Eso hace que los medios de producción se utilicen a una escala cada vez mayor, con mayores rendimientos, mejor aprovechamiento de la materia prima y de las condiciones de producción (los edificios, por ejemplo).

Así, el capital comienza por un nivel donde entre cada artesano hay sólo una tenue *cooperación*, apenas una *cooperación simple* (porque cada uno realiza por completo el trabajo en forma independiente, aunque estén reunidos bajo el mismo techo). Pero luego procede a dividir el trabajo en operaciones más simples y a adjudicar cada una a un obrero diferente. La cooperación se incrementa porque ahora ningún obrero hace el trabajo completo, sino el conjunto de los obreros. Puede suceder, incluso, que cada obrero nunca llegue a conocer el oficio completo. El trabajo sigue siendo el mismo que antes, se hace igual, pero ahora de manera repartida entre cada trabajador. Ha nacido la *manufactura*. La manufactura puede ser dispersa (los obreros se encuentran repartidos en

lugares diferentes y son coordinados por el capitalista, que lleva y trae las partes terminadas) o concentrada en un *taller*. El obrero colectivo resume las habilidades del artesano individual, y cada obrero especializado desarrolla una tarea parcial. Es un obrero parcelario. Esta especialización se profundiza a medida que el capitalista profundiza la *división* del trabajo en tareas más y más sencillas. La simplificación de las tareas hace posible la aparición de nuevas herramientas, cada vez más específicas, que sirven para una sola actividad o movimiento. Este perfeccionamiento de las herramientas lleva a la aparición de mecanismos que permiten operar varias herramientas al mismo tiempo, es decir, al surgimiento de la máquina. Un taller que ha comenzado a operar con máquinas en forma periférica es ya una *manufactura moderna*: la base sigue siendo la habilidad del obrero, auxiliado ahora con un desarrollo objetivo (la máquina), que complementa su tarea. Así, cooperación simple, manufactura y manufactura moderna son las tres formas que asume la subsunción formal del trabajo al capital; el capital lo toma como viene y procede a analizarlo, a descomponerlo hasta el punto en que puede comenzar a objetivarlo, a sacarlo de las manos (y el cerebro) del obrero, y corporizarlo en la máquina. Hasta que esto no suceda el obrero colectivo seguirá siendo el dueño del taller, contra quien se entablará una lucha sorda y permanente por el ritmo, la duración y los métodos de trabajo.

La *subsunción real* del trabajo al capital expresa una segunda expropiación de los obreros. Ya estaban expropiados de los medios de producción, pero seguían siendo la base técnica del proceso de trabajo. Ahora la máquina los ha desplazado. El trabajo lo hace la máquina y el obrero se limita a ser el apéndice de la máquina. Es la llegada de la *gran industria*, un momento en el cual el proceso de trabajo ha sido incorporado al capital en forma objetiva, bajo la forma de un sistema de máquinas con un motor central, el gran autómata del que hablaba Marx. Ahora, ningún obrero, ni individual ni colectivamente puede reproducir el proceso de trabajo sin apropiarse del capital mismo. El nivel de explotación llega a niveles nunca vistos porque los ritmos, la intensidad y la duración de la

jornada se apoyan en un mecanismo que no necesita descanso. Todo lo contrario, cuanto más continuo sea el proceso laboral, más rinde el capital constante, por lo que la aparición de la gran industria renueva las presiones por el alargamiento de la jornada, el trabajo nocturno, los turnos rotativos y la eliminación de feriados y descansos. Con la llegada del autómata llega también la *fábrica*, que no es más que un taller operado con máquinas.

En estas condiciones, el pasaje de obrero a capitalista a través de la producción capitalista se hace cada vez más difícil. Pero incluso para los capitalistas mismos el problema se ha complicado, puesto que un mayor nivel de acumulación de capital significa que los capitales necesarios para poder "poner una empresa" son ahora mucho más grandes. Lo que dicho de otro modo, quiere decir que ser capitalista cuesta ahora más que antes, que hacer el "ascenso" es mucho más difícil y que la promesa formulada por el sistema (que puede ser burgués cualquiera que tenga "plata", ese detalle tan importante) se hace cada vez más virtual que real. El sistema sigue odiando tanto la discriminación como antes, sigue midiendo a todo el mundo con la tabla rasa de la economía, pero ésta es un dictador cada vez más intolerante.

Resumamos, entonces. *Subsunción formal* y *subsunción real* corresponden a etapas de dominio del capital sobre el trabajo. Expresan diferentes grados de desarrollo del capital y de la productividad del trabajo: a la primera le corresponden lo que históricamente conocemos como la *cooperación simple*, la *manufactura* y la *manufactura moderna*, mientras la segunda tipifica el dominio de la industria, el *régimen de la gran industria* (un taller completamente operado con máquinas), el reino de la *fábrica* y su dictadura. Una manufactura es un taller que opera sin máquinas, donde reina el trabajo manual, auxiliado por herramientas simples. A medida que crece la acumulación del capital llega un punto en el cual se revoluciona la base técnica de la producción: ya no alcanza con aumentar la cantidad de obreros, sino que resulta imprescindible impulsar la productividad. El trabajo ha sido simplificado al máximo, lo que prepara la aparición de máquinas que pueden reemplazar esos

movimientos simples. Cuando la manufactura comienza a mecanizarse, aunque todavía no hay una automatización completa sino una maquinización periférica, hablamos de una *manufactura moderna*, una fase de transición. Cuando dicho proceso se completa y asistimos a la presencia de un sistema de máquinas automáticas, en el que el lugar del trabajador se limita a controlar el proceso y a otro tipo de gestos menores, hablamos de *gran industria*. En la *fábrica*, un taller operado por máquinas, estamos en presencia del *gran autómata* —como dice Marx— que concentra así todos los poderes del trabajo porque se los ha expropiado al trabajador, quien ahora es el apéndice vivo de un organismo muerto. Se refuerza así, con un proceso de trabajo cuya base técnica ya no es el obrero sino la máquina, la dictadura del capital.

¿Por qué decimos dictadura? Porque en la fábrica reina el patrón. Y todas las palabras olorosas con las que se habla en el mundo de la política: la igualdad, la fraternidad, la libertad, la democracia y tantas más, todas ellas quedan canceladas en el reino de la fábrica. Allí dentro es el patrón quien dice qué se hace y qué no, cuándo, cómo, en qué condiciones. Y si no te gusta, te vas, porque dondequiera que vayas trabajarás para mí, y ahora el "quiosquito" se lo pedís a Magoya porque ya no te sirve de nada. Tiempos, horarios, ritmo, velocidad, posición del cuerpo, movimientos, todo estará regulado por Dios-Patrón. En la manufactura ya era así, pero la existencia de una dominación incompleta (sí, claro, la subsunción formal) ofrecía alguna salida. Con la fábrica, con la gran industria y su demonio, la máquina, esa posibilidad se ha esfumado. La autoridad del patrón ahora no tiene límites. Atrapado sin salida. Paradójicamente, cuando hemos alcanzado este punto y el obrero ha llegado al máximo de subordinación posible se llega también al punto contrario: en tanto no tiene ya salidas individuales, sólo puede recuperar su trabajo, su producto, si se hace cargo de la producción en forma colectiva. Es decir, está maduro para el socialismo.

Como ninguna persona es estúpida (aunque hay algunas que lo disimulan bien), nadie acepta lisa y llanamente ser tratado como un objeto mecánico cuyos movimientos pueden acelerarse a voluntad

(del patrón, por supuesto) y cuya vida puede ser limitada a trabajar (para el patrón, por supuesto). El resultado es que la primera acción reivindicativa de los trabajadores suele ser la limitación de la explotación, es decir, el acortamiento de la jornada de trabajo y la disminución de la intensidad del trabajo. Mientras la primera requiere de grandes movimientos de protesta y ha llevado decenas de años conseguirla (y hoy se ha perdido casi por completo), la segunda puede ser conseguida en forma individual y a la larga establecida como costumbre entre grupos reducidos de trabajadores, que pueden trabajar con más o menos ganas, escaparse del puesto, etcétera. Los capitalistas desarrollaron muchos métodos para combatir esta "flojera voluntaria". Uno de los más comunes es el de salarios a destajo: tanto hacés, tanto te pago. Sin embargo, todo trabajador hace un cálculo de sus necesidades y de su esfuerzo, y hay un límite a partir del cual ninguno seguirá trabajando, sea cual fuere el estímulo. Este límite puede ser más estrecho o más amplio según el monto de los salarios. Lo que está claro es que no hay forma de conseguir un esclavo voluntario. Como esto es así, el sistema capitalista ya en su etapa manufacturera desarrolló todo un organismo interno al taller, destinado a *controlar* el proceso de trabajo a fin de asegurar que todo se cumpla según los intereses del patrón, reprimiendo la resistencia de los trabajadores. El sistema capitalista dentro del taller adopta una forma carcelaria, con mecanismos de control y represión, y con todo un conjunto de funcionarios policiales dedicados a tomar tiempos, registrar ingresos y egresos, verificar resultados, etcétera. Este dispositivo carcelario se hace muy necesario en la etapa de la manufactura porque allí el aspecto subjetivo del trabajo es dominante, pero continúa y se perfecciona con la industria.

5. Todo con una sonrisa: control y represión de los trabajadores

Existe una enorme cantidad de bibliografía que critica al capitalismo por el férreo control al que somete a los trabajadores. Y se da a entender que un trabajo "liberado" debiera ser voluntario y dejado a consideración del obrero individual. Ésta es la base de

uno de los errores más frecuentes (y peligrosos) acerca de lo que es el socialismo y de lo que esperamos los socialistas de la sociedad futura. Lamento decirle a mi querido lector que deberá esperar el tercer tomo de esta trilogía para una discusión más acabada de esta cuestión. Sólo le digo que no es idea nuestra el que cada uno decida si quiere trabajar o no, ni cómo debe hacerlo, ni cuándo. Todo el mundo *debe* trabajar: la reproducción de la vida es una responsabilidad colectiva (veremos, cuando hablemos del aborto, de la mujer y de los niños, que esta idea es mucho más importante de lo que parece a simple vista). Establecido este principio, una sociedad compleja no puede funcionar si no coordina los trabajos parciales con la reproducción del conjunto. De modo que no puede decidirse en forma individual cómo, cuándo o con quién se trabaja. Entonces, ¿es igual que el capitalismo? No, hay una diferencia que es la madre de todas las diferencias: en el capitalismo esto se hace mal, con enormes desperdicios de riqueza social y no menos cantidades inútiles de dolor humano y, ésta es la clave, lo decide el capitalista, no la sociedad. Si la reproducción de la vida es una responsabilidad colectiva, es también un derecho colectivo decidir cómo hacerlo. Cuando el capitalista se apropia de los medios de producción, por el mismo acto se apropia del derecho sobre la vida misma.

El *control del proceso de trabajo* es entonces un problema antes que nada técnico, en la medida que en todo proceso de trabajo existen normas y procedimientos que cumplir, sea cual sea la forma social, las relaciones sociales que lo enmarquen. Es decir, el problema del control brota de la naturaleza colectiva, social, del proceso de trabajo: coordinar trabajos diferentes que en última instancia no son más que partes de un mismo proceso general, implica control. Entonces, ¿los capitalistas no hacen nada malo con los obreros? Sí, los explotan, controlan el ritmo y la intensidad de la explotación y, cuando protestan, los *reprimen*. Como los capitalistas sostienen que el tiempo es oro (para ellos), tratan de que sus obreros estén la mayor parte del tiempo trabajando, es decir, produciendo plusvalía. Para ello, tratan de extender al máximo la jornada de trabajo o intensificarla hasta el agotamiento (lo que ya

explicamos como *plusvalía absoluta*). Dado que los obreros no son estúpidos (aunque los patrones suelan pensarlo), no hay forma de lograr un flujo continuo de plustrabajo si no se reprime la resistencia de los obreros. Esta resistencia brota del carácter antagónico del proceso de trabajo capitalista. Los intereses del capitalista y del trabajador son antagónicos: uno quiere la mayor cantidad de trabajo posible, el otro, el menor gasto de energías posible. De modo tal que es necesario (para el capitalista) reprimir la tendencia de los obreros a retacear sus esfuerzos.

El control del proceso de trabajo se ejerce simultáneamente con la represión de los trabajadores aunque es una problemática distinta. La existencia de un control requiere de un personal de control; aquello que Marx llamaba una capa de "suboficiales" (capataces) y "oficiales" (gerentes), personal que sirve al capitalista también para reprimir. Hay hoy una tendencia a creer que esto ya no ocurre, que existe una democracia industrial donde todos deciden, todos participan y ya no se habla más de trabajador individual sino de equipos de trabajo. Muchos asimilan estas "novedades" al toyotismo, del cual hablaremos después. Volvamos ahora al *fast food*, esta vez no a comer sino a observar.

El *personal de control* del *fast food*, en realidad, se caracterizó siempre por un "aplanamiento" de la línea de mando y un adelgazamiento del cuerpo de "suboficiales y oficiales". El control corre por parte del mismo gerente de local (a quien usted distinguirá rápidamente porque es el único adulto —o lo que más se le parece— entre todos los obreros) y de empleados especiales (identificables no tan fácilmente tras una maraña de pines), que sin dejar de participar en el proceso productivo ejercen la función de regimentación. En general, la magnitud de las tareas del personal de control, sobre todo del gerente y sus ayudantes, es notable, razón por la cual es común que resulte difícil la adaptación de personal similar de empresas de otros ramos, acostumbrados a una tarea más relajada y a un rango salarial más elevado, visualizado más acorde con las responsabilidades que se adquieren con el puesto. Tal vez lo más pesado resulte en el aspecto sicológico del trabajo, en la medida en que las empresas insisten mucho en el

tratamiento motivacional de los empleados. La importancia que se asigna a la represión en la tarea de los gerentes de local queda testimoniada en el énfasis en el control sicológico de los obreros. Así, algunas empresas preparan a sus gerentes de local con técnicas de análisis transaccional (¿?), o se los estimula a estudiar las "ciencias de la conducta" y técnicas como la administración por objetivos y resultados y de conducción de grupos humanos. Esto es coherente con el hecho que un *fast food* es una manufactura moderna, es decir, buena parte de su "base técnica" descansa en el trabajador, así que hay que "motivarlo" permanentemente. Un aspecto muy cuidado de la capacitación de los "suboficiales" y "oficiales" del ejército industrial del *fast food* es la economía del tiempo y las normas de eficiencia y rapidez. Ciertos valores y expresiones como "ganador", "líder", "triunfador", "ambición" o "autodisciplina" se repiten permanentemente en el lenguaje de los manuales para gerentes de local. Palabras que no tienen, en sus bocas, el significado que pueden tener en las películas estadounidenses estilo SS (Stallone-Schwarzenegger), sino uno más prosaico: más papas fritas, más pollo frito, combo, combo y más combo.

En un *fast food* todo el mundo trabaja en forma coordinada, de modo que si algo fracasa se nota en forma inmediata. Distinta es la situación en los talleres, en los cuales cada obrero trabaja con su máquina y su ritmo es, hasta cierto punto, independiente. La patronal establece una cantidad mínima de producción para asegurarse de que todos los obreros rindan al máximo. Pero como suele suceder que los obreros descubran algún método para cumplir la cuota a un ritmo menor y "robarle" tiempo al patrón, existe un personal específico destinado a evitar que eso suceda: los tomadores de tiempos. Son los tipos que, cronómetro en mano y parados detrás de cada obrero, miden el tiempo que se gasta en cada "gesto" o "movimiento". Con todos esos datos se modifican los pasos, los gestos y los movimientos a fin de alcanzar la mayor velocidad posible y de forzar a todos los obreros a que sigan el ritmo del más veloz, que lógicamente es considerado un buchón de la patronal. Vean, por ejemplo, a Lulu Massa, el personaje protagonista de *La clase obrera va al paraíso*.

Ningún proceso de control y represión resulta eficiente sin adecuados *puestos de observación*, lugares desde donde se vigila la marcha del negocio. En el *fast food* van desde el control de los residuos (que muestran el grado de eficiencia general: bolsas de basura demasiado llenas muestran que algo anda mal, que estamos perdiendo plata), hasta la visualización de ciertos indicadores como el tamaño de las colas de clientes, donde estos aparecen como "auxiliares" espontáneos de los "suboficiales". Este método, que se conoce como "control por el cliente", es muy común en donde los trabajadores están expuestos directamente ante los compradores. Cuando usted, amigo lector, se impaciente en la cola de un *fast food*, mire la cara de los obreros del otro lado del mostrador (que en última instancia son sus compañeros, suyos, amigo lector obrero). Notará que se tensa primero, se agita, después tiembla y se aterroriza al final. Porque usted ha sido transformado (involuntariamente, se supone) en un buchón y un represor. La gerencia lo alienta en la queja porque eso le permite obtener información crucial sobre el funcionamiento del sistema y atacar a los obreros del local, reprocharles ineficiencia o recargarles tareas si resulta que les quedó algún tiempo libre no percibido por la patronal.

Igual que con los métodos japoneses, se supone que la aparición de *equipos de trabajo* señala la llegada de un trabajo más colectivo. Aunque hablaremos de esto al final del acápite siguiente, adelantamos que la constitución de equipos tiene, entre otras finalidades, comprometer a los obreros en el control del proceso de trabajo y en la represión de sus compañeros. En el caso del *fast food*, toda la población trabajadora del local actúa en la práctica como un equipo, en sus palabras, un *crew* (tripulación, como si fuera un barco): todos trabajan, todos se controlan, todos se reprimen, lo que estimula las prácticas no solidarias, competitivas, salvajes. Este resultado se obtiene más fácilmente con el desarrollo de una *moral de autoimplicación*; las empresas de *fast food* han desarrollado un denso entramado ideológico tendiente a identificar al obrero con la empresa, desde el estímulo a participar en actividades de diverso tipo (todas con la función de lograr un "espíritu de empresa") hasta la selección

del personal y su aspecto exterior (largo del cabello, presentación de las uñas, prohibición del uso de barba), pasando por la incitación al ascenso en la jerarquía empresaria. La identificación de los trabajadores no sólo se realiza con la empresa, sino con su propio local, a través del estímulo a la competencia con otros locales de la empresa; competencia por los volúmenes de producción, reforzada en el plano simbólico por actividades deportivas y recreativas pensadas al efecto. Hemos llamado a esto, en otro lado, *agobio ideológico*: un sistema permanente a repetición de lavado de cerebro. Expresiones tales como "todos ganamos cuando trabajamos juntos con un mismo objetivo", "estás en un equipo ganador", "sos miembro del equipo número 1"; o ejemplos personales de los grandes gerentes acerca de cómo empezaron su vida en la empresa como simples empleados, retratan claramente esta ideología del *sométete alegremente porque es la forma de vivir que rinde más*. Una frase de Ray Kroc, un verdadero filósofo de la manufactura moderna, como Ford, Taylor o el viejo Andrew Ure, sintetiza muy bien el sentido de lo que los apologistas del capital han llamado "implicación": "Ninguno de nosotros es tan bueno como todos nosotros". Frase que, digámoslo de paso, es un formidable elogio a la cooperación y la solidaridad humana (del socialismo, es decir), aun viniendo de un capitalista (o tal vez por eso mismo). Coherentemente, es común que las empresas alienten a sus empleados a compartir sus ideas y descubrimientos sobre cómo atender mejor a los clientes o mejorar el funcionamiento del sistema. Es decir, cómo ser más papista (capitalista) que el papa. ¿No me lo cree? Recuerde (o vaya y mire) cómo los obreros del *fast food* de la vuelta de su casa compiten permanentemente por estupideces. La *competencia entre los obreros* es uno de los mecanismos de control y represión más usado por todas las empresas del ramo, y consiste en el ofrecimiento de premios (las más de las veces meramente simbólicos o de un valor ínfimo, como pines con el logo de la empresa o helados y otro tipo de alimentos) o de "distinciones" como el nombramiento del "empleado del mes", cuya foto se exhibe públicamente. Que de paso sirve para que uno se entere cuál fue el obrero mejor explotado del mes.

6. Con una neurona alcanza: degradación del trabajo, embrutecimiento del trabajador

La teoría marxista atravesó un debate muy intenso a finales de los setenta. En realidad, el debate iba más allá del marxismo y se entroncaba con problemas de alcance más general, como el sentido de la civilización capitalista y el futuro de la humanidad. Lo que se conoció en el marxismo como el "Debate Braverman" intentaba dilucidar cuál era la tendencia que afectaba centralmente la evolución de los procesos de trabajo y, por ende, de muchas de las cuestiones que los trabajadores tenían atadas a él. Braverman —un marxista norteamericano que se haría famoso con este trabajo— efectuaba un análisis con conclusiones catastróficas que, aunque desataron un vendaval de críticas, también recibió apoyos. *Trabajo y capital monopolista*, el nombre del libro que inició el debate, es uno de los textos más importantes de la producción marxista del siglo XX, un gran trabajo. No está exento de errores y problemas, pero lo importante son sus conclusiones: en la sociedad capitalista el trabajo tiende a degradarse y el trabajador a embrutecerse. Es importante defender esta conclusión. No sólo porque es cierta, sino porque toda la apologética capitalista insiste en que el trabajo se "enriquece", y que la desocupación de masas que ataca al mundo actual se debe a que la gente no está preparada para las nuevas tecnologías, o sea, que la culpa es del obrero ignorante. Veamos qué hay de cierto en esto.

Tengo un amigo que cocina maravillosamente bien. Yo no sé ni cocinar ni comer. Carezco de toda cultura elemental al respecto. He ido a comer a los lugares más dispares donde se ofrecen las especialidades más diversas y los menús más variados. Mi elección —a pesar de que otros pagaran— fue sistemáticamente la misma: milanesas a la napolitana con papas fritas. Será porque, de chico, el día cuando en casa se comía milanesas era todo maravillas. ¿A qué viene todo esto? A que a pesar de mi incultura al respecto, quisiera reivindicar a mi amigo (llamado Pablo), el Gato Dumas y toda la estirpe de grandes señores de la alimentación, desde el más modesto hasta el más encumbrado, creadores de un arte magnífico al que el plástico

de combos, hamburguesas cuadradas, cajitas felices y otros engendros amenaza con destruir. Se necesita un conocimiento enorme de gustos, sabores, olores, tiempos de cocción, aromas, especias, sustancias, hojas, tallos, carnes, vinos, temperaturas, cortes, tajos, aceites, vinagres, sales, y cuantas cosas hay en la cocina más modesta del bar de la esquina, para lograr que la pedestre combinación de fórmulas químicas a las que se reduce en última instancia eso que llamamos "comida", se haya transformado en arte.

Un buen cocinero es insustituible. Por eso hemos inscrito en la leyenda a nuestras abuelas, incluso a aquellas que no cocinaban ni bien ni mal o ni siquiera cocinaban. Sin embargo, intuimos que la acumulación de conocimientos en la cocina tiene que ver con el paso del tiempo y con algo mágico, algo que no puede sistematizarse ni reducirse a fórmulas. Por eso un anciano cocinero es candidato a la veneración. Hay un cuento de Bradbury, en realidad un episodio de su novela *El vino del estío,* tan bella, tan querida, en el cual se narra la historia de la abuela cuya nieta adolescente, recién vuelta de la ciudad, decide organizar científicamente ese caos que es la "cocina" de la anciana. El resultado se ve en la primera comida preparada con la nueva "organización científica del trabajo": los familiares se ven obligados a escupir el mejunje intragable. La paradoja de una mejor organización más precisa que da peores resultados que el "caos" se resuelve, si se recuerda que ese "caos" es el resultado de años de experimentación, cuyos logros están contenidos en secretos como la "pizca" de sal, la "cucharada" de harina, y otras magnitudes impredecibles en manos de un inexperto, pero perfectas, impecables en las de quien ha hecho el mismo movimiento miles de veces: la abuela pre-científica.

Un buen cocinero es insustituible. Hasta el aspecto a medias ruinoso y despreocupado de la estética de una buena cocina de abuela, o de amigo cocinero, de chef famoso, se ha transformado en canon estético: la calidez de maderas gastadas, de sillas a medio componer, de cuchillos que relucen de puro uso, de fuegos imprevistos aquí y allá con sartenes oscuros y vapores que se elevan, no se encuentran en los salones de plástico naranja (color desagradable

si los hay) y banquetas fijas de caño grueso (material desagradable si los hay), con mesas de fórmica (¿tengo que decirlo?) de cualquier *fast food*, donde resultaría imposible imaginarse escenas de erotismo como las que vemos en *El cocinero, el ladrón, su mujer y su amante* o *Como agua para chocolate*. Un buen cocinero (mi amigo, que Pablo dije ya que se llama, por dar un ejemplo) es insustituible y su cocina es cuna de la magia y del misterio del arte de cocinar.

Perdóneme el lector, pero es necesario. He de describirle cómo se hace una hamburguesa. Paciencia. Trague saliva y prométase un buen vino blanco para la noche: El operario que está en el puesto de tostadora le indica la cantidad de carnes a preparar. Coloca el número indicado de carnes en la parrilla, poniéndolas de dos en dos de derecha a izquierda. Baja la placa superior de la parrilla. Cuando el condimentador le avisa que la bandeja está lista y condimentada, la retira de la mesa de condimentación y la coloca en la grapa de la parrilla antes de que se abra la placa superior. Al levantarse la placa superior de la parrilla, a los 43 segundos, sazona cada una de las carnes utilizando la mezcla de sal y pimienta, dándoles un golpe seco de martillo con el salero. Utilizando la espátula de carnes, retira las carnes de la parrilla, de dos en dos, de derecha a izquierda y las coloca también de dos en dos sobre los panes aderezados. Una vez retiradas las carnes, pide al encargado de tostadora que le alcance las bases y/o tapas. Saca la bandeja de la grapa y la coloca en el lugar preparado para las transferencias de un sector a otro, anunciando al encargado de producción que el producto está listo.

¿Usted, lógicamente, la quiere con "aderezo"?: el empleado en la sección pregunta al encargado de producción cómo desea que sean condimentadas las hamburguesas. La hamburguesa condimentada con queso lleva mostaza en el centro del pan y ketchup. El empleado coloca en el centro de la tapa la cebolla reconstituida y el queso necesario sobre el pan. ¡Cebolla reconstituida! Ya ni llorar se puede en la cocina…

Maravilloso, ahí tiene usted su hamburguesa. Si el gusto no le cuadra, no se preocupe, ya vendrá algún muñequito adentro. Y si no, échele sal nomás (la sal disimula cualquier cosa). Si quiere

saber cómo se trata ese pan esponjoso con gusto a nada, el pollo y las papas fritas, arriésguese a los libros que ya le he recomendado, luego de lo cual tal vez entienda por qué cosas iguales en todas las empresas llevan nombre diferente al sólo efecto de que no se note que son idénticas.

Lo cierto es que considerar a un empleado de *fast-food* como miembro de la misma cofradía del más modesto cocinero de restaurant de barrio es un abuso de la semántica. Las empresas de *fast-food* han logrado la hazaña de ser los mayores cocineros del mundo sin tener un solo empleado que sepa lo más elemental del arte culinario. ¿Cómo se ha conseguido esto? usted ya lo sabe: por aumento de la *división técnica del trabajo*, causa y consecuencia del desarrollo de las *fuerzas productivas* y, por ende, del incremento de la *escala del capital empleado*. ¡Epa! Vamos de a uno.

La *división técnica del trabajo*, ya lo vimos, consiste en la división o parcelación de las tareas del *proceso de trabajo*. El proceso de trabajo es la sumatoria de todos los movimientos necesarios para producir algo; una hamburguesa, por ejemplo. Cuando comenzó a ponerse de moda la hamburguesa en Argentina, mucho antes de la aparición del *fast-food*, todos los chicos queríamos comer "patis"; sobre todo después de ese corto publicitario que insistía con "Paty, te quiero", por una jovencita morocha muy linda que parecía responder a ese nombre (que, de casualidad, era el nombre de la empresa que hacía las hamburguesas). Como no era necesariamente algo barato, mi madre compraba la carne picada, la pasaba por huevo y pan rallado y salía algo parecido, pero frito. Se podía hacer sin huevo, pero era necesario cierto aditivo para evitar que la carne se separara y la hamburguesa terminara siendo una cantidad enorme de pelotitas negruzcas que había que perseguir por el plato, sobre todo en la masa de los bordes. En el centro, el pelotón de carne resistía mejor. El conjunto daba la impresión de una especie de galaxia… Las papas debían prepararse previamente y como mi madre no es muy dada a la cocina, pelaba y cortaba grandes lonjas gruesas que inevitablemente resultaban quemadas por fuera y crudas por dentro, entre otras cosas porque iba pelando y cortando

a medida que se cocinaba. Así y todo, el proceso llevaba su tiempo. El resultado no era muy bueno pero se comía. Cuando los comensales eran más de dos, mi madre separaba las tareas, las *dividía*: primero cortaba todas las papas, luego distribuía los bollos de carne, los condimentaba y, una vez todo preparado, comenzaba la cocción.

Esta división técnica del trabajo (el ir de una etapa por vez) le permitía hacer todo más rápido. Pero estos métodos sólo tenían sentido cuando había que hacer una cantidad respetable. Si mi madre tuviera que cocinar para un conjunto de personas, un batallón de ejército, digamos, los alumnos de un colegio o los presos de una cárcel, y tuviera que hacerlo en forma sistemática todos los días del año, entonces es muy probable que debiera contratar personal a su servicio y distribuir entre los empleados esas etapas técnicas que ella utilizaba para aumentar su *productividad*. Así habría obreros dedicados al pelado y corte de papas, al amasijo de carne, al cuidado de la sartén, etcétera. Si aumentara aún más la demanda, con nuevos clientes que alimentar, resultaría evidente la necesidad de dividir aún más los pasos y ahora habría obreros empleados en pelado de papas, lavado de papas y cortado de papas, distribuidores de carne en bollos y moldeadores de la carne, abastecedores de aceite y cuidadores de sartenes, separados a su vez de los distribuidores de la comida, divididos estos entre los que entregan las papas y los que entregan la carne. El principio es siempre el mismo: se ahorra tiempo al dividir las tareas porque lo que se perdía en trasladarse de una tarea a otra, tomar las herramientas de cada etapa, ahora ha sido aprovechado por estar cada operario quieto en su puesto haciendo siempre lo mismo.

Diez obreros realizando la misma tarea completa (desde pelar hasta entregar el alimento) producirán mucho menos que los mismos diez realizando la tarea completa parcelada. Esto es fácil de intuir pero, por las dudas, piénsese en esas situaciones en las que hay que acarrear algo (ladrillos, por ejemplo) y en lugar de ir cada uno por lo suyo, se forma una cadena. La diferencia entre la fuerza de trabajo de los diez obreros en la primera situación y en la segunda, en el cual lo único que cambia es que se ha perfeccionado

la *cooperación* entre ellos, crea una fuerza nueva que excede a la simple sumatoria de los obreros, una especie de trabajador número 11. Para entender mejor esto, piénsese en la diferencia entre un equipo de fútbol jugando de visitante o de local: en el primer caso, juegan once, en el segundo, 12. "El doce" es la hinchada, que agrega a las habilidades del equipo el componente de fuerza moral, tan necesaria para el triunfo que en las grandes contiendas suele ser la diferencia crucial. Pues bien, ese plus de fuerza que crea una cooperación más perfeccionada, "el doce", es una *fuerza cooperativa social* que no cuesta nada al capitalista y que es apropiada por él como si fuera suya. Esta diferencia aparentemente pequeña puede crear una ventaja decisiva para una empresa frente a otras, determinando su futuro, a la cima o a la quiebra. Por eso, como ya vimos, los capitalistas han creado toda una ciencia de esta *cooperación*; ciencia que se conoce como organización científica del trabajo, o también "taylorismo", por su principal mentor, usted ya lo sabe, el norteamericano Taylor. Usted ya lo sabe, pero repasemos. Cuando hemos llegado al punto en el cual hay una cooperación desarrollada, es decir, más allá de la *cooperación simple* (un artesano con otro), hablamos de *manufactura* y decimos que el trabajo ha sido subsumido… ¿Cómo? ¡Bien!, formalmente. Al capital, sí, por supuesto. Un restaurante común y corriente, donde el cocinero es casi una ama de casa con demasiados hijos, se halla en el lugar de la cooperación simple. Uno, donde la magnitud del trabajo es elevada, se transforma en manufactura. Cuando comienza un proceso de mecanización periférica hablamos ya de *manufactura moderna*. Si ésta se apoya en una larga cadena productiva que la hace posible, hablamos de una manufactura moderna en el marco del régimen de gran industria. Éste es, finalmente, el caso del *fast food*.

El desarrollo de la división técnica del trabajo en un sector suele empujar un proceso similar en las ramas conectadas. Un *fast food* no es una fábrica, es un taller manufacturero. Una *fábrica* es, ya lo dijimos, "un taller fundado en el empleo de máquinas". A simple vista, un establecimiento común parece remitir más bien al mundo de la manufactura, donde los procesos laborales descansan sobre

las pericias individuales de los obreros, es decir, en una base subjetiva. Pero para que el *fast food* llegara a este nivel de manufactura moderna era necesario que se produjera la vinculación del *fast food* "visible" con una cadena productiva preparada específicamente para él; el local de comidas rápidas aparece como la etapa final de una larga cadena productiva, a veces atravesando varias empresas, otras, dentro de la misma, donde la industrialización de la materia prima permite la existencia del sistema. Sin la producción industrial de las papas, de carne de vaca y pollo, es imposible el *fast food* como ahora lo conocemos. Las papas, por ejemplo, son parte de un proceso sorprendente que las hace llegar en tiritas más o menos iguales, y se mantienen congeladas hasta que entran en la freidora.

¿Y los pollos? Mire, se lo advierto, después no va poder comer… Un pollo "industrial" es criado en celdillas donde no puede hacer otra cosa que comer y cagar, discúlpeme usted esta palabra tan fea cuando uno habla de comida. Como el pollo tiene luz permanente, en cuanto despierta come y, antes de dormir, caga. Se le da de comer alimento balanceado, es decir, una mezcla de muchas cosas, vaya uno a saber qué; con el agua, es todo lo que tiene. Se le ponen con jeringas los antibióticos y hormonas necesarios y se lo hace crecer a toda velocidad. Como la carne carece de consistencia y de sabor, porque el pollo no camina, se le inyecta el gusto al pollo. Como el pollo no alcanza a digerir todo lo que come, con lo que caga se van muchos dólares de alimento no procesado. Solución: debajo de las jaulas una corriente de agua recoge el resultado, al final se deseca, se compacta y se le da nuevamente a comer al pollo. A esta altura del relato uno entiende por qué, luego de comer en un *fast food*, solemos exclamar cosas como: "qué pollo de mierda", "este pollo es una mierda", "qué mierda de pollo" y otras variantes por el estilo.

Lo peor es que, salvo que uno vaya a comer a Kentucky Fried Chicken, cuando se mastica "pollo" lo que tiene entre las fauces es un amasijo reconstituido, ¿de carne, de pollo?, amoldada a guisa de fantasía. Todo este proceso de desmenuzar el animal, separar los huesos, el plumaje, amasar la carne y darle forma de algo, se hace a máquina y así llega a la planta de ensamblaje. La carne de vaca sigue

un procedimiento similar, hasta llegar en discos congelados que pueden usarse para cualquier cosa, menos para comer. No sigo con otros "alimentos" para que no vomite, pero dése cuenta de que no hace falta pensar en que las hamburguesas vienen con lombrices (lo que no es cierto, aunque no siempre se puede percibir la diferencia), para que a uno le dé cierta sensación de asco, ya se lo dije.

Así que es imposible pensar el desarrollo actual del *fast food* sin este avance de los procedimientos industriales en el mundo de las materias primas alimenticias. De modo que la *gran industria* hizo posible la existencia de estos engendros. Y no sólo por lo que a alimentos refiere; las máquinas que se usan en el *fast food* son también producto del desarrollo de la gran industria, que permiten que supere el estadio de manufactura. Efectivamente, en la "planta de ensamblaje final" (eso es un *fast food*, lo más parecido a una fábrica de autos) una serie de máquinas automáticas realizan las principales tareas, limitando la actividad de los trabajadores a la vigilancia, el armado de los pedidos y una serie de operaciones manuales menores, siguiendo los ritmos establecidos por dichas máquinas. Se trata de parrillas que "avisan" del estado de los productos, freidoras y servidoras de bebidas automáticas, entre otros. En algunos casos más avanzados, se trata incluso de parrillas que cocinan automáticamente, eliminando a los empleados de la producción y dejando sólo el abastecimiento de la máquina y la comercialización, como parece que proyectaba hacer Burger King. Algo así como la máquina de fabricar pasteles de pollo que se ve en *Pollitos en fuga*. Para entender por qué es muy difícil que este último paso se realice, que el *fast food* supere la manufactura moderna y pase a la gran industria, es necesario volver al problema de la demanda.

Los nuevos métodos son posibles cuando una cierta cantidad mínima es exigida. De allí que el origen más remoto de la "tecnología *fast-food*" está ligado a la alimentación del ejército, las cárceles y otros grandes conglomerados humanos como las grandes empresas. A medida que se desarrolla, el sistema capitalista va creando más y más gente que debe "comer afuera" o que no tiene quien le cocine, por la dislocación de la estructura familiar trabajadora, donde todos

trabajan en forma asalariada. Y también por la expansión del sistema de transporte, que hace posible trabajar a gran distancia del hogar pero, por eso mismo, no permite volver a él a comer. El resultado no es muy alentador; el obrero y/o empleado tiene que comer, como si no lo hiciera (*fast*), un engendro que parece rico aunque no lo sea (*food*). Estos y otros factores han llevado a la creación de gigantescos mercados para la comida "rápida" y "barata". Este crecimiento es lo que hace cada vez más factible la reforma permanente de los procesos de trabajo, la aparición de métodos más y más eficientes, por la vía de la división técnica del trabajo, la perfección de la cooperación. Así comienzan a desarrollarse no sólo métodos más eficientes, sino que a cierto nivel se hacen imposibles nuevas reformas y el sistema se preña de revolución: las tareas que antes se hacían manualmente se simplifican, a tal punto que es imposible toda otra nueva división. La única solución es la revolución del proceso de trabajo. Allí aparecen las máquinas.

Les había contado que mi madre hacía unas hamburguesas relativamente informes. Parecían más bien estallidos de carne contra la sartén. Como yo vivía en San Miguel, viajaba a Buenos Aires (a la capital) en el ferrocarril San Martín. Era una época dura la primera mitad de los ochenta (aunque tal vez no tan dura como ahora), de modo que el tren era una especie de quiosco desglosado, corporizándose cada producto en la voz de locutor casi profesional de cada vendedor que pasaba, uno tras otro, vagón tras vagón. Como viajé cerca de diez años continuos en el San Martín, haciendo siempre el mismo recorrido (Muñiz-Palermo, Palermo-Muñiz), me los conocía a todos. Incluso a una niñita de cinco años la vi crecer hasta convertirse en madre y seguir su tarea con su niño en brazos (todavía hoy, cuando voy de visita a casa de mis padres, suelo verla muy envejecida ya, aunque no debe llegar a los 30 años). Pues bien, todo esto para decir que uno de estos vendedores de ese quiosco longitudinal que era el San Martín, por aquellos años, vino a traerme lo que me pareció la solución para transformar la galaxia dispersa de la sartén de mi madre en algo más parecido a un "pati" de verdad. El compañero en cuestión vendía un adminículo que era como una campana

achatada con una especie de pistón; se ponía la carne sobre la mesa, se la desparramaba al estilo de la masa de pizza o de torta frita con un palo de amasar, y luego, con el molde (¡Esto era todo!) se le daba una forma perfectamente redonda. El "pistón" permitía expulsar el "pati", ahora sí capaz de engañar al más avezado comedor de hamburguesas. Me entusiasmé no bien lo vi. Me des-entusiasmé no bien terminé de verlo: el solo hecho de ver la mano cochambrosa del pobre compañero repetir una y otra vez el experimento para ofrecer prueba visual de eficiencia, no sólo me quitó toda idea progresista en relación con la cocción de hamburguesas, sino que a la postre afectó mis hábitos alimentarios. Aun así, no se puede negar que se trata de un adelanto técnico. Pues bien, las grandes hamburgueseras han transformado las manos más o menos inexpertas, primero en moldes y luego en máquinas que manejan moldes. Se obtienen así millones de hamburguesas perfectamente iguales, con un mínimo espeluznante de mano de obra y sin cochambre alguna. Es más, gigantescas empresas se dedican sólo a esta etapa de la creación de un "combo"; firmas como Quickfood, la creadora del "pati" o las abastecedoras de McDonald's, crean millones y millones de hamburguesas exactamente idénticas por año. Como las hamburguesas deben conservarse hasta el momento de ser cocinadas, deben ser congeladas y transformadas en discos helados capaces de matar a alguno cual estrellita de ninja. La tecnología de producción de hamburguesas no tiene hoy punto de comparación con la de mi madre, estallando bollos de carne contra el sartén, ni con el compañero del San Martín y su mano cochambrosa.

Pero para que algo parecido se dé con la producción automática del combo, sería necesario que la cantidad de comensales sea muy pero muy elevada y se repartiera más o menos uniformemente a lo largo del día. El local en cuestión tendría que estar en una zona espectacularmente densa o abastecer a una población cautiva muy grande. Algo a lo que el *fast food* todavía no ha llegado. Allí se ha avanzado hacia la *subsunción real del trabajo al capital,* pero se ha quedado en una etapa intermedia. Lo que significa que todo muchachito que nos sonríe con un pin en los labios que dice "bésame y te haré feliz con carne picada y papas fritas" es un

esclavo que ha encontrado su amo en una manufactura moderna. Lo que significa que un empleado de *fast food* no sólo no puede reproducir el proceso de trabajo porque competir con ellos implica replicar un capital de miles de millones de dólares, sino que puede ser reemplazado rápidamente y sin dramas porque, estrictamente, no sabe nada y no precisa saberlo. Es, entonces, perfectamente intercambiable; no necesita ninguna educación ni experiencia laboral. Todo lo contrario, el *fast food*, como el mundo de los hipermercados, suele ser la primera experiencia laboral de la generación más joven de trabajadores. Volvamos entonces al Gato Dumas y comparémoslo con un muchachito "pin-bésame-que…", y a la diferencia que observamos se le puede poner un nombre: *degradación*. ¿Le parece una exageración? Compárelo con mi amigo Pablo, mi madre o hasta el compañero de la mano cochambrosa… El trabajo, y con él el trabajador, se ha degradado al extremo de no significar ninguna experiencia cognitiva importante. Lo digo, creo que ya por tercera vez: McDonald's ha logrado ser el mayor restaurante del mundo sin ningún cocinero en sus locales. No es virtud exclusiva de la empresa del más famoso y feo de los payasos: no creo que haya ninguno en ninguno de los locales de Tricon Globa —la compañía de restaurantes propiedad de PepsiCo, la "pesi" de los bares argentinos—, que reúne al mayor sistema de comida rápida del mundo (Taco Bell, Kentucky Fried Chikcen y Pizza Hut).

Sin embargo, la propaganda patronal dice otra cosa. Se supone que los obreros del *fast food* tienen mayores "responsabilidades", y por eso una consideración más positiva de su lugar en el trabajo colectivo porque, igual que sucede en los métodos japoneses, se los ha beneficiado con el *enriquecimiento de tareas*. Es decir, porque además de trabajar tienen a su cargo el *control de calidad*. Efectivamente, en los *fast food* los empleados están obligados a comunicar a la gerencia los defectos que observan en el sistema, actuando como controladores de calidad al mismo tiempo que trabajan en su tarea específica. El sistema es capaz entonces de ser corregido sobre la marcha, allí donde los propios trabajadores ven la falla. Esto equivale a reconducir sobre el trabajador dos tareas distintas: la de la

producción misma, por un lado, y la de control del funcionamiento del proceso productivo, por otro. Se trata en realidad de un aumento de las tareas a su cargo, o sea, más trabajo por lo mismo; entonces, más explotación: *empobrecimiento* del trabajador y *enriquecimiento* del empleador. No sé si me explico…

La inventiva de los apologistas del capitalismo es inagotable; una muestra es la palabreja *polivalencia*. Se supone que gracias a los adelantos del capitalismo de última hora, los obreros ahora son capaces de hacer más cosas, cosas diversas, nuevas cosas. ¡Qué cosa! Así, el capitalista estaría interesado en obreros que puedan afrontar tareas diversas, a fin de saltar de una a otra sin mayores dramas. Sin embargo, la realidad es otra y el *fast food* es un buen ejemplo: al igual que en todos los procesos productivos de la gran industria, la capacitación para cada puesto es mínima, con lo cual en poco tiempo se puede adquirir la necesaria para actuar en cualquiera de ellos. Como ya vimos, el obrero puede hacer más "cosas" porque la tendencia del capitalismo es a simplificar en grado extremo las tareas, complicando para ello las máquinas y estandarizando al máximo los productos. De modo tal que ahora el obrero "vale" para muchas "cosas", porque éstas tienen cada vez menos valor como contenido de trabajo. Para "saltar" de una tarea a otra, un chef tiene que estudiar, hacer cursos, investigar, probar, crear; un empleado de *fast food* se para unos minutos al lado de un compañero. Las empresas estimulan este fenómeno con excusas tontas como la de hacer el trabajo más "divertido". Va de suyo que el beneficio para la empresa es fácil de ver, en la medida en que puede reemplazar cualquier ausencia rápidamente y pueden achatar los salarios hacia abajo.

Algunos críticos de Braverman sostienen que este proceso de degradación no es tal. O bien es meramente "relativo", es decir, hay descalificación de tareas pero también "recalificación", sobre todo en las industrias "tecnológicas" como la computación. O directamente enfatizan que no hay descalificación en forma absoluta, que el capitalismo provee de nuevos empleos cada vez más complejos, con necesidad de educación creciente. Si esto último fuera así, no veríamos la crisis mundial que afecta a la educación, producto del

ataque sistemático sobre los gastos públicos en la materia. Sería extraño que los capitalistas atacaran su fuente de mano de obra educada barata, en tanto la paga el Estado, estando necesitados de ella en abundancia. Lo cierto es que las máquinas se hacen complejas para que el trabajo se haga sencillo.

El proceso que describen las calificaciones bajo el capitalismo define un movimiento complejo, pero cuya tendencia hacia la degradación es clara: al comienzo de cada nuevo ramo productivo las calificaciones necesarias son elevadas porque la industria es nueva y pocos saben de qué se trata. Esa situación crea *entrepreneurs* y artesanos soberbios que creen que siempre se llevarán el mundo por delante. En la fase de expansión, los precios de la novedad son elevados, razón por la cual los patrones no mezquinan salarios a una mano de obra rebelde. Pero cuando la industria se estandariza entran nuevos competidores y el trabajo comienza a ser víctima de la división de tareas; la situación de los obreros se complica porque la degradación comienza a actuar. Una vez que la división ha llegado a un punto elevado, las herramientas perfeccionadas comienzan a ser reemplazadas por máquinas, la degradación del trabajo llega a su máximo grado y la desocupación del sector ayuda a bajar salarios y obtener plusvalía absoluta y relativa. Habrá pasado la edad de oro del sector, y un panorama de un puñado de ingenieros y técnicos, rodeados de un mar de descalificación generalizada, será el paisaje normal. Todas las industrias han seguido este camino y la sumatoria de trayectorias da una inequívoca tendencia global hacia la descalificación.

7. El principio de Babbage, o por qué los capitalistas los prefieren jóvenes

Repetidamente citado por Marx, Charles Babbage (1791-1871) es uno de esos fascinantes "filósofos" de las manufacturas, las máquinas, o el sistema capitalista en general, como Andrew Ure en el pasado, Taylor y Ford más recientemente y Ohno en la actualidad. Maestros en el arte de la explotación del trabajo, que en la sociedad capitalista corre pareja, necesariamente con una obsesión ilimitada

por el tiempo y la velocidad, han llevado a cimas inigualadas la reflexión sobre las formas más eficientes de producir con menor gasto de energía humana. En su actividad cotidiana, cada capitalista individual debe emular a estos "héroes" de la productividad; cuanto más eficiente sea su consumo de la fuerza de trabajo, más bajos serán sus precios y, por ende, mayor la posibilidad de destruir a sus competidores. Como todos los capitalistas hacen lo mismo, la competencia resulta ser el motor general del sistema, que asume la forma de una guerra sangrienta a través de la cual la capacidad productiva del trabajo se eleva permanentemente. Estos cambios en la productividad resultan en desplazamientos de trabajadores por nuevos métodos o por tecnologías de diferente tipo, provocando la desaparición de oficios enteros junto con todos los conocimientos que los sustentaban y con las formas de vida que hacían posible. Dichos desplazamientos implican, por lo tanto, cambios profundos en el conjunto de la sociedad. Vastos movimientos de población, destrucción completa de campos productivos enteros, creación *ex novo* de otros tantos, y cambios abruptos en la fisonomía del paisaje mismo son los resultados emergentes de esa revolución permanente de la ciencia y la técnica. ¿Quiere ejemplos? Véase la larga saga de películas sobre obreros ingleses, como *Soplando el viento*, *Todo o nada* o la española *Los lunes al sol*.

El "principio de Babbage" puede resumirse así: en una sociedad basada en la compraventa de fuerza de trabajo, el dividir el trabajo abarata sus partes componentes. Lo que significa que dividiendo los procesos productivos se pueden separar las partes más complejas de las más sencillas y adjudicarlas a trabajadores que puedan realizarlas. El resultado es un enorme ahorro de capital en salarios. Supongamos que se precisan diez obreros medios para realizar el mismo trabajo a 10 pesos cada uno. Modificado el proceso de trabajo, obtenemos que una parte de ese proceso requiere 2 obreros de mayor calificación, a los que se continúa pagando 10 pesos; 3 obreros de calificación menor, los que ahora pueden conseguirse a 7 pesos cada uno y, por último, 5 obreros de los de menor educación técnica, a los que basta con pagar 5 pesos por cabeza.

Mientras el gasto total inicial era de 100 pesos, ahora alcanza con 66. El "principio" que nuestro "filósofo" tuvo a bien expresar mejor que ningún otro, muestra las posibilidades de nuevas súper ganancias que se esconden detrás de la división del trabajo y la reasignación de la población trabajadora en función de sus requerimientos. Que él lo haya expresado mejor que nadie, no oculta el hecho de que todo capitalista sabe cómo funciona, y que por esta causa la tendencia que domina la evolución de los procesos de trabajo en la sociedad capitalista lleva a la creciente simplificación de las tareas y, por ende, a una demanda relativamente creciente de población menos educada. Esta menor educación es uno de los elementos responsables del menor valor de la fuerza de trabajo, que Babbage supo apreciar como uno de los grandes descubrimientos de la economía política, y que pone en cuestión todos los discursos burgueses, oficialistas y opositores, nacionales y extranjeros, sobre la capacidad de la educación para asegurar el futuro y acabar con la desocupación. Por el contrario, la evolución de los procesos de trabajo exige y lleva a un embrutecimiento progresivo y la recreación permanente de una masa creciente de desocupados.

La introducción de maquinaria y tecnología en general suele ser asimilada, en forma simplista, a una supuesta complejidad mayor del trabajo, como si la introducción de computadoras en oficinas, talleres y fábricas requiriera analistas de sistemas y programadores para manejarlas. El resultado más lógico a esperar es exactamente el inverso y efectivamente es así. Basta ir a cualquier supermercado para observar cómo las cajeras no precisan más capacidad que distinguir los billetes, puesto que los códigos de barras, los lectores y las máquinas registradoras harán el resto. Es esta la razón por la que en estos lugares, como en muchos otros, vemos expandirse el trabajo juvenil. Y esos requerimientos de mano de obra de menor calificación se extiende a las oficinas, donde una sola persona, computadora, fax, e-mail y fotocopiadora mediante ha desplazado a un montón de empleados de mayores calificaciones, con sólo manejar el Office de Windows. Que lo que se deja atrás es un mundo de calificaciones ahora inútiles, se comprueba fácilmente

con el simple hecho de recordar lo difícil que era, con una vieja máquina de escribir, hacer una carta justificada y con varias copias al carbónico. Las máquinas pueden ser complejas, el trabajo no, lo que se refleja en la desvalorización del título de educación secundaria: hoy un viejo "perito mercantil" es dueño de calificaciones inútiles; mientras las nuevas se adquieren fácilmente, observando al compañero que trabaja. O sea, algo así como la educación propia de un simio.

No es posible desligar estas realidades de otras, supuestamente alejadas, como la reforma de los sistemas educativos. La extensión de la educación primaria es la forma tramposa que asume la reducción de la educación secundaria, de la misma manera que la extensión de los posgrados es la contrapartida de la desvalorización de los títulos de grado y el acortamiento de las carreras. El fenómeno no hace más que acompañar la transformación más general de la sociedad capitalista, tanto argentina como la del resto del mundo: la profundización del desarrollo de las relaciones que las caracterizan. El desarrollo del capital, la guerra permanente que lo trastorna todo, está generando nuevos logros en la productividad del trabajo, de la conquista humana sobre el mundo material; al mismo tiempo que, consecuentemente, degrada relativamente las capacidades de esos mismos hombres y mujeres que consume en la hoguera eterna de la producción de plusvalía. Para un mundo de menor cantidad de trabajos calificados y una vasta masa de trabajadores sin habilidad técnica alguna, una educación de élite, ligada a los requerimientos de las empresas, acompañada por una escolarización elemental, también ligada (¿cómo iba a ser de otra manera?) a los requerimientos de las empresas.

Ésta es la razón por la que los salarios pagados por las empresas del *fast food* figuran entre los más bajos de la escala. No porque las empresas sean "malas", sino porque han degradado el contenido del trabajo; lo han dividido y han asignado a la vasta masa de sus empleados tareas que no requieren formación alguna. En consecuencia, las necesidades de calificación, es decir, de educación de la fuerza de trabajo, son mínimas. El salario tiende a reflejar este hecho ya que, como consecuencia de la revolución en los medios de

producción, el régimen de gran industria habilita al capital a apelar a fuerzas de trabajo de menor valor, extendiendo la población a disposición de ser explotadas por estas empresas. Ahora basta con obreros sin ninguna experiencia laboral, sin ninguna educación previa. Es más, una de estas empresas, McDonald's, se jacta de ser la primera empleadora (y por ende, educadora) de la mayor parte de la masa laboral americana. Ésta es una de las razones por la que las empresas en general prefieren el trabajo juvenil y adolescente.

Si volvemos al mundo del *fast food,* entenderemos mejor todavía por qué el grueso del empleo en estas empresas se encuentra en una franja etaria que fluctúa entre los 16 y 25 años, en donde el desempleo alcanza sus niveles más elevados y las empresas no tienen problemas para encontrar trabajadores con muy pocas ganas de protestar. Además, las estrategias de las empresas suelen mejorar su posición frente a los empleados, al ofrecer arreglos de horarios de trabajo que suelen permitir la incorporación de estudiantes a tiempo parcial. Esta práctica tiene varias ventajas; por un lado, resuelve el problema de la educación mínima requerida para manejar ciertas máquinas, como las computadoras con las que se cobran y ordenan pedidos, que exigen por lo menos habilidad en el manejo de dinero; por otro, se genera una situación de "desvinculación" pre-establecida. Desde otro punto de vista, se hace posible incorporar a estudiantes secundarios, y sobre todo universitarios o terciarios, que requieren de tiempo libre difícil de conseguir con empleos normalmente de tiempo completo. Pero también se genera una dinámica en la que la relación con la empresa es establecida desde el comienzo como "precaria". Una cartilla de información para los recién llegados recibe al novato con una frase que delata el carácter transitorio del empleo, asumido así por la propia empresa: "Estamos muy contentos de que estés con nosotros y deseamos que disfrutes tu permanencia en la empresa. Que esta sea para vos una experiencia agradable y provechosa". Más que el ingreso a un ámbito laboral, parece una recepción de la azafata al pie del avión…

Son estos mismos fenómenos, las características de la fuerza de trabajo y las condiciones generales del empleo, los que afectan

las posibilidades de sindicalización, hecho agravado por la reconocida hostilidad de las empresas del sector hacia las organizaciones sindicales en todo el mundo. Pero el uso de mano de obra muy joven o adolescente también añade dimensiones de control personal sobre los empleados. La diferencia etaria entre un empleado adolescente y el gerente de local bordea la que existe entre padre e hijo (o incluso, entre profesor y alumno). En este sentido, no es extraño entrar a un local de *fast food* y encontrar trabajadores llorando porque los han retado.

8. Crónicas marxianas: el trabajo y la tecnología

Otra vez: cuando yo era chico… Mi papá es albañil, pese a todos sus esfuerzos por dejar una profesión que, lo sé por propia experiencia, destruye espaldas, evita la proliferación de guitarristas y hace esquivas las mejillas, los muslos y los hombros, por no decir más, de las señoritas que le gustan a uno. La albañilería es una profesión muy dura, aunque sea una de las más nobles actividades creativas del ser humano. Nada más hermoso que ver cómo crece y se desarrolla, por etapas lógicamente ordenadas, algo que empieza por ser nada más que un espacio vacío y termina, imaginación mediante, en un hogar lleno de vida, de esperanzas, de la corriente humana que pasa y pasa como un río que lo atraviesa todo. Me emociona un poco esto que al lector seguramente no le cause el mismo efecto, porque la relación con mi padre siempre fue difícil. Porque vivir es difícil. Vean esa película que se llama *Nada es para siempre* (la traducción más correcta del título en inglés sería *Como un río que lo atraviesa)*. Habla de padres e hijos, es decir, de varones. La metáfora del río siempre me emociona, como cuando escucho *Puente sobre aguas turbulentas*, porque me hace pensar en la terrible precariedad de la vida, en ese saber que no importa mucho que yo esté o no, que puedo morir ahora y que lo que muere no soy yo sino ellos en mí. A mi papá le gusta pescar, a mí también. Por años, la pesca fue uno de mis pocos contactos con ese hombre con el que me separan tantas cosas y sin embargo quiero tanto. En *Nada es para siempre* las escenas más hermosas

son para mí porque son parte de mi propia vida; esas en las que los hermanos pescan con su padre y el río fluye, y la vida parece tener sabor y color y poder beberse a grandes tragos amarillos, rojos, verdes, dulces y amables. Y sí, después de todo, la vida es bella. Y lo sería más si pudiéramos evitar que tanta cosa buena nos quedara en el tintero, a la hora de llenar las últimas páginas de ese libro que escribimos desde el nacimiento.

La albañilería, esa profesión tan linda y tan dura, que podría serlo más y menos si viviéramos en otra sociedad, dejó en el tintero de mi padre algo tan simple como tocar la guitarra. Porque al albañil las manos se le hinchan progresivamente, los dedos engordan y todas las articulaciones se resienten como si fueran goznes gastados; lo que a lo largo de los años les da, a esas maravillas de la evolución humana, un aspecto tosco, duro, áspero. Los dedos de las manos de mi padre no caben entre cuerda y cuerda y carecen de la movilidad más elemental. Es una mano de albañil; una mano que raspa cuando acaricia. Mi papá quería que yo fuera guitarrista y, por eso de que es difícil la vida, nunca le hice caso. Cada vez que lo recuerdo, me arrepiento y, antes de que me duela demasiado, llamo a mi lado a Paco, el hijo de Lucía, y le pido que toque para mí. Si yo no fuera ateo, diría que este hombre ya se ganó el cielo. Pues bien, cuando yo era chico mi papá hizo reparaciones en una casa muy lujosa, cuya dueña reconoció al final que no tenía con qué pagar, salvo que aceptara algunos muebles viejos y cosas por el estilo. Entre ellas, cayó en mis manos, cuando yo tendría siete años, una enciclopedia editada a comienzos de siglo (del siglo XX, quiero decir) que se llamaba *El tesoro de la juventud*. Yo no era joven, todavía, pero esa enciclopedia fue un verdadero tesoro para mí. Creo que no sería intelectual hoy, si no me hubiera topado con ese "cofre" lleno de leyendas escandinavas, poemas, cuentos, relatos de actos de heroísmo y también, por supuesto, de aventuras coloniales; desde las "bondades" de la conquista de Australia, hasta la guerra de los bóers y cosas por el estilo. Allí figuraban, entre aquello que más me impresionaba, las maravillas de la ciencia y la tecnología. Imagínense que estaba escrita antes de 1920… Pues bien, esto que voy a contarles lo leí allí.

La historia, estoy citando de memoria treinta años después, hablaba de Elías Howe, el inventor de la máquina de coser. *El tesoro de la juventud*, por supuesto, estaba llena de historias edificantes para jóvenes pobres que por su propio y honesto esfuerzo salían de pobres. El pobre Elías (digo pobre porque era pobre) concibió la idea de inventar una máquina que pudiera coser. Estamos todavía a comienzos del siglo "traspasado" (o sea, del XIX) —como decía mi hija Laura cuando apenas hablaba—. De otra manera, era el reino de los sastres, profesión por entonces muy popular y distinguida, de la que parece que deriva mi apellido. Sartelli —como Sastre, Sartre o Sartori— me han dicho que viene de "sastre" y éste, a su vez, de "sartorio", un músculo de la pierna que se estira cuando uno se sienta y cruza las piernas; como los sastres debían hacer eso para coser, parece que el nombre de la profesión deriva de los dolores de ese músculo —o al revés, no sé bien.

Recuerdo que el relato de la hazaña técnica de Elías era realmente apasionante. El muchacho ni dormía, pensando en cómo pasar el hilo, cómo mover la aguja y todos esos problemas. Y lo consigió y no tuvo mejor idea que demostrar la utilidad de su invento, retando a doce sastres a una competencia en el arte en cuestión; Elías avergonzó a estos buenos maestros de la aguja, cosiendo en la mitad del tiempo que los doce juntos la cantidad prefijada de lienzos. No recibió sin embargo lo que esperaba, porque en lugar de felicitaciones, sólo sillas cayeron sobre su cabeza. No recuerdo si le destruyeron el aparato, pero sí que escapó por los techos y de milagro. Yo no podía sentir otra cosa que indignación ante esos bárbaros que habían maltratado a mi amigo Elías, y frenado el desarrollo de la ciencia y la tecnología. Pero, como en toda historia edificante para la juventud, el héroe triunfa al final. A partir de allí comencé a mirar a la Singer de mi madre con un respeto particular.

Al revés que la admiración ciega que tenía yo entonces por la tecnología (y por héroes como Elías), una visión romántica del problema lleva a considerar a la máquina como enemiga del obrero. Eso es lo que concluyeron estos sastres tan poco simpáticos con mi amigo Elías. De hecho, en el origen del movimiento obrero la solución

más común al problema que planteaban las máquinas era la misma que la que sufrió nuestro pobre *entrepreneur* de la confección. Parece que incluso algo parecido le pasó a un antecesor de Elías Howe, en el camino que llevó a la invención de la máquina de coser: en 1830, el sastre francés Barthélemy Thimonnier construyó una máquina para punto de cadeneta que tuvo mucho éxito, pero su fábrica fue destruida en 1831 por una manifestación de sastres que temían por su subsistencia. En Inglaterra, el primer lugar del mundo donde surgió una clase obrera, se desarrolló un movimiento de "rompedores de máquinas": los "ludditas", por asociación con un supuesto "Capitán Ludd", quien sería el responsable de los disturbios "antitecnológicos". Hubo otros "ludditas", como el "Capitán Swing", que se dedicaron a la destrucción de maquinaria rural. El caso es que el "luddismo" resultó ser un juego peligroso; igual que nuestro amigo Julio (Cortázar, ya se sabe), quien le echaba la culpa —metafóricamente, se entiende— al reloj de la tiranía en que vivimos, los ludditas culpaban a las máquinas de la desocupación, la caída consecuente de los salarios y el desplazamiento de los obreros varones adultos por mujeres y niños. Resultó peligroso porque era una respuesta que carecía de futuro. No porque uno diga mesiánicamente: "no puede detenerse el progreso" (porque, entre otras cosas, sí puede detenerse y el capitalismo sabe mucho de eso), sino porque el desarrollo tecnológico está en el núcleo de buena parte de las estrategias de dominación burguesa del mundo —contra la clase obrera, contra otras clases y de unos burgueses contra otros—, además de que puede conseguir aliados en el seno mismo del proletariado. En efecto, no sólo un burgués, cuya capacidad de desarrollo tecnológico es superior al del resto, hará lo posible por imponer las innovaciones que le dan la ventaja, sino porque los resultados de las innovaciones tecnológicas provocan prolongadas bajas de precios, lo que a la postre significa un aumento del salario real de los obreros. De modo que es posible encontrar aliados obreros que estén dispuestos a avalar estos movimientos del capital, como puede cualquiera comprobar con sólo observar qué poca oposición genera la instalación de las grandes cadenas de supermercados, que eliminan centenares

de comerciantes y dejan en la calle a muchos trabajadores. Basta comparar los precios de una de estas grandes cadenas con los del almacenero de la esquina, para darse cuenta de lo que estamos hablando. Los "ludditas", entonces, no suelen conquistar simpatías demasiado amplias más que ocasionalmente.

Por su parte, los apologistas del capitalismo suelen señalar que las máquinas hacen más fácil y llevadero el trabajo y que constituyen la solución a todos los problemas humanos. Esta confianza en la tecnología es algo que siempre me produjo una molestia, sólo comparable a la que me produce el rechazo absoluto al desarrollo científico. Me harta la barbarie disfrazada de romanticismo humanista. Más adelante hablaremos *in extenso* sobre este punto. Baste aquí decir que las máquinas no son responsables de la desocupación. Sólo en manos del capitalista, la máquina se vuelve una arma contra el obrero. Como decía el viejo Andrew Ure: "cuando el capital pone a su servicio la ciencia, la mano rebelde del trabajo aprende rápido a ser dócil". Efectivamente, la tecnología podría ser "buena" con los obreros. Recuerdo que cuando yo era chico, hace unos treinta años, no existían las máquinas mezcladoras —la "máquina", como le dicen los albañiles—. Había que hacer la "mezcla" con un azadón que tenía dos agujeros en la pala. Yo hice ese trabajo alguna vez y les aseguro que revienta cualquier espalda. Años después, mi "abuelo" Ernesto me contó su experiencia con el azadón, en una época en la que en lugar de cemento y arena se usaban barro y pasto. Todavía le dolía la cintura cuando me narraba escenas vividas sesenta años antes. La aparición de la máquina de mezclar eliminó *ese* dolor y creó otros; no tanto porque el trabajo no se hubiera alivianado, sino porque ahora se podía hacer lo mismo con menos personal. Así que lo que haría más soportable para un grupo de obreros sería ahora igual de insoportable para el pobre infeliz que queda con la máquina. Como la máquina hace el trabajo más rápido, igual que otras innovaciones en el mundo de la albañilería, el tiempo total de construcción de una casa se reduce, con lo cual los mismos obreros podrían trabajar menos, sus manos estarían libres de presiones por más tiempo y tal vez podrían tocar la guitarra. Pero no.

El capitalista prefiere menos obreros y más ganancias. Los obreros verán incrementar sus penas, porque ahora hay más desocupados que presionarán buscando empleo y, por lo tanto, harán bajar los salarios de los ocupados. Y, de paso, empeorarán sus condiciones laborales con más horas de trabajo y, por lo tanto, con más dolores musculares, más hinchazón en las manos y dificultades en las articulaciones. La guitarra va a llorar, seguro, pero de pena, porque ningún albañil le pondrá las manos encima. ¿Fue la máquina? ¿Todo es culpa de nuestro amigo Elías? No. La culpa es del capitalista, que posee las máquinas y determina para qué servirán. En otra sociedad, con otros decidiendo, la máquina será un instrumento de liberación. Así que no hay que romperlas sino expropiarlas. Y a cada inventor podremos darle las gracias por hacer más fáciles las cosas. Así, Elías no tendrá que correr y mi papá podrá dedicarse a rasguear las cuerdas sin temor a destruirlas.

9. No todos somos iguales (y sin embargo lo somos)

Una idea extraña al marxismo, pero común a casi todos los que lo critican, es que los obreros son todos iguales: una enorme masa informe y manipulable. Sin embargo, al igual que la burguesía, la clase obrera posee una estructura interna compleja y que se mueve y se transforma todo el tiempo. Para eso habitan en su seno experiencias muy disímiles, aunque algunas se transforman en dominantes. Para empezar, la clase obrera se encuentra dividida en fracciones, según sea la fracción del capital que la explote, la rama de la producción en la que ambos se encuentren enfrentados. Habrá, entonces, una fracción rural, una fracción industrial, etcétera. También, como la burguesía, se divide por capas. Así, hablaremos de un "ejército" en activo y una masa desocupada que llamaremos *ejército industrial de reserva*. Vulgarmente se los conoce como desocupados y subocupados. Los obreros en activo se encuentran no sólo divididos según fracción, sino también por ingresos. Además, están las peculiaridades de cada oficio concreto que hacen que cada grupo tenga sus características propias, como la segmentación genérica (algunos empleos, como en su momento

las costureras u hoy las maquiladoras, reúnen casi exclusivamente mano de obra femenina; mientras que otros, como los mineros o la construcción, prefieren varones) o etaria (en algunas ramas domina la población juvenil, como en el *fast food*, y en otras la adulta, como en los pilotos de aeronavegación). Siguiendo a Lenin, algunos distinguen en la capa ocupada a la "aristocracia" del trabajo, el sector de los obreros mejor pagos y con conquistas laborales que los constituyen, a los ojos del resto, en unos privilegiados. Suele suceder que estos obreros se transformen en la base activa de ideologías burguesas en el seno de la clase obrera, como el nacionalismo, el imperialismo o el reformismo. Lenin hablaba en particular de los obreros ingleses, pero para dar un ejemplo argentino tal vez podamos remontarnos a La Fraternidad, el gremio de los conductores de ferrocarril.

En el campo de los desocupados, es decir, de los obreros que constituyen el *ejército industrial de reserva*, distinguimos, de nuevo, varias capas: la *desocupación latente*, la *intermitente* y el *pauperismo consolidado*. El primer caso es el de aquellos desocupados que están en una forma de ocupación inestable; no son verdaderamente obreros ocupados por la lógica del proceso económico, sino más bien viven de un subsidio a la desocupación, disfrazado como sobre-empleo. Suele suceder, por ejemplo, con el empleo estatal, que muchas veces mantiene una población sobrante para evitar problemas políticos o crisis social. Los desocupados intermitentes son aquellos que están entrando y saliendo permanentemente del mercado laboral. La última categoría, el pauperismo consolidado, está constituido por los obreros que no tienen ya relación alguna con el mercado de trabajo, que sólo entran en relación asalariada muy de vez en cuando y sobreviven de la caridad pública o privada.

De modo que la variedad de experiencias obreras es enorme; tanta como circunstancias pueda generar el cruce de dos o más de cualquiera de estas variables. Ésta es la razón por la cual la clase obrera se encuentra normalmente dividida. Cuando Marx utilizaba la metáfora militar para describir a la clase, lo hacía conscientemente porque, como veremos más adelante, la competencia capitalista es una verdadera guerra. En ella los capitalistas avanzan en el

terreno de la producción con todo el ejército proletario, tratando de incorporar cada vez más "soldados" al frente. De esa forma los capitalistas se agreden unos a otros, incrementando las masas puestas en acción por cada fuerza. El desarrollo del proceso lleva al agotamiento de la reserva a niveles alarmantes. Los "soldados", sabiéndose escasos, exigen mejor pago por sus servicios, lo que coloca a todos los generales en situación delicada. Así, cada fuerza tratará de economizar efectivos, incorporando nuevas tecnologías al arsenal bélico. El resultado produce un creciente desplazamiento de "soldados" por nuevas armas (tecnología, digamos). A la corta o a la larga, se reconstituye el ejército industrial de reserva, y con él la competencia entre obreros ocupados y desocupados lleva a la caída de los salarios. Se revela allí la principal función que el sistema reserva a los desocupados: actuar como policía de las pretensiones salariales de los obreros ocupados. Cuantos más desocupados haya, mayor competencia habrá entre los obreros y, por ende, más fácil será el dominio del capital y la imposición de salarios de miseria. El "ejército" capitalista se compondrá, entonces, de una vanguardia activa y una reserva de desocupados que compiten permanentemente entre sí, disputándose su derecho a participar en la carnicería guerrera. Se incluye también dentro de esta última algunos destacamentos especiales, como la *infantería ligera del capital*, que es una masa de obreros que los capitalistas movilizan rápidamente para realizar trabajos especiales, temporarios, como el de las cosechas, para devolverlos luego al torrente de la desocupación.

Pero el cuadro de la clase obrera no termina allí porque estamos hasta ahora describiéndola, según sea ocupada o desocupada. Pero podemos tomar otro eje, el de *productiva* o *improductiva*. Es obvio que algunos de los obreros de los que hablamos recién (el pauperismo consolidado, por ejemplo) corresponden al sector improductivo de la clase, mientras que otros, los que forman parte del ejército en activo, parecen ser todos productivos. Sin embargo, las cosas no son tan sencillas: si bien los pauperizados permanentes son efectivamente trabajadores improductivos, muchos de los que trabajan a tiempo completo son también improductivos. La idea

puede resultar un tanto extraña, porque superficialmente tendemos a creer que todo aquel que trabaja "produce" algo. Pero aquí el problema no es lo que se "produce". Cuando hablamos de trabajo "productivo", hablamos de "productivo" para el capital. ¿Y qué es lo que el capital "produce"? Plusvalía, sí señor. Tiene usted razón. El trabajo productivo es el trabajo productor de plusvalía. Para eso debe cumplir con dos requisitos: uno, que trabaje en relaciones capitalistas; dos, que trabaje en la producción capitalista. En primer lugar, entonces, dos trabajos iguales pueden resultar productivos o improductivos según sea la relación en la cual se enmarque. Una prostituta que trabaja por su cuenta es una trabajadora improductiva. La misma prostituta que trabaja para una empresa de "acompañantes" (o *escorts*) es una trabajadora productiva. En el primer caso, no hay plusvalía. En el segundo, sí. En segundo lugar, no basta con las relaciones, depende también del momento del ciclo económico en el que se encuentra ese trabajo; si está en la producción de la mercancía —que puede ser cualquiera, desde un automóvil hasta la risa de un niño, que todo payaso tiene la obligación de arrancar si quiere que lo contraten para otra fiesta—, entonces habrá valor excedente, plusvalía; pero si está en la comercialización de la mercancía, en el momento en que sólo cambia de dueño, entonces no porque allí no hay creación de valor.

¿Por qué el capital necesita obreros improductivos? Por la misma razón que existen los capitales "improductivos", es decir, aquellos que no son base de la producción de plusvalía. Sólo hay creación de valor nuevo cuando hay producción. Pero cuando algo ha sido hecho, el venderlo no le agrega ningún valor. Lo mismo sucede con el capital bancario: prestar dinero no agrega valor a ninguna mercancía. Sin embargo, la existencia de un sector comercial o financiero, como también del empleo estatal, es absolutamente indispensable. Si no existiera transferencia de propiedad, la plusvalía no podría hacerse efectiva. Si no existiera reciclaje de plusvalía, los capitales crecerían mucho más lentamente, porque deberían basarse en su propia capacidad de acumulación. Si no existiera el empleo estatal, no habría defensa de la propiedad, ni educación de

la mano de obra, ni subsidios a los capitales, ni defensa frente a la burguesía extranjera, etcétera. En una sociedad socialista, estos gastos resultarían inútiles y los trabajadores a ellos afectados serían redistribuidos en la población productiva, reduciendo la jornada de trabajo. En una sociedad capitalista, son absolutamente necesarios para que la propiedad pueda ejercerse. De modo que, para asegurar esas funciones necesarias pero que no producen plusvalía sino que se encargan de efectivizar o redistribuir la plusvalía existente, es necesario otorgar a esos capitales que operan en esos sectores una tasa de ganancia igual a la de cualquier capital productivo.

Pero en esos sectores la plusvalía no se realiza ni se distribuye por acto de magia, es necesario trabajar. Por eso, tales sectores requieren trabajadores asalariados. Así, los obreros mercantiles o los bancarios no producen plusvalía, son improductivos desde el punto de vista del capital en general, aunque a sus patrones inmediatos su trabajo les permite apropiarse de una parte de la plusvalía ya existente. ¿En concepto de qué? De servicios al capital productivo, sin los cuales no se podría hacer efectiva la plusvalía. Por eso, los obreros bancarios o comerciales también son explotados puesto que la masa de plusvalía que permiten apropiar supera el valor de su fuerza de trabajo. Es decir, se les hará trabajar más del tiempo de trabajo necesario para reproducir el valor de la fuerza de trabajo. En consecuencia, la ganancia del capitalista financiero o comercial resulta del excedente de plusvalía extraído en la producción, pero apropiada por el conjunto del sector, descontando el valor de la fuerza de trabajo de dicho obrero. Ese plusvalor, la masa de plusvalía sobrante luego de que se descontó la fuerza de trabajo del sector, es su ganancia. La tasa de explotación del obrero comercial o financiero no diverge de la tasa de explotación media, que reina en el conjunto de la economía. Tenemos así, obreros explotados no por producir plusvalía, sino por hacer posible el consumo improductivo.

El lector estará ya imaginando muchos casos de obreros improductivos y encontrará algunos cuya naturaleza resulta complicado dilucidar, como por ejemplo los obreros del transporte o los repositores de supermercado. Sucede que ambos son obreros productivos:

en tanto una mercancía no lo es hasta que no está en el mercado, la operación de transporte añade valor a la mercancía. No sucede lo mismo con la cajera del mismo supermercado, cuya actividad no agrega plusvalía, sino que se limita a hacer efectiva la transferencia de la propiedad. El personal estatal está en general y casi siempre compuesto de obreros improductivos, en especial todos los que se mantienen con ingresos devenidos de impuestos (policías, maestros, médicos, administrativos). No así los que ocupan su lugar en la producción y tienen ingresos propios (petroleros, siderúrgicos, etcétera), que generan plusvalía de la cual se apropia el Estado. ¿Hay más trabajadores improductivos? Sí. El personal administrativo y de control de las empresas privadas se agrupa en las filas de los trabajadores improductivos; no producen plusvalía sino que garantizan su producción a la tasa de explotación reinante. Si volvemos al mundo de los bancos, encontraremos nuevas complicaciones, porque pese a lo que dijimos más arriba no todos los empleados bancarios son improductivos. Muchos de ellos trabajan en la producción del dinero bancario y de servicios financieros: los que "producen" las tarjetas, los que habilitan las cuentas sobre las que las tarjetas operan, etcétera.

En realidad, la distinción entre trabajador productivo y trabajador improductivo no tiene la menor importancia para la clase obrera. Si gastamos unas cuantas líneas en explicarlo no es porque tenga alguna utilidad en este punto, sino porque el sentido común (la ideología burguesa) tiende a separar los "empleados" de los "obreros", asignando a los primeros o a una clase diferente, normalmente la "clase media", o incluso a una "nueva" clase. Ni lo uno ni lo otro: ambos son obreros explotados, como todo obrero. De allí que ningún obrero bancario o mercantil deba sentirse acomplejado por ser "menos obrero" que un metalúrgico o un transportista. Digo esto porque compañeros de los ramos en cuestión suelen tener cierto "complejo de culpa" frente a sus camaradas "productivos". Complejo que es un resultado tanto del hecho de que los obreros improductivos suelen tener mejores ingresos, como de una operación burguesa destinada a destacar este hecho y crear una división

ideológica en el seno de la clase obrera. Los obreros improductivos tienden a obtener mejores ingresos porque sus actividades, por lo general, tienen un componente mayor de preparación intelectual, requieren más educación. Su fuerza de trabajo, por lo tanto, es más cara. Pero sobre ese hecho suele operar la burguesía para fomentar las divisiones en el seno de la clase obrera. Al obrero improductivo suele decirle: "Vos no sos como ellos que viven de sus manos, vos vivís de tu cabeza; tu trabajo es limpio, es como el nuestro, un trabajo de burgués, no sos obrero, sos clase media". Mientras tanto al obrero productivo, haciéndose ahora el populista, el burgués suele susurrarle al oído: "Ellos no son como vos, no trabajan de verdad; son privilegiados, no les hagas caso". Se crea así una división que suele adornarse con elementos racistas (unos son "blancos" y los otros "negros") y sexistas (unos son "afeminados" y otros "machos"), que tiene por función evitar que ambos actúen juntos. La burguesía se asegura así la fidelidad de ciertos trabajadores, cuya tarea es crucial para el mantenimiento del sistema: los administradores, la policía y los maestros.

La cuestión es bastante sencilla, en el fondo, y no habría que preocuparse demasiado en aclararlo si no fuera, además, porque algunos marxistas han intentado deducir de la diferencia productivo-improductivo alianzas políticas o composición de clase. En realidad, ésta es una distinción que recién adquiere importancia cuando se examina el problema de la crisis y la tendencia decreciente de la tasa de ganancia; algo de lo que nos ocuparemos en el capítulo siguiente. Digamos ahora, como de pasada, que la magnitud del trabajo improductivo es un índice de la salud del sistema: cuanto mayor sea el tamaño del trabajo improductivo, más "enfermo" estará el sistema (y a la inversa).

Así, la clase obrera es una realidad unitaria, un cúmulo de experiencias disímiles unidas por el hecho común de la explotación. Los obreros, las obreras, no son todos iguales, al mismo tiempo que lo son. Eso es lo que hace tan difícil la acción conjunta y que, al mismo tiempo, sea posible. Lo que nos lleva a pensar el hecho (la clase en sí) y la potencia (la clase para sí).

10. ¿Cómo se sentiría una hormiga si tuviera que discutir con Godzilla?: conciencia de clase, sindicato, partido y capital

La clase obrera como clase es una fuerza poderosa. Pero las clases, sobre todo la obrera, no gozan de unidad de acción automática. Sobre todo la clase obrera, dije, porque es una clase dominada y buena parte de la continuidad de la dominación depende de la fragmentación. Sobre esto volveremos. Lo que sí diremos aquí es que al capital no hay cosa que lo ponga peor que la organización de los trabajadores. Y cuando la organización es inevitable, sólo soporta aquella que pueda controlar, ya sea directamente o mediante sobornos de todo tipo. Pero como estos cuestan, mucho o poco pero cuestan, la situación que la burguesía prefiere es cara a cara, es decir, la omnipresente y todopoderosa cara del capital contra la cara indefensa del trabajador individual. El trabajador, individualmente considerado, es nadie frente al burgués, que ya tiene una organización colectiva como clase: la propiedad y el Estado. Una hormiga frente a Godzilla. Por la primera —la propiedad— el obrero se enfrenta a la estructura de la propiedad monopolizada por la burguesía como clase, el monopolio de los medios de producción. Por el segundo —el Estado— el obrero se enfrenta a la sanción jurídica (y física) de esa estructura de propiedad burguesa, a saber, que la propiedad es sagrada y cualquier atentado en su contra es delito. En consecuencia, a pesar de que el patrón suele presentarse solo a la discusión, no está solo: toda la estructura de la sociedad burguesa lo acompaña.

Pero hay más. En general, las empresas son mucho más poderosas cuando se enfrentan al obrero individual, porque ellas son estructuras gigantescas (mejor dicho, una acumulación de capital, de poder social) frente a quien sólo tiene la fuerza de sus brazos, el conocimiento en su cerebro o, lo más común, una mezcla de ambas cosas —lo que los marxistas llamamos la *fuerza de trabajo*, ya lo dijimos pero nunca está de más recordarlo—. De modo que como obreros abundan, sobre todo cuando hay una desocupación galopante como en la actualidad, el pobre compañero se ve en inferioridad de condiciones en relación con su patrón. La desocupación es un poderoso instrumento de control, porque lleva al obrero a

competir con más intensidad contra sus propios compañeros en el mercado de trabajo. Esa competencia es habitual porque, como poseedor de una mercancía, el obrero sabe que debe mejorar sus condiciones de venta para tener éxito. Así, cuando un docente, por dar un ejemplo que me resulta cercano, hace un curso para sumar puntos en su currículum, lo que hace es acondicionar su mercancía para venderla antes y mejor que otro docente. Pero esta competencia se exacerba cuando la desocupación aumenta. Entonces el capital exige más y más, en un movimiento que va desde demandar título secundario para ser repositor de supermercado, hasta las más desagradables manifestaciones del sexismo y el nacionalismo. Como su dependencia del capital puede olvidársele al obrero de vez en cuando, también de vez en cuando hay que recordársela, echando o sancionando a algún compañero. ¿Les conté de mi tío *re-born worker*? Tengo un tío que trabajó en el ferrocarril como administrativo antes de la privatización. Con la privatización lo echaron. Estuvo varios años desocupado. Al principio descansó en la indemnización; después que se la comió, comenzó a impacientarse. La desesperación le llegó rápido. El lector puede imaginarse la situación: solo en la casa (mi tía trabajaba), condenado a tareas que siempre juzgó impropias de un hombre, mirado por todos como un parásito y sin plata para gastos propios, la desesperación le pegó duro. Un par de años después, la empresa privatizada lo llamó y le ofreció el mismo trabajo con mucho menos salario, horarios extendidos y mayores responsabilidades. Andaba con un celular con el cual tenían derecho a molestarlo en cualquier momento. Pero él estaba contento; había vuelto a la vida… *Re-born worker* se llama en Estados Unidos al obrero que vuelve a la fábrica luego de años de desocupación. Los patrones los prefieren a los novatos, porque ellos han experimentado el látigo de la desocupación, que lastima mucho más que cualquier otro. ¿Se animará mi tío a hacer huelga algún día? Lo dudo. Y lo entiendo. El lector puede darse cuenta solo, del carácter revolucionario que tiene una buena organización de los desocupados.

Que la burguesía sabe de esto lo testimonia el Índice Nairu. Nairu es la sigla, en inglés, que identifica uno de los instrumentos

favoritos de la burguesía para combatir a los trabajadores. Quiere decir: *Non Acelerating Inflation Raite of Unemployment*, es decir, una tasa de desempleo que no desata la inflación. El índice mide la relación entre desempleo e inflación. La doctrina reinante en la actualidad es que una tasa de desempleo del 6% es neutra en términos de inflación, es decir, ayuda a mantener la inflación baja. Si el desempleo baja de esa cifra, mala noticia: el mercado de trabajo comenzará a recalentarse y las presiones por aumento de salario llevarán a la inflación. De modo que cuando llegamos a ese límite, la Reserva Federal interviene subiendo la tasa de interés, que "enfría" la economía por la vía de hacer más caro el crédito. La economía se desacelera y la tasa de desocupación sube. Así, se supone que se mantiene la tasa "natural" de desocupación, compatible con el equilibrio general. ¿Qué es lo que demuestra que el límite es 6 y no 10 ó 0? Nada. Es una medida política contra la organización de los trabajadores y un indicador del estado general de la tasa de explotación. Que es una medida caprichosa lo demuestra el hecho de que durante los noventa la tasa de desempleo norteamericana bajó bastante por debajo, y sin embargo no hubo disparada inflacionaria. Prueba también que los capitalistas desean siempre una cantidad importante de desocupados para controlar las pretensiones salariales de los obreros ocupados. Es una prueba también de que la burguesía nunca eliminará la desocupación, al menos voluntariamente. Involuntariamente menos, porque es gente que controla muy bien sus sentimientos.

Lo importante es mantener separados a los trabajadores. Aristóteles, que además de un filósofo notable era un esclavista muy consciente de serlo, recomendaba juntar esclavos procedentes de las regiones más dispares, a fin de que les costara más entenderse, ponerse de acuerdo y rebelarse. Lo mismo hacen los capitalistas. El mecanismo más común es la separación en categorías laborales, la mayor parte de las veces basadas en ninguna diferencia técnica o de conocimientos apreciables, sino simplemente en la necesidad de la patronal de inaugurar un trato diferencial que le permita meter una cuña entre los trabajadores. El antiguo lenguaje artesanal

de oficiales, medio oficiales y aprendices continúa vigente para designar jerarquías ridículas entre gente que hace sustancialmente lo mismo y de la misma manera. Un pequeño emolumento a favor del que ostenta el título mayor consolida la idea de una "diferencia". En las actuales organizaciones laborales suele desestimarse este recurso en beneficio de una relación supuestamente más horizontal, pero la tendencia a la individualización del trabajador —y por ende a su debilitamiento— renace bajo la forma de la competencia permanente (recuérdese lo que hemos dicho sobre "conitos", "pines" y "empleados del mes").

Así, la relación entre individuo (obrero) y capital es extremadamente despareja. Para combatir esa debilidad, la clase obrera inventó los sindicatos, dando así un paso adelante en su constitución como clase con poder de clase. Es sabido que las grandes empresas aborrecen toda relación con los sindicatos. Y cuando no pueden evitarlo, recurren al sindicato por empresa: si hemos de tratar con más de uno, que no sea con más de los que están aquí en mi fábrica. Se trata de evitar imposiciones colectivas, o sea, que el poder del trabajo se yerga como un igual frente al poder del capital: a la representación colectiva de la burguesía, la representación colectiva del trabajo. Al poder concentrado del capital, el poder concentrado del trabajo. Claro que cuando la burguesía siente necesidad apela a las convenciones colectivas (de eso estamos hablando) para frenar un proceso de lucha en alza. Para eso pacta con los sindicatos, para excluir a la clase. La creación de una *burocracia sindical* aparece entonces como una necesidad; una quinta columna en el seno de la clase obrera, que expresa el interés de la burguesía. La burocracia es un estrato, una capa de la clase obrera corrupta por la política burguesa, que se transforma en el vehículo de los intereses burgueses en el seno de la clase obrera. Que surja en los sindicatos es una consecuencia lógica de los límites de la propia estructura sindical: la reivindicación de mejores condiciones laborales, aumentos salariales, etcétera, todas ellas del riñón sindical, reflejan los límites de la *conciencia corporativa*. Es decir, los límites de una estructura que parte de aceptar los márgenes

del sistema capitalista, porque se limita a la discusión de las condiciones de la venta de la fuerza de trabajo. Eso no quiere decir que la burocracia sindical no representa ningún interés de la clase obrera. No podría estar donde está si no lo hiciera. Y la honestidad y la eficiencia con las cuales lo haga dependen siempre de las relaciones de fuerza entre las clases. Donde la red sindical es muy débil, es normal encontrar sindicatos entregados a los intereses patronales. Donde la red sindical es muy poderosa, lo común es que la burocracia misma vea recortadas sus posibilidades de acción frente a la patronal. Algo que se observa en que hasta empresas como McDonald's, con un perfil antisindical tan pronunciado, han tenido que hocicar y aceptar delegados gremiales en sus locales, como en Suecia, Dinamarca, Noruega, Francia, Holanda y Austria. Pero aun así, con mayor o menor fuerza o con mayor o menor fidelidad a las bases, el sindicato tiene límites. Y el trabajo sólo puede superar dichos límites constituyéndose como poder político, a través de un partido que exprese sus intereses más generales, un partido obrero revolucionario. Pero esa es otra historia.

Dijimos que la clase obrera no puede actuar siempre como clase, que para eso encuentra muchos obstáculos. El primero es la competencia en el mercado. El segundo, la creación de divisiones artificiales por la burguesía. El tercero, cuando la organización ya no puede frenarse, la compra de una capa de la clase obrera para que actúe como quinta columna burguesa. Pero para cuando esto sucede, la clase ha dado una serie de pasos importantes en el camino de su desarrollo. En efecto, para este punto la clase ha adquirido una conciencia importante de sus intereses. Primero reacciona individualmente, tratando de dañar a su patrón o a sus máquinas. El paso siguiente es el reconocimiento de la comunidad de sus intereses con otros trabajadores que actúan bajo el mismo patrón. Pronto se reconoce la necesidad de ligarse con los obreros que hacen la misma tarea pero para distintos patrones. Ha nacido, en este punto, el sindicato por oficio o por rama de actividad, que puede proyectarse a nivel nacional o incluso internacional. Este momento refleja el hecho de que los obreros han comprendido que tienen un interés

opuesto (aunque no necesariamente antagónico) con los patrones: el valor y las condiciones de venta de su mercancía, la fuerza de trabajo. Por eso los sindicatos aparecen ligados a dos demandas esenciales: la reducción de la jornada de trabajo y el aumento salarial. Detrás de ambas se esconde el mismo interés: regular un precio adecuado para una cantidad razonable de la mercancía-propiedad de los obreros: la fuerza de trabajo. El sindicato es el instrumento histórico creado por la clase obrera para lograr estos objetivos.

A esta altura del partido, la clase ya tiene un poder como clase, aunque limitado. Anterior a esta situación, la clase sólo existía para el capital, era una *clase en sí*; no era todavía una clase para ella misma, una *clase para sí*. Para serlo, debía "darse cuenta" de la comunidad de intereses que la unían. El llegar a la organización sindical implicaba ya un grado de conciencia de tal comunidad, lo que Lenin ha llamado *conciencia sindical* —o como dijimos más arriba, corporativa—. Las limitaciones de esta conciencia yacen en que es incapaz de reconocer que la oposición de intereses va más allá del valor de la fuerza de trabajo, o sea, del salario. Que el núcleo de todos los problemas está en la relación asalariada misma y no en el monto del salario. Cuando esta conciencia cobra "conciencia" de que defender estos objetivos limitados requiere plantearse los grandes problemas nacionales y aun mundiales, nace la *conciencia política* de la clase obrera. Decir que ha llegado a plantearse los problemas nacionales es decir que comienza a postular su necesidad de intervenir en la política nacional, aunque sea en un lugar subordinado. Si bien esta conciencia es un paso adelante en relación con esa conciencia corporativa que es la conciencia sindical, se mantiene en el marco que los capitalistas han fijado: la propiedad privada de los medios de producción y la relación asalariada. Es una *conciencia reformista* que puede brotar desde los sindicatos, como en el laborismo británico; ligarse a la experiencia socialista, como en la socialdemocracia alemana, o a una experiencia de tipo nacionalista burguesa como el peronismo. Brote de donde brote, la conciencia reformista reconoce el poder del capital y los límites que éste le impone.

Fatalmente llega el día, sin embargo, cuando los obreros caen en la cuenta de que "las reformas nunca se acaban" y que "llegamos siempre tarde donde nunca pasa nada", como dice nuestro amigo Joan Manuel. En algún punto, sobre todo en momentos de crisis aguda, los obreros cobran conciencia de lo que queremos demostrar en este libro: que todas las culpas son del capital, que no se trata de una simple oposición de intereses sino de un antagonismo mortal; y que si uno quiere trabajar menos, disfrutar y vivir más (tocar la guitarra, por dar un ejemplo), si uno quiere dejar de ser un esclavo, necesita eliminar el capital mismo. Ha nacido, en este punto, la *conciencia socialista*, el grado más elevado de auto-construcción de la clase obrera como poder de clase. Para resolver esta tarea, el partido político revolucionario es el instrumento más importante que ha construido la clase en sus 300 años de experiencia. Es ahora cuando al poder concentrado de la burguesía se le enfrenta el poder concentrado del proletariado. La hormiga se vuelve Godzilla. Como hablaremos mucho de esto en el tercer tomo de la trilogía, ruego al lector tenga un poco de paciencia y dejemos aquí.

11. ¿Está desapareciendo la clase obrera?

Una tontería muy de moda en los años ochenta y noventa era la teoría de la desaparición de la clase obrera. Los fundamentos de esta tontería son variados, pero todos se resumen en dos ideas: la primera es la que afirma que los desocupados no son obreros y que las nuevas tecnologías tienden a eliminar el trabajo mismo creando masas enteras de "marginales" o "excluidos"; la segunda es la que sostiene que se han creado nuevos renglones productivos (o nuevas formas productivas) en los cuales no actúa la clase obrera, como en los "servicios". En los dos casos, se expulsa de la clase obrera a un conjunto de personajes a los que se cataloga como no obreros ("empleados", "cuenta-propistas", desocupados, "pobres"), o se expulsan de la producción actividades que no se consideran "industriales" (el comercio, los "servicios", la producción "simbólica"). Vamos por partes.

Un obrero es alguien que carece de medios de producción y de vida, razón por la cual debe vender su única mercancía: su fuerza de trabajo, al capitalista. Un desocupado es, efectivamente, un obrero. Si quiere vivir tiene que buscar trabajo. Si encuentra trabajo sobrevive. En ese proceso de buscar trabajo, perderlo, volverlo a encontrar, tenemos una masa de la población que se constituye siempre como desocupada. Esto ya lo vimos (y volveremos a verlo). Los desocupados no son más que una fracción de la clase, normalmente mantenida por la propia clase: el marido desocupado mantenido por su esposa o sus hijos, los adolescentes sostenidos económicamente por sus padres, los hijos adultos que se hacen cargo de sus padres ancianos, etcétera. Incluso cuando existe el subsidio al desempleo, no es más que un desvío de parte de plusvalía que se recicla en el interior de la clase. Visto como individuo, el desocupado no es obrero. Visto como parte de la totalidad de los carentes de medios de producción y de vida, es un obrero más al que le toca una porción reducida del valor total de la fuerza de trabajo del obrero social, en relación a la función que le tocó cumplir. Hay que recordar que la explotación es un proceso social. Toda la clase obrera es explotada, cumpliendo cada fracción una función diferente. Toda la clase burguesa es explotadora, aunque haya fracciones que no extraigan plusvalía y simplemente se apropien de la plusvalía existente.

Como lo veremos en el próximo capítulo, la plusvalía que cada burgués recibe no es la que le saca a sus obreros. A través del proceso de transformación de los valores en precios, los burgueses que son poco eficientes tienen que entregar parte de la plusvalía de sus obreros a otros burgueses. Por su parte, todos los burgueses productivos deben entregar parte de la plusvalía a los burgueses improductivos. La plusvalía se recicla, entonces, en el interior de toda la burguesía. Vista la clase como totalidad, los desocupados no son más que esa fracción de la clase que tiene que ser mantenida en esas condiciones para facilitar el proceso de acumulación del capital, o sea el proceso de explotación. Son mantenidos en condiciones límite a los efectos de permitir el máximo grado de explotación general. Vista la clase obrera en su conjunto, los obreros más

LaCajitaInfelizI.indd 251 14/02/11 14:10

explotados son aquellos que no tienen trabajo. El aumento de los desocupados no testimonia entonces el fin de la clase obrera, sino la tendencia de las fuerzas productivas a chocar con las relaciones de producción existentes.

Algo parecido sucede con los "empleados", a veces llamados "de cuello blanco" para distinguirlos de los obreros (los de "cuello azul"). Basta con que carezca de medios de producción y de vida para ser un simple obrero. La tarea que realice, ya lo vimos, no tiene importancia. El proceso de producción capitalista tiende a proletarizar la masa de la población, al mismo tiempo que mercantilizar el conjunto de la vida; de modo que no hay otro resultado posible que la expansión permanente de la clase obrera. ¿Hay prueba de esto? Sí, por supuesto, tengo un amigo español, Diego Guerrero, que va a ayudarnos más de una vez. En este caso, con un cuadro muy revelador sobre la proletarización de la fuerza de trabajo por países:

País	1930-40	1974	1997
Estados Unidos	78.2 (1939)	91.5	91.5
Japón	41.0 (1936)	72.6	80.8
Alemania	69.7 (1939)	84.5 (RFA)	90.7
Reino Unido	88.1 (1931)	92.3	87.3
Francia	57.2 (1936)	81.3	87.6
Italia	51.6 (1936)	72.6	74.7
Canadá	66.7 (1941)	89.2	
Bélgica	65.2 (1930)	84.5	83.6
Suecia	70.1 (1940)	91.0	94.7
España	52.0 (1954*)	68.4	78.5
Europa-15			84.3
Media simple (sin Canadá) (8 países)	65.1	83.2	86.4

Se trata de cifras de países avanzados que muestran cambios dramáticos en los últimos veinte años; sólo no ha habido cambios sustantivos allí donde el proceso ya había avanzado mucho hacia los setenta. El único caso de retroceso es el del Reino Unido. El promedio general avanzó notablemente. El proceso es aún más vertiginoso en los países más atrasados: hace cincuenta años no existía clase obrera en Asia sudoriental o en África subsahariana, y la masa de la población de los países del Tercer Mundo (con algunas excepciones) era campesina, como en México. Hoy día, la clase obrera coreana ha protagonizado algunas de las luchas más importantes de los últimos treinta años. Ni hablar del crecimiento de la clase obrera en todo el sudeste asiático, invadido por inversiones de capital europeo-americano-japonés. Más impresionante todavía es la creación de un mega taller mundial en las ciudades costeras de China, donde los obreros comienzan a contarse por centenas de millones. No vale la pena seguir discutiendo con quienes repiten permanentemente una cantinela insoportable, por lo falsa, sin detenerse un segundo a ofrecer la más mínima prueba de lo que dicen.

Por ahora, no estaría de más cerrar la puerta de esta parte del castillo, recordando lo que allí hemos visto: este mundo es nuestro (de los obreros, quiero decir), todo nuestro por derecho propio, porque nosotros lo construimos. Ellos (los burgueses, quiero decir) no. Alguna vez fueron útiles al desarrollo humano. Hoy no. Hoy son unos parásitos; unos parásitos destructivos como no se vio nunca antes en la historia de la humanidad. Hay que evitar que sigan arruinándonos la vida; hay que destruir el sistema que hace posible la existencia de este tipo de personas.

Resumen

Trabajar es una actividad consciente destinada a la producción de la vida. En la sociedad capitalista significa producir *plusvalía*, lo que incluye todo lo necesario para su apropiación. Ser obrero es formar parte de una clase de personas subordinadas a otra, es decir, pertenecer a una *clase subordinada*. Esa subordinación se hace posible por la carencia de los medios de producción, que la lleva a

vender su *fuerza de trabajo* al capitalista. Esa fuerza de trabajo es una mercancía como cualquier otra, que se paga a su valor: la suma de los bienes que requiere para reproducirse como tal. La subordinación se perfecciona con el propio desarrollo capitalista, incrementando el grado y la intensidad de la *cooperación*; desde su forma *simple* a la *manufactura*, la *manufactura moderna* y la *gran industria*. La consecuencia de este proceso es la *degradación* del contenido del trabajo y el *embrutecimiento* progresivo del trabajador.

En su trabajo, el obrero está bajo el *despotismo* del capital. Ese despotismo se afirma con el *control* y la *represión* en el proceso de trabajo. Para garantizar la explotación, los patrones rechazan la *acción colectiva* de la clase y prefieren la negociación *individual*. En este momento la clase obrera no se reconoce a sí misma como clase; existe como *clase en sí*, como clase para el capital. Cuando los obreros toman conciencia de pertenecer a una clase, se convierten en *clase para sí* en diferentes grados, desde la meramente *sindical* hasta la *socialista*. En ese punto, el enfrentamiento con los patrones deja de ser individual para pasar a ser colectivo. Al principio los patrones recurren a la represión. Cuando no les queda más remedio, compran a una capa de trabajadores para que representen los intereses patronales en el seno de la clase obrera: la *burocracia sindical*. En la medida en que la clase luche por superar este estadio de su desarrollo, enfrentará a los capitalistas, primero que nada en la forma de lucha anti-burocrática, es decir, tratando de expulsar de los sindicatos a esa quinta columna patronal. En ese camino, tarde o temprano llega a la conclusión de la necesidad de intervenir en la vida política, al menos para asegurar las condiciones generales de la venta de su mercancía: la clase se hace *reformista*. Cuando su camino en el interior de esta sociedad se acaba, se postula como constructora de una nueva serie de relaciones sociales: el **socialismo**.

Bibliografía

La cantidad de textos que se pueden consultar para reforzar o reexaminar las ideas presentes en este capítulo es enorme. Pero yo

no dejaría de leer *El capital*. ¿Ya se lo recomendé? Bueno, no está de más insistir un poco. En especial, le resultarán muy útiles los capítulos sobre cooperación simple, manufactura y gran industria. Una perspectiva muy sintética en relación con la clase obrera se puede ver en *Trabajo asalariado y capital* y en *Salario, precio y ganancia*. El *Manifiesto comunista* es una referencia ineludible, creo que ya se lo señalé. Insisto entonces. No deje de leer, joya de Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. El lector más erudito encontrará en *Historia y conciencia de clase*, de Georg Lukács, un material indispensable para pensar el problema de la conciencia. ¿Ya le dije que lea a Lenin? Lenin, mucho Lenin: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, obra fundamental. *¿Qué hacer?*, otro hito de la literatura socialista. ¿Le dije que lea a Trotsky? Trotsky, mucho Trotsky: *Historia de la Revolución Rusa*, el mejor libro de historia jamás escrito. También puede leer nuestro ya recomendado Eric Hobsbawm, en especial *Trabajadores*, *Rebeldes primitivos*, *El mundo del trabajo* y *El capitán Swing*. Thompson, para el lector con tiempo y ganas de leer un libro formidable: *La formación histórica de la clase obrera inglesa*. Braverman le resultará imperdible, un clásico: *Trabajo y capital monopolista*. Muy interesante como vivencia de lo que cuenta el compañero Braverman es Robert Linhart, *De cadenas y de hombres*. El texto de Diego Guerrero del cual obtuve el cuadro sobre el asalariamiento de la fuerza de trabajo es *Trabajo improductivo, asalariamiento y terciarización*, que puede bajarse de su página de internet. Si quiere ver ejemplos de objetivación del trabajo, es decir, pasaje a gran industria, cómprese cualquier *National Geographic* en la que se hable de "nuevas tecnologías". Yo le recomiendo la de enero de 2003, dedicada a los textiles de alta tecnología, que se tejen solos y se confeccionan a soplete: verá allí un nuevo paso en la desaparición de sastres y costureras como aquellas que acosaron a mi amigo Elías. ¿No me recomienda alguna peliculita? Sí, como no: *Tiempos Modernos*, de Chaplin; *A nosotros, la libertad*, una francesa; *La clase obrera va al paraíso*, una italiana. Ken Loach: *Riff Raff*. ¿Quiere divertirse con una película un tanto reaccionaria pero muy graciosa? Véase *Todo o nada*. ¿Una argentina, no tiene?

Sí, por supuesto: *Después de la tormenta*, de Tristan Bauer. Pequeña joya. Ya le dije que vea la española *Los lunes al sol*. El neorrealismo italiano tiene mucho y bueno, en especial *Ladrón de bicicletas* y *Los compañeros*. Otra yanqui, si la encuentra: *La sal de la tierra*. Niní Marshall: *Mujeres que trabajan*. Otra argentina: *Quebracho*. Acaba de salir *El Aviador*, la película sobre la vida de Howard Hughes, le resultará amena.

CAPÍTULO IV

El torbellino que todo lo destruye: la globalización y la irracionalidad capitalista (¿Por qué hay crisis, miseria y muerte?)

Poco antes de las diez, la quietud del aire se volvió opresiva, y el silencio era tan notable que se oía con toda claridad el balido de una oveja o el ladrido de un perro en el pueblo; la banda del embarcadero, que acometía una animada tonada francesa, resultaba discordante en el silencio de la Naturaleza. Poco después de la medianoche, se oyó un extraño rumor en el mar, y arriba, en el aire, empezaron a sonar débilmente unos truenos cavernosos.
Luego, de repente, estalló la tempestad. Con una rapidez que en ese momento parecía increíble, y aun ahora es imposible de comprender, el aspecto entero de la Naturaleza experimentó una convulsión. Las olas se encresparon con furia creciente, elevándose unas sobre otras, de forma que, en pocos minutos, el mar que antes era un espejo se convirtió en un monstruo rugiente y devorador. (…) A las dificultades y peligros del momento vino a sumarse una inmensa masa de niebla húmeda y blanca que se desplazaba de forma fantasmal…

Bram Stocker, *Drácula*

Aquí chocan los condenados unos contra otros, lo mismo que la ola, saltando sobre el escollo de Caribdis, se rompe contra la que encuentra. Allí vi más condenados que en ninguna otra parte, los cuales, formados en dos filas, se lanzaban de la una a la otra parte enormes pesos con todo el esfuerzo de su pecho, gritando, fuertemente; dábanse grandes golpes, y después se volvían cada cual hacia atrás, exclamando: "¿Por qué guardas? ¿Por qué derrochas?" De esta suerte iban girando por aquel tétrico círculo, yendo desde un extremo a su opuesto, y repitiendo a gritos su injurioso estribillo. Después, cuando cada cual había llegado al centro de su círculo, se volvían todos a la vez para empezar de nuevo otra pelea.

Dante, *La Divina Comedia*

Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, un movimiento y una inseguridad constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones sociales estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas admitidas y veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.

Marx y Engels, *Manifiesto Comunista*

En su momento, *El juego de las lágrimas*, de Neil Jordan, gozó de cierta fortuna y consideración del público, sobre todo porque era muy oportunista en términos políticos y porque llevó a la notoriedad a un actor de rostro ambiguo que interpretaba a un travesti (el mismo que hacía de Ra, dios de los egipcios del Imperio Antiguo, en *Stargate*). Uno de los personajes, un soldado negro raptado por el IRA (el excelente Forrest Whitaker), le cuenta a su captor (Stephen Rea) una historia que viene muy a cuento de lo que vamos a ver en este capítulo:

> Un escorpión suplicó a una rana ayudarlo a cruzar el estanque. La rana se negó, argumentando que el escorpión la mataría. Éste replicó que si tal cosa hiciera ambos se ahogarían, por lo que podía

confiar en él. La rana accedió. Cuando iban llegando a la mitad del estanque el escorpión picó a la rana que, sorprendida, le recordó sus palabras mientras ambos se hundían en el agua. -No pude evitarlo... —dijo el escorpión— Está en mi naturaleza...

No es ésta una traducción literal, por supuesto; estoy citando de memoria, más o menos —Rosana, mi compañera, me desasnó con que era una fábula de Samaniego, mientras un amigo me dijo que era de Esopo, pero a mí me gusta contada por Whitaker—. Podría haber visto otra vez el film para copiarla textualmente, pero me pone de muy mal humor la demonización bastante burda de los combatientes irlandeses contra el imperialismo inglés. Todos los guerrilleros son malos, abusadores y ni siquiera saben hacer el amor con un poco de erotismo: la guerrillera, una muy hermosa pero gélida Miranda Richardson, aparece como una bruta manoseadora que gusta de ir al grano sin vueltas. De sólo verla actuar nos viene a la mente el estereotipo del mecánico lleno de grasa, ampuloso y carente de toda sutileza, que interpretaba Hugo Arana en *Matrimonios y algo más* hace muchos años. Creo que Arana todavía llevaba la ventaja de cierta ternura y candor, completamente ausentes en la irlandesa manolarga del IRA. Rea, el guerrillero arrepentido que quiere abandonar la organización, termina enamorado del travesti, que logra seducirlo y consigue vencer los prejuicios propios de una educación homofóbica. El mensaje político es claro: la lucha armada debía ser abandonada por la "seducción". Una versión un poco más sofisticada del "hay que besarse más" de Roberto Galán. O si se quiere, la vieja cantinela de que el amor todo lo puede; algo que Calamaro ya se encargó de retrucarle a Fito Páez.

Pues bien, vale, ¿todo esto adónde va? Tranquilos, no voy a prometerles otra vez el futuro. Diremos ya lo siguiente: si entendemos por "naturaleza" del capitalismo la forma en que éste se comporta con arreglo a su esencia, es decir, a sus relaciones básicas, podemos decir que está en la "naturaleza" del capitalismo el avanzar de crisis en crisis. O mejor dicho, que la crisis está inscrita en su "naturaleza". El capitalismo sólo puede expandirse por un tiempo para luego

contraerse violentamente. Superada la contracción, la crisis, una nueva expansión llevará, fatalmente, a una nueva crisis. Entre crisis y crisis, la expansión no es reducida a cero por la contracción sino que el conjunto del sistema crece en términos netos. El capitalismo tiende pues a expandirse, a crecer, a desarrollarse, tanto en extensión como en intensidad, para luego contraerse brutalmente. No puede hacer otra cosa, no puede reformarse porque está en su "naturaleza". De eso vamos a hablar en este capítulo, de la dinámica de largo plazo de la sociedad capitalista. Trataremos de demostrar que, a despecho de lo que dicen sus apologistas, el capitalismo es una sociedad con un alto grado de irracionalidad e ineficiencia, que no hace más que aumentar con el tiempo. O nos desprendemos de él o seguiremos la suerte de la rana.

1. La guerra interminable

Los capitalistas sólo sobreviven compitiendo; eso no quiere decir que les guste. A los capitalistas les apasiona la ganancia. Si la competencia la aumenta, competirán. Si pueden obtenerla de otra manera más segura, lo harán. La competencia es el alma del capitalismo. Insisto, no porque sea un juego agradable. Los apologistas del capitalismo suelen describir la competencia como un fenómeno apacible, armónico, donde todos ganan. La competencia capitalista es, sin embargo, un fenómeno violento, altamente destructivo. Si uno gana, otro ha perdido. Recuerdo que cuando chico me hicieron aprender un poema, un soneto de Francisco Luis Bernárdez, creo, muy famoso. De vez en cuando suelo verlo en esas láminas que se venden con la cara de tal o cual, a un peso o dos, siempre rodeado de flores y otras cosas propias de lo que se supone es el romanticismo popular. Dice algo así: "Si para recobrar lo recobrado fue menester haber perdido lo perdido". El tipo, o sea, el poeta, supone que es una gran hazaña del corazón justificar el dolor por su resultado: no hay felicidad sin dolor, una idea esencialmente anti-socialista, puesto que el socialismo se basa en la premisa de que el dolor no es necesario. No hace falta sufrir para ser feliz y se me ocurre que es un invento que tiene raíz católica (algún especialista tal vez pueda remontarlo más atrás), pero que le

ha venido de perlas al capitalismo. Dado que no puede sostenerse que la competencia favorezca a todos en forma evidente, la única forma de defenderla es pateando la pelota para adelante: está bien, ahora algunos pierden, pero a la larga todos nos beneficiamos. Se la conoce como "teoría de la copa". Imagínese una pirámide de copas —o vasos, si usted no tiene para copas—: se empieza por dar beneficios a la burguesía, favorecer la acumulación de capital aun a expensas de gigantescos sufrimientos para las masas; el líquido (en este caso champán, supongo) tiende a llenar la copa de los patrones, pero como éstos gastan sus ingresos personales e invierten sus ganancias, tarde o temprano el líquido desborda y comienza a derramarse sobre las copas que están debajo, que terminan recibiendo los beneficios de sus sacrificios. Es una versión de la teoría de la competencia que intenta salvar los hechos desagradables por la vía de sumergirlos en el tiempo: ahora no, pero mañana sí. Vulgarmente esto se conoce con la expresión "pan para hoy, hambre para mañana", de donde se deduce que es mejor "hambre para hoy, pan para mañana". Que esto es un absurdo lo da el hecho de que es lo mismo pasar hambre hoy o mañana: pasaremos hambre de todas maneras. Lo que no se cuestiona es el hecho central: ¿por qué habremos de pasar hambre? ¿Por qué es necesario el hambre? Esta forma de defender la competencia capitalista justifica el hambre de corto plazo por una supuesta abundancia en el largo plazo. Pero a largo plazo todos estaremos muertos, dijo certeramente Keynes.

Otra manera de defender la competencia es argumentando que, a pesar de sus contradicciones, es la forma más eficiente de asignar recursos. La intervención del Estado no hace más que arruinar las cosas porque hará intervenir criterios distintos de la eficiencia económica, como la conveniencia política o cuestiones de orden moral. Si se deja al mercado actuar con tranquilidad, cada uno recibirá lo que le corresponde. El problema con esta estrategia de defensa es su falsedad: no hay forma de probar que la asignación de recursos por el mercado es la más eficiente. El problema es que, cuando la constatación empírica de ese error llega, los economistas la descartan: la crisis, como veremos, nunca es culpa del capital. Al

descartar esa medida objetiva del fracaso de la eficiencia capitalista que es la crisis, los economistas no sólo no pueden explicar por qué se producen las crisis, sino que eliminan los hechos que podrían dar una medida objetiva del funcionamiento capitalista. Un sistema que cada veinte o treinta años debe sumergir al mundo en una orgía de devastación y sangre, difícilmente podría reclamar eficiencia alguna.

Hay una tercera forma de defender la competencia capitalista y consiste en no defenderla: las cosas son así y punto. Por la vía del darwinismo social: la competencia es natural a la especie humana porque está en la naturaleza misma de la realidad. El futuro de la raza humana, si queremos evitar la suerte de los dinosaurios, depende de que dejemos que la selección natural triunfe, que los mejores sobrevivan y los peores mueran. Por la vía de la libertad de elección: cualquier forma de asignación de recursos que no sea el mercado, la competencia ciega, no sólo puede seleccionar las opciones menos eficientes, sino que se constituye en un elector autoritario. El mercado es la forma de la democracia por excelencia: si quiero compro, si no, no. Estas fórmulas intentan lidiar con un hecho rebelde a toda racionalización: la competencia es destructiva para una buena parte de la humanidad. ¿Y qué? Es todo lo que esta gente puede decirnos.

Instalada la competencia como nexo elemental entre los seres humanos, el mercado —el Señor Mercado, deberíamos decir— se consagra como dictador supremo. Todo aquel que quiera sobrevivir debe hacerle caso al mercado. Debe ir allí y competir. Si gana, sobrevive; si pierde, muere. No resulta extraño que una sociedad, que nos tiene a todos al borde de la vida y de la muerte todos los días, nos quiera hacer creer que el dolor es necesario. Es importante hacer notar que el mercado es un dictador democrático: todos deben obedecerle, burgueses y no burgueses. Los burgueses no compiten porque les gusta, sino porque no pueden dejar de hacerlo: quien no juega, pierde. Si uno de ellos no toma medidas para bajar los precios o alguna otra estratagema, otro lo hará. La ganancia se revela entonces como una necesidad del sistema: si una empresa no obtiene ganancias, muere porque las otras aprovecharán esa debilidad para expandirse a su costa.

Nótese que esto no significa que el capitalismo asegure la satisfacción de todas las necesidades humanas, ni siquiera de las más elementales, sino sólo las que son rentables, las que producen ganancias. Tampoco garantiza la satisfacción de todas las personas, sino sólo de las que tienen plata. La lógica de la ganancia y la lógica de las necesidades sociales no coinciden exactamente en la sociedad capitalista. Ésta es la razón por la cual la definición de economía de la economía burguesa es una vulgar mentira. Los economistas burgueses definen la economía como "el arte de distribuir bienes escasos". Sin embargo, el capitalista siempre produce "de más", y más todavía cuando la demanda es excedente. De modo que los bienes nunca son escasos, todo lo contrario. Pero cuando esto se hace más evidente es en las crisis, porque el capitalista prefiere tirar lo que no le conviene vender, antes que regalarlo, cuando los precios caen. Sería fácil satisfacer las necesidades sociales porque los bienes no "escasean". Si no es así es porque las únicas necesidades que se satisfacen son las rentables. Véase, si no, cuánta pavada por televisión que podría desaparecer sin que nadie resultara perjudicado. ¿Cuántos hospitales se podrían crear y mantener con las fortunas que se gastan en publicidad televisiva? Para seguir con la televisión, la publicidad y los hospitales, ¿no es absurdo y hasta indignante que la televisión nos persiga hasta los andenes de los subterráneos, donde se amontonan cuatro o cinco aparatos de gran tamaño con la intención de vendernos algo, en lugar de colocarlos en las salas de los hospitales, donde la gente sufre y se aburre? ¡Nada más triste que estar internado!, ¿cuántas caritas felices habría en los hospitales, si sacáramos esos aparatos de los andenes para ponerlos en las salas infantiles, donde en lugar de tristeza y silencio se pudieran ver los "dibujitos"? La lógica de la ganancia no coincide con las necesidades sociales. Esto no quiere decir que ambas cosas no guardan ninguna relación, sino que guardan aquella que le conviene al capitalista.

Como la ganancia es el único motor del sistema, los capitalistas que sobreviven son los que obtienen ganancias. Pero esto significa que todos los que pierden desaparecen. Efectivamente, como ya

hemos visto, la burguesía como clase surge de la expropiación de los productores directos. Consagrando la propiedad privada como principio del sistema, no asegurada por ningún otro mecanismo que no sea la misma acumulación de capital: seguirás siendo propietario mientras tengas capital. Pero como la competencia tiene ganadores y perdedores, quien perdió en el mercado perdió su propiedad. Quien perdió su propiedad, perdió su capital y dejó de ser burgués. Entonces, ser burgués es un hecho que no puede sostenerse de otro modo que serlo siempre, ganando. Pero para ganar y seguir ganando, el tamaño es muy importante. Aunque vamos a verlo con más detenimiento más adelante, el concepto es fácil de percibir si recordamos el refrán popular: "el pez grande se come al chico". En términos técnicos, esto se llama "economías de escala" y puede comprenderse con un sencillo ejemplo: si una empresa fabrica un solo producto por vez para venderlo, y luego compra nuevamente la materia prima necesaria para producir otro, y así, su nivel de eficiencia —aquello que otorga toda la ventaja en el mercado— será menor que otro que compra las materias primas en gran cantidad y las vende por montones a un ritmo relativamente independiente de la producción. El primero perderá ventas porque mientras esté fabricando el comprador se irá a otro lado. Por otra parte, como su capital es escaso ningún banquero se arriesgará a prestarle mucho (o nada, mejor dicho), porque no hay ninguna garantía de que pueda devolver el crédito. Además aunque quiera prestarle, el monto del negocio no será atractivo y puede que, aún más, resulte negativo a pesar de que el deudor pague a tiempo y bien, porque el banco deberá colocar toda su maquinaria para estar atento a montos mínimos. Es por esto que los bancos buscan prestar a los más grandes y lo hacen a tasas diferenciales: cuanto más pequeño, más riesgo, tasa más alta. Cuanto más grande, al revés. Se argumentará que estoy defendiendo a los bancos, pero el capitalismo es así; cada capitalista busca asegurar su ganancia, no hacer filantropía. Si no le gusta, no despotrique contra los judíos (la inmensa mayoría de los cuales labora como cualquier hijo de vecino y no ha visto un banco ni en figuritas) o contra los usureros. Cambie la sociedad en la que vive.

Los pequeños pierden ventas, tienen crédito caro. El peso de los impuestos reproduce la misma situación: pagar impuestos (o no pagarlos) es siempre menos gravoso para los más grandes, razón por la cual la evasión es casi la única forma de rescatar alguna ganancia para las pymes. En el plano estrictamente productivo, el que compra al por mayor sus materias primas y maquinarias las conseguirá más baratas y con plazos más largos. Las usará más eficientemente por las mismas razones que venimos exponiendo. Su aparato de administración será más pequeño, relativamente, y sus gastos de publicidad también, entre otras cosas porque 500 carteles se ven más que uno y, por lo tanto, le dan sentido al hacer propaganda. Un cartel puede ser barato en sí, mucho más barato que 500, pero es completamente inútil para atraer nuevos clientes, con lo cual es pura pérdida. La ventaja decisiva de los grandes capitales sobre los chicos, sin embargo, se halla en la tecnología. Nuevas tecnologías son por lo general nuevos y mayores gastos, que sólo rinden a mayores escalas, pero escala es precisamente lo que le falta a los capitales chicos. De modo que el principal problema que toda pyme enfrenta es el desarrollo mismo del capitalismo; antes que por los comunistas, los pequeños y medianos capitales serán expropiados por el mismo capital al que se afanan por pertenecer.

Podríamos dar más razones por las cuales una empresa pequeña está perdida ante una grande. Se podrían dar argumentos válidos para tratar de demostrar lo contrario pero, a pesar de que muchas de estas razones son correctas, una simple mirada por el barrio permitiría ver cuál es la tendencia definitiva y a quién beneficia. Este proceso se llama en terminología marxista "expropiación de los expropiadores por los expropiadores". Parece un trabalenguas pero es fácil: describe la *concentración y centralización* del capital, la acumulación como expropiación progresiva. Aquellos que nacieron expropiando mueren expropiados por expropiadores más eficientes. El pez grande se come al chico. Como el lector deberá acostumbrarse, dejaremos para más adelante la tarea de desentrañar un galimatías aún más largo: la "expropiación de los expropiadores de expropiadores por los expropiados". Digamos

ahora que esta guerra interminable es la que ha constituido esas gigantescas transnacionales de las que hablamos en el capítulo dos. Y aún la guerra no ha terminado, así que debemos prepararnos para nuevas catástrofes...

2. La naturaleza de las crisis capitalistas

Cuando decimos que vamos a discutir con los apologistas del capitalismo (pero también con algunos compañeros de lucha), acerca de la "naturaleza" de las crisis capitalistas, queremos decir que vamos a tratar de explicarlas por remisión a las leyes de movimiento del sistema en su conjunto, leyes determinadas por las relaciones sociales básicas que constituyen el "núcleo" de la sociedad. Nótese que decimos también "crisis capitalistas", en plural y calificativamente. En efecto, el capitalismo ha vivido muchas crisis de distinto orden y magnitud a lo largo de toda su historia. Es un sistema signado por la crisis. Pero por otro lado, hablar de "crisis capitalistas" es una forma de decir que son crisis del capitalismo como tipo de sociedad, cuyas causas no les son ajenas sino que emergen de su "naturaleza".

Puede que estas aclaraciones resulten obvias y hasta tontas, pero debe recordarse que la economía apologética, aquella que, como dijimos, tiene por función defender al capitalismo contra sus críticos con una actitud más bien poco científica, acumula argumentos cuya intención es convencer más que demostrar. Esa economía suele esgrimir como defensa de los males incurables del capitalismo lo que podríamos llamar teoría de la "externalidad de la causa": la peste viene de otro lado. Como en las películas yanquis, me viene a la mente ya *Aracnofobia* (pero piénsese también en nuestro querido Conde). Un biólogo viaja a Venezuela, llega a un rincón de la selva y trae, de regalo y con el cadáver del fotógrafo asistente, una araña no tan peluda como asesina. Lo demás es historia conocida: el héroe mata al enemigo y se reivindica. La explicación de la crisis capitalista tiene en los apologistas del mercado, siempre, un origen externo. En sentido absoluto: una sequía, una inundación, un meteorito (¿si mató a los dinosaurios, por qué no a Wall Street?).

O en sentido relativo, en la medida en que es un hecho social, pero se lo considera ajeno al mercado: las costumbres "prebendarias" del capitalismo en Oriente, relictos de un pasado feudal, la falta de "espíritu capitalista" (Weber, Weber, ¡siempre Weber!), el atentado a las Torres Gemelas, una o dos guerras o, cuándo no, estos árabes que suben el precio del petróleo (y entonces les hacemos una guerra para que aprendan que con el mundo libre no se juega…).

Ahora, la que se lleva el Óscar a la explicación más miserable es aquella que recarga sobre las víctimas las responsabilidades de los victimarios: los obreros se rebelan, presionan porque no entienden el lugar que les tocó en suerte en esta sociedad y no se resignan a una vida miserable. Al presionar por elevación de los salarios y otras "prebendas", siempre encuentran algún político demagogo que, con tal de llegar al poder, es capaz de prometer cualquier cosa. A ellos se suman los incapaces de competir, que quieren restablecer mecanismos de asignación política de recursos en lugar de confiar en la neutralidad del mercado. Por un tiempo se vive una fiesta originada en la política monetaria del Estado: como el Estado "le da a la maquinita", se emite moneda (¡Ah! ¡El demonio keynesiano ataca de nuevo!). Pero en algún momento la "realidad" viene a decir basta. Allí empieza el ajuste, porque la fiesta es linda pero hay que pagarla. Por qué la tienen que pagar los obreros en lugar de los empresarios, no se sabe. Por qué la fiesta tiene que acabarse, tampoco. Esta explicación no sólo le echa la culpa a quien no la tiene, sino que además nos quiere convencer de que "siempre hubo pobres entre nosotros" y, entonces, ¿cómo van los pobres a pretender ser felices? El resultado es que ésta es la única sociedad posible, el sistema es intocable y la única acción racional es resignarse y gozar (con el sufrimiento).

Estas explicaciones accidentalizan la causa de las crisis capitalistas; no hay nada previsible, todo se transforma en una fatalidad " y, entonces, de repente llovió y nos ahogamos todos". De esta manera, en lugar de ver si hay algo que está mal en la propia economía capitalista, se da por sentado que el capitalismo es perfecto. Como se da por sentado que el capitalismo es perfecto, entonces, mirá vos,

el capitalismo es perfecto. Como es perfecto no puede yacer en su interior la causa de la crisis, entonces tiene que venir desde afuera. Círculo vicioso perfecto: puse como premisa lo que esperaba como conclusión y, lógicamente, no puedo obtener otra solución que la que ya había colocado en la premisa. Se resuelve el problema por la vía de no plantearlo. El capitalismo, si lo dejan, es atemporal, eterno, perfecto. Cuando uno observa con un poco de detalle la historia de esta sociedad cuesta creer que algo tan perfecto haya tenido tantos accidentes, tantas "casualidades". ¿En 300 años el capitalismo no pudo resolver el problema de la pobreza? ¡Casualidad, accidente! ¡Si lo hubiéramos dejado…! ¿En 300 años el capitalismo no puede asegurarle a toda la población condiciones dignas de vida? ¡Casualidad, accidente! ¡Si lo hubiéramos dejado! ¿El capitalismo en 300 años no ha eliminado las guerras? ¡Accidente, casualidad! ¿El capitalismo en 300 años no ha podido garantizar para toda la población la igualdad de derechos reales? ¡Accidente! Cuesta creer que alguien pudiera repetir todavía: ¡Si lo hubiéramos dejado! En especial porque resulta muy evidente que cuando los capitalistas hacen lo que quieren las cosas van de mal en peor para el resto del mundo; luego de 20 años de globalización, liberalización y desregulación el mundo arde en desocupación, caen los salarios, aumenta la jornada laboral y se destruyen todas las conquistas que hacían la vida un poco más digna. ¡Ah! ¡Bueno! ¡Es que hace falta más globalización! ¡Más desregulación! ¡Más liberalización a largo plazo…! A largo plazo todos estaremos muertos. Porque las explicaciones externalistas no hacen más que ocultar el problema. Es esta sociedad la que entra en crisis por causas que le son propias; que brotan de su "naturaleza".

Razones existen que intentan dar cuenta de los violentos giros de la fortuna capitalista, aludiendo a mecanismos un tanto más complejos. Así, las teorías del "consumo suntuario, rentístico o parasitario" y las de la "brecha de la demanda" se cuentan entre las primeras que los defensores del capitalismo han esgrimido, a veces, acordando con sus críticos. Así, la teoría del "rentismo" salida de la pluma de uno de los clásicos de la historia de la teoría económica, David Ricardo, fue elaborada a comienzos del capitalismo industrial

y es una de las más aceptadas, consciente o inconscientemente. Quiero decir: hay mucha gente que es "ricardiana" sin saberlo, como Monsieur Jourdain hablaba en prosa con la misma inconciencia. Ricardo era lo que, en un lenguaje tal vez en exceso directo, los marxistas llamamos un "representante" de los industriales ingleses. Para Ricardo, la marcha hacia delante del capitalismo iba a verse interrumpida por el ascenso de la renta, es decir, el canon que los terratenientes les cobran a los productores agropecuarios. Como la renta sube, suben los costos de los productos alimenticios. Si no subimos los salarios los obreros perecerán de hambre. Pero la subida de los salarios recorta las ganancias. Si no hay ganancias, no hay inversión. Si no hay inversión, hay crisis. En consecuencia, se trata de crisis por retracción de la inversión: los industriales no invierten, pero no es su culpa. La culpa es de los terratenientes que son unos parásitos. En Ricardo, la teoría de la renta estaba estrechamente conectada a la teoría del valor trabajo: los obreros trabajan, los burgueses también, de una forma u otra. Pero, ¿qué hacen los terratenientes, aparte de habitar esos paisajes bucólicos que todavía hoy se pueden apreciar en esos platos de color azul que se cuelgan de la pared, donde se los ve felices con escopeta y perro fiel? Nada. Son parásitos. Están de más. La teoría ricardiana, con ser una defensa muy inteligente de la burguesía industrial, no dejaba de tener sus aristas subversivas. Esta aguda pero incorrecta crítica al rentismo terrateniente se extendió a otras áreas de la vida económica, y empalmó con las teorías cristiano-medievales de crítica a la usura y al préstamo a interés. Así surgió, o mejor dicho, resurgió la impugnación al mundo de la banca y las finanzas, la cual no dejó en muchos casos de estar teñida de antisemitismo (piénsese en la libra de carne que Shylock le exige a su deudor) que sirvió, entre otras cosas, de material de propaganda al nazismo. La crítica al "parasitismo" entró en la corriente socialista ya con los "ricardianos de izquierda", que querían abolir la propiedad territorial y las herencias, y con Saint Simon, padre del socialismo utópico, junto con otro célebre crítico de quienes viven sin trabajar, Proudhon. Esta corriente recogía el núcleo del argumento ricardiano: el capitalismo es una sociedad de

gente que trabaja. Si todos trabajan, la justicia se impone; si no, viene la crisis y la miseria. La vitalidad de esta impugnación es notable: hoy mismo el Attac muestra que Ricardo sigue vivo.

Pero una de las explicaciones más simpáticas, por desfachatada al menos, es la de Robert Malthus. Este buen pastor protestante inglés era "personero", como también decimos los marxistas, de los terratenientes de la rubia Albión. Defendiendo a sus "mandatarios" de las acusaciones de Ricardo, Malthus elaboró una explicación de la crisis notable, al mismo tiempo que demostró cuán poca vergüenza tenía: el problema es que los burgueses no consumen porque viven ahorrando, acumulan todo el tiempo. En consecuencia no falta inversión, sobra. O mejor dicho, falta consumo. Es necesario entonces que alguien que no produzca, consuma (¿se imaginan quién es el candidato?), y de esa manera cierre la "brecha" que se ha abierto en la demanda. Es ésta una de las versiones más antiguas de las teorías del "subconsumo". Uno podría tomar a Malthus como está y decir: pues entonces, ¡subamos los salarios, hombre! Llenaremos la "brecha" del hambre en los estómagos obreros y todos seremos felices: Sismonde de Sismondi, economista francés muy caro a Marx.

Pero para Malthus, como para Ricardo, los obreros sólo podían obtener un salario de subsistencia (entendiéndose por tal la biológica), por lo tanto cualquier aumento de salarios resultaba artificial y, a la postre, perjudicial: si aumentamos los ingresos de los obreros, éstos se reproducirán en mayor cantidad porque, vio doña Chola, estos negros cuando tienen un tiempito libre se dedican a hacer hijos. El mercado de trabajo se abarrotará con el crecimiento de la población y la mayor competencia hará caer los salarios aún más bajo que las necesidades biológicas. En este punto se acabó la fiesta (¡otra vez!) y los obreros comenzarán a morir como moscas sin que nada se pueda hacer por ellos.

De que Malthus era un reaccionario no caben dudas, pero que sus argumentos han calado hondo, también. Prenda el lector la televisión, lea los últimos resultados de la sociología americana, escuche hablar a los hombres de negocios o, más cerca aun, pare la oreja en el almacén de la esquina y escuchará a doña Chola decir:

¡no sé para qué tienen hijos, si no los pueden criar! La doctrina de que los pobres son culpables de la pobreza porque tienen muchos hijos es una de las favoritas para explicar la miseria en el Tercer Mundo, y ha dado pie a las peores campañas de exterminio por la vía de la esterilización compulsiva de mujeres en América Latina, Asia y África. Campañas llevadas adelante, incluso, por personas que sin pudor alguno tratan a los seres humanos (a los pobres, sobre todo) con ese paternalismo homicida, propio de las asociaciones de defensa de los animales que reivindican la castración, la eutanasia y el exterminio en cámaras de gas. Pero volvamos brevemente a Sismondi: hay una variante "progre" del subconsumismo que se conoció a lo largo del siglo XX como "keynesianismo" y que revivió como Teoría de la Regulación: un engendro marxo-keynesiano. Lo común a todas estas interpretaciones es que el capital no tiene por qué entrar en crisis. Basta con que uno controle a los rentistas y maneje bien las relaciones obrero-patronales.

Ninguna de estas explicaciones me dejan conforme, si es que debo ser sincero. Desde un ángulo marxista la sociedad capitalista está organizada de una manera tal, que necesariamente debe entrar en crisis. La *crisis*, paradójicamente, es su forma de comportamiento *normal*. O mejor dicho, la *crisis* no es más que la exacerbación de la *normalidad* capitalista. Dentro de la teoría marxista existen varias explicaciones a la crisis, la mayoría de las cuales repite en un lenguaje y categorías distintas; algunas de las ya vistas entre los defensores del capitalismo. Hay una teoría marxista del subconsumo (o de la sobreproducción, o de la desproporcionalidad); una teoría marxista del rentismo (terrateniente y financiero); una teoría marxista del "estrangulamiento" de las ganancias; y, por último, una teoría marxista de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Veamos brevemente las primeras, que están mal, para analizar con detenimiento la última, que está bien.

Las teorías del subconsumo son, como decimos los marxistas, las que explican la crisis por la incapacidad de "realizar" la plusvalía. Ya sea porque se consume poco o se produce mucho (subconsumo-sobreproducción), porque los obreros tienden a empobrecerse o porque la

rama de producción de los medios de producción (los bienes de capital) avanzan más rápido que la de bienes de consumo (desproporcionalidad), el asunto repite los argumentos de Malthus: hay algo que no se consume, una brecha de la demanda.

Teóricos marxistas del subconsumo: Rosa Luxemburgo, Paul Sweezy. Nótese que ésta es una teoría que se encuentra en una paradoja: basta con subir los salarios y se acabó el problema. Como Rosa Luxemburgo no aceptaba tal posibilidad, el capitalismo tenía que transformarse en imperialismo, es decir, obligar a consumir al resto del mundo. El derrumbe del capitalismo sobrevendría con el agotamiento del mundo colonial. Paul Sweezy reformuló el problema, colocando ahora como clave de la salida a la economía armamentista. Los teóricos de la regulación aceptaron la conclusión lógica; la crisis se soluciona con sólo adecuar la norma de consumo: si se aumentan los salarios al ritmo del aumento de la productividad, viviremos en el mejor de los mundos. En cualquier caso, el capitalismo puede reformarse y resolver su crisis obligando a los tozudos capitalistas a aumentar los salarios. No se sabe por qué perversión los capitalistas parecen preferir arrojar bombas a esta otra salida tan sencilla y elegante, y que además les reportaría fama de benefactores de la humanidad.

Las teorías marxistas del rentismo repiten de alguna manera la argumentación ricardo-sansimo-proudhoniana. Cuando los bancos y las financieras se apoderan del mundo se impone el ritmo febril de la bolsa y las ganancias fáciles. Como Keynes decía, se impone la economía "casino". En ese momento, los industriales encuentran el crédito cada vez más caro, se hace difícil invertir a largo plazo porque lo que hoy parece dar ganancias, mañana no, etcétera. La inversión cae, la desocupación se expande, los valores se inflan artificialmente hasta que las burbujas estallan. El Attac defiende esta posición. El Attac es una organización política mundial, capitaneada por una fracción de la burguesía francesa a través de *Le Monde Diplomatique*, que busca implantar el impuesto Tobin.

James Tobin, premio Nobel de economía en los años sesenta, propuso un impuesto a las transacciones financieras internacionales como instrumento para estabilizar los mercados. Attac cree

poder utilizar ese impuesto para recaudar un fondo de intervención económica y social de carácter redistributivo. Ya no se trata de "eutanasia de los rentistas", como querría algún keynesiano izquierdista —capaz de devolver la economía a las seguras manos de los industriales—, sino de un tímido descuento de la renta financiera. Tobin proponía que lo recaudado fuera gestionado por el FMI, algo inaceptable para los "attacistas", que proponen al PNUD (Proyecto de las Naciones Unidas para el Desarrollo). Ahora sí… ¿Pero las Naciones Unidas no son un instrumento del imperialismo? Sí, y entonces, como señala el compañero español Diego Guerrero, es obvio que el Attac y su fondo gestionado por la ONU se transformarán en otro instrumento de regimentación y control de los pobres. El supuesto detrás de este modelo es que hay un capitalismo bueno (el productor) y uno malo (el especulador rentista): si mantenemos siempre el lugar que la industria se merece, esos buenos señores, los industriales, nos devolverán con creces la confianza que en ellos depositamos. El mal no está en el capitalismo verdadero —el bueno, el industrial—, sino en el falso —el malo, el especulador, el rentista—. Lo que los partidarios de esta tesis no pueden explicar es por qué se produce el predominio de las finanzas o del rentismo. Incluso, por qué señores que hasta ayer se portaban "bien" ahora se portan "mal". Y no pueden explicarlo porque separan las finanzas y el rentismo de la lógica de funcionamiento general del capital. No reconocen la íntima conexión que une lo que, en última instancia, sólo son diferentes formas de existencia de lo mismo: el capital. No puede amputarse el sector financiero ni reformarlo, sin conmover al conjunto del sistema o terminar acoplado a él haciendo lo inverso de lo que se quería. La idea del "capitalismo bueno" o capitalismo "de los productores" es también la que está detrás del cooperativismo.

El "estrangulamiento de las ganancias" describe el mismo proceso que la economía vulgar achacaba a los obreros, sólo que desde un ángulo izquierdista. En esta teoría, los obreros son responsables de la crisis y eso aparece como un síntoma de vitalidad y de capacidad de la lucha de clases contra el capitalismo. Ahora, los

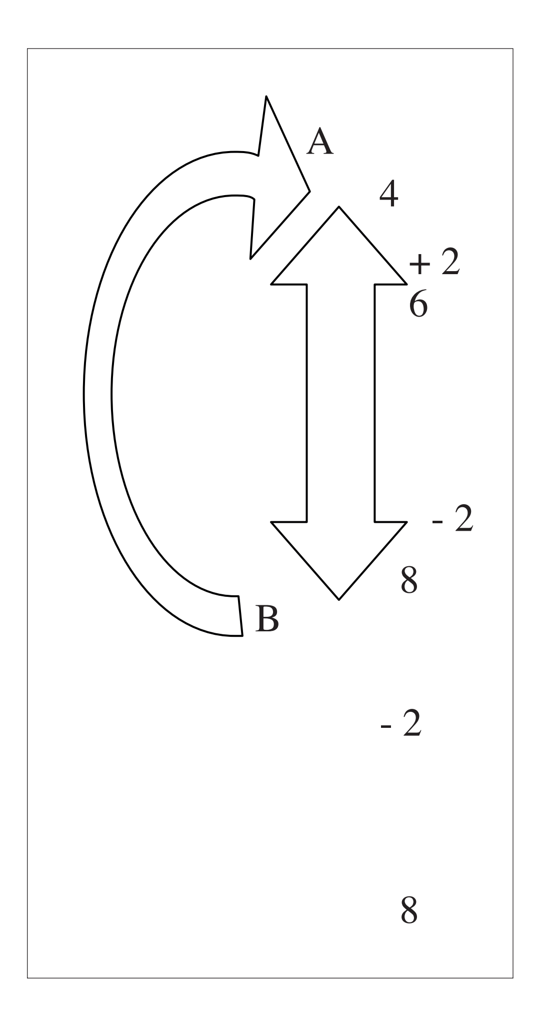
obreros no son simplemente un apéndice de las máquinas sino su resistencia, haciendo aumentar los salarios; es la explicación a la caída de las ganancias y, por lo tanto, a la crisis del capital. Esta teoría, supuestamente marxista, reproduce las explicaciones de Milton Friedman y la Escuela de Chicago, y es una de las justificaciones más comunes del ajuste, sólo que a la rebeldía de los sesenta y setenta, se le llama ahora… adivine… sí: ¡fiesta!

El marxismo puede hacer algo más que repetir las teorías burguesas de la crisis con un ropaje nuevo. Puede exponer su propia teoría de la crisis. La que yo creo que es la mejor explicación de la crisis y la explicación específicamente marxista es la que se conoce como la ley de la "tendencia decreciente de la tasa de ganancia". Lo que me gusta de esta explicación es que demuestra que el capitalismo tiene, por causas internas que obedecen a su propia "naturaleza", un límite en sí mismo. Y demuestra también que el capitalismo no puede reformarse. Como el escorpión, por su propia "naturaleza", no puede hacer otra cosa que provocarse su propia muerte. Pero antes de hablar de la tendencia, haremos un alto en el camino para revisar algunas cosas importantes.

3. Valor y precio: algo más sobre la competencia

Nosotros ya tomamos partido, hace rato, por la teoría del valor trabajo. Dijimos que tanto Marx como Ricardo aceptan que los objetos tienen un valor que equivale a la cantidad de trabajo incorporado, medido en tiempo. La fuente del valor es el trabajo humano. Pero, a diferencia de Ricardo, hora es ya de aclararlo, Marx no ve una relación directa entre los valores y los precios. Es decir, el precio que vamos a obtener en el mercado no va a guardar una relación directa con la magnitud de valor original, la incorporada directa y concretamente a la mercancía. El mundo no funciona de una manera tan simple, dice Marx: no porque yo haga una silla en ocho horas, el mercado me las va a reconocer así de sencillo. ¿Estoy repitiendo? No importa, el asunto lo merece. El capitalismo es un sistema, ya lo dijimos, sí, en el cual los productores individuales están aislados por su propiedad y sólo pueden garantizar su supervivencia por la

vía de arribar al mercado con el precio más bajo, es decir, compitiendo. Esto significa que el mercado sólo va a reconocer a aquel productor que ofrezca un producto cuya cantidad de valor sea menor. Pues bien, ¿cómo se logra esto? Reduciendo la cantidad de trabajo por la vía de aumentar su productividad: de dos productores, uno con tecnología más eficiente (a) y otro con una menos eficiente (b), vencerá aquél que, dada la mayor productividad del trabajo, produzca los bienes (las sillas) con una menor cantidad de trabajo incorporado. Así, (a) produce una silla con 4 hs mientras que (b) con 8. (a) Irá al mercado e intentará venderla más bajo que (b) a fin de asegurarse la venta. Si es vivo no lo pondrá necesariamente a 4, puede colocarlo a 7. Produce a 4 pero vende a 7. Mientras tanto, (b) hará el esfuerzo de vender a 7 a costa de recortar su ganancia, con lo que (a) retrucará bajando a 6. Tiene resto, es cuestión de seguir pujando: en algún punto (b) se fundirá y (a) se quedará con el mercado. Ahora bien, quedémonos en el momento cuando el precio se alinea en 6 hs de trabajo incorporado. En este punto, (b) pierde dos horas de trabajo, o sea dos horas de plusvalía. Por el contrario, (a) gana dos. Para la sociedad, para el mercado, el resultado es neutro porque lo que le paga de más a uno —(a)— se lo descuenta al otro —(b)—; todo esto en forma automática e inconsciente, por el mecanismo de fijación de precios que genera la competencia. Se ha producido, entonces, una transferencia de valor del productor menos eficiente —el pobre (b)— al más eficiente —el joven y exitoso (a)—. Este movimiento puede observarse en el siguiente cuadrito:


A
4
+ 2
6
- 2
8
B
- 2
8

Un breve comentario: éste es el mecanismo que hace que los precios tiendan a bajar a largo plazo. Es el "premio a la eficiencia" que el mercado otorga a los innovadores, el que genera una tendencia de largo plazo a reducir el componente de valor nuevo en cada mercancía. Con cada avance de la eficiencia la mercancía es más barata porque contiene menor cantidad de trabajo incorporado. O lo que es lo mismo, porque se ha incrementado la productividad del trabajo. Siempre hay forma de hacer trampa e imponer precios artificialmente bajos, porque se ha obtenido algún subsidio, porque se beneficia de alguna situación monopólica, etcétera. Es decir, hay formas de ganar la competencia sin ser los más eficientes. Eso no impide que, normalmente, esta ley del funcionamiento de la economía capitalista se imponga como tendencia.

Volviendo a la relación valor-precio en la teoría marxista y al examen del problema "de la transformación de los valores en precios", que es precisamente lo que estamos tratando, tenemos que seguir andando un trecho más. Para otras teorías el problema de la transformación de los valores en precios no existe, o porque los precios expresan directamente los valores (los ricardianos) o porque no hay diferencia entre valor y precio (neoclásicos). Los marxistas explicamos la relación entre valores y precios como un fenómeno complejo, en el cual el primero determina a los segundos en forma mediatizada. Una primera mediación es la formación del valor *intra-rama*, que es lo que acabamos de tratar: cómo el mercado selecciona el valor que está dispuesto a pagar por un determinado producto, de entre otros que cumplen la misma función (la silla que lo sustenta a usted en este momento, por ejemplo). Pero aquí no acaba todo; además de competir con los productores de una rama, los productores son parte de la competencia inter-rama: entre productores de distintas cosas. Como vemos, la noción marxista de competencia es mucho más compleja e intrincada de lo que parece a simple vista.

El segundo nivel de mediación es entonces la competencia *inter-rama*. Cuando un competidor va al mercado no sólo recibe un precio que incluye la elección de los consumidores por el nivel de productividad del trabajo que acepta (lo que significa que le "pagó"

de más o de menos), sino que además incluye la elección de los consumidores acerca de qué bienes está dispuesto a pagar y cuáles no. Así, fijará un nivel de preferencias que hará que esté dispuesto a "pagar" relativamente más por un tipo de productos, que por otros (lo cual como veremos, llevará a nuevas transferencias de valor y, otra vez, a perdedores y ganadores). Vamos de a poco.

Cada rama de la producción (las "tecnológicas", la metalurgia, la confección textil) tiene ciertas características generales que se manifiestan en la mayor o menor *composición orgánica* del capital. ¡Ah! ¿Y qué es "composición orgánica del capital"? Todo lo contrario de lo que el lector debe estar imaginándose: un capital de mayor composición orgánica no es, precisamente, uno que emplea mayor cantidad de mano de obra (que es lo que *parece* ser "orgánico" en el capital). La composición orgánica es una proporción entre *capital constante* y el *capital variable*. El capital constante, ya lo dijimos, es aquél que durante el proceso productivo no crea valor nuevo sino que entrega su propio valor al nuevo producto: las instalaciones, las máquinas, las materias primas. El capital variable es aquél que "varía" a lo largo del proceso productivo, creando un nuevo valor. El capital variable es la fuerza de trabajo. La fórmula es sencilla:

$$CO = \frac{CC}{CV}$$

Esto es, la composición orgánica del capital mide la proporción en que un determinado producto es realizado por trabajo vivo (cv) y trabajo muerto (cc). ¿Qué importancia tiene esto? Que nos dice cuánto capital hay que avanzar antes de poner algo en producción, lo que se conoce como capital a secas: instalaciones, máquinas, etcétera. Pero también nos dice cuánto capital hay que poner "de entrada" para explotar una cierta cantidad de trabajo y, por lo tanto, obtener una cierta cantidad de plusvalía. En concreto, cuanto más alta es la composición orgánica (mayor es el numerador frente al denominador), mayor cantidad de capital hay que poner "de

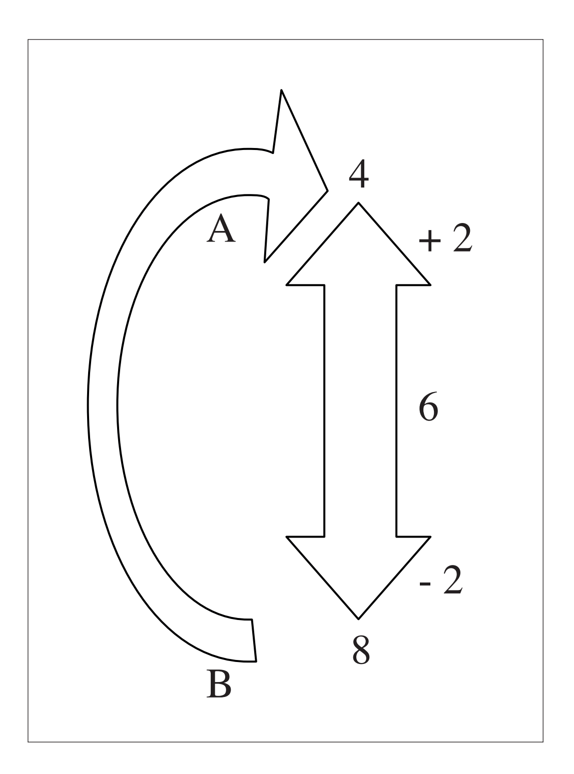
entrada" para explotar una menor cantidad de trabajo vivo, capital variable, trabajadores. Demos un ejemplo numérico:

Ejemplo I	Ejemplo II
$CO = \frac{5}{10} = 0{,}5$	$CO = \frac{10}{5} = 2$

En el ejemplo I por cada 5 unidades de capital constante se pueden explotar 10 unidades de capital variable. Entonces, la CO es de 0,5. En el ejemplo II, por cada 10 unidades de CC, se pueden explotar 5 unidades de CV. Nótese la siguiente contradicción: al aumentar el CC, el desarrollo tecnológico es mayor, por lo tanto la cantidad de trabajo incorporado a las mercancías es menor porque se necesitarán menos horas de trabajo para hacer el mismo producto. En un lenguaje vulgar: más máquinas, menos trabajadores. Ahora bien, si hay menos trabajadores, hay menos material explotable. Por lo tanto hay menos plusvalía. La paradoja es que el capitalista A, que produce en una rama de mayor composición del capital (acero, por ejemplo), irá al mercado con productos "más baratos" porque contienen menos cantidad de trabajo en relación a un capitalista B (textiles, por ejemplo), que produce en ramas de la producción de menor composición orgánica. Dicho de otra forma, el capitalista B, adelantando menos capital (menos CC), obtiene una mayor cantidad de PV porque explota más trabajadores (proporcionalmente, se entiende). Poniéndolo en criollo y en términos "moralistas", el "bueno" de A se revienta para poner una empresa de tecnología compleja, gasta "un fangote" para obtener una miseria; mientras que B, el atorrante, con "dos mangos" explota a medio mundo. Estamos casi a punto de llorar… ¿Cómo se resuelve esta contradicción? Por el mecanismo de formación de la tasa media de ganancia. Como ningún capitalista será tan tonto como para invertir en un lugar donde obtendrá menos que en otro, los capitales fluirán allí donde la tasa de ganancia *real* sea mayor. La lógica indicaría que esta tasa de ganancia tiende a ser mayor en las

ramas de baja composición orgánica. Sin embargo, tiende a suceder lo contrario.

En efecto, en las ramas de baja composición es fácil instalarse como capitalista. El acceso al capital es más sencillo y la posibilidad de obtener una masa de PV elevada es muy alta. Por consiguiente, siempre existe un exceso de capitales en el sector. A la inversa, la escasez de capitales es la característica de las ramas A: no cualquiera pone una acería. Por consiguiente, las ramas de punta tienden a atraer grandes capitales, sus productos tienen alta demanda y, por lo tanto, pueden venderse por encima de su valor. La situación es la inversa a las de las ramas B que, por lo tanto, tenderán a vender sus productos por debajo de su valor. Se reproduce la situación anterior: las empresas de las ramas B deberían tener una mayor ganancia, pero se ven amputadas de su PV que va a parar a las ramas A. Otra vez, lo que ganan unas lo pierden otras. Resultado de los movimientos de este tipo es que una tasa media de ganancia tiende a formarse: en las ramas A y las B se percibirá la misma tasa de ganancia (como tendencia), pero mientras en las primeras su tasa de ganancia potencial es menor a la media, su tasa de ganancia real se compondrá de PV arrancada a sus trabajadores y de PV arrancada a los de la rama B. En éstas, las empresas no podrán retener toda la PV arrancada a sus trabajadores, por lo que su tasa de ganancia real resultará inferior a la potencial. La diferencia entre la tasa potencial de ganancia y la tasa real de ganancia es la que existe: entre la tasa de ganancia dictada por la composición orgánica en el sector, antes del proceso de igualación, y la obtenida luego de este proceso. Por eso, las A tienden a crecer más rápidamente y a dar ganancias mucho más elevadas, aunque la producción de PV en su sector es menor. Otro cuadrito:



¡Pero es igual al anterior! Sí, lógico, pero ahora a y b se han transformado en A y B porque ya no son empresas separadas por la eficiencia, sino ramas de producción enteras, separadas por la composición orgánica del capital. Y ya no se trata del trabajo incorporado a los productos y el promedio reconocido socialmente, sino de las tasas de ganancia de cada rama antes del proceso de igualación y la ganancia media.

Pero todavía no llegamos al mercado. Aquí tenemos la ganancia media y con ella podemos establecer los precios de producción:

PP = CC + CV + g1/2

Pero con los precios de producción no llegamos todavía al mercado. Porque el precio final dependerá del estado de la oferta y la demanda. Este último punto es el único que los economistas capitalistas ven. Allí es cuando aparece, recién, la "ciencia" burguesa, que vislumbra vagamente todo el proceso anterior. El "tira y afloje" del mercado no hace más que sancionar esos pasajes de plusvalía de un lado a otro. O sea que cuando Lita de Lazzari le dice a usted: "camine, camine", está describiendo acertadamente el mecanismo de formación de precios de la economía capitalista, provocando todos estos movimientos en el conjunto de la economía y todas estas transferencias de valor resultantes. Si algún factor coyuntural aparece —de esos que los economistas burgueses creen que determinan todo, como las guerras, las sequías—, los precios lo sentirán y se moverán en consecuencia. Pero esos factores no son los que rigen los movimientos de precios a largo plazo, sino sólo en el día a día del mercado. A largo plazo, es la evolución de la productividad del trabajo la influencia determinante.

Siguiendo con nuestro análisis, al observar el proceso de formación de precios de producción, lo que veíamos era el "viaje" que la plusvalía protagoniza hasta llegar al momento de la realización, de la venta en el mercado. Pero el viaje no termina allí, el cuadro es bastante más complicado. Para llegar al mercado la plusvalía sufre nuevos avatares. En principio, el fabricante será obligado a pagar los gastos improductivos que demanda la realización de la plusvalía, o sea, la venta de la mercancía. Deberá resignar parte de esa plusvalía que irá a parar al comerciante. Pero no sólo eso. La plusvalía restante seguirá su camino, ahora hacia el sector financiero, para devolver los préstamos necesarios al comienzo del proceso productivo. Y todavía hay más, porque habrá que pagar impuestos, así que una porción de plusvalía irá a parar al Estado. Ahí no terminó la cosa, porque habrá que abonar los gastos relativos al lugar físico que se ocupa: el alquiler, la renta (si uno mismo es el propietario no se ha salvado por eso de pagarla, simplemente lo hizo por anticipado). Así, burgueses comerciales, financieros, rentistas y Estado compartirán con el industrial la plusvalía que éste ha extraído a sus obreros. Usted estará, imagino, a punto de lamentarse por la suerte del pobre burgués industrial

que es el único que hace algo "positivo", mientras los demás no son más que cuervos que viven de carroña. Sin embargo, recuerde que sin comercio no puede realizarse la plusvalía, que sin finanzas no puede reciclarse la plusvalía sobrante, que sin renta y sin Estado peligra la propiedad misma que hace posible la existencia de plusvalía. Todas estas "excrecencias" lamentables son absolutamente necesarias a la realización de la plusvalía. De modo que no hay nada que lamentar para el "pobre" burgués industrial, al menos en lo que a esto se refiere. Pero si esto no lo convence, recuerde que el propio burgués industrial vive del trabajo ajeno, de la plusvalía. Lo que es lo mismo que decir que todas estas personalizaciones sociales, propias de la sociedad capitalista, son igualmente "carroñeras": todas viven del trabajo ajeno, desempeñando diversas funciones en el proceso de extracción y realización de la plusvalía.

Si ahora prestamos atención al conjunto del proceso de producción, realización y distribución de la plusvalía, podemos concluir que ese mismo proceso constituye a todos los capitalistas en socios solidarios en la explotación del trabajo. Que es lo mismo que decir que la explotación de los trabajadores no es un fenómeno individual, sino de clase: la clase capitalista en su conjunto explota al conjunto de los trabajadores y se reparte mediante un proceso feroz (la competencia) la plusvalía extraída. "Adonde quiera que vayas trabajarás para mí, incluso aunque no tengas conmigo ninguna relación *aparente*".

4. La tendencia decreciente de la tasa de ganancia

El largo acápite anterior nos permitió delinear una serie de conceptos para entender lo que ahora sigue, el movimiento que describe la sociedad capitalista arrastrada por su motor: la ganancia. La salud del capitalismo se mide por la amplitud de la tasa de ganancia. ¿Qué es la tasa de ganancia? Observemos la siguiente fórmula:

$$TG = PV / (CC + CV)$$

Donde TG es tasa de ganancia, PV es plusvalía, CC es capital constante y CV capital variable.

Resulta bastante sencilla de interpretar: la tasa de ganancia es una magnitud que revela qué medida de PV es posible extraer de una composición dada de capitales (constante y variable). Esto es, que la tasa de ganancia resulta de hacer evidente la vinculación entre las diferentes magnitudes de capital invertido y de PV extraída. Es decir, ¿cuánta PV queda a mi disposición, luego de considerar las magnitudes de PV pasada (capital) invertida?

Pero, además, permite observar el juego, la dinámica que se establece entre ellas: ¿qué pasa si aumento la composición orgánica del capital? ¿Si varía la cantidad de CC y CV? La fórmula es clara: si el CC aumenta, disminuirá (por la lógica de la relación sintetizada en la noción de composición orgánica) el CV. Pero si disminuye el capital variable, disminuirá la PV; por lo que mientras el numerador tiende a bajar, el denominador tenderá a subir. El resultado es que la tasa de ganancia tenderá a bajar. Demos un ejemplo numérico:

$$1.\ \text{Tasa de ganancia} = \frac{10}{10 + 10} = \frac{1}{2} = 0{,}5$$

$$2.\ \text{Tasa de ganancia} = \frac{5}{20 + 5} = \frac{1}{5} = 0{,}2$$

$$3.\ \text{Tasa de ganancia} = \frac{20}{5 + 20} = \frac{4}{5} = 0{,}8$$

En el primer caso la tasa de ganancia es 0,5; resultado de una composición orgánica en la cual una cantidad de CC pone en movimiento una masa igual de CV. En el segundo caso la duplicación del CC pone en movimiento a la mitad de CV, con lo cual la plusvalía (PV) disminuye en igual proporción. En el tercero una masa de CC igual a la mitad del primer caso pone en movimiento una masa cuatro veces mayor de CV. La PV se multiplica en la misma proporción. Nótese que en todos los casos la PV se mueve siempre en la misma proporción que el CV, lo que no es necesario porque

eso depende de la *tasa de explotación*. ¿Qué es la tasa de explotación? La proporción en la cual se expresan el CV y la PV:

$$\text{Tasa de explotación} = \frac{Pv}{Cv}$$

Ejemplo:
Tasa de explotación =10 / 10 = 1 = 100%

En el ejemplo, decimos que la tasa de explotación es de100% porque a cada hora de trabajo necesario (CV) le corresponde una hora de trabajo excedente (PV). En los tres ejemplos sobre la tasa de ganancia presupusimos una tasa de explotación de 100%. Pero es algo completamente arbitrario porque la tasa de explotación depende directamente de la lucha de clases, de modo que fluctúa a lo largo del tiempo y a través de toda la economía. La tasa de explotación entonces, en su variación, puede alterar la tasa de ganancia y contrarrestar el efecto del crecimiento de la composición orgánica. Es una "contra-tendencia" que puede hacer que coyunturalmente la tasa de ganancia suba, en lugar de caer o limite su caída. Veamos otro ejemplo:

$$\text{Tasa de ganancia} = \frac{10}{10 + 10} = 0{,}5$$

$$\text{Tasa de ganancia} = \frac{5}{20 + 5} = 0{,}2$$

$$\text{Tasa de ganancia} = \frac{15}{20 + 5} = 0{,}6$$

En el primer caso, el CC moviliza una cantidad determinada de CV para obtener, a una tasa de explotación de 100%, una cantidad proporcional de PV. En el segundo caso, la tasa de explotación sigue siendo de 100%, pero el CC ha aumentado a expensas del CV, lo que provoca una caída proporcional de la tasa de ganancia. En el tercer

caso, el aumento del CC provoca la misma caída del CV, pero la tasa de explotación se ha triplicado (por cada hora de trabajo necesario, tres de trabajo excedente); lo que no sólo impide la caída de la tasa de ganancia, sino incluso hace que se eleve.

El aumento de la tasa de explotación actúa, entonces, como una contra-tendencia. Hay otras, como el abaratamiento del CC, ya sea porque se revoluciona la base técnica de la producción del capital constante o porque se consiguen materias primas más baratas. También la concentración y centralización del capital produce efectos que hacen subir la tasa de ganancia, como un uso más eficiente del CC y la reducción del trabajo improductivo. Pero a la corta o a la larga la tasa de ganancia tiende a caer arrastrando consigo a las contratendencias. Allí comienza la crisis.

Pero, ¿por qué los capitalistas atentarán contra sí mismos, disminuyendo la tasa de ganancia? Porque no pueden hacer otra cosa. Los capitalistas se verán obligados a competir porque, ya lo dijimos, vivimos en una sociedad donde los propietarios individuales de capital sólo pueden asegurar su subsistencia como tales, agrediendo con precios a sus competidores. En consecuencia, no hacen lo que quieren sino lo que pueden. La forma por excelencia de la competencia es la innovación tecnológica. Por consiguiente, el capitalista individual tenderá a salvarse elevando la composición orgánica del capital. Pero esto, que es su tabla de salvación individual, termina resultando el hundimiento general; como todos los capitalistas hacen lo mismo, la igualación de las condiciones técnicas se produce a la corta o a la larga. Con lo que las transferencias tienden a disminuir, la tasa a igualarse hacia abajo y a descender. Parece existir aquí una contradicción entre las tendencias individuales y las generales; efectivamente es así y la crisis del capitalismo no consiste en otra cosa que en la actualización de esta contradicción.

La contradicción se produce por la tendencia a eliminar a los productores de plusvalía, para desplazar a los competidores en el mercado; hecho al que se está obligado por la "naturaleza" competitiva del capitalismo, por la existencia de la propiedad privada

individual. Todo esto está en contradicción con el hecho de que la ganancia se nutre de la plusvalía. Por lo tanto, el capitalista individual al que mejor le va es a aquél que está reduciendo permanentemente la producción de plusvalía. Al que peor le va es a aquél que se retrasa permanentemente en la revolución de la productividad del trabajo. Paradójicamente, el que más trabajadores explota es el que pierde y el que menos explota el que gana (siempre en relación con sus propios trabajadores).

La paradoja, la contradicción, se resuelve por la igualación de la tasa de ganancia, que hace que los que menos trabajadores explotan reciban plusvalía de los que más lo hacen. Por eso, el capitalista más eficiente de la rama de mayor composición orgánica recibe plusvalía de todo el resto del mundo. La lógica individual que asegura la victoria individual es la causa de la crisis general. Pese a las montañas de planificación que cada empresa pone en juego, el sistema, de conjunto, carece de toda planificación. Es más: desarrollar una planificación general exigiría la eliminación de la propiedad privada. En consecuencia, el éxito individual, contradiciendo el presupuesto básico de toda la economía burguesa, nos lleva a todos a un gigantesco fracaso. En ese momento puede percibirse la enorme irracionalidad de la economía capitalista. Para observar esto en términos históricos es necesario hablar de las "ondas largas" del desarrollo capitalista.

5. De la teoría de las ondas largas a la espiral de la historia

La teoría de las "ondas largas" resulta ser muy simpática a los ojos de los historiadores marxistas, porque permite observar el movimiento histórico de la sociedad capitalista, tomando como eje el movimiento de la economía. ¿Qué es una onda? Un período de unos 20 a 25 años durante el cual los negocios van generalmente bien o generalmente mal. Largos períodos durante los cuales las cosas van para arriba, seguidos de largos períodos cuando todo va hacia abajo. Así, 1848-1870 observa una larga recuperación de la economía capitalista; 1870-1890 invierte la tendencia y todo va realmente mal; 1890-1910 es un período de auge sostenido que se

frena entre las dos guerras mundiales, en una fase de crisis y estancamiento agudos cuyo epítome es 1930 y llega hasta 1940; el fin de la guerra da paso al *boom* de los sesenta; de fines de los 60 hasta el día de hoy las cosas van de mal en peor.

Para entender mejor el problema, hagamos un poco de historia de la teoría. Comienza a desarrollarse a partir de un economista ruso llamado Kondratieff. Ya a mediados del siglo XIX se habían examinado movimientos cíclicos en la economía, pero siempre se referían a movimientos de no más de diez años que pasaron a la historia como ciclos "cortos". Los economistas del siglo XIX, especialmente Marx, no alcanzaron a observar movimientos históricos de mayor envergadura que estos ciclos cortos, en parte porque el propio capitalismo era demasiado novedoso como para poder mostrar la forma en que se movía. De hecho, Marx sólo tuvo la oportunidad de apreciar dos crisis generales de vasto alcance: la de 1848 y la de 1870. Sin embargo, ya para la época de la Revolución Rusa hubo varios economistas, sobre todo marxistas, que pueden verificar la existencia de un comportamiento aparentemente cíclico en la economía, de mayor duración que los llamados ciclos "cortos".

En la teoría de los ciclos, según la elabora Kondratieff, estos tendrían un comportamiento repetitivo dado por las bajas y las alzas de la economía. Ya en su época se iba a desarrollar una amplia polémica acerca de estos ciclos "largos" (de entre 20 y 25 años). Aún hoy la disputa es aguda: mientras hay algunos que son muy escépticos —la idea tiene sus fanáticos—, quienes llegan a hablar de ciclos "superlargos" de cien años (Wallerstein, por ejemplo). Incluso hay quienes han llevado la idea de ciclos a otros ámbitos (la lucha de clases, la evolución de las ideas, etcétera). Dentro de la economía burguesa hay corrientes que descreen de la existencia de los ciclos largos, sobre todo la economía neoclásica, aunque hay otros que aman con particular pasión la idea de los ciclos. El más importante de ellos es Schumpeter, quien no sólo cree en la existencia de los ciclos sino que además les da una interpretación particular: no tienen que ver con el comportamiento de la economía, sino con el agotamiento de las innovaciones. En la teoría schumpeteriana, el

capitalismo tiene comportamientos que dependen de las características psicológicas de los empresarios. Si los empresarios no son personas innovadoras o son repetitivas, burocráticas, el sistema se agota. Detrás de Schumpeter está Weber, personaje al que vamos a conocer más adelante y quien sostiene que la sociedad capitalista, la sociedad humana en general, va hacia un proceso creciente de burocratización y osificación, en la cual la creatividad se anula progresivamente. El mundo se hace más monótono y aburrido. De la Rúa era un presidente "weberiano", por ejemplo (aunque no del todo, porque algo que caracteriza a la burocracia weberiana es la eficiencia, virtud bastante lejos del más inútil de los presidentes argentinos). Pues bien, para Schumpeter, ese proceso de burocratización, de estancamiento de la creatividad, es el que está detrás del estancamiento cíclico de la economía. La economía está en crisis porque se han acabado los empresarios innovadores; aquellos que son capaces de tomar los descubrimientos y transformarlos en nuevos motores de la economía. Thomas Alva Edison, por ejemplo, o Henry Ford, por citar a personajes contemporáneos a Schumpeter. Hoy diríamos los Bill Gates o los Silicon Boys. Para estos schumpeterianos, el comportamiento cíclico de la economía tendría que ver con el nacimiento, desarrollo y difusión de nuevas tecnologías, que abrirían campos nuevos a la expansión y, por ende, a los negocios. La no aparición de innovaciones abre camino al estancamiento. Entonces la crisis económica tiene, por parte del schumpeterianismo, una explicación por el lado subjetivo y cultural: la conducta de los empresarios.

Los primeros marxistas en discutir a Kondratieff negaban la existencia de las ondas y las consideraban meras "ilusiones estadísticas", entre otras cosas porque sostenían que esta idea significaba la defensa de la perennidad del capitalismo. La crisis quedaba reducida a una simple alteración cíclica que iba a ser, necesariamente, seguida por una recuperación y no por un derrumbe definitivo. El carácter terminal de la crisis capitalista era transformada en una reestructuración funcional. Esto iba a contrapelo de la "sensación ambiente" durante la década del veinte, que en general aceptaba

la idea de una tendencia al derrumbe del capitalismo como tipo de sociedad. Entre los que rescataban la idea se encontraba Trotsky, quien reformulaba la noción de ciclo para transformarla en "curva del desarrollo capitalista". Y esta idea de "curva" me parece mucho más interesante, ya vamos a ver por qué. Lo importante es que en esta discusión Trotsky-Kondratieff ya se hallaba presente uno de los ejes del debate futuro: la explicación a la dinámica de la crisis.

Mientras Kondratieff señalaba que el ciclo seguía una causalidad interna a la economía, Trotsky añadía, como dato a tener en cuenta, la evolución de la lucha de clases; un fenómeno externo a la economía misma. Quedaba así planteado el problema y la línea de debate, según la causa se colocara en el interior de la economía (y describiera movimientos automáticos); o externa y, por ende, sus vaivenes dependieran de circunstancias más o menos aleatorias. La teoría fue reformada y llevada a su versión clásica por uno de los intelectuales marxistas más importantes de la segunda mitad del siglo XX: Ernest Mandel.

Mandel resolvía el problema "endógeno-exógeno" a través de un esquema complejo: el ascenso de la onda depende de un panorama favorable con una tasa de ganancia elevada. Todos los capitalistas compiten por invertir; la competencia lleva a la elevación de la composición orgánica del capital y ésta a la caída de la tasa. Empieza aquí la crisis y la onda ascendente se transforma en descendente. El descenso finaliza sólo cuando la burguesía logra imponer nuevos niveles de explotación a la clase obrera y ampliar el mercado, expulsando a una porción importante de la propia burguesía. En ese momento la onda deja de bajar y comienza a ascender abiertamente. Mandel combina, entonces, los mecanismos internos (el aumento de la composición orgánica) con los externos (la lucha de clases).

A mí no me gusta mucho la teoría de las "ondas", sí la idea de curva "trotskista". Explico por qué: la idea de onda presupone una regularidad en movimiento y a mí, como a todo buen historiador, la idea de una regularidad histórica me parece más que peligrosa. Mandel llegó a proponer la existencia de ondas de 22 años promedio,

lo que no es más que el resultado de una ilusión estadística. No existe tal regularidad y el propio esquema mandeliano repudia esa idea: si se puede aceptar que hay cierta regularidad automática en el movimiento de la composición orgánica (aunque también esto es discutible porque depende de la tasa de inversión y, por ende, de la velocidad de rotación del capital, que no se pueden tomar como invariables), no se puede dar por buena la misma idea para fenómenos que están atados a circunstancias ajenas a la economía y son, hasta cierto punto, aleatorios como los resultados de la lucha de clases. Lo que significa que la teoría de las ondas, tal cual la describe Mandel, no puede funcionar como un calendario maya o egipcio que predice las crecidas del río o la fecha de la siembra.

No se puede "predecir" el comienzo o el fin de una crisis. Sí puede diagnosticarse una tendencia cuando ésta ya ha comenzado a volar, como el búho de Minerva. Y en realidad lo importante es esto último; las predicciones históricas no señalan fechas precisas, sino tendencias de largo plazo. ¿Comenzamos o no toda una etapa de expansión económica? ¿Esas nubes oscuras del horizonte corresponden a tormentas pasajeras o más bien a vendaval en puerta? De eso se trata, de una guía aproximada del sentido del futuro que aunque parezca modesta, resulta extremadamente útil. Para entenderlo, es necesario que hablemos de la *espiral de la historia*, algo más correcto que "ciclo" u "onda".

Suena místico, estilo "el secreto de las catedrales" o "la piedra filosofal". Y sin embargo es realidad: la historia se desplaza formando una espiral. El conjunto de relaciones sociales, en este caso el capitalismo, tiene una dinámica que emana de ellas mismas. En el caso del capitalismo, sólo en el caso del capitalismo, la potencia de esa dinámica es fabulosa: ninguna sociedad ha tenido, hasta la fecha, tal capacidad de desarrollo de las fuerzas productivas. Todas las sociedades crecen, si no, a la corta (a la muy corta) o a la larga (a la poco larga) desaparecen. La virtud específica del capitalismo radica en que la forma que asumen esas relaciones le imponen una dinámica que tiende al crecimiento permanente. Al igual que todas las sociedades que crecen, en algún momento de

sus afanes, lo que han producido (las fuerzas productivas, usted sabe) es demasiado para caber en el molde que las aprisiona (las relaciones, como usted sabe ya). En concreto, el desarrollo de las fuerzas productivas excede las posibilidades de las relaciones de producción. El choque pone en cuestión las relaciones sociales al punto que, o se destruyen dichas relaciones y se construyen nuevas, adaptadas a las nuevas condiciones, o bien las fuerzas productivas retroceden.

El cambio social sólo se produce cuando son las viejas relaciones las que ceden. En ese momento la aparición de nuevas relaciones impone una dinámica nueva, capaz de servir al nuevo nivel alcanzado de las fuerzas productivas. Un choque de este tipo dio lugar al nacimiento del capitalismo. Ahora bien, la mayor parte de estas colisiones descomunales no arrojan este resultado. Normalmente se trata de un resultado de compromiso, un empate, para retomar la metáfora futbolística: las relaciones se reestructuran para hacer posible un nuevo crecimiento en sus límites; las fuerzas productivas retroceden momentáneamente para volver a expandirse luego. Pueden darse resultados completamente negativos, como el derrumbe total de una sociedad y la destrucción completa de las relaciones y las fuerzas, como fue la caída del Imperio Romano.

En el capitalismo, un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas muy elevado en relación al feudalismo (desde donde emergieron las relaciones capitalistas), coincide con un conjunto de relaciones que no sólo soporta ese nivel de fuerzas productivas, sino que además las empuja constantemente hacia adelante. Hasta ahora, lo que hemos visto en este juego relaciones-fuerzas bajo el capitalismo han sido empates: las fuerzas productivas han chocado repetidamente contra las relaciones de producción (eso y no otra cosa es una crisis) y el resultado ha sido un reacomodamiento de las relaciones de producción y un retroceso (momentáneo) de las fuerzas productivas. Digo momentáneo porque la salida de cada crisis implica una nueva etapa de crecimiento que vuelve a proyectar sombras de crisis hacia el futuro. Las relaciones vuelven a impulsar el desarrollo de las fuerzas, pero ahora partiendo de un

nivel más elevado: como las relaciones han debido llegar a una transacción con la realidad, las fuerzas no han sido forzadas a volver a cero. Entonces la historia ha avanzado, pero no en forma de onda sino de espiral; en cada etapa de crecimiento las fuerzas productivas han chocado con las relaciones de producción, las primeras han retrocedido y las segundas se han readaptado. El resultado es que la nueva etapa arranca un nivel más arriba. Lo que significa que la próxima crisis tendrá una magnitud mayor, que el próximo choque será más violento y que aumentarán las posibilidades de que sean las relaciones las que pierdan y comience otra realidad (el socialismo, sí, claro…).

Reordenemos todo, entonces, a partir de esta idea. El mecanismo que desencadena la crisis en la sociedad capitalista es la caída de la tasa de ganancia por el aumento de la composición orgánica del capital (el mecanismo real que desencadena la crisis es, en realidad, un poco más complicado porque incluye una relación dialéctica entre la tasa y la masa de ganancias, pero para lo que aquí queremos resulta una sofisticación inútil). Durante la etapa de crecimiento la competencia lleva a los capitalistas a invertir, aprovechando las elevadas tasas de ganancia. La propia competencia lleva al incremento de la composición orgánica que va minando la tasa de ganancia. En el punto culminante comienza la crisis porque la tasa de ganancia no alcanza para sostener las empresas en funcionamiento rentable. La burguesía, pues, deja de invertir productivamente y comienza a girar sus capitales hacia otras esferas que ofrecen una rentabilidad mayor, una de las cuales es el campo de finanzas; para sostenerse en la competencia los capitales deben hacer crecientes inversiones, lo que los lleva a pedir créditos. Cuanto más desesperada sea su situación, mayores serán los créditos, más riesgosos y, por ende, a tasas más altas. El resultado es que la rentabilidad financiera tenderá a crecer por encima de la ganancia productiva. Consecuencia: los mismos capitales productivos abandonarán la producción para pasarse a las finanzas.

Comienza allí la "economía casino". La superabundancia de capitales financieros que debe arriesgarse en empresas

crecientemente endeudadas busca salida en operaciones cada vez más riesgosas, como los préstamos a los gobiernos que, a la vista de la crisis, han ido subvencionando los capitales productivos nacionales a costa de un creciente déficit público. Dicho déficit sólo puede sufragarse con nuevos impuestos que llevan al achicamiento de los mercados y, por ende, a una intensificación de la crisis. Como el crédito abunda, los Estados pasan a financiarse vía deuda, lo que impulsa una vez más las tasas hacia arriba. Por otro lado, la larga fase de crecimiento ha alentado el desarrollo de la especulación bursátil, que presupone que siempre las acciones estarán en alza. Como los especuladores mismos alientan el alza comprando las acciones, éstas continúan creciendo más allá del momento en que lo hacían sostenidas por el crecimiento real de la economía. En este punto el valor de las acciones deja de representar riqueza nueva y la economía en su conjunto comienza a flotar, como las burbujas, en la corriente de especulación que tan bien describía Keynes. Cuando este proceso avanza lo suficiente, la economía se desploma: las acciones caen, los bancos se funden, las empresas productivas cierran y se abre la desocupación en masa. Las fuerzas productivas desarrolladas en la etapa de expansión comienzan a destruirse a gran escala. En este momento debe comenzar la reestructuración o la destrucción de las relaciones de producción, que hasta este momento han impulsado el crecimiento de las fuerzas.

Si se produce lo más común hasta ahora: el empate, las fuerzas productivas retrocederán por un largo período, lo que significa que la desocupación y la crisis social que la acompaña durarán mucho más allá de lo pensado. Serán años y años de miseria y malas noticias. ¿Cuántos? No puede saberse porque la salida de la crisis depende de una serie de resultados políticos favorables a la burguesía. Para recuperarse de la crisis el capitalismo tiene que hacer que la tasa vuelva a subir, de lo contrario no habrá inversión productiva posible. ¿Cómo se logra esto? Primero, recreando el mercado: en la etapa de expansión muchos capitales compiten ocupando con sus productos el mercado. Dado que el mercado se achica, hay que hacerlo crecer otra vez. Una forma es desocuparlo

de competidores: concentración y centralización de capitales. Para ocupar porciones crecientes del mercado, los capitalistas en mejores condiciones (los más grandes, los menos endeudados o los con mayor capacidad de endeudamiento) compran y fusionan capitales gigantescos. Menos empresas más grandes. Al mismo tiempo, estos nuevos capitales gigantescos proceden a depurarse y relanzarse. Se depuran porque cada fusión y compra permite ahorrar costos innecesarios; de allí el tendal de empleados administrativos que resultan expulsados luego de la compra-fusión. Es una forma de aumentar la tasa de ganancia vía reducción del trabajo improductivo, es decir, del trabajo no productor de plusvalía.

Todo el gigantesco proceso de reestructuración de las líneas gerenciales que muestra Anthony Sampson en su estudio es, aunque él no lo sepa, un momento en este proceso de disminución del peso del trabajo improductivo para recuperar el nivel de la tasa de ganancia. De la misma manera que se depuran de la grasa excesiva del trabajo improductivo, las empresas se relanzan reestructurando líneas enteras de producción, relocalizando otras y cerrando las que sobran y restan eficiencia. Al mismo tiempo, la nueva magnitud del capital reunido habilita para encarar proyectos de revolución tecnológica a mayor escala, entre otras cosas porque la capacidad de endeudamiento se expande en la misma magnitud que el capital fusionado. La revolución tecnológica consecuente abarata la producción del capital constante, lo que significa aumento de la tasa de plusvalía. Un aumento similar se consigue porque la crisis ha bajado el precio de las subsistencias, tanto por la revolución en la producción como por la abundancia de las materias primas, con lo cual el costo salarial se reduce (plusvalía relativa).

No sólo las subsistencias abaratadas permiten relanzar la tasa de ganancia. También el abaratamiento de materias primas de particular importancia, ya sea porque la revolución tecnológica ha logrado nuevas y más abundantes fuentes o porque hemos conquistado militarmente esa fuente (¿le huele a petróleo, a la familia Bush, a la guerra del Golfo, a la de Afganistán, a la segunda guerra contra Iraq? Será que tiene buen olfato…). Pero uno de los

elementos centrales aún no ha sido mencionado: el aumento de la tasa de explotación de los trabajadores; menos trabajadores que producen menos plusvalía puede compensarse con menos trabajadores que producen más plusvalía. La caída de los salarios en forma permanente, o sea, la redefinición del valor de la fuerza de trabajo en sus componentes histórico-sociales, más el alargamiento de las horas de trabajo (es decir, aumento de la plusvalía absoluta), más intensificación de los ritmos de trabajo (más plusvalía absoluta) llevan a tasas de explotación creciente y de allí a la expansión de la masa y la tasa de plusvalía.

Como ya vimos, Marx llama a todos estos mecanismos "contratendencias" de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Ellas ponen a la tasa de ganancia en condiciones de permitir una nueva fase de expansión. Hasta la próxima crisis. Todo parece muy sencillo y fácil y, sin embargo, presuponen las más terribles experiencias en la historia de la humanidad. Además, como la tasa de ganancia fatalmente tiende a cero, tarde o temprano el capitalismo se agotará en una crisis final. Suena apocalíptico... Y lo es. Las más brillantes especulaciones de la ciencia ficción contemporánea, empezando por *Terminator*, constituyen verdaderos recuerdos del futuro de un sistema social que no puede sino acabar en medio de catástrofes inimaginables. Todo el problema de los socialistas consiste en detener una máquina que se dirige, de cabeza y a ciegas, hacia el abismo. ¿No me creen? Veamos...

6. Globalización e imperialismo: Nafta, CEE, Mercosur, ALCA, petróleo, nazismo y fascismo

Estamos ahora en condiciones de seguir la historia de la sociedad capitalista en el marco de una palabrita muy de moda en estos días: la "globalización". ¿Caen los precios de materias primas? ¡Globalización, hombre! ¿Avanza la desocupación en el mundo? ¡Globalización, mujer! ¿Crisis del trabajo? ¡Globalización, niño! Todo tiene que ver con globalización, la última explicación de la economía apologética (y de la crítica muchas veces también, por desgracia) a la crisis capitalista. Pero ésta es una explicación de patas cortas. En principio,

no hay ninguna novedad en relación con la historia capitalista. El capitalismo nace globalizado, como un fenómeno mundial. El capitalismo nace como un resultado simultáneo de la lucha de clases en el campo inglés y los primeros hechos que marcan la aparición del "mundo": las cruzadas, la conquista de América, la colonización temprana de África y Asia (como se ve, buena parte de las cosas por las que la Iglesia y su papa creen que tienen que pedir perdón 400 años después, curiosamente, sin dejar de hacer hoy lo mismo que antes, como pedir por la "humanidad" de Pinochet). Lo cierto es que desde el siglo XVI, fecha de su nacimiento, no hace otra cosa que expandirse permanentemente. Digámoslo así: la globalización es tan vieja como el capitalismo. En última instancia, esto que vemos hoy no es más que otra vuelta de tuerca de un viejo movimiento, una nueva vuelta de tuerca "engelsiana". Por lo tanto, vincular la crisis con la globalización como novedad no responde a la historia real. Exactamente al revés: la globalización no es la causa sino la consecuencia de la crisis. Y como ya vimos, la crisis tiene que ver con el descenso de la tasa de ganancia. La "globalización" es una expresión del estancamiento de la tasa de ganancia.

Si uno observa la historia del capitalismo se encuentra que este sistema social ha vivido ya varias crisis generales. Existe un debate acerca de cuál es la primera "onda larga" o, como me gusta a mí, la primera "vuelta" de la espiral capitalista. Se suele ubicar en torno a 1848, culminando en una crisis social de envergadura en la fase más depresiva de la curva. La resolución de la crisis fue relativamente rápida porque la clase obrera, aún poco desarrollada y limitada a dos o tres países europeos, podía ser derrotada fácilmente; sobre todo si la burguesía podía movilizar en su contra a vastas capas pequeño-burguesas y campesinas. La represión de la clase obrera dio lugar a una larga fase de reestructuración capitalista, en medio de un gigantesco salto adelante de las fuerzas productivas. La fase expansiva que le sigue, entonces, se prolonga hasta la década del setenta. Ésta se inaugura con la Comuna de París y la represión consecuente. El ciclo se invierte en una fase de represión que llega hasta 1890. El imperialismo, esa gran oleada de globalización que

arrancó hacia 1880, fue la forma efectiva de escapar a una tasa de ganancia decreciente.

La larga expansión que le siguió alcanzó hasta la Primera Guerra Mundial. En cada una de estas fases el capitalismo alcanza nuevos niveles, tanto en profundidad como en extensión. La revolución industrial, tanto en su primera como en su segunda fase, no son más que momentos en los que el capitalismo alcanza la fase de gran industria en ramas claves de la economía. Al mismo tiempo, el mercado mundial se expande incorporando nuevos países a su órbita, algunos de manera más o menos pacífica, como América Latina, y otros de manera decididamente violenta, como los de África o Asia. El tamaño que el capitalismo tenía ahora, a pesar de las enormes oleadas de destrucción de fuerzas productivas que cada crisis provocó, hacía palidecer todo lo conocido hasta entonces. El capitalismo era ya un sistema mundial no sólo unido por relaciones mercantiles, sino por el desarrollo de verdaderas relaciones capitalistas en cada país. De hecho, el capitalismo creó los "países" tal cual los conocemos hoy. Los primeros "mercados comunes" y "áreas de libre-comercio" fueron los Estados nacionales. El libre cambio fue la ideología dominante de una época en la que un capital y una burguesía eran dominantes. Aquellos países en los cuales la "apertura" y la "desregulación" podían poner en peligro a su burguesía se defendían con diversas formas de "proteccionismo", como Alemania, Italia o EE.UU. (donde hasta 1913 el promedio de aranceles sobre las importaciones fue siempre cercano a 50% y aún más para el hierro, el acero, el tejido de algodón y otros).

Esos espacios fueron a la guerra repetidas veces por una razón sencilla: la guerra es la forma final de la competencia. Todo capital necesita expandirse, revolucionar permanentemente la ciencia y la técnica, acumularse a escala ampliada, de modo que requiere mercados. Los primeros mercados son los más a mano, los propios: la población rural (campesinos en su mayoría) pero también urbana (los artesanos) constituyen un mercado potencial. Digo "potencial" porque para que "entren" de lleno al mercado es necesario proletarizarlos. ¿Por qué? Porque un campesino produce

menos "mercado" que un obrero. En apariencia parece lo contrario, porque un campesino suele tener mejor nivel de vida que un obrero (no todo campesino y no todo obrero, se entiende). Pero el asunto es simple; toda la vida de un obrero pasa por el mercado, en tanto debe comprar casi todo. Un campesino tiene muchos recursos para asegurar su subsistencia sin acudir al mercado, tanto para alimentos como para alojamiento y vestido. Todo eso no pasa por el mercado. De allí que la proletarización creciente de campesinos es una forma de expandir el mercado. Lo mismo sucede, aunque en menor escala, con la pequeña burguesía y el artesanado urbano.

Pero aquí no acaba el proceso por el cual los mercados crecen en tamaño. La acumulación originaria lo hace crecer en extensión, pero hay otra manera de hacerlo, en profundidad, aumentando la división del trabajo social. Si aumenta la productividad del trabajo en una rama —la agricultura, por ejemplo—, los obreros gastarán proporcionalmente menos en alimentos, por lo cual podrán comprar otras cosas que antes no entraban en su canasta. Si estas otras cosas a su vez se abaratan también hasta entrar en la capacidad de compra del obrero, bingo… Nuevos mercados han sido creados. Pero si con esto no bastara (y llega al punto en que no alcanza), hay otro método: invadir *comercialmente* mercados ajenos. Pero las burguesías de esos Estados intentarán hacer lo mismo. A la corta o a la larga, los contendientes tratarán de "hacer trampa", llamando a sus hermanos mayores al ruedo (los Estados). Es aquí donde la competencia da un salto de nivel; ahora toda la sociedad, a través de subsidios estatales, ha entrado en competencia.

Pero los Estados no sólo pueden beneficiar a sus burgueses mediante regalos y prebendas, sino algo más. Si los enemigos se resisten, podrá invadirlos *militarmente*. Si el invadido es débil, habrá quedado incorporado al invasor. Pero los poderosos, que observan este movimiento de su vecino contra un rival más débil, no se quedarán cruzados de brazos, se apurarán a invadir todo lo que se pueda, tenga o no tenga utilidad inmediata, a los efectos de evitar que el primero acapare todos los puestos posibles. Es la historia del imperialismo, la conclusión lógica de la dinámica comercial

que promueve el capitalismo; no es más que un intento de superar los límites nacionales a la acumulación del capital. Se conquistan territorios y se los coloca en producción, se los "moderniza" violentamente y se los pone a la altura de los tiempos, es decir, se los transforma en capitalistas a la fuerza. Los capitalistas nacionales son destruidos o subordinados, lo cual no hace más que demostrar en qué consiste el imperialismo: una gigantesca oleada de concentración y centralización del capital a escala mundial, operada por medios más violentos que los usuales.

La "globalización" actual repite los procesos anteriores: la creación de los Estados nacionales que se adornó con ideologías nacionalistas; el reparto del mundo colonial que asumió la forma de "imperialismo"; la formación de "esferas" de influencia económica que precedió a la Segunda Guerra Mundial y que se justificó como "necesidad vital"; la aparición de los grandes bloques de posguerra, en particular la Comunidad Económica Europea. Todos los casos expresan la necesidad de la acumulación ampliada del capital. Por eso son siempre los grandes capitales los más "internacionalistas", porque en ellos se expresa —más que en ninguna otra fracción del capital general— la necesidad de espacios más amplios, acordes con su tamaño.

Durante ciertos períodos (como en la década de 1930) los capitales más grandes se vieron obligados a respetar ciertos límites, aunque siempre encontraron alguna forma de superarlos. Entre 1930 y 1980, por ejemplo, los capitales más poderosos se movieron a través de las fronteras, respetando las reglamentaciones nacionales. Esas reglamentaciones no eran otra cosa que la forma como los capitales más débiles se defendían de la competencia de los más fuertes. La "globalización" actual es un momento en el cual los límites políticos que impedían remover esos obstáculos se han superado: el fin de la guerra fría, el dominio sin contrapesos del capitalismo estadounidense, la subordinación de los nacionalismos del Tercer Mundo, la derrota de la mayoria movimientos insurgentes. Estos eventos políticos permiten acelerar la tarea de remoción conocida como "políticas de desregulación". Se procede, entonces, a recrear grandes

bloques, ahora más grandes que nunca: el Nafta (*North American Free Trade Agreement* o, en criollo, Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte), primer paso para la ALCA (Asociación de Libre Comercio de las Américas), unificó en un solo mercado a México, EE.UU. y Canadá. La CEE se amplía cada vez más para incorporar a toda Europa del Este, Grecia y Turquía incluidas. Más débil en este proceso es el impulso japonés, que encuentra límites en la institucionalización de su dominio en Asia sudoriental.

Estas transformaciones aceleran los intercambios mercantiles y permiten el desarrollo de mayores escalas de acumulación. Así, las exportaciones yanquis a México aumentaron 150% y a Canadá 66%, con la contrapartida de un crecimiento de las exportaciones canadienses y mejicanas a EE.UU. que ha catapultado su déficit comercial con sus socios de 16 mil millones a 82 mil millones de dólares anuales. Estas consecuencias en las alturas comerciales tienen, sobre todo, repercusiones en el mundo de la producción, con la desaparición de las empresas no competitivas en un lado y otro, y con las pérdidas de puestos laborales correspondientes. Sin embargo, ese proceso no es paralelo: las empresas pueden sobrevivir (e incluso desarrollarse) mientras los empleos desaparecen, porque lo que el libre comercio produce es precisamente ventajas del capital sobre el trabajo en general, y de algunos capitales sobre otros capitales. Así, los mayores capitales se llevarán el premio mayor: destruyen capitales débiles y controlan mejor a una población obrera enfrentada a una competencia mayor: masa de ganancias mayor (por acaparar un porcentaje más elevado del mercado) junto con tasa de ganancia más elevada (por aumento de la plusvalía absoluta y relativa). El resultado normal es desocupación creciente, que puede no verse a corto plazo por la tendencia a la creación de empleos, generada a partir de la expansión de los intercambios. También es un resultado normal la subordinación aun mayor de las economías nacionales más débiles que concurren al acuerdo, algo que contradice la teoría liberal, la cual pretende difundir que el libre comercio iguala a las naciones participantes de él; algo que explicaremos más adelante.

Pero llega siempre el punto en que los grandes capitales mundiales no pueden esquivarse más y no alcanza con fagocitarse capitales menores. Es el punto en el cual el mundo imperialista se lanza a la guerra. La batalla se vuelve colosal porque se pelean, obviamente, colosos. Todo el largo *boom* que siguió a la crisis de 1890 y que llegó hasta la Primera Guerra Mundial fue financiado por innovaciones tecnológicas: "fordismo", "producción en serie", "organización científica del trabajo", "taylorismo" son los nombres con los que usualmente se denomina lo que, en esencia, fue el pasaje de la manufactura a la manufactura moderna o la gran industria en muchas ramas de la producción.

Todo ello significó un enorme salto en la productividad del trabajo. Fueron épocas particularmente represivas para con la clase obrera, que salía de la derrota de la Comuna de París. De hecho, hasta la Primera Guerra Mundial el movimiento obrero consumió sus energías en el logro de las ocho horas. El reparto del mundo entre tres o cuatro grandes potencias llevó a nuevos mercados y materias primas baratas. La extensión acelerada de relaciones capitalistas y la revolución de la productividad del trabajo en los países productores de alimentos produjo una baja continua del precio de las subsistencias y, por ende, por plusvalía relativa, a una baja pronunciada del valor de la fuerza de trabajo. Las gigantescas fusiones de capital, la formación de trust y cárteles, la aparición de lo que dio en llamarse erróneamente "monopolios" contribuyó a crear montañas de capital suficiente, como para afrontar las nuevas inversiones monumentales que requerían la construcción de gigantescas líneas férreas, o los grandes cargueros transatlánticos que fueron símbolos de una época dinámica y pródiga para los ricos.

El hundimiento del *Titanic* resultó un signo de los tiempos por venir. Todo esto financió los veinte años de expansión económica que terminaron en 1914 , y que vivieron su canto del cisne entre 1920 y 1929. Los años "locos" fueron la agonía de ese mundo "liberal" que Lenin caracterizó como "imperialismo". Todas estas contratendencias que actuaron para elevar la tasa de ganancia estaban exhaustas hacia 1914, y la tendencia volvió a imponerse con toda

su fuerza. La competencia se volvió mucho más aguda y desembocó en la guerra.

Durante la Primera Guerra Mundial las burguesías más beligerantes fueron las que llegaron más tarde y tienen más problemas porque la porción del mundo que les tocó es más exigua: Italia, Alemania, Japón. Esta guerra resultó la más atroz que se hubiera conocido hasta entonces, una guerra pletórica de invenciones mortíferas para asesinar a soldados virtualmente estancados en las trincheras durante cuatro largos años. Las burguesías triunfantes hicieron pagar a los derrotados la guerra, o sea, la crisis. Pero la magnitud de la destrucción no es todavía suficiente. Las atrocidades de la Primera serán, consecuentemente, superadas por la Segunda Guerra Mundial.

Por su lado, el trabajo no había sido aplastado en la magnitud suficiente como para permitir una recuperación en regla, vía plusvalía absoluta. Al contrario, se había rebelado provocando la mayor oleada revolucionaria de la historia, que no sólo llevó a los obreros al poder en Rusia: Italia, Alemania, Austria y Hungría vivieron la revolución en carne propia. El resto lo hizo con mayor o menor intensidad. Precisamente, donde mayor necesidad de una victoria tenía la burguesía sobre sus competidores extranjeros, más había forzado la mano sobre el trabajo; mayor había sido, en consecuencia, la respuesta obrera.

El resultado de una crisis irresuelta fue su profundización, hecho que se conoció como "crisis del treinta" y que dio paso a la descomposición completa de la economía capitalista. A comienzos de los treinta ya no se trataba de reconstruir la tasa de ganancia, sino el capitalismo mismo. El nazismo y el fascismo en todas sus variantes, en Alemania, Italia, Japón, España y en los países ocupados por alguno de ellos, vinieron al rescate de un capitalismo moribundo. Reconstituyeron el aparato represivo, el conjunto del Estado; concentraron y centralizaron aún más la propiedad y reorganizaron la fuerza militar para intentar una nueva aventura expansiva, y lograr para sus capitales los mercados necesarios. Una nueva

oleada de innovaciones tecnológicas, de racionalización del trabajo y aumento de la tasa de explotación preparó la salida de la crisis.

En casi todos los países el Estado debió asumir el descalabro completo de la economía capitalista, reorganizando el sistema financiero, controlando mercados e interviniendo en la producción de diferentes maneras. A todo esto se le llamó keynesianismo, pero Keynes tuvo poco que ver con los eventos centrales, como la economía nazi o el *New Deal* americano.

Pero aun con toda esta oleada intervencionista, con todo este gigantesco operativo de rescate y represión, todavía era necesario eliminar mucho capital sobrante. Alemania liquidó capitales en todos los países conquistados, destruyó empresas extranjeras o las pasó a manos alemanas. Expulsó población y colocó a alemanes en su lugar. El Holocausto tiene una explicación económica: el asesinato y la muerte de millones de judíos, gitanos, eslavos, negros, homosexuales y comunistas financió la recuperación de la economía alemana por varias vías. Primero, porque liquidó fracciones enteras de pequeña y mediana burguesía, buena parte de la cual era judía. El antisemitismo fue a operar la depuración de capitales sobrantes de la manera más sangrienta y definitiva posible. Segundo, porque la población expulsada liberaba puestos de trabajo y desagotaba la desocupación. Por esta vía, el antisemitismo adquiere una base de masas. Es la forma por la cual capas enteras de pequeña burguesía alemana se salvan de la expropiación y sectores del proletariado salen de la miseria absoluta. Y de paso, la gran burguesía surge incólume a pesar de ser la culpable de lo que sufren proletarios y pequeño burgueses de cualquier tipo y color.

El racismo salvó al gran capital antes que a nadie. En los EE.UU., el *New Deal* fue acompañado de una poderosa regimentación de la clase obrera, sobre todo del liderazgo comunista que estaba surgiendo en el movimiento obrero, mientras las masas de desocupados se dedicaban a cortar rutas (sí, piqueteros, como en Argentina, ¿o usted creía que era algo original?). Pero lo que caracterizó a los años treinta norteamericanos fue la nueva oleada de expropiación de pequeña burguesía, sobre todo rural, algo que el lector

puede ver en novelas como *Viñas de Ira* de John Steinbeck, o en su magnífica versión fílmica de John Ford —preste atención al maravilloso discurso final de Henry Fonda, de una belleza comparable sólo al de Chaplin al final de *El Gran Dictador*.

Sin embargo, ninguna de las medidas "keynesianas" sacó al mundo de la crisis. Era necesaria otra guerra. Los costos humanos y materiales de la Segunda Guerra Mundial hicieron palidecer la Primera, que se consideraba el acontecimiento más atroz que hubiera vivido la humanidad. En la Segunda Guerra Mundial murieron, como consecuencia directa de las acciones bélicas, más de 50 millones de personas; en realidad nadie conoce la cifra real, pero resulta tan obsceno discutir millón más, millón menos, cuando las cantidades de muertos se cuentan por decenas de millones, que no pienso defenderme si alguien dice que exagero y que en verdad se trata de 30 ó 40 ó 25. Lo cierto es que el corazón mismo del capitalismo fue destruido. No ya este o aquel país colonial, sino todas las economías centrales con la excepción de una: EE.UU.

El nivel de devastación en Italia, Francia o España no fue nada comparado con Japón o Alemania. Todo el mundo recuerda las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, pero pocos conocen los bombardeos "alfombra" sobre Dresde: en 1945 un ataque masivo con centenares de bombarderos descargó tantas bombas, que se creó un vacío sobre la ciudad y una ola de fuego la arrasó de punta a punta. Murieron 100 mil personas, tantas como las que mató la bomba atómica en Hiroshima y el doble de las que murieron en Nagasaki.

Sobre esta montaña de masacres se alzó, finalmente, la recuperación del capitalismo de la larga crisis que había comenzado con la Primera Guerra. Todo por la tasa de ganancia. ¿Esto es "racionalidad", asignación eficiente de los recursos? ¿Esto es lo que el capitalismo nos ofrece? ¿Éste es el "progreso" capitalista? Sí, lector. Lamentablemente, sí. Si no le gusta, no busque reformas imposibles; sáqueselo de encima antes de que nos pique (otra vez) y se hunda con todos los que lo soportamos. Porque veinte años después de la mayor carnicería de la historia el mundo vuelve a sumergirse en la crisis, la que hoy estamos viviendo y de la que hablaremos en el último capítulo.

7. Tengo tu veneno (y ya no lo quiero...): la abolición del trabajo

Como hemos dicho repetidas veces (e insistiremos muchas más), el capitalismo no puede reformarse. No tiene dos "lados", el positivo y el negativo, bastando eliminar el malo para quedarse con el bueno. Lo toma o lo deja, como dicen los yanquis. Esto es lo que significa decir que tiene una legalidad inmanente: impuesta la propiedad privada de los medios de producción, el simple funcionamiento del mercado, la competencia, crea las condiciones para la expropiación, la acumulación, la concentración y la centralización del capital, la polarización social, la perpetuación de la existencia de las clases y su reproducción como tales.

Impuesta la propiedad privada de los medios de producción, la creación de una masa de desposeídos es su consecuencia lógica. A partir de allí se deduce el comportamiento del sistema que, como tal, como sistema, parte de decisiones individuales completamente racionales para dar resultados irracionales: los bienes abundan porque las empresas han producido de más, porque han revolucionado los medios de producción, obligadas por la competencia; paradójicamente, porque todo se hace mejor, más rápido y más barato, las ganancias caen en lugar de subir; no menos paradójico es el hecho de que porque aumenta la capacidad productiva, aumenta la desocupación y con ella la miseria, pero todo termina en la paradoja de las paradojas: abunda la comida y abundan los hambrientos, se incrementa la capacidad edilicia y se amontonan los sin techo, aumentan los enfermos al mismo tiempo que se les presta menos atención porque las masas no pueden pagar la medicina. Y así, podríamos seguir horas y horas describiendo los disparates en que termina el capitalismo, porque todo ello está contenido en su lógica de funcionamiento, en su "naturaleza".

Los capitalistas no pueden hacer otra cosa que lo que hacen. Si uno de ellos no quiere competir, otro querrá. Si todos se ponen de acuerdo, aquél al que no le convenga romperá las promesas. La única posibilidad de evitar la crisis sería abolir la competencia, pero eso significa abolir la propiedad privada porque el propietario de los medios de producción no puede determinar el destino de

su propiedad. Aunque en el tercer tomo, cuando defendamos la revolución frente al reformismo, volveremos con más detalle a esta idea, quede dicho ya que el capital no se puede reformar. ¿Ah, sí? ¿Y el estado de bienestar? ¿Y el *New Deal*? ¿Y el peronismo? Ya lo dije: en el tercer tomo.

Sin embargo, lo que sí se puede anticipar ya es lo siguiente: tómese el trabajo de observar el mundo hacia 1900 y compárelo con la actualidad. ¿Jornada de ocho horas? ¿Plena ocupación? ¿Servicios sociales y médicos gratuitos? ¿Planes de vivienda popular? ¿Educación de masas gratuita y de calidad? El capital no respeta nada y cuando lo hace es porque lo han obligado (o le conviene momentáneamente a alguna de sus fracciones). Todos los períodos de "generosidad" del capital han partido de niveles de explotación elevadísimos gracias a la guerra, la represión y las dictaduras más feroces.

Sólo se consiguió "reformar" el capitalismo a fuerza de luchas gigantescas. De hecho, el estado de bienestar (algo que nunca existió) creció a la sombra amenazante de las revoluciones rusa, china, cubana y vietnamita. ¿Y cuánto duró? Habiendo partido de una explosión de la productividad, de materias primas baratas, nuevos mercados y tasas de explotación elevadas, por un lado; y por otro, amenazado por cosas mucho peores que la reforma social (el comunismo, por ejemplo), el capital se las aguantó porque podía y, además, no tenía otra. Pero, en cuanto se le agotaron las reservas y logró controlar la situación social, conteniendo con dictaduras militares la insurrección obrero-campesina en el Tercer Mundo y a los restos de radicalismo pequeño burgués en el Primero con gobiernos "fuertes", se acabó el reformismo. No porque los "malos" hayan ganado, sino porque los "buenos" encontraron un límite en las relaciones de producción: el capital dejó de obtener ganancias. Y sin ganancias no hay capital. En ese punto o se abandona el capitalismo y se busca otro tipo de sociedad, o se mantiene el capitalismo y se aceptan sus reglas. Como el reformismo parte de dar por sentada esta última opción, lo más probable es que quienes ayer hablaban de "combatir" eso se transformen hoy en sus mejores soldados. Piense el lector en el laborismo de Tony Blair, el peronismo de

1945 de Menem, el socialismo francés con Mitterrand o el español con Felipe González. ¿Y qué dicen estos señores? Adivinó: que la "fiesta" se acabó y ahora hay que pagarla. Pero, ¿eso no lo decían los liberales?

Las "reformas" siempre son efímeras. El proceso permanente es otro: concentración de la riqueza, pauperización del trabajador, polarización de clases. Lo veremos más adelante. Digamos ya que el desarrollo de la sociedad capitalista produce una concentración de la riqueza creciente, que empobrece cada vez más al trabajador y que divide cada vez más profundamente la sociedad en dos clases antagónicas. Pero querido lector, no desespere. Como ya dijimos, el progreso capitalista es contradictorio. El capitalismo deja a largo plazo otras opciones, en especial la abolición del trabajo.

¿Qué es la abolición del trabajo? Algo muy sencillo: el aumento permanente de la productividad del trabajo va haciendo que cada objeto producido contenga cada vez menos cantidad de trabajo humano incorporado. Lo que significa, en concreto, no sólo que se puede eliminar el trabajo penoso, sucio o peligroso, sino que *se puede eliminar el trabajo mismo*… ¿Nunca se encontró en el colectivo o en el tren con un vendedor ambulante que lo tienta con "unamagníficaagendaensímilcuerofinamentetrabajada(pausa)quellegaaustedenunaofertaespecialporrematedeaduana (otra pausa) acompañadade (larga serie de ofertas paralelas incluidas) yconunaprácticacalculadoraelectrónicaderegalo (pausa triunfante)". Es más, yo ya no compro calculadoras porque me las regala mi mamá que, como nunca sabe qué regalarme, aprovecha ofertas como ésta. La calculadora como tal es tan barata que, como la vieja Bic, ahora es una excusa para vender otra cosa. Lo peor es que se me acumulan porque por lo general no tengo muchas cuentas que hacer; no se les gasta la pila y cambiarla sería más oneroso. De modo que lleno la agenda, compro otra y amontono calculadoras. Bien, hace unos treinta años no era sencillo tener una. Eran enormes y usaban unas pilas tamaño linterna de *boy scout*. Cuando una calculadora puede regalarse es porque ya no vale nada, es porque la productividad del trabajo ha aumentado tanto que la cantidad de energía humana utilizada en su

fabricación es casi nula. No es simplemente porque viene "de remate de aduana", sino porque en su factura se ha abolido (parcialmente) el trabajo. En el tercer tomo desarrollaremos con detalle esta idea, pero como usted es impaciente le doy un último ejemplo: en las sociedades pre-capitalistas hacían falta unas 5.500 horas de trabajo para producir 2.722 kilos de trigo. ¿Y qué? Que en EE.UU., hacia 1800, la cifra había bajado a 373 horas, a 108 en 1900 y a 10 en 1970. Un obrero norteamericano debía trabajar cuatro horas para comprar un kilo de pan en el siglo XVIII y 10 minutos hacia la época en la que "Los Beatles" se estaban separando por culpa de Yoko Ono (según mi mamá). ¿Y hoy? Se caería de espaldas... Por eso, mejor espere a la tercera parte.

Entonces, ¿por qué trabajamos cada vez más? Porque el capital necesita ganancias. Si un capitalista compra una máquina que hace el trabajo al doble de productividad, tiene dos opciones: o deja a la mitad de los obreros desocupados o cada uno trabaja la mitad. En cualquiera de los dos casos el precio final permanecerá igual (dejemos de lado el problema del encarecimiento del capital constante, que no altera demasiado el asunto). Se trata de más ganancias para los capitalistas o más tiempo libre para los trabajadores. Usted ya sabe lo que elegirá el capitalista porque es lo que ha venido eligiendo desde que el capital es capital. Pero una sociedad basada en otros criterios podría, tranquilamente, decidir que lo correcto es reducir la jornada de trabajo. Llegaríamos al punto en el cual el trabajo humano desaparecería o quedaría reducido a niveles irrisorios. ¿Y entonces? ¿Qué hacemos? Disfrutar, hombre, disfrutar. Las mujeres también, por supuesto. Y ahora, mientras le entra el sueño, deja este libro sobre la mesa de luz y se dispone a cerrar los ojos; le propongo el último esfuerzo del día: sueñe que entra a trabajar a las diez de la mañana (en lugar de las ocho), que el trabajo queda a unas pocas cuadras de su casa y que la jornada dura sólo cuatro horas. Que se levanta tranquilo, sin despertador; que se toma unos buenos mates charlando con su familia y sale luego despacito y sin apuro. Sueñe también en todas esas cosas que haría luego de volver a casa, a eso de las tres de la tarde, con todo el resto

del día por delante… ¿Al parque, a jugar a la pelota un rato con los chicos y de paso bajar la pancita? ¿Pasa por el bar a "debatir" las jugadas del último heredero del Diego? Apúrese, que viene su clase de literaturas escandinavas, ahora que se le ha dado por esas cosas extrañas, usted, un mecánico… Mire que le queda tiempo, así que a eso de las veinte puede irse al cine con la patrona, no se haga el oso. ¿Cenarán afuera? ¿Volverán caminando mientras ella le explica los secretos del universo estelar que aprendió en los cursos informales de la universidad, mientras usted cuidaba a los chicos (y al perro, obvio) como hace día por medio? Sueñe, lector, sueñe. Sueñe con guitarras y canciones; sueñe con largas caminatas por la ciudad que se duerme, con un amanecer rojo a orillas del río. Sueñe, lectora, sueñe. Vale la pena... Porque es posible, si se … zzzz… tienen ... felices … zzzz … sueños… zzzzz …

Resumen

El capitalismo tiene una *legalidad inmanente*. Esa legalidad es impuesta por la *competencia* de propietarios privados en el mercado. Dicha competencia lleva todo el tiempo a disminuir el *valor* de los bienes, al disminuir la cantidad de *trabajo humano* necesario para fabricarlos, incorporando tecnología. Las innovaciones tecnológicas provocan el aumento de la *composición orgánica del capital*, lo que lleva a la *caída tendencial de la tasa de ganancia*. La tendencia decreciente de la tasa de ganancia tiene contratendencias que frenan momentáneamente la acción de la ley: la conquista de *fuentes baratas de materias primas*, el aumento de la *explotación* del trabajo, el *abaratamiento del capital constante*, la *reducción* del valor de la fuerza de trabajo, la *concentración y centralización del capital* y la disminución del *trabajo improductivo*. Estos fenómenos generales tienen su concreción en hechos históricos recurrentes, porque la sociedad capitalista se desplaza a lo largo del tiempo describiendo una *espiral*. Cada crisis capitalista, si se resuelve a favor de los capitalistas, eleva la *magnitud* de los fenómenos en consideración: el capital es cada vez mayor, sus potencias se multiplican pero la magnitud de las catástrofes que provoca también.

Para salir de la crisis del treinta el capital requirió *dos guerras mundiales y el nazismo*. El capitalismo no se puede *reformar*. Sólo se puede tomar sus resultados para utilizarlos en otra sociedad que transforme la *abolición del trabajo* en *tiempo libre*.

Bibliografía

Indudablemente, lo mejor que puede hacer el lector si quiere profundizar lo explicado en este capítulo es encarar de firme la lectura de *El Capital*, sobre todo el capítulo sobre la ley de la tendencia decreciente y sus contratendencias. Si este texto todavía lo asusta, métale con algún resumen sencillo, como la ya citada *Introducción a la economía política*, de Salama y Valier. Al lector más atento o más preocupado por estas cuestiones le vendrá bien *Valor, acumulación y crisis,* de Anwar Shaikh. Los tres tomos del *Tratado de economía marxista*, de Ernest Mandel, son muy útiles, igual (y más fácil de conseguir) que su *El capital, cien años de controversia en torno a la obra de Karl Marx*, *El capitalismo tardío o La formación del pensamiento económico de Marx***.** En el mismo sentido vale leer, de David Harvey, *Los límites de capitalismo y la teoría marxista*. Las *Teorías de la plusvalía*, de Marx, lo ayudarán con el devenir de las ideas económicas. Una variante más actual sobre el mismo tema es *Teorías del valor y la distribución desde Adam Smith*, de Maurice Dobb (no se pierda su clásico *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, ¿ya se lo dije?). Sobre keynesianismo y otros macanazos por el estilo, tiene el *Marx y Keynes*, de Paul Mattick o, de mi amigo español Diego Guerrero, *Historia del pensamiento económico heterodoxo*. El lector más puntillo no debería dejar de leer dos joyas de la literatura marxista: *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*, de Isaak Rubin y, si el inglés es su fuerte, la *Historia del Pensamiento Económico* y *Génesis y estructura de El Capital de Marx*, de Roman Rosdolsky. Este último trabajo lo introducirá a los *Grundrisse*, un conjunto enorme de borradores para *El Capital,* en los que Marx volcó una gigantesca cantidad de ideas, a cual más interesante.

CAPÍTULO V

El trabajo no es salud
(¿De qué se muere la gente?)

Van Helsing estaba sentado junto a la cama y la observaba atentamente.
La cinta de terciopelo le cubría nuevamente la señal roja.
Le pregunté al profesor en voz baja:
—¿Qué opina de esa señal roja de la garganta?
—¿Y usted?
—No se la había visto hasta ahora—contesté y luego procedí a quitarle la cinta.
Exactamente encima de la vena yugular había dos perforaciones; no eran grandes, pero no tenían buen aspecto. No se veía que estuviesen infectadas; sin embargo, tenían los bordes blancos y destrozados, como triturados. Inmediatamente se me ocurrió que esta herida, o lo que fuese, podía ser la causa de tan abundante pérdida de sangre....

Bram Stocker, *Drácula*

Pobrecito el albañil,
de un andamio se ha caído
y una pata se ha rompido,
¡pobrecito el albañil!

¿Autor? (A mí me lo cantaba mi papá)

Paso una vida sencilla,
como es la del pobre pión,
madrugón tras madrugón
con lluvia escarcha o pampero…
a veces me duelen fiero
los hígados y el riñón.
Atahualpa Yupanqui

El capital se vuelve audaz si la ganancia es adecuada. Con el 10% asegurado, se lo puede colocar por doquier; con el 20% se torna vivaz; con el 50%, positivamente temerario; por un 100% pisotea todas las leyes humanas y por un 300% no existe ya crimen al que no se arriesgue, aun bajo el peligro del patíbulo.
Thomas Dunning, citado por Marx en *El Capital*

Ya avanzamos bastante en nuestro viaje. Hemos visto qué hay detrás de la aparente igualdad del mercado. Tenemos en claro quién es el que manda, sobre quién y para qué. Sabemos ya quiénes son los que obedecen, a qué vida están obligados y cuáles son los medios por los cuales se incrementa esa dominación. También vimos cómo esa dominación se despliega en el tiempo, cuál es su dinámica y sus límites. Aunque nuestro amigo Conde —disfrazado de lector escéptico— nos persigue a todo lugar a donde vamos, tratando de convencernos y/o confundirnos todo el tiempo, hemos logrado sobrevivir a las tempestades de ese mar en perpetuo movimiento que es el capitalismo. Pero, antes de abandonar esta primera etapa "económica" de nuestro viaje, debemos echar una mirada a las consecuencias humanas del desarrollo capitalista. No vamos a hablar de todo lo que podríamos porque sería un libro interminable. Vamos a limitarnos a tres temas importantes: la *salud*, la *alimentación* y la *educación*. Veremos qué hace el capital con las necesidades elementales de las masas, tratando de demostrar, sobre la base de lo que ya conocemos, que la única solución posible para los grandes problemas de

la humanidad comienza con la destrucción de la sociedad capitalista. Como los capitalistas se defienden echándole la culpa de todo a algo llamado *pobreza*, vamos a examinar primero en qué consiste, demostrando que no es la causa de los "males" sociales, sino la suma de todas las formas en que se expresan las contradicciones de la sociedad capitalista.

1. Necesidades sociales y vicios privados (o cómo explica la burguesía los males del mundo)

Todo es negocio. A esta altura debiéramos tomarlo como una afirmación más que obvia. La satisfacción de las necesidades sociales más elementales, también. Y sobre todo —digo "sobre todo" porque, como dicen los economistas burgueses: los bienes de "primera necesidad" son "poco flexibles"—, uno puede dejar de comprarse un auto, cancelar el cable o no hacer turismo, lo que no puede es dejar de comer, de vestirse, de tener un techo, de curarse. Está claro que uno puede comer menos, buscar alimentos de peor calidad o ambas cosas. También está claro que uno puede vestirse con harapos, vivir bajo una autopista usándola como techo y confiar en curanderos gratuitos o en la bondad divina. Aun así, no puede dejar de realizar esas actividades. Por ende, son poco "flexibles" a la baja: aun cuando los precios aumenten uno debe seguir comprando esos bienes. Por eso sus precios tienden a subir fácilmente: una extorsión en toda la regla que es presentada como una "ley" ineludible, natural, del mercado. Que es una ley del mercado, no hay dudas. Que podemos elegir otro "legislador", tampoco.

En efecto. Aun los más ardientes defensores del capitalismo reconocen que el Estado debiera ocuparse de algunas cuestiones mínimas: la salud (de los pobres), la educación (de los pobres), la vivienda (de los pobres). ¿Y por qué estos señores se vuelven tan generosos de repente? En primer lugar, ocuparse de cuestiones elementales de aquellas personas que no cuentan en el mercado sencillamente porque no compran no constituye ninguna hazaña de la solidaridad. No son una molestia a la acumulación de capital. Al contrario, los gastos estatales en esos sectores de baja o nula

rentabilidad capitalista son de los negocios más importantes. Además, esa gente se puede enojar y llegar a creer que el capitalismo no es un buen sistema para ellos. Pero, sobre todo, lo que más temen los capitalistas es la indignación de todo individuo bien pensante ante las consecuencias de la mercantilización de las necesidades elementales: que alguien muera por no tener dinero, sobre todo si es niño, causa una impresión política peligrosa.

La teoría de las desgracias personales es la explicación preferida por la burguesía cuando se trata de dar cuenta de los problemas de la gente común. Todo es una "desgracia": si uno se enferma, si uno pierde su casa, si uno debe abandonar el colegio. No es la única ni la más descarada, pero sí es la más común: "unos nacen estrella y otros nacen estrellados", dice el dicho popular. De raíz católica, la idea de que las "cosas pasan porque tienen que pasar", que fue el destino, que la vida ya está escrita, etcétera, es muy funcional al capitalismo. Tiene una parte de verdad: si uno nace obrero, ha nacido estrellado y no hay mucho que hacer, salvo que uno discuta la causa del "destino", y como el destino es algo que siempre se ha encargado a los dioses, la convicción de que el orden humano es producto de las relaciones que unen a los seres humanos y nada más es inmediatamente hereje, es decir, subversiva. Porque lo que el marxismo defiende es que los dioses no existen y el destino tampoco, que hasta la muerte es evitable. "Muchacho, se te ha ido la mano", dice mi lector escéptico. "Por más que uno quiera", agrega, "morir, hay que morir". Bien, no me queda del todo claro por qué hay que morirse, pero lo que sí tengo bien entendido es que no hay por qué hacerlo en cualquier momento. Que la muerte se puede postergar, que se puede alargar la vida. ¿Si hay personas que viven cien años, por qué aspirar a menos? ¿Y por qué no aspirar a una buena vida? Hemos venido al mundo a sufrir y padecer, dice la Iglesia, de donde se deduce que la fiesta viene después. No es que no le crea, pero prefiero asegurarme. Además, si otros la pasan bien, no veo por qué no yo.

Las causas por las cuales la Iglesia sostiene esta visión miserable de la vida humana se hunden en la función justificadora del

orden existente que siempre ha tenido. Coincide con la ideología capitalista de la resignación ante la muerte, que se ha expresado magníficamente bien en algunas películas hollywoodenses de los últimos años (recuérdenme que les hable algún día de *Patch Adams*, *La muerte te sienta bien*, *Sueños* y *El hombre bicentenario*, impulsoras todas de la idea de que la muerte es algo necesario y que hay que dejar de luchar contra ella). Lo que podemos afirmar aquí es que la muerte no es un resultado de desgracias, de hechos sin causa. Todo lo contrario, tiene un causante y, por lo tanto, un culpable. Sí, ya sé, el capitalismo, dice mi lector ya cansado de discutirme o tal vez convencido de la veracidad de esta manía mía de achacarle todo a las relaciones sociales en las que vivimos. Una manía monocausal, como todas las manías.

Pero no por eso menos cierta: el capital busca ganancias. Ha hecho del sostenimiento de la vida humana sobre la tierra una fuente de ganancias. Vivir en un mundo capitalista quiere decir que todas las necesidades humanas sólo pueden satisfacerse a través del tamiz de esas relaciones capitalistas. Pero un tamiz deja pasar algunas cosas y otras no. La trama del tamiz es la ganancia capitalista: todo lo que produce ganancias, pasa, se satisface; lo que no, no. Y no tiene que ver con la urgencia de la "necesidad", con lo "necesario" de la necesidad, con lo imprescindible de lo que se requiera para satisfacer una "necesidad" urgente y "necesaria". No. Tiene que ver directamente con la capacidad de compra. El capitalismo no satisface todas las necesidades humanas ni las de todos los seres humanos, sino aquellas que son rentables. Sólo atiende a la demanda solvente. ¿Y el que no puede? Que se muera o que lo atienda el Estado (pero sin aumentar los impuestos, porque eso es comunismo).

Así, todos los problemas de la vida humana se explican por la forma social como dicha vida se realiza. Y debido a que vivimos en el capitalismo, es el capital el que debe rendir cuentas por los males que causa. Como la burguesía intenta dar respuestas un poco más serias que la teoría de las desgracias personales o del destino, nos

obliga a tenerlas en cuenta. La causa más aducida es la pobreza. La falta de condiciones elementales de vida, los problemas de la salud, de la educación, el hambre, etcétera, son el resultado de la pobreza, que es identificada con la insuficiencia de desarrollo capitalista. Los pobres existen en aquellos lugares alejados de la mano del mercado, donde la economía "moderna" no se ha desarrollado. La pobreza es, entonces, algo ajeno al capital; algo que "ya estaba allí" antes de que el burgués llegara. Examinemos el asunto de cerca.

Una gruesa línea negra

Primero midamos el fenómeno (si es que existe). Según el Banco Mundial, en el documento *Global Economic Prospects and the Developing Countries, 2001*, para esas fechas la población que vive con menos de un dólar por día rondaba los 1.200 millones de personas, mientras que la que vivía con menos de dos, unos 3.000 millones. En porcentaje de la población mundial, esto es entre un tercio y la mitad, respectivamente. La peor parte se ubica en el sur asiático y el África sub-sahariana (47% y 27% respectivamente a 1 dólar y 40 y 18% respectivamente a 2 dólares). África del norte y Medio Oriente tienen las cifras más bajas, igual que Europa oriental y Asia central. En el medio, América Latina. De Europa occidental, los EE.UU. y Japón no se dice nada, algo muy significativo. El índice de población por debajo de la línea de pobreza arroja los mismos resultados: las mismas regiones encabezan el *ranking* en el mismo orden, con 48% y 40%, respectivamente. Otra vez, el mismo orden en los más bajos niveles: Medio Oriente y África del norte con 2,1%, Europa oriental y Asia central con 3,7; América Latina con 12,1 y Asia oriental y Pacífico con 14,7. El promedio general da 23,4%. Ése es todo el problema: medido a escala mundial, el drama de la pobreza es algo que afecta sólo a un cuarto de la población mundial.

Una gran mentira, tan enorme como el mundo. En efecto, la "línea de pobreza" del Banco Mundial expresa en realidad la pobreza, por no decir la miseria, de la metodología aplicada por sus "técnicos". En efecto: según estos personajes, los pobres del mundo son los que viven con menos de 1 dólar por día. Como hasta estos señores son

capaces de dudar de sus “métodos”, se ofrece la posibilidad de que en algunas regiones del mundo el registro de 2 dólares por día sea más fiable. Piense, estimado lector, lo que esto significa: en Argentina de la Convertibilidad, es decir, antes de la devaluación, los jubilados y pensionados con la jubilación mínima no eran pobres porque ganaban 150 pesos o sea, 5 veces más de lo necesario para caer fuera del mundo de la pobreza (30 dólares mensuales, a uno por día). Eso en un momento cuando la canasta básica se ubicaba muy por encima de los 1.000 pesos mensuales. “Bueno, muchachito, el problema era de Argentina que tenía el dólar sobrevaluado”.

Bien, al momento de escribir esto, julio de 2005, el dólar se ubica a 3 pesos. La medida de un dólar por día (3 pesos) significa que los jubilados argentinos siguen cayendo fuera del mundo de los pobres, porque ganan 300 pesos frente a una línea de pobreza que se ubicaría ahora en los 90 pesos. Fantástico. El Banco Mundial ha logrado dejar fuera del mundo de la pobreza a los jubilados y a los que viven de Planes Trabajar, los piqueteros (que ahora uno no entiende de qué se quejan). ¿Hay pobres en Argentina? Según la metodología del Banco Mundial, no. Ni antes de la devaluación ni después. Eso en un momento cuando cualquier estadística seria indica que la población argentina “pobre” se acerca, si no supera ya, a la mitad del total. Tomemos los 2 dólares diarios y el resultado será el mismo: antes de la Convertibilidad 60 dólares eran 60 pesos, menos de la mitad de una jubilación mínima, que en ese entonces se ubicaba en los 150 pesos. Después de la Convertibilidad, 180 pesos un poquito más que la jubilación mínima. Como los Planes Trabajar siguen en 150 pesos, ahora los piqueteros entran. ¡Aleluya!

El Banco Mundial ha descubierto pobres en Argentina. Subiendo la línea de pobreza *al doble* de su estimación inicial, algunos pobres comienzan a salir a la luz. Pero no muchos: si el piquetero tuviera alguna changuita o cartoneara, juntando 30 pesos más, ya no sería pobre. En la mayor depresión de la historia, según el Banco Mundial, Argentina no tiene pobres. Podemos imaginarnos lo que valen las estadísticas del Banco Mundial para África, Asia y el resto de

América Latina. Así entendemos por qué para estos muchachos no hay pobres en los EE.UU. ni en Europa occidental.

Este indicador burdo, caprichoso, mentiroso, es extremadamente general; no habla del poder de compra ni de la calidad de vida. Además, se limita a tomar los datos de países donde las "estadísticas" tienen una fiabilidad muy escasa. ¿Cuál es la magnitud real de la pobreza en el mundo? Seguro cerca de la mitad, tomando las cifras ridículas del *2 dollars/day*: unas 3.000 millones de personas. Sería interesante conocer la cantidad de personas que vive con menos de 3 dólares por día. En Argentina significan unos 270 pesos por mes, lo que todavía deja afuera a los jubilados con la mínima… ¿Cuántos pobres reales habrá en el resto de América Latina? ¿Cuántos en África? ¿Cuántos en Asia? Ahora sí: ¿cuántos en Europa occidental? ¿Cuántos en EE.UU. o Japón? Nótese que aun las magnitudes ridículas que resultan de la medición del Banco Mundial no dejan de ser impresionantes: sea cual fuere el poder de compra de uno o dos dólares en cualquier lugar del mundo, está claro que hay una enorme porción de la humanidad (cerca de un cuarto a 1 dólar, la mitad a dos dólares) que está alejada de cualquier cosa llamada progreso. Aun tomando por buenas estas cifras y utilizando la marca más baja, se puede sacar una conclusión: el capitalismo no puede sacar de la miseria a una cuarta parte de la población mundial. En 300 años de vida no ha encontrado un mecanismo para evitar la pobreza y para solucionarla.

En su análisis por países, el Banco Mundial abandona la medida *1dollar/day,* y acepta los estándares nacionales, lo cual hace aparecer de golpe pobres donde no los había. Esto constituye todo un disparate y muestra el grado de "seriedad" con el que trabajan estos señores: lo que se registra por un lado es lo contrario de lo que se registra por otro. Para cualquiera, esto obliga a tirar a la basura una medida o la otra. Para el Banco Mundial el principio de identidad no existe, los que sí existen son los pobres… en el Primer Mundo. Siguiendo estándares nacionales, el *US Census Bureau* de los EE.UU. registra, para 1996, 13,7% de pobres en los EE.UU. El *Center for International Statistics*, del *Canadian Council of Social*

Development encuentra, en 1995, 17,8% de pobres en Canadá, mientras el *European Information Service* descubre que el Reino Unido, Italia, Alemania y Francia tienen, hacia 1993, 20%, 17%, 13% y 17% de pobres respectivamente.

Un amigo de esos que uno tiene en todos lados, Michel Chossudovsky, me hace notar que estas cifras por países, al compararse con las de las Naciones Unidas (otro grupo de muchachitos simpáticos, pero poco duchos para las matemáticas) arrojaría el resultado sorprendente de que EE.UU., Alemania, Italia, Canadá, Francia o Inglaterra tienen más población por debajo de la línea de pobreza que Trinidad y Tobago (4,1%), México (10,9), Tailandia (11,7), Colombia (10,7) y Jamaica (12,1). ¿Sorprendente? Sólo para quien algún día le hubiera creído algo a estos fulanos.

Pero entonces, "¡usted me está concediendo que en los países centrales hay menos pobres que en los países 'pobres'!". Sí, lógico. "Bueno, siendo así—insiste el lector escéptico—, dejemos a un lado las tonterías del Banco Mundial. Le acepto que hay muchos más pobres de los que parece. Total, pertenecen a los países donde la economía de mercado es más endeble." Sí —contesto—, pero mire que eso tira los índices mundiales muy para arriba. Es probable que 70% de la población mundial (4.200 millones de personas) sea pobre. Y del resto todavía hay que seguir hablando porque eso no quiere decir que los 1.800 millones restantes sean "ricos". ¿Sabe usted cuántos son los "ricos"? Según una investigación de Merrill Lynch —no me va a decir que viene de un zurdito—, hay en el mundo sólo 7,1 millones de ricos, es decir, de gente que tiene más de un millón de dólares. Un 0,12% de la población mundial, lo que significa que de los 1800 millones fuera de la "línea de pobreza" realista, 1.792,9 millones no son ricos. Siendo pocos, los ricos pesan mucho: el patrimonio total de los millonarios es de equivalente al producto bruto anual de los EE.UU. Algo así como un tercio del producto bruto mundial. Obviamente, esa cantidad de ricos oculta una capa aún más reducida de "súper ricos": 306 "millardonarios" (es decir, tipos que poseen más de mil millones de dólares) se reparten entre sí 1,27 billones. Algo así como 1,27 millón de millones. A ver si puedo

escribirlo: 1,27 + 000.000.000.000 = 1.270.000.000.000 dólares. O sea, el 0,004% de todos los millonarios se queda con 1,27% del total de las fortunas millonarias. No hay justicia ni entre los ricos.

Veamos algunos de estos simpáticos muchachos. Según la revista *Forbes*, en el año 2000 Larry Ellison era el rico más rico de EE.UU. y encabezaba el *ranking* mundial con 47 mil millones; Masayoshi Son, con 19.400 millones, era el más rico de Japón; Bernard Arnault se lucía en Francia con 12.600 millones; Leo Kirch, con unos miserables 11.500 millones dominaba Alemania, superado por Silvio Berlusconi en Italia y sus 12.800 millones. Lejos, Ernesto Bertarelli, de Suiza, con 9.100. El pobre Paul McCartney se quedó afuera por poquito: 998 millones. Todo en dólares, por supuesto. ¿Y Bill Gates? El pobre Bill fue víctima de la caída de la Nasdaq, que no dejó de arrastrar a Microsoft. Como la mayoría de estos señores tienen sus activos personales en acciones, su lugar en el *ranking* varía según fluctúe el precio de las acciones. Gates llegó a estar en el tope con 74.200 millones de dólares, para ser reemplazado (no por mucho) por Ellison, el dueño de Oracle, sólo porque sus acciones aguantaron mejor que las de Microsoft. Sin embargo, el propio Ellison cayó a la primera recuperación de las acciones de Gates, quien no obstante no pudo recuperar su cetro; fue postergado por Robson Walton, líder hasta hace un año, con unos 63.420 millones (de dólares, obvio). Robson Walton no es más que el hijo del viejo Walton, Sam, el creador de Wal Mart. Según se dice, sigue viviendo como su padre, de manera modesta. Bien. Sumemos un poco: Ellison (47 mil), Gates (52 mil), Walton (63 mil): 162.000 millones. Toda la deuda argentina *post-default* (la real, no la que reconoce el gobierno), que es una de las más grandes del mundo.

"Está bien, muchachito, está bien". El Conde argumenta ahora que aunque la riqueza mundial está hiperconcentrada, que aunque la población mundial se reparte entre un puñado (puñadito, más bien, puñaditito) de personas enormemente ricas y una gigantesca masa de pobres, apenas separados por una delgada capa de "ni ricos ni pobres", aunque todo esto parece cierto, permanece todavía como válido el que la mayoría de los ricos está en los países centrales, la mayoría de los "ni ricos ni pobres" también, mientras

que la mayoría de los pobres está en el Tercer Mundo. Se puede postular que los países centrales son verdaderos capitalismos y los otros no. Entiendo su planteo, digo. De hecho, ésta es la línea de defensa básica de los capitalistas. Para empezar, identifican ciertas políticas como el liberalismo, la desregulación, la apertura al mercado mundial, con el capitalismo. Los países que no cumplen con estas pautas serían no capitalistas. Sucede que en la mayoría de los casos los países promotores no cumplen con estas políticas, aunque se las exigen a otros. Así, según se mire con detalle, Europa, Japón y EE.UU. no son capitalistas, al menos si uno presta atención a los subsidios agrícolas. ¿Sabe cuánto montan los subsidios agrícolas de estos muchachos, subsidios que frenan las exportaciones de los países a los que luego se les exige un liberalismo extremo? Yo se lo cuento: la Unión Europea gasta unos 104 mil millones de euros al año; Estados Unidos, 55, mil millones y Japón, 53 mil millones. Todo en euros, por supuesto. O sea, un poquito más en dólares, teniendo en cuenta el cambio actual.

La política económica no define a una sociedad como capitalista. Ya lo sabemos. También sabemos que cuando estas ideas no alcanzan, por tontas, se buscan otras "explicaciones": la cultura, la religión, hasta la raza. Ya lo hemos discutido antes. El capitalismo es un tipo de sociedad caracterizada por un tipo específico de relaciones sociales. La Nigeria negra y musulmana es tan capitalista como EE.UU., porque las relaciones sociales capitalistas dominan en su interior igual que en el país norteamericano, tan profundamente religioso. Resulta sorprendente que la propaganda yanqui estigmatice todo el tiempo a los musulmanes como fanáticos religiosos, mientras no dice nada sobre sus aliados de extrema derecha israelí —verdaderos genocidas—, o sobre los blancos anglosajones y protestantes que en varios estados norteamericanos prohiben la enseñanza de Darwin, promueven matanzas colectivas —como David Koresh—, o votan por un presidente como Bush (hijo) que dice combatir "al eje del mal" porque Dios se lo pidió, o a Ronald Reagan que consultaba sus decisiones con una adivina.

"Está bien, lo acepto, pero aún queda claro que hay "capitalismos" y "capitalismos". Alguna diferencia debe haber porque usted me ha confesado que en los capitalismos más desarrollados hay menos pobres que en los menos desarrollados, lo que significa que un buen capitalismo, que crece y se desarrolla, disminuye la pobreza y la distancia entre el tope y la base. No, lamento disentir otra vez. En EE.UU. no sólo hay pobres, sino que la tendencia es que cada vez haya más pobres, más pobres, y menos ricos más ricos. Le explico: si uno observa EE.UU. y examina la evolución de la riqueza de las familias estadounidenses, se encuentra con resultados interesantes. En primer lugar, entre 1983 y 1997 la riqueza de las familias estadounidenses decreció a pesar de la expansión económica. Es más, el crecimiento de la bolsa ha acentuado la distribución regresiva de la riqueza, los jóvenes se empobrecen y disminuyen los ahorros financieros de la clase media; esto en el pico de la especulación bursátil.

El asunto es peor, porque la mayoría de las familias estadounidenses (95%) se ha empobrecido, pero el 5% más rico no para de enriquecerse. Mientras la riqueza del hogar medio ha decrecido, la distancia con el tope se ha alargado: en 1995, el 1% superior de las familias más ricas poseía 39% de toda la riqueza familiar, y el 20% de los hogares más ricos poseía 84% de toda la riqueza familiar. No sé si nota que esto significa que el 16% de la riqueza restante debe repartirse entre el 80% del resto de las familias. Si nos concentramos, valga la expresión, en la riqueza "financiera", es decir, excluimos el principal activo de la mayoría de las familias estadounidenses que lo tienen —mejor dicho, la propiedad de la casa donde vive—, la concentración es mayor aún: el 1% superior posee 47% de la riqueza financiera total, que llega a 93% si consideramos al 20% superior, lo que significa que cuando se dice que las acciones "democratizan" el capitalismo porque se distribuyen entre todo el mundo, se está macaneando. De modo que cuando Argentina, por dar un ejemplo cercano, deja de pagar su deuda, no es a los plomeros o sirvientas norteamericanas a quienes deja de pagarles. La inmensa mayoría de los estadounidenses no vio una acción en su vida. El mayor

crecimiento de la desigualdad se dio entre 1983 y 1989, se estancó o aumentó levemente entre este último año y 1995, y se volvió a acelerar entre 1995 y 1997 con el auge de la especulación bursátil que benefició al 1% más rico (cuya riqueza financiera creció un 20%), y al 4% más rico (cuya riqueza financiera creció 6%); la del resto, cayó. Todo esto significa algo sencillo: todo el crecimiento económico del período 1983-1995 se concentró en el 5% más rico de la población, el único sector cuya renta experimentó un avance.

Más arriba decíamos que no todas las familias estadounidenses tienen casa propia. En efecto, casi todos las familias del 20% más rico son propietarios de la casa donde viven. Pero sólo 64% del siguiente 40% de hogares tenía la propiedad de su casa. En el 40% más bajo, la propiedad de la casa alcanzaba al 51%. Debe hacerse notar que 10% del 80% de las familias más pobres (es decir, excluyendo a los "top 20") tiene casa "móvil", o sea, una "casa rodante". El problema de la vivienda en EE.UU. es sencillo: el que tiene plata tiene casa, el que no, no. Eso es así en cualquier lugar del mundo, por supuesto. El lector me dirá: ¡Hombre! ¡Eso es obvio! Bien, efectivamente eso es lo que este libro trata de probar.

Que parezca natural que alguien tenga techo sólo si puede pagarlo es una de las victorias ideológicas más importantes del capitalismo; más grandes cuando se percibe que el problema de la vivienda en EE.UU. afecta a millones. La National Coalition for the Homeless, cuyo sitio puede buscarse en internet, señala que la metodología de cálculo de los "sin casa" en EE.UU. hace difícil saber cuántos hay. Un método sencillo pero limitado, consiste en contar la gente que vive en las calles o en los refugios. Quedan afuera los que duermen en casas de parientes, en el campo (donde no hay refugios) y los que carecen de lugares fijos donde pernoctar como cuevas, tiendas y, sobre todo, en vehículos. ¿En cuevas? ¿Gente viviendo en cuevas en EE.UU.? Sí. Según se haga la cuenta, las cifras de *homeless* varían entre 500 mil y siete millones de personas. La primera es la más conservadora y estima sólo aquellos que son encontrados en el momento en el que se hace la encuesta, en refugios, en albergues y en la calle. La cifra es de 1988, no vaya a creer que

se trata de la Gran Depresión. Gran depresión les da a los defensores del capitalismo cuando ven subir la cifra a los dos millones de *homeless*, según calcula el National Law Center on Homelessness and Poverty, y a siete millones según estimaciones de la administración Clinton. Para peor, el fenómeno crece con el tiempo, sobre todo en un período en el que el gobierno popularizaba frases como "nunca estuvimos mejor". Más adelante le recomiendo un libro de un amigo estadounidense, Michael Harrington, en el cual podrá ver que cuarenta años no son nada en la vida de los pobres yanquis.

¿Usted quiere más ejemplos? Un poquito, nomás, porque no tengo mucho espacio. Veamos España, país al que muchos argentinos quieren mudarse. Según el sitio web *Pobres españoles*, ocho millones de españoles viven por debajo del umbral de la pobreza (2.192.000 hogares) y 44.1% del total de los pobres de España tiene menos de 25 años (niños y jóvenes). Y se trata de una sociedad que figura número once en los indicadores de desarrollo humano de la ONU. No extraña que éste sea el resultado de uno de los "milagros" económicos europeos; en realidad, el capitalismo español ha seguido la tendencia señalada por Marx a la pauperización permanente de la clase obrera. ¿Quiere que le hable de Inglaterra? Mejor véase *Todo o nada*, *Soplando el viento*, *Mi nombre es todo lo que tengo*, *Riff Raff*. ¿Francia, usted quiere Francia? No me pregunte a mí, véase la producción del "cine del ajuste" francés. La pobreza es un fenómeno mundial por la simple razón de que el capitalismo es una realidad mundial.

¿Qué es realmente la pobreza?

¿Cuál es la causa de la pobreza? Para entenderla tenemos que preguntarnos primero qué es, habida cuenta de las conclusiones ridículas a las que se llega cuando uno le pregunta algo así al Banco Mundial: pobreza es tener menos de 1 dólar por día para todo gasto. Ya vimos cuán tonto es este presupuesto. Hay otra definición que pretende ser más progresista pero que no lo es. Según las Naciones Unidas, la pobreza no tiene que ver con el dinero sino con la dificultad de acceso a derechos como la alimentación,

vestido, habitación, educación, salud, etcétera. Se puede no tener dinero pero esos "derechos" estar garantizados por el Estado, como en Cuba.

Definida como acceso a dichos bienes, la conclusión de las Naciones Unidas es que en los pasados 50 años ha habido una reducción del nivel de pobreza superior a los 500 años anteriores, a pesar de que 1.200 millones de personas todavía viven con esas carencias. Parece progresista; sin embargo, encierra una gigantesca mentira porque decir que hoy hay menos pobreza que hace 500 años porque más gente tiene acceso a agua potable es ridículo por anacrónico. Hace 500 años ser rico o pobre no incluía tener agua potable, por el simple hecho de que nadie tenía agua potable (al menos como hoy la tenemos, cloro —y arsénico— incluidos). Es equivalente a decir que hoy hay menos pobreza que a principios del siglo XX porque más gente tiene televisión...

Sin embargo, el principal defecto en el tratamiento del concepto por los "intelectuales" burgueses radica en el punto de partida teórico. La definición implícita de pobreza que utilizan no establece ninguna relación entre la riqueza de los ricos y la pobreza de los pobres. A lo sumo se trata de una falta de responsabilidad moral individual: los pobres siempre han sido presa de la desidia y los ricos son débiles de corazón, ya se sabe. Y es que la categoría "pobreza", como todas las que utiliza la burguesía, no son relacionales sino aditivas.

Me explico. Digo que son aditivas porque se suman. Si uno va al fondo del asunto, encuentra que la imagen que estos señores tienen de la sociedad es de tipo aditiva, como las tortas de chocolate de mi mamá. Mi mamá hacía unas tortas con "chocolinas": unas galletitas de chocolate que se mojaban en vino dulce y se superponían. Cada tanto se separaba una capa de otra con dulce de leche. Al final iba una capa de crema. Cortada transversalmente mostraba su "geología": una capa sobre otra, de abajo hacia arriba. Uno podía separarlas y cada una mantenía su identidad, cada una era en sí misma una torta. Lo mismo pasaba con la torta "borracha", cuyo procedimiento y resultados eran idénticos, pero se hacía con

vainillas. Esta "concepción" de las tortas es la misma que la sociología burguesa tiene de la sociedad: una torta (borracha) que se puede separar en capas. Así, tendremos una capa alta (la que está cerca de la crema, si no es la crema misma) a la que llamaremos "clase" alta. Tendremos una clase baja (donde se amontona el vino, por simple presión atmosférica, además de porque los pobres son todos borrachos, eso se sabe) y, por supuesto, algo en el medio, entre capa y capa de dulce de leche, la clase media. Los pobres, obvio, se ubican debajo de la línea de pobreza, es decir, debajo de la capa de dulce de leche sobre la que se yergue la clase media. De modo que tenemos así una sociedad en el cual la sumatoria simple constituye el edificio (la torta) social. Y como con la torta borracha de mi mamá, uno puede separar una capa sin que se afecte demasiado el conjunto porque cada capa es una torta en sí misma.

El resultado es que no hay relación entre las clases, más que la mera superposición, y por lo tanto, no puede explicarse la pobreza por la relación entre ellas. Los pobres son pobres porque son pobres. Los ricos son ricos porque son ricos. La clase media no es ni rica ni pobre, sino media, porque está en el medio. De allí que los ricos no tengan que sentirse culpables por lo que les pasa a los pobres, porque ellos no son los culpables. Por la misma razón, los países "ricos" no tienen por qué preocuparse por la pobreza de los pobres. El núcleo del asunto es la misma presentación del problema, eludiendo el planteo de clases, o mejor dicho, haciendo una presentación de clase que encubre el carácter relacional del fenómeno.

Por eso es que hasta los mismos "ricos" pueden darse el lujo de "opinar" como si ellos no fueran parte del problema. Como si ellos no fueran *el* problema. Así, el mismo director del Banco Mundial puede decirle al más selecto grupo de millonarios del mundo, reunido en Davos, que es un "problema" el que 20% de la población mundial (1.200 millones de personas) reciba 80% de los ingresos, mientras el 80% restante (4.800 millones) se queda con el 20% restante. Puede incluso especificar que un ciudadano suizo gana en un día lo mismo que un etíope en un año. Es más, puede mostrar fotos de niños africanos consumidos por el hambre y millones

de imágenes por el estilo, a cual más golpe bajo. Simplemente, se escabulle la cuestión al mostrarla como un problema moral que se arregla con unos cuantos donativos. Sin entender las relaciones que unen a los seres humanos, resulta imposible entender por qué todo el asunto "pobreza" encierra una gran mentira, que permite a una cantidad enorme de crápulas pasar por individuos sensibles y hasta "progresistas".

¿Qué es un "pobre" para el marxismo, es decir, en términos científicos? Como todo, la palabra "pobre" tiene historia. Pobre era aquél que en la sociedad feudal estaba fuera de toda relación con algún señor feudal o con algún poderoso por el estilo. Ser pobre equivalía a estar fuera de la sociedad, marginado. A diferencia de la sociedad feudal en la cual no hay "desocupados", ya que quien no está en redes de clientelismo no está, lisa y llanamente, y cae fuera de la sociedad, en el capitalismo no hay pobres, no al menos en el sentido antes mencionado. En el capitalismo, hay "pobres virtuales", es decir, obreros. En tanto el obrero sólo es fuerza de trabajo y depende del capital para encontrar sus medios de subsistencia, se encuentra siempre en condición de quedar al margen de dichos medios de subsistencia, y de tener que conseguirlos a la manera "feudal": vivir de la limosna bajo sus diferentes formas, ya sea individual u organizada, privada —comedores, merenderos, sindicatos, iglesias—, o estatal—el subsidio al desempleo—. Es entonces, como decía Marx, un *pauper virtualiter*, un pobre virtual. Dicho en criollo, es un candidato a pobre en cualquier momento. Aquí, "pobre" se identifica con "desocupado"; mientras un obrero ocupado es un *pauper* virtual, el desocupado es un *pauper* real. Su situación se explica por la relación que tiene con el burgués, como población sobrante. Y usted ya sabe que es el propio proceso de acumulación el que produce la desocupación, así que ya podemos decirlo claro: pobres habrá siempre (como dijo Carlos I, el turco), mientras exista el capitalismo (agregamos nosotros). Como el lector lo sabe ya, la desocupación es una necesidad del capital, de modo que no puede eliminarse sin eliminarlo.

Aquí está el núcleo de las diferencias conceptuales entre las "teorías" burguesas y el marxismo: para la burguesía, pobreza se

identifica con un determinado nivel de vida que comportaría una serie de carencias de aquello que aparece como mínimo "razonable". Nadie diría que Bill Gates es pobre porque tiene unos morlacos menos que Ellison o Walton. Como ya vimos, ese mínimo "razonable" puede ser ridículo, como la medida del *one dolar day*. En cambio, para el marxismo (es decir, para la ciencia) la pobreza se identifica con la *población sobrante*. Aclaremos este concepto. Población sobrante es toda aquella que carece de utilidad inmediata para el capital, aquella que no produce plusvalía o no contribuye a su apropiación. Es decir, la masa de población que excede el trabajo productivo e improductivo, más la infantería ligera del capital y la desocupación intermitente. El trabajo productivo, porque produce plusvalía. El improductivo, porque es necesario para su transferencia, distribución y defensa. La infantería ligera, porque cubre la masa de trabajo estacional. La desocupación intermitente, porque cubre los baches del empleo temporario. El mundo de la población sobrante se extiende, entonces, entre la desocupación latente y el pauperismo consolidado, es decir, la parte más sumergida del ejército industrial de reserva. Todos los anteriores tienen posibilidad de acceder a los bienes necesarios para sobrevivir con la venta de su fuerza de trabajo, mientras el resto debe apelar a los mecanismos que señalamos más arriba, desde San Cayetano hasta los Planes Trabajar.

Eso no significa que no podamos incluir a una porción de la clase obrera ocupada entre los pobres, es decir, los que no pueden vivir "de su trabajo" (de la venta de su fuerza de trabajo). Porque la clase obrera no es una totalidad homogénea, ya se lo expliqué. Dado que la producción requiere trabajos de distinta calidad, y que la burguesía no tiene ningún interés en pagar de más por la fuerza de trabajo que necesita (recuerde el principio de Babbage), tenderá a pagar los distintos valores de la fuerza de trabajo a su valor, como cualquier mercancía. Y como esos valores cubren los distintos costos de producción de esas mercancías, a algunos se les pagará la educación o una buena atención de salud, y a otros no. De modo que en todo momento hay fracciones de la clase obrera que

están privadas de aquello que aparece como un bien "necesario" en términos "humanos", pero que el capital no pagará simplemente porque la reproducción de la fuerza de trabajo de esas fracciones no lo requiere. Normalmente el Estado concurre a nivelar el acceso a estos bienes, lo que significa que parte de los salarios son redistribuidos en el interior de la clase obrera, vía impuestos. Aun así, ese efecto no compensa las diferencias, por lo cual, forzosamente, un porcentaje de la clase obrera —aun cuando tenga trabajo estable— cae siempre por debajo de la línea de "pobreza" definida a la manera burguesa.

El problema se agrava cuando la fuerza de trabajo se remunera por debajo de su valor. Comienza allí un proceso de "pauperización" de la clase obrera, que en condiciones de aumento de la población sobrante, la privará primero de los bienes "necesarios" que antes se incluían en la parte "histórico-moral" del valor de la fuerza de trabajo (olvídese del autito, de las vacaciones, de las buenas comidas, de la educación de los chicos, etcétera), y luego de los que corresponden al componente biológico. En este punto, el obrero ocupado—aún un *pauper virtualiter* por su forma— se ha transformado en pobre real que ha empezado a pasar hambre, porque ya está en condiciones de población sobrante; hay tantos que trabajarían por salarios de hambre, que el burgués no tiene que preocuparse por remunerar la fuerza de trabajo a su valor. La población obrera se debilita, con la debilidad llegan las pestes y con las pestes la muerte a corto o mediano plazo. El índice que refleja mejor que ninguno este proceso es el de la expectativa de vida, que muestra tendencia a descender: la masa de la población muere cada vez más joven. Pero hay otros: el analfabetismo, la desnutrición y la mortalidad infantil. Aparecen otros más indirectos pero igualmente significativos: los índices de delincuencia e inseguridad. ¿Todo esto le suena conocido? No me extraña...

Pero el problema de la pobreza da para más. Porque Marx habla constantemente del problema de la "depauperización" del proletariado. Marx señala que el proletariado tiende a empobrecerse con el tiempo. Este tema, el de la pauperización del proletariado, ha hecho

correr ríos de tinta a generaciones de marxistas (y de sus críticos). Este aspecto del problema está relacionado más con la definición de pobreza del Banco Mundial en tanto se refiere, aunque de manera indirecta, al nivel de *ingresos*. En efecto, Marx señala que hay un proceso de "empobrecimiento" de la clase obrera, un proceso por el cual la burguesía se hace más "rica" y los obreros más "pobres". Esta idea del empobrecimiento permanente de la clase obrera bajo el capitalismo ha dado pie a un debate enorme, que ha llevado a que incluso los marxistas la rechazaran. Buena parte de la discusión ha resultado un fraude, en tanto se le hace decir al Marx (viejo) lo que el Marx (joven) decía. Y en este caso hay un cambio importante en el planteo de nuestro amigo: en los años de juventud sostuvo una teoría de la pauperización *absoluta* del proletariado, idea que parecía contradicha por la realidad. No es sino hasta que Marx descubre la ley que rige la evolución de los salarios que abandona esta teoría de la pauperización absoluta, en nombre de una pauperización "relativa". En términos relativos, la clase obrera tiende a un empobrecimiento permanente. En forma más completa, tiende a un empobrecimiento absoluto transitorio y a un empobrecimiento relativo permanente. Para entender por qué nunca saldremos de pobres (bajo el capitalismo) es necesario que repasemos la ley que rige la evolución de los salarios.

¿Una maldición bíblica?

Una de las ideas que Marx combatió con más fiereza fue la de la "ley de bronce de los salarios". La dinámica de los salarios había sido estudiada por los economistas del siglo XVIII y explicada por la evolución del crecimiento vegetativo de la población. La culminación de dicho pensamiento es Malthus, quien daría su nombre a toda una corriente de análisis social: el malthusianismo. Desde esta postura, el salario dependía de los movimientos de la población; un salario elevado causaría una expansión de la población, que excedería las necesidades de trabajo, generando desocupación. En ese punto los salarios caen, la miseria hace desaparecer la población excedente y el sistema vuelve a equilibrarse. Así, los salarios no

podrían superar el nivel de mera subsistencia: una dura ley, una ley "de bronce". Marx rechazó esta teoría no sólo porque era burguesa hasta la médula, sino y sobre todo porque había sido adoptada por el mayor agitador político socialista del siglo XIX, el alemán Ferdinand Lassalle, quien había hecho de esta ley un instrumento fundamental de su propaganda: los obreros no pueden esperar nada del capitalismo más que la mera subsistencia. Pero, no obstante su valor agitativo, la "ley de bronce de los salarios" es errónea. Profundamente errónea. Lo primero que desmiente la "ley" es que no hay registro de una oscilación generacional de los salarios, es decir, que los salarios suban y bajen cada 20 ó 25 años. Lo segundo es que las oleadas de desocupación tampoco coinciden con el crecimiento vegetativo: puede incrementarse la población y subir los salarios y viceversa. En realidad, los salarios, como todo lo que concierne a la vida humana bajo el capitalismo, evolucionan según la acumulación del capital. Veamos.

Cuando el ciclo del capital es positivo, la población asalariada tiende a ser incorporada al ejército ocupado. La desocupación disminuye, lo que lleva a los obreros a obtener mejores condiciones para la venta de su fuerza de trabajo. Esto hace que los salarios suban. En algún punto, la subida de salarios estimula la innovación tecnológica ahorradora de mano de obra, lo que lleva a la recreación de ese fondo de desocupados que es el "ejército industrial de reserva", con lo cual, los salarios vuelven a bajar o al menos frenan su tendencia alcista.

Nunca saldremos de pobres aun cuando tengamos métodos anticonceptivos perfectos o nos neguemos a tener hijos. Nunca saldremos de pobres aunque matemos generaciones enteras de obreros o expulsemos a todos los inmigrantes. Nunca saldremos de pobres aunque expulsemos a generaciones enteras de argentinos a Europa, o de europeos a Argentina; nunca hay que descartar las vueltas de la historia. Pero este fenómeno no agota el movimiento de los salarios, en parte porque los salarios fluctúan por otras razones que se superponen a la anterior. El capital busca siempre acelerar la competencia entre los trabajadores. Cuando no alcanza

con el proceso de innovación, apela a la inmigración: combate a sus obreros con los obreros extranjeros. Y si no puede traerlos, va adonde ellos estén: el capital migra a áreas donde los salarios sean bajos. A mediados de los años setenta, un capitalista norteamericano podía elegir entre pagarle, por armar televisores, cuatro dólares por hora a un compatriota, 2,5 dólares a un japonés o 14 centavos a un coreano del sur. ¿Se da cuenta por qué ya no se fabrican televisores en EE.UU.? Todo esto no hace sino reforzar la idea de que los salarios tienen un techo: nunca saldremos de pobres, virtuales o reales. Pero hay otros procesos que atacan al salario: si sube la productividad del trabajo, ello se debe a la elevación de la composición orgánica del capital, lo que significa que cada ciclo de crecimiento tiene menor capacidad para incorporar desocupados a la producción, en la medida en que cada nueva inversión requiere cantidades de capital cada vez mayores para oponerlos a masas reducidas de trabajo. La masa de población sobrante tiende, entonces, a crecer a lo largo del capitalismo. Visto a escala mundial es más fácil de entender: había en 1998 en el mundo, según la Organización Internacional del Trabajo (OIT), unos mil millones de desocupados y subocupados, de personas que no tienen trabajo o no lo tienen en medida suficiente para sobrevivir. Calculaba también la OIT que esto equivale a un tercio de la población económicamente activa mundial. ¿Qué cree que pasó en estos últimos siete años? Búsquelo usted mismo, pero le adelanto que no encontrará nada alentador. Mientras tanto, recuerde estas cifras para cuando vaya al almacén y escuche a algún vecino decir que "aquí no trabaja el que no quiere". Creo que ya sabe usted qué contestarle.

Pero esto no agota todavía el asunto. En la medida en que la tecnología incrementa la composición orgánica del capital, la fuerza de trabajo se hace menos compleja, requiere menos educación. Una fuerza de trabajo menos educada es una fuerza de trabajo más barata (porque ha costado menos producirla). Hay escondida aquí, entonces, una tendencia depresiva del valor de la fuerza de trabajo. Siempre seremos pobres. Pero aún hay más presiones hacia la baja de los salarios. Las grandes crisis generales son momentos de desvalorización

acelerada del valor de la fuerza de trabajo: todo lo que la clase obrera mundial ganó luchando entre 1890 y 1914 lo perdió en los veinte años siguientes. Todo lo que ganó con la derrota del fascismo, la era dorada de los sesenta, lo perdió a partir de los ochenta. Estamos hoy como a fines del siglo XIX. Siempre seremos pobres.

Estos movimientos de los salarios están regulados por la acumulación del capital, tanto a corto como a largo plazo; por ello son válidos para los países "periféricos", pero también para los "centrales". Aun así, imagino que mi incrédulo lector pensará que de todas maneras los obreros de los países "centrales" la pasan bastante mejor que los del "Tercer Mundo", porque es obvio que hay una disparidad internacional de salarios. Sin embargo, los obreros del "Primer Mundo" son los más explotados y, por ende, los más "pobres". ¡¿Cómo?! Ahí va. Para empezar, el capital tiende a acumularse más rápidamente donde su tamaño es mayor, o sea, en los países "ricos". A medida que avanza el proceso de acumulación, aumenta la tecnología a disposición. La nueva tecnología requiere de un puñado de fuerza de trabajo de mayor capacitación, que irá a ubicarse, lógicamente, donde existan mejores condiciones de educación, que es normalmente donde ya el capital ha debido de necesitar fuerza de trabajo educada; ergo, en los países "centrales".

El capital suele migrar a los países del Tercer Mundo en busca de mano de obra barata, lo que quiere decir poco educada (entre otras cosas); ergo, suele llevar allí los segmentos productivos que requieren gran cantidad de mano de obra, que son, por ende, los que menos componente tecnológico tienen; ergo, los que requieren menos mano de obra compleja. Se da, entonces, una fragmentación internacional de la fuerza de trabajo: educada en el "centro", "bruta" en la periferia, lo que significa que los obreros del "centro" tienen mayores salarios porque su fuerza de trabajo es más cara. A esto suele sumarse el hecho de que la misma fragmentación internacional de la fuerza de trabajo lleva a que la mayor superpoblación se ubique en la "periferia", más que en el centro. Así, no extraña que la masa de los "pobres" reales (es decir, actuales, en acto) se encuentre en América Latina, África o Asia, antes que en Europa.

Es el despliegue espacial del proceso de acumulación el que explica estos fenómenos, más que el "carácter" local, la raza, la religión o alguna otra invención estúpida. Como la magnitud de fuerza de trabajo calificada tiende a reproducirse a escala menguante en relación al conjunto de la clase obrera, es ridículo suponer que el capitalismo pueda transformar a todos los obreros del mundo en individuos educados. Todo lo contrario, polarizará siempre las cualidades educativas de la clase obrera. Los más educados en el centro, los más brutos afuera. No se trata de que los obreros norteamericanos, japoneses o europeos se beneficien de los salarios bajos de los obreros de Asia, África o América Latina. No. Simplemente se les paga lo que les corresponde: el valor de su fuerza de trabajo que, comparativamente y a escala internacional, es alto.

Pero hay más. Dijimos que los obreros del "Primer Mundo" son los más pobres. En efecto, porque son los más explotados. ¿Más que un ruandés? ¿Más que un boliviano? ¿Más que un argentino? Sí. Más, mucho más. Porque explotación no quiere decir salario bajo. Explotación quiere decir extracción de plusvalía, de trabajo excedente. A medida que aumenta la tecnología, los bienes que concurren a reproducir la fuerza de trabajo se abaratan. Lo que quiere decir que la cantidad de horas necesarias para reproducir el valor de la fuerza de trabajo disminuye. Es lo que ya vimos como producción de plusvalía relativa. El tiempo de trabajo necesario tiende a disminuir sobre el tiempo de trabajo excedente. ¿Y dónde opera este proceso con mayor velocidad? En los países donde la acumulación de capital es mayor. Usted ya sabe: en los países centrales. En consecuencia, allí un obrero requerirá menos tiempo de trabajo para producir el valor de su fuerza de trabajo. En consecuencia, el obrero de los países centrales entregará una proporción mayor de trabajo excedente, es decir, será más explotado. Y no tiene ninguna importancia aquí el monto de los salarios. Por la misma razón, el obrero de los países centrales es más "pobre" que el de los países periféricos. No se asuste, ya le explico.

"Pobreza" como "riqueza" son términos relativos, lo mismo que "empobrecerse" o "enriquecerse". Por ello, Marx puso su mayor

esfuerzo en desarrollar la categoría de *salario relativo*. En el proceso de acumulación el salario puede crecer, incluso muy alto y por largos períodos. Y sin embargo, la clase obrera puede empobrecerse *relativamente*. Porque lo que hay que observar es cuánto aumenta la plusvalía extraída. Si la plusvalía extraída tiende a aumentar más que el valor de la fuerza de trabajo, el resultado será que la burguesía recibirá, proporcionalmente, más ingresos que la clase obrera y ésta tenderá a hacerse más "pobre" que la primera. Esto es lo que Marx llama *ley de la pauperización relativa de la clase obrera*: la tendencia al incremento permanente del salario indirecto. Es decir, la proporción que es apropiada por la burguesía. El mismo razonamiento anterior nos ayudará a resolver el intríngulis: la acumulación del capital lleva al aumento de la composición orgánica del capital, que lleva a la caída del valor de la fuerza de trabajo, que lleva al aumento del trabajo excedente, que lleva a una mayor participación de la burguesía en el conjunto de la riqueza social.

Todo esto puede medirse y, no me va a creer, tengo varios amigos que ya han hecho la prueba para EE.UU., España e Inglaterra. Y la cuenta da: en Inglaterra, por ejemplo, la participación de los asalariados productivos en el producto bruto ha caído de casi 50% a 36% entre 1979 y 1989, mientras que la burguesía avanzaba de 15% a 22%. No vaya a creer que es un resultado exclusivo de los años del "thatcherismo". Si observamos los EE.UU. en el período considerado de "estado de bienestar", descubriremos que éste nunca ha existido. ¿Cómo? Sí, como suena. El "estado de bienestar" ha sido definido como aquél que procede a realizar transferencias netas hacia la clase trabajadora, el famoso "salario indirecto" (no confundir con la noción marxista de salario relativo analizada más arriba). Pero esta transferencia debe ser confrontada con los impuestos cobrados a la clase obrera. Mis amigos yanquis han hecho esa medición. Resultado: entre 1952 y 1985 las transferencias netas corrieron a favor del Estado durante el período 1952-73 (con la excepción de 1971) y 1979-1985 (con la excepción de 1983). Sólo hubo transferencia neta a favor de los trabajadores entre 1974 y 1978. Es decir, 7 años de "salario indirecto" contra 27 de extracción de plusvalía neta vía impuestos. El examen del

caso español añade más leña al fuego, porque prueba que el proceso se da tanto en etapas de expansión como en recesión o crisis. En el primer caso es más lento pero tan real como en el segundo.

La clave de este fenómeno está en que los salarios reales tienden a crecer menos que la productividad del trabajo, de modo que las "ganancias" de productividad tienden a engrosar las arcas de la burguesía. Este proceso es invisible: a diferencia de la plusvalía absoluta (que se ve y se siente) la plusvalía relativa opera en las sombras. Y no hay forma de pararla a menos que destruyamos las máquinas y paralicemos el progreso técnico. Incluso puede aparecer como un fenómeno contrario a lo esperado; en tanto los salarios reales pueden crecer mientras crece la tasa de explotación, el obrero sentirá en su bolsillo el peso creciente de las monedas. En su tintineo alegre, ocultará que su poseedor ha sido expropiado de una masa aún mayor de riqueza que antes. La depauperización relativa de la clase obrera no es más que la expresión de la creciente expropiación de la población mundial por un puñado, en número declinante, de personas. Por eso los "pobres" son cada vez más "pobres" y los "ricos" cada vez más "ricos". Por eso siempre seremos "pobres" (bajo el capitalismo). Y la culpa, ¿de quién es? Del capitalismo, obvio. El pauperismo, el empobrecimiento (virtual o real), es el resultado del propio desarrollo de la capacidad productiva del trabajo, es decir, de la acumulación de capital, porque un obrero más productivo es más pobre. Y después hablan de la "racionalidad" del capitalismo. El asunto es tanto más indignante cuanto que las Naciones Unidas declaran, muy sueltas de cuerpo, que la distribución de la riqueza sumada por los siete (7, sí, carajo, 7) individuos más ricos del mundo bastaría para sacar de la pobreza a mil millones de personas…

¿Por qué los ricos aman a los pobres?

Aquí podemos también evacuar (nunca mejor elegido el verbo) una serie de tonterías concentradas en dos palabritas: "marginalidad" y "exclusión". Suenan a nombres de tías viejas y aristocráticas: "Marginalidad y Exclusión Ezcurra Medrano", por ejemplo.

Tan tontas, como parecen, son extremadamente peligrosas. Es menester examinarlas con cierto detalle.

Ambos conceptos tienen larga historia en la teoría sociológica. En la década del sesenta (del siglo XX) se puso de moda el primero de ellos. El "marginado" era aquél que había quedado fuera del proceso productivo, lo que Marx llamaría "pauperismo consolidado". Se suponía que este personaje no podía reinsertarse en la sociedad capitalista. Había quedado más allá de los "márgenes", fuera de la sociedad. La palabreja, demasiado izquierdista para el tilingo ambiente intelectual de los ochenta y noventa, vino a ser rescatada del olvido bajo otra forma. Ahora se habla de "excluidos". Pero el contenido de la "exclusión" no sólo recoge el de marginación (hay una parte de la población "excluida" de la vida productiva"), sino que lo extiende: hay excluidos "económicos", excluidos "sociales", "religiosos", "sexuales", "educacionales", etcétera. El Jorobado de Notre Dame, por ejemplo, era "excluido", "discriminado" y "marginado" por feo, al menos según Disney. Como todo el mundo está excluido de algo, resulta que "excluidos" somos todos. Lo que es lo mismo que decir que todo el mundo tiene algo de qué quejarse. Por lo tanto, no sería una conclusión política exagerada decir que no hay que hacer tanto escándalo y que cada uno se la banque. Exclusión viene entonces a ser un concepto hermano de "discriminación" (otra tía vieja aristocrática: Discriminación Gutiérrez Watson), palabra estúpida con la cual se justifica cualquier tontería. Discriminar quiere decir "separar", "distinguir", darle a algo trato "diferencial". Y como tal, no es ni bueno ni malo, como tampoco lo son "excluir" o "marginar". Todo depende de qué, por qué, cómo y en beneficio de quién se "discrimina", "excluye" o "margina". Si no se "discriminara" y "excluyese" a los niños, dejándolos "al margen" del uso de aparatos eléctricos, una buena parte de la humanidad desaparecería electrocutada antes de llegar a los dos o tres años de vida. Podríamos dar centenares, miles, millones de ejemplos por los cuales caeríamos en la cuenta de que es imposible la vida humana sin "discriminar", "excluir" y "marginar".

"¡Ah, no! Usted me está vaciando estos conceptos de contenido político; me los está banalizando". No, no los estoy banalizando: son banales. No describen nada, política y científicamente hablando. No los banalizo: aplicados al análisis social y político estos "conceptos" no describen nada concreto. Por eso no está ni bien ni mal excluir, marginar o discriminar. Todo depende del contenido concreto del cual se los rellene. Por ejemplo: está mal ser antisemita y, por lo tanto, está mal discriminar a alguien por ser judío. Y sin embargo, está muy bien discriminar, excluir y marginar a los antisemitas y, si fuera necesario, negarles el "derecho" a la vida. ¿O usted no le hubiera pegado cuatro tiros a Hitler y todos sus secuaces? "Discriminar", "excluir" o "marginar" son verbos que describen acciones generales sin ningún contenido concreto, como "pensar". ¿Pensar está bien o está mal? Depende de lo que usted piense. Si se pone a pensar en tonterías, como diluir contenidos concretos en continentes generales, está mal, muy mal. Lo peor de este tipo de tonterías es que no describen bien (¿cómo podrían hacerlo?) la realidad.

Recuerde el lector lo que acabamos de ver sobre la desocupación y la pobreza: la desocupación es esencial al capitalismo porque la masa de desocupados constituye el límite de las pretensiones salariales de los obreros ocupados. Recrear una masa de desocupados es esencial para dividir a la clase obrera y dominarla. Por eso el capital siempre recrea la desocupación, lo que es lo mismo que decir que es una máquina de fabricar pobres. Por eso mismo esos "pobres" no están fuera del sistema ("excluidos", "marginados", "discriminados"), sino dentro, bien adentro. Sin ellos no podría funcionar el capitalismo. Por eso es que la burguesía es tan remisa a otorgar subsidios al "desempleo". Uno podría pensar que la burguesía es tonta al negarse a algo tan inocuo y que sería muy bien visto. ¿No tendría así una mayor masa de "consumidores"? ¿No se expandiría el mercado? Si fuera tan sencillo como eso, ¿por qué la burguesía se empeñaría en monopolizar el papel de malo de la película, si podría beneficiarse a sí misma jugándola de muchachito? No. La cuestión no es tan simple para la burguesía. Otorgar un subsidio al desempleo significa aumentar el gasto estatal. Pero

cuando el gasto estatal aumenta, el Estado compite con la burguesía en la distribución de la plusvalía.

Por otro lado, el subsidio al desempleo fija un límite a la tasa de explotación en tanto fija un límite al salario: ningún obrero ocupado va a querer trabajar por menos de un subsidido al desocupado. Para eso, no trabaja y cobra el subsidio. Por lo tanto, el salario deberá ubicarse bastante más arriba que el subsidio. Por eso es importante, para la clase obrera, lograr altos subsidios a la desocupación. Cuanto más alto sea, mayores deberán ser los salarios. Por eso la burguesía intenta que sean lo más bajos posibles. Y si puede evitar el subsidio, mejor, porque eso estimula la competencia entre los obreros, los divide y los entrega mansitos al capital. Por eso es también que, si no puede evitarlo, la burguesía exige que el subsidio sea a cambio de prestación de trabajo, ya sea en "trabajo solidario" o en "trabajo de capacitación". Es una forma de hacer competir a los obreros entre sí y de transformar al subsidio en un salario, lo cual tiene una poderosa importancia ideológica, además de combatir los salarios de los obreros ocupados con un salario de miseria, porque todo el mundo tiene que trabajar para vivir. Se exalta y se defiende así lo que parece una bandera progresista y es, en realidad, reaccionaria: la "cultura del trabajo".

La idea de que hay que trabajar para vivir parece razonable, saludable, pero en la sociedad capitalista quiere decir vivir de un salario, ser explotado. De donde la "cultura del trabajo" no es más que la "cultura de la explotación". De donde, otra vez, exaltar la cultura del trabajo es exaltar la explotación. Por eso la burguesía reivindica el trabajo, porque reivindica la forma bajo la cual el trabajo se da: alienado, explotado; reivindica la explotación. Por eso el subsidio al desempleo, alto y sin contraprestación laboral, es un mal ejemplo para la clase obrera desde la óptica de la burguesía: crea la peligrosa ilusión de que es posible vivir sin trabajar, sin ser asalariado. O que si todos trabajáramos, trabajaríamos menos, es decir, demuestra que la jornada de ocho horas (y con más razón las más largas) no es una necesidad social, sino una necesidad capitalista. Que una sociedad sin explotación sería una sociedad del

tiempo libre. Fíjese lo que pasa en la película *Todo o nada*: los desocupados viven de un subsidio. Y no viven tan mal. Por eso, el problema no consiste en que no puedan conseguir ningún trabajo. De hecho, el "gordito" consigue empleo en un supermercado como guardia de seguridad, y al protagonista, Gary, su ex esposa le ofrece un puesto en una hilandería, que rechaza porque el salario es miserable.

Estos obreros tienen una idea hecha de sí mismos, un grado elevado de autoestima obtenida de haber pasado por las filas de la producción industrial compleja y bien pagada. Pero la Inglaterra de Thatcher se caracterizó por un movimiento general de aumento de la tasa de explotación. Eso y no otra cosa fue el thatcherismo. De allí los cierres de minas y la oleada flexibilizadora. Si no existiera el subsidio al desempleo, si no fuera, incluso, relativamente elevado, estos obreros habrían debido hocicar frente a estas "ofertas" miserables. Por eso estos empleos son ocupados por jóvenes (que en muchos países no tienen derecho al subsidio, porque para ser desempleado hay que haber estado empleado alguna vez), mujeres (por razones que veremos más adelante) o por inmigrantes ilegales. La contracara de la "dignidad" de nuestros simpáticos amigos es la indignidad forzosa del joven, del inmigrante y de la mujer. Por eso, cuando la burguesía puede, se lanza a una cruzada "dignificadora" exigiendo igualdad en la explotación para todos. Y esto queda más claro cuando la burguesía justifica la "flexibilización" del trabajo.

En efecto, *flexibilidad* en el mundo de la economía quiere decir al menos dos cosas. La primera no nos importa aquí y está referida a la posibilidad de lograr rápidos cambios en los procesos de trabajo para hacer frente a series cortas de producción. Un trabajador flexible es aquí uno que puede ser trasladado de una tarea a otra sin mayores obstáculos. Vimos ya que la gran industria hace posible la flexibilidad porque descalifica al trabajador, de modo que el más flexible de los trabajadores es el que no sabe hacer nada específicamente. El trabajo más flexible es aquel, consecuentemente, que exige una calificación elemental. Pero "flexibilidad" también se aplica a la posibilidad de movilizar al trabajador sin obstáculos legales: poder contratar y despedir trabajadores sin costo alguno,

trasladarlo de tarea en tarea sin tener que respetar "derechos" de categorías laborales, diferencias salariales, escalafones, derechos específicos de cada ámbito laboral, regulaciones sobre normas de seguridad, salubridad, aumentos por antigüedad, etcétera.

La argumentación que suelen utilizar los defensores de estas políticas se basa en la ley de Jean Baptiste Say, un economista francés clave en el pensamiento liberal; postulaba que la oferta creaba su propia demanda. ¿Se lo expliqué ya? No importa, repasemos. Lo que Say quiere decir es que si uno lanza al mercado cualquier cosa al precio adecuado, encontrará quien la compre. La capacidad de la demanda proviene del hecho de que para haber producido se debió haber comprado antes. La producción misma crea un mercado para la producción, de donde se deduce que basta con bajar los precios para que algo se haga atractivo. El juego de la oferta y la demanda creará un precio de equilibrio, donde no importa cuánto uno baje los precios, no encontrará nuevos adquirentes que mejoren la ecuación cantidad-beneficio. Al mismo tiempo, por encima de ese precio de equilibrio no se encontrará una mejor situación porque hará caer la demanda no compensada por mayor precio. De modo que, como toda mercancía, el trabajo —como usted ya sabe, los capitalistas no distinguen entre trabajo y fuerza de trabajo— tendrá su precio de equilibrio.

Si la acción sindical hace que el salario exceda ese precio de equilibrio, comenzará la desocupación. ¿Por qué? Porque la acción sindical al monopolizar el factor trabajo logra que sea remunerado por encima de su precio, violentando el libre juego del mercado. En esa situación, el capital se encuentra en problemas para continuar con la actividad económica, deja de invertir, aumenta la producción por medio de horas extras o invierte en máquinas que ahorren trabajo. Todo ello lleva a la desocupación, pero esto es "bueno" porque así el mercado fuerza a la baja a los salarios mediante la competencia entre los obreros, el trabajo se abarata y retorna la inversión y la ocupación asciende. Dar subsidios al desempleo equivale, en esta situación, a agravar las cosas porque mantiene una situación artificial. A la corta o a la larga, el precio del trabajo deberá retornar a

su "punto de equilibrio". Cuanto más tarde en hacerse, más doloroso será el ajuste y, por lo tanto, peor para los trabajadores. Por eso los liberales acusan a los sindicatos de "egoísmo corporativo", es decir, de pensar sólo en los miembros del gremio y no en los desocupados ni en el resto de la sociedad, que por diversas vías (caída de la demanda, precios elevados, inflación) sufre las consecuencias. ¿Por qué el precio del trabajo no baja y todo se reacomoda? Porque las regulaciones legales que los sindicatos (ayudados por los políticos demagogos) han logrado imponer hacen imposible que las fuerzas del mercado actúen. Para que estas fuerzas actúen, para que la desocupación pueda hacer su efecto sobre la clase obrera ocupada, es necesario desmontar esta estructura defensiva: hay que "desregular", "flexibilizar". Así, la oferta excedente de trabajo hará bajar su precio. Por un momento, a corto plazo, puede que su precio descienda por debajo de su precio de equilibrio, pero a la larga las renovadas inversiones de los capitalistas —que ahora ven que vale la pena ocupar obreros porque el trabajo está barato— harán que suba. Se habrá recuperado el equilibrio porque se habrá dejado actuar al mercado.

Si usted deduce que estos señores creen que en condiciones óptimas de mercado, es decir, plena flexibilidad, no existe la desocupación, está en lo cierto. En efecto, es así: para los economistas burgueses neoclásicos, la desocupación sólo puede ser "friccional", causada por pasar de un empleo a otro, o culpa de los trabajadores por exigir demasiado. Fuera de esta última situación, la desocupación sólo puede existir como un residuo causado por el "roce" de las partes de un motor: hasta cierto punto inevitable pero que debe tender a cero. Por eso los economistas neoclásicos (también los austríacos, aunque no los keynesianos) creen que la clase obrera ganaría mucho si se prohibieran los sindicatos; en última instancia, todas las conquistas legales de la clase son mera fantasía, pan para hoy, hambre para mañana, lo que quiere decir que los únicos culpables de la miseria son los propios obreros. ¿En serio me lo dice? Obvio, ¿qué esperaba que hicieran los apologistas del capital, sino dedicarse a demostrar que todo lo bueno del mundo depende de la acción del burgués y que todo lo malo sólo puede provenir de

los obreros? Como la burguesía tiene una visión paternalista de la clase obrera, suele disculparla señalando que las masas son ignorantes y, en última instancia, no es su culpa sino de algunos burgueses (políticos corruptos, empresarios fracasados, burócratas ambiciosos, militares inútiles) que aprovechan el descontento para obtener beneficios para sí, alentando a los obreros a exigir lo que no se puede. ¿Cómo llaman a esta situación? Sí, adivinó: ¡Fiesta!

En consecuencia, la flexibilización laboral puede llegar a convencer a muchos, como sucedió con la Inglaterra de Thatcher, con los EE.UU. de Reagan o en la Argentina de Menem. Cuando la flexibilidad se impone, la desocupación comienza a castigar duro a los ocupados. Los patronos tienen muchos modos para hacer sentir la tiranía del desempleo. Ya les conté la historia de mi tío, el *reborn worker*: nadie más fiel al patrón que el obrero que ha pasado por una larga fase de desocupación, que ha experimentado la angustia, la soledad, los apremios de la miseria, los efectos sobre su familia. Si lo echaron por alguna causa que directa o indirectamente pueda achacársele a él (como la acción sindical, por ejemplo), tratará de hacer más de lo necesario para que nadie se entere. Y si su patrón se entera, usará ese elemento para chantajearlo, recordándole a cada paso que él está dispuesto a pasar ese "detalle" por alto a cambio de que "se porte bien"… Es así que uno empieza a vivir con miedo, no quiere más problemas. Lo sé por experiencia propia. Uno se siente un paria en su trabajo, un muerto en vida, alguien condenado a vivir callado. Vivir con miedo, eso es ser un esclavo, le dice el replicante Roy al policía que lo persigue, en la bellísima *Blade Runner*.

Es cierto y todos los obreros lo sabemos por experiencia propia. Lo más paradójico es que cuando los economistas burgueses claman por la flexibilización, están exigiendo el fin de la "marginalidad", la "exclusión" y la "discriminación" para con los obreros que están desocupados porque la burocracia sindical, convenios colectivos mediante, impide que la economía se recupere y todos tengan derecho a un trabajo digno.

Conclusión: decir que la desocupación es una necesidad del capital es decir que la población sobrante es una necesidad del

capital. Decir que la población sobrante es una necesidad del capital es lo mismo que decir que la pobreza es una necesidad del capital. Los ricos aman a los pobres no sólo porque habrá quien limpie su mugre, quien cuide a sus chicos, quien construya sus casas, hasta quien se acueste con ellos (y ellas, no excluyamos ni discriminemos a la mujer burguesa), sino también porque mientras haya pobres, habrá un látigo con el cual castigar a quienes no quieren serlo.

2. Salud: paga y sobrevive (o por qué los ricos viven más y son más lindos)

La salud es la necesidad humana más inmediata luego de comer. Digo inmediata porque el que se enferma y no se cura, se muere. Pero enfermarse no es simplemente un hecho biológico. Es también un hecho social. Lejos de ser una maldición o una desgracia, la mayoría de las enfermedades de la mayor parte de la gente es evitable. Sus consecuencias pueden ser disminuidas o eliminadas o, en el peor caso, la sobrevida puede resultar soportable. Basta con tener dinero. Por eso decimos que toda enfermedad es hija del capital, el más letal de los virus que se haya inventado. Pero el capital no solamente se niega a curar a quienes no tienen dinero; el capital mismo *enferma*. La medida en que el capital enferma, deforma y mata a la mayor parte de la población (si no a toda) se descubre a poco que examinamos la relación entre la medicina y la sociedad. Vamos a empezar por la parte más obvia: la relación entre el trabajo (capitalista) y la enfermedad, para ir pasando luego hacia ámbitos donde el carácter asesino del capitalismo es menos perceptible.

Pobrecito el albañil…

Licencia poética es (lo sé gracias a una señora que me enseña literatura en los momentos más extraños, pero agradables) un permiso que se otorga al poeta a fin de mantener en su lugar la rima o la métrica —dos damas escurridizas—. Mi papá suele cantar algo que yo no sé cómo clasificar (una redondilla según Rosana, mi compañera), pero que habla de un albañil que se ha caído y una

pata se ha "rompido". Vale aquí como ejemplo de licencia poética: "rompido" por "roto". Atahualpa (no le digo "Don Ata" porque me da cosa) cantaba la milonga que cito en el epígrafe. Habla de un "pión" medio raro que tiene más de un hígado y un solo riñón. Aquí la licencia es entendible "el hígado y los riñones" no dan por métrica ni rima como "riñón" con "madrugón". Licencia poética no quiere decir falta de realismo. No, al menos en este caso en que ambas tienen por función retratar enfermedades profesionales.

La relación entre medicina y sociedad, más específicamente entre trabajo y enfermedad, es conocida desde hace mucho. El precursor de lo que tiempo después (muy mucho, diría mi Laurita) sería llamada "medicina laboral" es un veneciano del siglo XVII, Bernardini Ramazzini, autor de una obra titulada *De morbis artificum*, o sea, *De las enfermedades ocupacionales*.

Ramazzini formaba parte de una sociedad, la que con el tiempo devendría "italiana", que avanzaba por los límites del feudalismo y del capitalismo con un artesanado urbano muy desarrollado. Precisamente por eso Ramazzini admiraba las "artes mecánicas" y estaba preocupado por la salud de los artesanos, cuyos oficios estudió casi todos. La conclusión más importante que saca Ramazzini de esos estudios es que a las preguntas recomendadas por Hipócrates (y que cada médico debía hacer a su paciente antes de cualquier otra cosa) había que agregar una más: ¿cuál es su trabajo?

Benjamín Farrington, el autor al que sigo y cuyos libros recomendaré al lector fervientemente (nunca mejor elegido el adverbio), afirma que de una manera tan sencilla como ésta, Ramazzini anunció una innovación absolutamente revolucionaria que supera la ciencia y la práctica médica de los dos mil años que lo precedieron. ¿Por qué Ramazzini logra este avance fabuloso? Por una razón tan sencilla como la sencillez elogiada por Farrington: porque la medicina hipocrática era una medicina de clase, destinada a la clase de los amos, de los dueños de esclavos, de los ciudadanos que no trabajaban. La medicina hipocrática concebía la enfermedad como una alteración del equilibrio natural que debía restablecerse. Por eso el médico hipocrático estudiaba el medio en

el cual se encontraba el ciudadano: el agua, el aire, el clima, incluso el escenario político. Pero omitía el trabajo porque los ciudadanos esclavistas no trabajaban. Era una medicina esclavista (digamos, como defensa, que la medicina hipocrática recomendaba curas que no eran nada despreciables, tales como dormir en lecho blando, emborracharse —aunque no en exceso— y tener relaciones sexuales).

Lo cierto es que, aun con ciertos aspectos a tener en cuenta, la medicina hipocrática no se ocupaba del trabajo, porque el trabajo en Grecia era cosa de esclavos. Mala palabra. Ésa es la razón por la que la medicina dejó de ser una ciencia: por el desprecio al trabajo manual. Se abandonó la práctica de la cirugía y el estudio de la anatomía, transformándose todo en asunto de charlatanes (Platón incluido). Sólo en una sociedad donde el trabajo manual dejó de ser una maldición para ser considerado fuente de riqueza, como en ese momento de auge del artesanado, podía tenerse en vista otra forma de concebir la enfermedad.

Ramazzini era además un individuo sensible a la miseria y al dolor humano. Percibe que las enfermedades de los campesinos se deben a la miseria social en la que se encuentran, trabajando campos ajenos y careciendo de la alimentación necesaria. Reprende entonces a los estudiantes que han bebido del manual la idea antigua de que los habitantes del campo tienen una constitución más robusta que los de ciudad y, por lo tanto, pueden soportar remedios enérgicos. Idea que suele encontrarse todavía hoy bajo expresiones tales como "en el campo la vida es más sana". Esto resulta plausible, dice Ramazzini, si se recuerda que Virgilio y los poetas greco-romanos se referían a los campesinos propietarios, pero es un disparate si se levanta la vista del papel y se observa a los modernos campesinos en tierra ajena. Podemos imaginarnos a los doctores sapientísimos desangrando y purgando a una población desnutrida, y entenderemos por qué a los médicos se los suele apodar "matasanos". Dicho de otra manera, mal médico será el que no atienda a las relaciones sociales que construyen a cada persona y, por ende, a sus enfermedades. Veremos que el problema no sólo

sigue vivo sino que se ha agudizado. Si uno se remonta a la revolución industrial puede encontrar numerosos ejemplos. "¡Eso es viejo, muchachito! La industria moderna no tiene nada que ver con ese panorama. ¡Muéstreme otra prueba o cállese!", se enoja mi lector escéptico (hablando con la dificultad propia de quien posee unos caninos un tanto exagerados). Bien, allá vamos, a Italia, como para empezar.

Son los años setenta del siglo pasado (del XX, insisto). Italia se ha hecho presente en la historia argentina de maneras cambiantes a lo largo del tiempo: desde los marineros y comerciantes de la Colonia, hasta los arquitectos que llenaron Buenos Aires de una dudosa producción edilicia y albañiles que (como los de mi propia familia) hicieron lo que pudieron con las directivas de maestros como ésos; pasando por la actual fascinación que la península ejerce como destino laboral, sea uno futbolista (como Batistuta) o docente (como yo).

Hay una forma más indirecta, si se quiere, por la cual Italia aparece en nuestra historia reciente: como modelo de desarrollo. En efecto, durante los años sesenta y setenta Italia vivió un *boom* económico supuestamente basado en la pequeña y mediana industria. Digo "supuestamente" porque como el lector ya imagina qué voy a decir, se trata de un macanazo, sobre todo cuando se adjudica al supuesto sector "pyme" no sólo el rol de "motor" sino, además, de "benefactor" de la clase obrera. El "modelo" italiano sería el protagonista de una nueva ruptura industrial, como lo ha caracterizado un libro ya famoso, capaz de asegurar crecimiento económico y mejorar las condiciones de vida, salarios, etcétera. No resulta extraño, entonces, que las "pymes" argentinas enarbolen como programa el "modelo" italiano. No sorprenderá entonces a nuestro lector que yo me haya preocupado por observar bajo las apacibles aguas del Mediterráneo. No resultará extraño, tampoco, que el resultado no sea compatible con la imagen superficial. No lo digo sólo porque la expresión "milagro" económico italiano es un exceso notable (todo el mundo crece aceleradamente entre mitad de los cincuenta y mitad de los setenta —el llamado "*boom*

de posguerra"—, razón por la cual se cuentan por decenas los casos "milagrosos"), sino porque la causa de la expansión, el motor del "milagro", no está en las "virtudes pyme" sino en la capacidad de asesinar con impunidad. "¡Epa! ¡Más vale que sepa lo que dice, muchachito!"

La muerte obrera, así se llama el libro del cual voy a hablar. Publicado en italiano en 1978, es una "investigación sobre los homicidios blancos y los accidentes de trabajo". Muy interesante porque nos permite sumergirnos en la turbia charca del mundo de los accidentes laborales, más allá de las estadísticas oficiales, como siempre, muy alejadas de la realidad concreta: sólo 10% de los accidentes se registra; los que se denuncian. Pero hay más. El autor, Renzo Ricchi, nos aclara que aun cuando se registraran todos los "accidentes", la cifra sería inferior todavía porque la definición de "accidente laboral" es restrictiva en grado sumo: lo que sucede dentro de la fábrica (o sus inmediaciones).

Como veremos más adelante, la medicina laboral está en 1970 más atrasada que en la época de Ramazzini, cuatro siglos antes. Porque la vida "en la fábrica" es toda la vida para el obrero, ya sea porque vive cerca de la fábrica (y sus alientos lo persiguen hasta su propia alcoba) o porque los efectos de la disciplina laboral lo perseguirán de por vida, vaya donde vaya, bajo la forma de enfermedades, deformaciones, pérdida de capacidades visuales, auditivas, motoras, etcétera. De hecho, salvo para algunos casos en los que se reconoce el carácter profesional de una enfermedad, las enfermedades caen fuera de los problemas de los patronos por una sencilla razón: hay que probar que se produjo como consecuencia del trabajo. Los casos de accidentes son más fáciles de registrar y defender en tanto se producen dentro de la fábrica (o en sus inmediaciones). Aun así, muchos accidentes se producen antes de entrar o después de salir de la fábrica, pero como consecuencias de lo que pasa en la fábrica; el cansancio acumulado, las corridas al colectivo o al tren, el sueño, por dar ejemplos obvios y directos, provocan accidentes de todo tipo cuya vinculación con el trabajo que se diluye. ¿Parece una exageración? Veamos.

Según nos cuenta Ricchi, de las investigaciones se desprende que la consecuencia de los ritmos de producción, la monotonía de las tareas, el carácter peligroso de la mayoría de ellas, los cambios de horarios y turnos, las presiones permanentes y el clima de inseguridad da por resultado cuadros en los cuales se hacen presentes la fatiga psicofísica permanente, astenia, ansiedad, depresión, cefaleas, alteraciones del sueño, del apetito y de la vida sexual, disturbios orgánicos de tipo psicosomáticos, neurosis depresivas, fóbicas, enfermedades psicosomáticas como gastritis, colitis, úlceras, hipertensión arterial, alteraciones cardíacas y asmas. Ninguna o casi ninguna de estas enfermedades y cuadros críticos se reconoce como "laboral". De modo que poco podían decir en su defensa los obreros de una fábrica de electrodomésticos, Zoppas, que reventaban por la intensidad del trabajo, a tal punto que abandonaban la fábrica a los 32 años, es decir, entregaban a la patronal toda su juventud: agotamiento nervioso, disturbios sexuales, insomnio.

El compañero Renzo nos lleva a recorrer fábrica por fábrica donde comprobamos que "del trabajo (capitalista, diría yo) se muere". Los obreros mineros, por ejemplo, vivían rodeados de polvo malsano que aspiraban porque las empresas no querían gastar en aireadores y mascarillas adecuadas. Peor los que trabajaban en la industria química, amenazados por el cáncer provocado tanto por sustancias ricas en plomo (como las naftas), como por compuestos de la industria plástica, en especial el cloruro de vinilo. Un estudio de la Universidad de Bolonia demostró que quienes estaban dedicados a su producción (unos 100 mil en la Italia de entonces) sufrían disolución de áreas óseas en los dedos y el desarrollo de cáncer de hígado o riñón. De hecho, otra investigación encontró que en una de las grandes fábricas del sector, perteneciente a la empresa Goodrich, habían muerto ocho obreros de cáncer de hígado. El cloruro de vinilo penetra por los pulmones al respirar, disuelto en el aire. Calculaba el especialista consultado por Ricchi que 250 partes de gas por millón, de partes de aire, era una mezcla cancerígena, aunque en Europa se aceptaba hasta 500 partes por millón.

Vamos hasta la fábrica de confecciones Barilla. ¿Qué encontramos? Que el mundo de la música podría llenarse de beethovenes si se diera tiempo a los obreros a aprender música. No la podrían escuchar, claro, porque están sordos. Ya a una media de 6 años de trabajo en la fábrica comienza un proceso de dificultades auditivas crecientes; a los 10 se percibían claramente (valga la contradicción) los efectos de la sordera, la aparición de zumbidos, etcétera. El 65% de los obreros acusaban disminución auditiva en el sector de producción, lo que no extraña porque a 98% de ellos el ruido les resultaba intolerable. Un promedio de entre 10 y 17% de todos los sectores de producción sufría de zumbidos. El ruido no produce sólo eso: de 75 decibeles para arriba disminuye el calibre de los vasos arteriales y con el tiempo provoca úlcera, hormigueos, dolores musculares y alteraciones cardíacas. A 95 decibeles aumenta el diámetro pupilar en un 30%, afectando la vista.

Ni hablemos del calor, porque los obreros de la fábrica trabajaban a una temperatura muy por encima (en lugares específicos más del doble) de la recomendable. Resultados: desvanecimientos, calambres, golpes de calor en forma inmediata y descompensaciones cardíacas y várices a largo plazo. Los cambios bruscos generan bronquitis, resfríos, pleuritis y otras delicias. Ni hablemos del polvo o el efecto de los turnos sobre los ritmos de trabajo. El polvo produce eczemas y, a la larga, bronquitis crónica, además de las enfermedades que cada sustancia provoca por sí misma (el polvo de cartón, por ejemplo, importante en todas las secciones de empaque, genera conjuntivitis). En el caso de esta fábrica, 90% del polvo flotante era tan pequeño (entre 0,7 y 5 micrones) que no se veía y pasaba directamente a los alvéolos, la parte más profunda de los pulmones.

Del efecto de los turnos y cambios de horario hablaremos más adelante. Baste decir que en esta fábrica una de cada tres mujeres sufría de agotamiento nervioso. Todo esto era muy difícil de ver porque, además, la iluminación era deficiente. La iluminación escasa provoca fatiga visual, ardor en los ojos y dolores de cabeza: 30% de los obreros del sector confección sufría de cefaleas. Está

demostrado, además, que una mejora en la iluminación disminuye sensiblemente el nivel de accidentes (algo que debiera "sonar" obvio y "percibirse" fácilmente). ¿Posturas? Claro, trabajar quiere decir sobre todo hacer "gestos", es decir, movimientos codificados, regulados. El resultado de pasar horas en la misma posición repitiendo los mismos "gestos" tiene consecuencias obvias: hinchazón de piernas, dolor de espaldas y articulaciones, várices. Como si fuera chiste, los patronos echaron a varios obreros por exceso de días de enfermedad.

Nos vamos con el compañero Renzo a la región de Prato, corazón de la industria textil italiana con 1.300 "pymes" a un promedio de entre 10 y 15 obreros cada una, junto con unas 7.500 "artesanales" con dos o tres cada una. ¿Qué encontramos? Que esta estructura produce deserción escolar por el trabajo infanto-juvenil, explotación de mano de obra anciana, fases de elaboración no pagadas, evasiones contributivas, una alarmante casuística de accidentes de trabajo y enfermedades de tipo degenerativo irreversibles. Todo lo que vimos en Barilla aquí son niñerías; en fábricas viejas en las que incluso, ¡hasta llueve! En esta zona la explotación llega a límites sorprendentes, incluso para cánones latinoamericanos, con jornadas de entre 10 y 12 horas por día durante 6 y hasta 7 días a la semana. El "síndrome de fatiga" está aquí más presente que en cualquier otro lado: siempre están cansados.

¿Vamos a Brescia? Sociedad Pietra, metalúrgica. Entre otras cosas, en una investigación, sobre 1.458 obreros aproximadamente las radiografías demostraron que sólo 885 tenían el tórax normal; 223 tenían bronquitis y peribronquitis y 181 tenían enfisema pulmonar. Mirando orejas adentro, sólo 365 obreros tenían una audición normal. Sociedad Ideal Standard, cerámicas. El 20% de los trabajadores tiene una enfermedad que acorta la vida en 15 años: silicosis,entre otras cosas. Sociedad Lurano, mosaicos: la mitad de los obreros estaba afectada de saturnismo por intoxicación con plomo.

"¡Pero usted se fija en las ciudades, hombre! ¡Vaya al campo a ver si encuentra un enfermo!" Nuestro buen lector debe basarse en las apreciaciones de los organismos laborales italianos, que no han

detectado ninguna enfermedad laboral propia del campo. Bueno. Allí vamos. Es cierto que el número de obreros rurales accidentados se mantuvo estable en los años del *boom* italiano, tan cierto como que el número de los obreros rurales se redujo a casi la mitad, lo que significa que la tasa de accidentes se duplicó. ¡Pero estos son accidentes, no enfermedades! Bien cáncer de piel por excesiva exposición a rayos solares, zoonosis, cardiopatías, artrosis, etcétera. Enfermedades que provienen de largas permanencias en establos, del contacto frecuente con plaguicidas y agroquímicos, polvos vegetales, picaduras de insectos y enfermedades contagiosas o transmitidas por insectos, cambios climáticos, verminosis (sólo en Pisa, la mitad de la población agrícola estaba afectada por parásitos intestinales), ataques cardíacos (el trabajo rural es particularmente bruto), etcétera. Si quiere vamos al puerto y hablamos de benzolismo (contacto con solvente que genera leucemia en muchos casos), los problemas de reuma y columna.

¿Vamos a Venecia? Ahora le cuento por qué es triste Venecia; no porque tú no estás (refiriéndose la canción a una bella señorita), no. Por Porto Marghera, entre otras cosas, que es el núcleo de la industria petroquímica italiana, una investigación en 1969 arrojó como resultado que en la atmósfera de Marghera, Mestre y Venecia flotaba anhídrido sulfuroso y sulfúrico, sulfatos, óxido de nitrógeno, anhídrido nítrico, anhídrido fosfórico, ácido sulfhídrico, fluoruro y ácido fluorhídrico, cloro y ácido clorhídrico, metales de calcio, aluminio, hierro, cobre, compuestos fenólicos, etcétera. Se entiende por qué los edificios de Venecia—que resistió a todo a lo largo de mil años, incluyendo los turcos— se estaban desgranando por la acción del capitalismo italiano, pero lo que los conservacionistas suelen olvidar es que si el ácido destruye los edificios, probablemente haga algo parecido con otro tipo de estructuras, los niños, por ejemplo. Un análisis en mil niños de la zona reveló que el 50% estaba afectado, en Mestre, de otitis aguda, 9,7% de otitis purulenta y 58% de bronquitis aguda. En Marghera, el cuadro daba 48,5%, 10,4% y 54,8%. En Venecia, 44, 5% y 33%. De modo que cuando el obrero sale de la fábrica, la fábrica lo sigue hasta su casa.

El lector me disculpará si me abstengo de detallar las dos páginas con el breve relato de los "accidentes" (¿ya puedo usar comillas?) de las fábricas de la zona (como liberación de gases contaminantes, por ejemplo), especialmente de Montedison. No resulta increíble que la mayor contaminación surgiera de las instalaciones más nuevas. Una de las razones es fácil de entender: las fábricas se abren con una capacidad, determinada. Los aumentos de la demanda permiten no sólo utilizarlas al máximo de su capacidad, sino incluso ir mucho más allá. El lector ya sabe: abaratamiento del capital constante. La tasa de ganancia se incrementará a costa de la seguridad y la salud de los trabajadores. Los gases contaminantes afectaban a toda la ciudad, de modo que el trabajador se enfermaba también en su casa. Como toda medida para resolver el asunto, la Inspección de Trabajo de Venecia en lugar de buscar la descontaminación de la atmósfera del pueblo propuso dotar a todos los trabajadores del pueblo de Marghera —unos 50 mil— de máscaras antigás. Maravilloso; comer con máscaras antigás, hacer el amor con máscaras antigás, los niños en el colegio, sentaditos en los bancos, tratando de adivinar lo que está escrito en el pizarrón a través de sus máscaras antigás. Maravilloso. ¿Quiere que hablemos de la FIAT? ¿De Pirelli? Seveso, vamos a Seveso. ¿No quiere? ¡Ah! Sabe que no le conviene…

Bueno, no debe de ser tan malo, si lo soportan. No deben sentirlo así, dirá algún escéptico masoquista que insiste en leer este libro. Veamos lo que le respondieron a nuestro amigo Renzo los obreros de la fábrica San Remo, cercana a Padua. Preguntados sobre si creían que los tiempos y horarios de trabajo en la fábrica generarían consecuencias negativas a largo plazo para ellos, más de la mitad respondió que sí y sólo 10% que no. Sobre los efectos anímicos, la encuesta arrojó que de más de 1.400 encuestados el 60% se sentía nervioso, 27% irritable, 11% desganado, 19% deprimido, 27% preocupado y sólo un 15% "normal". El 70% sentía que el trabajo destruía su personalidad, mientras que la mitad de los obreros tenía pocas ganas de encargarse de los problemas de su familia, 35% tenía pocas ganas de estar con amigos, 36% no tenía ganas de leer, 50% de

divertirse en general, 20% no quería saber nada de compromisos sindicales, etcétera. No resulta raro. En Italia, para la fecha de la cual hablamos, había más pensiones por invalidez que por antigüedad. A lo que había que agregar las "muertes lentas": el 48% de los trabajadores moría antes de la edad de pensión. También habría que recordar el masivo fenómeno de envejecimiento precoz.

Luego de este viaje al pasado con mi amigo Renzo nos sentamos a tomar un buen vino italiano. Comenta, apesadumbrado, que el milagro económico italiano es la causa de esta situación, que son los ritmos de producción, las posiciones incómodas, la saturación de los tiempos, la presión, lo que causa los accidentes; y que la contaminación y las enfermedades se entienden en el contexto de una patronal ignorante y ambiciosa y las fallas de la clase política italiana. Por eso descree del argumento de la "fatalidad". Asiento. Señala que no es cuestión sólo de exigir el saneamiento de las fábricas; los patronos utilizan esa excusa para poner plantas nuevas que reducen el personal. Matan dos pájaros de un tiro: aumentan la explotación y aparecen como comprometidos con la ecología. Asiento una vez más. Gran tipo este Renzo. Pero ahora empieza a despotricar contra el "modelo" económico que es el "milagro" italiano y ya no puedo asentir. Me ha enseñado tanto, sin embargo, que prefiero no discutir con él y guardarme mis opiniones al respecto para más adelante. El vino está bueno, para qué arruinarlo.

"¡Usted hace trampa! Es Italia en los setenta. Un caso". Bueno, *karoshi*. ¿Qué es esto? *Karoshi* es una palabra japonesa que puede traducirse como muerte repentina por exceso de trabajo, en Japón. Como corresponde, los patronos japoneses no reconocen la existencia de tal cosa y los jueces sólo fallan a favor de los parientes (porque el fulano en cuestión ya fue) en un porcentaje ridículo. Es un problema que afecta todos los oficios, incluso a los gerentes, y que tiene que ver con la espectacular intensidad del trabajo y la no menos espectacular extensión de la jornada de trabajo en Japón. La jornada de trabajo en "el país del sol naciente" (y desde ahora, de la muerte obrera por excelencia) se extiende más allá de las

cuarenta semanales, constituyendo el país de mayor duración de la jornada de todo el "primer" mundo.

Pero además, los obreros japoneses son obligados a realizar horas extras y a renunciar a las vacaciones. En el caso de los empleados, muchas de las horas extras no son pagadas puesto que se "espera" que el empleado "muestre" su voluntad hacia la empresa disponiendo de su tiempo libre con generosidad (para la empresa). Mientras en EE.UU. los obreros trabajan hasta unas 192 horas extras por año, 117 en Gran Bretaña, 83 en Alemania, en Japón los obreros trabajan hasta reventar 244 horas. Y éstas son estadísticas oficiales a las que habría que agregar el trabajo extra "fantasma", es decir, que no aparece registrado como tal ya que son "muestras" de "buena voluntad". La jornada de trabajo real de los obreros japoneses supera largamente las diez horas de trabajo. El milagro japonés tiene una base bastante menos "milagrosa": la destrucción física de los obreros japoneses.

Parece que la Fundación Favaloro acaba de descubrir que el infarto, el preinfarto y la muerte súbita podrían ser prevenidos con sólo estudiar el síndrome de agotamiento vital, que según los doctores se descubre observando la pérdida de energía, el aumento de la irritabilidad y un "sentimiento de desmoralización". Las estadísticas muestran que entre la gente que trabaja el mayor número de infartos se da los lunes en la mañana, y que los episodios coronarios agudos entre los hombres tienen por causa dificultades en el trabajo. Los investigadores de la Fundación dicen que llevará años establecer las relaciones entre el síndrome y los episodios coronarios, sobre todo porque demandan mucho dinero y será difícil sacarles un peso a los laboratorios para "un estudio que no apunta a producir una droga". Sugiero a estos amables doctores (lo digo sin ironía) presten atención al compañero Ramazzini o busquen ayuda en sindicatos japoneses.

"¡Señor! Se sabe que los japoneses son, como todos los orientales, gente sufrida y sumisa. No vale como comparación", continúa protestando ahora el Conde disfrazado de sociólogo de gran multinacional. Bien, qué le vamos a hacer. Cierta gente es dura

de entendederas. Aclaro que podría hablar mucho más sobre los obreros japoneses; lo que di como ejemplo es simplemente eso, porque las condiciones de trabajo en las empresas más importantes no tienen punto de comparación con las de los obreros de las terciarizadas. Pero vamos a atacar esa idea de que a los japoneses les gusta trabajar. Tengo un amigo japonés... Y sí, uno tiene amigos en todas partes. Muto Ichiyo, se llama. Japón es, no hay que olvidarlo, un país donde flota la sombra de EE.UU.; lo que quiere decir, concretamente, de la bomba atómica. Es el único país —por ahora— que ha comprobado que $E=mc^2$ es algo más que una formulita graciosa para póster de chico listo. La miseria y la degradación de la clase obrera japonesa en los años de posguerra y durante la ocupación americana difícilmente puedan compararse con otras experiencias. Es una población aterrorizada que, sin embargo, protagonizó luchas heroicas que los publicistas del capitalismo gustan barrer bajo la alfombra, como las que tuvieron lugar durante la ocupación norteamericana.

En esos tiempos de miseria, la clase obrera japonesa desarrolló una capacidad organizativa notable. En un sólo año, entre 1945 y 1946 el Sambetsu (la Confederación de Sindicatos de Industria) pasó de la nada a 1.600.000 afiliados. ¿Dirigidos por quién? Por los comunistas. ¿Comunistas en Japón? Sí. Estamos en todos lados. La reacción de la patronal japonesa consistió en el cierre de las fábricas. ¿Y qué hicieron los obreros japoneses? Las tomaron, pusieron a los directivos bajo su control, las reabrieron y relanzaron la producción. ¿Ah, usted cree que eso sólo pasa en Argentina, donde los obreros son vagos? No sea tonto. Eso pasa en todo tiempo y en todo lugar donde la burguesía reconoce que no puede sostener la vida. Fuera de la fábrica las masas japonesas establecieron el control del reparto de los alimentos y del sistema de racionamiento.

¿Le sigue sonando "piquetero"? De eso se trata, claro. Para 1947 el movimiento obrero ya sumaba 5 millones de afiliados y preparaba una huelga general política que fue impedida por las fuerzas de ocupación, lo que no impidió que un gobierno socialista ganara

las elecciones de ese año. Las debilidades propias del reformismo hundieron el gobierno socialista, dando paso al crecimiento electoral del Partido Comunista, que llegó a los 3 millones de votos. Fue allí cuando comenzó, apoyada en las fuerzas de McArthur, la "purga roja": la eliminación de los militantes comunistas y su influencia sindical y política. Se suprimieron la libertad de expresión y de reunión, se prohibieron las huelgas en el sector público y se proscribió el Partido Comunista. Muy democrático todo. Se desencadenó una ofensiva sobre los trabajadores con una política de austeridad extrema que provocó quiebras en cadena, salvo un conjunto de monopolios elegidos, favorecidos por los bancos estatales. La desocupación se incrementó en forma explosiva, pero fue enfrentada por un proceso huelguístico extremadamente combativo, reprimido con sangre por las tropas norteamericanas de ocupación. La derrota de algunas huelgas clave y el clima represivo anticomunista hicieron el resto. Los japoneses se transformaron en algo parecido a lo que nos cuentan a fuerza de dos guerras mundiales, fascismo, dos bombas atómicas y una represión generalizada durante cinco años seguidos entre la Segunda Guerra y la guerra de Corea.

Cuando llegó el crecimiento económico de los cincuenta y sesenta, la clase obrera japonesa estaba completamente exhausta. Todavía en los setenta la Zengakuren —la organización de los estudiantes japoneses— protagonizará contra el renacimiento del imperialismo japonés, a propósito de la guerra de Vietnam, manifestaciones de más de 500 mil personas, sufrirá más de 14 mil arrestos y se pronunciará contra la universidad burguesa. Reprimido con sangre como en México, como en Argentina, como en Francia, el movimiento estudiantil volvió a su cauce no sin antes demostrar la gigantesca capacidad de combate de un pueblo que algún día sorprenderá al mundo con algo más que kamikazes, emperadores ridículos y autos baratos. ¿Se entiende ahora cuál es la base del "milagro" japonés?

Pero bueno, vayamos a Alemania, porque usted quiere un capitalismo "moderno", "laico", "democrático", "socialdemócrata". Tenemos

amigos allí también. En particular uno, un periodista muy especial, Günther Wallraff. Digo que es un periodista muy especial porque hace cosas muy extrañas. Para empezar, denuncia. Ya es algo que escapa a buena parte de los cagatintas de los grandes medios. Pero además, no denuncia a cualquiera; denuncia al poder mismo (otra chorrera, valga la expresión, de cagatintas que queda afuera). Va hasta el fondo (cada vez quedan menos). Pone el cuerpo (quedan dos o tres). Expliquemos: Wallraff es un periodista *free lance* que hace investigaciones que ponen en evidencia toda la mugre que la burguesía alemana (y sus empleados del partido socialdemócrata y buena parte de los sindicatos oficiales) prefiere ocultar bajo la alfombra. Conozco de su autoría dos libros maravillosos, comparables sólo con los de Rodolfo Walsh. Aclaro que tengo por Walsh la más grande de las admiraciones (si se puede decir así) y creo que supera a Wallraff porque su pelea no era individual sino colectiva, era un militante político. Aclaro también que esta diferencia puede deberse más que a los personajes en cuestión, a los marcos sociopolíticos en los que actúan: la relativa pasividad de la clase obrera alemana, la hiperactividad de la clase obrera argentina. Asuntos aparte, estos libros de Wallraff me siguen pareciendo maravillosos. *El periodista indeseable* reúne una serie de investigaciones sobre el trabajo en Alemania de los que daremos cuenta ahora. Pero el que me resulta particularmente impresionante es *Cabeza de Turco*: un alemán se disfraza de turco para investigar cómo se trata a los turcos en Alemania. Fascinante.

Vamos por partes. Wallraff trabajó como obrero de fábrica antes de ser periodista. Una de sus "investigaciones" es, precisamente, el trabajo en una fábrica donde debe limar chapitas y alisar arandelas. Estamos en 1966. La descripción, que pertenece a *El periodista indeseable*, resulta interesante: el trabajo es monótono, el salario es bajo y mentiroso (porque al comienzo se promete que el sueldo inicial crecerá rápidamente) y los accidentes están inscritos en la lógica del proceso de trabajo, en tanto se trabaja a destajo; y por consiguiente, si hay algún accidente menor es mejor no ir a la enfermería para no perder tiempo. Los resultados del trabajo se hacen sentir enseguida: las manos tiemblan, los dedos pierden la sensibilidad

(y las uñas). Lo estafan: le dicen que trabajará sobre 15 mil piezas y resultan ser 15.300. Las 300 se las cuentan como desecho (para él, pero no para la empresa). Cuando se va de la empresa, le hacen una encuesta para averiguar por qué los obreros no soportan más de algunas semanas, acaso meses. Ninguna pregunta alude al carácter monótono y extenuante del trabajo y al bajo salario.

Otra fábrica. Ahora una cadena automotriz. Otra vez trabajo sin sentido. Otra vez trabajo a reventar, con obreros jóvenes que parecen viejos. Otra vez largos viajes para llegar a casa y gastar buena parte del tiempo en reponerse de las consecuencias del cansancio. El mismo desinterés de los obreros en la política y en cualquier actividad "cultural". ¿Con qué beneficio? ¿En qué momento? Otra vez las horas extras, las jornadas sin límite. ¿Esto no tiene que ver con la salud? Vamos a Melitta, entonces. Sí, la de los filtros de café. Estamos ya en 1972.

En Melitta, el sistema de trabajo y de sueldo está ligado a la disminución de las ausencias por enfermedad, porque en caso de enfermarse el obrero pierde la prima mensual y debe trabajar un período equivalente al de la licencia durante el cual no acumulará puntos para la prima. Según el amigo Wallraff, la publicación oficial de la empresa declaraba que "cualquier alemán, hombre o mujer, tiene el deber de estar en buena salud". El dueño, un tal Bentz, prohibía fumar a los obreros con la excusa de la salud; idea que defendía con su propio ejemplo, hasta que compró una fábrica de cigarros. Vacaciones recortadas, clima de control, trabajo extenuante, accidentes de trabajo que es mejor no denunciar. Algo lógico, si es cierto, que uno de los directivos señaló que "las personas a los que les duelen los pies, los paralíticos… son indeseables entre nosotros". No extraña nada, entre otras cosas, porque la empresa tuvo fuertes relaciones con el nazismo (fue condecorada por el régimen), empleaba trabajo forzado de rusos y polacos y, luego de la guerra, a ex SS. Durante el nazismo expulsaba a los obreros que compraran en las tiendas de judíos e insinuaba que no había que hacer excepción de los niños judíos, porque tarde o temprano se convertirían en judíos adultos. Para que nadie se dijera distraído,

se publicaron las listas de tiendas judías de la ciudad: ninguno de los que aparecieron en ellas sobrevivieron al Tercer Reich. No es un caso excepcional; en la industria alemana buena parte del personal directivo de las empresas se recluta de ese pasado. Menos extraño resulta entonces que Wallraff denuncie un clima de represión permanente en la fábrica Melitta, algo que no deja de ser curioso dado que uno suele tomar café cuando está entre amigos para charlar y relajarse.

¡Hombre! ¿Y eso qué tiene que ver con la salud? Nada. Salvo que uno considere "salud" cualquier cosa que no tenga que ver con la cabeza. Salud mental, que le dicen. Pero usted quiere sangre. Bueno. Ahí va. Seguimos en Alemania. 1985. Günther se disfraza de turco. *Cabeza de turco*. Lea ese libro, por favor. Emociona. Duele. Da bronca. Sentimientos revolucionarios. Léalo querido lector: una violenta pasión le hará temblar de rabia y sentirá que no puede dejar que el mundo siga siendo así. Ojalá este libro que estoy escribiendo llegue a generar un sentimiento que se le parezca, aunque más no sea remotamente. Pero vamos a Alí, que así se llama ahora nuestro amigo alemán trastocado en turco, peluca y lentes de contacto negros mediante.

Primeros trabajos: Alí es contratado por unas señoras alemanas para trabajar en una granja. Cavar zanjas, limpiar pozos y otras bellezas durante diez horas diarias a cambio de casa (un auto abandonado y un galpón derruido eran las alternativas) y comida, aunque se le había prometido "algún dinero" que nunca apareció. Debía vivir oculto todo el tiempo para escapar de las miradas de los "vecinos". McDonald's: Alí consigue trabajo en un local de nuestra conocida hamburguesera. Lo que todos cuentan en casi todos los países del mundo: el calor de las parrillas, las quemaduras frecuentes en las manos, horarios que se estiran y un ritmo de trabajo agobiante. El salario es el mismo que en el resto del mundo: bajo. Alí cambia de empleo, ahora en la construcción y se transforma en uno de los 200 mil turcos, yugoeslavos, griegos y paquistaníes ilegales que son objeto de tráfico cuasi-negrero. Trabaja diez horas por día (en la práctica serán más) para una "empresa"

subcontratista que ofrece los trabajadores a empresas formales, recurso corriente por el cual la firma "legal" y conocida arregla un contrato con una "empresa" que aporta sólo la mano de obra. Esta subcontratista infringe todas las disposiciones legales y ofrece trabajadores desprovistos de toda protección sindical, normalmente inmigrantes indocumentados a salarios bajísimos. Si hay algún problema legal, todo recaerá sobre la subcontratista. Si hay accidentes, se da de "alta" a los trabajadores con forma retroactiva. Si no pasa nada, se ahorran el seguro. Las "subcontratistas" son ilegales pero nadie las controla y una verdadera mafia las protege. Una táctica común es la de cambiar de nombre permanentemente. Lo curioso es que estas empresas reclutan también trabajadores clandestinos entre los mismos alemanes, a quienes se amenaza de juicio por calumnias si denuncian la situación. Wallraff da un ejemplo de cómo se enriquecen estas empresas que dominan la contratación de la mano de obra en la industria de la construcción: las empresas formales pagan 33 marcos al día por obrero, mientras el obrero recibe sólo 8 ó 10. La diferencia queda en manos del subcontratista. Mientras el fulano hace fortunas, a Alí le toca otra vez trabajo duro y peligroso y salario escaso. Lo echan cuando lo peor ya ha sido hecho. Pero la historia no termina allí.

Lo peor de la odisea de Wallraff/Alí llega cuando entra en relación con uno de estos contratistas apellidado Adler. Su primer trabajo con este fulano (que espero se pudra en la cárcel) es para limpieza de instalaciones en una fundición de Thyssen. Alí (Wallraff) va a tragar toneladas de polvo en zonas vedadas a la permanencia de personas sin máscaras antigás. Los obreros pueden morir por inhalación de gases peligrosos, pero si escapan a ese destino tendrán que lidiar con las consecuencias del "polvo". Wallraff toma un puñado y lo hace analizar: astato, bario, plomo, cromo, hierro, gadolinio, cobalto, cobre, molibdeno, niobe, paladio, mercurio, rodio, rutenio, selenio, estroncio, tecnecio, titanio, vanadio, wolframio, itrio, zinc y circonio. Todos extremadamente nocivos, que generan cánceres, malformaciones en la descendencia, lesiones en los sentidos, etcétera. Una fuerte contaminación con mercurio

destruye el sistema nervioso y reduce el tamaño del cerebro en 35%. El puñado de polvo que Wallraff hace analizar contiene ochenta veces más mercurio que el límite de peligro, y 200 veces más plomo que el mínimo tolerable. Falta, espere que falta.

Alí trabaja, siempre para Adler, en la limpieza de una central atómica. ¿Es necesario que le cuente que los trabajadores terminan radiados por encima de los máximos tolerables? ¿Es necesario que recuerde que entre los trabajadores de las centrales inglesas, el número de los obreros que desarrollan cáncer de próstata y fallecen es ocho veces el promedio nacional? ¿Que lo mismo sucede con las obreras en relación al cáncer de ovario y vejiga? ¿Que está calculado de que cada mil obreros utilizados en el reemplazo de las barras de las centrales morirán seis u ocho seguro? Lea, mejor, el libro de Wallraff y verá cómo Adler se presta a entregar a seis turcos para una "limpieza" mortal en una zona donde la radiación será definitiva. Cómo incluso se compromete a sacarlos luego del país para que no puedan alegar nada contra la empresa nuclear. Total, morirán de cáncer, de leucemia, en alguna montaña perdida de Turquía. Como son ilegales, se los puede forzar a cualquier cosa. Como no dejan ningún documento escrito que testimonie su presencia, no podrán probar nada.

Mientras tanto, con el sistema de contratistas, las grandes empresas Thyssen (la de las escaleras mecánicas de los subterráneos de Buenos Aires), Mannesman, Krupp y otras despiden a los obreros permanentes y los reemplazan por "tercerizados", a los que les pagan una miseria por jornadas interminables, trabajo a destajo, estafas en el pago de los sueldos sin ningún tipo de seguridad social y expuestos a las peores condiciones. En sus instalaciones se encuentran todos los letreros necesarios según ley, todos los indicadores exigidos según ley, como para que si a alguien le pasa algo la empresa pueda decir "nosotros cumplimos", arréglese con la contratista. La contratista desaparece, cambia de nombre, y si te he visto, no me acuerdo.

Mientras tanto, los turcos mueren tanto como los alemanes más pobres, que sufren las mismas condiciones. Allí aparece el racismo

para volver a unos contra otros, para que no se vea que la suerte de ambos es el resultado de la acción del mismo criminal: el capital. De paso, nos dice mucho sobre el "milagro alemán" y nos deja bien en claro en qué medida la competitividad alemana depende más de la mano de obra hiperexplotada, que de la tecnología y la educación alemana. El "milagro" alemán es en realidad la expresión eufemística de la muerte de turcos, yugoeslavos, españoles y tantos otros inmigrantes sin los cuales Alemania no existiría. Lo que incluyó siempre a un porcentaje de los obreros alemanes occidentales y, ahora, a los alemanes del Este. ¿Quiere que le cuente?

"Señor, EE.UU. He allí el mejor capitalismo; el capitalismo por excelencia. ¡No me hable de otra cosa!" Bien, allí vamos. Usted sabe que en todos lados tengo amigos. Asbestos, amiantos. Cosa peligrosa: el amianto (una variedad de asbesto) utilizado en la construcción, las pastillas de frenos, etcétera, es productor de cáncer de pulmón, mesothelioma, asbestosis y otras lindezas por el estilo. Según se calcula, en EE.UU. unos 27 millones y medio de personas estuvieron expuestos entre 1940 y 1979 al trabajo con asbestos, lo que significa que hacia el 2012 dos a tres millones de personas podrían desarrollar cáncer u otros problemas de salud por su exposición al mineral. Que el asunto es serio y no cosa de zurditos histéricos y ecologistas enloquecidos lo demuestra el que a partir del juicio testigo contra la empresa Mansville, en los años setenta, uno de los líderes mundiales de la producción de asbestos, se ha desatado una crisis mundial en el sector por la oleada de juicios contra los industriales del amianto; a mitad del año 2001 la compañía dedicada a gestionar las indemnizaciones de Mansville, el Mansville Personal Injury Settlement Trust, había recibido ya 507.681 presentaciones de demandas. Se calculaba que recibiría todavía entre 1,5 y 2 millones de denuncias más. La presentación de demandas se acelera porque las empresas del amianto se declaran en quiebra ante las previsiones de los juicios. Según Standard&Poor's ya habían pedido concurso preventivo unas 21 empresas del sector.

Bueno, pero finalmente la pagan; el sistema no es tan malo después de todo —intenta argumentar nuestro amigo Conde creyendo que todo puede arreglarse con plata—. Habría que recordar que quien recibe la indemnización es el sobreviviente, no el afectado, que, o ya está muerto o tendrá una vida terrible. Pero aun así, no es tan sencillo. Las empresas del sector combatieron desde un comienzo toda publicación científica sobre los efectos del asbesto, algo que se sabe desde los años veinte. Ya en 1932 los obreros habían iniciado una acción judicial contra la firma Mansville, pero recién en 1962 los epidemiólogos concluyeron de manera definitiva lo que los trabajadores ya sabían acerca de los efectos del asbesto. Es más, la correspondencia de la compañía Mansville demostró que las empresas del amianto se habían confabulado para no informar a los trabajadores afectados sobre la situación. Lo peor es que el asbesto penetra por los pulmones, de modo que el polvillo que los obreros transportaban consigo de vuelta a casa, enfermaba también a su familia. Recuerdo haber visto por televisión un documental en el cual la esposa de un obrero muerto de cáncer contaba cómo su hijita, que esperaba a su padre a la puerta de su casa y corría a abrazarlo al llegar del trabajo, enfermó y murió también de cáncer al aspirar el asbesto que su padre traía en las ropas. Luego del reconocimiento definitivo de los efectos del amianto, desde los sesenta una conspiración mundial trata de sepultar todo; ya sea dificultando la difusión de los resultados de investigación como tratando de salvar parte del negocio, afirmando que el amianto blanco (crisotil) es poco o nada peligroso y que se puede manipular con cuidado. Particularmente en los países productores, Brasil, Canadá y Sudáfrica, la presión es enorme.

Uno debiera pensar que tipos como estos industriales son criminales y que debieran ir tras las rejas, pero, como comprobaremos en capítulos siguientes, la ley no es pareja. Todo lo contrario, las compañías pagan gigantescos estudios de abogados y tienen influencia a través de la publicidad y el gobierno. Los jueces fallan a favor de las empresas o, si no pueden, buscan salvarlas de la crisis. Desde mediados de los ochenta, los juicios comienzan a dar

resultados, lo que lleva a las compañías a elaborar estrategias para evitar la avalancha. En 1982, Mansville se declaró en quiebra. En este caso, el juez decidió dividir la empresa en dos: una renovada y separada de los juicios (como si no tuviera nada que ver) y otra, la ya citada Mansville Personal Injury Settlement Trust, que se encargaría de todos los juicios, fundada con recursos de seguros y deducciones de impuestos. Se dotó al Trust de 2.500 millones de dólares para indemnizaciones, suponiendo que no se presentarían más de 100 mil casos. Sólo hasta junio de 1990 se habían presentado ya 155 mil casos. El Trust se quedó sin plata. He aquí que el nuevo juez, en lugar de exigir a Mansville y a las aseguradoras más dinero, decidió que las compensaciones eran demasiado generosas y las recortó 20%. Podríamos seguir contando los abusos judiciales y legislativos contra las víctimas, las tramoyas que inventan los abogados, pero me parece que sería abundar en exceso con algo que resulta obvio: lo que importa es salvar a las compañías, no a la gente. Y si no, mire *Erin Brockovics*.

Que esto es rigurosamente así queda comprobado al ver a Canadá, el "civilizado" país del norte, presionando a gobiernos como el coreano o el francés. Al primero para que retirara los rótulos que señalaban el peligro del amianto canadiense importado; el segundo por haber prohibido el uso y el comercio del amianto desde 1997. No curiosamente, en el caso francés Canadá apeló a la Organización Mundial del Comercio en nombre de la "libertad de comercio". Con Tony Blair le fue mejor: Canadá se comprometió a respaldar a Gran Bretaña por la "vaca loca" mientras recibía apoyo por el amianto. Lindos los chicos, lindos… Mientras tanto, por los intersticios del sistema la verdad se va colando: ya en Brasil, el quinto productor mundial, hay organizaciones de víctimas y juicios exitosos, como el que condenó a la empresa Eternit a indemnizar a un obrero.

"Bueno, pero se trata de un sector, un tanto irresponsable, pero un sector al fin. No me va a decir que en EE.UU. la clase obrera la pasa mal... ¿No tiene algún indicador general, en lugar de tanta casuística?" Si no fuera porque es un chupasangres, hasta me caería simpático este Conde dientudo. Porque en última instancia,

sus argumentos tienen cierto ingenio. Pero la realidad no es para reírse; en el paraíso capitalista se estima que para mantener el nivel de vida en 1973, los norteamericanos debían trabajar 245 horas más por año. Es así que el tiempo de trabajo no deja de aumentar en EE.UU., según la OIT: de 1.883 horas por año en 1980 a 1.966 en 1997. Entre los casados y los que son padres de hijos de menos de 18 años, llega casi a 51 horas por semana. "¡Pero a los yanquis les gusta, hombre!" No crea. Según encuestas, la proporción de estadounidenses que querrían trabajar menos pasó de 47% en 1992 a 64% a fines de la década. El economista del cual tomamos los datos, un amigo llamado Schor, explica que los yanquis trabajan más porque su empresa no les deja otra opción (20%) o para cubrir los gastos (46%). Schor cuenta también que un asalariado de cada cinco reconoce estar coaccionado a cumplir horas extras por semana sin previo aviso. No es extraño que el principal problema conyugal de las parejas estadounidenses sea hoy la falta de tiempo. ¿Consecuencias en la salud? Imagínelas usted, pero vaya buscando estadísticas de estrés y ataques cardíacos; mientras tanto le tiro algunos datos: cada año mueren por accidentes 6 mil obreros en sus lugares de trabajo, mientras entre 50 mil y 70 mil mueren anualmente por enfermedades ocupacionales. El organismo encargado de vigilar a las empresas, la Occupational Safety and Health Administration (OSHA) no puede controlarlas efectivamente: todo el sistema de control sólo tiene 2.300 inspectores para cubrir a 102 millones de trabajadores en casi siete millones de lugares de trabajo, o sea, un inspector cada 44.348 trabajadores. Le tomaría, calcula un amigo yanqui, unos 110 años inspeccionar cada lugar de trabajo al menos una vez.

Puedo darle algunos datos más de un amigo norteamericano que encontré en Internet. Según Steve Kangas, estudios publicados en el *British Medical Journal* examinan los cincuenta estados de los EE.UU., comparando la desigualdad en el ingreso y la salud de la población. ¿Qué concluyeron estos estudios de dos universidades norteamericanas, Harvard y California? Que cuanto mayor es la brecha entre ricos y pobres, mayores son las posibilidades

de enfermar y morir joven. Pero hay más; esta medición, que demuestra la coincidencia entre el tamaño de la brecha entre ricos y pobres y la salud, también demuestra la coincidencia de dicha brecha con tasas de desempleo, volumen de la población carcelaria, cantidad de gente viviendo de *food stamps* y cantidad de personas sin cobertura médica. Los estados con mayor distancia de ingresos eran también los que gastaban menos por persona en educación y cuyos colegios tenían menos libros por estudiante. No sorprende entonces que fueran los estados con peores resultados escolares, con mayor cantidad de niños nacidos con bajo peso, con las más altas tasas de homicidios y crímenes violentos y otras lindezas por el estilo. ¿Qué prueban estos estudios? Probablemente algo que los propios investigadores no se propusieron descubrir —y que tal vez ni sospechen—: que donde la clase obrera es más explotada, peores son las expectativas de vida. Lo peor es que la distancia entre ricos y pobres viene aumentando en forma sostenida desde hace veinte años en todo EE.UU., agravado por el hecho de que la mayoría de los trabajadores norteamericanos está viendo degradarse o incluso perderse su seguro médico. ¿Los que trabajan en empresas chicas? No. El 32% de todos los trabajadores no asegurados en el 2001 eran empleados de grandes compañías, porcentaje que superaba largamente el 25% de 1987.

El "modelo social europeo". Usted quiere un ejemplo de un capitalismo, bueno, me voy a ocupar del asunto cuando hable del reformismo, en el tomo tres, pero le paso un dato: en Francia la tasa de mortalidad prematura de los obreros es 2,7 veces más elevada que la de los burgueses. ¿Qué es la tasa de mortalidad prematura? La que resulta del cálculo de los muertos antes de los 65 años. Tengo las cifras mundiales a diciembre de 2003. El informe de la OIT para ese año denuncia que 270 millones de trabajadores son víctimas de accidentes de trabajo, por año, por supuesto. Otros 160 millones contraen enfermedades profesionales, mientras unos dos millones de trabajadores mueren en el ejercicio su oficio. ¿Entiende por qué digo que el capitalismo mata y que los obreros viven menos y son más feos?

¿Qué dicen los patronos a todo esto? La primera línea de defensa de las empresas ha sido siempre la de negar su responsabilidad a fin de descargar la culpa sobre el trabajador: por su (la del trabajador) negligencia, por su (la del trabajador) falta de atención, por su (usted ya sabe) desprecio de las normas establecidas, etcétera, ha pasado lo que pasó. Si no puede, queda una segunda, tan eficaz como la primera, sobre todo en relación con las enfermedades: la de obligar a los demandantes por accidentes o enfermedades laborales a probar la conexión directa entre el trabajo específico que se realiza y la enfermedad o accidente en cuestión. Va de suyo que muchas veces es completamente imposible.

Dijimos más arriba que la conexión entre las enfermedades y los accidentes y el trabajo aparece tan mediatizada, que resulta prácticamente inexistente. Pero precisamente esa conexión es la que queremos afirmar aquí: en tanto el trabajo modela la vida del trabajador no hay enfermedades que no sean "profesionales" ni accidentes que no sean "laborales". El trabajo capitalista lo persigue hasta su casa, disfrazado de "desastre ecológico" o del polvillo que porta en sus ropas. Un trabajador pasa doce horas de su vida, por día, afectado al trabajo; ya sea trabajando, yendo y viniendo al trabajo o descansando del trabajo. Si a eso le sumamos las ocho horas de sueño, tenemos veinte horas por día. Lo que significa que sólo cuatro horas por día pertenecen al no-trabajo. Apenas 17% de la vida diaria son no-trabajo. "¡Bueno, pero están los feriados y las vacaciones!" Veamos: descontados los fines de semana, los feriados y las vacaciones, unos sesenta días al año, quedan 305 días de trabajo, es decir, que un 84% de los días de la vida "activa" (para el capital) están dedicados al trabajo, frente a un magro 16% de no trabajo. "¡Pero no son días completos, porque en esos días el trabajador también duerme y tiene tiempo de no-trabajo!" Bueno, calculemos en días "completos", es decir, como si el trabajador trabajara veinticuatro horas todos los días (no es una sugerencia para los patronos, aclaro) durante el período "laboral", durmiera 24 horas seguidas durante el período de sueño y tuviera tiempo de no-trabajo continuo, las veinticuatro horas del día: 122 días del año

están dedicados a dormir; 91 días al no trabajo (40 por feriados, fines de semana y vacaciones —descontado el tiempo de sueño— más 51 por el no-trabajo de las cuatro horas diarias durante el período laboral); 152 de trabajo. Lo que da que la vida de un trabajador está repartida en un 42% al trabajo, 33% al sueño y sólo, tan sólo 25% al no-trabajo. Si ahora descontamos el sueño, de los 243 días de vida consciente (es decir, que estamos despiertos) 63% de ellos son trabajo puro y tan sólo 37% no-trabajo. Dicho de otra manera, 6,3 días de cada diez están dedicados a producir la vida del trabajador, los medios de producción nuevos y la ganancia de la burguesía, y sólo 3,7 de esos diez a disfrutar de "la vida". Si lo viéramos en un gráfico de torta, comprobaríamos que el trabajo (capitalista) es como un *pacman* que se dedica a comernos la vida.

Business are business

Salgamos del área específicamente laboral y entremos en el mundo del negocio médico, porque la salud es ante todo un gran negocio. "¡Pero eso asegura la eficiencia en el gasto! ¡El Estado siempre gasta de más!" Mentira. El sistema de salud estadounidense es privado; sin embargo, la eficiencia en el gasto es baja. Comparado con otros países de similar contextura económica, EE.UU. gasta el doble de recursos en salud, aunque 38 millones de sus ciudadanos (17%) no tiene ningún beneficio de salud, 50 millones no tiene mayores servicios y la enorme mayoría carece de cobertura completa. La medicina en EE.UU. es carísima; un tratamiento de largo plazo de una enfermedad importante cuesta anualmente 27 mil dólares, mientras una familia de ingresos medios gana 30 mil dólares por año.

No sorprende que la incapacidad para pagar gastos en salud sea la principal causa de quiebra económica y que unos 100 mil estadounidenses mueran por año por falta de cuidado médico. Aclaremos que el SIDA mata unas 30 mil personas por año en EE.UU. Quedarse sin trabajo en Estados Unidos significa aumentar los riesgos de morir por falta de atención médica. Cambiar de un trabajo a otro puede significar un nivel de prestaciones muy inferior. Teniendo en cuenta

lo que cuesta la medicina, el componente de salud en el salario ofrecido por las empresas resulta ser un buen elemento de control.

Como no podía ser de otra manera, cuando más pobre, peor. Las estadísticas oficiales estadounidenses no registran, a diferencia de sus contrapartes en los otros países desarrollados, a la población por clase sino por raza. De esa manera se disimula el problema de clase. En promedio, un blanco norteamericano vive unos 2.160 días más que un negro norteamericano. Pero si las estadísticas se tomaran por clase, se demostraría que los obreros (blancos o negros) viven peor que los burgueses (blancos o negros) y que los obreros negros viven aún peor. Una estadística de enfermedades del corazón demostraba que los empresarios y gerentes tienen una tasa de mortalidad por enfermedades del corazón dos veces y media menor que la de los obreros manuales (blancos o negros).

El sistema de salud estadounidense se caracteriza por no ser universal, por no cubrir todas las prestaciones necesarias, no es seguro (los patrones pueden negarse a pagar gastos elevados), es ineficiente e inequitativo. No resulta nada raro desde que está dominado por las aseguradoras, hasta tal punto que son ellas, sobre la base de criterios que responden estrictamente a sus propios intereses, las que autorizan o no los tratamientos recomendados por los médicos.

El *lobby* de la "industria" es gigantesco. Cada gran aseguradora tiene sus empleados en el gobierno, como el fiscal general de Clinton, quien ganaba un millón y medio de dólares como vicepresidente de Aetna. Las empresas aseguradoras entregan también decenas de millones de dólares a los congresistas y sus partidos para las campañas políticas, especialmente a los miembros de las comisiones dedicadas a temas de salud. Es más, los jefes de campaña sobre temas de salud de Bush y Clinton eran empleados del complejo de salud. Estos personajes pasan de *lobbystas* a funcionarios y de funcionarios a ejecutivos de las grandes empresas del sector (Aetna, Metropolitan Life), fenómeno al que se ha bautizado como la "puerta giratoria". El mismo Ronald Reagan solía trabajar para la American Medical Association, mientras Bush padre y Dan Quayle (su vicepresidente) lo hacían para la industria farmacéutica.

No extraña que todos ellos fueran opositores a la idea de un plan nacional de salud de base estatal. Como afirma un amigo yanqui que me comenta estas cosas, Vicente Navarro (español exiliado, para más datos), si EE.UU. es el único país del mundo que no tiene un sistema general integrado de salud, se debe al poder del *lobby* de aseguradoras, hospitales, proveedores de servicios médicos e imperios farmacéuticos. El sistema va a empeorar ahora con la reforma que George Bush (hijo) introdujo en Medicare y Medicaid (un sistema médico para ancianos, discapacitados e indigentes): en lugar de un sistema nacional de compras de medicamentos, se subsidia la compra individual, con lo cual las empresas farmacéuticas van a enfrentar a consumidores aislados en lugar de a un gran ente nacional que podría haber obtenido rebajas sustanciales de los precios.

Se calcula que con la reforma la industria farmacéutica va a aumentar sus ganancias en 5 mil millones de dólares. Como nadie quiere quedarse fuera del negocio, las empresas que cubren gastos de remedios a sus empleados van a recibir subsidios por 88 mil millones de dólares, lo que ayudará a General Motors o General Electric a tapar sus rojos en sus planes de pensión. ¿Quién va a pagar? El propio obrero, a quien le aumentarán los impuestos. ¿Cosa de zurditos? No, según *The Washington Post*, el sistema costará unos 400 mil millones de dólares en los próximos diez años y los únicos ganadores serán los contribuyentes a la campaña de Bush, los laboratorios medicinales, las compañías de seguro médico y las mutuales. Joseph Stiglitz, el ex vicepresidente del Banco Mundial, afirma, basándose en la experiencia de la seguridad social estadounidense, que probablemente no haya sistema privado que pueda ser más eficiente en el área de salud, que un buen sistema estatal. ¿Zurdito?

El dominio de los imperios de salud, especialmente los laboratorios, es un hecho mundial. Un caso interesante es el problema del SIDA en África. Nkosi Johnson era un niño negro sudafricano que murió de SIDA. Nació con VIH y fue abandonado por su madre a los cinco años. Adoptado por una enfermera blanca, la impresionante

Gail Johnson (¿cuántos harían algo así?), vivió contra todo pronóstico hasta los 12 años. Se convirtió en una celebridad porque fue el primer luchador infantil contra el SIDA, en un país en el que uno de cada dos niños, según el propio Mandela, morirá de SIDA. En realidad, él no lo sabía pero luchaba contra el capitalismo. Dicen que en la Conferencia Internacional de SIDA desarrollada en Durban, Sudáfrica, habló. Acusó, pidió ayuda para sí y para sus amiguitos. Sus palabras fueron tan duras que hizo que el presidente, Thabo Mbeki, se levantara y se fuera. Nkosi había comenzado a luchar contra la discriminación cuando el colegio primario al que asistía se negó a aceptarlo como alumno. Estremece la historia de un niñito tal. Estremece también haberlo perdido. Estremece más aún leer la columna de *Clarín* en la que Mandela califica al SIDA de "calamidad", "desastre" y "tragedia". Estremece porque Mandela quiere decirnos que nadie tiene la culpa (eso es lo que sucede con las tragedias). Es más, nos quiere convencer de que debiéramos preocuparnos del asunto porque el SIDA, entre otras cosas, hace "sufrir" a la economía, "pierde laboratorios, productividad y ganancias". Interesante. Una cretinada porque hay culpables: los capitalistas sudafricanos y los consorcios internacionales que no tienen otro interés que explotar al máximo la mano de obra negra.

Los tratamientos para el SIDA son caros. Son caros por culpa de esos consorcios. Un tratamiento en cócteles de drogas cuesta unos 1.200 dólares por año por persona. Teniendo en cuenta la magnitud del salario de un obrero negro en Sudáfrica (ni hablemos de otros lugares del mundo), la muerte es segura. Incluso para el Estado sudafricano el problema es difícil de encarar, dada la cantidad de enfermos que hay (4,7 millones). Conclusión: el Estado sudafricano tomó la medida de permitir la fabricación de medicamentos genéricos contra el SIDA, saltando todo el problema de patentes y regalías. La consecuencia fue la reducción de los gastos de tratamiento a 40 dólares por año (sí, leyó bien, no falta ningún cero). ¿Qué hicieron las 39 multinacionales farmacéuticas? Le iniciaron juicio. Luego de tres años lo levantaron ante el escándalo evidente que esto significaba, no sin haber arreglado extrajudicialmente con

el Estado sudafricano que éste respetaría las leyes internacionales de patentes.

Para frenar las críticas, algunas empresas ya habían tomado iniciativas. La empresa Merck se comprometió a vender a precio de costo al Tercer Mundo los medicamentos para el SIDA; a un décimo de lo que se venden en los países "desarrollados". Puso como condición el que dichos medicamentos no se reexporten a "Occidente", no sea que allí se le arruine el negocio que consiste en vender diez veces por encima del costo, lo que bien podría venderse mucho más barato. Así, el costo de la triple terapia bajaría de 10 mil dólares a 600 dólares. Precisamente de esto se quejan sus competidores: Merck va a matar la gallina de los huevos de oro con una maniobra publicitaria de este tipo. En realidad Merck, como el resto de la industria farmacéutica, está preocupada por el creciente desagrado con el cual la "opinión pública" observa cómo la vida humana se subordina a los derechos de propiedad, es decir, a las patentes. Al menos eso opina el *Financial Times*. Incluso el gobierno estadounidense, tan celoso en su defensa de las patentes medicinales que coloca en una lista negra a los países que no las respetan —como el gran hermano del norte quiere—, ha debido "aflojar" en ese respecto, aunque siempre y cuando se trate de "emergencias". Cabe preguntarse cuáles casos no caen en esa categoría. Las aspirinas, tal vez. Mientras tanto, la OMC ha aprobado un listado de fabricantes de genéricos que producen a costos ínfimos y compiten con las grandes multinacionales.

Hay todavía una vuelta de tuerca más a todo este asunto ya bastante turbio. Y es la idea de que los cócteles contra el SIDA no son tan efectivos como parecen, sobre todo porque producen efectos colaterales graves. También está el asunto de si realmente hay tantos enfermos de SIDA en África, porque parece ser que el método para diagnosticar la presencia de VIH también reacciona ante la malaria. Hay quien sostiene que el fenómeno está muy inflado porque a las multinacionales les conviene estimular el terror en la población y, por ende, los gastos gubernamentales. ¿Será cierto? No sabría decirlo, pero no me extrañaría.

Una cosa es clara: el culpable es el capitalismo. No es el SIDA el que mata, sino el capitalismo. Si se quiere una prueba más, basta con mirar un mapa: cuanto más pobre es el país, más enfermos y muertos de SIDA hay. Insisto, querido lector: no sé de qué se extraña. Según un periodista de *Le Monde Diplomatique*, Anatole Ayissi, Estados Unidos gasta 10 mil millones de dólares por año en SIDA para afrontar los 40 mil nuevos casos anuales, mientras que en África, donde cada año se infectan 4 millones de personas, se gastan solamente 165 mil dólares. El mismo periodista nos informa por qué medios llega el SIDA a los niños pobres que han logrado sortear el contagio intrauterino: la lactancia materna. Sería fácil evitar el contagio, mamadera en mano. Difícil sin plata, difícil. ¿No le da bronca de qué manera tonta se muere la gente? ¿No le indigna saber con qué poca plata se evitan ciertas cosas?

Las 39 multinacionales farmacéuticas concentran más de 80% del mercado mundial. Eso se llama poder. La base de ese poder es la patente. Los laboratorios afirman que gracias a ellas es que existe inversión en investigación. No se lo cree nadie. Hasta alguien alejado de la acusación de "zurdito" como Lester Thurow, economista del MIT, duda sobre la eficacia del sistema de patentes. El ejemplo absurdo del abuso del sistema de patentes es el que dio Monsanto: un *farmer* canadiense fue acusado por la empresa de utilizar las semillas mejoradas de la multinacional sin pagar por la propiedad intelectual; el chacarero protestó, señalando que sus vecinos habían plantado semillas Monsanto pero él no, pudiendo haberse pasado polen de los campos vecinos al suyo. El juez sancionó que aun cuando no pudiera probarse que el material genético se hubiera mezclado accidentalmente, el *farmer* tenía la obligación de cuidar su terreno para evitarlo.

Pero hay mucho más. Para empezar, como afirma otro periodista de *Le Monde*, Carlos Correa, los laboratorios patentan cualquier cosa y crean una verdadera "polución en el sistema de patentes". La cuestión clave es garantizarse la propiedad sobre cualquier cosa que pueda dar ganancias, hayan sido inventadas, descubiertas o que simplemente nadie se haya avivado de hacerlo antes, como

los genes. A veces, informa Correa, se patenta una "forma farmacéutica", o sea, no el producto sino la forma de administración de un producto ya existente. El ejemplo que ofrece Correa es el de Tailandia, donde la empresa Bristol Myers Squibb patentó una formulación de la didanosina, bloqueando los intentos del gobierno tailandés por obtenerlo a precio más bajo. El ejemplo más escandaloso, sin embargo, no es este último. No. Una empresa llamada Myriad patentó un gen (sí, como lee, un gen), el BRCA 2, útil para detectar cáncer de mama. Cualquier procedimiento que lo utilice para detectar el cáncer de mama se compra un juicio millonario de parte de Myriad, la cual posee así la virtud de ser el único laboratorio que realiza ese procedimiento de detección, a razón de 2.500 dólares cada uno. ¿Qué tal? Hay más, mucho más, como el caso de la empresa RiceTech que patentó para sí líneas y granos de arroz basmatí, que llevaba siglos siendo cultivado por campesinos de India y Pakistán. Tuvo que intervenir el gobierno indio, pero RiceTech se quedó con la patente de tres cruzas.

De modo que todo es tener plata. Así, por ejemplo, según la organización Médicos sin Fronteras, EE.UU. con 300 millones de habitantes consume 140 mil millones de dólares en medicamentos, mientras África y Asia (excluyendo Japón) con 4.300 millones de habitantes consumen unos 25 mil millones de dólares, casi lo mismo que América Latina con unos 500 millones de habitantes. Si no saco mal la cuenta, da algo así como 470, 5,8 y 50 dólares por cabeza, respectivamente.

Otro periodista de *Le Monde*, Martin Boulard, nos acerca datos sobre las consecuencias de esta indefensión: la enfermedad del sueño, transmitida por la mosca tsé-tsé, está en pleno recrudecimiento, llegando a matar 150 personas por año en África. Lo peor es que existe un remedio, me cuenta este amigo, la eflornitina, desarrollado en 1985 por la firma norteamericana Merrell Dow, que primero lo comercializó a precios muy elevados (ya imaginamos lo que pasó) y luego lo regaló a la OMS. Supongo que no era negocio porque no creo que esta gente sea capaz de actos de generosidad de

este tipo. Como la OMS no tiene medios para producirla, Médicos Sin Fronteras y otras ONGs están buscando un mecenas.

Nuestro amigo nos informa también que la molécula contra la *leishmaniasis* africana, que provoca lesiones cutáneas y es capaz de causar la muerte, está ya en manos de los laboratorios pero no se la produce porque no hay seguridad en "la recuperación de la inversión". Maravilloso. El amigo Martín me acota que no me asombre demasiado, porque la lista de descubrimientos útiles abandonados por los laboratorios es muy extensa. Maravilloso. Peor: enfermedades erradicadas retornan con más fuerza porque los viejos remedios no pueden hacer frente a bacilos multirresistentes. Y los laboratorios se niegan a renovar la investigación. Martín, basta. Da asco. Pero Martín me tira un último dato: para combatir la meningitis criptocócica, enfermedad mortal asociada con el SIDA, en Tailandia existía el fluconazole, fabricada por los yanquis de Pfizer. Demasiado cara: 12 mil *baths* (aproximadamente 350 dólares) la caja de cincuenta comprimidos. Dos empresas locales logran un producto semejante a 4.500 *baths* la caja. ¿Qué pasó? Seis meses después se prohibió su venta por las presiones del gobierno norteamericano, que amenazaba con gravar las exportaciones tailandesas si no renunciaban a producir el fluconazole. Maravilloso.

Podríamos seguir dando ejemplos por el estilo. ¿Hablamos del tabaco? ¿Explicamos como la OMS acusó a las tabacaleras, en especial a Phillip Morris, de confabular para lograr que se restrinja su financiamiento? ¿Estará Phillip Morris enojada porque las investigaciones de la OMS y sus campañas anti-tabaco le reducen sus ganancias? De hecho, un juez estadounidense condenó a las tabacaleras a pagar indemnizaciones por 144.900 millones de dólares. Al margen de que el juicio llevará años de apelaciones y de todas las operaciones de *lobbye* esperable, difícilmente el asunto arrastre a las empresas a la quiebra. Ya en 1997-1998 habían llegado a un acuerdo en otro juicio por una magnitud cercana a los 250 mil millones de dólares. Claro que a lo largo de 25 años. A las empresas les bastó aumentar el precio de los cigarrillos para conseguir los ingresos adicionales necesarios

para pagar el asunto. O sea, los futuros enfermos de cáncer pagan la indemnización a los actuales. Maravilloso.

Balada para un loco

De *Psicosis* y *Carrie* a *El silencio de los inocentes*, pasando por *El resplandor* o *Martes 13*, la locura es un tema recurrente en el cine. En el celuloide norteamericano la locura es casi siempre un problema individual. Alguien se vuelve loco, vaya a saberse por qué. Y cuando se da una explicación, *Freud para principiantes*: la madre o el padre lo (la) trataba mal, lo (la) encerraba, etcétera. Otras películas como *Taxi Driver, Un día de furia* o *El loco de la motosierra* dan explicaciones sociales a la locura individual. El taxista cuyos valores ideales entran en choque violento con la sociedad real es, en su locura, la expresión de salud mental frente a la enfermedad de la gran ciudad. El pequeño burgués *falling down* de *Un día de furia* enloquece ante la locura liberal; otra vez, es la sociedad la que está trastornada y el individuo no es más que su vector invertido. *El loco de la motosierra* narra la historia completamente disparatada de una familia obrera que enloquece, porque tras trabajar durante generaciones en el matadero del pueblo han sido desplazados por un sistema de matanza eléctrica.

Sin embargo, donde la locura "obrera" está mejor retratada es en la italiana *La clase obrera va al paraíso*. Lulu Massa, el protagonista, es el típico obrero inconsciente que trabaja hasta reventar por el premio del trabajo a destajo. Perjudica permanentemente a sus compañeros porque todos los ritmos de trabajo se miden a partir de su rendimiento y luego se los aplican a los otros. Hasta que se corta el pulgar. Allí empieza su odisea a través de una crisis de conciencia que lo lleva hasta el hospicio, donde se encuentra con un ex compañero en quien comienza a verse reflejado. En una de las escenas cruciales, Lulu, abandonado por su esposa, solo en la casa, se levanta tarde y comienza a recorrerla observando lo que ha comprado a lo largo de los años. Desfilan varios tipos de relojes despertadores baratos y chucherías por el estilo, en los que Lulu ve reflejadas la cantidad de horas de trabajo que ha gastado en

tonterías. La locura obrera es la locura del trabajo sin sentido, sin utilidad visible; una historia de movimientos banales, repetitivos. Una historia de horarios y apremios, de autoritarismo y de violencia. Y, sobre todo, de estupidez.

¿Por qué no conviene subir las escaleras corriendo? ¿Por qué los docentes siempre llegan tarde? Son dos problemas distintos pero interrelacionados. Las respuestas son fáciles: las escaleras quitan piernas y a los docentes no les gusta ir a trabajar. Me explico. Yo, el lector ya lo sabe, soy docente. Sobre todo docente universitario. Pero también trabajo, como casi todos los docentes universitarios, en la secundaria. Ingresé a la docencia secundaria en el momento en que los colegios privados estaban en auge, a comienzos del Plan de Convertibilidad. Los colegios privados pagaban un "plus" salarial, además de que la burocracia necesaria para conseguir horas en el "Estado", al menos en la capital, es infernal, caprichosa y estúpida. De modo que mientras pude mantenerme al margen de semejante cosa, lo hice. De ahí que lo que voy a contar es algo que concierne sobre todo a docentes "privados". Un docente de escuela privada está atrapado entre pinzas: la escuela, que con raras excepciones tiene como única tendencia la cuota, y los padres, que como única meta, otra vez con raras excepciones, tienen la idea excluyente de que el chico "pase". De modo que cuando más apretado está el colegio, más desesperación por la cuota, mayor poder de presión de los padres, menor calidad de educación. En ciertos colegios, que no voy a mencionar a fin de evitar juicios, un burro sería abanderado y una marmota, escolta.

Esta coalición entre padres e institución es la peor enemiga de la educación. El chico sabe esto y su actitud resulta siempre ambivalente: a poco de empezar percibe que un buen docente es el único tipo que le dará real pelota, ya que para los padres es simplemente un problema de estacionamiento y para el colegio de pesos. Pero si el docente en cuestión lo aplaza, aun con justa razón, se inclinará hacia el poder y actuará contra su aliado natural. El resultado es que un docente de escuela privada vive todo el tiempo con esta composición de fuerzas en la cabeza, midiendo a cada paso sus palabras, sus gestos. Llega a su casa todos los días puteando porque

es el fusible del sistema: se le pide a la escuela que resuelva todos los problemas sociales en el curso de cinco mañanas por semana. Y la escuela se lo exige al docente, en dos o tres horas por semana. Padres indiferentes, "proyectos pedagógicos" que son pura fachada, problemas familiares, contradicciones sociales, todo pasa por la cabeza del chico y de allí a la del docente, que debe hamacarse para encontrar algún grado de solución sin tensar las cosas de tal manera que lo echen. Si no se involucra, sólo en apariencia lo pasa mejor, porque los problemas estarán en su cabeza de todos modos. Y eso que mi experiencia proviene de un mundo de pequeña burguesía, donde ciertos problemas (al menos hasta ahora) estaban ausentes. Mi hermana es maestra de plástica en San Miguel, aunque no en escuelas particularmente pobres. Pero sus relatos son espeluznantes, tan espeluznantes como son las realidades sociales en Argentina: hambre, embarazos prematuros, violencia familiar y todos los etcéteras que usted quiera.

Las maestras, se sabe, enloquecen rápido; los profesores, más lentamente. Pero es inevitable que uno esté un poco "tocado" luego de una vida de docente. Me ha pasado a menudo despertarme a mitad de la noche sobresaltado, tratando de pensar qué le dije al mocoso ese, mañana voy a tener que hablar con fulano porque se va a armar un quilombo, cómo hago para que mengano apruebe, etcétera. La angustia, en un trabajo en el que uno está expuesto permanentemente a la mirada escrutadora de los otros, en el que debe ejercer un poder que se sabe falso pero que debe parecer real, es una cuestión de todos los días. Es por esto que los docentes no quieren llegar al colegio. Es por eso que hacen tiempo charlando en los pasillos, escondidos en sala de profesores, como sea. Todo el chiste consiste en llegar a tiempo a marcar la tarjeta. Luego, a estirar. Uno siente que cada segundo robado al trabajo es un minuto más de vida personal. Por eso yo solía llegar al colegio justo a tiempo, ni un segundo antes ni uno después. Y si podía llegar tarde, mejor. Pero cuando la cosa se tensa, hay que estar al pie del cañón en el momento adecuado. Para ir al antepenúltimo colegio del que me echaron (el tercero), yo tenía que tomar el subte. Tenía todo calculado al segundo. Las últimas

cuadras tenía que correrlas porque si no, no llegaba. Fue allí que aprendí que las escaleras quitan piernas: si uno sale corriendo del subte y encara las escaleras a toda velocidad, llegará a la superficie sin aire y las cuadras que le queden las hará a velocidad subnormal. Lo mejor es cuidar las piernas: subir despacio y, una vez afuera, caminar rápido… Suena loco. Sí, obvio, lo es.

Pero el capitalismo enloquece no sólo a los obreros. Les voy a contar la historia de mi amigo Nick Leeson. Nick es el "culpable" por la quiebra de la Barings. Era el responsable de derivados en Singapur del banco inglés más tradicional que el té de las cinco. Manejaba fortunas que no eran suyas porque era un empleado, de alto rango, pero empleado al fin. Su función consistía en especular con las diferencias de valores entre las diferentes bolsas del sudeste asiático: en cuanto en Japón subía o bajaba una acción, compraba o vendía en Singapur. La diferencia era momentánea hasta que se avivaba el resto. El que saltaba primero, ganaba. Todo el chiste era no quedar expuesto de un día para otro, es decir, no quedar "comprado" con acciones que no se hubieran liquidado el mismo día. Se podía perder feo.

Nick, hijo de obreros, tipo astuto y hábil, se transformó en el operador estrella de la Barings. Le hizo ganar millones, hasta que comenzó a fallar y a tener pérdidas acumuladas. Las disfrazó en la cuenta 88.888 (el 8 es número de la suerte en Singapur) y sus jefes no se dieron cuenta. Acumuló pérdidas multimillonarias en esa cuenta secreta hasta que no pudo más. Lo que nos interesa aquí es cómo pasaba su vida personal. El tipo que hacía ganar millones a la Banca Barings pasaba su tiempo desesperado por una actividad frenética, todo el día enchufado a una pantalla titilante, esperando la llegada del número mágico. Su único descanso consistía en comer *pizza* en la cama con su esposa y mirar televisión. A medida que su desesperación aumentaba se tragaba a montones caramelos, dulces, panchos y demás porquerías. Engordó, comenzó a caérsele el pelo. Su vida reprodujo en días las perspectivas cotidianas de los *yuppies* de los ochenta, de los cuales el Patrick Bateman de *American Psycho* es la expresión más delirante y asesina.

Descubierto y ya en la cárcel, Nick se pregunta lo obvio: ¿valía la pena semejante vida? Su respuesta podemos imaginarla. Hace unos días vi *El empleo del tiempo*. Véala. Preste atención a la cara del actor. Pocos actores trabajan bien con la cara, sobre todo cuando la cámara la enfoca largo rato (Gassmann, Mastroianni, Nicholson). Éste es uno. Preste mucha atención a la escena final y verá que el capital deja sus marcas en el alma.

El pobre Nick no es alguien por quien podamos sentir excesiva lástima. De cualquier manera su vida era un desperdicio, consagrada a la estúpida actividad de acumular dinero sin realizar ninguna actividad que tuviera un sentido profundo. Eso es tal vez lo que más lástima me da: tanta vida tirada al basurero del capitalismo. Pero, con todo, su suerte no es ni remotamente la peor. Cada tanto leemos de alguien que fue presa de "furia homicida" y atacó gente aquí y allá, jóvenes que portan armas y entran a las escuelas a matar maestros y compañeros, locos sueltos que ametralladora en mano la emprenden con los comensales de un *restaurant* y cosas así. Vea *Bowling for Columbine* y me ahorrará más explicaciones. En la mayor parte de los casos, sobre todo en el "Primer Mundo", se trata de personas muy educadas, como el protagonista de *Un día de furia*. La pérdida del horizonte vital, del sentido de la propia vida, acompaña esos fenómenos. Cuando hay algún grado de desarrollo ideológico en tales personas, el resultado es alguna variante de nazismo o fascismo. Vean *Traicionados*, de Costa Gavras, o escuchen a Timothy McVeigh. La esperanza es lo último que se pierde, dice un dicho popular. Cuando se pierde la esperanza el resultado es la locura. Una sociedad que se especializa en matar esperanzas no puede menos que ser una fábrica de locura.

Sea por donde sea, el sistema está loco y, por ende, enloquece a la gente. ¿De qué otra manera puede caracterizarse a una sociedad en la cual millones mueren de hambre, mientras un jugador de fútbol, cuya habilidad toda consiste en pegarle más o menos bien a un cuero inflado, o una conductora televisiva, cuya única virtud es decir "¡hola!", con voz de tonta, ganan cifras cercanas, por arriba o por abajo, al millón de dólares al año? El suicidio. Vamos a ver

a un amigo yanqui, un tal Michael Harrington, un tipo que vale la pena escuchar. Miguel (vamos a llamarlo así porque nos cae simpático) escribió un libro en los años sesenta que se transformó en un clásico: *La cultura de la pobreza en los Estados Unidos*. Harrington era un socialista cristiano y reformista, motivos por los cuales me cuesta aceptar una serie de afirmaciones poco justificadas, pero el libro resulta estimulante y aconsejo leerlo. No vamos a criticarlo —al menos no con detalle—. Simplemente vamos a tomar algunos datos (usted ya sabe que yo "soy como soy, y a casi todo el mundo le pedí prestado").

Por ejemplo, en este tema de la salud mental de los pobres, dice nuestro amigo que la idea corriente en los EE.UU. (creo que en Argentina también) es que los pobres son como los nobles salvajes de Rousseau, seres —casi animalitos— no contaminados por la civilización, libres de las locuras de la vida moderna que afectan sobre todo a los ricos. El *stress*, como le dicen. Sin embargo, las preocupaciones del ejecutivo, del CEO, del gerente, no son nada comparadas con las de un obrero común y corriente. Basándose en un estudio clásico sobre el estado de New Haven, Michael comenta que las enfermedades mentales no sólo son más frecuentes en los obreros, sino mucho más graves y agudas. No sólo eso; además no son contabilizadas como enfermedades cuando afectan a los pobres, que no pueden ir al "psicólogo" como los ricos. La enfermedad mental del pobre se trata siempre en los tribunales.

Pero Michael no se contenta con esto, agrega algo más: la enfermedad mental del pobre es la forma de relacionarse con un ambiente enfermo. Un ambiente en el que no existe el futuro. De allí que las diversiones del pobre son inmediatas: gastos que podrían posponerse en nombre del ahorro. ¿Ve? Ahí tiene: el tipo no gana ni para comer, pero bien que gasta en cerveza o en ir a la bailanta, dice mi lector escéptico, siempre con un colmillo sobresaliente. ¿Qué quiere que ahorre? De a centavos por mes, ¿a dónde se supone que va a llegar?

La familia del pobre normalmente se ha deshecho por la ausencia o la muerte del padre y el trabajo de la madre. Si hay algo

de una estructura familiar, se reunirá los fines de semana, si es que los padres trabajan. Si hay algún referente material que una en un espacio a la "familia", es decir, una casa, será un cuartucho que se cae a pedazos, húmedo y frío. O húmedo y caluroso. O las dos cosas. Virginia Woolf señalaba que una de las causas de la debilidad de la formación intelectual femenina era la falta de un cuarto propio. ¿Qué decir de los pobres, entonces? Para quien no tiene más remedio que caer en su casa cuando no queda otra, es mejor estar en la calle. El pobre está obligado a vagar, no tiene privacidad. No tiene, no puede tenerla, vida propia.

Golpeado por la vida, el padre pobre suele ser un padre golpeador. Si es que está. Golpeada por la vida (y por el marido) la madre pobre suele ser una madre golpeadora. El niño pobre debe aprender a sobrevivir a los golpes: de la familia, de los grandes en general, de la policía. Viviendo en un mundo donde la necesidad impone la violencia, el niño pobre es un niño violento. Si tiene suerte será boxeador. Si no la tiene irá preso o vivirá siempre al borde del submundo del delito. Agredido, privado de cosas elementales, el niño pobre, la niña pobre, será bombardeado por estereotipos exitosos: rubios, rubias, ojos celestes, ojos verdes, músculos, cuerpos perfectos sin celulitis, autos enormes, dinero, mucho dinero. Impunidad, sobre todo, esos estereotipos transpiran impunidad. Envidia, eso da mucha envidia. El pobre es envidioso —lo sé por experiencia propia— porque el mundo se transforma en un bazar lleno de ofertas que nunca podrán comprarse. La vida del pobre es la vida del deseo imposible. Se siente físicamente: es como un vacío a la altura de la boca del estómago, como querer vomitar y no poder. El mundo del pobre es un mundo del cual se necesita escapar, o adaptarse. La adaptación es, sin embargo, la humillación: el pobre se transforma en pobre *infeliz*. Una vida de desilusión. Una vida triste. Una vida al día. Una vida enferma. Una vida que transpira la enfermedad de la sociedad que la produce.

Una sociedad enferma. Una sociedad que enferma. ¿Quiere estadísticas? Hoy, a casi cuarenta años de *La cultura*, las estadísticas norteamericanas son concluyentes: 22,1% de los norteamericanos

adultos (18 años o más), o sea, uno de cada cinco, es decir, 44 millones de personas, padece anualmente algún tipo de trastorno mental diagnosticable; unos 18 millones (9,5%) alguna enfermedad depresiva (depresión grave, trastorno bipolar o distimia). Por supuesto, si discriminamos por género encontraremos que las mujeres tienen casi el doble de probabilidades de sufrir depresión. Parece claro, además, que la depresión grave se produce cuando el joven experimenta la realidad del sistema capitalista, luego de salir de la cajita de cristal de la escuela y la familia; ya que aunque puede desarrollarse a cualquier edad, el promedio de los depresivos tiene alrededor de 25 años. Algo similar ocurre con el trastorno bipolar que afecta aproximadamente a 2,3 millones de adultos por año, a una edad promedio de aparición del primer episodio maníaco de entre los 20 y los 25 años. Que el sistema desilusiona y mata toda esperanza a quien no le tocó en suerte ser feliz desde él, vamos, podría verse confirmado por la edad promedio de los suicidas.

Hay que recordar además, que el suicidio es una de las principales causas de muerte de adolescentes y adultos entre los 15 y 24 años de edad. Unos dos millones de yanquis adultos padecen esquizofrenia cada año y una de cada diez personas termina suicidándose. La presión por el éxito individual que genera el sistema capitalista, aunado al hecho evidente de que tal logro es para pocos, puede reflejarse en que en la mayoría de los casos la esquizofrenia aparece por primera vez en los hombres en los últimos años de la adolescencia, o entre los 20 y los 25 años. ¿Demasiados datos? No se me ponga ansioso: 19 millones de norteamericanos adultos (13,3%) padecen algún trastorno de ansiedad por año (pánico, trastorno obsesivo compulsivo, trastorno de estrés postraumático, trastorno de ansiedad generalizada). ¿Cuándo se desarrolla el trastorno de pánico? Adivinó: en los últimos años de la adolescencia o en los primeros años de la edad adulta. ¿Bulimia? ¿Anorexia? Un cálculo ambiguo sitúa su presencia en porcentajes de mujeres que van de 0,5 a 3,7 para la anorexia y de 1,1 a 4,2 para la bulimia. ¿Le sorprende todavía la violencia social? ¿Todavía? ¿Ya vio *Bowling for Columbine*? ¿No? Bueno, no importa: compre *Crónica* o mire Canal 9.

LaCajitaInfelizI.indd 386 14/02/11 14:10

3. Los tomates asesinos atacan de nuevo: grasa y capital (o por qué los ricos comen más y mejor, y son más lindos)

Comprar cansancio. A eso va la gente al gimnasio. La que va al gimnasio. Dieta excesiva y hambre excesiva. Grasa excesiva, piel y huesos. Parece una paradoja (y lo es): mientras unos no pueden comprar comida otros deben comprar cansancio; mientras algunos pocos viven a dieta voluntaria, millones desearían abandonar la dieta forzosa. Mientras unos, los burgueses (sí, adivinó) viven con exceso de grasa corporal, otros, los obreros, caen volteados a la primera enfermedad que les exija reservas energéticas acumuladas. Mi lector me dirá que el problema de la "gordura" es más complejo que el simple tener o no tener plata. Cierto. También la "delgadez" tiene sus bemoles. Pero todo es culpa del capital. Veamos.

Según un par de muchachos estadounidenses, Gary Gardner y Brian Halweil, el número de los excedidos de peso en el mundo equipara el de los que se ubican por debajo de la línea de la alimentación adecuada. El subtítulo de su libro reza: *La epidemia global de la malnutrición*. Como no lo leí sino que saqué los datos de Internet, de un sitio llamado Worldwatch, voy a manejar las cifras con cuidado. Pero parece que hay 1.100 millones de unos y otros en todo el mundo: 1.100 millones de obesos y 1.100 millones de hambrientos. El problema es el mismo: la mala nutrición. El compañero Gardner parece que dijo que el siglo con el mayor potencial para eliminar la desnutrición la ha visto dispararse a niveles récord. No es para menos: hay 150 millones de niños desnutridos en el mundo "en desarrollo". En EE.UU., mientras tanto, 55% de los adultos está excedido de peso y 23% es obeso. Uno de cada cinco niños estadounidenses está excedido de peso o es obeso. Es sabido que la obesidad está ligada con las enfermedades del corazón, la diabetes, la hipertensión, etcétera. El peso (valga la imagen) de las consecuencias de la obesidad en la salud cuesta más del doble al sistema médico estadounidense, que las consecuencias del cigarrillo. Es lógico, entonces, que la liposucción se haya transformado en la primera forma de operación estética en EE.UU. —unas 400 mil

operaciones por año—. Eso no quiere decir que el sobrepeso no esté presente en países "en desarrollo". Todo lo contrario. El sobrepeso es una realidad mundial, más en aquellos países que son "ricos" o que al menos tienen una clase obrera más o menos alimentada.

La mala alimentación —de eso estamos hablando— es un fenómeno que tiene varios orígenes, pero en particular tiene que ver con la cultura y los ingresos. Con la cultura, por arriba: tener buenos ingresos habilita a comprar mucha "comida" y sobre todo gastos inútiles en términos nutricionales (dulces, chocolates, etcétera). La tentación puede ser saciada. Con la cultura, por abajo: es una creencia popular, nacida de la facilidad con la que mueren los niños delgados, el que un niño gordo es un niño sano. "Comé, comé", me decía mi mamá. Y me psicopateaba: "¡cuántos chicos quisieran comer esa sopa que vos no querés!". "Dáselas", contestaba yo, y ahí venía el coscorrón. Pero sobre todo en los niños, hay un elemento "cultural" más poderoso aún que impulsa la mala nutrición: la publicidad. Se sabe que los niños son clientes fáciles de influenciar y que los padres se encuentran siempre en figurillas para decir que no.

Hay un capítulo de *Los Simpson* en el que Bart y Lisa le piden a Homero que los lleve a Monte Splash, un parque de diversiones. Pasan horas repitiéndole: "¿Nos llevas a Monte Splash?", hasta que el pobre Homero acepta. Eso se llama *pester power* y fue una de las acusaciones importantes en el *McLibel*. La publicidad sobre los niños es una manera particularmente miserable de vender. Y particularmente efectiva, porque se calcula que en las familias con niños pequeños, la mayoría de las salidas a comer afuera son decididas por los botijas (utilizo un modismo no argentino por si este libro llega a venderse en el extranjero, en el Uruguay, por ejemplo).

La publicidad incita a los niños a gastar dinero en porquerías, sobre todo en porquerías insalubres. De allí el éxito entre ellos de la comida chatarra. Empresas como McDonald's ponen particular énfasis en esta realidad. No es en vano porque, según una encuesta de la revista *Mercado*, parece que en Buenos Aires el primer gasto de los niños de clase media y alta es en golosinas (52%) seguido por hamburguesas (26%). No se cómo se reparte el resto porque el

artículo de *Clarín* (donde está registrada la información) adjudica 40% al ahorro y 40% al vestido, lo que daría un total de 158%. Aun así, la mitad del gasto de esta cuenta disparatada va a parar a porquerías. Que es un gran negocio lo testimonia el hecho de que estos niños (unos 900 mil en total) gastan unos 400 millones de dólares al año. Sorprende el peso de las hamburguesas, aunque debí haberlo sospechado porque el mismo título de este libro tiene su origen en el deseo de "venganza" contra McDonald's, que me obligaba a comprar tantas "cajitas felices" como personajes de las películas de Disney hubiera (algunas, como *El rey León* o *La bella y la bestia* casi me llevan a la quiebra). El capitalismo llena los estómagos de los niños con porquerías llenas de grasas, excedidas en sal y de bajo valor nutritivo, para luego exigirles un cuerpo esbelto, lleno de músculos y sin rollos. Es una máquina de frustración. ¿Anorexia? ¿Bulimia? Capitalismo. Bueno, pero usted es el padre, ¡no tiene por qué llevarla! Uno, como padre, se ve apretado entre la espada (el capital que hace que su niño llore por deseos insatisfechos, otra vez: *pester power* y la pared (si uno le prohibiera a su hijo todo lo que debiera prohibirle, el pobre se transformaría en un paria, ya que no tendría experiencias que compartir con sus amiguitos).

Pero hay motivos más pedestres y de mayor peso (valga la expresión) para el fenómeno de la obesidad, sobre todo entre los pobres. Para empezar, la comida es una de las pocas satisfacciones de los pobres. En el conjunto limitado de "lujos" que un pobre puede darse la comida figura en primer lugar. Poder darse el lujo de una buena comida (que quiere decir abundante) es algo que se compara con pocas otras cosas. Recuerdo que, de chico, los días que en casa había milanesas con papas fritas abundantes eran maravillosos. Hubo una época en la que incluso se hacían asados no menos maravillosos, con todo lo que un buen asado tiene que llevar. De modo que comer es una forma de festejo. Es también una forma de distensión: llegar a casa cansado del trabajo y, ¡comer! Y comer bien. Y comer tranquilo. Comer es un placer.

Pero, además, los pobres comen muy mal. Ésa es la razón por la cual Araceli González se constituyó en símbolo inalcanzable de

mis alumnas de secundario. Me explico. A poco de empezar a dar clase, hace unos 15 años, Araceli González arribó a la fama creo que con un comercial en el que aparecía desnuda por completo, pero, embadurnada con barro o algo así, que la hacía aparecer como una estatua. No me acuerdo muy bien. Bueno, la cuestión era que muchas de mis alumnas querían imitar a Araceli y su pancita chata. Difícil, la polenta, las pastas, la pizza y el pan no ayudan. ¿Cómo iba a tener una panza chata una pobre muchachita pobre que vivía con semejante alimentación? Ésta es una de las razones por las que los pobres engordan mucho: la comida "dietética" es cara. Muy cara. El resultado es que los pobres "gordos" no son "sanos" como creía mi madre, sino mal alimentados y, por eso, débiles.

Por esta razón, porque se supone que gordura es salud, es que la gente se indigna más con el hambre. Según un mapita que encontré en Internet, parece ser que el mayor número de desnutridos está en África, donde más de 30% de la población está desnutrida, salvo en el norte. El resto de los muertos de hambre están (en orden decreciente) en la India, China y América Latina. No parece muy serio el asunto, pero más o menos es lo que uno imaginaba. Digo, porque uno tiene una educación racista y supone que el hambre siempre está en esos lugares. Así, la FAO informa que 54 millones de personas sufren desnutrición crónica en América Latina. Sabiendo cómo calcula esta gente, seguro que hay muchos más. Para peor, el asunto va en aumento; en Centroamérica la cantidad de hambrientos trepó de 5 a 6,4 millones y en el Caribe de 7,3 a 8,8. Lindo el mercado libre, lindo. Cifras pequeñas a nivel mundial, donde hay cerca de 800 millones de hambrientos. Según la FAO, eliminar el hambre hacia el 2015 exigiría disminuir 20 millones de pobres por año, lo que resulta demasiado optimista porque según la propia FAO la cifra de reducción de pobreza anual es de cerca 6 millones. A este paso, se necesitarán setenta años para lograr el objetivo de la FAO: reducir la población hambrienta a la mitad, y 140 para eliminarla. Bien, para el 2140 podremos festejar con torta sin avergonzarnos porque haya gente sin comida.

Es sugerente la forma en la que la FAO esconde sus fracasos: en el informe sobre la inseguridad alimentaria 2000 se reconoce la ausencia de cambio sustantivo en la situación de los últimos años, pero resulta que la evaluación de las tendencias "de largo plazo" son alentadoras entre el 2015 y el 2030, fecha —esta última— en la que se podría alcanzar el objetivo pensado para la primera. Maravilloso, dentro de treinta años habrá en el mundo 400 millones de hambrientos. Lo gracioso es que no se indica de dónde sale la "tendencia" que casi ha duplicado el tiempo de espera, ni por qué eso debe considerarse "alentador". Que tengo razón, acabo de descubrirlo al abrir el diario hoy, miércoles 26 de noviembre de 2003, y enterarme de que la FAO, en su informe para este año que se acaba, reconoce que la tendencia no se cumple porque hay ahora más hambrientos que antes, unos 18 millones más que a comienzos de la década del noventa: 842 millones. A veces uno quisiera no tener razón.

El "combate" de la FAO contra el hambre es algo a lo que vale la pena prestar atención. Digo, por lo instructivo acerca de cuanta tontería inútil se puede ver en el mundo de hoy. Para empezar, la FAO reivindica el "derecho a comer", algo que ya figura en la Declaración de los Derechos Humanos de 1948. Es todo un símbolo de lo que es el capitalismo el hecho de que "comer" no sea considerado eso, un "hecho" sino un "derecho". Tener que codificar algo tan elemental como eso retrata perfectamente a una sociedad como esta. En una sociedad verdaderamente humana algo así sería considerado absurdo. Una locura.

Como el capitalismo es una sociedad disparatada y fuera de todo quicio, hay que actuar en consecuencia para parecer normal. Establecido como un derecho, va de suyo que comer no es un hecho, porque entre el dicho y el hecho se sabe que hay mucho trecho. Que alguien deba hacer una campaña para "reducir" el hambre en vez de eliminarla de un tajo revela muchas otras cosas. Revela que en los próximos cien años centenares de millones de seres humanos serán subnormales, que cientos de millones de niños tendrán capacidades intelectuales disminuidas, que esas caritas demacradas,

que esas imágenes "pielyhuesos" seguirán multiplicándose por millones. Decenas de millones. Centenares de millones. Miles de millones. El mismo documento de la FAO reconoce que el "progreso hacia la erradicación del hambre es demasiado lento". Un macanazo, porque si los hambrientos aumentaron, progreso no hay. Lindo, muy lindo. El problema más grave es que la "victoria" contra el hambre en el mundo, pequeña pero victoria al fin, se basa casi exclusivamente en la *performance* de China. Excluyéndola, el problema no ha hecho más que empeorar, según la información del sitio *Hunger Notes*. En efecto, el número de hambrientos en el Tercer Mundo (excluyendo China) ha pasado de 623 millones en 1990-1992 a 660 en 1999.

Que todo es una payasada lo demuestra el mismo procedimiento que se siguió para tomar la decisión de "combatir" el hambre. En la 27ª Conferencia de la FAO en 1993, los Estados miembros expresaron su "profunda preocupación" por la situación y declaraban que hacían falta "medidas inmediatas". La FAO toma la situación en sus manos y propone en noviembre de 1995 una conferencia mundial sobre el tema. En noviembre de 1996 se realizó la Cumbre Mundial sobre la alimentación en Roma, y en diciembre la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó sus resoluciones con "beneplácito" y llamó a la FAO a poner manos a la obra. Tres años para poner en marcha un plan contra el hambre. "Medidas inmediatas". "Profunda preocupación". Se nota. ¿Cuántos millones murieron de hambre en esos tres años? Y no es que nadie apoyó. Todo lo contrario: en la cumbre de 1996 estuvieron presentes 185 países más la Comunidad Europea, 41 jefes de Estado, 15 vicepresidentes, 41 primeros ministros, y otros tantos "líderes" mundiales. Ni hablemos de la representación de siglas en todos los eventos importantes: OIEA, FIDA, PNUD, Pnuma, Fnuap, Oacnur, Unicef, PMA, OMS, OMM, OMC, Unesco, etcétera. No me pida que le traduzca todo este galimatías. Todo eso para tomar como objetivo reducir a la mitad los hambrientos del mundo hacia 2015. ¿Y el resto? Que espere. El informe 1997 de la FAO señala que "los jefes de Estado o de Gobierno han adoptado en la cumbre una postura común, en el sentido de que

el predominio del hambre y la malnutrición en nuestro mundo a la escala actual es intolerable e inaceptable". ¿Cómo llamar a esto, si no hipocresía? Hasta en su formulación: el hambre es intolerable "a la escala actual". O sea, en escala menor no estaría tan mal. Es interesante observar que en el informe 2003 la causa más común de la escasez grave de alimentos es la falta de agua. ¿Usted esperaba una explicación más seria, no? Yo también. Parece que en el prólogo al nuevo informe Jacques Diouf, director de la FAO, declara que "el problema no es tanto la falta de alimentos como la falta de voluntad política". ¡Ah! ¡Mirá vos! Era hora.

Resulta interesante que la FAO hable casi con exclusividad de hambre en el Tercer Mundo. En el "primero" parece que no hay hambrientos. Hace poco vi una película francesa de eso que llaman el "cine del ajuste" (*Todo comienza hoy*, pero vea también, lector, *Recursos Humanos* y *Marius y Jeannette* o *El adversario*, entre otras), protagonizada por un maestro de escuela asediado por la falta de presupuesto y por los problemas laborales de los hogares de sus alumnos. En uno de ellos, la madre mata a su hija y se suicida cansada de pasar hambre. Bien que no es un dato serio, pero yo estuve en París hace unos cuatro años y recuerdo claramente los indicadores luminosos, que anunciaban en qué plazas de la ciudad se encontraban lo que aquí llamaríamos "ollas populares". Y recuerdo la cantidad enorme de gente que pide por la calle en Londres. Tampoco es un dato serio. Pero menos seria es la cifra de hambrientos que detecta la FAO en el mundo "desarrollado": 34 millones. Digo que es poco seria porque basta con hojear el informe *Hunger in América*, de la organización America's Second Harvest, para encontrarse con que 31 millones de estadounidenses sufre de "inseguridad alimentaria"; cifra que incluye 12 millones de niños. "Inseguridad alimentaria" quiere decir que no saben de qué van a comer cada día. Voy a poner la pava y les cuento.

Rico mate. Bien, sigo. America's Second Harvest es la mayor organización caritativa dedicada a la atención del hambre en todo EE.UU. Es una red nacional de organizaciones que cubre todos los estados de ese país, incluyendo Puerto Rico. Reúne 200 *food*

banks (bancos de comida), 26.284 *food pantries* (despensas), 5.721 *soup kitchens* (cocinas de sopa) y 4.120 *emergency shelters* (refugios de emergencia). Demasiada organización para un país donde se supone que no hay hambre. Según las estadísticas estadounidenses, la pobreza disminuyó en ese país entre 1997 y el 2001. Sin embargo, ASH pasó de alimentar 21,4 millones de personas por año en 1997 a 23,3 millones en el 2001, 9 millones de los cuales son niños y 2,5 millones, ancianos. La explicación: según una investigación de la misma ONG, se debe a la base sobre la cual se calculan los hambrientos. En EE.UU. hay un sistema llamado *food stamp*, según el cual se entregan estampillas válidas por alimentos a quienes se registran como hambrientos. Como la cantidad entregada bajó entre 1997 y 2001 de 23 a 17 millones (sí, leyó bien: millones de hambrientos en EE.UU., sostenidos por la asistencia pública), algo coherente con la caída del número oficial de pobres (de 35 a 31 millones), se supone que el hambre disminuye en el gran país del norte —tan "grande" que tiene una cantidad de hambrientos equivalente a toda la población de Argentina o Canadá—. En realidad, la gente recurre menos a los *food stamps* porque las regulaciones y requisitos son demasiado exigentes para muchos, o ni siquiera están enterados de cómo funciona el sistema.

El crecimiento de las cifras de hambrientos sostenidos por ASH demuestra que la pobreza crece y se hace más profunda. Algo más coherente con las cifras oficiales que miden (sólo hasta 1999) la "inseguridad alimentaria", algo más leve que el hambre: no tener siempre acceso a los alimentos necesarios para (obvio) las necesidades básicas. Esas cifras dicen que 31 millones de estadounidenses están en esa condición. Pero lo que la investigación *Hunger in America* demuestra es que no se trata de desocupados hambrientos: 39% de los auxiliados forman hogares con al menos un adulto con trabajo asalariado, mientras 7% con dos, lo cual significa que la mitad de los hambrientos lo es a pesar de tener trabajo. Es más, el porcentaje de hambrientos ocupados es creciente: con relación a 1993, seis veces más. Con relación a 1997, cuatro veces más. Tampoco se trata de inmigrantes, negros o hispanos (aclaro

para mis lectores racistas): 45% de todos los adultos alimentados por ASH son blancos, 35% negros y 17% hispanos.

Tampoco se trata de *homeless* (tipos sin casa): 90% tiene lugar donde vivir (es dueño o alquila). Ni de carentes de educación: la mayoría (63%) tiene diploma de *high school* (secundaria) y 15% de *college* (universidad). Billy, uno de los niños encuestados por ASH —que bien podría ser argentino, llamarse Guille y "estudiar" en alguna escuela del conurbano bonaerense—, declara que le gustaría ser artista y que va con ganas al colegio, pero sobre todo porque sabe que podrá comer en la escuela. Y no mucho, porque parece que en los años de Reagan los dos nutrientes vegetales exigidos en la dieta de los comedores escolares se satisfacían con la mostaza y el *ketchup*.

¿Cuáles son las causas del hambre? La academia burguesa, que no es más que una máquina de macanear, enumera con más o menos desparpajo las siguientes: a) hay mucha gente en el mundo. Usted sabe, los negros, los latinos, los chinos son gente que se reproduce como conejos. "¡Yo no sé para qué tienen hijos si no los pueden mantener!", decía mi mamá antes de que le naciera la conciencia proletaria, o sea, cuando abandonó sus ilusiones radicales (por el radicalismo UCR, o sea, esa cáfila de carneros sin vergüenza) y empezó a simpatizar con la izquierda; b) hay poca comida. Usted sabe, la tierra tiene un tamaño limitado, etcétera, otra estupidez; c) agárrese que le tiro otra: ahora la culpable es la naturaleza, la desertización, las catástrofes climáticas, las manchas solares; d) ¿no se cansó de tonterías?, ahí va esta: producir más lleva a catástrofes ecológicas, o sea, salve a las ballenas y que las personas se caguen de hambre (iba a decir se "mueran", pero queda feo). Como podrá percibir fácilmente, tanta porquería es difícil de digerir, sobre todo porque es mentira. Los argumentos pueden reducirse a dos: nuestro buen amigo Malthus se esconde detrás de los argumentos a y b; la Iglesia católica (y la religión en general, como la economía burguesa) detrás de c y d.

Liquidemos esta última primero. La idea de que existen "catástrofes" naturales se apoya, como toda idea disparatada, en un hecho real: hay hechos que los seres humanos no pueden controlar ni

predecir. Si cae un meteorito, si una mancha solar determina una temporada de sequía, si un huracán arrasa cultivos, si, si, si, si, si, si, ¿seguimos? No hace falta. Excusas sobran siempre para quien no quiere aceptar razones. Estos hechos existen y muchos son de difícil predicción o control. No hay dudas. Lo que sí se puede prever es qué hacer cuando sucedan: cómo atender a las víctimas, cómo mantener la economía en marcha, cómo alimentar a los hambrientos, cómo darles techo, etcétera. Es más, en muchísimos casos es posible evitar no que estos hechos sucedan, sino que haya seres humanos en los alrededores: que cada dos por tres un aluvión de lodo sepulte poblaciones enteras en zonas de montaña no tiene que ver con tragedia alguna, sino con que los pobres buscarán un lugar para vivir allí donde lo encuentren, es decir, donde el capital no llegue. Mejor dicho, en las zonas más riesgosas, insalubres y alejadas.

Por otra parte, la mayoría de las catástrofes ecológicas tiene su origen en el capital. Si se produce una deforestación masiva en un territorio que lleva al agotamiento de la capacidad de la tierra, no se trata de campesinos ignorantes que destruyen su medio ambiente, sino de personas arrinconadas contra la pared de la supervivencia a cualquier costo. La mayor "poda" que se conozca en la historia humana debe ser la actual deforestación del Amazonas. Vea cualquier documental sobre el asunto y se va a enterar de las compañías y de los terratenientes. Vea *Jugando en los campos del señor* o *Una temporada de incendios* y se enterará de los procesos sociales detrás de las "catástrofes" ecológicas. La teoría de la "catástrofe" es de origen religioso (ya se lo dije, ¿no?), como la fatalidad: son designios del destino, de Dios (o del mercado, que viene a ser lo mismo); señor que tiene por virtud ser caprichoso e inescrutable. Y por sobre todas las cosas, permite que los verdaderos culpables no tengan por qué comparecer nunca ante tribunal alguno.

Las tesis malthusianas son tan estúpidas (y peligrosas) como éstas. Hay muchos seres humanos, poca comida, porque nace demasiada gente, de donde desembocamos en la famosa frasecita de Malthus que a uno le hacían aprender de memoria: la población crece en progresión geométrica, mientras los alimentos lo hacen en

progresión aritmética. En criollo: la población crece duplicándose (2, 4, 8, 16…) y los alimentos sumándose (2, 3, 4, 5…). Que esto es una mentira gigantesca lo prueba un simple hecho: Malthus dijo esto en 1800 cuando en el mundo no había más de 700 millones. Si su predicción fuera cierta, no podríamos estar escribiendo esto porque la raza humana habría desaparecido en medio de una hambruna generalizada. Sin embargo, hoy el planeta sustenta la vida de 6.300 millones de habitantes con sólo usar 11% de la tierra potencialmente productiva. Y los alimentos sobran: hay suficiente producción para garantizar una dieta de 3500 calorías por día a cada ser humano del planeta. A nadie se le ha ocurrido que ha llegado ya el momento de fertilizar el Sahara y otros desiertos o colonizar Marte. Va de suyo que ambas posibilidades existen. Pero basta saber que la capacidad de producción de alimentación actual de la Tierra es para unos 11.500 millones de personas, para darse cuenta de lo pavote del presupuesto malthusiano.

Parece que arribaremos a esa cifra en el año 2150. Sólo un ignorante o un interesado puede sostener la tontería malthusiana; algo que sucede cada dos por tres cuando el capitalismo entra en crisis y tiene que explicar lo inexplicable: que el capitalismo es una maravilla y lo que funciona mal no le compete. En esos casos, Malthus vuelve a la palestra a dar la misma eterna batalla: la culpa es de los negros, que se reproducen como conejos. Así se intentó explicar la crisis del "Tercer Mundo" en los años cincuenta y la del "Primero" en los setenta. Incluso un llamado "Club de Roma" se dedicó a demostrar que había llegado el fin del crecimiento y que la humanidad debía poner fin a todas las estrategias desarrollistas porque de lo contrario el mundo caería en una trampa malthusiana, no tanto por la cantidad de personas como por la pretensión de los pobres de alcanzar los niveles de vida de los países avanzados. Así que aguántensela los pobres porque de lo contrario explotamos. El problema ya no es el capitalismo sino los límites ecológicos del planeta. Un argumento conveniente en una era en la que el socialismo no sólo prometía justicia, sino también desarrollo.

Pero hay otros argumentos contra este tipo de porquerías. Hay hambre donde la población no tiene "recursos naturales", pero también la hay donde esos recursos sobran y son explotados al máximo a la manera capitalista. Argentina sola puede alimentar a 300 millones de personas, mientras en la provincia de Buenos Aires se mueren 10 mil niños al año como consecuencia de la desnutrición. ¿Tenemos que volver a EE.UU. y al informe *Hunger in America*? No es la relación recursos-población la que determina el hambre, es el capitalismo el que produce hambre todo el tiempo y en todo lugar.

Más graciosas son —si gracia causaran este tipo de cosas— las propuestas burguesas para acabar con el hambre. En algunos casos se ligan al problema general de la pobreza, en otros se trata de políticas específicas. Cuando hablan "en general", la respuesta que tienen para todo es sencilla: el mercado se encargará. Pero el "mercado" no nació ayer, todo lo contrario, el mercado capitalista —o sea, el capitalismo— tiene 300 años como mínimo. De modo que no se puede decir que la realidad actual no tiene vinculación con el funcionamiento del propio "mercado". ¿De dónde salió la enorme cantidad de pobres, de muertos de hambre, que puebla el mundo actual? ¿Ya estaban allí en esa condición? ¿O aparecieron ayer al margen de la economía de mercado y el problema es "incluirlos"? Los apologistas tratan de demostrar que esos problemas existían antes de la llegada del "mercado", que no tienen que ver con su existencia y que se solucionarán con más mercado. Hay varias formas de "demostrar" que el "mercado" no es el culpable. Primero, separar "mercado" de capitalismo. Después, no hablar sobre el pasado. Por último, restringir la definición de "mercado" a un punto tal que no quepa en su interior realidad alguna. Vamos por partes.

Mercado y capitalismo. Esto lo expliqué en el segundo capítulo, pero se lo repito. Como ya sabe nuestro lector, toda sociedad (y con ella toda institución en su seno, y el mercado es eso, una institución social) tiene un conjunto de relaciones sociales básicas que la definen y que ordenan su funcionamiento. De modo que así como no existe *la* democracia o *la* economía, sino la democracia *burguesa* (o *esclavista*) y la economía *capitalista* (o esclavista, feudal o lo que

fuere), tampoco existe *el* mercado. El mercado *capitalista* está dominado por las leyes del sistema capitalista, las que ya hemos visto en los primeros capítulos de este libro, porque en su seno se vende una mercancía específica que no está presente en *ningún* otro mercado: la fuerza de trabajo. Es precisamente la existencia de esta mercancía lo que crea esas leyes de las que hablamos. El mercado siempre tiene las características que las relaciones sociales que lo sostienen le otorgan. Si quiero entender el funcionamiento del mercado en el mundo greco-romano antiguo, tengo que entender la dinámica creada por esa mercancía particular que es el esclavo. Si quiero entender cómo funciona el mercado en una sociedad feudal, sobre todo si quiero entender sus limitaciones frente a otros mercados, tendré que entender la dinámica de la relación señor-siervo. Si quiero saber por qué en Egipto no hay mercado, tendré que entender las peculiaridades del intercambio social en un modo de producción tributario. De modo que el mercado que nosotros conocemos, el mercado capitalista, se hace presente con el capitalismo mismo. A menos que se demuestre que el capitalismo llegó a África, Asia o América Latina en los últimos diez años, no hay forma de excusar al mercado capitalista de los miles de millones de hambrientos del mundo.

La segunda vía para exculpar al capitalismo es no hablar del pasado. Se trata siempre de causas presentes, no de procesos sociales. Las estadísticas del Banco Mundial, de las Naciones Unidas, de la burguesía en general presentan cifras, cuadros, estadísticas y gráficos a veces muy detallados. De lo que se cuidan bien es de explicar los procesos sociales que han llevado a esa situación. Así, el informe de la FAO del que ya hablamos *in extenso* señala como causas del hambre la "falta de dinero", la "inestabilidad crónica", los "conflictos", la "mala gestión", las "inclemencias del tiempo", la "pobreza epidémica", las "pérdidas de cosechas", la "presión demográfica", la "fragilidad de los ecosistemas". ¿Por qué falta dinero? ¿Cómo es que la pobreza se ha convertido en una enfermedad "epidémica"? ¿A causa de qué son los "conflictos", la "mala gestión" y la "inestabilidad crónica"? ¿Por qué no estamos

preparados para las "pérdidas de cosechas", las "inclemencias del tiempo" o la "fragilidad de los ecosistemas"? ¿Se trata de "tragedias" debidas a la condición humana o es que hay procesos sociales específicos que pueden dar explicación de esos problemas? Si buceamos un poco (no vaya a creer que hay que sumergirse mucho) en esos problemas, encontraremos que detrás no hay otra cosa que la sociedad misma. Y la sociedad donde vivimos es la sociedad capitalista, de modo que detrás de cada una de esas "causas" no hay otra cosa que capitalismo.

Se podrá decir que hay capitalismos y capitalismos (¿esto ya lo escuchó, no?), y que en realidad capitalismo hay en EE.UU. y en dos o tres lugares más. Es decir, allí donde funciona un "verdadero" capitalismo "de mercado" las cosas funcionan distinto: mientras no haya un mercado "perfecto" como lo propone la teoría neoclásica, el mercado no tiene la culpa porque significa que esas "imperfecciones" están creando problemas. El procedimiento para librar de culpas al capitalismo se vuelve sencillo porque basta con encontrar alguna ley, aun en desuso, que proponga algún tipo de regulación de algún tipo de transacción para demostrar que el mercado es "imperfecto". Si algo así no se encontrara, se le echará la culpa a la "cultura" o a la ética. No es extraño, entonces, que en vez de reconocer que las políticas pro-mercado aplicadas en todo el mundo están agudizando la "tragedia", se responsabilice a la corrupción política; lo cual es una tontería porque si uno presta atención a la realidad en los "verdaderos capitalismos de mercado", y pasa por alto que esta afirmación es una redundancia, se encuentra con el mismo tipo de fenómenos que en los "no verdaderos capitalismos de mercado".

Se dirá que la magnitud de los fenómenos es diferente en uno y otro caso, pero esto no hace más que reconocer que no hay solución al hambre ni siquiera en los "verdaderos capitalismos de mercado". O lo que es lo mismo, que el capitalismo no puede resolver el problema del hambre. Por eso nadie puede dar ningún ejemplo histórico ni presente de país en el cual el mercado tenga tal perfección, ni explicar por qué países más "abiertos" derrapan por la pendiente de la miseria mientras otros más "cerrados" soportan

mejor la crisis. Esto es particularmente infame si se recuerda (¿otra vez?) que los gobiernos de EE.UU., Europa o Japón no cumplen ni remotamente con las medidas "liberalizadoras" que le exigen al resto. Es paradójico que la mayor imperfección de sus mercados no los perjudique. Lo mejor, entonces, es ocultar que la gigantesca masa de hambrientos no ha hecho más que agravarse como *resultado* de las políticas de apertura, desregulación y liberalización, es decir, de "perfeccionamiento" del mercado promovido por el FMI y los gobiernos capitalistas.

¿Cuáles son las verdaderas causas del hambre? No hay "causas". Hay una sola causa. Usted ya sabe lo que vamos a decir: la producción capitalista (como toda producción) es en última instancia producción de seres humanos. En tanto lo que se produce satisface necesidades humanas, la producción capitalista es producción de seres humanos. Pero, como producción capitalista, es producción de seres humanos a través de la producción de capital, lo que quiere decir que los seres humanos se reproducen en función del capital. De modo que el problema del hambre es el problema de la reproducción de la vida humana bajo la forma de las relaciones sociales capitalistas. Cuando se extiende el hambre, incluso, cuando la pobreza se adueña de los obreros ocupados y los arrastra al hambre sin necesidad de perder el trabajo, como vimos que sucede en el paraíso del capitalismo —en EE.UU—, es un síntoma de que la fuerza de trabajo comienza entonces a venderse por debajo de su valor. Cuando esa gente comienza a morir y no simplemente a tener menos "derechos sociales" es cuando el precio de fuerza de trabajo ya ha perdido el componente histórico-social del salario y ha descendido por debajo del mínimo fisiológico. Es el resultado de la producción de población sobrante (para el capital), un fenómeno típico del capitalismo que usted, lector, ya conoce: la creación y recreación permanente de un ejército industrial de reserva. Visto en los EE.UU., todavía puede barrerse bajo la alfombra. Visto en África subsahariana, el resultado es pavoroso.

4. Educación, o cómo embrutecer mejor

Resulta difícil, si uno ha nacido en el seno de una familia con un grado elevado de educación formal, darse cuenta de la importancia de la cultura. Tan difícil como le resulta al ignorante darse cuenta de que lo es, y darse cuenta de lo doloroso que es ser ignorante. Y de todo lo que uno se pierde. Yo tuve más suerte que otros chicos de mi barrio, me llevé por delante esa maravilla que ya les conté que era el *Tesoro de la Juventud*, así que el deseo de saber es algo que me acompaña desde hace mucho. Aun así lamento todo lo que no pude aprender a tiempo. Hay una infinidad de campos en los que mi ignorancia no me produce dolor alguno (la contabilidad o los caballos de polo, por ejemplo), pero hay dos en los que sí: los idiomas y la música. Lo primero, por lo aislado que se siente uno a poco asoma la cabeza más allá del español; lo segundo, por toda la belleza que uno se pierde de disfrutar. Pero, con esto y todo, he sido un tipo con mucha suerte: yo me crié en un barrio pobre del Conurbano bonaerense y resulté ser uno de los pocos chicos del barrio que llegó a la universidad y el único que la terminó. Para la inmensa mayoría el final del camino se encuentra mucho antes: a la salida (y últimamente antes aun) de la primaria o en los inicios de la secundaria. La reforma cosmética que ha transformado las viejas "primaria" y "secundaria" en "EGBs" no puede ocultar que la masa de la población se encuentra fuera del proceso educativo formal, incluso aunque concurra a la escuela, porque hoy para la mayoría de los niños argentinos concurrir al colegio es una forma de conseguir alimento. Pero incluso para quienes van a colegios privados, la escuela es un lugar desagradable porque es inútil. A la burguesía no le interesa educar a la población; la masa, digo. En los colegios burgueses sí hay interés: se trata de educar a burgueses. En los colegios "del Estado", no. ¿Por qué a la burguesía no le interesa tener masas educadas? Gran pregunta.

La educación fue siempre un problema para la burguesía. Por un lado debe educar, por otro no quiere educar. Para la clase obrera también es un problema: por un lado no quiere ser educada, por

otro lado demanda educación. La única clase que desea fervientemente la educación sin contradicción alguna es la pequeña burguesía. Empecemos por la burguesía: debe educar porque necesita un mínimo de conocimientos en la cabeza de los obreros y del resto de la población, aunque más no sea para controlarla y explotarla mejor. La clase obrera no quiere ser educada, entre otras cosas, porque entiende que es un proceso en gran medida inútil, y porque intuye que buena parte de lo que se le "enseña" no es más que autohumillación. Pero por otro lado, demanda ser educada porque percibe que algo importante se juega allí; desde la posibilidad de mejorar el destino de sus hijos, hasta la convicción de que de alguna manera necesita entender un mundo con el cual tiene un conflicto profundo. Para la pequeña burguesía la educación es tan parte de su vida como su propia piel: para ser funcionario del capital, para gerenciar su propia empresa, para alimentar sus propias utopías que suelen ser delirantes en grado sumo, desde la mañana campestre *hippie,* hasta el mundo sin futuro *punk*, pasando por el mayor de los delirios: la democracia burguesa). La educación es su demanda central. Así como hay un rechazo de la educación, por todos lados surge continuamente una demanda de educación. Ésa es, tal vez, la razón por la cual la educación (capitalista) parece vivir en crisis permanente.

Pero hay razones más poderosas todavía para la crisis de la educación capitalista contemporánea. Por un lado, el capital está en crisis y una forma de superarla es recuperar ganancias. Una forma de recuperarlas es evitar los gastos improductivos (en el sentido de producir plusvalía), lo que significa, entre otras cosas, reducir los impuestos pagados por los capitalistas a costa de los servicios públicos y sociales. La educación se ubica entonces en el eje de la reestructuración de los gastos estatales. ¿Le doy algunos datos de EE.UU.? Mire que no los saco de ningún lugar esotérico, no. Cómprese *Estúpidos hombres blancos*, del simpático Michael Moore. Vaya a la página 124: hay que contratar profesores extranjeros porque el sueldo de los docentes no resulta atractivo para los estadounidenses; el 10% de las escuelas públicas tienen más del 25% de

matrícula de la que pueden contener, teniendo que usar cafeterías, pasillos y gimnasios como aulas; el 15% de las 1.100 escuelas públicas no tienen personal de mantenimiento; el 25% de las escuelas tenían al menos uno de sus edificios en condiciones precarias; para "mejorar" la capacidad de lectura, Bush recortó en 39 millones el presupuesto estatal para bibliotecas. Vaya a la página 129: una parte importante de los ingresos de las escuelas públicas estadounidenses proviene del aporte de empresas, sólo que a cambio de algunos favores como distribuir libros escolares con publicidad de Nike o Calvin Klein. La empresa de sopas Campbell's regala una computadora a la escuela cuyos padres junten 94.950 etiquetas de sopa. Coca-Cola hizo un acuerdo de 8,4 millones de dólares con el distrito escolar de Colorado Springs por la exclusividad de venta en las escuelas. Parece que incluso se sugirió a los directores que se permitiera tomar Coca-Cola en clase, a fin de elevar las ventas y lograr una prima por este concepto. Mejor lea usted mismo ese libro, hay más ejemplos a cual más disparatado (y no se pierda las primeras páginas del capítulo, con la descripción de las habilidades intelectuales de George Bush hijo). ¿Esto no le parece tan grave? Vea los resultados en la página 108: 40 millones de norteamericanos adultos son analfabetos funcionales. ¿Y el resto? No lee aunque pueda: el norteamericano adulto promedio pasa 99 horas al año leyendo contra 1.460 mirando televisión. ¿Y los que leen el diario? Sólo un 11% pasa de las secciones de humor y coches de segunda mano. Un último dato tomado de Robert Reich (¿ya le dije que hablaremos de él más adelante?): según estadísticas oficiales, el 17% de los jóvenes norteamericanos de 17 años son analfabetos.

Por otro lado, tal reducción se ve acicateada por el desarrollo propio de la economía capitalista. La economía capitalista misma es una productora de ignorancia. Repasemos el "debate Braverman". Como ya les conté, Harry Braverman, un marxista americano (o sea, norte-americano) escribió un libro maravilloso, *Trabajo y capital monopolista;* equivocado en puntos importantes, pero que arrojaba una conclusión correcta: el capitalismo embrutece. La tesis fue llamada *deskilling,* o sea, de la "degradación de las calificaciones".

Por razones que ahora no vienen al caso, la tesis fue muy discutida a lo largo de los últimos treinta años, transformando al libro de Braverman en el eje de uno de los debates más importantes del marxismo en los últimos cincuenta años. Lo que la burguesía ha dicho siempre es que las nuevas tecnologías llevan a trabajos más complejos y éstos exigen mayor educación. Correlativamente, si hay desocupación se debe a que la gente no quiere educarse y ponerse a la altura de los tiempos. La escuela es, entonces, muy importante para la burguesía (según la burguesía). La pregunta es: ¿Por qué no gasta más plata en educación, si a ella misma le conviene? ¿Quiere un macanazo o quiere la verdad? La verdad es que no le interesa y por eso no gasta un peso en educación popular. Sí gasta mucha plata en investigación y desarrollo en aquellas ramas de la producción que las requieran. En las que no, no. En las ciencias sociales, por ejemplo, no. Y cuando gasta un peso en ciencias sociales, lo que quiere no es ciencia sino chamuyo, verso: Una élite de científicos (en ciencias naturales, física, química, medicina), junto con un no menos elitista círculo de chamuyeros profesionales (en ciencias sociales, economía, antropología), complementado con una mayor cantidad de especialistas industriales (técnicos e ingenieros) y chamuyeros menores (periodistas, profesores universitarios, comunicadores). Al resto, lo menos posible.

Esta división clasista de la educación es coherente con el desarrollo mismo de la economía capitalista y la evolución de los procesos de trabajo bajo el capitalismo. Es eso lo que el libro de Braverman permite entender: el capitalismo produce una educación técnica especializada para una élite y una educación inútil y de pésima calidad para las grandes mayorías, a las cuales se pretende transformar en masa bruta e ignorante; a la cual, como veremos más adelante, se la infecta todo el tiempo con basura ideológica para que piensen que viven en el mejor de los mundos posibles. Eso es educación para el capitalismo.

Dijimos que Braverman había descubierto este proceso de degradación progresiva de la calificación laboral. En realidad, la toma de Marx. Refresquemos la idea. Braverman constata que

el desarrollo del capitalismo procede a disolver los viejos oficios artesanales y a reorganizar los procesos de trabajo. Esa reorganización lleva a una simplificación de las tareas y a la adjudicación de cada una de las mismas a un obrero particular. Se crea así el trabajo parcelado (cada "trabajo" es un movimiento simple) y el obrero parcelario (cada obrero hace sólo un movimiento simple). Este desarrollo se acentúa con el desarrollo de la maquinaria, que simplifica aún más la tarea a cargo del obrero, quien pasa a ser un apéndice de la máquina. Va de suyo que en el proceso las habilidades y conocimientos necesarios del obrero se van haciendo cada vez menos importantes, de modo que hasta un mono amaestrado podría llegar a ser un buen obrero (por las dudas, no les demos idea, pero recuerdo que una de las películas de la saga de *El planeta de los simios* empezaba con el intento de hacer trabajar a los monos, que luego, engelsianamente se rebelaban y dominaban el mundo). Los críticos de Braverman han partido desde su izquierda para irse ubicando a su derecha. Al principio, molestaba a muchos izquierdistas el que Braverman otorgara a los obreros un lugar tan pasivo en el asunto y que despreciara los conocimientos que los trabajadores ponen en juego en la fábrica a la hora de producir y resistir.

Surgió, frente a Braverman, una corriente de estudiosos de los procesos de trabajo que reivindicaba el lugar de la lucha de clases en el moldeado de dichos procesos. Aparecía por izquierda porque enfatizaba la capacidad de lucha de la clase obrera, su potencialidad como sujeto libre y activo. La posición de Braverman parecía derrotista: la burguesía hace con la clase obrera lo que se le da la gana y no hay respuesta proletaria. Terminó por derecha porque el énfasis en la "auto-actividad" obrera llevó a la idea del "consenso": los obreros consentían de alguna manera en la transformación, en su contra, del proceso de trabajo. Eso explicaba que el proceso pudiera imponerse sin lucha o, precisamente, a través de la lucha.

De allí a hablar de la posibilidad de la democracia en la producción (sin alterar las relaciones capitalistas) había un solo paso. Ese paso fue dado por los apologistas del trabajo en equipo y del "modelo japonés" o "toyotismo". En este punto nos encontramos ya en el campo

decididamente burgués. Paralelo a este desarrollo, la tesis de la degradación fue contestada mostrando que existían procesos de "recalificación" de la mano de obra y de creación de nuevos trabajos altamente calificados, asociados con las nuevas tecnologías. De aquí a negar la degradación de las calificaciones —porque los obreros no son tan estúpidos como para aceptarlo sin más— y a afirmar un proceso de educación necesaria creciente para calificar a los obreros para los nuevos trabajos (debido a las nuevas tecnologías), había un solo paso.

Lo que empezó siendo una acusación al capitalismo por su acción degradante y estupidizante, monótona y repetitiva, negación de la creatividad humana, terminó en una apología de las relaciones laborales más explotadoras y una celebración de la tecnología. Y por supuesto, en una reivindicación de la educación como canal de ascenso social y progreso individual. Que mientras se decía esto estuviera cocinándose la mayor masa de desocupados de la historia humana, que se impusieran los procesos laborales más despiadados que se hayan conocido jamás, y que se produjera un ataque masivo a la educación de masas en todo el mundo, era algo que la "teoría" surgida de la crítica a Braverman no podía explicar. ¿Por qué, si hay cada vez más necesidad de mano de obra educada, los gobiernos burgueses se empeñan en atacar la educación pública?

La mayor parte de los críticos tiende a confundir el objeto bajo examen: las calificaciones necesarias *del* proceso de trabajo. Visto con detalle, en la misma bolsa se distinguen varios gatos: 1) la calificación necesaria del trabajador y la complejidad de la máquina que éste debe operar; 2) las calificaciones exigidas para el ingreso al trabajo y las calificaciones reales que el obrero pone en juego en el proceso productivo; 3) las calificaciones generales de la población y las del proceso de trabajo. Lo que Braverman señala es que las calificaciones necesarias al proceso de trabajo son las que se degradan. La máquina puede ser muy compleja, pero eso no significa que la tarea realizada por el obrero lo sea y que sus conocimientos necesiten ser muy elevados. Homero Simpson es el mejor ejemplo de esto: poca cosa más compleja que una planta nuclear, poca cosa más sencilla que apretar botones reaccionando ante impulsos

elementales de indicadores simples. Por eso la máquina se hace compleja, para que el trabajo se haga sencillo. Así funciona la ley del valor. En uno de los capítulos, Homero aumenta de peso para beneficiarse con un programa de trabajo desde el hogar. Sentado en su casa opera una computadora que, por teléfono, controla los comandos de seguridad de la planta. Lo único que Homero tiene que hacer es sentarse y ante cada pregunta de la máquina contestar: *Yes*. Hasta que se aviva de que basta con apretar sólo la tecla "Y". Cansado de estar sentado frente al monitor, se dedica a mirar televisión y contestar a las preguntas de la máquina desde el sillón, golpeando las teclas con el palo de una escoba. Aburrido de estar en su casa, decide irse a pasear y deja su tarea de supervisor de la planta nuclear a un pajarito mecánico, de esos que parecen estar siempre dando picotazos, que apreta la tecla "Y" a intervalos. Puede resultar una exageración extrema, pero no vaya a creer que la realidad está muy lejos de esto.

Lo mismo sucede con las calificaciones exigidas para el ingreso al trabajo: que se exija título secundario para trabajar en un *fast food* no significa que para hacer una hamburguesa sea necesario tenerlo. Lo mismo con las calificaciones generales de la población: que los obreros alemanes lleguen a tener títulos terciarios no significa que para trabajar en una línea de montaje de la Volkswagen haya que ser ingeniero. En general, se trata de estrategias patronales mediante la ideología socialmente aceptada de que el "título" es "importante" para obstaculizar ascensos de puestos y salarios. No hay forma de justificar las diferencias de jerarquía y salario en muchísimos procesos laborales, simplemente se trata de estrategias de fragmentación y control de los trabajadores. En ese contexto, la exigencia de mayores niveles de educación formal para ascender o aumentar los salarios obra como un obstáculo que permite a la patronal hacer más lento el proceso.

Las calificaciones necesarias del proceso de trabajo se degradan. Es cierto y Braverman lo dice así, pero esto quiere decir que pierden contenido en relación con su situación anterior. Degradación tras degradación, el contenido del trabajo se va perdiendo.

Esto no excluye nuevas elevaciones de las calificaciones necesarias a medida que aparecen nuevas industrias o a medida en que el lote de los "ingenieros" y científicos ingresa a los procesos laborales capitalistas. Pero no se trata sólo de que estos nuevos sectores deben ser medidos con relación al conjunto (¿cuántos peones hay por cada ingeniero?), sino que estos mismos sectores, una vez aparecidos, sufren el mismo proceso de degradación. Hasta hace poco, manejar una computadora requería el conocimiento de un programador. Hoy en día todo es *plug&play*, o sea, enchufe y arranque (¿se acuerda de la propaganda esa donde para enseñarle a alguien a entrar a Internet le decían al actor: "Apriete la tecla *power*"?) En el medio, muchos programadores se transforman de creadores a trabajadores repetitivos que realizan una labor degradada, lo que vuelve a confirmar la tesis de Braverman.

Porque no precisa obreros más calificados, la burguesía ataca a la educación. Es un gasto inútil. Esto sucede incluso entre los empleos de "cuello blanco", profundamente atacados por la revolución informática: la creación de un puñado de programadores calificados y de centenares de miles de programadores de menor jerarquía permite barrer con decenas de millones de oficinistas en todo el mundo. La creación de técnicos de menor jerarquía que un licenciado en administración o un contador, o simplemente la degradación de esos títulos a la categoría de "requisito mínimo de ingreso" al trabajo son transformaciones que van en el mismo sentido. La reforma de los posgrados y posdoctorados sirve a las necesidades del puñado de especialistas que constituye el polo más elevado de dichos trabajadores de cuello blanco. Así, el fenómeno muestra también aquí esa tendencia a la polarización de las calificaciones que Braverman sostiene.

El movimiento real, observable a través de las reformas educativas impulsadas por el Banco Mundial, es coherente con las necesidades actuales de la burguesía: enriquecimiento de tareas para algunos sectores (y, dentro de ellos, para un pequeño grupo) y degradación para el resto. Se trata de reformas que proceden de manera perversa, pretendiendo que creamos que lo que se busca

es “más educación”. Por ejemplo, con la extensión de la educación primaria, en primera instancia —y así lo publicita la burguesía— parece un movimiento progresista. Pero a poco de verse con detalle revela otra cosa: que hay una degradación del título secundario y que más que la extensión de la primaria se trata de un tope al desarrollo pre-universitario. Lógico, las necesidades educativas para los nuevos puestos estilo McDonald’s no requieren realmente capacidades importantes más allá de la educación elemental. Y todo esto sin considerar la evolución del contenido mismo de la educación: cualquiera sabe que para las grandes masas la primaria se ha vuelto un subsidio en alimentos, más que el lugar donde se desarrollan procesos educativos. Y que las formas de promoción de los alumnos favorece la creación de estadísticas que mienten en forma absoluta acerca de la calidad real de lo que se ofrece. La crisis de la educación capitalista es el resultado del desarrollo mismo del capitalismo. Un sistema social que embrutece todo el tiempo no puede sostener una educación digna y de contenido enriquecedor.

¿Usted cree que esto es sensacionalismo izquierdista? Le tiro algunas cifras sobre la educación primaria en el mundo, provenientes del documento estadístico del *International Consultative Forum on Education for All* de la Unesco. ¿Qué dice? Que en el año 2000 había unos 113 millones de niños fuera de la escuela en todo el mundo. Pero pongámonos contentos, porque en 1990 había unos 124 millones que no iban al colegio. Maravilloso: 11 millones menos en diez años. A este paso no habrá niños sin acceso a educación elemental en unos cien años. Está bien, porque para el 2100 probablemente estemos viviendo en Marte o alguna otra estrella, no sea cosa que nuestros niños no puedan deletrear Al-fa -Cen-tau-ri. Un problema aparte son los adultos analfabetos.

Un problema grande porque para 1998 sumaban 880 millones. Sin embargo, hay que estar felices porque en 1990 eran 895. ¡Quince millones menos en ocho años! A ese paso habrá que dejarlos aquí cuando partamos para la estrella más cercana, porque para ese entonces, a 1,8 millones menos de analfabetos

por año, todavía quedarán unos 700 millones incapaces de deletrear Al-fa-Cen-tau-ri...

¿Por qué la burguesía sigue sosteniendo la educación de masas a pesar de todo, aun de pésima calidad? Por varias razones. En primer lugar, porque resultaría demasiado escandaloso declarar abiertamente que se niega a las mayorías una de las conquistas más elementales de la civilización. Luego, porque siempre es necesario y útil que la fuerza de trabajo tenga al menos un conocimiento de tipo elemental, aunque más no sea leer, sumar y restar. Pero, más importante aún: la escuela es un lugar de disciplinamiento, un lugar donde se enseña a obedecer, más que a cualquier otra cosa. Es sintomático que antes, cuando yo iba a la primaria, a nadie se le ocurría recibir una nota por portarse bien. Las notas eran por conocimiento. En las transformaciones pedagógicas actuales la evaluación aparece dividida entre el viejo "saber hacer" y el nuevo "saber ser": ahora también existe la nota "actitudinal". Es decir, si se sienta derecho, si no contesta, si responde sin chistar a las órdenes que se le imparten. Domesticación. Control. Para eso quiere la escuela, todavía, la burguesía; un gigantesco estacionamiento de niños y jóvenes a quienes "formatear" a conveniencia.

¿Y los docentes? Bien, gracias. Taxi, docente taxi. Es aquél que para sobrevivir debe pasarse horas yendo de lugar en lugar. Tengo un compañero profesor de geografía que tiene nueve colegios distintos, algunos separados por más de una hora de viaje. Antes el docente, sobre todo el de "media", aunque también los de primaria, eran personajes importantes. Incluso se los consideraba parte de la clase media. El principal sueño de una madre (de mi madre, por ejemplo) era que la hija fuera maestra. El nene, arquitecto o abogado. Cuando yo era niño las cosas todavía eran así. Hoy día los docentes han sufrido un proceso de proletarización y pauperización aguda que los ha colocado casi en el fondo de la tabla. ¡Pero eso es Argentina, hombre! ¿Todavía cree que es así? No me haga sacar datos que este capítulo se me ha hecho demasiado largo. Léase lo que le recomiendo al final y ahórreme el trabajo.

5. ¿Cómo se termina con esto?

Siempre me producen angustia los "llamados a la solidaridad". Pienso en las personas cuyas vidas penden de un hilo, de que alguien con dinero se apiade de ellos y me dan ganas de vomitar. Yo tengo recurrentes ataques de pánico. Me vienen cuando alguna persona que quiero: mi compañera, mis hijos, mis padres, mi hermana, no están donde debieran; quiero decir, cuando ni yo ni nadie puede decir dónde están y hace rato debieran estar en casa. Podría contar anécdotas de lo más ridículas porque siempre pienso lo peor, exagero, movilizo a medio mundo, me desespero y luego resulta ser todo una tontería. Pero la angustia que siento en esos momentos es terrible. Me pasan las cosas más horribles por la cabeza. No se lo deseo a nadie. Me imagino que cuando uno tiene un ser querido que se está muriendo (yo, desgraciadamente, no preciso imaginarlo y esa experiencia es una de las fuentes de mis ataques de pánico) debe sentir algo como eso. Con el agravante de la indignación de saber que todo se resolvería fácil con un poco de dinero. En esos momentos, cuando el (la) locutor(a) anuncia un "llamado a la solidaridad", el odio contra una sociedad que deja librada al azar la vida de una persona, librada a la piadosa voluntad individual de alguien con dinero cuyo corazón se ablande, en lugar de resolver esos problemas de manera sistemática, preestablecida, como una responsabilidad social; en esos momentos, digo, el odio contra el capitalismo me brota a borbotones porque es en esos momentos en que se hace más evidente que no es la muerte, su guadaña ridícula y su manto negro, la que viene a buscar un alma para llevarse al otro mundo, sino alguien más prosaico: el dinero. Y como el dinero se regula según las relaciones en que se vive, son esas relaciones las que matan. Y como vivimos en el capitalismo, el que mata es el capital mismo.

La burguesía tiene respuestas a estos problemas. Mueven a risa, y uno se reiría si no fuera porque los resultados son tan deplorables humanamente hablando. A lo largo de este capítulo hemos examinado varias de estas respuestas, desde la favorita de organismos como la FAO (publicitar grandes reuniones de "jetones" inútiles que ponen la cara para la foto y firman "compromisos" con los que se limpian el culo una vez vueltos a casa) hasta "dictar" derechos,

normalmente como consecuencia de dichos encuentros y "compromisos". Estos organismos parecen creer que si algo se transforma en ley, entonces comienza a existir. ¿Hace falta que le recuerde que el artículo 14bis de la Constitución argentina no ha impedido que el índice de desocupación supere el 20% de la población económicamente activa, luego de veinte años de ejercicio de democracia continuada? ¿Y que la desocupación prácticamente no existía en Argentina entre 1930 y 1983 a pesar de que la Constitución no se aplicaba más que episódicamente? La ley no crea la realidad.

Hay quienes creen que el asunto se soluciona estimulando el desarrollo capitalista, apostando a la productividad y al crecimiento. Pero el crecimiento capitalista "produce" esto que vimos. Mal puede el veneno que mata resultar buena medicina. No hace falta ahora que le explique por qué: tiene toda la primera parte de este libro para entenderlo. Baste decir que el mundo ha crecido mucho durante los últimos cuarenta años y los males que hemos reseñado en este capítulo no hacen más que crecer. ¿Quiere que le recuerde que la "revolución verde" de los sesenta, que con las nuevas semillas mejoradas y las nuevas tecnologías iba a eliminar el hambre, en realidad la aumentó? En lugares como la India, campesinos fueron expulsados de sus tierras por millones porque las nuevas semillas y la nueva tecnología producían a precios que los dejaban fuera de competencia. Y las tierras que antes tenían poco valor ahora resultaban rentables, por lo cual, campesinos, a las ciudades, a morirse de hambre. No. Es el propio desarrollo capitalista el que produce estas cosas y no van a desaparecer por arte de magia.

Otra gran respuesta, esta vez un poco menos cínica, pasa por "redistribuir" la riqueza. Pero la "riqueza" ya está distribuida: están los dueños de los medios de producción y los que no los tienen. Y esa distribución primera condiciona todo lo demás, por eso decimos los marxistas que la producción determina la distribución. La producción capitalista presupone una distribución previa de los medios de producción. Una vez establecida ésta, un puñado controla la gran masa de medios con los que se produce la vida y, por ende, la "distribución de los ingresos", que depende simplemente del lugar que se

ocupe en la producción. No es que la riqueza esté mal distribuida sino que la producción determina la distribución de los ingresos, por lo que la única forma de redistribuir en serio es eliminar el capitalismo. Algunos ilusos creen que esto puede lograrse aumentando los impuestos a los ricos. No sólo encontrarán forma de evadirlos sino que, si llegasen a confiscar las ganancias personales de los capitalistas, nos enfrentaríamos a una verdadera revolución social… por parte de los capitalistas. Sin decir que para lograr semejante imposición deberíamos contar con el poder del Estado, que es de los capitalistas. Lo más común es que los capitalistas se muden al país donde los impuestos son más bajos y dejen que el propio gobierno que los "echó" los vuelva a llamar, asustado por la caída de los ingresos fiscales provenientes de los ricos, que ahora tributan menos en otro país. Hubo un caso un tanto escandaloso cuando Laetitia Casta (actriz francesa que usted puede ver en esa película lamentable, *Asterix*) decidió radicarse en Londres, aparentemente asustada por los impuestos parisinos. No sólo hubo escándalo porque se descubrió que había toda una corriente de ricos franceses que miraban con simpatía esa mudanza, sino porque la pobre Laetitia, poco antes de cometer su "traición", había prestado su cara (bella, sin duda) para ser el rostro oficial de la república francesa en monedas, escudos, etcétera. No. Por ahí tampoco va la cosa.

Hemos visto las consecuencias más evidentes y elementales del desarrollo capitalista. Podemos hablar horas y horas sobre lo que les hace el capitalismo a las potencias humanas. No se trata sólo de la salud, la alimentación o la educación; el conjunto de la vida humana está sometido a la ganancia capitalista y todos los problemas humanos se reducen a ello. ¿No tiene plata? No sobrevive o vive una vida de mierda. ¿Se está muriendo de hambre? Espere al 2030. Sin embargo, los problemas que más nos angustian tienen soluciones inmediatas. En el tercer tomo de esta trilogía le cuento cómo se puede eliminar el hambre, en cuestión de días que se cuentan con los dedos de una sola mano. Ninguno de los otros grandes problemas aquí examinados tarda en resolverse más tiempo que ese. ¿No me cree? Espere, espere.

Resumen

Toda sociedad debe asegurar su *reproducción*. Una sociedad cuyas relaciones de producción no son capaces de asegurar la reproducción del conjunto social desaparece. La reproducción de la sociedad es, en última instancia, la *producción de seres humanos*. En la sociedad capitalista, la producción de seres humanos se realiza a partir de relaciones capitalistas. Las necesidades humanas elementales sólo pueden satisfacerse si dan lugar a *ganancia*. Entre las soluciones técnicas a dichas necesidades y las necesidades mismas se interpone la *propiedad capitalista*. En consecuencia, las carencias más elementales no son producto de la *escasez* de medios, sino de las relaciones capitalistas. Es el propio capital el que *hambrea, mata, desocupa, empobrece* y *embrutece* a la población que lo alimenta con plusvalía. Cualquier solución definitiva a estos problemas exige la *eliminación* de la sociedad capitalista.

Bibliografía

Sobre salud y capitalismo hay tanta bibliografía que me abstendría de recomendarle nada... Empecemos por el asunto "enfermedades laborales": un pequeño manual, un manualcito, *Qué son las enfermedades laborales*, de dos catalanes, Fina y Castejón. Le hablé de la historia de la medicina laboral: Benjamín Farrington, *El cerebro y la mano en la antigua Grecia* y *Ciencia y política en el mundo antiguo*. Sobre los "milagros económicos": una pavada útil para nada, Alain Peyrefitte, *Milagros económicos*. Italia: ya le dije, *La muerte obrera*, de Renzo Ricchi. Estados Unidos: Vicente Navarro, *Dangerous to your Health*. Alemania: Wallraff por dos: *Cabeza de turco* y *El periodista indeseable*. Estados Unidos: *La cultura de la pobreza en los Estados Unidos*, de Michael Harrington (y su revisión del tema, veinte años después, en la revista *Nueva Sociedad*, n° 69). Sobre la pauperización relativa del proletariado en EE.UU. y España, véase la compilación de Diego Guerrero: *Macroeconomía y crisis mundial*, en especial los artículos de Anwar Shaikh y del propio Diego. Un texto interesante sobre las consecuencias de la extensión

de la jornada sobre los trabajadores, "La era del tiempo récord", en *Clarín* del 18/7/02. Sobre la base humana extranjera de esos procesos: Stephen Castles y modula Kosack, *Los trabajadores inmigrantes y la estructura de clases en la Europa occidental*. Japón: *Zengakuren, la lucha de los estudiantes japoneses*, colección de documentos muy interesante; Joe Moore, *Japanese Workers and the Struggle for Power*, 1945-1947; Muto Ichiyo, *Toyotismo. Lucha de clases e innovación tecnológica en Japón*. Para que vea que ni la muerte es democrática en la sociedad capitalista, busque el excelente libro de David Sudnow: *La organización social de la muerte*. Datos sobre "tragedias" ambientales como Bhopal y Seveso se consiguen fácilmente en Internet con sólo colocar esos nombres en el buscador. El texto citado de Michel Chossudovsky es *Global Falsehoods: How the World Bank and the UNDP Distort the Figures on Global Poverty,* que se consigue en Internet, igual que *Global Poverty in the Late 20th Century* (no se pierda de revisar *Poverty Reduction and the World Bank*, del Banco Mundial, para comprobar por sí mismo la "calidad" de las estadísticas de estos organismos). También se consigue en Internet la publicación de la Unesco de la que tomé datos sobre educación: *Education for All. 2000 Assessment*. De la Unicef puede encontrarse *The State of the World's Childern 2002*. También hallará sin dificultades *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo*, de la FAO. Vea el informe *Hunger in America 2001*, de America's Second Harvest, imperdible. No se crea que son datos imposibles de encontrar: vea *Clarín* del 26/11/03, en la misma edición en la que encontrará el estudio de la Fundación Favaloro que aquí se cita. Los datos sobre millonarios se pueden ver en muchos lados, pero yo lo encontré en *Corriere della Sera*, del 18/5/02 y en *La Razón* del 23/4/01.

Índice

3.000 ejemplares

Se terminó de imprimir en la
Fundación Imprenta de la Cultura

Guarenas, febrero 2011

